

Mauricio Pardo Rojas
Claudia Mosquera
María Clemencia Ramírez
Editores

Panorámica afrocolombiana

Estudios sociales en el Pacífico

Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-
Universidad Nacional de Colombia
Bogotá, 2004

Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Directora

María Victoria Uribe

Subdirector técnico

Mauricio Pardo Rojas

Coordinador de publicaciones

Nicolás Morales Thomas

Universidad Nacional de Colombia

Rector

Marcos Palacios

Decano de la Facultad de Ciencias Humanas

Carlos Miguel Ortiz

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-

Primera edición

500 ejemplares

Bogotá, Colombia

Marzo del 2004

ISBN 958-8181-19-4

Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-

Calle 12 n° 2-41

Bogotá, D. C.

Telefaxes (57-1) 5619400; 5619500; 5619666

icanh@mincultura.gov.co

Agradecimientos

Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia -CES-

Asesoría editorial

Martha Segura Naranjo

Diseño y portada

Tangrama

Impreso en la Imprenta Nacional de Colombia

Bogotá, Colombia, 2004

Esta publicación puede ser total o parcialmente reproducida, almacenada o transmitida, siempre que se cite la fuente y se den los créditos correspondientes a sus autores.

Hitos de la investigación social, histórica y territorial en el Pacífico afrocolombiano <i>Mauricio Pardo Rojas</i>	11
--	----

I. Balances temáticos

Aproximaciones al análisis histórico del negro en Colombia (con especial referencia al occidente y el Pacífico) <i>Óscar Almario García y Orián Jiménez Meneses</i>	29
--	----

Hacia los estudios de las Colombias negras <i>Eduardo Restrepo Uribe</i>	127
---	-----

Silencios elocuentes, voces emergentes: reseña bibliográfica de los estudios sobre la mujer afrocolombiana <i>Juana Camacho Segura</i>	167
---	-----

II. Análisis sociodemográfico

Perfiles sociodemográficos de la población afrocolombiana en contextos urbano-regionales del país a comienzos del siglo XXI <i>Fernando Urrea Giraldo, Héctor Fabio Ramírez y Carlos Viáfara López</i>	213
---	-----

III. Estudios territoriales

Apuntes sobre el proceso de poblamiento del Pacífico <i>Jacques Aprile-Gnisset</i>	269
---	-----

Sobre los poblados y la vivienda del Pacífico <i>Gilma Mosquera Torres</i>	291
El territorio de comunidades negras, la guerra en el Pacífico y los problemas del desarrollo <i>William Villa Rivera</i>	331
La situación territorial de los afrocolombianos: problemas y conflictos <i>Carlos Rúa Angulo</i>	343
Significaciones de la etnicidad en contextos rurales del Pacífico nariñense. Algunas percepciones (apropiaciones) rurales de la Ley 70 <i>Nelly Yulissa Rivas</i>	369
Los autores	389

Hitos de la investigación social, histórica y territorial en el Pacífico afrocolombiano

Mauricio Pardo Rojas

Subdirector técnico, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-

Hasta hace unos cinco lustros las investigaciones sociales sobre las poblaciones negras en Colombia eran efectuadas por esfuerzos individuales, guiados por un interés particular, sin que mediara un campo disciplinar previo o una concertación de esfuerzos encaminados a su conformación. En los estudios históricos, de manera distinta, las investigaciones sobre la esclavización habían aparecido unas décadas antes, pues tal fenómeno, conformado sobre la importación forzada de millones de personas africanas, en tanto pilar básico de la sociedad colonial, se constituía en un objeto de importancia capital para entender las claves de la conformación del país actual.

En este cuarto de siglo reciente, la investigación social sobre las poblaciones de ascendencia africana se ha multiplicado considerablemente debido a varios factores. En parte, por la pausada cristalización de un campo académico surgido de las obras de los pioneros, pero en especial de la notable obra de Nina S. de Friedemann, quien, desde finales de los años 60 hasta los 90 y con singular dedicación y rigor, se ocupó de la población negra del Pacífico, del Valle del Cauca, del Caribe y del archipiélago de San Andrés. Trabajó sobre una amplitud de temas que abarcaron tanto la organización social, como las artes materiales y las expresiones festivas y rituales. De esta forma inauguró una serie de áreas de estudio y estableció derroteros para las generaciones de investigadores por venir. Su actividad periódica y divulgativa llevó estos temas fuera de la academia, sacándolos aún más de la invisibilidad que ella insistentemente denunció.

La configuración de un movimiento social afrocolombiano de dimensiones nacionales a mediados de los 80, su correspondiente figuración en los medios, la abundante actividad institucional que originó y, en especial, la expedición de la Ley 70 de 1993 (llamada de Comunidades Negras), condujeron, por otra parte, a la aparición de un buen número de estudios e investigaciones.

En el 2000, en el seno de conversaciones en la extinta Dirección de Comunidades Negras del Ministerio del Interior con motivo del –en ese entonces próximo– sesquicentenario de la abolición de la esclavización, surgió la idea de publicar una compilación del estado del arte en distintas áreas de los estudios afrocolombianos ya que la cantidad y calidad de los resultados, del que se presentaba como un consolidado campo de investigación, parecían ameritarlo.

En el Icanh se comenzó a conformar lo que se pensó entonces como un balance investigativo afrocolombiano. Se inició la coordinación con la profesora Claudia Mosquera, del Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, en el marco de esfuerzos conjuntos para la organización de varios eventos y proyectos destinados a la conmemoración del sesquicentenario. Más adelante y durante un tiempo la iniciativa se mantuvo gracias al interés de la antropóloga María Clemencia Ramírez, quien, desde el Icanh y junto con la profesora Mosquera, prosiguió el contacto con los posibles coautores y la tarea de compilar el material.

De la idea original de publicar un gran volumen multitemático se pasó a una más ajustada y realista de compilar un número básico de visiones de conjunto sobre las ciencias sociales que se habían ocupado de la población afrocolombiana.

Algunos de los trabajos que aparecen en el volumen son muy actualizadas revisiones bibliográficas sobre el correspondiente tópico y otros configuran sinopsis del conocimiento adquirido por sus autores tras largos años de investigación. Como resultado de la mencionada decisión de centrarse en los estudios de carácter social, hay que advertir desde un principio que están ausentes al menos dos temáticas importantes: los estudios ambientales y de uso de recursos naturales y los estudios sobre las tradiciones y expresiones orales y estéticas de la cultura. He aquí, entonces, unos proyectos pendientes que indudablemente serían de gran utilidad.

Hay otros vacíos que, más que omisiones, señalan ausencias derivadas de concepciones y estereotipos que la investigación social sobre la población afrocolombiana hasta ahora está empezado a superar. Los estudios urbanos son uno de estos temas. Si bien el artículo de Urrea, Ramírez y Viáfara presenta la información sociodemográfica más consistente que se tiene sobre una población afrocolombiana urbana, el estudio no es propiamente una compilación sobre los estudios urbanos afrocolombianos. Es una tarea pendiente de las ciencias sociales la de profundizar estudios de poblaciones afrodescendientes en los

centros urbanos en donde se localiza la mayoría de la población colombiana de ancestro africano: Cali, Cartagena, Bogotá, Medellín, Barranquilla, Buenaventura, Tumaco, Quibdó, Santa Marta y Pereira son el lugar de residencia del 70% de los afrocolombianos.

Estudios sistemáticos en curso sobre la población afro de las zonas rurales del Caribe colombiano son prácticamente inexistentes en la actualidad. Esto constituye una lamentable discontinuidad con la obra de distinguidos pioneros, como Manuel Zapata Olivella, Aquiles Escalante u Orlando Fals Borda. Los campesinos afrodescendientes de los departamentos de Córdoba, Sucre y Bolívar, por ejemplo, son alrededor de un millón y medio de personas sobre las cuales no tenemos mayor conocimiento reciente, pese a la notable expansión de sus expresiones musicales dentro y fuera de Colombia. Consideraciones análogas se podrían hacer sobre la depresión momposina o sobre el Magdalena grande.

Este libro refleja, entonces, en términos generales, el énfasis que la investigación de las tres últimas décadas en torno a la población colombiana de ascendencia africana ha puesto sobre la región del Pacífico y, más específicamente, sobre su zona rural. Entre los hitos más importantes de las investigaciones consignadas en este volumen se pueden señalar los siguientes: la mirada al conjunto de las investigaciones sociales sobre la población negra en términos de sus orientaciones teóricas y de las perspectivas políticas derivadas de ello por parte de Restrepo; el giro hacia las historias de las poblaciones subalternas, señalado por Almario y Jiménez, tanto en el nivel de los enfoques como en el de tratamiento de las fuentes; la puesta en evidencia por parte de Camacho de la complejidad y los avances –pero al mismo tiempo de las perspectivas abiertas al futuro– de los estudios sobre las mujeres afrocolombianas; las dimensiones históricas, geográficas y sociales del prolijo y peculiar proceso de poblamiento, de nucleamiento aldeano y urbano, y de transformación de la vivienda en la región del Pacífico expuestas por Mosquera y Aprile-Gnisset; el carácter político de los regímenes de territorialidad en el Pacífico, presentado por Villa; la urgencia de reincorporar tal carácter a la acción colectiva de las organizaciones afrocolombianas, dentro y fuera del Pacífico, aducido por Rúa; y, finalmente, la manera como Rivas explora los avatares de las relaciones conflictivas entre la Ley 70 de Comunidades Negras y los desarrollos políticos en las organizaciones y poblaciones locales en el Pacífico nariñense.

Restrepo, Almario, Jiménez y Camacho trazan en sus capítulos una mirada general sobre la producción bibliográfica acerca de las ciencias sociales, la historia y los estudios sobre mujer, respectivamente. Restrepo propone, además, una agenda para el desarrollo de estos estudios que supere la ortodoxa división de las ciencias sociales, en lo cual coincide con Almario y Jiménez, quienes reclaman de manera similar un paradigma crítico.

Los artículos de Villa, Aprile-Gnisset, Mosquera, Rivas y Rúa exploran distintos aspectos del territorio y su apropiación por parte de la población. Los tres primeros se ocupan del Pacífico. Villa analiza distintas territorialidades históricas, es decir, regímenes político-eco-

nómicos respecto al territorio. Aprile-Gnisset se ocupa de las formaciones socio-espaciales, las cuales entiende como la configuración específica de los asentamientos humanos. Mosquera presenta una síntesis de sus investigaciones sobre las variaciones y dinámicas de vivienda, aldeas y poblados.

Una problemática subregional en el Pacífico sur acerca de las relaciones entre territorialidad y movimiento social es el tema del artículo de Rivas. Rúa propone una reactualización del movimiento afrocolombiano en su lucha por el territorio, de manera que incluya a la mayoría de esta población y a sus graves problemas actuales.

Urrea, Ramírez y Viáfara proveen una sinopsis de los resultados de la magnífica investigación de la Universidad del Valle y el IRD de Francia (antiguo ORSTOM) en cuanto a las dinámicas sociodemográficas de la población afrocolombiana en Cali y sus flujos migratorios desde poblados y áreas rurales del Pacífico.

El capítulo de Eduardo Restrepo ofrece una revisión de los hitos más notables de estudios sobre las Colombias negras en los terrenos de la antropología y la historia. Restrepo inició trabajo de campo en el Pacífico nariñense en los años 90 y desde entonces ha combinado la investigación de base etnográfica con reflexiones teóricas sobre los estudios sociales afrocolombianos en general. Advierte este autor que su lectura de dicha producción se sitúa histórica y políticamente, una lectura de un pasado desde una visión de un futuro deseable.

Desde estos parámetros, y después de trazar una panorámica de tales estudios, Restrepo proyecta el futuro de este campo de la ciencia social en la próxima década.

El grueso de estos estudios, anota, ha versado sobre las poblaciones de los ríos del Pacífico rural, mientras que trabajos sobre afrodescendientes en centros urbanos de otras regiones del país han sido mucho más escasos.

Este autor provee una sinopsis tanto de las orientaciones conceptuales, como de las temáticas que los estudios en cuestión han incluido. Entre las primeras menciona la afroamericanística de los años 50, el análisis funcional sincrónico en los 60, la ecología cultural y el marxismo en los 70, estudios de modelos productivos en los 80 y la perspectiva de huellas de africanía en los 90. Señala Restrepo que en las dos últimas décadas se han producido trabajos con la influencia del estructuralismo, de la antropología interpretativa y de análisis de lo racial y lo identitario.

Sobre estos antecedentes Restrepo subraya que en los últimos años se ha presentado una intensificación de los estudios sobre poblaciones negras con diversas orientaciones teóricas contemporáneas, como las de las tendencias posestructuralistas, la geografía y la ecología política, el feminismo y estudios sobre el desarrollo.

En cuanto a las temáticas, destaca, entre otras, las de ancestralidad africana, esclavización, movilidad poblacional, familia, economía, marginalidad, discriminación, etnicidad, movimiento social, violencia, conocimiento local y oralidad.

Restrepo ve tres factores que incidirán en la transformación de los estudios de las Colombias negras para el próximo decenio: el creciente número de personas e instituciones que se ocupan del tema, las transformaciones de la experiencia histórica y cultural de las Colombias negras y las rupturas teóricas sobre las que se basan estos estudios.

¿A nombre de quién y desde qué posiciones se efectúan estos estudios? ¿Cómo afectan a estas poblaciones los diversos cambios comprendidos en el fenómeno de la globalización? ¿Qué tipo de estudios resultarán de las dinámicas de cambio en las disciplinas académicas sobre la sociedad? Son algunos de los interrogantes que Restrepo deduce de los factores de cambio. Ve entonces que un desarrollo deseable sería la constitución de un campo de estudios transdisciplinarios sobre las Colombias negras, situado en una reflexión sobre país, territorio, sociedad y nación, estudios dentro de los cuales la afroamericanística sería un componente importante, pero no necesariamente central o articulador.

Almarío y Jiménez trazan una panorámica de los estudios históricos sobre el negro en Colombia, principalmente en la región del Pacífico. Almarío –desde los 80– y Jiménez –desde los 90– han trabajado la historia del Pacífico sur el primero, y del noroccidente colombiano el segundo. Anotan que en el plano temático los estudios históricos se habían centrado en el proceso de esclavización, pero las transformaciones recientes de la inscripción de la población negra en el escenario político han llevado a los historiadores a replantear sus enfoques y a interactuar con otras ciencias sociales.

Los autores señalan como antecedentes para la configuración de este campo de estudios a los africanismos de Herskovits y Bastide en Arboleda, Velásquez, Escalante y Price. Luego West acuña el concepto de las “tierras bajas” y Jaramillo Uribe se centra en la historia social del negro en la segunda mitad del siglo XVIII. En la década de 1970 aparecen trabajos de campo antropológicos de Friedemann, Whiten y Taussig, los cuales influyen para señalar a los historiadores los aspectos sociales de la población local. Las investigaciones de Palacios, Colmenares, Tirado, Marshal y Sharp se orientan hacia una historia social de la esclavitud y sus transformaciones posteriores.

Almarío y Jiménez subrayan cómo la influencia de Colmenares propicia el giro de la historia económica a la etnohistoria. Colmenares estudió la constitución del orden colonial espacial en torno a la mina y la hacienda, luego la constitución del gran Cauca en torno a las haciendas ganaderas, las haciendas con mano de obra indígena, los trapiches con proletariado negro y las minas en el siglo XVIII, y posteriormente la decadencia minera que dio el triunfo a la hacienda. Luego se preocupó por la transición de la economía colonial y la aparición de formas de poblamiento de los sectores pobres indios, negros y mestizos, al tiempo que vio a la historiografía imperante como un obstáculo para dar cuenta de estas historias subalternas.

Esbozando una síntesis de tendencias recientes, Almarío y Jiménez mencionan una serie de temas. La constitución del espacio colonial, no sólo el de los centros administrativos y sus inmediatos alrededores, sino el de los inmensos territorios de frontera selváticos en los que se daban diversos procesos de colonización y repoblamiento. En la época republicana se reconfiguraron los circuitos económicos entre los centros urbanos, que crecieron al ritmo de la agricultura capitalista y el comercio, mientras que a la par se iba consolidando en el sector rural un campesinado triétnico, el cual, en el caso del Pacífico, se manifestó con la consolidación de una cultura negra, al tiempo que esta población se fue desplazando desde los centros mineros al resto del territorio y a la costa. En este proceso se mantuvo y solidificó una diferencia regional entre el norte chocoano y el sur grancaucano (valluno, caucano y nariñense).

En las dos últimas décadas, anotan los autores, se han producido distintas investigaciones etnohistóricas y etnográficas que le han dado a los estudios históricos un marco sociocultural mucho más elaborado sobre los indígenas y los afros, en especial de las dinámicas de las cuadrillas de esclavos, de los pueblos de indios o de los sectores de población fugitiva o que iba accediendo al estatus de “libre” de ambos grupos étnicos.

Otra línea de investigación reseñada por Almarío y Jiménez sigue la evolución de los poblados en tanto centros administrativos y económicos y las situaciones de acceso, posesión y propiedad de tierras y minas originadas en estos centros urbanos. Esta estrategia permite también visibilizar las historias de poblaciones locales en estos territorios. Todas estas investigaciones revelan la complejidad del régimen esclavista y de diferentes aspectos de la agencia de los esclavizados. Caso notorio es el del río Patía: sus pobladores se establecieron en el siglo XVIII en el Palenque del Castigo y sus descendientes se constituyeron en un grupo con una cohesión social y política muy característica, que jugó papel destacado en las sucesivas guerras de independencia, primero, y luego en las tempranas guerras civiles republicanas.

El estudio de los procesos sociales en el valle del río Cauca propiamente dicho, en el eje Cali-Popayán, han mostrado los avatares de una población negra que después de la abolición había logrado asentarse en las tierras fértiles del área, pero que tiempo después volvieron a ser marginalizados ante el ascenso de las grandes haciendas industriales cañeras.

Almarío y Jiménez hacen notar que la sujeción y cosificación de la población negra antes y después de la esclavización obliga a los investigadores a hilar muy fino y con imaginación las distintas y posibles fuentes de archivo para poder entrever las características de su sociedad y su cultura y, en especial, sus formas de resistencia, expresadas en procedimientos cotidianos. Así, los archivos notariales con sus documentos de cartas de libertad, compraventa de esclavos, tutelas, dotes, testamentos, fianzas, registros de asien-

to; los eclesiásticos sobre bautizos, defunciones, matrimonios; y los judiciales sobre distintos pleitos y procesos.

Proponen estos autores que para acercarse a una historia que presente en toda su complejidad y protagonismo la gesta de las poblaciones negras en Colombia se hace necesaria la construcción de nuevos paradigmas que superen el continuo etnocéntrico del imaginario colonialista y del nacionalismo de Estado, por un lado, y de otro lado que encuentren alternativas a lo que Restrepo ha llamado “el paradigma indigenista” como construcción dominante de la alteridad. Ven los autores la perspectiva de los estudios subalternos y poscoloniales como una opción promisoría para avanzar en este cuerpo de investigaciones.

Juana Camacho elaboró una reseña analítica de los estudios publicados sobre las mujeres afrocolombianas. Esta antropóloga ha efectuado trabajo de campo y varias publicaciones sobre mujeres y uso de recursos en la costa chochoana desde los 90. En la esfera económica la autora señala cómo, en el último medio siglo, han ido paulatinamente apareciendo estudios que muestran que las mujeres negras participaron muy activamente en distintas instancias de la economía esclavista y en los tempranos ciclos comerciales del oro y el tabaco, además de los más comúnmente conocidos roles de los oficios domésticos, la crianza de los niños propios y de los esclavistas, y los servicios sexuales. Debido a estos últimos desempeños las mujeres africanas y sus descendientes tuvieron gran importancia como gestoras de comunicación entre los sectores sociales de la sociedad colonial esclavista y como gestoras y trasmisoras de las emergentes realidades socioculturales de la época. En los ámbitos urbanos la proporción de mujeres esclavizadas era mayor y, aunque en un principio circunscritas al espacio doméstico, con el tiempo lograron vincularse a diferentes actividades económicas, además de entablar diferentes relaciones sociales con las mujeres esclavistas o libres. Los procesos de automanumisión, a los cuales las historiadoras e historiadores han ido adjudicándoles cada vez mayor importancia, fueron abundantemente protagonizados por mujeres y, aunque muchas de ellas participaron activamente en rebeliones y palenques, fue la compra de la libertad de sus hijos y de ellas mismas su vía de salida preferida de la esclavitud, después de años de ahorro proveniente de intenso y paciente trabajo.

El cuerpo de las mujeres negras ha sido reiteradamente un campo de disputa y de ejercicio de la dominación o de la resistencia. Camacho subraya la existencia de diversos estudios que muestran cómo las facultades sexuales y reproductivas de las mujeres negras fueron manipuladas de distintas maneras por los esclavizadores, pero cómo también, a su vez, ellas supieron utilizar sus cuerpos para aliviar su situación. Otras investigaciones señalan que la sensualidad y corporalidad de las afrodescendientes han sido leídas de variadas maneras para forjar imaginarios a veces deseados, pero clandestinos, en ocasiones prohibidos, pero también en otros casos desplegados como paradigmas para alterar las menta-

lidades dominantes en la sociedad. En todo caso, casi siempre dichos imaginarios han reproducido de una manera u otra la situación subalterna de las poblaciones negras.

Otras de las investigaciones referidas por Camacho señalan que, en el contexto ágrafo de las sociedades negras y la correspondiente ausencia de documentación histórica, el cuerpo negro femenino aparece como anclaje de la memoria y de producción cultural. De ahí la centralidad de la danza de las mujeres negras en sus sociedades.

Las prácticas mágicas de las negras como nodos de las tensiones de la sociedad colonial son también un tópico investigativo que reseña Camacho. Estos poderes fueron temidos y muchas veces solicitados por los blancos, pero también fueron usados como argumentos legales para perseguir y controlar a las poblaciones afro e incluso para eliminar a las practicantes.

Camacho anota que los estudios sobre la familia negra y el rol de las mujeres ha sido una de las temáticas más exploradas. Diversas explicaciones han sido dadas a la constitución de las familias negras rurales, que contrastan con el modelo monogámico, patrilineal y nuclear de la sociedad cristiana blanca y mestiza. En las poblaciones negras predomina una tipología en la que confluyen la matrifocalidad, la poliginia y la familia extensa. Es decir, se presentan sucesivas uniones conyugales, pero los niños permanecen con la madre, quien, con la descendencia de sus hijas y sus nietas, conforma grupos parentales que actúan como unidades sociales de capital importancia en las que los parientes consanguíneos de las mujeres adquieren un rol preponderante frente a la descendencia y dentro de la producción.

Los autores han vinculado a estas características un espectro de factores que van desde los patrones demográficos de la esclavización hasta unos rasgos de origen africano, pasando por estrategias libertarias o de resistencia para conformar relaciones sociales menos alienadas.

Otro de los tópicos reseñados por Camacho es el de investigaciones sobre las actividades productivas de las mujeres negras. En los contextos urbanos gran cantidad de mujeres negras trabajan en el servicio doméstico, pero otras muchas recurren a la comercialización de comidas típicas de la región y establecen redes sociales y laborales. En las zonas rurales el trabajo femenino está inscrito en espacialidades relacionadas con las concepciones sobre el mundo y la sociedad. Camacho señala cómo, desde hace unos pocos años, se han iniciado investigaciones sobre las dinámicas y efectos de los procesos en los que las mujeres continuamente integran redes productivas que articulan los territorios y reproducen los sistemas tradicionales de uso de los recursos naturales. Las intervenciones de los sectores dominantes, ya sea la Iglesia, las instituciones estatales o las avanzadas capitalistas, desordenan y destruyen estas redes.

De manera diversa en diferentes partes del país, aunque mayormente en el Pacífico, han surgido procesos de organización de las poblaciones negras. Camacho proporciona una

revisión bibliográfica sobre los aportes y participación de las mujeres en estas dinámicas tanto rurales como urbanas.

Concluye Camacho su revisión de la producción escrita sobre el tema con un aparte sobre las configuraciones identitarias de las mujeres negras y la imagería tejida alrededor de ellas. Estos tópicos se enmarcan en desenvolvimientos históricos que van desde el contexto de sojuzgamiento durante la esclavización hasta los contemporáneos movimientos de lucha por derechos y reconocimiento. Identidad y representación en las mujeres negras aparecen a lo largo de dichos periodos, cruzadas con aspectos tales como los conflictos raciales, la sexualidad, la etnicidad, la familia y los roles de género.

Fernando Urrea, durante varios años profesor e investigador en la Universidad del Valle, ha liderado desde los años 90 equipos y proyectos de investigación sobre las poblaciones afro del norte del Valle y sur del Cauca, en la ciudad de Cali y en el Pacífico sur. Coordinó la parte colombiana del convenio con el entonces ORSTOM, hoy IRD francés, para desarrollar la ambiciosa y exitosa investigación sobre sociodemografía de la población afrocolombiana en Cali y sus conexiones con el Pacífico. En este artículo Urrea, junto con Ramírez y Viáfara, presenta un análisis de la población afrocolombiana de cuatro regiones de las que se tenía información sociodemográfica: el Pacífico, Urabá, Bolívar y la ciudad de Cali. Las tres primeras incluyen contextos urbanos y rurales, mientras que en Cali los datos permiten comparar a la población afro con el resto. Los autores plantean utilizar las categorías énicas socio-raciales de negro y mulato, de uso generalizado, a partir de la percepción o autopercepción de color de piel, para poder acceder a unas apreciaciones estadísticas ajustadas y por lo tanto a la visibilidad de un sector poblacional que mejor podría ser nombrado descriptivamente con un término como afrocolombiano, pero que no tendría efectividad en el uso cotidiano generalizado. Como tampoco las tienen definiciones énicas que son construcciones contemporáneas extrañas a la mayoría de la población. Tal autopercepción se logra mediante la selección de la persona encuestada de una fotografía entre varias con distintos fenotipos. De esta forma se considerará un hogar afrocolombiano, tanto en las encuestas de hogares del DANE como en las efectuadas por la Universidad del Valle, a aquel en el que sus miembros se reconozcan en el fenotipo de ancestro africano.

Los investigadores insisten en que la población negra en Colombia está muy diferenciada regionalmente en las zonas históricas: a) del Pacífico; b) del valle del río Cauca en el norte del departamento del Cauca y la zona plana del departamento del Valle; c) la costa y las sabanas del Caribe; y d) la depresión del bajo Magdalena y el bajo Cauca. En estas zonas surge de manera diferencial, con mayor o menor mestizaje, un campesinado negro como resultado de la transformación y decadencia de la minería y la hacienda coloniales. El crecimiento de las ciudades, los procesos de modernización y la migración campo-ciudad determinan y diferencian aun más los procesos sociodemográficos de la población negra en el país.

Incluso con unas cifras conservadoras, debido a falta de desarrollo de los instrumentos censales, un porcentaje del 18% de población afrocolombiana, 7'800.000, sobre un total de 43 millones, coloca a Colombia como el segundo país latinoamericano, después de Brasil, en términos de población negra. Los afrocolombianos, como el resto de la población en Colombia, son mayormente urbanos: 5'417.612, o sea el 69,4%. Las ciudades con mayor población total afrocolombiana son las mayores del país, en su orden: Cali, Cartagena, Bogotá, Medellín, Barranquilla y Pereira. El Pacífico, como región, cuenta con 990.000 habitantes negros, entre los cuales está el 8,3% de la población negra mulata urbana del país y el 12,7% del total de esta población. Un número similar de afrocolombianos vive en la zona de Cali y norte del Valle; en el norte de Bolívar hay 785.000 afrodescendientes; en Sucre y sur de Bolívar hay 607.000; y en Córdoba 536.000.

Los hogares de la población afrocolombiana presentan tendencias homogéneas en las distintas regiones. La predominancia, entre 36% y 51%, es de los hogares nucleares completos, mientras que los hogares extensos completos oscilan entre 18% y 24%; los hogares nucleares incompletos, casi todos con jefatura femenina, están entre el 6% y el 13%; el tipo extenso incompleto entre el 9% y el 19%. Estas cifras no son muy distintas de las de la población no afro en Cali, por ejemplo, la cual, a su vez, muestra una generalización de patrones demográficos de modernización-modernidad acorde con el resto de la población colombiana urbana. Contrariamente a algunas presuposiciones culturalistas, los hogares urbanos negros no son más extensos que los de otros ciudadanos colombianos. Los hogares afro en las distintas comparaciones urbanas o rurales muestran una composición más juvenil que la del resto de la población colombiana.

Los hogares afrocolombianos en las cuatro áreas –Bolívar, Urabá, Pacífico y Cali– presentan una mayor incidencia de indigencia, pobreza, jefatura femenina prematura e inasistencia escolar que el promedio nacional, aunque en las zonas urbanas ya se nota un incipiente surgimiento de clases medias. Las cifras de inserción laboral no son muy diferentes de las del resto nacional con la excepción de que hay un desempleo elevado en la zona rural de Bolívar.

El trabajo de Jacques Aprile-Gnisset, basado en un estudio de campo de varios años por toda la región del Pacífico, versa sobre el poblamiento en el Pacífico. Desde la Universidad del Valle, junto con Gilma Mosquera, ha desarrollado en las dos últimas décadas una investigación de gran aliento sobre los asentamientos, la vivienda y el poblamiento de todo el Pacífico, basada tanto en un trabajo de campo extenso y riguroso, como en una prolífica investigación de archivo.

Propone Aprile-Gnisset la categoría de formación socio-espacial como un ordenamiento económico y social expresado en los asentamientos humanos en épocas históricas específicas. Plantea las siguientes formaciones socio-espaciales: 1) aborígen, la

cual divide entre prehispánica y siglos XVI y XV; 2) esclavista y minera; y 3) de colonización agraria.

La formación aborígen prehispánica, de acuerdo con la evidencia arqueológica –dice April-Gnisset–, se caracterizó por un poblamiento disperso con agrupaciones residenciales de pocas casas. Esta situación se mantuvo durante muchos siglos y estaba en plena vigencia a la llegada de los españoles. Entonces, ante los ataques militares españoles y la presión para dominarlos, los indígenas se retiraron de la costa y de los ríos principales y se refugiaron en los cursos altos de los ríos secundarios. Se constituyó así la formación socio-espacial esclavista y minera. Después de un siglo de resistencia, los indígenas fueron exterminados o sometidos y los africanos fueron traídos forzosamente a trabajar en las yacimientos de oro en los ríos, dentro de lo que April-Gnisset califica como hábitats de cautiverio: aldeas de indios destinadas a producir alimentos y bienes para las minas de oro y africanos controlados en cuadrillas de trabajadores en las minas de oro. La población se concentró en minas, los pueblos de indios se localizaron de manera dispersa en unas pocas áreas y la mayoría del territorio estuvo por fuera del control colonial efectivo. Las autoridades coloniales y eclesiásticas se asentaron en unos pocos pueblos. En varias áreas selváticas alejadas de los centros urbanos se configuraron “rochelas” o áreas de fugitivos negros e indígenas.

Aprile-Gnisset señala que, con el fin del régimen colonial y la abolición de la esclavitud, surgió la formación socio-espacial de colonización agraria. La población negra e indígena ocupó la mayoría de ríos y, del patrón disperso concentrado de la formación esclavista y minera, se pasó a un patrón disperso extensivo de baja densidad, pero que al extenderse por todo el territorio Pacífico resultó en un notable aumento del número de población. Los sitios auríferos siguieron siendo importantes asentamientos, pero como la abolición no significó tierra para los ex esclavizados en los sitios mineros, estos lugares se convirtieron en focos de emigración. Los poblados permanecieron en tamaños modestos hasta la primera mitad del siglo XX, cuando la expansión comercial e industrial produjo un crecimiento urbano general en el país y portuario en el Pacífico.

Aprile-Gnisset entiende la formación de colonización como integrada por ciclos que van del asentamiento lineal parental disperso hasta llegar a los poblados de importancia subregional y regional. Éste es un proceso peculiar del Pacífico del cual Aprile-Gnisset destaca la magnitud de la gesta colonizadora de los descendientes de los esclavizados durante el siglo siguiente a la abolición –iniciada con distintas intensidades por los arrochelados y automanumisos.

Concluye este autor con el análisis de la transformación de la formación espacial colonizadora en el patrón urbanizado paralelo al del resto del país. La presión demográfica sobre territorios cada vez más escasos, el aumento del comercio interno e internacional, la consecuente actividad portuaria en Buenaventura, Tumaco y Quibdó, pero sobre todo la mutación

sociocultural hacia la búsqueda de servicios y oportunidades laborales, ocasionó, a partir de los años 40, una corriente migratoria hacia los centros poblados regionales, los cuales se convirtieron en centros urbanos mal dotados, desordenados, con una gran población marginal, debido a la limitada capacidad económica para absorber las oferta de trabajo.

Complemento inmediato del capítulo de Aprile-Gnisset es el presentado por la arquitecta Gilma Mosquera, su asociada de largos años de investigación y quien se ocupa de los poblados y la vivienda de las poblaciones negras en el Pacífico. Sobre la base del anterior estudio sobre poblamiento, Mosquera argumenta que el sistema urbano regional del Pacífico se constituye por la coexistencia de diferentes tipos de asentamientos, resultado de la continua generación de un proceso en el que una parcela independiente se transforma en un asentamiento parental lineal a orillas del río, al caserío lineal, a caseríos reticulares más complejos, los cuales, en ciertos casos, llegan a convertirse en centros rurales al nivel de un río, una cuenca, una comarca costera o un municipio. Cada uno de estos tipos de asentamientos presentan características en relación con el tipo de vivienda, redes parentales y sociales, producción y mercado, presencia institucional, estructura física y trazado del poblado. Todos ellos tienen funciones bien demarcadas en cuanto a la economía regional, la distribución de bienes y servicios, y la administración territorial.

Mosquera argumenta que la vivienda exhibe análogamente un proceso de transformación que parte de la casa aislada, palafítica, pajiza, con un solo espacio interior y un fogón, construida totalmente con materiales selváticos. En las aldeas las casas aumentan los espacios interiores diferenciados entre espacio social y dormitorios. Los materiales de palma, troncos, lianas y hojas dan posteriormente paso a las maderas aserradas y más adelante a los techos de zinc; proceso que se acelera con la multiplicación de aserrios por toda la región desde mediados del siglo XX. La cocina se convierte en un cuerpo separado, comunicado por un puente.

Los poblados van formalizando su trazado e incorporando nuevos materiales. Las viviendas comienzan a utilizar cemento y ladrillos, aproximándose paulatinamente a un modelo urbano estandarizado. Primero surgen las casas de madera de dos plantas, luego el piso de cemento, luego columnas y paredes de ladrillo en la primera planta y finalmente una casa corriente de materiales.

Las transformaciones de las viviendas y de las agrupaciones de éstas marcan también cambios en las relaciones intrafamiliares, parentales, vecinales y sociales en general.

El aporte de William Villa en esta compilación trata sobre el territorio y la territorialidad en el Pacífico. Villa es uno de los científicos sociales con mayor conocimiento del Pacífico, asesor de distintas organizaciones, desde hace más de dos décadas viaja constantemente por toda la región.

Según este autor, territorio debe entenderse como delimitación real o simbólica, en contraste con territorialidad, esto es, dinámica social y económica y ejercicio político.

Este capítulo analiza cómo la territorialidad en el Pacífico ha estado marcada por los periodos políticos y económicos. La minería erigida sobre la esclavización, la ocupación del territorio por los descendientes de los esclavizados, el comercio de productos extraídos (tagua, caucho, raicilla), el auge de la explotación maderera, la Ley 70, la constitución de territorios colectivos y la guerra contemporánea han sido, a lo largo de cuatro siglos, los hitos que han determinado diferentes territorialidades, a veces simultáneas y a veces contradictorias, como anota Villa.

La titulación de territorios colectivos para comunidades negras, de resguardos indígenas y de parques naturales ha colocado ya cinco millones de hectáreas por fuera del mercado de propiedades privadas de tierras y hace prever que en unos años el 70% del territorio del Pacífico esté por fuera de esta lógica. Sin embargo, Villa destaca los muchos vacíos normativos y obstáculos institucionales para el manejo adecuado de esta realidad territorial. Los consejos comunitarios, supuestamente instancias de gobierno de los territorios colectivos, no tienen mayor fuerza de gestión frente a las autoridades municipales. La desastrosa avanzada de la guerra ha agravado mucho más la situación al haber liquidado las posibilidades del desarrollo de los consejos comunitarios y del ejercicio de una territorialidad multicultural.

Villa cuestiona críticamente la supuesta sostenibilidad de los sistemas tradicionales de producción. Anota cómo las economías extractivas y los movimientos demográficos que vienen acaeciendo desde hace cuatro siglos han resultado en una escasez de tierras productivas y de recursos silvestres. Villa afirma perentoriamente que sólo por medio de un riguroso programa de investigación, que hoy está muy distante de ser implementado, se podrán diseñar alternativas productivas frente a las inminentes consecuencias de degradación ambiental.

El hecho contundente de que la mayoría de la población oriunda del Pacífico se asiente en y siga migrando hacia los centros urbanos añade otro factor para imaginar en un futuro una inclusión de la región del Pacífico, de sus territorios y sus gentes en una territorialidad que alguna vez supere la lógica extractiva en lo productivo, la subordinación colonial en lo político y la marginalidad en lo social.

El aporte de Carlos Rúa consiste en una reflexión sobre los derechos y necesidades territoriales de los afrocolombianos. Rúa es uno de los intelectuales y activistas más destacados del movimiento afrocolombiano. Plantea la precariedad de la situación territorial y de vivienda tanto en la ciudad como en el campo. La situación en el contexto urbano de las mayorías afrocolombianas, subraya Rúa, es la de mayor pobreza y marginalidad en el conjunto de la población colombiana, acentuada mucho más en los últimos cinco años con la

intensificación del desplazamiento de los campesinos afrocolombianos. Pese a la gravedad de esta realidad no existe ninguna política dirigida a mejorar la situación de este amplio sector de población.

Siguiendo los lineamientos de la Ley 70 se han titulado cerca de cuatro millones de hectáreas como territorios colectivos; sin embargo, Rúa sostiene que son muchos los obstáculos que impiden a sectores de población específicos acceder a las tierras que necesitan para asegurar su viabilidad como grupo social. La legislación vigente impide la titulación en tierras del Estado, como manglares o parques naturales, o en tierras tituladas a particulares. De otra parte, potenciales o reales proyectos de infraestructura, tales como carreteras, puertos, canales, represas, se ciernen como una amenaza sobre cualquier intento de acceder y manejar el territorio y sus recursos.

Carlos Rúa hace eco de la opinión que ha sido reiteradamente expresada sobre las limitaciones de la Ley 70 de Comunidades Negras para dar cuenta de la mayoría de la población afrocolombiana, tanto sobre la porción mayoritaria asentada en el medio urbano, como sobre las otras poblaciones rurales fuera del Pacífico. El escrito de Rúa se centra en la reflexión sobre la necesidad de rediseñar una agenda política para la población afrocolombiana y para sus organizaciones, que incluya las necesidades y problemas de todos los afrocolombianos, y proponer y luchar por acciones conducentes a la conformación de una región del Pacífico en la que prosperen el bienestar y la diversidad. Esta agenda incluye, en el corto plazo, como la más urgente prioridad la protección de la población contra la guerra que la está diezmando física, social y culturalmente.

Nelly Rivas explora una situación en la que la política de la implementación territorial derivada de la Ley 70 y la actuación de los liderazgos de las poblaciones negras rurales se ven enfrentados a múltiples obstáculos. Esta socióloga ha participado en los equipos de investigación de la Universidad del Valle y ha centrado su trabajo de campo en el Pacífico sur. Muestra Rivas cómo la etnicidad, entendida como una expresión de las dinámicas sociales y políticas de la diferencia y la identidad cultural, se realiza de ciertas formas en el nivel de los grupos sociales –etnicidad social– y las organizaciones –etnicidad política–, las cuales, al ser llevadas al plano legislativo, originan límites y contextos y condicionan los procesos de expresión –etnicidad legislativa. Así, en la Ley 70 de 1993, los referentes que otorgan legitimidad política a las poblaciones negras, en tanto grupo étnico, son las de territorio, cultura, herencia, ancestralidad y manejo ambiental. Estas mismas referencias originan los derechos que la ley reconoce a estas poblaciones, limitándolas a las poblaciones negras rurales de la región del Pacífico. La etnicidad legislativa, en este caso, ha afectado la etnicidad política, expresada en las movilizaciones de sectores que basan sus reclamos en la diferencia cultural. Rivas anota cómo dentro de estos límites normativos se han dado diferentes desarrollos regionales y subregionales, urbanos y rurales en el Pacífi-

co, en lo que tiene que ver con el funcionamiento de las organizaciones étnico-territoriales, con el proceder de los líderes, con las consultivas departamentales o nacionales en las que convergen las organizaciones y las instituciones, con los consejos comunitarios que administran o aspiran a administrar los territorios colectivos.

Para el caso del Pacífico nariñense, Rivas muestra cómo la receptividad de la Ley 70 estaba muy relacionada, por un lado, con la existencia de amenazas por parte de distintos tipos de avanzadas capitalistas sobre el territorio y, por otro lado, por desconfianza hacia los potenciales efectos de dicha ley. Los consejos comunitarios se encuentran con numerosos problemas locales que los llevan a asumir un papel mucho más amplio que el de administradores territoriales. Subraya Rivas cómo, al ser la territorialidad el argumento central predominante tanto en la etnicidad legislativa como en la política en el nivel regional y nacional, la discriminación racial y la desigualdad social han sido notoriamente opacadas y, al nivel local de los consejos comunitarios, otros factores, como el registro fenotípico, pasan a segundo plano. Pero en el seno de las poblaciones locales los procesos originados por la Ley 70 frecuentemente no son siquiera asimilados en el plano de ninguna etnicidad –en el sentido de activar solidaridades identitarias–, sino que son acogidos de manera instrumental como recursos coyunturales de problemas de acceso a la tierra, de supervivencia o ingreso, o como vehículos de poderes locales.

Con esta compilación el Icanh y el CES de la Universidad Nacional de Colombia continúan una serie de esfuerzos conjuntos para divulgar resultados de recientes investigaciones sociales. Para el Icanh, en particular, constituye otro logro en la tarea de poner al alcance del público amplio y del especializado una bibliografía relevante sobre las gentes colombianas de ancestro africano y sobre las regiones habitadas por este importante sector de la población colombiana.

I. Balances temáticos

Aproximaciones al análisis histórico del negro en Colombia (con especial referencia al occidente y el Pacífico)

Óscar Almario García y Orián Jiménez Meneses¹

Profesores de la Escuela de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la
Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín

Consideraciones teóricas y metodológicas obligan a menudo a rehacer el camino o a completar esbozos insinuados en trabajos anteriores. Una síntesis no puede resultar de una simple sumatoria de aspectos diferentes de la realidad histórica, sino que debería ser el refinamiento progresivo de una idea. Posiblemente sólo en esto resida el carácter científico de esta disciplina [la historia]: en su capacidad de plantear un problema y de reformarlo hasta el punto en que sus términos abarquen la máxima realidad posible.
[Colmenares, 1979:22]

El auge de las modas intelectuales “posmodernas” en las universidades occidentales, especialmente en los departamentos de literatura y antropología, modas según las cuales todos los “hechos” con pretensión de existencia objetiva son simples construcciones intelectuales. En definitiva, que no hay una diferencia clara entre hecho y ficción. Pero sí que la hay, y para los historiadores, aun para los más militantemente antipositivistas de nosotros, la capacidad de distinguir lo uno de lo otro es absolutamente fundamental.
[Hobsbawm, 1993:63]

1. Los autores expresan su agradecimiento a la Dirección Nacional de Investigación -Dinain- de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, por el apoyo financiero brindado a parte de sus investigaciones, y al Grupo de Investigaciones Históricas sobre el Estado Nacional Colombiano, que coordina el historiador Armando Martínez de la Universidad Industrial de Santander y del cual hacen parte, por el espacio de discusión interinstitucional que ha propiciado.

Introducción

Este ensayo intenta aproximarse a una cuestión compleja: la evaluación de las estrategias de estudio y sus resultados, a través de las cuales los historiadores han pretendido comprender y explicar al negro en la historia de Colombia. A la luz de los parámetros de la historia contemporánea y de su práctica en el país, dicho campo temático resulta ser tanto un proyecto en construcción como un proceso más bien reciente. Agreguemos que es necesario estar frente a una tarea como la de un balance del estado del arte para percatarse por completo de esto².

El negro se configura como tema específico en la historia a partir de la historia económica y social colonial y de la historia social y política sobre la transición del antiguo régimen al nuevo orden republicano, es decir, como parte de la nueva historiografía que se genera en el país en las últimas décadas, concretamente desde los años 70. Por tal razón, este ensayo se centra en el análisis de las últimas tres décadas de producción histórica alrededor del tema y ella constituye la base de nuestras reflexiones.

Durante un buen tiempo, y a diferencia de lo que pasa ahora, el tema del negro no fue considerado importante en nuestro medio académico a consecuencia de muchos factores, entre los cuales cabe mencionar la subestimación de la importancia de la esclavitud en el pasado nacional y el menosprecio por los esclavizados y sus descendientes, las condiciones de marginalidad en que vivían y aún viven estos colectivos sociales, el supuesto de que el peso cuantitativo de este grupo en la población colombiana era escaso y la creencia de que no existía un “problema negro” siquiera comparable con la llamada “cuestión indígena”. De una u otra forma, estos elementos se pueden tomar como secuelas de la presión que ha ejercido el discurso del mestizaje en la interpretación histórica y social de nuestra especificidad. Lo que contrasta con lo ocurrido en otros lugares de América, como los Estados Unidos, las Antillas o el Brasil que, como parte de su historia y más allá de ambigüedades e intenciones ideológicas en contrario, no pudieron negar el legado social y cultural de las antiguas áreas esclavistas y la importancia de las poblaciones negras descendientes, las cuales llamaron la atención de los primeros estudiosos del tema de la esclavitud y la cultura negra desde comienzos del siglo XX, mientras en Colombia estos estudios apenas se iniciaron hacia la segunda mitad de dicho siglo desde la antropología y un poco después desde la historia.

2. Restrepo [1996], quien sostiene que son los paradigmas epistemológicos de las disciplinas sociales los que configuran lo negro en el país, sitúa en los años 50 el comienzo de esa construcción para la antropología. Por su parte, Almario y Ortiz [1998] plantean que para la historia el momento crucial del tema son los años 70, aunque identifican un largo periodo de antecedentes.

Por formación y práctica profesional, reflexionamos aquí desde esta última disciplina, aunque somos concientes, y tratamos de ser consecuentes con ello, de las amplias conexiones que la perspectiva histórica debe establecer con las otras disciplinas sociales, especialmente con la antropología. Advertimos también que una mirada nacional sobre lo negro escapa a nuestras posibilidades porque las referencias fundamentales para el enfoque de este ensayo (imágenes, metáforas y estudios), las tomamos del occidente y del Pacífico colombianos, el cual, por lo demás, es el espacio de nuestras respectivas trayectorias de investigación. De tal manera que otras áreas de presencia negra, como la costa Atlántica, el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, el valle del Magdalena, Bogotá y el oriente del país, o los puntuales desplazamientos y asentamientos de grupos negros en las zonas selváticas del Putumayo, Caquetá y Amazonas no hacen parte de este balance.

En suma, por las razones anteriores, por el espacio otorgado a este tipo de ensayos y por las propias limitaciones de sus autores, no ofrecemos aquí un balance en estricto sentido sobre el tema anunciado y al respecto sólo podemos avanzar algunas aproximaciones. La tarea sigue, pues, a la espera de otro momento y otros ejecutores.

Por último, este trabajo tiene el carácter de ensayo, fue escrito “a dos manos” o al alimón, busca la síntesis sin parecer excesivamente esquemático y presenta la siguiente estructura: en la primera parte se delimitan sus alcances; la segunda analiza los antecedentes en la configuración de este campo temático para la historia; en la tercera se toma la obra del historiador Germán Colmenares como nuclear para explicar el giro analítico de los años 70 y el surgimiento de un horizonte más o menos común para los trabajos actuales; la cuarta parte realiza una apretada síntesis de las tendencias más recientes de la investigación y simultáneamente intenta problematizar los campos de trabajo identificados; la quinta es una convocatoria a los historiadores y no historiadores a considerar la amplia información disponible para plantearse nuevas investigaciones; finalmente, a manera de conclusiones provisionales, se reflexiona sobre la pertinencia de profundizar y especializar los estudios históricos en torno al tema del negro y de los necesarios e intencionados diálogos transdisciplinarios.

1. Propósitos y límites de este trabajo

El reconocimiento de la relativa juventud del tema del negro y de lo negro para la disciplina histórica en el país, a que hemos hecho referencia, no hace más fácil la evaluación de los contenidos y avatares de estas construcciones; tampoco debe entenderse lo embrionario de tal proyecto académico como si en la empresa se hubiese partido de un punto cero,

3. Sobre el concepto de “tradición heredada” o “concepción heredada” en el conocimiento, véase González [1994:6].

o como si se careciese de una herencia conceptual más profunda sobre este tema y sujeto histórico. Por el contrario, la “tradición heredada”³ por los historiadores al respecto es muy amplia y procede de los más diversos orígenes, cuya completa y rigurosa evaluación escapa a los propósitos de este trabajo. En términos generales, dichos antecedentes provienen desde el imaginario etnocéntrico propio del dominio hispánico, pasan por el nacionalismo de Estado, la geografía e historiografía oficiales de los siglos XIX y XX, que son en parte herederos del primero y en parte de las corrientes modernas del positivismo, el culturalismo y el funcionalismo, y finalmente llegan hasta las corrientes marxistas, estructuralistas y posestructuralistas de nuestros días⁴. Estos antecedentes, remotos y cercanos, tanto ideológicos como epistemológicos, hacen muy compleja la tarea de determinar la forma en que tales influencias discursivas incidieron en los historiadores, en los paradigmas y unidades de análisis privilegiados, en los modelos y conceptos utilizados, en las fuentes más socorridas y en los alcances de su crítica, mientras realizaban sus aportes a la construcción que nos ocupa. Igualmente, dificultan la labor de ponderar los alcances de los primeros hallazgos y su evolución hacia las tendencias y enfoques más recientes de estos estudios.

Un ejemplo al canto: en su balance bibliográfico sobre la historiografía contemporánea que analiza el occidente colombiano del siglo XIX, Almario y Ortiz [1998] acogieron las indicaciones del geógrafo Capel [1981] y del historiador Florescano [1991], quienes sugieren considerar el trabajo de las disciplinas sociales como parte de comunidades académicas nacionales e internacionales, pero sin olvidar que ellas también se relacionan con los proyectos ideológicos y políticos universales y los de sus respectivos países. En suma, que toda visión del pasado se acompaña siempre de una idea acerca del presente y de un proyecto de futuro. En esa perspectiva, Almario y Ortiz concluyeron que en el proceso de la construcción analítica de la región histórica que se configuró en torno a Popayán (Gobernación de Popayán durante la Colonia y Sur o Gran Cauca durante la República temprana) se pueden identificar tres grandes periodos: el de los *antecedentes*, el de la *transición* y el de la *consolidación*. El primero o de los *antecedentes* corresponde a las elaboraciones de políticos, geógrafos e historiadores decimonónicos y expresa el nacionalismo de Estado como ideología en construcción, que tomó el imaginario etnocéntrico heredado de la Colonia y lo proyectó en el paradigma de la modernización; en este contexto, se puede decir que el proyecto nacional subsume lo étnico y el individuo a las colectividades primordiales y que, como parte de esta operación, lo negro no existe como tal. Al periodo de *transición*, que se puede situar entre finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, lo representan historiadores revisionistas que, entre otros temas, se preocuparon por la integración nacional y la

4. Sobre este tipo de discusiones y enfoques en torno a lo negro, puede consultarse a Friedemann [1993], Wade [1993(a)], Arocha [1993] y Taussig [1993].

consiguiente tensión entre la nación y las regiones, desde la cual registraron lo étnico de forma muy contrastada. En este periodo encontramos también a varios investigadores extranjeros que aportaron las primeras reflexiones en estricto sentido académicas sobre esta macrorregión y sus grupos sociales (R. C. West, K. Romolli, J. Jijón y Caamaño, entre otros) y elementos etnohistóricos sobre el Pacífico, lo andino y lo amazónico. Sin olvidar a toda una pléyade de historiadores aficionados que, desde las monografías locales y regionales, promovieron las identidades “intermedias” (municipios y departamentos) del nacionalismo de Estado y redujeron lo étnico a simples cuadros de costumbres y curiosidades folclóricas. De conjunto, este periodo se caracteriza por los marcados esfuerzos integracionistas y asimilacionistas por parte del proyecto nacional sobre los sectores subordinados. Finalmente, el periodo de la consolidación, que desde los 70 hasta la fecha se asocia con la institucionalización de las disciplinas sociales en las universidades del suroccidente (del Valle, del Cauca y Nariño, principalmente) y específicamente con la historia, a partir de las investigaciones de Germán Colmenares y su influencia, asunto del cual nos ocuparemos de manera especial.

Las consecuencias epistemológicas de estos antecedentes en relación con el tema del negro son muy complejas, pero de manera genérica se puede afirmar que tanto la antropología como la historia económica y social de los años 70, con aciertos y limitaciones, iniciaron una “inclusión” más intencionada y sistemática del negro en la historia y la cultura nacionales, tarea que, casi sobra decirlo, sigue aún inconclusa.

De otro lado, hay que tener en cuenta que las características del trabajo histórico que se hace en el país acentúan las dificultades para seguir con detalle los aportes de esta disciplina. En parte porque el predominio de los estudios individuales y monográficos implican de por sí una gran dispersión y, en parte, por la existencia de una equívoca tradición en la disciplina, que no fomenta la reflexión sistemática sobre sus propios productos. Hace más de una década, en el informe que preparó sobre el área de historia para la “Misión de Ciencia y Tecnología” de Colciencias, el historiador Colmenares [1989] afirmó que “la investigación histórica en Colombia tiende a ser de carácter artesanal y monográfico”. Sostuvo también, refiriéndose a la década de los 80 que evaluaba y a los exitosos proyectos editoriales a través de los cuales se difundieron los nuevos trabajos históricos, “que visiones panorámicas de este tipo, que sencillamente superponen de manera sintagmática unos temas a otros, no constituyen propiamente síntesis históricas”. Y concluyó, entonces, que “es posible que en el estado actual de las investigaciones históricas en Colombia no sea posible todavía emprender una tarea de este tipo”. En la actualidad de nuestra disciplina, el panorama expuesto por Colmenares no ha cambiado sustancialmente: predominan aún los trabajos monográficos en historia, se carece de verdaderos programas de investigación y de líneas bien definidas que articulen varios equipos de trabajo en torno a problemas signi-

ficativos y estamos lejos del objetivo de producir nuevas síntesis históricas, como lo evaluaron dos historiadores recientemente [Almario y Ortiz, 1998] y lo ratificamos ahora.

No nos cabe la menor duda, pues, que cualquier balance que se intente sobre los estudios históricos que se ocupan del negro debe inscribirse en este contexto.

Tampoco sorprende, entonces, que existan tan pocos balances acerca de lo que ha sido el análisis histórico del negro en Colombia. Jaramillo Uribe [Cifuentes, 1986:43-60] fue un pionero también en este aspecto; Barona mostró una temprana preocupación por el tema, ya fuera con énfasis en lo social [Cifuentes, 1986:61-80] o en lo económico [Cifuentes, 1986:315-333], y perseveró en la tarea [Barona, 1995(a)] a través de uno de los artículos mejor logrados de que disponemos. Partiendo de la economía colonial, Campuzano [1994] realizó un inventario de los estudios sobre la minería en la Nueva Granada, que se asocia con el tema en cuestión; Díaz [1993] propuso investigar la población negra en el periodo colonial; Almario y Ortiz [1998] establecieron que, una vez eclosionó la relativa funcionalidad de la economía colonial, los procesos de poblamiento del Pacífico norte (Chocó) y del Pacífico sur en el siglo XIX se relacionan con los del interior andino, pero que ello no debe inducir a considerar dicho espacio (suroccidente) como una gran unidad regional y mucho menos que de ella se puedan derivar otras supuesta unidades, como las sociales y étnicas; últimamente, Romero [2001(a)] volvió sobre la idea de la resistencia y la libertad entre los afrocolombianos como una constante histórica que se puede rastrear en la larga duración. Otro trabajo reciente se ocupa de la bibliografía nacional sobre el tema de los “afrocolombianos” [Pérez de Samper, 2001].

Todavía más escasos, por no decir inexistentes, son los trabajos históricos que han interrogado sobre los obstáculos en la construcción del tema, pero en sentido comparativo, es decir, en relación con las otras ciencias sociales, las humanas y aun las naturales. En este marco, los aportes y sugerencias, explícitos y potenciales, contenidos en los trabajos de Friedemann y Arocha [1984, 1986], Restrepo [1996, 1996-1997], Uribe y Restrepo [1997], Camacho y Restrepo [1999], Villa [1994, 1996], Leyva [1993], Del Valle y Restrepo [1996], Wade [1997, 2000], Escobar [1999], entre otros, están todavía a la espera de una interpelación significativa desde la historia.

En su estudio, hecho desde la antropología, Restrepo [1996] identificó que las ciencias sociales configuraron en las últimas décadas unas “vertientes temáticas” en torno al negro que se relacionan con orientaciones teóricas correspondientes y que la historia, en particular, ha puesto el énfasis en los estudios sobre el sistema esclavista, los procesos de poblamiento y el origen de los esclavizados africanos. Aunque concordamos en esto con Restrepo, pensamos que un balance acerca de cómo lo histórico ha configurado lo negro no se podría reducir a un escueto inventario sobre los trabajos desarrollados por

los historiadores sobre las temáticas precitadas. En parte porque no sólo los historiadores tienen una visión histórica sobre el negro, lo que hace que desde otras disciplinas sociales también se esté definiendo a este sujeto social e histórico. Pero también porque el proceso social y étnico contemporáneo de lo negro ha introducido la resignificación sobre su identidad y su pasado, que interpela las construcciones de los académicos. Sin olvidar, por otra parte, que en la contemporaneidad, al abatirse los antiguos bastiones fronterizos en las disciplinas sociales, una de las consecuencias es la irrupción de los productos híbridos, lo que hace que, en no pocas ocasiones, sea inconducente cualquier intento de filiación disciplinar de buena parte de los trabajos actuales. Desde la década de 1990, el caso de la producción académica en torno al Pacífico colombiano es un buen ejemplo de lo anotado.

Desde el enfoque de este balance es conveniente tener en cuenta otra cuestión central: la peculiaridad del conocimiento histórico y sus características, asunto que no podemos tratar aquí con el detalle que amerita. No obstante, es preciso decir algunas cosas. Como es sabido, el conocimiento histórico constituye *un* tipo de conocimiento de la realidad social y no pretende ser el conocimiento de ella; más específicamente aun, la historia aspira a la comprensión de una dimensión de la realidad social a la que se denomina pasado. Qué duda cabe a estas alturas de que el proyecto de conocimiento postulado por la historia está siendo seriamente interpelado y cuestionado en sus posibilidades, a partir del llamado “giro lingüístico”, desde el proyecto genealógico foucaultiano, por los retos del relativismo posmoderno e incluso por los hallazgos de la propia historia acerca de la “invención de la tradición” y sus implicaciones [Anderson, 1983/1993]; Hobsbawm y Ranger [1983]; Iggers [1998], como lo trae a colación también Restrepo (en este volumen). En este marco conviene decir que no concebimos lo negro y un proyecto académico en torno a él como un tema que simplemente haya que agregar a un pretendido metarrelato de la historia nacional con el fin de “completarla”, buscando de esta manera desmarginalizarlo y desinvisiblearlo⁵. Se trata en realidad de otra cosa, de otro proyecto, esto es, de persistir en la vieja aspiración de hacer de la historia social una “historia total”, necesariamente en permanente construcción. Que, en tanto nuevo relato del pasado y en atención al caso que nos ocupa, significa que un mejor conocimiento sobre el negro y lo negro debería conducir a una relectura y reescritura del pasado para hacerlo más complejo, “objetivo”, inclusivo y significativo al tiempo⁶.

5. En relación con la expresión de “invisibleización” del negro en las ciencias sociales, según la popularizó en nuestro medio académico la antropóloga Nina S. de Friedemann [1984].

6. Sobre el asunto de objetividad y verdad en el conocimiento histórico, véanse, entre otros, Appleby y otros [1998] y Foucault [1992]. Acerca de la necesidad y función del relato histórico, véase Martín-Barbero [2001].

Es claro, entonces, que la historia se encuentra en una encrucijada, entre la validación epistemológica y ético-política de su propio proyecto y el carácter siempre incompleto de la documentación necesaria para su tarea. No obstante, los vestigios, indicios, evidencias y registros del pasado, cuya valoración se encuentra condicionada siempre por el presente y que los historiadores nominan *fuentes*, son imprescindibles para el tipo de conocimiento que produce la historia. En otras palabras, a medida que nueva y más masa documental y crítica es incorporada al análisis histórico, éste puede ganar en amplitud y precisión⁷. En resumen, en el conocimiento histórico la perspectiva analítica y el uso crítico de fuentes son dos acciones inseparables y, en consecuencia, un balance de la temática que nos ocupa debe integrar esta parte del conocimiento histórico. Con esa intención en este ensayo hemos procurado hacer algunas anotaciones sobre esta cuestión.

No obstante el denso panorama descrito antes, existe un momento crucial en el proceso de construcción epistemológica de la historia sobre el negro, que podemos tomar como un hito referencial. En efecto, ese momento se produjo en los años 70, cuando los trabajos de los antropólogos e historiadores confluyeron en el tema y empezaron a modificar las perspectivas que existían hasta entonces. Ésta es la razón fundamental por la cual, en este ensayo, se hace especial énfasis en ese momento y en su influencia sobre los trabajos más recientes.

2. De los antecedentes a la configuración del campo temático del negro en los años 70

La percepción que tenemos sobre los temas de la esclavitud y de lo negro todavía tienen mucha relación con las imágenes que nos han quedado de las lecturas de las novelas y relatos de Jorge Isaacs, *María* (1867), Eustaquio Palacios, *El alférez real* (1886) y Tomás Carrasquilla, *La marquesa de Yolombó* (1927) y *Simón el mago* (1890), y en las que lo negro aparece ligado a la bondad de los amos hacia sus esclavos y a la relación afectiva entre niños blancos y sirvientes negros. Salvo algunas excepciones, en tales escritos los negros son quienes cargan con la culpa, como se desprende de la lectura de la obra de Tomás Carrasquilla; en *María*, la obra cumbre de Jorge Isaacs, la institución de la esclavitud aparece expuesta con tantas laxitudes que, en muchos sentidos, contrasta

7. Un buen ejemplo de esta relación indisoluble entre las fuentes y el conocimiento histórico lo encontramos en la ethohistoria andina. En efecto, *De los cronistas a las visitas* (Murra, 1955/1978) sería una manera de resumir esta cuestión del paso de una perspectiva etnocéntrica a una ethohistórica, que muestra que el cambio de *mirada* del historiador no depende tanto del uso de unas fuentes frente a otras, como de la comprensión de los niveles de realidad y discursividad a los que ellas aluden, de la admisión de una sensibilidad distinta sobre lo desconocido y de la disposición hacia una "conversación" constructiva entre su aparato crítico y *esas voces que vienen del pasado*. En ese sentido, más que de un *uso de fuentes*, de lo que se trata es, en últimas, de una nueva construcción de conocimiento en la que incluso es preciso reconocer e integrar a nuestras explicaciones, otras formas de experiencia y percepción, distintas a las del paradigma occidental en el que estamos inscritos. Sobre esta cuestión, de muy amplia bibliografía, véase Grusinzi [2000] y Descola y Palsson [2001:11-33].

con los cientos de expedientes que reposan en los fondos criminales de los Archivos Históricos de Bogotá, Medellín, Popayán y Quito, y en los que tal imagen de bondad se desdibuja por una más cruda y perversa⁸. Llama la atención que los intelectuales, qué no decir del común de la gente, sigamos todavía fieles a las metáforas de obras literarias como las citadas, cuando, sin necesidad de ir más lejos, otras de la misma estirpe, pero de periodos más recientes y que expresan otras sensibilidades sobre lo social, nos ayudarían mucho más a comprender el complejo mundo del negro y de otros sujetos sociales asociados con su historia. Baste citar como ejemplos de ellas las novelas del chocono Arnoldo Palacios, *Las estrellas son negras* (1949), del nariñense Guillermo Edmundo Chaves, *Chambú* (1946) y las indigenistas del payanés Diego Castrillón Arboleda, *José Tombé* (1942) y *Sol en Tambalimbú* (1949)⁹.

Otro tipo de percepciones todavía se alimenta de las corrientes revisionistas de la historiografía, de las tendencias positivistas de los estudios sociales y de los trabajos tipo monografías locales y regionales de las primeras décadas del siglo XX, que apuntalaron el discurso dominante del nacionalismo de Estado, el mestizaje, la asimilación y la integración de los distintos grupos étnicos en el país, especialmente en el occidente. En efecto, los historiadores revisionistas Gustavo Arboleda y Demetrio García Vásquez, en su afán de legitimar históricamente la hegemonía vallecaucana en el ordenamiento territorial moderno del occidente colombiano, fueron capaces de reconocer las diferencias inter e intrarregionales y sus consiguientes problemas de identidad, pero al tiempo esfumaron lo étnico en general y específicamente redujeron al Pacífico a la simple condición de obstáculo físico que habrían de superar los espíritus emprendedores, vaciándolo de hombres negros, indígenas y mestizos. Por su parte, el historiador pastuso José Rafael Sañudo, en polémica con los anteriores y reivindicando la singularidad histórica del sur en la vida nacional, presenta dicha región como un sur andino (mestizo e “indígena”), donde lo negro y el Pacífico prácticamente no existen¹⁰.

Quienes tuvieron una relación ambigua con el Pacífico, con su gente negra mayoritaria y con sus núcleos indígenas y mestizos, como el misionero agustino Bernardo Merizalde Del Carmen [1921] o el político liberal guapiense Sofonías Yacup [1934], incluyeron de forma contradictoria al negro y a los otros tipos sociales en la historia regional y de paso en la nacional. Sin embargo, el Pacífico de Merizalde carece de historia hasta que la re-evangelización católica, ocurrida desde finales del siglo XIX, supuestamente lo redime del salvajis-

8. Álvaro Camacho Guizado [1979], desde la sociología histórica, se refiere a la ambigüedad y prejuicios con que Issacs veía la esclavitud y cómo ello se plasmó literariamente en *María*.

9. Sobre la relación ideología y literatura en el siglo XIX y su influencia posterior, véase Williams [1991]; a propósito de la gramática decimonónica como expresión de poder, véase Deas [1993:25-60].

10. Sobre esta corriente revisionista en la historiografía nacional, véase Almarío y Ortiz [1998].

mo. Por tanto, los antecedentes esclavistas de la Colonia y la República no existen como problema y tampoco lo negro como sujeto histórico. La Iglesia se erige así en el gran actor del proceso de civilización y progreso para la región y su gente, valores estos que Merizalde entiende en tanto que sean agenciados por unos nuevos protagonistas, distintos a los negros, es decir, por “blancos” y mulatos o negros, pero civilizados y que, reducidos a la vida “urbana”, expresen un modelo de poblamiento y de control social que se oponga al tradicional poblamiento longitudinal, ribereño y disperso de los negros. Por su parte, el atrasado, marginal y olvidado Pacífico de Yacup se explica, de un lado, como un problema “regional” y, en cuanto tal, como debilidad del Estado para integrarlo; de otro, por sus condiciones endémicas limitantes, como la falta de educación, vías y oportunidades, que el mismo Estado y sus agentes deben modificar con sus acciones. En suma, la Iglesia, el Estado y sus agentes modernizadores, clericales o laicos, son los actores que se exaltan en este tipo de historia regional, en la que lo étnico negro no tiene cabida.

Otras apreciaciones, en cambio, obedecen a la mirada que se dio al problema del negro desde cuando aparecieron los primeros trabajos en Colombia, en las décadas de 1950 y 1970. Inicialmente, con peso antropológico, bajo la influencia de M. J. Herskovits y R. Bastide, la cuestión residió en utilizar la perspectiva de las retenciones africanas para determinar su grado de pureza y variables en los grupos descendientes o “afrocolombianos”, como lo confirman los trabajos de Arboleda [1950, 1952], Velásquez [1957-1961, 2000], Escalante [1954, 1964, 1971] y Price [1954, 1955], entre otros. Poco después, dos autores anunciaron el momento de transición temática, especialmente para la historia. En efecto, el geógrafo cultural norteamericano Robert C. West [1952/1972, 1957/2000] redescubrió la importancia de minería de aluvión y trató por primera vez en forma sistemática a las “tierras bajas” del Pacífico como el entorno geográfico por excelencia de dicha actividad y como el área cultural de los negros, definida como una unidad cultural que se extiende desde la provincia del Darién en Panamá hasta la de Esmeraldas en el Ecuador y comprende todo el litoral colombiano. West combinó en sus investigaciones, con una audacia digna todavía de emulación, el trabajo de campo con un exhaustivo trabajo de archivos. Por su parte, el historiador colombiano Jaime Jaramillo Uribe [1963, 1969] incluyó al negro en sus ensayos históricos, es decir, en lo que podríamos llamar la primera agenda temática de lo que deberían ser las nuevas maneras de hacer historia en el país, respecto de los grupos sociales subordinados. Jaramillo Uribe, cuya mayor preocupación fue la historia social de los negros en la segunda mitad del siglo XVIII, le dio una dimensión histórica a la discusión al comparar la problemática de los negros en las distintas regiones del virreinato, basado en la consulta de fuentes del Archivo Histórico Nacional y en la revisión concienzuda de los distintos fondos en los cuales reposa información sobre la esclavitud en el Nuevo Reino de Granada.

No obstante la importancia de estos antecedentes, fue en los años 70 que se presentó un cambio sustancial en el tema del negro, por razones que se explican en las páginas siguientes. En efecto, en esos años los estudios de historiadores y antropólogos confluyeron en su atención sobre el negro. Los historiadores iniciaron un tratamiento más sistemático del asunto de la esclavitud, el comercio de esclavos y las áreas de poblamiento negro, mientras que los antropólogos aportaron renovados trabajos de campo en sociedades locales negras y descripciones sobre sus características. Pero lo singular de esta década que comentamos consiste en que los estudiosos de ambas disciplinas hicieron un énfasis particular en la gran región del occidente y específicamente en el Pacífico, la región que con el tiempo, y por excelencia, se convertiría en el punto de referencia central sobre el negro y sus territorios, tanto para las construcciones académicas como para las del movimiento étnico contemporáneo. Lo confirman las acciones de unos y otros en el marco de la Constitución Política de 1991 (que dio origen al Artículo Transitorio 55, la posterior Ley 70 de 1993 y sus decretos reglamentarios sobre los derechos étnicos y territoriales de los negros), la consolidación del movimiento étnico y social negro, y la simultánea explosión temática sobre el Pacífico colombiano entre investigadores nacionales y extranjeros, como lo analizan varios investigadores: Arocha [1992], Wade [1992], Restrepo [1996], Maya [1998(b)], Escobar y Pedrosa [1996], Escobar [1997], Pardo [1997, 2001], Grueso, Rosero y Escobar [Escobar, Álvarez, Dagnino, 2001].

En esos esfuerzos de los años 70, los antropólogos aportaron trabajos de campo novedosos, como los de Friedemann [1969, 1974(a,b)], Whitten y Friedemann [1974], Taussig [1974, 1975, 1978]; mientras que los historiadores se ocuparon de estudios de corte general en unos casos y en otros de perspectiva regional, incorporando para ambos efectos nuevas fuentes, como lo confirman los trabajos del lingüista español De Granda [1971, 1977], de los colombianos Palacios [1973], Colmenares [1973/1997, 1975, 1979] y Tirado [1973], y de los norteamericanos Marzahl [1974, 1978] y Sharp [1968, 1970, 1975, 1976]. Lo que implicó, para unos y otros, tanto continuidades como cambios, en cuanto a los focos de interés de lo observado y respecto de las estrategias de análisis correspondientes. Así, por ejemplo, el análisis de la institución de la esclavitud persistió, pero derivó del comercio de esclavos hacia la historia económica y social de la esclavitud, de sus distritos mineros y de sus transformaciones posteriores bajo condiciones republicanas.

Pese a la importancia seminal de los trabajos de la década del 70, la cabal comprensión de sus hallazgos y límites, de sus mutuas influencias, reconocidas y no reconocidas, y de su impronta sobre los estudios inmediatamente posteriores, sigue siendo una tarea todavía incompleta. No obstante, queremos señalar que la aludida confluencia entre historiadores y antropólogos en esta década, la interpretamos sobre todo por lo coetáneo de sus respecti-

vos trabajos y de ninguna manera porque existiera un explícito interés de colaboración entre ambas disciplinas, lo que parece confirmar las convenciones dominantes en el medio académico durante ese periodo al respecto¹¹. En resumen, aunque los antropólogos percibieron el trasfondo histórico de las sociedades negras que estudiaban y los historiadores identificaron la necesidad de una perspectiva cultural para una mejor comprensión de su pasado, y a pesar de que ambas disciplinas tomaron como referencia a la antigua Gobernación de Popayán y a su frontera minera del Pacífico durante la Colonia y, por extensión, a la vasta región suroccidental sometida a procesos de cambio social y modernización en la historia reciente, respectivamente, cada disciplina mantuvo sus reflexiones y proyectos de trabajo relativamente al margen de la otra.

En particular, los trabajos de los historiadores se centraron, por una parte, en el asunto de la trata o comercio de esclavos y, por otra, en las características de la economía minera del Pacífico y su relación con el conjunto de la sociedad esclavista de la antigua Gobernación de Popayán, lo que permitió establecer unos puentes analíticos entre la historia económica y la historia social, hasta ese momento inexistentes. En 1973, el historiador Jorge Palacios Preciado publicó su libro *La trata de negros por Cartagena de Indias*, que continúa siendo un clásico en estos temas, en el que dio cuenta de la introducción de esclavos al Nuevo Reino durante la transición de la monarquía de los Austrias a la de los Borbones. Palacios Preciado introdujo una mirada novedosa, pues consultó fuentes diversas en el Archivo de Indias (Sevilla) y dejó sentadas las bases de lo que fue el comercio negro. De

11. A manera de anécdota, uno de los autores de este ensayo, Óscar Almario, desde su condición de estudiante de historia (pregrado y maestría) en la Universidad del Valle, puede testimoniar dos momentos en estas relaciones entre antropólogos e historiadores. El primer momento en los años 70, cuando los trabajos de Taussig despertaron muy poco entusiasmo en Colmenares y otros historiadores, que ya habían iniciado el estudio histórico de la esclavitud en Popayán. Este médico psiquiatra y antropólogo australiano estudió tanto la población negra del norte del

Departamento del Cauca (sur del valle geográfico del Cauca), como la de algunas áreas del litoral Pacífico sur, desde donde se orientaban procesos migratorios hacia los centros azucareros del Valle del Cauca y Cauca. El investigador analizó en su momento a estas poblaciones negras como “proletariado y campesinos negros”, mostró que ellas exhibían varios componentes de una poderosa cultura propia de muy largo aliento y las visualizó como actores potenciales de un cambio socialista [Taussig, 1975, 1978]. No obstante los límites conceptuales e ideológicos en los que sus trabajos se inscribían entonces, Taussig fue un pionero en el uso de varias estrategias de investigación para el estudio del negro: *la historia oral* (valoró a tal punto el aporte y los testimonios de las personas mayores de las zonas estudiadas, que las llegó a considerar incluso como coautoras de su trabajo); en *comparar* núcleos negros distintos, como los del valle del Cauca y el litoral Pacífico, pero que al tiempo eran reveladores de memorias colectivas diferentes y compartidas; y en recurrir a la *comprensión del pasado esclavizado* para explicar aspectos centrales del presente sociológico y antropológico de las sociedades negras que observó. El segundo momento se presentó una década después,

en los años 80, cuando Colmenares, ya influenciado por la antropología interpretativa de Clifford Geertz, saludó con verdadero entusiasmo el nuevo enfoque de los trabajos de Taussig [1980] y lo invitó como conferencista a la maestría en historia andina dirigida por él y ofrecida por la Universidad del Valle en 1987. Por el contrario, los trabajos de Friedemann, los primeros y los posteriores, no suscitaron en Colmenares mayor atención. No obstante, algunos colegas y discípulos de Colmenares, como Francisco Zuluaga y Mario Diego Romero, sí fueron influenciados por los trabajos de Friedemann y Arocha, y por los enfoques adoptados por ellos y otros antropólogos en los 80 en torno a la perspectiva afrogenética. Otros historiadores, como Guido Barona, validarían en parte dichos enfoques y en parte los cuestionarían.

otro lado, estas nuevas perspectivas tuvieron una ventaja adicional en tanto se hicieron desde el análisis regional, es decir, de la Gobernación de Popayán y de su frontera minera del Pacífico en la Colonia (De Granda, Colmenares, Marzahl, Sharp) o de su transformación bajo condiciones capitalistas (Tirado), el cual permitió matizar los enfoques generalizadores, al tiempo que condujo a identificar la necesidad de construir un modelo adecuado para explicar las características de la esclavitud en un territorio de frontera.

De esta forma se tomó distancia de los modelos que se utilizaban predominantemente para el análisis de la historia económica y social de las grandes áreas esclavistas de América, como el complejo *plantación-ingenio* de las Antillas o el de *la plantación y la casa señorial* del sur de los Estados Unidos y el nordeste brasileiro, con sus correspondientes sistemas clasificatorios sociorraciales de estas experiencias; pero que resultaban inaplicables a las condiciones de la minería de aluvión practicada predominantemente en la Nueva Granada, al sistema social de castas y a la movilidad social *sui generis* que se presentó aquí¹². Lo que implicó también un cierto alejamiento del lenguaje “afroamericanista” propio de los enfoques predominantes y la adopción indistinta de otros términos menos modélicos para aludir a la experiencia esclavizada en nuestro caso¹³. Y, sobre todo, a subrayar la peculiaridad de la minería de aluvión practicada en el Pacífico y controlada desde Popayán y otros centros urbanos del interior andino.

Aunque Colmenares estudió la historiografía y la literatura norteamericanas y antillanas sobre el tema, y reconoció la dimensión política y étnica que en los 60 y 70 agitaba a esas sociedades en torno al asunto de los derechos políticos y civiles de los negros, no estableció una conexión directa entre ese contexto y el caso étnico negro colombiano. Podemos decir, entonces, que en los 70 el negro se configuró en Colmenares como pasado colonial y no como presente social o étnico. Sus trabajos posteriores empezaron a modificar esta perspectiva inicial, al asumir el enfoque etnohistórico, como veremos.

El “proyecto” académico propuesto por Colmenares, por llamarlo de alguna manera, tuvo tres componentes fundamentales, a nuestro modo de ver: la historia regional, como parte de la estrategia hacia la historia social, concebida como historia total, y la formación de una nueva generación de investigadores.

Un trabajo temprano de Colmenares [1972] anunciaba estos planteamientos y problemas. Sus estudios posteriores, el ambiente académico colectivo que se creó alrededor de

12. Hay matices, por supuesto. Por ejemplo, el caso de la hacienda de trapiche en el valle geográfico del Cauca sí podría compararse con el caso brasileiro.

13. Éste es, sin duda, uno de los factores que puede haber influido en que, a diferencia de lo que ocurrió en la antropología a partir de los 80, para la historia no sea tan trascendental la discusión acerca de las llamadas “huellas de africanía” y “del puente que une a África con América”. Sin olvidar, claro está, que existe una tradición más empírica en la historia que en la antropología, que influye indistintamente en la construcción de sus conceptos.

este asunto en el Departamento de Historia de la Universidad del Valle, sin olvidar los aportes de sus colegas y de quienes presentaron tesis al programa de licenciatura en historia, contribuyeron a posicionar la historia regional en el panorama de los estudios sociales del país e incluso, por su influencia sobre otros núcleos académicos, que se la llegara a reconocer como una “escuela”. Algo que, por lo menos desde su acepción corriente, jamás formó parte de los propósitos de Colmenares.

No obstante que la propuesta de hacer historia regional tenía una intencionalidad muy definida por parte de Colmenares, en ella subyacía otro objetivo que, si se quiere, era más importante, aunque olvidado con frecuencia por los historiadores y otros profesionales de las ciencias sociales: hacer historia social, es decir, hacer historia total. Por eso decía este investigador:

La pretensión de los historiadores sociales es la de que la historia social es toda la historia, vista desde un punto de vista social. Es decir, se subraya una especificidad de lo social frente a lo económico, frente a lo político, y se supondría que la historia social se cuele entre los intersticios de lo económico y de lo político¹⁴.

Como hipótesis de trabajo se puede decir que, desde la década del 90, la historia regional, al no haber podido desdoblarse en historia total, entró en una fase de agotamiento y crisis.

Es bueno decir también que el trabajo investigativo de Colmenares se soportó en una intención metodológica explícita, que consistía esencialmente en la promoción de una nueva manera de hacer historia en el país, obrando como eco de las principales corrientes historiográficas de esa época, como la Escuela de Anales en Francia, la historia social inglesa y la histórica económica norteamericana. Este proyecto se asocia con nomenclaturas genéricas como “Nueva Historia”, pero su adecuada valoración requeriría de estudios sistemáticos sobre sus particularidades discursivas y los logros obtenidos. No obstante, arriesgamos la hipótesis de que Colmenares concebía esa nueva manera de hacer historia como un esfuerzo importante y sostenido que, por lo menos, debía encarar los siguientes retos:

a) Superar la dimensión de los metarrelatos sociales que en ese momento imperaban en el país, América Latina y el mundo (el historicismo, la teoría dualista de la modernización, las teorías cepalinas sobre la dependencia en América Latina, la vulgata marxista, cierto

14. Germán Colmenares, “Economía y clases sociales en el siglo XIX”, en: *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX. Memoria de un seminario*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1983, pág. 135. Sobre el concepto de región y sus usos por las ciencias sociales, en especial por la geografía, la historia y la antropología, véanse Fals [1996], Sevilla [1986], Findji [1979], Pérez Herrero [1991].

estructuralismo “críptico”, entre los principales), que habían sustituido la realidad y la investigación por el uso de modelos arbitrarios que no se sometían al contraste de sus evidencias. Lo anterior no significaba prescindir del todo de dichos modelos, pero sí definirse por el uso crítico, ecléctico y pragmático de ellos, de acuerdo con las necesidades específicas de cada investigación y las fuentes disponibles.

b) La formación académica de nuevas generaciones de historiadores, con capacidades para hacer investigación, entrar en contacto con otras culturas y tradiciones académicas occidentales y dispuestos a establecer un diálogo intencionado con otras disciplinas sociales y humanas.

c) Asumir la historia regional como uno de los caminos posibles para concretar la idea de la promoción de una nueva manera de hacer historia que, con el tiempo, se llamarían “estudios regionales”.

Fue en este contexto que, en una primera instancia, lo histórico empezó a configurar lo negro en general y el Pacífico en particular. Esfuerzo intelectual que, en buena medida, se sintetiza en el aporte del historiador colombiano Germán Colmenares, por la calidad, influencia y trascendencia de su obra.

3. De Colmenares a Colmenares o de la historia económica y social a la promesa etnohistórica

La hipótesis de esta parte del ensayo plantea que, en los años 70, la construcción y el uso de conceptos, por parte de Colmenares y otros historiadores, como *región histórica*, *sociedad esclavista de Popayán*, *complejo mina-hacienda*, *espacio y patrones de poblamiento*, entre otros, constituyen los soportes fundamentales de los cuales surgieron las ideas específicas sobre el negro, sus sociedades y territorios que, al consolidarse como nuevos temas, explican los estudios y tendencias actuales, que describiremos en el siguiente acápite.

Los problemas señalados por Colmenares para analizar la Gobernación de Popayán se pueden agrupar en tres grandes temas: primero, la construcción del dominio colonial (economía y sociedad) y de su espacio; después, la evolución de la Colonia a la República y el tránsito de una sociedad esclavista a una sociedad campesina y heteróclita en el Gran Cauca y, finalmente, la crisis de la mentalidad señorial que debió adaptarse al discurso republicano y moderno, preservando, construyendo y reconstruyendo viejas y nuevas relaciones sociales, culturales y de poder.

Al estudiar la economía y la sociedad coloniales de la Gobernación de Popayán, Colmenares dejó en claro varios hechos históricos que incidieron en su configuración:

a) La doble intervención a que quedó sujeto su gobierno (desde 1563) de las audiencias de Quito y Santa Fe, lo que limitaba su autonomía.

b) La prolongación de las guerras de conquista de los territorios indígenas hasta 1623, con lo cual su frontera interna se vio constreñida al control efectivo de las jurisdicciones de sus ciudades y Popayán dependió para sus abastecimientos de la región de Pasto.

c) La posterior ampliación de la frontera minera hacia Barbacoas (primeras décadas del siglo XVII) y el Chocó (segunda mitad del mismo siglo).

d) Que no obstante, no sería preciso hablar de una unidad dentro de sus límites, ya que “las divisiones político-administrativas tuvieron un marcado carácter patrimonial” y las ciudades con sus “términos” y poderes locales predominaron sobre las provincias.

e) Que a pesar de la preeminencia de la ciudad de Popayán (asiento de las Cajas Reales y del gobernador), su influencia y la de sus vecinos “no se extendía más allá de Caloto en el norte y de Almaguer en el sur” a finales del siglo XVII.

f) Que en el siglo XVIII aparecieron rasgos diferenciadores entre el valle geográfico del río Cauca, donde se multiplicaron los trapiches y la ganadería extensiva que ocupaban mano de obra esclava, y el valle de Popayán que utilizaba en sus haciendas de campo mano de obra indígena.

g) Que “el elemento más seguro de identificación era el alcance del poblamiento español, la zona de influencia de un centro urbano”, pero que en todo, “los confines de una jurisdicción podían resultar demasiado remotos”; en el caso de la ciudad de Popayán, su “epicentro real” se redujo al valle de Pubenza durante mucho tiempo y sólo hasta finales del siglo XVIII la ciudad extendió su poder y control sobre otros territorios fronterizos, como el valle del Patía, las estribaciones de la Cordillera Central, la banda occidental del río Cauca y el extremo suroccidental de la jurisdicción de la ciudad.

h) Que “este aislamiento físico se traducía en aislamiento económico y en una fuerte tendencia hacia la autonomía política de cada ciudad”; sólo las minas y las empresas mineras vinieron a romper la rígida estructura de las jurisdicciones de las ciudades y de una economía basada en los repartimientos (de tierras e indígenas) y fue en este nuevo orden económico que Popayán impuso su supremacía [Colmenares, 1979:17-20].

El dominio colonial se basó, pues, en un orden social y espacial, analizado mediante la estructura de *centro y periferia*, horizonte que también sirvió de base a los historiadores para iniciar sus trabajos sobre la dinámica de la Conquista, la expansión de las fronteras, la formación de las provincias, los patrones de asentamiento y las formas de poblamiento, entre otros temas. Por eso, como lo indicara Colmenares [1978:283; 1983, 1989], la frontera minera del Pacífico colombiano y otras zonas de características similares no se pueden comprender en su configuración histórico-regional, es decir, sólo a partir de su proceso de ocupación por las huestes españolas. Al respecto, se requiere de un concepto

que integre en el análisis las tensiones y cambios que se producían en las naciones indígenas originarias y sus respectivos territorios ante la avanzada de los ibéricos, y la compleja conflictividad política y simbólica del espacio que surgía con la empresa dominadora. La resistencia al dominio, al sometimiento, la catástrofe demográfica que sobrevino y la introducción de esclavizados africanos incidieron en la modificación de los territorios étnicos y de los sistemas simbólicos de su representación, así como en el surgimiento de una nueva espacialidad y de otras relaciones intra e interétnicas. El concepto de “frontera”, sugerido y utilizado por Colmenares para explicar este complejo proceso, aunque inicialmente limitado en sus alcances, se ha visto enriquecido y desarrollado por recientes investigaciones [Barona, 1989; Valencia, 1991; Vargas, 1993]. Estas investigaciones, aparte de continuar y complementar las observaciones iniciales de Colmenares, confirman también el hondo calado de otra sugerencia suya, en el sentido de que “el punto focal” por excelencia en los estudios históricos para la Nueva Granada no debía ser el espacio urbano, con sus privilegios político-administrativos, sino “las zonas de frontera”. Por eso, para el caso de la Gobernación de Popayán, la mirada de los investigadores debía dirigirse hacia sus distritos mineros en el siglo XVI (Anserma, Cartago y Arma) y XVII (en el Pacífico, al curso del Atrato-San Juan al norte, y al sur a las minas de Dagua, Raposo, Iscuandé y Barbacoas), a los reductos de resistencia indígena en la Cordillera Central a comienzos del siglo XVII y hacia la región chochoana durante el siglo XVIII [Colmenares; 1979:13; Valencia y Zuluaga, 1992:70-72].

Pero el gran hallazgo de Colmenares consistió en desentrañar la existencia del *complejo mina-hacienda* porque le permitió explicar la naturaleza y manera de operar de la economía colonial y comprender la estructura social de la antigua Gobernación de Popayán, analizada en términos de una sociedad esclavista. La explicación estructural establece que, mediante este complejo, se complementaban la producción minera y la agrícola; que la primera era abastecida por la segunda mediante el comercio; que eran los distritos mineros los que surtían de metales preciosos a la Corona española y que todo el complejo estaba controlado por clanes familiares concentrados en Popayán, aunque con cepas en otros centros urbanos, que además, monopolizaban los otros dispositivos del dominio, como el poder local, el aparato eclesiástico y los recursos financieros disponibles. Estas elites expresaban y reproducían el sistema descrito con base en una “mentalidad señorial”, lo que le habría conferido a esta sociedad su tonalidad peculiar y su singularidad histórica, entre los siglos XVII y XVIII.

La transición política y social de tal sociedad hacia la modernidad, que sus sectores dominantes trataron de preservar y prolongar durante la República temprana, aunque en condiciones muy contradictorias, es un campo de reflexión en buena medida inexplorado y en el que debemos suponer que se encuentran claves importantes para comprender el entramado étnico social caucano y de la nación en construcción. Pero, de acuerdo con el

esbozo anterior, lo importante ahora es retener que, sustentándose en el modelo del complejo mina-hacienda, se erige la hipótesis de que en el suroccidente del país se habría configurado una *región histórica*, cuyo ordenamiento espacial dependía de un modelo de *centro* (de poder, localizado en el interior andino y con la ciudad de Popayán como su “lugar central”) y *periferia* (de la cual hacían parte tanto la frontera minera del Pacífico como las selvas del Caquetá y Amazonas)¹⁵, mientras que su orden social se basaba en un rígido sistema social de castas. En este orden de ideas, el fondo del problema consistía en determinar el papel de la *esclavitud* en la formación de una “región” de comerciantes, mineros y hacendados.

Colmenares relacionó, entonces, el problema de la esclavitud con el crecimiento de la economía regional de la Gobernación de Popayán y mostró los diferentes modos de su aparición en el Nuevo Reino. Su trabajo ofrece pistas claves para entender, por ejemplo, la importancia de la esclavitud chochoana durante el *segundo ciclo del oro* y para diferenciarla de otras regiones del Nuevo Reino, como Antioquia y el Pacífico sur, cuyos detalles se tratan más adelante.

Cabe agregar que, no obstante el momento de transición en el que se encontraba su trabajo, entre la historia económica y la historia social, Colmenares alcanzó a entrever la cuestión de lo negro en unos nuevos términos en tanto reconoció la importancia de la trata, pero también de los sitios de destino de los esclavizados, al intentar comprender la formación de los *reales de minas* como formas de asentamiento humano propias de esta frontera minera; al intentar identificar las prácticas y formas de organización productivas de estos grupos; al dotar a la cuadrilla y la incipiente familia negra de entidad social y verlas como embrionarios núcleos de una primera identidad, entre otros problemas. Lo que, por otra parte, dejaba insinuada una pregunta candente desde entonces y hasta la actualidad: ¿Cómo analizar lo negro en el Pacífico y en el occidente del país? ¿Como si se tratara de una sola unidad étnica o como varios grupos étnicos que comparten rasgos esenciales comunes? En esa perspectiva, ¿cómo valorar las diferencias y matices observables entre estos grupos negros, según etnógrafos, historiadores y otros estudiosos? ¿Corresponden a evidencias de matices irrelevantes o a diferencias de fondo que se originaron en sus distintas experiencias históricas con la explotación y el dominio, con sus tecnologías y dispositivos materiales y discursivos correspondientes, y con las variadas respuestas, adaptaciones y resistencias de dichos grupos negros? El debate sigue abierto.

En este punto es inevitable hacer una digresión. En tanto los historiadores construimos nuestras categorías y modelos en una conversación o diálogo con las evidencias históricas

15. Nótese que, según esta lógica espacial, las relaciones del interior andino siempre fueron más estrechas con el Pacífico que con la frontera oriental, lo cual nos parece relevante, si pensamos en las dinámicas identitarias y sus bases geográficas y simbólicas.

disponibles, solemos resolver la tensión cognitiva que resulta de este encuentro, al menos en parte, confiriéndole trascendencia a ciertas dimensiones, como las que se condensan en el concepto de *experiencia histórica*¹⁶. Son estas experiencias, pues, las que configuran lo humano, su diversidad y especificidad. Así, la experiencia histórica de una sociedad esclavista como la descrita, del hecho de la esclavización para los negros, de la existencia de una mentalidad señorial y de un sistema social de castas, apuntalados por la evangelización católica, debió actuar a manera de una matriz estructurante de la diferenciación social y étnica, de las identidades en general y esto jugó un papel fundamental en el periodo del dominio colonial y posteriormente en la compleja cuestión de la construcción de lo nacional y lo estatal.

Por supuesto que la persistencia de la institución esclavista durante la República temprana llamó la atención de Colmenares, pero no hay duda que le atrajo mucho más la dinámica declinante de la esclavitud desde la segunda mitad del siglo XVIII y su disolución al final del dominio colonial. Igualmente, que durante la transición del antiguo régimen al nuevo la experiencia histórica de esta sociedad esclavista pautara de manera tan notable las conductas de los distintos grupos étnicos y sociales.

Conviene decir que los estudios de Colmenares, inicialmente centrados en la economía y sociedad coloniales de la antigua Gobernación de Popayán, posteriormente se plantearon interrogantes y perspectivas de análisis sobre la Independencia, la formación de la nación y el Gran Cauca en el siglo XIX, que él mismo empezó a despejar y desarrollar, con lo cual se tendió un puente entre la historia económica y social colonial y la historia social y política decimonónica. Aunque no se debe olvidar que, desafortunadamente, sus estudios sobre el siglo XIX no lograron los niveles de elaboración a los cuales llegaron los de la Colonia, por obvias razones, habida cuenta de lo incipiente de los mismos y la súbita desaparición del investigador¹⁷. Sin embargo, por la amplitud conceptual del enfoque insinuado, Colmenares dejó abierta una nueva perspectiva para el estudio de este periodo y el espacio social del Gran Cauca, cuyo horizonte consideramos fundamental para la comprensión de la configuración del tema del negro.

16. Para orientar sus trabajos, el Grupo de Investigaciones Históricas sobre el Estado Nacional Colombiano ha retomado éste y otros conceptos del enfoque histórico-sociológico de Elias [1989]. De tal manera que la idea de *experiencia histórica* se apoya en "el concepto de historia como lo acontecido a una sociedad específica" y la de *experiencia social* en "el hecho de vivir algo con los otros, correspondiente a una autoconciencia de dicha vivencia". [*La experiencia federal colombiana, 1855-1886*, Proyecto de Investigación 2001-2002 del grupo citado, cofinanciado por Colciencias]. Una idea similar también la encontramos en el historiador social inglés E. P. Thompson [1984:314], quien define la *experiencia* como aquello que ocurre, mitad dentro del ser social y mitad dentro de la conciencia social. De donde se deriva su propuesta de distinguir entre *experiencia I*, la experiencia vivida, y *experiencia II*, la experiencia percibida.

17. Germán Colmenares nació en Bogotá en 1938 y falleció en Cali en 1990.

Como parte de sus conclusiones sobre el análisis de la sociedad esclavista de Popayán, Colmenares propuso unas líneas de reflexión fundamentales para el estudio del siglo XIX en el Gran Cauca. En efecto, sostuvo que, durante el siglo XVIII, la integración económica del vasto territorio correspondiente a la antigua Gobernación de Popayán fue posible por un equilibrio entre las tres formas de producción agraria (hatos de explotación extensiva, haciendas con mano de obra indígena, trapiches de formación más reciente que trabajaban con excedentes de mano de obra esclava) y las minas, el sector más dinámico del conjunto:

Los tres tipos de formaciones agrarias coexistieron durante todo el siglo XVIII y alcanzaron un cierto equilibrio que la ruralización de la vida en el siglo XIX y la decadencia minera debió romper en favor de la hacienda tradicional. [...] Es probable también que el siglo XIX haya visto desarrollarse formas alternas de subordinación social y de explotación del trabajo que ya se insinuaban a fines del siglo anterior: formas de colonato (aparceros, medieros, agregados, etc.) o la aparición de un campesinado que debía gravitar en las franjas del latifundio tradicional [Colmenares, 1979:270].

El equilibrio que imperó entre las distintas formas de producción agraria y las minas durante el siglo XVIII implicó también la vigencia de una *racionalidad económica* en condiciones precapitalistas, consistente en el ejercicio simultáneo de varias actividades (agrícolas, mineras y comerciales) y la concentración de la riqueza en unas cuantas familias, lo que permitía un cierto grado de integración de los diferentes sectores de la economía (comercio de esclavos, producción de abastecimiento para las minas, combinación de hatos y trapiches, etc.) esparcidos en un territorio vasto y diverso y, por lo tanto, la disminución de los costos de explotación [Colmenares, 1979:270]. Todo este “conjunto productivo” o “complejo agrario y minero”, como lo llamó Colmenares, se complementaba con un sistema de privilegios institucionales y sociales “cuyo ámbito era el centro urbano”, lugar donde la vida política y las relaciones de poder se reproducían, reproduciendo la sociedad imperante. En consecuencia, el siglo XIX significaría, en términos económicos y espaciales, la desintegración de un mundo relativamente integrado y la pérdida de dicha racionalidad económica.

Colmenares [1982] expuso una tesis que futuros trabajos suyos y los de algunos de sus colegas y discípulos fueron ampliando hasta convertirla en los hechos en una “línea de investigación”, como se dice hoy, que se estructura en torno a los procesos de poblamiento y el cambio socioespacial. La mencionada tesis de Colmenares plantea que

la tarea más inmediata para el estudio de la formación nacional en el periodo de transición (1870-1930) podría consistir en indagar qué formas tomó la incorporación de nuevos espacios y de nuevas masas humanas y de qué manera transformaron los viejos recintos coloniales.

Aunque esta propuesta de investigación presenta muy diversas posibilidades de aplicación, los primeros avances al respecto tuvieron a la región del Valle del Cauca como su principal referente¹⁸. En efecto, en esta región se configuró una situación peculiar: la persistencia de la propiedad monopólica de la tierra y el control de la mano de obra por parte de una elite de poder convivieron durante el periodo de “transición” con una creciente sociedad campesina y heteróclita que escapaba a su control. Desde finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX fueron evidentes las dificultades para mantener con éxito las estrategias de dominación de los sectores privilegiados, en parte por la crisis y agotamiento mismo del sistema hacendario-esclavista, que se acentuó primero con las guerras de independencia y después con las guerras civiles durante la segunda mitad del siglo, que derivaron en el fraccionamiento de las grandes propiedades y obligaron a la aristocracia terrateniente a buscar alternativas diferentes, sobre todo comerciales, para sortear la situación.

Sin embargo, como lo planteó Colmenares [1986:159] en otro artículo que se ha hecho clásico, la dificultad mayor para los sectores dominantes provino del “proceso sui generis” que modificó el modelo de poblamiento hispánico y aceleró la diversificación social en los antiguos recintos coloniales. Poblamiento nuevos y sociedades campesinas, más o menos libres, prosperaron entonces en distintos sitios y lugares: en el sur del valle geográfico (hoy norte del Departamento del Cauca y lugar de uno de los poblamientos negros más característicos); a lo largo del río Cauca y en las riberas de sus afluentes; en las tierras bajas e inundables; en los intersticios de las haciendas y en sus bosques densos; en la banda oriental del río (“otra banda”) y en la occidental.

Las dos dinámicas de signo contrario, la decadencia de las haciendas y el proceso de poblamiento descrito le otorgan unas características particulares al cambio social en la región, puesto que, como sostiene Colmenares [1986], “decadencia económica no significa cambio social. Es decir, los propietarios se empobrecen pero siguen teniendo el primado social porque son propietarios, aun si sus tierras están inactivas”; agregando que esos mismos propietarios, en lo fundamental, se van a transformar a comienzos del siglo XX en empresarios agroindustriales.

En *Las convenciones contra la cultura* (1987), libro magistral de Colmenares que muestra el viraje que cobraban sus exploraciones con una perspectiva de totalidad histórica, analiza la historiografía decimonónica como una “contracultura” que impedía captar la presencia de los actores sociales subordinados, es decir, los negros, los indígenas, los “blancos pobres”. Precisamente esos que eran protagonistas en la masificación del mestizaje y la ampliación de la frontera agraria, en la adopción de nuevas formas de trabajo, propiedad y posesión, al tiempo que forjadores de un nuevo espacio social y su correspondiente

18. Proyecto editorial del Banco Popular: Colmenares [1983], Díaz [1983], Hyland Preston [1983], Escorcía [1983], Rojas [1983].

jerarquización, pero que no siempre perdieron sus identidades étnicas y sociales, como lo confirman los casos de diversos núcleos negros e indígenas en el occidente colombiano.

Otro ensayo de Colmenares [1990], que establece una comparación entre las dos principales provincias esclavistas de la Nueva Granada, Cartagena y Popayán, en su tránsito hacia la formación de sociedades campesinas, completa el cuadro panorámico de las transformaciones sociales que nos ocupan. El punto de partida de Colmenares para el efecto es el reconocimiento de dos modelos en los poblamientos coloniales. Uno, que se reduce al existente en algunos “claustros andinos e interandinos”. Otro, el de sus “epicentros esclavistas”. Este último modelo plantea varios problemas en cuanto a su evolución social general. “Uno de ellos es el de la formación de sociedades campesinas. Otro, el del tránsito de una hacienda esclavista a una hacienda con formas de colonato” [Colmenares, 1990:9]. No obstante que la esclavitud venía declinando desde 1780, cuando el flujo de la importación de esclavos cesó y sobrevinieron las guerras de independencia, en la Provincia de Popayán, en sus distritos mineros y en las haciendas del Valle del Cauca se encontraba el 60% de los 16.500 esclavos manumitidos en 1851. La ventaja estructural de la sociedad esclavista caucana frente a la cartagenera radicó en la existencia del complejo mina-hacienda que, aparte de lo ya señalado sobre su funcionamiento, permitía la relocalización de la población excedente esclavizada de los distritos mineros hacia las haciendas, de acuerdo con las circunstancias productivas, mecanismo racional que se utilizó hasta que las guerras de independencia desestructuraron el sistema. En el interior andino las haciendas tendieron, entonces, a diferenciarse en hato ganadero, hacienda de trapiche y haciendas de labranza, variables multideterminadas por “el acceso a ciertos productos del mercado, la disponibilidad de mano de obra o la distancia relativa a centros de consumo” [Colmenares, 1990:18]. Colmenares sostiene que la “ruralización de la vida” que caracteriza la sociedad decimonónica no debe confundirse con el “enfeudamiento” o “feudalización de la vida agraria”, cayendo en el error de extender por analogía al contexto estudiado, tesis aplicadas a la situación europea. Por el contrario, concluye: “En cierto sentido, la ‘ruralización de la vida’ multiplicó formas incipientes de vida urbana” [Colmenares, 1990:22].

De acuerdo con lo anterior, nos atrevemos a pensar que lo negro pudo haber tenido una mayor homogeneidad en la Colonia que en el siglo XIX, cuando la fragmentación y el aislamiento se acentuaron, rompiendo los circuitos de la economía minera que, de alguna manera, permitieron a los negros la percepción de pertenecer a grupos más amplios y el sentimiento de identidad con lugares distantes, experiencia que después probablemente ni siquiera la movilidad de las guerras civiles logró sustituir.

Para un estudio de lo negro, el anterior contexto plantearía que la relación entre lo rural y lo urbano es fundamental en la experiencia de las identidades. Que estas son distintas, por ejemplo, en el Valle del Cauca, donde las dos dimensiones se aproximan, produciendo en un

caso concentraciones negras (como en el sur del valle geográfico) o el mulataje (en el centro y norte del valle del Cauca); a la del Pacífico, donde lo rural y lo urbano se contrastan, por la diferencia entre la costa alta (lo urbano-rural histórico) y la costa baja (lo urbano-rural moderno), o en el valle del Patía, que plantea una relación lejana.

Se puede inferir, entonces, que dislocadas las relaciones económicas y desestructuradas las relaciones de poder coloniales, a partir de la Independencia, fue necesario tejer “otras” en los marcos del proyecto republicano, pero que, ante todo, tuvieron que partir de las estructuras y del sistema de valores culturales de la sociedad tradicional más que del horizonte modernizante. En efecto, no obstante la ruptura política con España, la adopción del imaginario republicano y de sus instituciones, las elites payanesas siguieron fieles a esta herencia cultural católica e hispánica, dando lugar con ello a uno de los más intrincados complejos ideológicos y políticos en la Nueva Granada.

Con base en lo anterior se puede concluir que Colmenares dejó planteadas cuatro grandes hipótesis de trabajo para el estudio del siglo XIX, que se complementan muy claramente. La primera sostiene que las actividades económicas, relativamente integradas en el siglo XVIII, se desintegraron en el XIX y se perdió la racionalidad económica que les daba cohesión. La región histórica logró sobrevivir en medio de fracturas políticas, sociales y culturales a lo largo del XIX, que se acentuarían con el tiempo hasta conducir a la fragmentación del Gran Cauca a principios del siglo XX. La segunda propone que, dislocado todo ese conjunto productivo, se dislocó también su complemento político, consistente en el sistema de privilegios institucionales y sociales, cuyo ámbito por excelencia era el centro urbano. Esto condujo a la aparición de nuevos centros de poder republicanos que rivalizaron con los viejos centros urbanos de carácter patrimonial. La tercera sustenta que se produjo una ruralización de la vida social y un desarrollo de formas alternas de subordinación social y, especialmente, del campesinado, es decir, que alude a la formación de una sociedad más heteróclita y móvil. Una cuarta conclusión o hipótesis, menos evidente si se quiere, pero también deducible de sus estudios, observa que la fragmentación del modelo colonial de explotación y dominio con sus consecuencias e intentos de recomposición de una nueva unidad en el siglo XIX, se acompañó de la formación de identidades étnico-culturales, de grupos negros e indígenas que tuvieron soportes territoriales particulares, como lo confirman los más recientes trabajos de investigación en distintas áreas y zonas del Gran Cauca. Para el estudio de lo negro, los casos del sur del valle geográfico del Cauca, del valle del Patía y, sobre todo, del Pacífico, donde se desarrolló la mayor parte de la economía minera, son los más importantes por sus características demográficas y culturales, como lo han ido confirmando los estudios al respecto.

Con sus estudios sobre el suroccidente colombiano, Colmenares se encontraba en el camino de una síntesis histórica de perspectiva totalizadora, como lo plantea el historiador

Francisco Zuluaga [Barona y Zuluaga, 1995]. En efecto, Zuluaga destaca cómo en las investigaciones de Colmenares se articulan tres hallazgos sustantivos: en primer lugar, el circuito mina-hacienda en la economía regional del Valle del Cauca y la preponderancia de la hacienda en esta región [Colmenares, 1975/1980/1983]; segundo, sus estudios sobre la economía y la sociedad esclavistas de la Gobernación de Popayán le hicieron percibir la existencia de una sociedad marginal de parcelas y pequeñas propiedades asistidas por “blancos pobres, negros y pardos libres”, que se filtraba por “los intersticios de las haciendas”, que en el siglo XIX dio lugar a un poblamiento de carácter popular desconocido por la historia hasta ese momento [Colmenares, 1979, 1982, 1986]; tercero, la crítica de la historiografía decimonónica como una “contracultura” que impedía captar la presencia de actores sociales subordinados [Colmenares, 1987]. Por todo ello, Zuluaga subraya las potencialidades etnohistóricas del enfoque de Colmenares:

Bien pudiera decirse que, hallados estos grupos marginales en la sociedad del Valle del Cauca de fines del siglo XVIII y principios del XIX, y evidenciado que el análisis histórico había velado o escamoteado la existencia y la participación de ellos en el proceso histórico, en el momento de su muerte Germán Colmenares se encontraba muy cerca de la posibilidad de estudiar estos grupos desde su cultura y en clara oposición a la visión de la contracultura que había puesto en evidencia [Barona y Zuluaga, 1995:106-107].

Pero la muerte de Colmenares dejó este proceso trunco y él mismo derivó hacia otros caminos que han venido trasegando sus colegas, discípulos y nuevos investigadores, cuyos principales hitos hemos intentado seguir¹⁹.

4. Las nuevas tendencias: temas, espacios y problemas

Los análisis más recientes sobre el negro, que se refieren a una gama muy amplia de problemas, se pueden agrupar para su mejor comprensión, de acuerdo con los espacios de referencia, así: el litoral Pacífico (norte o Chocó y sur), Antioquia y los valles interandinos del Cauca y el Patía. En las páginas siguientes mostraremos este panorama temático y espacial de la manera más sintética posible.

19. Para una bio-bibliografía de Colmenares, véase Lozano [1991]; para una aproximación a su obra con énfasis en el suroccidente, véase Almaro y Ortiz [1998].

4.1. Del espacio antiguo al espacio tradicional

Por su pertinencia para el análisis de los cambios espaciales, utilizamos con libertad los conceptos de *espacio antiguo* (precolombino), *espacio tradicional* (colonial y de la República temprana) y *espacio moderno* (contemporáneo), que tomamos del enfoque histórico-geográfico de Deler [1987].

La configuración del espacio de la sociedad colonial y su posterior evolución en el contexto republicano es un tema que ha ocupado la atención de los historiadores y otros analistas sociales. Un primer balance sobre estos trabajos parece indicar un desplazamiento de los enfoques, desde la preocupación por la formación de las divisiones administrativas coloniales hacia la interpretación del espacio como una dimensión del dominio y la explotación, y por tanto como lugar de encuentros, contactos y desencuentros, por lo mismo competido, conflictivo y fluido entre agentes sociales diferentes, portadores de sus propios imaginarios y con la capacidad de dotarse de estrategias tanto de dominación como de sometimiento, ya de resistencia, adaptación o transacción, de acuerdo con las circunstancias.

Las evidencias indican que el modelo de *centro-periferia* adoptado por el análisis histórico se corresponde, en principio, con lo experimentado en esta parte del territorio de la futura Colombia. El *centro* es el resultado de una colonización interior (la fundación de las villas de Pasto, Popayán, Caloto, Cali, Buga, Cartago, Anserma, Santa Fe de Antioquia), asentada en los valles y altiplanos andinos y de una economía esencialmente hacendaria. Sin embargo, estos asentamientos, que siguieron fundamentalmente sobre el eje longitudinal del río Cauca, no eran continuos y, por el contrario, configuraron un patrón de poblamiento disperso. Acosado además por la resistencia indígena y por núcleos de negros y mulatos cimarrones, palenqueros y arrochelados [Zuluaga, 1993(a); Zuluaga y Bermúdez, 1997]. Por su parte, la *periferia* la constituyen la región del Pacífico y las cordilleras, donde se localizaban las explotaciones mineras. Del centro dependen las decisiones, el mando y la emisión de los símbolos culturales dominantes, mientras que la periferia se asume como una frontera económica, natural y simbólica [Valdivia, 1994:17].

Valencia [1991] utiliza conceptos etnohistóricos como *resistencia* y *frontera* para reinterpretar los datos de los cronistas y mostrar el estado de alerta socioeconómica que vivió la región entre 1570 y 1620, lo que además retrazó notablemente la empresa dominadora que, por otra parte, de ninguna manera avanzaba sobre espacios vacíos, ya que en un principio la resistencia indígena trató de preservar sus fronteras ancestrales, pero, al no lograrlo, posteriormente tuvo que modificarlas y redefinirlas. Como lo muestra este estudio, capítulos tercero y cuarto, la dinámica de la guerra condujo a la creación de zonas de refugio que se presentaban como auténticas fronteras militares, desde las cuales diferentes grupos indígenas incursionaban sobre las poblaciones españolas. Estas zonas fronterizas fueron: la del Chocó, la de la “sierra alta de los Pijaos” y la de la “Tierra adentro”.

La primera, la del Chocó, presentó la peculiaridad que, dadas sus riquezas mineras, el Estado colonial buscó con afán convertirla en una frontera económica, minera concretamente, por lo cual su incorporación fue muy compleja. Por otra parte, la presión ejercida sobre las tribus originarias (emberás y waunanas) y sus territorios por los grupos indígenas que se refugiaron en el Chocó ante la presencia española constituye otro campo de estudio prometedor. Al respecto dice David Stemper, prologuista del libro de Valencia, que este estudio podría ayudar a explicar la distribución discontinua de estos grupos en pequeños “archipiélagos” a lo largo de la llanura aluvial del Pacífico.

Con mucho sentido, Vargas [1993], en su estudio sobre los emberás y los cunas en los siglos XVI y XVII, diferencia entre control efectivo y control nominal de los territorios que eran parte de alguna jurisdicción de los nuevos dominadores, pero que quedaban completamente aislados y en medio de los espacios controlados por los grupos indígenas resistentes. Todo lo cual devenía en una superposición de territorialidades hispánicas e indígenas. Por supuesto, dicha situación no se puede reducir a explicar un mero conflicto político-militar porque también está presente un conflicto de tipo cultural y simbólico. En efecto, frente al principio del *uti possidetis*, esgrimido por los cristianos, se levantaba el principio de hecho de la posesión ancestral sobre esos territorios de los indígenas [Vargas, 1993:42-43].

El tema de los antecedentes precolombinos es fundamental y los cálculos demográficos [Patiño, 1987, s.f.] y los datos sobre los cambios en las formas productivas [Salgado, 1995], aportados por la arqueología, tienen mucho que decir aún para poder establecer relaciones con la posterior aparición de un nuevo espacio colonial en el Pacífico en general y en el sur en particular [Jurado, 1990]. Una secuencia de acontecimientos se podría convertir en una línea de investigación en torno a problemas específicos para esclarecer cuestiones como el poblamiento, los territorios, la identidad y las relaciones interétnicas entre blancos, indígenas y negros: las guerras de exterminio y sometimiento, como la desatada contra los sindaguas [Orbes, 1987]; la transformación de formas de trabajo indígena –como la encomienda– hacia las formas de trabajo esclavizadas [Lane, 2000]; los indígenas de montaña y sus desplazamientos hacia el litoral Pacífico, o los procesos migratorios de los grupos indígenas desde el Chocó y Esmeraldas y los movimientos internos en el Pacífico sur, que hacen contrastivos los intercambios sociales y culturales entre los grupos étnicos indígena y negro de esta zona [Caballero, 1995] con lo que ocurre en el norte.

En efecto, existe un enorme vacío en torno a lo ocurrido con las poblaciones indígenas precolombinas que habitaban el Pacífico colombiano y que, tras sobrevivir al colapso demográfico, iniciaron una recuperación de sus poblaciones y territorios, aunque en condiciones extremadamente difíciles. En no pocos casos esta recuperación demográfica indígena se expresa en movimientos migratorios que parten desde sus territorios ancestrales o desde los lugares de refugio para resistir los embates del empuje colonizador. Sus desplazamien-

tos, forzados por la penetración blanca y sus sistemas de trabajo, imponen la estrategia de la huida y la recomposición étnica en otros lugares. Ese parece ser el caso de las poblaciones waunanas que, al terminar el siglo XVII, se desplazaron desde el Chocó hacia el sur del río San Juan para establecerse finalmente al sur de Buenaventura, en las riberas del Naya, el Yurumanguí, el Micay y el Saija. Al comenzar el siglo XVIII hay evidencias de asentamientos wuananas en el bajo San Juan, en sus afluentes y también en los ríos Dagua, Anchicayá y Raposo. Al parecer para entonces se formaron dos corrientes migratorias, una hacia al norte o Panamá y otra hacia el sur o río Micay, en un intento de evasión del sistema colonial opresivo [Chaves, 1992:148]. En efecto, fuentes coloniales –como la relación de 1797, que acompaña el padrón realizado el mismo año sobre el número de pueblos y sitios comprendidos en cada uno de los 16 partidos que componían la Provincia y gobierno de Popayán– ubican estas poblaciones indígenas, por lo general en una proporción muy reducida, en las provincias del Raposo (una población), Micay (dos pueblos de indios) y en la jurisdicción de Iscuandé. A la jurisdicción de la ciudad de Tumaco pertenecía el pueblo indígena de Cayapas, de la Provincia de Esmeraldas, y en la jurisdicción de Barbacoas había cinco pueblos indígenas [Tovar y otros, 1994:319-335].

Al confrontar datos históricos con descripciones etnográficas encontramos que las relaciones entre blancos, negros e indígenas siempre han sido conflictivas, como lo delatan los distintos patrones de asentamiento de unos y otros, que parecen reproducir en forma incesante unas fronteras étnicas [Chaves, 1992; Ulloa, 1992], los movimientos migratorios y los conflictos por el control del territorio [Cerón, 1992; Moreno, 1976]. Sin embargo, la fluidez y profundidad de sus intercambios culturales también ha sido intensa, como lo hacen evidente los saberes etnobotánicos compartidos [Cerón, 1991; Caballero, 1995], el uso de caminos informales o *arrastraderos* para desplazamientos, comunicaciones y huidas, prácticas sociales y económicas con base en la reciprocidad y el sistema de compadrazgo [Losonczy, 1997]. Todo lo cual supone la existencia de sistemas y dispositivos muy elaborados, de una eficacia probada en el tiempo y de un amplio espectro de “mediadores culturales” actuando entre los distintos grupos.

Lo que hizo especialmente contradictorio el dominio hispánico en estos territorios fronterizos tiene una estrecha relación con la estructura del modelo colonial impuesto. En efecto, como lo muestra Barona, este modelo exigía una articulación y participación del espacio colonial en la “economía mundo”, según el análisis de Wallerstein [1974], a través de la explotación de los metales preciosos. Esto condujo a una situación paradójica, según la cual

las regiones económicas que más rápidamente se vincularon y se interactuaron con la “economía mundo” de los siglos XVI al XVIII fueron, por así decirlo, aquellas que estaban situadas en las periferias de los centros de poder político y administrativo colonial [Barona, 1995(b):24].

Tal fue el caso del Pacífico colombiano, de sus provincias y distritos mineros, que hacían parte de la frontera minera de la Gobernación de Popayán [Díaz, 1994].

Adicionalmente, como lo observa Lane [1998:131-163], el Pacífico, alejado de los centros de poder del interior, expuesto a su acceso por el mar y famoso por sus riquezas auríferas, constituía una frontera vulnerable para el imperio español en relación con las potencias extranjeras, que lo sometieron constantemente al acoso, ataque y prácticas de contrabando y piratería.

Colmenares propuso que en los estudios históricos se respetara lo que denominó un “orden de magnitudes” confiable, que esté en correspondencia lógica con el periodo bajo estudio y que permita comprender las relaciones entre los hombres y los recursos disponibles, entre el trabajo y sus beneficios, entre la estructura social y la del poder, entre otras [Colmenares, 1987:16]. En la Colonia el espacio socialmente controlado era relativamente reducido en comparación con las delimitaciones político-administrativas formales. Respecto de esta situación, el siglo XIX introdujo una serie de importantes modificaciones, al tiempo que se amplió el espacio social, como consecuencia del crecimiento demográfico, hubo una mayor movilidad social y una diversificación de las actividades productivas [Colmenares, 1990].

En la misma vena, el historiador Barona ha desarrollado una línea de investigación sobre la formación y evolución del espacio en la Gobernación de Popayán, cuyos alcances se pueden extender al Gran Cauca. Barona [1989] definió su estructura geopolítica como de “archipiélago” para denotar la discontinuidad de su espacio y su fragmentación en los ámbitos locales de poder de las ciudades. Por eso, este investigador analiza las relaciones entre el espacio y la economía regional [1995(b)] y explica estas fragmentaciones regionales, de un lado, por el papel que desempeñaron las economías y sociedades locales, a las que considera como sus definidoras fundamentales, y del otro, por la forma en que se articulaba la Gobernación con la “economía mundo” colonial, situada por fuera de su frontera y espacio geopolítico [1996].

En este último trabajo, Barona plantea que, a pesar de lo vasto del territorio de la Gobernación de Popayán, la mayor parte de sus procesos históricos se desarrollaron en territorios mucho más discretos: el piedemonte suroriental de la Cordillera Central, hasta los márgenes del Caquetá (las tierras de los andaquíes); la región de Túquerres y Pasto; los valles interandinos del Patía y el Cauca; el flanco occidental de la cordillera situada entre “los dos ríos” (Cauca y Magdalena); y, por la costa del Pacífico, el Chocó, Buenaventura, El Raposo, Iscuandé y Barbacoas:

En este orden de ideas es posible establecer la existencia de siete grandes conjuntos territoriales, cada uno de ellos con su correspondiente cabecera administrativa y de poder local,

que configuraron en el siglo XVIII la geografía política de la esclavitud y la sujeción [Barona, 1996:118].

Estos siete centros locales son: Cartago, que abastecía principalmente a la frontera minera del Chocó; Cali, Buga y Caloto, en el valle interandino del Cauca, las dos primeras con intereses en el distrito minero del Raposo y la última con sus propios centros mineros; Popayán con sus entornos de haciendas y comunidades indígenas e intereses en los distritos mineros del Pacífico; el valle del Patía y, por último, el altiplano de Túquerres y Pasto.

Su hipótesis global plantea que la economía regional se explica como

una resultante y no un punto de partida, de economías subregionales, algunas de las cuales estuvieron integradas entre sí, y con otras de naturaleza casi autárquica que comprometieron a muy reducidos núcleos de población [Barona, 1995:23-24].

Al no ser “un todo homogéneo” su economía regional, la imagen que resulta de la Gobernación de Popayán es la de un mosaico, la de un archipiélago de conjuntos productivos relativamente integrados, actuando en medio de amplios espacios “vacíos”, que tuvieron escaso peso en el conjunto de la economía de la Gobernación y el virreinato.

De acuerdo con esta argumentación, la geografía económica y política de la Gobernación estuvo entonces multideterminada por los condicionantes propios de la “economía mundo”, por los intereses locales y regionales, por las características ecológicas de los territorios y por la riqueza en metales preciosos contenida en ellos [Barona, 1995:24].

La situación estructural descrita parece haber cristalizado puntualmente en el Pacífico, en una suerte de “equilibrio inestable” entre dominadores y dominados, a través de un complejo proceso y diversas modalidades para que los esclavizados alcanzaran “de manera individual y regulada” la condición de “libres”. Esto es lo que Barona analiza como el funcionamiento del sistema esclavista “en una situación de frontera” [1995:15].

4.2. Del espacio tradicional al espacio moderno

En el occidente de la actual Colombia los cambios espaciales entre lo tradicional y lo moderno revistieron unas características muy particulares. Entre otras razones, al quedar expuestos a una doble influencia por la formación de los respectivos espacios nacionales de Ecuador [Deler, 1987; Deler, Gómez y Portais, 1983] y Colombia, cuyas dinámicas afectaron especialmente al suroccidente. En efecto, Findji [1980:101-109] argumenta que el antiguo eje comercial colonial se mantuvo vigente durante la República y que perduró hasta finales del siglo XIX, cuando se produjo su ruptura. Recordemos que dicho eje (que terminaba en Cartagena y era apuntalado por Santafé de Bogotá) vinculaba a Quito con las

regiones mineras de la Nueva Granada (hasta Santa Fe de Antioquia) y que a través suyo se intercambiaban los productos textiles de los obrajes de la sierra ecuatoriana por el oro beneficiado en las comarcas mineras de Colombia. Según la autora, hasta finales del siglo XVIII, la Gobernación de Popayán logró mantener, a manera de punto de articulación, un equilibrio entre el tradicional *eje andino* y el *eje marítimo* de El Callao-Guayaquil y Panamá. Es decir que, no obstante los cambios políticos que implicó la República, el antiguo eje comercial persistió. Pero a partir de la segunda mitad del siglo XIX se empezó a anunciar en el Cauca Grande (antigua Gobernación de Popayán) la tendencia hacia el *nuevo eje* Cali-Buenaventura (en el océano Pacífico) que, al consolidarse en las primeras décadas del siglo XX, contribuyó a dislocar el antiguo ordenamiento espacial y a producir la fragmentación regional del Gran Cauca. Consiguientemente, el Ecuador, dislocado en parte de Pasto, Popayán y Barbacoas, pero sin renunciar a su secular influencia sobre el sur de Colombia, prestó más atención al eje interno Quito-Guayaquil, que quedó unido por vía férrea con lo cual se consolidó el núcleo de su espacio nacional, que se amplió entonces hacia los territorios periféricos de la costa Pacífica, los cuales de inmediato empezaron a atraer población andina, al tiempo que se producía un crecimiento endógeno de su población. Ecuador realizó con éxito, en la década de 1920, el proyecto vial de comunicar por tren a Ibarra con el puerto de San Lorenzo, en la Provincia de Esmeraldas, en el Pacífico. Mientras que Colombia, en el mismo periodo, apenas pudo llevar el ferrocarril desde Tumaco a El Diviso, desde donde partía una tortuosa línea carretable hasta Pasto, y esta ciudad siguió al margen de una conexión con el resto del país. Como consecuencia del quiebre del eje longitudinal andino y del surgimiento del nuevo eje del Ferrocarril del Pacífico, las provincias del sur, con epicentro en Pasto, mostraron una inclinación preponderante a depender del Ecuador y a girar en torno a sus mercados, lo que aumentó las tensiones en la frontera sur del país e hizo necesarios múltiples tratados internacionales entre ambos países.

Otros estudios muestran cómo estos antecedentes estructurales en la configuración espacial de la antigua Gobernación de Popayán incidieron posteriormente en los *procesos de diferenciación social y espacial* en la transición hacia el espacio republicano. En efecto, después de sintetizar los acontecimientos de los primeros años de la independencia en el Valle del Cauca, Valencia y Zuluaga [1992] concluyen que tres aspectos fundamentales interactuaron para dar lugar a la diferenciación sociocultural y política en las provincias de la antigua Gobernación de Popayán y en el futuro Gran Cauca. Esos tres aspectos hacen referencia a las dimensiones espacial, ideológica y de identidad. En cuanto al primer aspecto, los autores afirman que el Valle del Cauca “sería visto como una región bien diferenciada de aquella localizada al sur del río Ovejas; sin importar que continuara supeditada a Popayán en términos administrativos”. De lo anterior se puede inferir, entonces, una diferenciación espacial y social en tres grandes subregiones en el Cauca decimonónico: el “Valle del Cauca”

(desde los distritos mineros de Marmato y Supía en el norte hasta el río Ovejas), el “Cauca” propiamente dicho (desde el río Ovejas hasta el río Mayo) y las provincias del sur, Nariño y Putumayo (desde el río Mayo hasta la Provincia del Carchi en el Ecuador). Nótese el peso que se le asigna en este ordenamiento espacial al antecedente de la relación centro-periferia, en el que el Pacífico se presenta sin una identidad propia y, por tanto, obligado a ser pensado siempre desde el centro. Un problema de enfoque del que todavía adolece el trabajo de los historiadores.

Las investigaciones de Valencia son las más ambiciosas en la aspiración de mantener una mirada global sobre el amplio espacio heredado por la República en el suroccidente. En esa dirección, este investigador estudió

el desarrollo económico del Cauca decimonónico, mostrando los cambios presentados en las relaciones de producción y en la propiedad, como consecuencia de la “crisis de la economía colonial” y de las reformas liberales y que consolidaron lo que José Antonio Ocampo define como una “economía mercantil local”, con una producción prácticamente autárquica, localizada regionalmente, pero con un intercambio interregional importante [Valencia, 1993(a):10].

En un notable esfuerzo por probar su hipótesis, el trabajo se ocupa de aspectos como la población, el desarrollo de la educación laica, la ampliación de las fronteras, los medios de comunicación, las transformaciones políticas y los cambios económicos, la producción, los comerciantes y el sistema bancario, los empresarios y políticos del Cauca. Variables de las cuales nos interesa destacar, por la perspectiva de este ensayo, el tema de las relaciones entre el poblamiento y la modificación de las fronteras. El tema, no obstante su relevancia, en realidad había sido olvidado por la historiografía regional, lo que por otra parte confirma el precario desarrollo de los estudios de historia demográfica. El autor parte de un argumento central: “Los bajos niveles poblacionales y lo extenso del territorio evidencian que el Cauca no tenía población suficiente para ocupar los inmensos baldíos que lo conformaban” [Valencia, 1993(b):1]. Ante todo, los de la frontera norte que lindaban con Antioquia y que ya desde la segunda mitad del siglo XIX empezaron a ser ocupados por las avanzadas de los colonizadores mestizos-blancos provenientes de dicha región y competidora del Gran Cauca. En contraste, las otras tres zonas fronterizas del Cauca estudiadas por Valencia –la inexplorada región de vertiente que daba al Amazonas, la de los “baldíos” de la amplia frontera del Pacífico asociada a las explotaciones mineras y las tierras de los resguardos indígenas, que eran de propiedad comunitaria– presentaban, en medio de diferencias notables, la característica común de ser, al tiempo, fronteras económicas y culturales por el hecho de estar ocupadas por grupos étnicos, como los indígenas y los negros, que no se correspondían con el ideal de mestizaje proclamado por la República.

El análisis sobre la cuestión de los baldíos del Cauca resulta novedoso en doble sentido. Por un lado, al llamar la atención sobre el notable esfuerzo que realizó el Estado caucano para “recuperar” dichos territorios “baldíos” de entre una densa maraña de vacíos jurídicos y legales en la documentación oficial al respecto, en un forcejeo con el gobierno de la Unión. Por el otro, porque da cuenta de su decisión política de disponer de ellos “como si fuera un recurso ilimitado” [Valencia, 1993(b):7]. Lo que explica, entre otras cosas, la desmedida “generosidad” con la cual se hicieron las adjudicaciones de tierras para promover procesos colonizadores, por ejemplo las que se le hicieron al empresario italiano Juan B. Mainero y Trucco en la región del Atrato, que contrasta con el virtual “olvido” en las concesiones de tierras a los negros del Pacífico, que las ocupaban de hecho y de antaño.

En cuanto a la frontera del Pacífico, el Estado caucano se redujo, según Valencia, a “estimular tímidos procesos ocupacionales en las costas y en los distritos mineros” [1993(b):16]. Sin embargo, como se sabe, no fue debido únicamente a la debilidad de las políticas estatales caucanas en esos territorios que el poblamiento adquirió allí unas características tan particulares, de autonomía y preponderancia étnica de los grupos negros e indígenas. En realidad lo que se desplegó en esos ámbitos fue un proceso de ocupación de hecho del territorio, que se soporta en la dinámica de sus sociedades locales en libertad, la recuperación demográfica de esos grupos y en su capacidad de construir un territorio propio, prácticamente al margen de las disposiciones oficiales, nacionales y regionales, sobre tierras y propiedades.

Luis Valdivia [1980] combinó con originalidad cartografía y demografía históricas para observar la dinámica y densidad de la población del suroccidente entre 1843 y 1870, trabajo cuya importancia y utilidad para el estudio del negro en Colombia y el suroccidente no sólo está fuera de dudas, sino que confirma buena parte de lo anotado antes.

De otro lado, en la región caucana las historias social y económica plantean una relación muy peculiar con la historia política, cuya completa exploración constituye otro campo de trabajo por desarrollar y que se toca con el tema de la construcción histórica del negro y de su identidad. En esa perspectiva, los trabajos generales y colectivos de los historiadores, como la *Historia del Gran Cauca* [1996], dirigida por Alonso Valencia Llano, podrían servir como punto de partida para formular un verdadero programa de investigación en torno a la cuestión de la segregación e inclusión del negro como experiencia histórica específica durante la construcción del Estado nación en Colombia.

No existe un modelo explícito, pertinente y suficientemente probado para abordar esta cuestión de la exclusión-inclusión del negro en la construcción del proyecto nacional, aunque sí trabajos valiosos que avanzan algunas perspectivas al respecto y que conviene reseñar. Humberto Vélez [1986, 1996] acuñó el concepto de *región política*, en el sentido de capacidad de control autónomo relativo del espacio regional, para analizar la unidad y posterior

fragmentación del Gran Cauca. El mismo concepto fue retomado por Valencia Llano [1988] para estudiar el caso caucano durante el *federalismo* y la *Regeneración* y la historia política del Valle del Cauca [1994(a)]. Lenín Flórez G. [1994, 1997] abordó las relaciones entre la dinámica del Estado central y la del Estado caucano en el camino hacia la modernidad política.

Desde una “mirada sociológica” y en una perspectiva de larga duración, José María Rojas y Elías Sevilla Casas se propusieron el objetivo de explicar la conformación de la región que hoy se denomina suroccidente colombiano. Su pretensión era

perfilar algunas hipótesis que den razón de la interacción de las grandes fuerzas sociales que han forjado la región de tal modo que, al comprender su trayectoria, se pueda captar en su dinámica contemporánea una direccionalidad profunda que sufre la imagen superficial de su fragmentación inescapable a que nos tienen acostumbrados los líderes políticos y económicos [1994:153-154].

Esas fuerzas sociales son entendidas por los autores como “grupos socioculturales subordinados”, es decir, los indios, los negros y los mestizos que tenían como común denominador “el de ser o haber sido productores campesinos”, los cuales estarían en la actualidad en un doble proceso de recomposición social y de apropiación de un territorio que desde los sectores de poder aparece como fragmentado.

Dentro de la amplia periodización elegida, que abarca desde la Conquista y la Colonia hasta la época presente, el siglo XIX deviene en el periodo en el cual “surge y se consolida el campesinado triétnico mientras que las elites acusan un divorcio entre economía y política” [Rojas y Sevilla, 1994:155]. Divorcio que explican como consecuencia de la fractura sociopolítica y socioeconómica de la capa social dominante, criollo-española, que se configura durante el periodo colonial. Al tiempo, el siglo XIX vio aparecer importantes cambios en el orden social y en la condición socioeconómica de indígenas, negros, mestizos y blancos pobres sobre los cuales las elites aristocráticas habían ejercido el dominio. Según Rojas y Sevilla, la primera fractura es política, se produce con el proceso de la independencia y trae como consecuencia que el Cauca dependerá en adelante de un nuevo centro de poder exterior, Santafé de Bogotá [1994:163]. Terminada la guerra de independencia, hacia 1825, el reto de las elites caucanas fue doble: primero, reactivar los mecanismos que garantizaban su riqueza (minas y haciendas); después, que esto fuera compatible con un proyecto político de integración a dos opciones de Estado nación, Ecuador o Colombia. Por estas razones, para los sectores dominantes caucanos pasar de la ruptura política a la ruptura social con el pasado colonial tuvo unas consecuencias dramáticas. A causa, por un lado, de tener que mantener la esclavitud y disolver los resguardos con el fin de prolongar las formas de trabajo que generaban su riqueza (esclavización y servilismo) y, al tiempo, modificar las

relaciones con indígenas y negros para hacerlas armónicas con la atmósfera republicana. Por el otro, poner en peligro la existencia misma de los sectores dominantes de poder y propiciar las condiciones para que se abriera un “frente interno de luchas”. De allí que, según los investigadores, se entronizara la tendencia característica del Cauca de sumar sus propias guerras a las guerras típicas de la formación del Estado nación en Colombia [1994:164]. El caso del general Tomás Cipriano de Mosquera y de su proyecto, una mezcla de modernización económica, autoritarismo político y equilibrio entre la unidad nacional y la autonomía regional, es analizado por Rojas y Sevilla como un intento sobresaliente, pero fallido, de resolver esta contradicción caucana.

Sopesar dos procesos simultáneos, que la relación *hacienda-mina* se invirtiera a favor de la primera y la ampliación notable de las capas sociales de productores agrícolas, le permite a los autores sostener que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, después de la manumisión jurídica de los esclavizados y a diferencia de lo que ocurrió en la Colonia, cuando las minas fueron el sector más dinámico de la economía, la hacienda se erige ahora en la unidad de producción fundamental en la acumulación de riqueza. Con base en los supuestos anteriores, postulan una hipótesis central, que

la capa social dominante caucana, una vez producido el hecho de la independencia, no pudo resolver la contradicción entre la reconstrucción de su base económica y la elaboración de un proyecto político que integrara a los indios, negros y mestizos en la unidad Estado nación. El campesinado va a ser entonces un producto social de esta contradicción no resuelta [Rojas y Sevilla, 1994:164-165].

Es evidente la versatilidad del enfoque y el juego de hipótesis que se despliega en el análisis, sin olvidar que se trata de un ensayo de síntesis, que alude a un periodo extremadamente complejo. Sin embargo, a nuestra manera de ver, la mayor dificultad conceptual del análisis de Rojas y Sevilla consiste en pretender meter en un mismo saco –con el concepto de “campesinos”– una realidad social tan heterogénea como la que surgió en el siglo XIX caucano. En efecto, esos mismos grupos de indígenas, negros, pardos y blancos pobres a los cuales se refieren los autores presentan tanto procesos de “campesinización” como otros de etnogénesis, que se soportaban en territorios más o menos controlados por ellos, es decir, en identidades compartidas, en tierras colectivas y comunitarias. Una respuesta a estas generalizaciones extremas la ofrecen las historias locales y las etnografías que se han producido con los estudios recientes, como veremos.

De todas maneras, un tema polémico queda planteado para la agenda de trabajo: el análisis de las consecuencias de la ruralización de la vida social en la formación de las identidades étnicas y sociales.

Zuluaga y Romero [1999] abordaron el ambicioso proyecto de comparar, en la larga duración, los espacios diferentes y contrastados del poblamiento negro del suroccidente, es decir, los valles interandinos del Cauca y el Patía en Colombia y el del Chota en Ecuador, y los de la llanura aluvial del Pacífico sur colombiano y de la provincia de Esmeraldas en el Ecuador. En términos generales se puede decir que los cuatro objetivos de la investigación se lograron. En efecto, el conocimiento de la construcción de cultura propia por los negros del Pacífico, que se entiende como un proceso histórico y contrastado; reconocer las características particulares de sus organizaciones y estructuras sociales, que supone admitir que, como resultado histórico de dinámicas diferentes, se producen también peculiaridades de base local o subregional en estas sociedades; hacer evidentes las estrategias de la resistencia frente a la cultura dominante, lo que remite a la complejidad de las relaciones entre dominadores y dominados y sus distintos dispositivos y prácticas; obtener un perfil de estas culturas negras en el suroccidente de la actual Colombia es un intento por darle unidad, a través de la variable de la identidad, a la diversidad antes descrita y constatada. Los investigadores consideran al Pacífico norte de Suramérica como una unidad en la que tuvieron lugar procesos históricos y matices específicos de la etnicidad negra que permiten diferenciar siete regiones geográficas, aunque la investigación sólo se ocupa de cinco de ellas. En este marco se impone una pregunta: ¿cuál es el concepto de región con el que se orienta la investigación? Los elementos aportados por los investigadores indican que su idea de región se soporta en la dinámica étnica e identitaria de los negros, con lo cual se hace posible intentar la comparación de áreas no sólo distantes sino diferentes, como las del litoral y los valles interandinos. Sin embargo, una tensión se plantea entonces para la investigación ya que existen varios riesgos, por ejemplo, que lo negro sea esencializado o que las diferencias terminen diluyendo aquellos elementos que se presumen comunes y fundamentales en la diferenciación étnica y social de los grupos negros. La investigación establece, entonces, su propio mecanismo de control metodológico al proponerse reconocer los elementos comunes que dan unidad a las comunidades afrocolombianas del Pacífico por un lado y establecer las especificidades y diferencias de dichas comunidades por el otro. No obstante, surgen varios problemas. Por ejemplo, la distinción ampliamente admitida hoy por los investigadores entre Pacífico norte o Chocó y Pacífico centro-sur implica que se trata de dos dinámicas distintas de diferenciación étnica de los grupos negros. En otras palabras, ¿existe una sola etnia negra en el Pacífico o se trata de varias? No existe en la actualidad una respuesta contundente al respecto. En cuanto a la relación con el otro o los otros (sociedad dominante y sociedades indígenas), ¿no se plantea acaso la necesidad de analizar las zonas de frontera o contacto más en términos de interacción social que como referencias geográficas? Estas tensiones conceptuales tienen sus consecuencias y retos a la hora de la exposición final, que la investigación resuelve mediante el esquema de cinco

monografías o capítulos (que se refieren a las cinco regiones geográficas y a sus respectivas sociedades) y a un capítulo final o conclusivo en el que se retoman los componentes unitarios de lo étnico negro. Lo que hila la narración es la configuración étnica de los negros que, expuestos a la experiencia de la esclavización y anhelando la libertad como indispensable para la constitución definitiva de sus individualidades y comunidades, habrían recurrido a lo que la investigación denomina la resistencia, activa y pasiva. Esta estrategia social se asume como una constante histórica de estas sociedades negras, desde las tempranas épocas del dominio colonial que las condujeron a la huida, el cimarronaje y la formación de palenques, pasando por las diversas formas de socialización, parentesco y comunitarismo, hasta las experiencias de exclusión social (marginalidad y racismo) e inclusión económica (ciclos extractivos, fronteras colonizadoras, agricultura intensiva).

Dentro de este panorama, la extensa y compleja obra del científico Víctor Manuel Patiño amerita una mención especial. Este investigador ha dedicado toda su vida al estudio de la historia natural y la cultura material en la América equinoccial, que contiene valiosas referencias, datos y análisis sobre el Cauca Grande y sus regiones, especialmente del Pacífico colombiano [1977, 1990-1993].

El investigador y crítico literario norteamericano Raymond L. Williams [1991] introdujo una variable en los estudios regionales del Gran Cauca al plantear la relación entre novela y poder, literatura e ideología, y sostener la hipótesis de la configuración de regiones ideológicas que se expresarían a través de las obras literarias decimonónicas. Esta perspectiva es útil para contrastar la tradición escrita (de las elites caucanas) y la tradición oral (de negros e indígenas), como otra posible vía para estudiar la configuración de esta región, los imaginarios de la representación de unos y otros, y los dispositivos de la exclusión.

4.3. El Pacífico

Un análisis complejo debería integrar el concepto de frontera económica (yacimientos mineros) con los de división político-administrativa y formación de territorios, de tal forma que la gran región del Pacífico a lo largo del dominio colonial podría definirse en varios sentidos: como una extensa frontera económica, sólo parcialmente controlada, que fue dividida con fines de control social, administrativos y fiscales en las provincias y distritos mineros de Citará y Nóvita, en el Chocó y las del Raposo, Micay y Barbacoas, al sur; en la que se configuraron espacios que sirvieron de base para experiencias históricas contrastadas. La zona norte del Chocó (Provincia de Citará) siempre estuvo por fuera del control efectivo de Popayán y, con el tiempo, la zona sur del Chocó (Provincia de Nóvita) también escapó de su dominio. En efecto, al sopesar el análisis y observar los mapas aportados por Zamira Díaz sobre la economía del oro durante el primer ciclo minero, que dan cuenta de la evolución de los límites de la Gobernación de Popayán y la localización de los yacimientos

auríferos, se puede constatar la anterior afirmación. Para 1727, aproximadamente, ya la Gobernación de Popayán no controlaba los territorios del Chocó [Díaz, 1994:124-125].

Por otra parte, durante el siglo XIX el Gran Cauca (como Estado soberano o como departamento) recuperó el control, al menos nominalmente, de los territorios del Chocó. En efecto, en la primera mitad del siglo, cuando la división político-administrativos del país se basó en departamentos y estos en provincias, toda la región del Pacífico, perteneciente al Departamento del Cauca, se dividió en las provincias del Chocó –al centro-norte con Quibdó como capital– y de Buenaventura –en el centrosur con Iscuandé como capital. Hacia mediados del siglo XIX, cuando el país se dividió en provincias, las que conformaban la región del Pacífico fueron las del Chocó –al norte con capital en Nóvita–, Buenaventura –en el centro con capital en Cali– y Barbacoas –al sur con capital en Barbacoas²⁰.

Aunque para el estudio de las configuraciones regionales y la del Pacífico en particular resultaría de mucha utilidad contar con trabajos sistemáticos sobre las relaciones entre fenómenos de identidad y divisiones político-administrativas locales y provinciales, lo cierto es que no hemos encontrado este tipo de estudios en nuestra revisión bibliográfica, salvo contadas excepciones. Con todo, no es arriesgado afirmar que, vistas desde una perspectiva histórica, las divisiones político-administrativas tempranas reflejan un cierto trasfondo de procesos de diferenciación y afirmación de sociedades regionales, que deben ser entendidas en términos de relaciones étnicas e interétnicas, espacialmente visibles. Como lo ejemplifica Almario [2001(a)] en un trabajo reciente sobre la antigua Provincia de Buenaventura entre 1823-1857.

Otra posible ruta de trabajo investigativo podría considerar el peso condicionante que tuvieron los centros interandinos, su relación con los reales de minas ubicados en el litoral Pacífico y las redes de dependencia, comerciales y políticas que se tejieron entre ellos. En el siglo XVIII se consolidaron lo que Colmenares llamó “ejes transversales”, que ligaron la frontera minera del Pacífico con las ciudades coloniales y después republicanas, de tal manera que cada ciudad del interior andino terminó controlando alguna de las áreas mineras en la frontera periférica del Pacífico y sus rudimentarios puertos, así: Pasto controlaba a Barbacoas, Tumaco e Iscuandé, aunque en rivalidad con Popayán y Quito; Popayán ejercía su hegemonía sobre el Micay, Guapi y Timbiquí; Cali y Buga se disputaban por el control del Raposo y Buenaventura; Cartago se relacionaba con Nóvita y Citará, mientras que mineros y comerciantes antioqueños y cartageneros controlaba los cursos medio y bajo del Atrato.

La demografía histórica ofrece un tratamiento con pretensiones unitarias para esta gran región, que los estudios zonales y locales interpelan, como veremos. En efecto, su

20. Véanse los mapas de 1827 y 1852 en: Luis Valdivia, *Buenaventura, un desarrollo frustrado. Evolución económica y social del puerto*, Cali, Imprenta Central de la Universidad del Valle, 1994, págs. 83, 85.

situación demográfica para finales de la Colonia fue sintetizada por un investigador de estos temas de la siguiente manera: un lento proceso de poblamiento a lo largo de tres siglos, la reducción de la población indígena a cerca de un 10% de su tamaño original, el predominio de la población negra (que entre libres y esclavos casi comprendía las tres cuartas partes de la población), la escasa población blanca que refleja la baja capacidad de atracción migratoria de la región (no obstante su extraordinaria importancia económica), la conformación de los patrones étnicos que en adelante definirán su composición. Síntesis que, aparte de su extremada generalidad, el autor complementa con una periodización del proceso de poblamiento ocurrido en el Pacífico desde la Colonia hasta la República [Rueda, 1993:464-474].

Jacques Aprile-Gniset [1993] intenta un modelo explicativo en el que se equilibran lo general y los contrastes regionales. Identifica dos ciclos históricos en el proceso global de poblamiento de la vertiente del Pacífico colombiano. El primero hunde sus raíces en el pasado profundo prehispánico (“amerindio”, en el lenguaje del autor), cuya declinación se produce por la conquista española de esos territorios. El segundo ciclo, calificado como “afroamericano” (presencia del negro de procedencia africana, pero no paradigma africanista), está ligado a la penetración hispánica, se inicia en siglo XVII y se dinamiza en el XVIII; “pero, con un marcado cambio de rumbo económico, adquiere su máxima expresión demográfica y territorial desde fines del siglo XIX” [1993:12]. Como explicación estructural de esta periodización del poblamiento, Aprile-Gniset ofrece la hipótesis de la interacción entre la reconstrucción de los procesos de poblamiento ocurridos, el surgimiento y consolidación de los hábitats humanos y su relación con los ciclos económicos. Este enfoque le permite también establecer la existencia de dos etapas en el llamado ciclo afroamericano. Una “parcial”, de extensión reducida a los enclaves mineros accesibles o potencialmente prósperos, y otra de “colonización agraria”, extensiva, pacífica, de base agraria y minería independiente, cuyas características y problemas llegan hasta la actualidad a través de las comunidades negras que habitan esos territorios. Aunque su modelo tiene pretensiones globales, como quedó dicho, el autor reconoce ciertos matices entre el poblamiento del Chocó y el del Pacífico sur. Por ejemplo, al sintetizar la situación a finales del siglo XVIII establece una diferencia entre el poblamiento “intensivo” y territorialmente muy concentrado que se presenta en el Chocó, de aquel que ocurría al sur de Buenaventura y hasta el río Mataje, “muy parecido pero más difuso” [1993:47]. Su sugerencia metodológica de considerar las interacciones entre el crecimiento demográfico, la ampliación territorial de los hábitats y los cambios tecnológicos y productivos (como el paso de la minería a la agricultura), posibilita que la reconstrucción de las particularidades locales (que el autor no desconoce que haya que llevar a cabo) se realicen dentro de un contexto comprensivo, en los marcos de un modelo de análisis que resulta útil y flexible a la investigación. Más discutibles

son otras posiciones suyas, tanto por los problemas conceptuales en juego como por las contraevidencias que se pueden plantear, como algunas categorías con las cuales Aprile-Gnisset pretende definir este proceso como de “colonización agraria” y a sus actores mayoritariamente negros como “campesinos”²¹.

En síntesis, por razones que remiten a los periodos de la Conquista y la Colonia en la región Pacífica, al dominio colonial y a sus sistemas y circuitos económicos, sin olvidar las persistencias y cambios que introdujo el periodo republicano, lo que definió sus configuraciones sociales específicas, el Pacífico colombiano presenta una notoria diferencia entre sus dos grandes subregiones: la centro-norte y la centro-sur. Esta distinción ya la habían advertido los geógrafos decimonónicos (A. Codazzi, F. Pérez, Vergara y Velasco), así como Merizalde y Yacup, y la ratificaron los estudios folclorológicos de los años 70. En efecto, el maestro Guillermo Abadía Morales [1970/1983] aportó valiosos elementos de análisis al dimensionar las diferencias culturales que existen entre el litoral Pacífico y el litoral Atlántico, percibidas desde la unidad de análisis de “áreas culturales”. En ese marco, analizó la fuerte conexión del Chocó con la costa norte y, en contraste, el enclaustramiento del Pacífico sur, que toma como base para explicar las diferencias entre estas dos áreas del Pacífico en relación con sus respectivas modalidades musicales: más “mezcladas” en el Chocó (la *chirimía*) y más “negras o africanas” en el sur (el conjunto de *currulao*).

También desde una perspectiva folclorológica, Marulanda [1984] establece unas semejanzas y diferencias socioculturales entre estas dos grandes zonas del Pacífico colombiano que vale la pena tener en cuenta. Su estudio parte de una primera afirmación interesante:

El río San Juan establece una especie de frontera étnica entre la zona centro-norte del litoral Pacífico [...] y la zona centro-sur [...]. Espiritualmente, los grupos presentan profundas e indiscutibles afinidades; pero en sus expresiones culturales, música, ritmos, parafernalia, literatura oral, etc., tienden a diferenciarse en aspectos que merecen especial atención [Marulanda, 1984:209].

De acuerdo con los trabajos de investigación más recientes, el Pacífico colombiano se divide en dos grandes subregiones, a partir de considerar sus diferencias geomorfológicas, ecológicas y socioculturales: el *Pacífico norte*, que corresponde básicamente a los territorios del actual Departamento del Chocó y comprende desde la frontera con Panamá hasta

21. En una discusión similar, pero desde una etnografía de los “grupos negros” de los ríos Satinga y Sanquianga del Pacífico sur, Eduardo Restrepo Uribe cuestiona la pertinencia de la categoría de “campesinos silvicultores”, que utilizan los ingenieros forestales y economistas para referirse a estos grupos que viven de explotar los humedales forestales de la zona [Del Valle y Restrepo, 1996]. Para una referencia a esta discusión, véase Almarío y Castillo [1996], en una crónica sobre la experiencia del Programa de Investigaciones de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, en el proyecto “Bosques de Guandal”, dirigido por el ingeniero forestal Jorge Ignacio Del Valle.

la desembocadura del río San Juan, y el *Pacífico sur* (o centro-sur), que comprende desde este último punto hasta Ancón de Sardinias, en los límites con el Ecuador, abarcando la faja costera ubicada entre el mar y la Cordillera Occidental, es decir, los territorios de los actuales departamentos del Valle del Cauca, Cauca y Nariño. En cada una de estas dos grandes subregiones se pueden reconocer zonas específicas y peculiaridades de los asentamientos y culturas locales. En el *Pacífico norte* están la del curso del Atrato y el San Juan, la de la Serranía del Baudó y los pueblos costeros asociados con ella, la del Tapón del Darién y la del Urabá chocoano y antioqueño. En el *Pacífico sur* tenemos la del puerto de Buenaventura y los ríos localizados al sur suyo y otra zona asociada, la del bajo Calima; la zona de los ríos Guapi, Timbiquí, Micay, Saija, Napi y Pique; y la zona situada más al sur, que se configura en torno a las “ciudades” antiguas de Barbacoas e Iscuandé y el puerto de Tumaco.

4.4. El Chocó y algunas anotaciones sobre Antioquia²²

Los estudios arqueológicos nos han transmitido una visión de larga duración de poblamientos dinámicos y densos sobre el Chocó, con vigorosos contactos por más de 35 siglos antes del dominio hispánico, en una región estratégica y competida por sus riquezas. Asimismo han sugerido la necesidad de interactuar con otras disciplinas para lograr comprensiones más precisas sobre marcos cronológicos, secuencias culturales, ecosistemas y configuración de territorios y poblamientos [Leyva, 1993; Stemper y Salgado, 1993; Herrera, 1989; Reichel Dolmatoff, 1962; 1978].

Los estudios antropológicos y etnológicos han centrado su atención en las sociedades indígenas y negras, pero han abierto nuevos campos. El “universo amerindio” fue estudiado desde diversas escuelas teóricas entre las que primaron el funcionalismo británico, el culturalismo norteamericano, el estructuralismo francés, el marxismo y, en menor medida, paradigmas combinados y abiertos que fueron adecuados a nuevos problemas de investigación. Asimismo, en menor escala, se incrementaron los estudios sobre sociedades negras desde perspectivas tales como la ecología, el materialismo cultural, el marxismo y la antropología simbólica.

La producción antropológica ha avanzado en el estudio de sociedades indígenas individuales y más recientemente se acerca a estudios de relaciones interétnicas, de áreas y conjuntos histórico-culturales-geográficos que permitan dar cuenta del comportamiento de una sociedad en el conjunto de otras, de redes y circuitos de intercambio comercial, creencias religiosas y complejos ceremoniales, resistencias, territorialidades, etnicidad e identidad. A su vez, se han incrementando progresivamente los estudios sobre comunidades

22. Para un balance bibliográfico sobre el Chocó, véase Almarino y Ortiz [1998:385-509]. Salvo anotaciones en contrario, las referencias de este acápite proceden de dicho trabajo.

negras, en especial sobre los temas de familia, religión y cultura; y, en menor medida, sobre relaciones interétnicas, especialmente con indígenas, blancos y mestizos, y sobre el papel de tales actores sociales en la configuración regional y nacional [Vargas, 1985, 1990, 1993, 1995; Vasco, 1985; Romoli, 1975, 1976; Duque Gómez, 1967; Pardo, 1983, 1987(a,b,c,d)].

También se han producido importantes estudios temáticos que representan una gama muy abierta sobre tópicos lingüísticos, de poblamiento, rebeliones y resistencia indígena, antropología simbólica referida a sistemas de representaciones, organización social y política, y sistemas de producción. Dado el interés por los viejos y nuevos actores, indios y negros, y por el peso de la región en el contexto nacional e internacional, se produjeron importantes obras colectivas y eventos que mostraron una riqueza temática y una diversidad en el tratamiento de los problemas que van desde los asuntos políticos hasta temas de las ciencias naturales, pasando por tópicos de la vida cotidiana. Aquí la amplia gama está concentrada básicamente en obras colectivas entre las cuales, *Colombia amerindia* (1987) y *Colombia Pacífico* (1993) se han convertido en síntesis imprescindibles para un estudio de las sociedades locales.

Los estudios acerca del impacto de la Conquista y la Colonia sobre las sociedades emberás y cunas [Vargas, 1993], Cuevas [Romoli, 1987] y, en menor medida, sobre las sociedades de urabae y waunanas [Chaves, 1992], han permitido precisar resistencias, alianzas, extinciones y superposiciones territoriales entre comunidades y de éstas con el imperio español.

De las cuatro subregiones del Chocó, desde el impacto colonial en el siglo XVII (Baudó, bajo San Juan, bajo Atrato y alto San Juan-alto Atrato), la más investigada es evidentemente la central por constituirse en el eje minero (alto San Juan-alto Atrato). Más recientemente ha tomado auge el estudio sobre el bajo Atrato, en razón de ser la zona disputada de Urabá, y, en menor medida, los estudios sobre las zonas del Baudó y el Darién con mayor desarrollo, éste último, en Panamá. Asimismo se han logrado periodizaciones importantes sobre la Conquista, la Colonia y la República, en especial de las sociedades emberás y cunas. Mas el impacto colonial, el conocimiento de rasgos de las sociedades prehispánicas y las periodizaciones que conocemos actualmente no han permitido todavía acercamientos significativos al tema demográfico y de historia social. Con excepción de los estudios de Vargas [1985] para los casos emberá y cuna; de Romoli [1987] y Steward y Faron [1959] para el caso de los cuevas; de Sharp [1976] y Colmenares [1979] para el siglo XVIII; de Rueda [1993] para el Pacífico; de Jiménez [1996] para el Baudó; y de Mosquera [1997] para Citará en el siglo XIX, son muy pocos los avances sobre el tema de demografía histórica e historia social.

Más recientemente, debido a los estudios de diversidad cultural y medio ambiente, el siglo XX chocono ha sido abordado por investigadores antropólogos, sociólogos, politólogos

y especialmente por profesionales de las ciencias naturales. Hoy predominan en los estudios antropológicos los relativos a la antropología simbólica y los estudios regionales con enfoques abiertos, aunque sin contextos teóricos explícitos, que tratan de dar cuenta de las sociedades indígenas y negras en el medio biofísico y en la riqueza ecosistémica actual del Chocó. Sin embargo, aún faltan estudios profundos de tipo interdisciplinario y comparado.

Los estudios históricos, con obras excelentes de Colmenares y Sharp, abordaron la configuración de una sociedad esclavista desde una creativa mezcla de escuelas de historia de anales, del marxismo y trabajos de otras disciplinas en el primer caso, y desde la *New Economic History* norteamericana en el segundo caso. Después hubo aportes desde una sociología histórica para el estudio de la subregión de Urabá [Uribe, 1990]; del poblamiento chochoano [Aprile, 1991] desde una geografía cultural e histórica [Parsons, 1967]; y desde una mixtura abierta de escuelas históricas y/o fuertes niveles empíricos para abordar el Baudó del siglo XVIII [Jiménez, 1996] y el Citará del siglo XIX [Mosquera, 1997].

Recientes ensayos de historia social han aportado también a la comprensión regional: de Sharp [1993] sobre manumisión, libres y resistencia negra; de Zuluaga [1993(a)] sobre cimarronismo en el occidente; de Hansen [1993] sobre la rebelión de los citaraes en el Chocó de 1684 a 1685; y de Castro [1996] sobre el poblamiento de la costa Pacífica.

El siglo XIX es uno de los periodos menos estudiados en lo que se refiere al Chocó. Tenemos un conjunto de trabajos que hacen referencia a hipótesis sobre las actividades, ocupaciones, poblamientos, relaciones interétnicas y conflictos de indígenas y negros en el Chocó. Sin embargo, este siglo es pobre en estudios históricos con base documental, en parte porque los historiadores poco se han ocupado del Chocó, bien porque consideraron que era objeto de estudio de los antropólogos o bien porque creyeron que el siglo XIX había perdido interés por la caída de la producción minera. Según el antropólogo Carl H. Langebaek, es posible que aún tenga vigencia la imagen distorsionada de una historia indígena y negra hecha por antropólogos y de una historia de mestizos y blancos escrita por historiadores. No obstante, algunos trabajos apuntan a superar esta situación. Por ejemplo, el historiador Orián Jiménez [2001] incursionó en el tema de la relación entre la Provincia del Chocó y la construcción del Estado nacional, pero desde la perspectiva de la etnicidad. El centro de su reflexión son los grupos étnicos, negros, indígenas, mulatos, zambos y mestizos como agentes integradores de ese proceso. Recientemente también la historiadora norteamericana Jane M. Rausch [2000] ha tendido un puente analítico sobre este tema de la etnicidad para los siglos XIX y XX, al reflexionar sobre la emergencia de la identidad “afrocolombiana” hacia la mitad del siglo XX, a través del análisis de lo que representa el político liberal chochoano Diego Luis Córdoba.

Con los trabajos mencionados, al parecer, se ha iniciado la construcción de un camino entre la historia, la antropología y la etnohistoria. Particularmente Roberto Pineda [1995],

en un ensayo sobre la etnohistoria en Colombia, presenta un balance bibliográfico que muestra en los últimos años cómo algunos investigadores han ampliado nuestro conocimiento del área del Pacífico y del golfo de Urabá. Según Pineda, Carl H. Langebaek analiza las relaciones de los cunas con las diferentes colonias extranjeras con las cuales tuvieron comunicación permanente en el golfo de Urabá, especialmente franceses, ingleses, escoceses y holandeses; los viajes de los jefes cunas en busca de bienes en el comercio de larga distancia y la importancia del mismo para los cacicazgos de América Central. Asimismo, Jorge Morales [1994] elabora un escrito sobre la relación cunas-Estado colombiano, en particular sobre el convenio de 1871. Señala finalmente Pineda que el excelente estudio de Mery Helens sobre los cacicazgos prehispánicos de Panamá es una referencia fundamental para toda el área.

Patricia Vargas produjo un excelente ensayo sobre los emberás, los waunanas y los cunas en el libro *Colombia Pacífico* [1993], en el cual muestra las naciones y territorios existentes al momento de la ocupación española, sus condiciones de poblamiento y sus sistemas de vida. Luego se refiere específicamente a cada una de estas sociedades: a los cunas como habitantes de los valles del Atrato; a los waunanas y emberás como pertenecientes a la misma tradición cultural y habitantes del alto río Atrato y del alto río San Juan; a la modalidad segmentaria de la organización política emberá; y más tarde a los sitios principales de la confrontación entre la configuración minera hispánica y la tradicional ocupación de los territorios indígenas. Vargas muestra los fenómenos de la superposición de territorialidades, las fronteras de guerra, las fronteras fluidas entre los distintos grupos y de estos con el imperio español. Expone asimismo el carácter tardío de la ocupación española a finales del siglo XVII y la organización bajo sistemas de pueblos de indios como apoyo para el desarrollo del eje minero colonial del Chocó en el siglo XVIII. Más adelante se refiere a las consecuencias de los procesos de configuración de una nueva regionalidad en el Chocó, a través de las formas de vida libres, dispersas en las orillas de los ríos, especialmente poblamientos negros; y en las zonas altas de los ríos, especialmente de poblamientos de indios. Finalmente, Vargas señala también el tema de la vida de los pobladores indígenas y negros en las modernas economías extractivas y colonizadoras del siglo XX, hasta culminar con un análisis sobre la actual población chochoana y las formas contemporáneas de resistencia.

Tal como señala Pineda [1995], en las décadas de 1930 y 1940 Henry Wassen y Erland Nordenskiöld dedicaron estudios importantes a la etnografía, etnología e historia de las sociedades cunas. A partir de su tesis de 1969 sobre los cunas, Wassen ha escrito (entre los años 70 y 90) importantes ensayos de etnografía y representaciones mentales, fauna, trabajo y enfermedades entre los cunas.

El cosmos, la religión y las creencias de los indios cunas fueron estudiados por Antonio Gómez a finales de los años 60. "Arquí, una organización social de una comunidad indíge-

na cuna” (1969), es la tesis presentada por Leonor Herrera, quien, en compañía de Marianne Cardale elaboró en 1974 un interesante análisis de la mitología cuna. En 1989 Sergio Carmona dedicó un estudio a la música como fenómeno cosmogónico entre los cunas y “Pab Igala” compiló historias de la tradición cuna.

Los fenómenos de resistencia indígena y negra entendidos como actos tendientes a mantener la independencia política y la identidad han sido abordados por Vargas [1993] en su estudio sobre emberás frente a la dominación española; por Hansen en torno a la rebelión india de 1684, y por Mosquera [1997] a través de las modalidades de automanumisión, cimarronismo, blanqueamiento, sublevaciones y recompensa por servicios.

Los estudios locales y regionales tomaron un auge significativo desde la década de 1980 y se movieron entre descripciones simples del Chocó –en las que la formación jerárquica de los blancos estaba en la pirámide superior y la de indios y esclavos en la parte inferior– y posiciones críticas –que buscaron reivindicarlo como lugar olvidado y necesitado de reconocimiento por parte del Estado y la sociedad nacional. Conocemos 8 estudios locales o regionales referidos a pobladores indígenas y negros en las perspectivas señaladas [Caicedo, 1980; Gómez, 1980; Córdoba, 1982, 1983; García y Córdoba, 1984; Villa, 1985; Cuesta, 1986; Moya y Perea, 1989]. Pero más recientemente, entre 1992 y 1993, la organización de los barrios populares de Quibdó y el Ican desarrollaron historias locales del Chocó que apuntaron a factores de organización social, conformación territorial y construcción de la identidad en los municipios de Nuquí, Bahía Solano y la cabecera municipal de Quibdó.

Las relaciones interétnicas están presentes en los estudios de Patricia Vargas [1993], María Teresa Uribe [1990] y Claudia Steiner [1994]. Anne-Marie Losonczy [1992] abordó las relaciones interétnicas entre cholos y negros. Peter Wade lo hizo para el caso de Urabá [1993(b)]; Henry Wassen para el caso de las culturas chochoes en comparación con panches y muzos; Nina S. de Friedemann [1981] en las relaciones entre emberás y poblaciones negras.

Cada vez es de mayor importancia el conocimiento de los universos culturales de indígenas y negros para comprender sus relaciones con los contextos ecosistémicos y los imaginarios que construyen en interacción con ellos. En esto los aportes de la antropología han sido decisivos. Allí los estudios de Mauricio Pardo [1987(a,b,c,d)], Astrid Ulloa [1992], Álvaro Chaves [1992], Jaime Arocha [1992, 1993], Jorge Morales [1992], Luis G. Vasco [1990] y Patricia Vargas [1993] han permitido establecer conexiones con fenómenos de mentalidad, comportamientos, actitudes mentales y conductas de grupos indígenas y negros, en una perspectiva histórica. Han explorado, por ejemplo, la concepción del mundo de unos grupos con respecto a otros, la reconstrucción sociocultural de los africanos y sus descendientes, de los indígenas y los suyos, así como algunos fenómenos de religiosidad y

catolicismo. Estos temas han sido posibles de entender también mediante estudios etnohistóricos que han puesto en comunicación historia, antropología, geografía y otras disciplinas.

Según Eduardo Restrepo [1996], a principios de los años 80, desde la perspectiva de la ecología y el materialismo cultural, se abrió la discusión sobre el criterio de etnicidad de los grupos negros y su invisibilidad para el discurso académico. A partir de entonces comenzó a utilizarse la categoría de huellas de africanía como elemento de configuración de los grupos negros [Friedemann y Arocha, 1984, 1986]. Con ello la afirmación de la identidad y de las particularidades de los grupos negros se basó en el fenómeno de la etnicidad. Según Friedemann y Arocha, en el encuentro de los esclavos negros con la cultura blanca europea sobrevivieron orientaciones cognitivas de aquellos, que constituyeron las huellas de africanía, elemento decisivo sobre el que se produjo el proceso de adaptación y creación cultural de los africanos a las nuevas condiciones históricas en América. De esta manera, y basados en Gregory Bateson, las pervivencias que generan una reintegración étnica provienen de procesos primarios y cadenas iconográficas del inconsciente reproducidas a través del hábito [Restrepo, 1996]. Pero también las huellas de africanía se refieren a procesos creativos de los africanos en América, con lo que se fortalece la búsqueda de visibilización de un negro invisibilizado [Friedemann, 1993; Arocha, 1992; Maya, 1993]. Asimismo, las huellas de africanía están soportadas en el sujeto y la emoción como factores del nuevo conocimiento científico. Esta perspectiva se encuentra en “Criele, criele son: del Pacífico negro” [Friedemann, 1989] y en el laboratorio de investigación social en el Baudó [Arocha, 1993].

Natalia Otero [1994], Javier Moreno [1994] y José Fernando Serrano [1994] han realizado tesis dentro de las perspectivas anteriormente anotadas sobre relaciones interétnicas entre pobladores afrocolombianos y emberás, relaciones de autoridad y formas de resolución de conflictos.

Los estudios locales sobre sociedades negras se ampliaron en la década de 1980 a localidades mineras y relaciones comunitarias: Jiménez [1982] sobre Guaitadó; Castro y Serna [1984] sobre Nóvita y economías campesinas negras; Gómez [1983] en Arusí; y Perea [1986] sobre familia afrocolombiana en Condoto y Nóvita.

En 1987, en el contexto de planes gubernamentales dirigidos al Pacífico, Emperatriz Valencia y July Leesberk estudiaron sistemas de producción del medio Atrato; en 1988 Jorge Yepes se dedicó a la dinámica de la población y producción en el bajo-alto Atrato, y en 1989 Anne-Marie Losonczy analizó sistemas de representación de negros americanos recurriendo a la categoría de cimarronismo sociocultural, entendido éste como estrategias cognitivas e identitarias originales y coherentes que desvirtúan y recrean los modelos culturales impuestos.

Si la década de 1990 se caracterizó por diversas orientaciones teóricas que ponen en cuestión la categoría “huellas de africana” y su pertinencia para caracterizar la etnicidad de los grupos negros, nuevas investigaciones etnográficas interrogan tres problemas centrales: la identidad, la etnicidad y el territorio. Tales problemas están asociados en buena medida al peso que han tomado los grupos negros en el país, lo que ahora se revela en la Constitución Política de 1991, su artículo 55 y la Ley 70. Aquí debemos destacar los estudios de Peter Wade sobre relaciones interétnicas en el Urabá chochoano [1993(b)], en donde la categoría de etnicidad se fundamenta en la idea de localidad y región, criterio de distinción establecido por las gentes, que remite a una especificidad cultural. El autor también se ocupa del orden racial, la identidad nacional e indios y negros en dichos contextos; construye una topografía cultural sobre Colombia; presenta las regiones donde el poblamiento negro es más significativo y muestra el imaginario que se ha construido respecto a la sociedad chochoana desde el siglo XIX: “lluvia, miseria y negros” [Restrepo, 1996].

En 1990 Whitten y Quiroga retomaron el tema de negros y adaptación, cambios tecnológicos, organización social y actividades productivas en la costa Pacífica para señalar tres rasgos importantes: la intensa movilidad espacial de las poblaciones negras; los lazos familiares y de parentesco como orientadores del comportamiento y de las decisiones a lo largo del ciclo de vida del individuo, dado el sistema tradicional de organización social; y el proceso adaptativo de los pobladores de la costa a condiciones nuevas [Restrepo, 1996].

Los procesos de poblamiento en la cuenca del río Baudó fueron abordados por Emperatriz Valencia bajo la perspectiva de la adaptación; Mónica Restrepo estudió el poblamiento y la estructura social de las comunidades negras del medio Atrato asociadas al sistema esclavista y a los fenómenos de resistencia, cimarronismo, parentesco y comunidad doméstica, clave ésta última del sincretismo cultural de las tres civilizaciones: africana, europea e indígena. Jacques Aprile y Gilma Mosquera también se ocuparon de procesos de poblamiento y colonización del siglo XVI al XX, mostrando la dispersión de las poblaciones negras desde finales del siglo XVIII y la configuración de aldeas en las zonas bajas de los ríos [Restrepo, 1996].

Finalmente, Jaime Arocha, desde la ecología cultural, abordó el “bricolaje de los negros”, mecanismo característico de estos grupos ante la incertidumbre del entorno físico y sociohistórico. Consideró las huellas de africanía como el eje sobre el cual los grupos desarrollan su inventiva sociocultural y su adaptación a contextos inciertos. Anne-Marie Losonczy estudió en su tesis doctoral el aspecto creador del sincretismo de la cultura negra e introdujo el estudio de las representaciones culturales como un sistema autónomo [Restrepo, 1996].

La década de 1990 resultó, pues, fundamental porque la explosión de los estudios sobre lo negro en Colombia influyó en Antioquia y Chocó; los investigadores de las discipli-

nas sociales buscaron en sus respectivas regiones los problemas que otros investigaban en el contexto nacional. Así, ante un Pacífico que aparecía como unidad geográfica y cultural hasta la década de 1970, en los últimos años cada vez es más claro que las diferencias entre el Pacífico sur y el Chocó son notables. En este territorio, historiadores y antropólogos han coincidido en las diferencias fisiográficas que marcan los ríos Atrato, San Juan y Baudó como tres arcifinios que tuvieron procesos de construcción y poblamiento distintos, a pesar de estar bajo un mismo ente administrativo, la Gobernación del Chocó, creada en 1726 como una medida que buscaba el *control fiscal* de los quintos reales y mantener bajo control a blancos, negros e indios.

Después de los estudios de Sharp y Colmenares, el historiador afrocolombiano Sergio Mosquera, con base en la revisión cuidadosa de los archivos notariales de Quibdó y otros de su Departamento, ha enriquecido el debate mostrando las diferencias en la construcción territorial de Nóvita y Citará [1996, 1997], el poblamiento hacia el Baudó por el río Quito, la etnohistoria de los esclavizadores y los esclavizados en Citará [2000] y, en su más reciente trabajo [2001], una narración vívida sobre las visiones de la espiritualidad afrocolombiana, en el que presenta conmovedores relatos de ancianos, raiceros, bañadores de perros y expertos en ombligadas, los cuales contrasta con su propia producción histórica y con las etnografías de antropólogos como Serrano [1994, 1998], quien estudió los ritos fúnebres en el Baudó. Mosquera ha tendido un puente entre las fuentes escritas, manuscritas y orales. Con ello ha roto la visión homogenizadora del Chocó para hacer los análisis subregionales y contrastar los desarrollos históricos diferentes entre Nóvita y Citará. Tales avances han permitido establecer un tratamiento distinto en la visión que se tenía de la historia colonial chochoana de la minería. En otros casos, este investigador se vale de la biografía y la prosopografía para mostrar la aparición de un pastuso, don Melchor de Barona y Betancourt, y su influencia en la sociedad chochoana [Mosquera, 2000]. Como el esclavizador más rico del siglo XIX, Barona y Betancourt mantuvo una relación de peripecias entre esclavista y comerciante en momentos en que la abolición se avecinaba. Mosquera [en prensa] también ha recurrido a las genealogías para explicar el surgimiento de clanes familiares, como el de los Córdoba.

Otra perspectiva que cabe mencionar es la del historiador Orián Jiménez Meneses, quien después de haber hecho parte del equipo de investigación que dirigía el antropólogo Jaime Arocha, titulado “Los baudoseños”, presentó ante la Universidad Nacional una tesis de maestría en la que expuso que el Chocó colonial estaba compuesto por tres países: Nóvita, Citará y El Baudó [2000/en prensa].

En tiempos de la Colonia, Nóvita era el *país del oro*, Citará era el *país del comercio y la agricultura*, y El Baudó lo era del *refugio y la ausencia de control*. Las arterias fluviales y los caminos indígenas comunicaban a estos tres países con el mar Caribe, el océano Pacífico y el occidente del Nuevo Reino. El arrastradero de San Pablo, localizado entre el Atrato y el

San Juan, actuaba como un ombligo en este mosaico de etnias, culturas y territorios. Nóvita se distinguió por la *abundancia* de oro; Citará por la presencia india y las guerras con los poblados de españoles; y El Baudó era, además del espacio del refugio y la libertad, el país construido a partir de las relaciones entre negros e indios. Nóvita y Citará se conocían por el predominio de gente negra e india, la riqueza de los montes, la abundancia de aguas y los sistemas de explotación basados en la minería de oro corrido, la agricultura -maíz y plátano- y el comercio. El Baudó, por su parte, surgió en los comienzos del siglo XVIII como un país alterno a los de Nóvita y Citará. Los ríos Atrato, San Juan y Baudó servían de fronteras naturales, culturales y políticas. En el Atrato, el comercio ilícito y las invasiones de los *andarieles* y los *cunacunas* frenaron la expansión que a lo largo de la Colonia pretendían hacer comerciantes y autoridades del reino y de Cartagena. En el San Juan los mineros y terratenientes del Valle del Cauca y de Popayán explotaron las zonas más ricas en oro sin que la Corona lograra cobrarles el impuesto del *quinto* y en El Baudó las *rochelas* y el cimarronaje negro, mulato e indio mantuvieron en constante preocupación a virreyes, gobernadores y corregidores, quienes no encontraban cómo someter a estos “rebeldes” a las políticas de organización de los Borbones. En Nóvita, en Citará y en El Baudó las condiciones de vida de los habitantes eran tan variadas y disímiles a las de los demás del reino, que llegaron a convertirse en una zona mítica para los de afuera. En términos étnicos Nóvita era el *país negro*, Citará el *país indio* y El Baudó el *país pardo* y *zambo*. Después de 1780 esta triada de lo étnico se vio afectada por la aparición masiva de *los libres*.

Las provincias del Tatamá y El Raposo, situadas al sur y más vinculadas a la economía del Valle del Cauca y de Popayán, guardaron notables diferencias con los países de Nóvita, Citará y El Baudó en cuanto al número de su población indígena, su riqueza, su economía, las características de las cuadrillas de negros y las posibilidades de abastecimientos. Nóvita, Citará²³ y El Baudó vivieron procesos de acomodamiento a las políticas de la Audiencia, que distaron mucho de lo sucedido en El Tatamá y El Raposo, aunque desde el punto de vista geográfico y administrativo todas cinco pertenecieron al Chocó hasta 1726²⁴. El Tatamá y El Raposo aparecen en los documentos como provincias chocoanas, a pesar de que en lo cultural y lo económico eran distintas: Nóvita y Citará fueron zonas de explotación tardías de la Colonia, en tanto que El Tatamá y El Raposo lo fueron de tiempos tempranos de la ocupación española²⁵.

23. Antonio Basilio Cuervo, *Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia*, Bogotá, Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1891, tomo 2, págs. 306-324.

24. Archivo General de la Nación (Bogotá), Poblaciones del Cauca, tomo 2, fols. 1r.-77v. La Gobernación del Chocó fue creada en 1726. Su primer gobernador fue Francisco de Ibero. Las razones que argumentó la Corona para su creación tenían que ver con *el control la evasión del impuesto del quinto* por parte de los mineros y que allí la gente *no vivía en policía*.

25. Robert C. West, *La minería de aluvión en Colombia durante el periodo colonial*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1972.

El caso antioqueño es bien distinto del chocoano, aunque no es éste el lugar para tratarlo en detalle. La historiografía regional antioqueña ha pasado por varios modelos interpretativos y, en tales circunstancias, los asuntos relacionados con la minería que se hizo con mano de obra esclavizada han recibido poca atención de la disciplina histórica. La atención se ha centrado en el momento de *fundación* de la ciudad de Antioquia y en las transformaciones posteriores, el traslado de la decadente ciudad a la villa de Santa Fe y el nacimiento de la Gobernación de Antioquia bajo el mandato de Gaspar de Rodas. La historiografía económica de los años 70 centró su interés en los ciclos productivos de la minería y el impacto que dejaron en la provincia las visitas de Mon y Velarde, y Francisco Silvestre. Algunas tendencias recientes han intentado explicar cuál fue el punto de quiebre de las viejas estructuras de tiempos de los Austrias y la emergencia de las reformas borbónicas, en tanto que investigadores como Roberto Luis Jaramillo [2001] explican la expansión del espacio restringido de Antioquia a partir del poder que tenía el clero, en su mayoría de ancestros antioqueños. Desde otro lado, Luis Miguel Córdoba [1998] recompuso los hilos menudos entre la naciente villa y la decadente ciudad, a partir de la revisión de las actas del Cabildo de Medellín Y, recientemente, Víctor Álvarez Morales hizo una síntesis, para la revista del Archivo General de la Nación, sobre la esclavitud antioqueña en tiempos de la Conquista y la Colonia.

Algunos temas están abiertos a la discusión, por ejemplo, establecer los periodos en que aparecieron algunos centros de actividad minera y determinar el tipo de grupos que componían estas sociedades. Así, para Ann Twinam [1985] y Beatriz Patiño, la región de los Osos cobra importancia sólo a partir de 1750, cuando se abrió la nueva ruta de la minería, y una vez los aluviones y las vetas del Cauca y Buriticá habían entrado en completa decadencia²⁶. Sin embargo, lo que muestran los documentos del Archivo Histórico de Antioquia y los del Archivo General de la Nación es que desde la década de 1630 ya se habían asentado en los Osos varios mineros, quienes con sus cuadrillas de negros explotaban tanto el Riogrande, el Riochico y el San Andrés, como sus afluentes²⁷. En su mayoría hombres casados procedentes de Santa Fe de Antioquia y el valle de Aburrá, desde 1550 tenían noticias de que en los Osos había “grandísima grosedad de minerales de oro y muchos santuarios indígenas”²⁸; además se decía que era “tierra inhabitable, áspera, remota y de tanto riesgo por los muchos fríos, pantanos y páramos que, por ser de la dicha calidad, muchas personas han dispuesto la entrada y se han vuelto del camino”²⁹. Motivados por

26. Archivo Histórico de Antioquia (Medellín), Minas, 1668, tomo 355, doc. 6679, fols. 104v-105v; tomo 366, doc. 6814, fols. 56v-58r.

27. *Ibidem*, tomo 356, doc. 6693, fols. 119r-121v.

28. *Ibidem*, tomo 355, doc. 6679, fol. 106r; tomo 356, doc. 6693, fols. 121r-121v. En el fol. 121r. capitán Pedro Martín de Mora escribe: “Yo e salido a este .balle a reaserme de lo necesario para entrar en la tierra dentro por aver descubierto en ella *muestras de buen oro y endisios de santuarios*”.

29. *Ibidem*, tomo 355, doc. 6679, fols. 106r y ss.

estas noticias, pero más aun por el hambre, la pobreza y la desolación, los mineros abandonaron las tierras cálidas del Cauca y se fueron hacia las tierras frías de los Osos y el valle del San Andrés. En la recién trasladada ciudad de Antioquia los mineros dejaban a sus familias y parientes y en compañía de sus esclavos emprendían la aventura de la minería en las tierras frías del altiplano. Así, en la primera mitad del siglo XVII Pedro Martín, su hermano y toda una parentela de familias blancas iniciaron la explotación de aluviones en los valles de San Andrés y Río Grande. Pedro Martín de Mora, como quiera que trenzó vínculos con las autoridades de Antioquia, recibió una *capitulación* en la que se le concedían diez leguas *en redondo* entre los valles de San Andrés y los Osos³⁰.

Una constante en los trabajos históricos sobre la minería y la esclavitud en Antioquia ha sido la interpretación aislada de otros contextos y la repetición, tanto en la formulación de las hipótesis de investigación como en la elaboración de los resultados investigativos. Monografías aisladas e investigaciones aferradas a las tesis de viejo cuño de la historiografía tradicional dejan ver la ausencia de consulta de las fuentes manuscritas, que arrojan otros matices que contradicen las generalizaciones de antropólogos e historiadores. Sin embargo, ¿qué diferencia a la esclavitud chochoana de la antioqueña? Para ser precisos, las diferencias entre estas dos zonas consisten en que, mientras que en el Chocó el modelo de esclavitud con grandes *cuadrillas* se mantuvo hasta finalizar el siglo XVIII, en Antioquia los ciclos mineros y la emergencia de una elite de comerciantes evasores se empeñaron en practicar una minería con *mazamorreros libres*. Se trató, sin duda, de una estrategia para impedir que se les aplicaran los controles por medio de la regulación que habían estipulado las *ordenanzas de minería* de Gaspar de Rodas (1580), las cuales intentaron ejecutar los reformadores borbónicos de la segunda mitad del siglo XVIII. De tal manera que la caracterización que los historiadores hacen de las particularidades de Antioquia tiene cimiento en una *sociedad autárquica*, que le obedecía más al clero que a la monarquía y a sus funcionarios. Otras diferencias tienen que ver con que en Antioquia, por estar los amos presentes en los Reales de Minas, el mulataje fue la relación interétnica predominante; en tanto que en el Chocó el ausentismo de sus amos se refleja en el hecho de que se haya dado más el mestizaje intraétnico.

4.5. El Pacífico sur

Francisco Zuluaga sistematiza y aporta elementos fundamentales para estudiar y comprender la conformación de sociedades negras del Pacífico sur colombiano.

1) La contradictoria relación que se establece entre los negros del occidente colombiano y el sistema esclavista que, por un lado, los desarraigó de sus territorios originales

30. *Ibidem*, tomo 356, doc. 6393, fols. 121r y v.

africanos y, por el otro, es punto de referencia obligado para su constitución en comunidades con identidad propia [Zuluaga, 1996(a):231].

2) La conquista tardía de los territorios del Pacífico por la resistencia indígena en el sur y el Chocó hizo imposible establecer centros mineros estables hasta finales de los siglos XVII y XVIII. En la práctica, durante estos dos siglos el único sector sometido fue el de Buenaventura y el territorio del Raposo, vecino suyo, donde, si bien la explotación aurífera fue importante, el verdadero interés consistía en el control del precario puerto de Buenaventura. El Raposo deviene, entonces, en clave para explicar el origen de los sistemas de poblamiento y organización de los establecimientos mineros que predominaron en los siglos XVIII y XIX. El Raposo fue el centro experimental de la minería en la frontera del Pacífico [Zuluaga, 1996(a):231].

3) La diferenciación local y regional en los poblamientos y establecimientos mineros con base en esclavos y/o negros libres provino tanto de las distintas dinámicas de ocupación y trabajo, como de las correspondientes conexiones entre estas localidades y el dominio de los blancos. Dos ejemplos al respecto son bastante elocuentes. Mientras que el nunca reducido Palenque de El Castigo dio origen a la sociedad cimarrona de El Patía, el caso de las minas de los ríos Napi y Pique, en la costa Pacífica, tuvo un cierto sustento legal, al igual que otras minas apropiadas por los pobladores negros aprovechando la crisis de la Independencia y las guerras civiles, que permitieron con el tiempo su transformación en sociedades locales relativamente autónomas [Zuluaga, 1993(a):426].

4) Las guerras de independencia asumieron en la Gobernación de Popayán la característica de enfrentar dos regiones bien delimitadas: las ciudades confederadas del Valle del Cauca (Cali, Buga, Anserma, Toro, Cartago y Caloto) y las ciudades al sur del río Ovejas (hegemonizadas por Popayán y Pasto). La estrategia político-militar de los realistas fue hacerse fuertes en el sur y, desde ese momento, el avance de los independentistas fue traducido por las comunidades negras (como las del valle del Patía) como un avance del núcleo más fuerte de los señores esclavistas, propietarios de las minas de la costa Pacífica y de las haciendas del Valle del Cauca. En este contexto es comprensible el rechazo de la sociedad patiana a la causa de los independentistas y el que muchos esclavos aprovecharan la crisis para tomar el control de las minas localizadas en el litoral Pacífico [Zuluaga, 1993(c):67-68; 1996(b):91].

5) El siglo XIX en el Pacífico colombiano es escasamente conocido. En general se acepta que, agotado el sistema esclavista, más o menos abandonadas las minas por sus propietarios blancos, la población negra allí asentada tuvo paso para ejercer dominio sobre el territorio ocupado, "construir estructuras sociales y núcleos urbanos cimentados en la tradición africana y en las formas organizativas del sistema minero esclavista para producir las sociedades del Pacífico actuales" [Zuluaga, 1996(a):233].

Los estudios de caso llevados a cabo por distintos investigadores están llenando de contenidos específicos y desarrollando algunos de los problemas que se derivan del anterior panorama. Como es conocido, el primer intento explicativo al respecto con base en un estudio de caso lo realizó la antropóloga Nina S. de Friedemann [1974(a)], quien encontró en el río Güelmambí, cercano a Barbacoas, formas de organización del trabajo y de la sociedad alrededor de las minas (Mayor y de Comedero),

y de los troncos y ramajes de descendencia, que dan lugar a intrincados sistemas de organización social y de identificación comunitaria, que garantizan, a su vez, la conservación de elementos culturales africanos [Zuluaga, 1996(a):233]³¹.

Teniendo en cuenta la imposibilidad de generalizar este punto de vista para todo el Pacífico colombiano y el estado incipiente en que todavía se encuentran los estudios sobre el siglo XIX para la región, Zuluaga [1996(a):233-234] concluye:

Por el momento solamente existe como instrumento explicativo la hipótesis lanzada por Diego Romero, según la cual el régimen de aislamiento de las cuadrillas de esclavos tuvo diferentes gradaciones y, en el proceso de organización de las comunidades a partir de las cuadrillas, la mayor o menor libertad gozada por los negros así como la mayor o menor tolerancia a la existencia de grupos de mineros libres alrededor y cercanías de las minas, darían lugar –desde fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX– a comunidades más o menos cerradas en sí mismas y a comunidades que establecerán el puente entre las comunidades del interior de la costa y la sociedad mayor.

En efecto, Mario Diego Romero ha desarrollado una línea de investigación sobre los procesos de poblamiento, apropiación del territorio y configuración de sociedades locales de los grupos negros del Pacífico sur colombiano. Su trayecto investigativo se inició con la presentación de una tesis de pregrado en historia [Romero, 1986], se profundizó con una tesis de maestría [Romero, 1990] y se ha consolidado con la realización de varias investigaciones y publicaciones, como veremos seguidamente.

Romero [1990-1991] condensó en un artículo parte de sus exploraciones centradas en el análisis de las cuadrillas de esclavos, como expresión de las modalidades de poblamiento y asentamiento en las márgenes de los ríos y también como gérmenes de organización

31. Para más detalles, véase: Nina S. de Friedemann, *Minería, descendencia y orfebrería artesanal. Litoral Pacífico, Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1977. Un balance crítico de este trabajo de Friedemann se encuentra en la investigación realizada por Eduardo Restrepo Uribe [1996] para el Ican.

social sobre las cuales se estructuraron las futuras sociedades locales. Superando los marcos de la historia económica y su visión inicial sobre las cuadrillas de esclavos como unidades productivas determinadas por la racionalidad económica del sistema impuesto por los españoles, la cuadrilla deviene ahora en unidad de análisis para la historia social. En efecto, las cuadrillas de esclavos son vistas por Romero como una peculiar resultante de la interacción entre la racionalidad económica esclavista y las necesidades económicas, sociales y culturales de las cuadrillas de esclavos. Así, la paulatina introducción de las mujeres a los grupos de esclavos tendió a modificar la situación de asfixiante represión sexual que imperó en las cuadrillas durante una primera fase, dio pie al surgimiento de roles sociales inéditos de la mujer, modificó la vida social en esta frontera económica al dar paso a una incipiente vida doméstica, que facilitó la constitución de familias y lazos de parentesco que rompían el modelo dominante (matrimonio sacramentado, con formas de organización familiar nuclear, patrilineal y patrilocal) y que asumieron la forma de familias extensas de tipo matrilineal y matrilocal. Adicionalmente, hay que considerar que, como lo analizó Colmenares [1979], varias cuadrillas lograron mantener su individualidad, conservando y reteniendo a los miembros constitutivos iniciales, no obstante los traslados de esclavizados entre minas y haciendas. De esta manera, al regresar a su mina sus miembros se reconocían en un ancestro común, fundador del grupo, una mujer (madre y abuela) y la membresía de parientes por línea materna. En esta misma perspectiva de explicar la construcción de sociedades locales negras, se analiza la función de los *capitanes de cuadrilla*, por lo general un negro experto y “mayor” escogido por el amo para coordinar al grupo y que, desde esta práctica, va a ser el mediador entre los intereses de los esclavistas y los del grupo, asumiendo la condición de “dirigente”. La explicación sobre el protagonismo de los capitanes de cuadrilla aporta un elemento significativo para abordar futuros estudios sobre las relaciones de poder y prácticas políticas en la región.

En un contexto de formación de poblados libres que orbitaban en las cercanías de las minas, se fue asentando una nueva realidad social, constituida por los que habían escapado al dominio esclavista, recurriendo por lo general a la automanumisión (compra de su libertad y la de su familia) y que procedieron después a explotar los placeres mineros bajo la modalidad de grupos de mazamorreros que utilizaban mano de obra esclava. Al no poder escapar por completo del horizonte histórico en que estaban inscritos, oscilaron entre la negación a la esclavitud y el reciclaje de la estructura esclavista, “al continuar laborando con los patrones de organización de los grupos esclavos, los cuales estaban centrados en el control a la vida social de los individuos” [Romero, 1990-1991:31].

Romero [1995] sistematizó y ordenó sus principales hallazgos, alcanzados tras varios años de investigación en archivos nacionales, regionales y locales, y que prometen avanzar hacia más amplios horizontes. En palabras del autor, su trabajo de investigación ha consistido en la

reconstrucción del proceso por el que atravesaron los grupos de trabajo vinculados a la producción minera, en cuyo desarrollo se pudo observar el establecimiento de nuevas formas en las relaciones sociales y económicas, de comunicación y de la conquista de la movilidad en el espacio.

En consecuencia, dice Romero [1995:12]:

El presente estudio señala cómo los grupos mineros siguieron una dinámica que se concretó en la convivencia con la esclavitud, el rechazo a la misma y la conformación de pueblos con relativa autonomía. La unidad elemental que da razón a esta dinámica es la cuadrilla de esclavos.

Su estrategia de investigación combina la historia (trabajo retrospectivo, de documentación escrita, fundamentalmente de archivos) con la etnohistoria (tradición oral, recorridos etnográficos, la historia desde la visión del otro).

Romero [Maya, 1998(a)] le ha dado un tratamiento especial a la familia “afrocolombiana” y a su relación con la construcción de territorios desde el siglo XVIII, lo que parece indicar que el Pacífico sur es un caso singular de formación de identidad temprana, en la que se combinan los lazos sanguíneos y la percepción del territorio como propio. Tipo de perspectiva que este investigador comparte con Zuluaga [Zuluaga y Romero, 1993].

Prácticamente, y de manera sintomática, los estudios históricos sobre la costa Pacífica del actual Valle del Cauca se reducen a lo aportado por los profesores Luis Valdivia y Mario Diego Romero de la Universidad del Valle, y a unas cuantas tesis de la misma universidad. Un primer balance muestra que el conocimiento actual se reduce, casi exclusivamente, a la historia de Buenaventura como puerto. Algunos de los temas desarrollados por las tesinas de licenciatura en historia son: conformación y organización de las minas en la Provincia del Raposo, siglo XVIII; elementos históricos y culturales en la región de Buenaventura; los efectos socioeconómicos de la salida al mar como consecuencia de la construcción del Ferrocarril del Pacífico entre 1880 y 1915; litigios de tierras urbanas en el municipio de Buenaventura; modernidad y desarrollo después de la construcción del Ferrocarril del Pacífico en Buenaventura; microhistoria del Piñal, un lugar estratégico del puerto³².

El geógrafo Luis Valdivia, con su estudio sobre Buenaventura [1994], aportó un primer trabajo comprehensivo del desarrollo del puerto y de su zona circundante, que se inicia en el periodo colonial, pasa por el siglo XIX y llega hasta el siglo XX. Valdivia plantea una caracterización relevante: Buenaventura es un puerto antiguo, aunque de secundaria impor-

32. Para más detalles de estos trabajos, véase: Almario y Ortiz [1998].

tancia para el tráfico comercial del imperio español. Pero va a ser esto lo que precisamente marque la relación del puerto con el interior y con Cali, especialmente interesada siempre en la salida al mar. Más allá de tener en cuenta las explotaciones mineras del distrito del Raposo, de mucho interés para los mineros y notables de Cali y Buga, la Corona privilegiaba la importancia del puerto de Buenaventura por razones imperiales. Sin embargo, la posibilidad de que el puerto empezara a jugar un papel significativo en la historia colombiana y regional fue un ideal que correspondió a un momento histórico moderno, hacia finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Momento en que los proyectos viales modernos (ferrocarril y carretera) y la apertura del Canal de Panamá en 1914 obligaron a modernizar el puerto, construir su muelle y comunicarlo de manera firme con el interior del país y con el exterior. El hecho de que en los tiempos contemporáneos el puerto de Buenaventura movilice la mayoría de la carga portuaria del país, incluyendo las producciones internas de café y azúcar, no se compadece de su desarrollo integral, que sigue aplazado y acumulando contradicciones sociales severas.

Romero [1997], en un nivel de análisis microhistórico, pudo establecer las reveladoras contradicciones que se plantean entre las hegemónicas modalidades de poblamiento y poder en la construcción de la nación colombiana y los procesos de ocupación y apropiación de territorios por las comunidades negras del Pacífico. En efecto, una disposición estatal de 1827 le otorgó a la Universidad del Cauca la propiedad de amplios territorios en el río Naya. Frente a este acto legal se erige el derecho consuetudinario de las comunidades negras e indígenas allí asentadas, quienes las reclaman por tradición. El estudio de Romero, realizado con base en información de archivos, tradición oral y recorridos por la zona, reconstruye la historia de estas comunidades, sus asentamientos, formas de cohesión, conflictos y relaciones interétnicas.

Con otro estudio, Romero [1998] profundiza la perspectiva de darle fondo histórico a estos procesos y establecer sus conexiones con lo contemporáneo, es decir, entre los siglos XIX y XX. Lo que implica insistir en lo que podemos llamar una lectura “desde adentro” del litoral Pacífico del actual Valle del Cauca. En este esfuerzo, el análisis considera, además del puerto de Buenaventura, a las comunidades negras e indígenas asentadas en los ríos que, por lo general, son difíciles de ver a través de los documentos y la información disponible, referida sobre todo a la actividad portuaria. El estudio describe acertadamente la incertidumbre de los esclavistas acerca del futuro del Pacífico durante la primera mitad del siglo XIX, la casi nula presencia de actividad estatal o de empresarios privados durante la segunda mitad del siglo XIX y su relativo reactivamiento a finales del siglo XIX y principios del XX con los proyectos viales y la dinámica portuaria. Pero, mientras tanto, ¿qué pasaba con las comunidades ribereñas? Romero nos acerca a esta respuesta al analizar su desarrollo a la luz del concepto de *resistencia*, que toma de C. Meillasaux, para indicar la construc-

ción de estas sociedades locales en torno al parentesco y el coparentesco, las redes longitudinales y transversales de solidaridad y comunicación, la apropiación de territorios y la ampliación de las redes familiares y de membresía. De esta manera se hacen visibles las sociedades locales del Calima, Cajambre, Yurumanguí, Naya, entre otras, y se aportan elementos valiosos para la comprensión de los procesos de poblamiento y su incidencia en la configuración regional. Para el logro de sus objetivos, Romero recurrió nuevamente a la consulta de los archivos (Archivo General de la Nación, Archivo Central del Cauca, Notaria 1ª de Buenaventura, Incora e IGAC), la información de prensa de la época y la tradición oral, que complementa con el conocimiento etnográfico de la región y un soporte pertinente en la bibliografía secundaria.

Romero [2001(b)] avanzó nuevos elementos para una explicación histórica de las dinámicas de reconstrucción social de los “afrocolombianos” del Pacífico, a partir de las familias, las economías tradicionales y sus modalidades sociales y territoriales.

Aunque el “descubrimiento” del Mar del Sur y la conquista del Perú en las primeras décadas del siglo XVI pusieron a los españoles en conocimiento temprano de las tierras del Pacífico y de sus pobladores indígenas, fue sólo hasta que se estabilizaron los asentamientos coloniales en el interior andino –Pasto, Popayán y Cali– que se dio inicio a los movimientos de reconocimiento de estos territorios y a la ampliación de la frontera conquistadora y colonizadora. En este contexto tienen origen Barbacoas, Iscuandé y Tumaco, los poblamientos históricos del Pacífico sur colombiano [De Granda, 1977; Garrido, 1981; Jurado, 1990; Almario y Castillo, 1996]. Estas tres poblaciones constituyen, sin duda, un triángulo histórico y sociodemográfico, en cuyas características, especificidades e interacciones reside la clave para comprender el proceso de poblamiento ocurrido en el sur del Pacífico colombiano.

Cronológicamente vistas, las tres poblaciones tuvieron un origen más o menos contemporáneo, es decir, la primera mitad del siglo XVII, y contaron con una base social similar en su primera fase de desarrollo gracias al sometimiento de las naciones indígenas originarias: barbacoas, telembías e iscuandés, entre otras. Sin embargo, cada una de ellas expresó desde un comienzo peculiaridades y especialidades que se consolidarían a lo largo del tiempo. En efecto, Barbacoas estaba situada en un punto de transición entre las tierras bajas del Pacífico y las altas andinas y sus centros urbanos (Túquerres, Ipiales, Pasto y Quito); por vía ribereña, por el Telembí y el Patía, se conectaba con el mar y el puerto de Tumaco; poseía en su jurisdicción riquezas auríferas importantes, que la convirtieron en la mítica Ciudad del Oro [Guerra, 1980; Friedemann, 1987]. Iscuandé, aunque rica también en minas y mejor localizada por su cercanía al mar, no alcanzó a tener el mismo desarrollo de Barbacoas y tendió a satelizar en torno a ella, si bien alimentando fuertes tendencias autonomistas [De Granda, 1977]. Finalmente, Tumaco fue un puerto de paso e intermedio entre Guayaquil y Panamá, de baja categoría y escaso movimiento [Garrido, 1981].

En esta región se presentó una lenta, pero irreversible, disolución de la esclavitud mucho antes de que ella fuera abolida jurídicamente. Las contradicciones y fisuras del sistema permitieron estrategias muy diversas hacia la libertad, que no pasaron por las rebeliones, el cimarronaje o el enfrentamiento sangriento, como lo constata la importancia que adquirió la automanumisión o adquisición de la libertad por compra a lo largo del siglo XVIII y para finales del dominio colonial. Las formas de dominio propias de un sistema esclavista, una vez fracasaron los intentos de prolongarlo, se trataron de sustituir por otras, como el “rescate” o compra del oro producto del trabajo de los “libres”; el sistema de “terraje”, que se trató de imponer a los mismos “libres” que carecían de tierras propias para laborar y que consistía en la utilización de un pedazo de tierra o de quebrada-mina para que la trabajara con su familia a cambio de pagar con días de trabajo, productos de pancoger o en oro; o el control forzoso de la mano de obra de los antiguos esclavizados, mediante la imposición de leyes y normas republicanas, como el peonazgo, los contratos salariales y las normas contra la vagancia, entre otros. Todas ellas se reforzaron con prácticas racistas, discriminatorias y excluyentes, que tuvieron como eje el proyecto de mestizaje del negro y el indígena del Pacífico, a todo lo cual se resistieron negros e indios de muy distintas maneras.

A partir del anterior panorama algunas de las líneas más notables de trabajo que se han desarrollado son: la configuración histórica de la región en la larga duración [Jurado, 1990]; los cambios sociales y productivos de la encomienda a la esclavitud [Lane, 2000] y la vulnerabilidad externa de esta frontera para el imperio español [Lane, 1998]; el poblamiento y los procesos migratorios [Garrido, 1981, 1984; Almario y Castillo, 1996]. Garrido [1981, 1984] ofrece la hipótesis de la evangelización católica como constitutiva de la historicidad de los grupos negros. Odile Hoffmann [1997, 1999] analiza las sociedades del Pacífico como constructoras de espacio y reflexiona sobre la organización del espacio colonial y su transformación en la República. En una perspectiva novedosa, por la intención de desruralizar las imágenes que tenemos sobre el Pacífico, Restrepo [1999] sugirió una periodización para la historia de Tumaco y Claudia Leal [1998] realizó una comparación de la vida urbana en Barbacoas y Quibdó. Minaudier [1987, 1988, 1990] estableció relaciones y diferencias entre los levantamientos antifiscales de la sierra con el sucedido en Tumaco a finales del dominio colonial y durante la coyuntura de la Independencia, así como la crisis política y de poder en Barbacoas y sus efectos en las cuadrillas de esclavizados. Almario [2001(b)] incursionó en el tema de la desesclavización y territorialización de los negros como parte de su proceso de etnogénesis. Oliveros y Cárdenas [1984] matizaron la idea de la región de Iscuandé como marginal a la construcción de la nación. Almario [2001(a)] analizó la historia de la antigua Provincia de Buenaventura en la República temprana como experiencia de regionalidad e identidad; rastreó también el etnónimo de *renacientes* de los grupos negros, entre el siglo XIX y la contemporaneidad, para discutir las relaciones entre el nacionalismo

de Estado y la identidad de dichos grupos [2001(c)]; y rescató una leyenda de la tradición oral para reflexionar acerca de la memoria colectiva, la esclavización y la configuración de la sociedad local del Tapaje [2001(d)].

La oralidad de esta parte del Pacífico y su relación con la historia y la cultura ha sido considerada en los estudios de Pedrosa [1994], Pedrosa, Vanín y Motta [1994], y Salas Viteri [1987].

4.6. El valle interandino del Cauca

El valle interandino del Cauca presenta una amplia diversidad espacial, productiva, social y étnica, en la que son discernibles varias zonas. Al norte, la ciudad de Cartago –una zona de transición entre Antioquia, el Chocó y el centro del país, con el cual se unía por el “camino del Quindío”–, de medianas haciendas y con sus anexos mineros de Supía y Marmato. Al centronorte, por la banda derecha del río Cauca, la ciudad de Buga y sus entornos de haciendas esclavistas, que conviven con medianas y pequeñas propiedades campesinas. Hacia el suroccidente, también por la banda derecha del río Cauca, la emergente ciudad de Palmira, muy asociada a Cali como epicentro de la zona de las “haciendas de trapiche” y ganadería extensiva durante los siglos XVIII y XIX, trabajadas con mano de obra esclavizada, que hicieron el tránsito hacia ingenios azucareros industrializados a principios del siglo XX. Al sur del río Desbaratado, en el extremo sur del valle geográfico del río Cauca, una zona de haciendas esclavistas y al tiempo de fuerte concentración y tradición de pobladores negros, que se traslapaba con la jurisdicción de la ciudad de Caloto. Por la banda izquierda del río Cauca, la zona de Roldanillo, La Unión y Toro, base de las primeras incursiones españolas hacia el territorio del Chocó que, una vez decayeron con el cierre del primer ciclo minero, dieron paso a la formación de una sociedad tradicional, de vocación agrícola, de grandes y medianos propietarios, predominantemente mestizos, quienes debieron enfrentar algunas modalidades de campesinos negros, mulatos y blancos pobres, que de hecho se apropiaron de tierras abandonadas o baldías. La ciudad de Cali –el más importante centro comercial del Cauca, junto a Palmira y Buenaventura–, con sus entornos hacendarios, en abierta rivalidad con Buga, Caloto y Popayán por la hegemonía en el Valle del Cauca y en el suroccidente durante el siglo XIX. A principios del XX, con la creación del Departamento del Valle del Cauca (1910), Cali, como su capital, se convirtió en el epicentro económico y político regional, al controlar el nuevo eje Cali-Buenaventura-Palmira, el cual fue articulado por el Ferrocarril del Pacífico [Almario y Ortiz, 1998:130-132; Almario, 1994].

Zamira Díaz [1983] analiza las funestas consecuencias económicas de la guerra de independencia en la región del Valle del Cauca que, sumadas a la crisis de la producción minera en el Pacífico, condujeron a la devastación de las haciendas y la consiguiente crisis de la producción agrícola en la región que más aportó al sostenimiento de las tropas independentistas y

que, por lo mismo, padeció como ninguna las acciones represivas de la Reconquista por parte de los realistas. A diferencia de Colmenares, Díaz sostiene que eran las haciendas y no las minas las unidades productivas centrales de la economía regional y que fueron las guerras de independencia las que hicieron colapsar su rol preponderante. Como consecuencia de ello, los hacendados vallecaucanos recurrieron a formas productivas de autosubsistencia en las cuales utilizaban fuerza de trabajo dependiente, pero no esclavizada, y éste sería el contexto para explicar la aparición del sistema de colonato en la región.

José Escorcía [1980] analizó los factores determinantes en la configuración social de Cali durante la Colonia y en el siglo XIX. Por ser una subregión complementaria de los intereses de Popayán y marginada de los mercados mundiales, el autor concluye que su estructura social no se puede explicar por factores meramente económicos y subraya la necesidad de dotarse de una perspectiva que articule lo económico, lo étnico y lo jurídico. Con mayor amplitud este análisis se plasma en otro trabajo suyo [Escorcía, 1983], que aborda el estudio de las bases sociales de la política con el objeto de desentrañar la naturaleza de los conflictos sociales y políticos. Para el efecto desarrolla una explicación sobre las relaciones entre la política vallecaucana, los conflictos y el origen de los partidos, la economía y las sociedades regionales. El trabajo muestra también la amplia diversidad social que empezaban a adquirir tanto la ciudad de Cali como la región, contradiciendo la idea ampliamente aceptada de la existencia de una estructura social simple y dicotómica para la época hecha de hacendados y esclavos. Para explicar el estancamiento económico regional del valle del Cauca en el siglo XIX Escorcía aduce limitaciones estructurales en la producción agraria, en las relaciones sociales entre propietarios y trabajadores, que impidieron la producción agraria a gran escala y con destino a los mercados internacionales.

Eduardo Mejía [1993] resume esta relevante discusión sobre la “crisis del siglo XIX” en la región al plantear que la clave al respecto la tiene Colmenares, para quien la crisis del sistema esclavista hay que verla en “los efectos de una dislocación todavía más generalizada en las formas de sujeción del trabajo” y no tanto en la crisis minera, las guerras de independencia o la incapacidad para producir a gran escala para el mercado mundial. Para poder analizar el proceso a cabalidad se debe asumir una perspectiva de larga duración, esto es, desde el siglo XVIII. Las consecuencias metodológicas que Mejía extrae de esta discusión serán decisivas para la orientación y realización de su trabajo de investigación sobre el origen del campesino vallecaucano que, por lo demás, según sus hallazgos, presenta un fuerte componente étnico negro.

Luis Valdivia [1984] muestra cómo ya para la primera mitad del siglo XIX varios “sitios” se habían convertido en los centros abastecedores de víveres de Cali y la ciudad dependía en la práctica de ellos. Dichos “sitios” eran los lugares donde prosperaba la pequeña posesión campesina y se asentaban los nuevos pobladores, estaban ligados a la existencia de

estancias y haciendas, y se localizaban al norte de Cali (Yumbo, Yotoco, Mediacanoa, Vijes, Pavas, Dapa, Arroyohondo, Chiguigüe) y también al sur (el distrito de Jamundí), hasta donde parece que se extendía la decadencia de la hacienda. Algo similar ocurría con los “sitios” cercanos a otras jurisdicciones, como las de Buga y Palmira.

De estudios como éste se puede deducir que Cali tenía unas relaciones muy estrechas con las tierras ejidales y con los “sitios” más cercanos que la abastecían, en un contexto de economía de mercado local y aislamiento regional de otros mercados nacionales y del internacional. La presencia étnica de lo negro en Cali y sus entornos es un tema por dilucidar en la investigación histórica.

Un cambio cualitativo se produjo al respecto en las primeras décadas del siglo XX, cuando la región adquirió autonomía política, se conectó con el mercado cafetero nacional y accedió al mercado mundial, como resultado del triunfo del proyecto modernizador que convirtió a Cali en su epicentro vial, político, administrativo, comercial e industrial. Una consecuencia de estos cambios es que Cali logró articular dos áreas distantes, pero estratégicas, y las subordinó a sus intereses: la zona azucarera con eje en Palmira y el puerto de Buenaventura, con lo cual se configuró el nuevo eje regional Buenaventura-Cali-Palmira [Almario, 1994] y se crearon las condiciones para la modernización industrial [Ordóñez, 1995].

Difícilmente podemos encontrar un espacio social como el sur del valle geográfico del Cauca (actual norte del Departamento del Cauca) para apreciar a cabalidad esta dinámica del cambio social y su intensidad, como veremos enseguida.

En efecto, los historiadores se refieren a las condiciones peculiares que se presentan en el sur del valle geográfico del Cauca para darle forma a una subregión de características particulares, como el establecimiento definitivo de la ciudad colonial de Caloto en 1585, asediada por los indómitos paeces; el reactivo minero en su jurisdicción a comienzos del siglo XVIII, la consiguiente concentración de la tierra y el surgimiento de las haciendas esclavistas, controladas inicialmente por los jesuitas y después por prestantes familias payanesas, como los Arboleda. A diferencia de las del resto del Valle, estas haciendas eran las únicas que poseían yacimientos de oro dentro de sus límites, lo que condujo a un reforzamiento de la mentalidad coercitiva y opresiva del sistema esclavista. No obstante, las fisuras de este modelo de explotación y dominio fueron amplias, como lo constatan, entre otros hechos, el fortalecimiento del poblamiento expansivo de los paeces, el surgimiento de la villa de Santander de Quilichao, que rivalizó con la privilegiada ciudad de Caloto, y las diversas formas de resistencia a la esclavitud desarrolladas por los esclavizados africanos y sus descendientes en la región [Colmenares, 1986; Findji y Rojas, 1985:33-60]³³.

33. La importancia de Caloto y su jurisdicción durante la transición de la Colonia a la República se puede ver con más detalle en Fernández y Molina [1993].

Como ya se dijo en otra parte de este ensayo, pero conviene retomar ahora, Colmenares [Deler y Saint-Geours, 1986] llamó la atención sobre el hecho “estructural del caso colombiano”, en el cual “el epicentro de todas las guerras civiles fue la región esclavista (del Cauca)” que, entre 1830 y 1860, fueron lideradas por caudillos regionales. Pero lo peculiar aquí consiste en que las bases sociales del caudillismo no eran peones de haciendas, sino “arrendatarios”, antiguos esclavizados o descendientes suyos, que surgieron a las actividades políticas por el ostracismo racial en que vivían y por el clientelismo que los insertaba en la política, en la cual participaban de una manera singular, esto es, desde su identidad y buscando sus propios objetivos. En forma simultánea se consolidó un campesinado social fuerte y de base étnica negra (con base en cultivos comerciales como el cacao, que competía con el producido en las haciendas), que se resistió a trabajar para las haciendas y someterse al peonaje. Ante la decadencia de la minería, los terratenientes orientaron sus esfuerzos a la sujeción de la mano de obra para trabajar las haciendas, mediante el uso de modalidades diversas (como el terrazgo o la de los cosecheros del tabaco integrados a la renta estatal). Sin embargo, estas estrategias sólo sirvieron para avivar las tensiones sociales y llevar a una situación de características “incontrolables” en las relaciones amo-esclavo, con lo cual se crearon las condiciones para que la región se convirtiera en el epicentro de las guerras civiles [Deler y Saint-Geours, 1986:147-152].

De acuerdo con esta perspectiva, una historia social y política del siglo XIX que pretenda escamotear la participación de los negros en la construcción del Estado nacional y en su propia etnicidad no sería otra cosa que la evidencia de una mitología etnocéntrica, presentada como “historia nacional”. En esa perspectiva, Pablo Rodríguez [1980-1981] inició una exploración sobre la manumisión en Popayán, que Jorge Castellanos [1980(a)] consolidó en forma más completa y extendió al marco político e ideológico de la reacción conservadora al abolicionismo [1980(b)].

Una historia del negro requiere de su contextualización en un análisis de los discursos y de las representaciones colectivas, campo en el que incursionan los estudios biográficos de José María Obando [Zuluaga, 1985], Tomás Cipriano de Mosquera [Castrillón, 1979/1994; Lofstrom, 1996] y Julio Arboleda [Castellanos, 1980(b)]; la historia del pensamiento del siglo XIX de Jaramillo Uribe [1982] y de las prácticas discursivas en el siglo XIX de Gutiérrez [1995].

Algunos trabajos también apuntan hacia una historia social que permite pensar en la inclusión de lo negro. Por ejemplo, Luis Eduardo Lobato profundiza en esta perspectiva de definir el tipo de cambio social que se produjo en la región y el complejo ideológico-político que lo acompañó, a través del estudio del fenómeno de la política y del caudillismo caucano, en un contexto de relaciones nacionales, regionales y locales, con énfasis en el sur del valle geográfico. Primero con una tesina de licenciatura [1986], después con un artículo sobre la

naturaleza del conflicto entre Caloto y Quilichao entre 1840-1854 [1987], y finalmente con una tesis de maestría [1994], Lobato accede a una interpretación llena de matices y sugerencias sobre las relaciones entre los caudillos, la nación y el Cauca. El espacio analizado sigue siendo en esencia el mismo de los primeros trabajos, es decir, el sur del valle geográfico del Cauca, pero lo que el investigador focaliza e ilumina en mejor forma en su último trabajo es el problema como tal. Su marco analítico es el de la cultura y la política y su unidad de análisis las sociabilidades políticas, con el fin de tratar el tema del caudillismo en la Nueva Granada, analizado como fenómeno estructural del caso colombiano en la construcción del Estado nacional. Mientras los factores de cohesión nacional que generalmente esgrime la historiografía dominante como argumentos –las elites, los caudillos militares, las creencias políticas y religiosas, la lengua o los procesos económicos– resultan muy limitados para explicar la dinámica histórica caucana; Lobato ofrece la hipótesis de que el papel de los caudillos llenaba los vacíos de poder, los sentimientos de pertenencia, las relaciones de fuerza, de representación y de discurso, que encarnaban en la realidad de las localidades y en sus maneras de asumir la política. En este marco, el autor realiza una relectura de los caudillos, por lo general reducidos a una supuesta dimensión regional y contrapuestos a la idea de nación, mostrando por el contrario que José María Obando y Tomás Cipriano de Mosquera fueron actores principales de la política nacional y articuladores de los niveles local, regional y nacional (a diferencia de Sergio y Julio Arboleda, quienes nunca lograron superar la dimensión regional en sus influencias políticas). Las guerras civiles también son analizadas por Lobato como eventos que vehiculizaron la identidad de las localidades hacia expectativas más amplias y de carácter nacional y, por lo tanto, como constructoras de nacionalidad, con lo cual introduce un enfoque diferente al que corrientemente exponen los historiadores. En la misma perspectiva reconstruye las relaciones entre los caudillos y sus caudas, para lo cual tiene en cuenta el doble sentido de estos nexos, lo que le permite identificar los vínculos reales y las sociabilidades que se entretajeron entre unos y otros. De esta manera es reconocible el complejo juego de fronteras culturales que se entabló en la región, entre los vínculos tradicionales provenientes de las unidades patriarcales (heredados, adscritos al nacimiento, reforzados por el compadrazgo) y los vínculos modernos (por conjunción de intereses o de opinión), inclusive, como en el caso de algunas de las adhesiones a Obando, por razones carismáticas y la imagen de perseguido por los poderes centrales que éste tenía entre las gentes comunes. Sin duda, el estudio de Lobato ha abierto nuevos campos de discusión que aluden a la naturaleza del cambio social en la región; a la explicación de las formas de cohesión social que resultaban de un complejo entramado de vínculos, lealtades y pertenencias; a la relación entre lo individual y lo comunitario; entre lo local, lo regional y lo nacional; entre las prácticas políticas y los contextos culturales; entre el ciudadano y lo étnico.

En un ensayo que hace parte de un libro colectivo, Zuluaga [1997:49] sostiene que Puerto Tejada, el gran epicentro del norte caucano, “se engendra en las haciendas esclavistas de Caloto, durante los siglos XVIII y XIX. Es hija de la lucha de los esclavos por llegar a disponer de sus vidas y sus destinos”. Fue en esa búsqueda incesante que se desplegó una impresionante capacidad de esta cultura negra para resistir, adaptarse y encontrar distintas modalidades de libertad dentro de la esclavitud, cuya esencia constituye una negación en la práctica de dicha institución.

Todas estas opciones (automanumisión, conformación de poblados relativamente autónomos de mulatos, pardos y negros libres que prefiguraban al arrendatario y al terrazguero), dentro de la esclavitud, fueron permitiendo al esclavo superar, tanto en la representación que el amo tenía del esclavo, como en la del esclavo mismo, la cosificación del hombre que supone la esclavitud. De estas maneras, el esclavo empieza a ser reconocido como hombre, a recuperar su derecho a conformar una familia, a establecer lazos de parentesco y, fundamentalmente, empieza a tener una relación con la tierra y su producto que le permiten sentirse de un lugar que él mismo va construyendo [Zuluaga, 1997:53].

Jacques Aprile-Gnisset [1994] observa que existe una correspondencia entre la homogeneidad física de esta subregión de suela plana, con la “unidad étnica del poblamiento humano y la unidad del transcurrir histórico que vivió la comarca; factores con los cuales adquiere una personalidad sumamente definida”. A través de este concepto rastrea una de las características fundamentales del norte caucano (municipios del actual Departamento del Cauca: Miranda, Corinto, Caloto, Padilla, Santander de Quilichao y Puerto Tejada): la continuidad progresiva hacia la constitución de una red urbana que surge como producto de la interacción de las formas de poblamiento impuestas por el dominio español y aquellas que obedecían a formas alternativas de asentamiento, que se desarrollaron relativamente el margen del control colonial, después de los esclavistas y hacendados republicanos, hasta llegar a la situación actual, de literal hacinaamiento, en que los colocó la industria agrícola de producción intensiva. La excelente localización de Puerto Tejada en esta malla urbana del norte caucano lo convierte en el núcleo de la subregión y, por lo tanto, en el lugar de observación privilegiado de las expresiones de la cultura negra.

Aprile-Gnisset muestra cómo estos dos modelos de poblamiento rivalizan a lo largo del tiempo y se tornan incompatibles en el momento en que se acelera la industrialización del campo, se desarrolla la industria azucarera y los terratenientes arremeten contra las tierras de los campesinos y parceleros³⁴.

34. Artículos, ensayos y varias tesinas de licenciatura en historia de las universidades del Valle y del Cauca reconstruyen aspectos parciales, pero valiosos, de este universo de la cultura negra del norte caucano, que no podemos reseñar aquí en detalle. Con ese fin, véase Almarío y Ortiz [1998].

De otra parte, el investigador social Gustavo de Roux [1992] rescató la importancia y el significado del mito y la leyenda en la región al reconstruir la historia de un personaje complejo y fascinante: Cinccio Mina. Este personaje, inserto en la tradición oral de la cultura negra, es analizado como testimonio de dicha cultura o, si se quiere, como un fragmento de su discurso histórico contracultural, como expresión de una construcción distinta y alternativa del pasado a aquella proclamada por los sectores dominantes, blancos, letrados y esclavistas. En la misma vena, el libro de William Mina Aragón [1997] es un ejemplo extraordinario de la riqueza de la visión histórica de la cultura negra del norte caucano, expresada de viva voz por uno de sus mejores exponentes contemporáneos, el señor Sabás Casamán. El antropólogo Jaime Atencio [1980] estudió las fiestas regionales y mostró que se inscribían en entramados sacro-profanos, constituyendo una de las manifestaciones culturales más fuertemente arraigadas en las gentes negras de la zona, pero en las que también son legibles elementos significativos para el análisis de las relaciones interétnicas.

A medida que se abandona el sur del valle geográfico y se asciende hacia el norte, se entra en el área del mulataje y se percibe cómo lo étnico negro da paso a mediaciones más complejas con el proyecto republicano y el mestizaje, los cambios espaciales y sociales, y con la modernización en general, como lo establece Almario [1994] en su estudio sobre la región entre 1850-1940.

Margarita Pacheco [1992] se centra en las “reformas de medio siglo” y los cruciales años situados entre 1845 y 1854 para analizar cómo, en este contexto de confrontaciones sociales y discursivas, los sectores populares accedieron a la lucha política hegemonizada por propietarios de tierras y comerciantes a partir de su propio universo cultural. En interacción con los espacios (las “sociedades democráticas”) y los medios (escritos) donde se expresaban las elites modernizadoras, los sectores populares también pudieron expresar sus anhelos y “proyectos” particulares. Las mediaciones entre estos discurso distintos y complementarios, entre el pueblo y las elites modernizadoras, a propósito de la importancia de la palabra impresa y su circulación, se encuentra tratado en otro ensayo de Pacheco [1994]. Este tipo de problemas y la relación entre culturas orales y escritas se puede seguir, con base en los estudios sobre la prensa y los proyectos políticos caucanos, en Valencia [1994(b)] y Vallecilla [1990], entre otros. Los estudios de Aimer Granados [1994, 1995(a,b)] son un desarrollo puntual del campo anotado antes, que se organiza en torno al concepto de *cultura política local*, un espacio de confrontaciones en el que también estaban inscritos los negros. Por otro lado, ésta podría ser otra ruta de trabajo para pensar la cuestión de la identidad y la etnicidad negra, es decir, para observar, en el plano local, las relaciones entre la cultura escrita, la cultura oral y sus mediaciones.

Eduardo Mejía y Armando Moncayo [1986, 1988] estudiaron en profundidad el caso de las empresas de la familia Eder y las diversas estrategias adoptadas por ellos para conso-

lidar sus proyectos, especialmente los sistemas laborales utilizados en sus haciendas e ingenio *Manuelita* y la manera como se combinaron varios de ellos con el fin de hacer manejables los costos productivos y garantizar la producción misma. El análisis distingue dos momentos en los cambios que experimentaba la hacienda: el primero tiene que ver con la lenta evolución del sistema de arrendatarios, que se utilizó desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX; el segundo momento, que se desarrolla a partir del anterior, es la drástica imposición de términos contractuales escritos que en lo sucesivo determinaron las relaciones laborales, lo que implicó también la no posesión de parcelas por parte de los trabajadores en los predios de las haciendas. Paralelamente se desarrolló el peonazgo y avanzó la tecnificación de la producción en todas las unidades productivas. Ahora bien, desde una perspectiva histórica de lo negro, en este caso puntual o en un análisis más global [Rojas, 1983], es obvio que se trata no sólo de la transición de “campesinos” a proletarios agrícolas e industriales, sino también de la pérdida de identidades primordiales y de la pregunta por la manera como pudo haber persistido la identidad negra en condiciones de modernización y urbanización, como las tratadas por estos estudios.

Patricia Arango Franco [1987] se ocupó de estudiar el surgimiento de nuevos actores colectivos y los fenómenos de cambio demográfico asociados, al relacionar el sindicalismo, los conflictos sociales y los asentamientos humanos con la formación de la clase obrera azucarera, compuesta mayoritariamente por descendientes de antiguos esclavizados. Según este estudio, la tendencia hacia la concentración en núcleos urbanos de la población en el valle geográfico del Cauca se acentuó notablemente hacia finales de los años 20, coincidiendo los procesos migratorios hacia esta parte de la región con la expansión de la industria azucarera. En las décadas anteriores, concretamente entre 1905 y 1918, el crecimiento de la población en los municipios de Pradera, Palmira, El Cerrito, Candelaria, Florida y Guacarí solamente aumentó en un 10.8%, que la autora analiza como un crecimiento natural de la población. Para la década de 1920 los municipios del valle geográfico empezaron a recibir oleadas de migrantes procedentes de los departamentos de Nariño, Cauca y de las zonas de vertiente del propio Departamento del Valle del Cauca [Arango, 1987:187-188]³⁵.

Dos estudios del historiador Francisco Zuluaga han contribuido a rescatar del olvido el norte del Valle del Cauca como subregión. El primero, sobre Cartago [1993(b)], muestra su condición liminar con la frontera minera del Chocó, a la cual abastecía de productos agrícolas, y con el centro del virreinato en los tiempos coloniales. Durante el inicio del siglo XIX su situación estratégica, unida a su importancia comercial, le permitieron desempeñar roles importantes durante la Independencia, pero desde la segunda mitad del siglo Cartago se convirtió en la ciudad caucana que recibió más directamente la presión y la influencia de un

35. Con relación a estos fenómenos migratorios existe un estudio puntual: la tesis de licenciatura en historia de Lara y Morales [1995].

fenómeno fundamental: la colonización antioqueña. El segundo estudio de Zuluaga sobre el norte caucano se ocupa del papel del camino del Quindío en el desarrollo y la comunicación regionales [Zuluaga, 1995].

Al rescatarse la importancia de esta zona se han podido apreciar algunos núcleos negros que quedaron insertos en medio de una zona altamente mestizada, como los analizados por Nancy Appelbaum [1999] y Jorge Eliécer Zapata [1980, 1990], sobre el distrito minero de Marmato y Supía, y el pueblo de Sopinga.

4.7. El valle del Patía

Con su estudio sobre José María Obando, posiblemente el más carismático de los caudillos decimonónicos, Zuluaga [1985] halló también la riqueza histórica del territorio del valle del Patía y de la cultura asentada en él. No existía para entonces una historiografía del Patía y de su gente negra, tan sólo algunas referencias en Colmenares y otros sobre el palenque del Castigo, y se contaba también con algunos trabajos antropológicos (hallazgos arqueológicos y descripciones de sus comunidades actuales). Lo que todavía predominaba era la “imagen colectiva del patiano”, construida por la sociedad mayor colonial o republicana, de tipo peyorativo, en la que se describía el ardiente clima del valle, su insalubridad y la condición levantisca de sus moradores. Después de casi dos décadas de estudios sobre el Patía, Zuluaga logró instaurar a esta región como una de las más significativas de la historiografía del suroccidente colombiano y de lo negro. El enfoque de sus estudios es “interdisciplinario” o, dicho en otros términos, es histórico-antropológico. Vale anotar que entre los diferentes aspectos de su trabajo, Zuluaga, al tiempo que muestra la figura del caudillo en acción en el orden regional-nacional, relaciona su papel con el complejo sistema de mediaciones que existía entre Obando y la sociedad patiana, en el cual el clientelismo aparece como la práctica principal. Las complejas relaciones de poder que caracterizan de conjunto al Gran Cauca muestran en este caso todos sus matices por la articulación de los niveles de análisis regional y local. Así es posible comprender por qué las élites caucanas sólo podían desarrollar estas relaciones de poder en tanto y en cuanto se apoyaran en los líderes de la resistencia local patiana y de otras áreas aledañas. En un momento de fragmentación de los sectores dominantes y construcción temprana del Estado nacional, la figura carismática de Obando llena el vacío de poder en el sur. Pero esto es posible en tanto que el caudillo representa no sólo una práctica política típicamente decimonónica, sino una figura simbólica liminar, que sintetiza casi dramáticamente dos mundos y sus respectivas visiones: uno que agoniza y otro que nace. Entre el mundo proyectado por los “inventores” de la nación y sus patrias regionales y el de la realidad tradicional que cristalizó de forma peculiar en el valle del Patía se requerían transacciones que, sobre todo Obando, estaba en condiciones de interpretar, agenciar y mediatizar. En este estudio Zuluaga detalló los gran-

des componentes socioculturales de la sociedad patiana y la manera en que ella se relacionaba con los poderes regionales y nacionales.

Zuluaga [1986] sintetizó después tanto el caso en sí mismo como su trascendencia conceptual. En efecto, la cultura patiana se presenta aquí como una construcción viva a lo largo del tiempo y, por lo tanto, dando respuestas distintas a retos también distintos. En el ciclo vital de la cultura patiana se observan varios periodos significativos: el fundacional o de su “producción y construcción”, entre finales del siglo XVII y principios del XVIII, que llega hasta la fundación del pueblo de Patía en 1743, en el cual se formó la cultura patiana a partir de la experiencia cimarrona y palenquera, y consolidó a través de su unidad básica de sustento, el *platanar*. El segundo periodo, de “vigencia” de la cultura patiana, abarca desde mediados del siglo XVIII y llega hasta 1930, año en que se construyó a toda marcha la carretera Popayán-Pasto (actual Carretera Panamericana) con el fin de responder al conflicto fronterizo con el Perú; durante el mismo, la experiencia de las luchas independentistas, las guerras civiles republicanas y la creciente integración a la nación implicaron un contacto conflictivo entre los poderes externos (regionales y nacionales) y la cultura local, que pasó por sucesivos momentos y prácticas de adaptación (bandoleros, guerrilleros, soldados). Durante el tercer y último periodo, que va desde 1930 hasta el presente, la cultura patiana vive un proceso de descomposición como consecuencia de fenómenos de aculturación de distinto orden. La reconstrucción del ciclo de la cultura patiana propuesta por Zuluaga se sintetiza en un gráfico que describe esta experiencia como un arco de tres periodos: ascendente, cenital y descendente.

Zuluaga [1993(c)] amplió y sistematizó sus hallazgos sobre la sociedad negra del Patía con un trabajo que buscó penetrar en las múltiples dimensiones sociales, a partir del concepto de región como una totalidad integral. Un objetivo especial consistió en darle fondo explicativo a los factores que determinaron el funcionamiento de las guerrillas patianas en el siglo XIX. Inicialmente, el autor realizó una relectura y reinterpretación de la imagen colectiva que del patiano había construido la sociedad mayor, en la cual se encontraban las claves de las características de vida del patiano del siglo XVIII. En otro nivel, el análisis estableció y diferenció distintos niveles de concreción de la vida social, haciéndolo más complejo, con lo cual se pudo pasar de la *región* (multideterminada) a la *vereda* (patrón de asentamiento) y de ésta al *platanar* (unidad doméstica de producción). Zuluaga estuvo así en condiciones de reinterpretar lo que se sancionaba desde la sociedad mayor con la imagen colectiva del patiano, tal como aparece en diversos documentos coloniales y republicanos. En efecto, la acusación sistemática contra su práctica del “abigeato” lo conducen a establecer el concepto de propiedad que manejaban estos grupos negros y las características de su dieta alimenticia, las cuales legitimaban el derecho a la caza de ganado en campo abierto. El recurrente cargo de “perjuros” le hace considerar que el Patía, además de los lazos de

solidaridad tejidos en una zona refugio de esclavos huidos, era un “escenario de relaciones diádicas y acudir al parentesco y coparentesco como instrumentos del análisis”. Las acusaciones sobre su “amancebamiento” llevan al autor a buscar modalidades alternativas de familia y parentesco, opuestas al patrón católico; el patrón familiar encontrado por Zuluaga, basado en la *gran madre*, resultaba funcional a la sociedad patiana y a la indispensable movilidad de sus miembros varones.

Zuluaga [1998] subrayó la importancia de la tradición oral del Patía en la formación de la identidad colectiva.

El caso del Patía de ninguna manera se encuentra agotado para la investigación histórica y social y, en ambos planos, se necesitan nuevos trabajos que continúen explorando su riqueza. Un aporte en esta dirección es el Viáfara de Escobar y Valoyes [1990], en el cual estudian el caso de un bandido social en una comunidad caucana, un líder mestizo originario de las poblaciones de Timbío y El Tambo, situadas al sur de Popayán y paso obligado al valle del Patía y al sur del país. Las autoras muestran, con base en fuentes documentales de la Sala Mosquera del Archivo Central del Cauca, cómo las condiciones materiales y mentales en que se encontraban estas poblaciones en las primeras décadas de formación de la República pusieron en movimiento dispositivos singulares para la participación de las comunidades locales en la política regional-nacional. Al tiempo, estas comunidades lograron imponer ciertas condiciones de reciprocidad, que implicaban el respeto a sus intereses locales (tierras, resguardos, autonomías locales). En este marco la función de ciertos personajes que contaban con el respaldo popular y que eran portadores de evidentes atributos carismáticos (don Juan Gregorio Sarria) fue la de actuar como intermediarios entre personalidades “mayores” (como José María Obando) y las localidades, como Timbío y las del valle del Patía.

Mirella Rivera Mosquera [1991] estudió la evolución de la familia en el valle del Patía entre 1860 y 1913. En efecto, aprovechando fuentes documentales del Archivo Eclesiástico de la Parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes, en El Bordo (Cauca), la autora rastreó bautismos, matrimonios y defunciones y reconstruyó así dos genealogías, todo ello con el fin de establecer las características fundamentales de la estructura familiar de la sociedad patiana. De esta manera pudo concluir que ésta se componía de numerosos miembros que tenían como unidad básica una pequeña propiedad campesina, donde las funciones de socialización de los hijos varones y de las mujeres se repartían entre el padre y la madre respectivamente, pero mientras que la presencia del padre se veía desplazada por ausencias de diverso origen, la madre constituía el centro de la unidad familiar y era su referente estable.

Por su parte, Carmen Hortensia Alaix de Valencia [1995], profesora de la Universidad del Cauca, obtuvo un premio en la tercera convocatoria de los Premios Nacionales de Cultura 1994, del Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura), mediante un trabajo que recopiló valioso material del acervo popular y oral del Patía.

5. Pensando lo negro desde el archivo

¿Cómo construir y trabajar las fuentes que reposan en los archivos

Durante el desarrollo de la investigación se pueden construir distintos archivos temáticos en torno a la gente negra y su relación con la economía minera del Pacífico o de cualquier otra región; además, no sobra elegir, consultar y utilizar una fuente económica o un simple inventario registrado en las testamentarias para interpretar aspectos sobre la vida cotidiana y social en los Reales de Minas. El hecho de que la consulta de los archivos permita valorar temas que podrían parecer insignificantes tiene que ver con el interés por explicar y documentar la forma como transcurría el diario vivir de los negros en las minas y selvas del Chocó, del Pacífico sur, Antioquia o Cartagena, y la diferencia de tales formas de vida con aquellas que llevaban los negros, mulatos, pardos y zambos de las áreas de predominio de la hacienda (como los valles del Cauca y el Patía) o la de aquellos asentados en el curso del Magdalena y otros ríos, en los centros urbanos o de quienes se mantenían itinerantes por el virreinato.

El Pacífico que nos ha descrito la historiografía colombiana, ese de hombres encadenados trabajando cautivos en las minas, que luego aparecen realizando prácticas de cimarronaje cuya gestación no es fácil de comprender, hace parte de una tradición –sobre todo aquella de la historiografía económica de la década de 1970– que *cositea* al esclavo, que no reconoce su dimensión humana. A partir de la lectura literal de las disposiciones jurídicas coloniales se han dado varias explicaciones acerca de los negros como vacíos de cultura. La existencia del castigo, el azote y todas las prácticas de sometimiento tienen un valor para quienes buscan ahondar en la construcción de la resistencia de los negros hacia la sociedad colonial y tender una continuidad hasta el presente. Sin embargo, puede servir también para trazar los hilos menudos que expliquen la forma como las relaciones entre *establecidos* –los amos– y *marginados* –los negros y los frutos de sus cruces raciales– se hicieron unas veces tensas, otras laxas, pero siempre *interdependientes*.

Esto significa que no podemos pasar por alto que la percepción de los negros coloniales sobre sí mismos estaba moldeada por el aprendizaje que los amos les inculcaban, toda vez que se creían humanamente mejores. Los amos, como grupo establecido, excluyeron a los negros por medio de prácticas como el castigo y otros mecanismos de control social cuyo objeto era impedir que los negros y las personas de origen mezclado se acercaran a su grupo. Los amos podían estigmatizar a los esclavos porque tenían una mejor posición en el poder. Por eso, cuando a mediados del siglo XVIII los negros se estaban acercando cada vez más al sector de los establecidos, estos utilizaron la legislación y todos los argumentos posibles para segregar a quienes consideraban no sólo inferiores, sino incapaces de alcanzar el estatus y de comportarse como los blancos. Los pleitos sobre desobediencia, rebel-

días y el desconocimiento del tratamiento del *don* que reposan en los archivos judiciales son una muestra sugerente del tipo de tensiones que se presentaban entre los establecidos (los amos) y los marginados (los negros). Según Norbert Elias, “el estigma de un ‘valor humano inferior’ es un arma que grupos superiores emplean contra otros grupos en una lucha de poder, como medio de conservación de su superioridad social”³⁶.

Una forma de “resistencia secreta” se hacía por medio del diario vivir. La resistencia clandestina que no aparece en los análisis de la historiografía colombiana tiene, según Restrepo, una justificación disciplinar³⁷. Pero, desde las *fuentes notariales* –*cartas de libertad, compra venta de esclavos, tutelas, dotes, testamentos y fianzas*–, los investigadores de lo negro pueden medir los alientos más precisos sobre la vida de esclavos y libres, y evaluar a lo largo y ancho de los siglos las transformaciones de la sociedad colonial, según la presencia o la ausencia de quienes llegaron a trabajar tanto en las minas y el servicio doméstico como en las estancias y el mundo urbano³⁸. La superposición de estos *instrumentos públicos* y las *testamentarias*, las *cartas*, los *registros de asiento*, las *partidas de bautismo*, de *defunción*, de *matrimonio*, y los *expedientes de carácter judicial* son la materia prima para identificar el *tránsito de la quietud de la vida cautiva del esclavizado a la movilidad de la vida libre y mulata* de que gozaban quienes permanecían menos tiempo en los Reales de Minas y más entre blancos y mestizos, o que directamente expresaban el surgimiento del microcosmos de las sociedades locales negras en libertad.

Al contabilizar el número de cartas de libertad otorgadas durante uno o varios siglos en los centros urbanos del Nuevo Reino de Granada y poner suma atención a los lenguajes utilizados por los amos a la hora de *dejar libres por gracia* a sus esclavos fácilmente se perciben los matices del trato humanitario y la discriminación, y los vaivenes de los ciclos mineros que podían cambiar por la sequía o la lluvia o entrar en crisis por los cambios en la demografía de la trata³⁹. Sin olvidar que cuando analizamos el problema de la libertad tenemos que diferenciar entre *libertad por gracia* –aquella que recibían los esclavos de sus amos en las *memorias testamentales*– y *libertad comprada, pactada y usurpada* –que indica la forma como los esclavos, con su trabajo en los días domingos y festivos, adquirían la

36. Norbert Elias, *La civilización de los padres y otros ensayos*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1998, págs. 89-90.

37. Eduardo Restrepo considera que “la marginalidad en el estudio antropológico de los negros en Colombia es la resultante de las especificidades epistémicas y metodológicas en la construcción de su objeto que, por lo demás, se alimentaron de la antropología social británica desarrollada precisamente en el estudio de los grupos africanos” [1997:136].

38. Para una consulta sobre el uso de fuentes en la historia social, véase Annie Molinié Bertrand y Pablo Rodríguez (eds.), *A través del tiempo*.

Diccionario de fuentes para la historia de la familia, Murcia, Universidad de Murcia, 2000.

39. Después de la segunda mitad del siglo XVIII, la demografía de la trata en las zonas mineras del Nuevo Reino de Granada cambió, debido a que el *comercio triangular* se concentró en alimentar la demanda de la producción azucarera de las Antillas.

independencia de sus amos, o la de quienes por el maltrato y el espíritu insubordinado terminaban por huir, hacerse cimarrones y, en ocasiones, formar *palenques*. Sobre este tema, a pesar de los avances, la historiografía colonial tendrá que tejer la trama y la urdimbre de la resistencia que tanto los palenqueros como los *arrochelados* hicieron contra el sistema esclavista, en comparación con la trasgresión a la norma y la vida nómada de muchos descendientes de esclavos que deambulaban por los campos, pueblos, villas y ciudades del virreinato.

¿Cómo diferenciar desde las fuentes estos matices de la libertad y la “resistencia”? Pero, además, es necesario hacer un corte histórico entre el tipo de *libertad colonial* y lo que vino después de 1821 con la *libertad de vientres* y, posteriormente, en 1851 con la *abolición jurídica* de los esclavizados en la Nueva Granada.

Ahora bien, si a esto le sumamos la legislación expedida por el monarca, el rey, como autoridad suprema, y las disposiciones de las autoridades de las audiencias, las gobernaciones y cabildos en calidad de *autoridades delegadas*, el espectro de los negros se vuelve variopinto. Durante el siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII, el manejo de los esclavos y los libres estaba regido por *reales cédulas* y *cartas reales*, en tanto que después de la publicación de la *Recopilación de leyes de los reinos de Indias*, la mayoría de los cabildos de Hispanoamérica, y en especial los de las villas y ciudades del Nuevo Reino, legislaron de manera particular sobre el trato a los esclavos y recibieron de distinta forma, por ser el derecho indiano de carácter *casuístico*, lo que ordenaba la *Recopilación* de 1681. Además, el poblamiento y la presencia negra, mulata y libre eran distintos en el valle del Magdalena, Antioquia, los países del Chocó, el Pacífico sur y las ciudades de Santa Fe, Popayán, Cali, Cartagena, Tunja y las villas periféricas. Contrastar este tipo de fuentes con aquellas que aparecen en los *procesos judiciales* y las *actas de los cabildos* ayudaría a reconstruir una visión del negro desde la perspectiva de la sociedad dominante y la reacción jurídica ante la *autoridad suprema* en la península y las *autoridades delegadas* en el Nuevo Reino.

Otros fondos coloniales, como los de *encomiendas*, *minas*, *esclavos*, *visitas*, *guerra* y *marina* del Archivo General de la Nación (Bogotá), del Archivo Central del Cauca (Popayán) y el Fondo Popayán del Archivo Nacional del Ecuador (Quito) ofrecen la posibilidad de rastrear y documentar suficientemente estos y otros procesos.

Mientras se consultan las *fuentes manuscritas* y bibliográficas es recomendable contrastar y cotejar entre sí cada uno de los datos; buscar diferentes informaciones en los archivos y ejercer sobre ellas el método de los “paradigmas de inferencias indiciales” de que habla Carlo Guinzburg, ese oficio que oscila entre el cazador y el detective⁴⁰: seguir la *huella discontinua* que dejaron los esclavistas y los esclavizados coloniales en los papeles

40. Carlo Guinzburg, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1994, págs. 138-175.

que hoy reposan en archivos de Bogotá, Popayán, Cali, Cartago, Pasto y Medellín. Hacer *transcripciones textuales* de tipos documentales como testamentos, cartas, informes de gobernadores, padrones de población, censos y visitas de gobierno; realizar descripciones analíticas de testamentarias y pleitos por tierras y expedientes judiciales; elaborar cuadros sobre producción de oro a través de los *libros de sacas*, y comparar una a una las cartas de libertad que se conservan en los archivos notariales de las villas y ciudades del virreinato.

El siglo XIX representa una dificultad que no es fácil de superar en el trabajo histórico por la abundancia de fuentes escritas, pero marcadamente etnocéntricas sobre el negro, el indígena y otros grupos sociales subordinados. La labor exige una paciente, pero enérgica actitud para remover la hojarasca con el fin de hacer posible la historia del negro y de lo negro. La paradoja, una vez más, consiste en que, no obstante, dichas fuentes son imprescindibles y en ello radica la importancia de su uso y crítica.

En efecto, una auténtica maraña de documentos oficiales –constituciones, leyes, decretos, disposiciones y códigos–, del orden nacional, regional y local, que versan sobre las más diversas materias (propiedad, tierras, formas de trabajo, educación, salud, tributos, participación política y orden público, entre otras), que hay que sumar a la masa documental de reglamentos, cartas familiares y de negocios, y oficios rutinarios de las empresas particulares; aparte de los innumerables periódicos, revistas, hojas sueltas, proclamas, pronunciamientos y convocatorias políticas de todo tipo y lugar. Sin olvidar que es durante ese siglo que se despliega una iconografía de lo nacional (himnos, banderas, emblemas, cuadros, alegorías) que, sumada al uso de los periódicos, grabados y la aparición de la fotografía, constituye un conjunto de fuentes imprescindibles.

Dos ejemplos nos pueden ayudar a abreviar este comentario. Varios fondos documentales decimonónicos, como los de *gubernaciones*, *gubernaciones varias* y *congreso* del Archivo General de la Nación, dan cuenta de la dispendiosa, pero sostenida construcción del Estado nacional, especialmente en cuanto a los dos monopolios fundamentales pretendidos: el fiscal y el de la fuerza. Sin embargo, al tiempo que útiles, estas fuentes dejan sin historia a poblaciones enteras que escapaban a estas acciones del Estado embrionario, como aquellas del Pacífico y otras zonas negras, que quedaban total o parcialmente al margen de la tributación, o que en contravía suya recurrían a otras prácticas, como el contrabando en el cultivo, comercio y consumo del aguardiente y del tabaco. Esas mismas zonas fueron integradas tardíamente a la institucionalidad colombiana. En esa misma idea, la cuestión de los baldíos nacionales presenta una amplia documentación oficial (Fondo Baldíos del Archivo General de la Nación), pero en la que a duras penas son visibles los negros, cuando el problema de ocupación de tierras en el Pacífico constituye uno de los hechos fundamentales de la historicidad de los grupos negros.

Para el siglo XIX, además de las fuentes *notariales*, los fondos de manumisión del Archivo General de la Nación, el Archivo Histórico de Antioquia, el Archivo Central del Cauca y otros archivos de carácter regional, la prensa y periódicos nacionales y regionales, como *El Neogranadino* y la *Gaceta Oficial de la Nueva Granada*, registraron el número de esclavos manumitidos en cada provincia. Y los escritos sobre las ventajas y desventajas sobre la manumisión, como el de las *Observaciones* que hiciera Gerónimo Torres, sirven para contrastar las tensiones que la población descendiente de esclavos causó en las instituciones y en las elites neogranadinas.

La cuestión misma de la abolición de la esclavitud requiere todavía de trabajos que se atrevan a superar una mirada meramente institucional del problema. Porque lo cierto es que la persistencia de la esclavitud durante la República temprana tuvo implicaciones notables en los procesos de diferenciación social y étnica. Adicionalmente, este hecho colocó a los negros en una situación ambigua y con ello se configuró un campo de tensión entre los republicanos. En efecto, el desmonte gradual de la esclavitud impuesto por las elites caucanas tuvo efectos económicos, políticos y culturales. En lo económico, a los negros, en tanto esclavos, se los siguió considerando como “cosas”, mientras que en lo político constituían una especie de membresía incompleta y espuria de la nacionalidad. Con lo cual se propició la prolongación del patriarcalismo de los esclavistas, que invocaban su supuesta condición de minoría de edad civil y su estado de indefensión e incultura con la finalidad de aplazar o condicionar su ciudadanía e inclusión en el proyecto nacional. Hacia mediados del siglo XIX, cuando las fuerzas reformadoras y modernizadoras encabezadas por los liberales radicales se decidieron a acelerar ciertos cambios, la gran región del sur fue representada por ellos como un territorio de refugio del *colonialismo*, del *fanatismo religioso* y del *esclavismo*. Más allá del tenso ambiente social que se suscitó y de la infructuosa guerra civil de 1851, promovida por los conservadores para oponerse a las medidas radicales, una de las consecuencias más importantes se presentó en el orden discursivo republicano, que cambió por completo su enunciación del negro como sujeto histórico o de derechos. Al no ser esclavo, pero sin llegar a ser todavía ciudadano y por desentonar con el modelo de mestizaje dominante, el negro simplemente desapareció del lenguaje y dejó de tener un lugar en el orden de las representaciones. En efecto, con las llamadas Reformas de Medio Siglo, según sus promotores, la región habría alcanzado la *igualdad*, la *fraternidad*, la *libertad* y la *justicia*. En consecuencia, la ley de manumisión jurídica de los esclavos en 1851 fue exhibida como una prueba de estos cambios⁴¹. De acuerdo con esta lógica discursiva, con

41. Véase Ramón Mercado, *Memorias sobre los acontecimientos del sur, especialmente en la Provincia de Buenaventura, durante la administración del 7 de marzo de 1849* (fechadas en Bogotá, el 20 de julio de 1853), Bogotá, Biblioteca Nacional de Colombia, Fondo Especial Vergara y Velasco, nº 239, pieza 5. Como gobernador de la Provincia de Buenaventura, Mercado debió hacerle frente a la guerra civil de 1851 y a los disturbios propios de esta época, que en el Valle del Cauca alcanzaron niveles muy agudos.

la extinción de la institución esclavista desaparecía también el problema negro como problema social, en tanto los reformadores, supuestamente, les habrían abierto a los negros las puertas del reino de la igualdad y la justicia.

Pero las evidencias muestran la irrealidad y ambigüedad de estos discursos que, por una parte, extrañamente “incluían” sin “nombrarlos” a los negros del interior andino y que, por otra, definitivamente marginalizaban, pero volvían a nominar a los del Pacífico. En las ciudades y sitios de las provincias de Buenaventura y Popayán, es decir, en el interior andino, donde existía un peso demográfico y cultural de lo negro, estos fueron teóricamente “ciudadanizados”, aunque en la práctica siguieron siendo ciudadanos de tercera categoría, que cobraban importancia sobre todo durante las recurrentes guerras civiles o cuando ponían en cuestión el orden establecido. Mientras que en las ciudades y sitios del litoral Pacífico, marginales al eje andino, los negros fueron vistos por geógrafos (Comisión Corográfica) y políticos⁴² en un virtual estado de salvajismo, por el entorno selvático en que habitaban y sus modalidades de vida, por su alejamiento del Estado y de todo tipo de normas civiles, morales y religiosas, que su condición racial (de “africanos”) simplemente acentuaba de manera patética.

La inclinación que tenemos hacia la narrativa libre de cuadros y tablas tiene que ver con nuestra incertidumbre sobre el hecho de que el carácter científico de un texto pueda medirse por la forma como contabilice los datos. Apreciamos más la descripción y el análisis de acontecimientos poco tratados por la historiografía porque consideramos que la finalidad de la ciencia radica “en extender el caudal de símbolos humanos a zonas antes fuera de su ámbito. La finalidad es, como ya hemos dicho, el *descubrimiento*”⁴³. Por eso, bien podría decirse que un balance como el que aquí intentamos, más que tejer una trama y una urdimbre definitivas, busca establecer cuál es la *pauta que conecta* a la historia con otras disciplinas y la manera diferenciada y distanciada que puede tener un problema de investigación visto desde las fuentes manuscritas o desde los libros y artículos producidos sobre un tema. ¿Qué relación tienen los tipos documentales antes mencionados con lo que se ha dicho y se podrá decir sobre los negros en Colombia? ¿Cuál es la *pauta que conecta* a estas narrativas con la construcción de un discurso étnico en nuestro país?

A manera de sugerencia, para una primera aproximación y mientras se consultan las fuentes disponibles para una historia del negro en el occidente, el Pacífico y Colombia, se pueden consultar: los catálogos publicados por el Archivo General de la Nación (Bogotá) sobre sus diversos fondos. El catálogo del Archivo Arzobispal de Popayán, que se encuen-

42. Véanse, por ejemplo, los informes sobre las provincias del Chocó, Barbacoas y Micay, de Codazzi [1853/1959:323-330; 330-348] y los *Apuntamientos de viaje* de Santiago Pérez [1853/1917].

43. Norbert Elias y Eric Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pág. 32.

tra microfilmado en el Archivo General de la Nación (Bogotá). Los catálogos publicados por la Biblioteca Nacional de Colombia sobre manuscritos y periódicos y revistas. De José María Arboleda Llorente, el *Catálogo General del Archivo Central del Cauca* [1969-1979] y los catálogos sobre las Salas Mosquera y Arboleda y de este mismo archivo [Bravo y otros, 1991]. Así como diversos trabajos que dan cuenta de los inventarios, salvamento, conservación, recuperación, organización, clasificación y descripción de la documentación de archivos regionales, como los de Zuluaga [1979] y Rojas de Leunda [1993] para el suroccidente, y Vallecilla [1984] para el Valle del Cauca. La Fundación para la Investigación Científica y el Desarrollo Cultural de Nariño -Fincic- ha aportado valiosos trabajos que evalúan el estado de las fuentes documentales de la región, véase Dora María Chamorro y otros [1982, 1994]. Otro trabajo [Dueñas, 1993] inventarió las fuentes bibliográficas y gráficas para el estudio de la economía colonial y Villarreal [1991] realizó un diagnóstico general sobre las fuentes coloniales y republicanas en Nariño.

Las perspectivas: a modo de conclusiones

Este apretado recorrido por la cuestión del negro en el discurso histórico contemporáneo nos reta a avizorar un panorama potencial de problemas por trabajar que podemos resumir en los siguientes campos:

Romper paradigmas y construir otros. La historia social del negro en Colombia ha tenido que partir de, al tiempo intentar superar a, dos *tradiciones heredadas* muy fuertes que, sumadas, forman un continuo de tipo etnocéntrico: primero, el *imaginario colonialista*, que negó, deshumanizó y cosificó al negro dada su condición social y jurídica como esclavo y, después, la del *nacionalismo de Estado*, que lo negó, racializó, discriminó y excluyó de la historia republicana, en tanto lo consideró salvaje e incivilizado. Ahora, desde lo contemporáneo, además de las referidas tradiciones heredadas, la historia social debe superar lo que Eduardo Restrepo llama el *paradigma indigenista*, en tanto única alteridad reconocible por lo nacional, que se configura como parte de la institucionalización de las ciencias sociales en este país y del predominio de ciertos discursos antropológicos de corte culturalista. Es posible que actualmente haya que agregar a estos retos epistemológicos la respuesta a un nuevo paradigma, *la esencialización de lo negro*, que se relaciona con los procesos sociales y étnicos contemporáneos y su conceptualización. En este marco es difícil saber si esos nuevos paradigmas posibles y deseables ya están suficientemente consolidados o apenas en gestación.

De la imagen generalizada de “cimarrones” y palenqueros para explicar las sociedades locales negras, a la reconstrucción y comprensión de sus diversas estrategias en la búsqueda de la libertad. Una doble presión, la del discurso académico predominante y la del discurs-

so ideológico étnico de los negros, tiende a imponer la metáfora de los “cimarrones” y palenqueros para explicar la etnogénesis de estas sociedades locales negras. En efecto, el discurso académico predominante sobre el negro en América se ha construido con referencia a la experiencia de la esclavitud en las áreas donde predominó la plantación, el ingenio o la gran hacienda (es decir, las Antillas, el sur de los Estados Unidos, el nordeste de Brasil), economías que articulaban directamente a las colonias con sus metrópolis, que monopolizaban los mercados para sus productos (azúcar, tabaco, algodón, ron, café). A partir de esta situación de explotación económica, el problema de los afroamericanos se asocia con la resistencia a las condiciones extremas de su dominación y, especialmente, con prácticas como la huida, la cimarronería, los palenques, el enfrentamiento y la rebelión, fundamentalmente. Sin embargo, extender esta idea unidireccional de la resistencia a las condiciones del occidente y el Pacífico colombianos constituye un grave error histórico y metodológico que contribuye poco a la comprensión de estas sociedades. Porque se olvidan las consecuencias de una esclavitud desarrollada en un “territorio de frontera”, donde, si los mecanismos del dominio fueron de por sí precarios, los de la hegemonía se hicieron literalmente imposibles. Pero se olvidan también que las peculiaridades de la construcción del Estado nacional en el Gran Cuca permitieron unas fisuras por las que se filtraron las dinámicas etnogénicas de los grupos negros, que convirtieron muchas veces el proyecto nacional y sus dispositivos en espacios de etnificación de sus propios proyectos. Profundizar, entonces, en la etnohistoria y explorar la perspectiva de los llamados estudios subalternos y poscoloniales con fines comparativos para avanzar en las investigaciones sobre el negro en Colombia pueden ser opciones promisorias.

De la comparación interna a la externa. Este balance tentativo muestra que los estudios históricos sobre el negro en Colombia, aunque han utilizado los modelos y metáforas construidos para otras áreas negras de América, en estricto sentido se han ocupado poco de la comparación con ellas. Lo que de alguna manera confirma el estado incipiente de estos estudios en el país. Mientras se alcanza el nivel comparativo deseable posiblemente sea necesario desarrollar estrategias de investigación que se planteen la comparación interna. Por ejemplo, la ubicación geográfica de Colombia y la relación de este hecho con la historia social y cultural hace que se puedan comparar casos, pero dentro de modelos analíticos, como el andino, el amazónico y el del Pacífico, para observar asuntos como las estrategias adaptativas a los entornos, las prácticas productivas, los saberes y sistemas clasificatorios de lo natural y lo social, los patrones de poblamiento, las relaciones étnicas e interétnicas y las zonas de contacto e intercambio en varios sentidos. En un caso, por lo menos, la comparación resulta ser un continuo, nos referimos a las provincias del Darién en Panamá y de Esmeraldas en el Ecuador, como parte del Pacífico negro de las “tierras bajas”. Consideramos este tipo de comparaciones tan importantes en la comprensión del tema del ne-

gro, como aquellas que también hay que realizar para comparar varias áreas negras en lo nacional colombiano, como los valles interandinos del Chota (Ecuador), el Cauca y el Patía con las del litoral Pacífico, entre el Pacífico sur y Chocó, entre el Pacífico y la costa Atlántica, el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, y el valle del Magdalena.

De los estudios históricos sobre la institucionalidad colonial y republicana a los de la experiencia histórica de la explotación, el dominio y la resistencia. Sin que ciertas experiencias históricas supongan una secuencia lineal en el tiempo, por lo menos podemos admitir que establecen unos trazos fundamentales y contextuales, de tal manera que el dominio colonial y la esclavización; el sistema social de castas impuesto; la diferenciación social; la etnogénesis y la etnificación de colectivos humanos; los proyectos integracionistas y asimilacionistas del nacionalismo de Estado; la relación entre lo rural y lo urbano; la esclavización y la desesclavización; la identidad y la etnicidad; las fronteras étnicas e interétnicas; la inscripción de territorios dentro de dinámicas globalizadoras de control y manejo de los recursos naturales, que dan pie a unas relaciones con lo externo, entre otros aspectos, reclaman su conversión en otras tantas unidades de análisis y problemas por estudiar, de cara al problema del negro.

De los estudios de historia económica a una historia de la ecología o de las relaciones entre los grupos negros y la naturaleza. En esa perspectiva, la historia podría hacer un gran aporte desde la geografía y demografía históricas. Lo que permitiría una evaluación más confiable de las formas de construcción y apropiación de los espacios sociales, de la movilidad geográfica y social, de la estructura de la población y la familia, articular las dimensiones macro-mezo-micro y combinarlas para observar la relación entre espacios, hábitat y tecnologías, hacer el estudio de los ciclos extractivos recurrentes y evaluar su impacto ambiental y cultural, tender puentes entre los estudios de procesos históricos y los contemporáneos.

Trabajo de archivos y otras fuentes no escritas. El anterior programa investigativo se vería ampliamente potenciado con el uso de fuentes primarias de diverso tipo, manuscritas, escritas y no escritas. Pero el estado en que se encuentran muchas de ellas para el uso de los investigadores obliga a trabajos especiales de salvamento, catalogación, clasificación y recuperación de las fuentes escritas. Además, habría que llevar a cabo programas de formación de archivos históricos temáticos para el estudio del negro y de lo negro. Pero aparte de ello, y para ser consecuentes con la tradición oral de lo negro, habría que adelantar también un verdadero programa de investigación, necesariamente interinstitucional, para recuperar y hacer utilizables valiosas fuentes no escritas, es decir, sonoras, folclóricas e iconográficas.

Bibliografía

AAVV. *Índice de documentos para la historia de la antigua Gobernación de Popayán. Archivo Histórico de Quito*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1996.

Abadía Morales, Guillermo. *Compendio general de folklore colombiano*. Bogotá, Banco Popular, 1983 [1970].

Alaix de Valencia, Carmen Hortensia (comp.). *Literatura popular. Tradición oral en la localidad del Patía (Cauca)*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1995.

Almarío García, Óscar. *La configuración moderna del Valle del Cauca, Colombia, 1850-1940*. Cali, Cegan Editores, 1994.

———. “Ciencias naturales, sociales y humanas: la estrategia multidisciplinaria en el sur colombiano”, en: *Boletín de Antropología*, vol. 10, n° 26, Medellín, Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia, 1996.

———. “Anotaciones sobre las provincias del Pacífico sur durante la construcción temprana de la República de la Nueva Granada, 1823-1857”, en: *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, Bucaramanga, Escuela de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Industrial de Santander, 2001(a), tomo VI, págs. 115-161.

———. “Desesclavización y territorialización: el trayecto inicial de la diferenciación étnica negra en el Pacífico sur colombiano”, ponencia presentada en el *Simposio Internacional Pasado, Presente y Futuro de los Afrodescendientes. 500 años en América, 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia*, Cartagena de Indias, Universidad Nacional de Colombia, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos, Banco de la República, Universidad de Cartagena, University of York: The Nigerian Hinterland Project, Universidad del Cauca, 18 al 20 de octubre del 2001(b).

———. “Tras las huellas de los Renacientes. Por el laberinto de la etnicidad e identidad de los grupos negros o ‘afrocolombianos’ del Pacífico sur”, en: Mauricio Pardo Rojas (ed.), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Colciencias, 2001(c), págs. 15-39.

———. “Territorio, identidad, memoria colectiva y movimiento étnico de los grupos negros del Pacífico sur colombiano: microhistoria y etnografía sobre el río Tapaje”, en: Peter Wade (coord.), *JLAA*, 2001(d).

———. “La saga de los Olaya en el Pacífico sur colombiano (o la leyenda sobre uno de los últimos esclavistas caucanos)”, ponencia presentada en la *VI Cátedra Anual de Historia “Ernesto Restrepo Tirado”: Desde la marginalidad a la construcción de la nación. 150 años de abolición de la esclavización en Colombia*, Bogotá, Museo Nacional de Colombia, 28, 29 y 30 de noviembre del 2001(e).

Almarío García, Óscar; Castillo, Ricardo. "Territorio, poblamiento y sociedades negras en el Pacífico sur colombiano", en: Jorge Ignacio Del Valle, Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *Renacientes del Guandal. «Grupos negros» de los ríos Satinga y Sanquianga*. Bogotá, Proyecto Biopacífico, Universidad Nacional de Colombia, 1996, págs. 57-117.

Almarío García, Óscar; Ortiz Mesa, Luis Javier. "Poder y cultura en el occidente colombiano durante el siglo XIX: patrones de poblamiento, conflictos sociales y relaciones de poder", informe final de investigación, Medellín, Colciencias, Universidad Nacional de Colombia, 1998, 2 vols.

Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres, Verso, 1983. [Segunda edición aumentada: Londres, Verso, 1993].

Appelbaum, Nancy. "Whitening the Region: Caucaño Mediation and 'Antioqueño Colonization' in Nineteenth-Century Colombia", en: *Hispanic American Historical Review*, n° 79, vol. 4, noviembre de 1999, págs. 631-667.

Appleby, Joyce; Hunt, Lynn; Jacob, Margaret. *La verdad sobre la historia*. Barcelona, Editorial Andrés Bello, 1998.

Aprile-Gnisset, Jacques. *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*. Cali, Universidad del Valle, 1993.

———. *Los pueblos negros caucanos y la fundación de Puerto Tejada. Ensayo*. Cali, Gobernación del Valle del Cauca, 1994.

Arango Franco, Patricia. "Sindicalización, conflicto y asentamiento: la formación de la clase obrera azucarera", tesis inédita, Cali, Plan de Estudios de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle, 1987.

Arboleda, Rafael. "The Ethnohistory of Colombian Negroes", tesis de maestría, Chicago, Northwestern University, 1950.

———. "Nuevas investigaciones afrocolombianas", en: *Revista Javeriana*, tomo XXXVII, n° 183, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1952.

Arboleda Llorente, José María. *Catálogo del Archivo Central del Cauca*. Popayán, Instituto de Investigaciones Históricas "José María Arboleda", 1969-1979, 8 vols.

Arocha Rodríguez, Jaime. "Los negros ante la nueva Constitución colombiana de 1991", en: *América Negra*, n° 3, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, junio de 1992, págs. 39-53.

———. "El sentipensamiento de los pueblos negros en la construcción de Colombia", en: Carlos Alberto Uribe (ed.), *La construcción de las Américas. Memorias del VI Congreso de Antropología en Colombia*, Bogotá, Departamento de Antropología de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, 1993, págs. 159-173.

Atencio Babilonia, Jaime. "Bosquejo etnohistórico y cultural de una fiesta sacro-profana", en: *Historia y Espacio*, n° 6-7, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, julio-diciembre de 1980.

Barona Becerra, Guido. “Elementos para el análisis del sistema minero en la historia económica colonial colombiana”, en: *V Congreso de Historia de Colombia. Memorias*, Bogotá, Icfes, 1986, págs. 315-333.

———. “Problemas de la historia económica y social colonial en referencia a los grupos negros. Siglo XVIII”, en: Alexander Cifuentes (comp.), *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1986, págs. 61-80.

———. *Una sociedad de frontera en el siglo XVIII. El archipiélago regional. Lingüística, ecología, selvas tropicales*. Villa de Leiva, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Icfes, CCLA, Universidad de los Andes, 1989.

———. *Rebeliones, conflictos y legitimidad del sistema esclavista. Gobernación de Popayán, siglo XVII*. Cali, Universidad del Valle, 1989.

———. “Ausencia y presencia del ‘negro’ en la historia colombiana”, en: *Memoria y Sociedad*, vol. 1, n° 1, Bogotá, Departamento de Historia y Geografía de la Pontificia Universidad Javeriana, noviembre de 1995(a), págs. 77-105.

———. *La maldición de Midas en una región del mundo colonial. Popayán 1730-1830*. Cali, Universidad del Valle, Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes del Cauca, 1995(b).

———. “El espacio geopolítico de la antigua Gobernación de Popayán”, en: Heraclio Bonilla, Amado A. Guerrero Rincón (eds.), *Los pueblos campesinos de las Américas. Etnicidad, cultura e historia en el siglo XIX*, Bucaramanga, Escuela de Historia de la Universidad Industrial de Santander, 1996.

Barona Becerra, Guido; Zuluaga Ramírez, Francisco U. (eds.). *Memorias del I Seminario Internacional de Etnohistoria del norte del Ecuador y sur de Colombia*. Cali, Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, Instituto de Posgrados en Ciencias Humanas de la Universidad del Cauca, 1995.

Botero Villa, Juan José. *Adjudicación, explotación y comercialización de baldíos y bosques nacionales. Evolución histórico-legislativa, 1830-1930*. Bogotá, Banco de la República, 1994.

Bravo Velasco, Édgar Orlando y otros. *Catalogación del Fondo Arboleda (del Archivo Central del Cauca). Sergio Arboleda y su época*. Popayán, Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación de la Universidad del Cauca, 1991.

———. *Consideraciones metodológicas y técnicas acerca de la catalogación del Fondo Arboleda*. Popayán, Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación de la Universidad del Cauca, 1991, 2 vols.

Caballero Muñoz, Rodrigo. *La etnobotánica en las comunidades negras e indígenas del delta del río Patía*. Quito, Ediciones Abya-Yala, Universidad Nacional de Colombia, PNUD, Proyecto Biopacífico, 1995.

Calero, Luis Fernando. *Pastos, quillacingas y abades, 1535-1700*. Bogotá, Banco Popular, 1991.

Camacho, Juana; Restrepo Uribe, Eduardo (eds.). *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

Camacho Guizado, Álvaro. "Ideologías y desarrollo en el Valle del Cauca en la segunda mitad del siglo XIX", en: *Cuadernos Colombianos*, nº 12, marzo de 1979.

Campuzano Cuartas, Rodrigo. "Bibliografía de la historia minera colombiana: balance y perspectivas", en: *Historia y Sociedad*, nº 1, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, diciembre de 1994.

Capel, Horacio. *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea. Una introducción a la geografía*. Barcelona, Editorial Barcanova, 1981.

Castellanos, Jorge. *La abolición de la esclavitud en Popayán, 1832-1852*. Cali, Universidad del Valle, 1980(a).

———. "Julio Arboleda y la revolución antiaboliconista de 1851", en: *Historia y Espacio*, nº 6-7, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, julio-diciembre de 1980(b), págs. 69-83.

Castrillón Arboleda, Diego. *Tomás Cipriano de Mosquera. Biografía*. Bogotá, Banco del Estado, 1979. [Reimpreso en: Bogotá, Editorial Planeta 1994].

———. *Popayán en la República. 180 años de periodismo*. Popayán, Talleres Editoriales del Departamento del Cauca, 1989.

Cerón Solarte, Benhur. *Contexto socioeconómico de las migraciones internas en Nariño*. Pasto, Universidad de Nariño, 1985.

———. "Kwaiker", en: *Introducción a la Colombia amerindia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, 1987, págs. 203-216.

———. *El manejo indígena de la selva pluvial tropical. Orientaciones para un desarrollo sostenido*. Quito, Ediciones Abya-Yala, 1991, vol. 43.

———. "Grupo Awa-Kwaiker", en: *Geografía humana de Colombia: región del Pacífico*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1992, tomo IX, págs. 9-62.

Chamorro Ch., Dora María y otros. *Elementos para la interpretación de la historia de Nariño: Provincia de los Pastos, finales del periodo colonial*. Pasto, Fincic, 1982.

———. *Fuentes documentales para la historia de la región nariñense*. Guía-catálogo, 1561-1994. Pasto, Fincic, 1994.

Chaves Mendoza, Álvaro. "Grupo indígena waunana", en: *Geografía humana de Colombia: región del Pacífico*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1992, tomo IX, págs. 133-177.

Cifuentes, Alexander (comp.). *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1986.

Codazzi, Agustín. *Geografía física y política de las provincias de la Nueva Granada*. Bogotá, Banco de la República, 1959 [1853].

Colmenares, Germán. "El papel de la historia regional en el análisis de las formaciones sociales", en: *Ideología y Sociedad*, n° 12, 1972, págs. 75-81.

———. *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVIII*. Cali, Universidad del Valle, 1975. [Segunda edición: Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980]. [Reimpreso en: *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, Bogotá, Banco de la República, 1983, tomo 1].

———. "Popayán: una sociedad esclavista. 1680-1800", en: *Historia económica y social de Colombia*, Medellín, La Carreta, 1979, tomo II.

———. *La nación y la historia regional en los países andinos, 1870-1930*. Washington, Instituto Smithsonian, 1982.

———. "Economía y clases sociales en el siglo XIX", en: *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX. Memoria de un seminario*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1983, págs. 135-184.

———. "Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales en las provincias del Cauca, 1810-1830", en: Jean Paul Deler y Saint Geours (comps.), *Estados y naciones en Los Andes (hacia una historia comparativa: Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú)*, Lima, IEP-IFEA, 1986, 2 vols. [Reimpreso en: Germán Colmenares y otros, *La Independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986].

———. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía latinoamericana del siglo XIX*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1987.

———. "La formación económica de Colombia", en: José Antonio Ocampo (ed.), *Historia económica de Colombia*, Bogotá, Fedesarrollo, Siglo XXI Editores, 1987.

———. "Informe del área de historia para la Misión de Ciencia y Tecnología de Colciencias", Bogotá, 1989.

———. "El tránsito a sociedades campesinas de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada. Cartagena y Popayán, 1780-1850", en: *Huellas*, n° 29, Barranquilla, Universidad del Norte, 1990.

Córdoba Ochoa, Luis Miguel. *De la quietud a la felicidad. La villa de Medellín y los procuradores del Cabildo entre 1675 y 1785*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998.

Cuéllar Serna, Marta Lucía y otros. *El general Tomás Cipriano de Mosquera en la esfera política de Antioquia y el Cauca*. Popayán, Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación de la Universidad del Cauca, 1991.

Cuervo, Antonio Basilio. *Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia*. Bogotá, Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1891, tomo 2, págs. 306-324.

De Granda, Germán. "Onomástica y procedencia africana de esclavos negros en las minas del sur de la Gobernación de Popayán (siglo XVIII)", en: *Revista Española de Antropología Americana*, vol. VI, Madrid, 1971, págs. 381-422.

———. *Estudios sobre un área dialectal hispanoamericana de población negra. Las tierras bajas occidentales de Colombia*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, tomo XLI, 1977.

———. "Dialectología, historia social y sociología lingüística en Iscuandé", en: *Thesaurus*, vol. 28, n° 3, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, septiembre-diciembre, s.f.

De Roux, Gustavo I. "Carta a un viejo luchador negro a propósito de la discriminación", en: *Etnia y Sociedad. Documentos de Trabajo*, n° 9, Cali, Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica-Cidse-, Universidad del Valle, 1992, págs. 12-22.

Deas, Malcolm. *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993.

Del Valle, Jorge Ignacio; Restrepo Uribe, Eduardo (eds.). *Renacientes del Guandal. «Grupos negros» de los ríos Satinga y Sanquianga*. Bogotá, Proyecto Biopacífico, Universidad Nacional de Colombia, 1996.

Deler, Jean Paul. *Ecuador: del espacio al Estado nacional*. Quito, Banco Central del Ecuador, 1987.

Deler, Jean Paul; Gómez, Nelson; Portais, Michael. *El manejo del espacio en el Ecuador. Etapas claves*. Quito, Centro Ecuatoriano de Investigaciones Geográficas, 1983, tomo I.

Deler, Jean Paul; Saint Geours, Y. (comps.). *Estados y naciones en Los Andes (hacia una historia comparativa. Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú)*. Lima, IEP-IFEA, 1986, 2 vols.

Descola, Philippe; Palsson, Gisli (coords.). *Naturaleza y sociedad: perspectivas antropológicas*. México, Siglo XXI Editores, 2001.

Díaz, Rafael. "Hacia una investigación histórica de la población negra en el Nuevo Reino de Granada durante el periodo colonial", en: Astrid Ulloa (ed.), *Contribución africana a la cultura de las Américas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Proyecto Biopacífico, 1993.

Díaz López de Zuluaga, Zamira. "Guerra y economía en las haciendas. Popayán 1780-1830", en: *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, Bogotá, Banco Popular, Universidad del Valle, 1983, tomo 2.

———. *Oro, sociedad y economía. El sistema colonial en la Gobernación de Popayán. 1533-1733*. Bogotá, Banco de la República, 1994.

Dueñas Martínez, Alcira. *Estado de la investigación histórica regional: compilación de fuentes bibliográficas y gráficas existentes sobre la economía colonial en Nariño*. Pasto, Universidad de Nariño, Banco de la República, 1993.

Elias, Norbert. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989. [Primera edición en alemán, 1977, tomo I; 1979, tomo II].

Escalante Polo, Aquiles. “Notas sobre Palenque de San Basilio”, en: *Divulgaciones Etnológicas*, IV, Barranquilla, Universidad del Atlántico, 1954.

———. “El negro en Colombia”, tesis de sociología, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1964.

———. *Minería del hambre. Condoto y la Chocó Pacífico*. Barranquilla, Tipografía Dovel, 1971.

Escobar, Arturo. “Política cultural y biodiversidad: Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano”, en: María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *Antropología en la modernidad: identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, 1997, págs. 173-206.

———. *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá, Cerec, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

Escobar, Arturo; Álvarez, Sonia E.; Dagnino, Evelina (eds.). *Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Taurus, 2001.

Escobar, Arturo; Pedrosa, Álvaro (eds.). *Pacífico: ¿desarrollo o biodiversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Bogotá, Cerec, 1996.

Escorcía, José. “La formación de las clases sociales en una sociedad multiétnica: Cali, 1820-1854”, en: *Historia y Espacio*, nº 6-7, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, julio-diciembre de 1980.

———. “Desarrollo político, social y económico, 1800-1854”, en: *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, Bogotá, Banco Popular, Universidad del Valle, 1983, tomo 3.

Fals Borda, Orlando. *Región e historia. Elementos sobre ordenamiento regional en Colombia*. Bogotá, Editores Tercer Mundo S. A., Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, 1996.

Fernández de L., Hecilda; Molina García, Amparo. *Municipios y resguardos en el Cantón de Caloto, siglos XVIII-XIX*. Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, 1993.

Findji, María Teresa. *Región y nación en la historia del Cauca*. Cali, Universidad del Valle, 1979.

———. “Proceso de diferenciación nacional en Colombia y Ecuador durante el siglo XIX”, en: *Historia y Espacio*, nº 6-7, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, julio-diciembre de 1980.

———. “Tras las huellas de los paeces”, en: François Correa R. (ed.), *Encrucijadas de Colombia amerindia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1993, págs. 49-69.

Findji, María Teresa; Rojas, José María. *Territorio, economía y sociedad paez*. Cali, Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-, Universidad del Valle, 1985.

Florescano, Enrique. *El nuevo pasado mexicano*. México, Editorial Cal y Arena, 1991.

Flórez Gallego, Lenín. “Historia política y/o politología: a propósito del Valle del Cauca, 1910-1920”, en: *Historia y Espacio*, nº 15, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, abril de 1994, págs. 73-86.

———. *Modernidad política en Colombia. El republicanismo en el Valle del Cauca, 1880-1920*. Cali, Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1997.

Fondo Cultural Cafetero. *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX. (Memoria de un seminario)*. Bogotá, 1983.

Foucault, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona, Gedisa, 1992.

Friedemann, Nina S. de. “Güelmambí: formas económicas y organización social”, en: *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XIV, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1969.

———. “Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño”, en: *Revista Colombiana de Antropología*, nº 16, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1974(a).

———. *Minería, descendencia y orfebrería artesanal. Litoral Pacífico, Colombia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1974(b).

———. “Estudios de negros en la antropología colombiana: presencia e invisibilidad”, en: Nina S. de Friedemann, Jaime Arocha Rodríguez (eds.), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*, Bogotá, Etno, 1984.

———. *Criele, criele son: del Pacífico negro*. Bogotá, Editorial Planeta, 1989.

———. “África y los negros en la construcción de América”, en: Carlos Alberto Uribe (ed.), *La construcción de las Américas. Memorias del VI Congreso de Antropología en Colombia*, Bogotá, Departamento de Antropología de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, 1993, págs. 131-140.

Friedemann, Nina S. de; Arocha Rodríguez, Jaime (eds.). *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*. Bogotá, Etno, 1984.

———. *De sol a sol: génesis, transformación y presencia del negro en Colombia*. Bogotá, Planeta, 1986.

Garrido, José Miguel. *Tras el alma de un pueblo (folklore religioso del vicariato de Tumaco)*. Bogotá, 1981.

———. *La misión de Tumaco. Creencias religiosas*. San Sebastián, Biblioteca Carmelitano-Teresiana de Misiones, 1984.

González Echevarría, Aurora. *Teorías del parentesco. Nuevas aproximaciones*. Madrid, Eudema, 1994.

Granados García, Aimer. “Algunos aspectos de la cultura política popular en el Gran Cauca. 1880-1910”, en: *Historia y Espacio*, nº 15, Cali, Universidad del Valle, abril de 1994, págs. 49-72.

———. “Jurisdicciones territoriales, pertenencias y política local en el Gran Cauca. 1880-1910”, tesis de maestría en historia andina, Cali, Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1995(a).

———. *Jurisdicción territorial, discurso modernizador y virtud cívica en Cali. 1880-1915*. Cali, Premios Jorge Isaacs, Colección de Autores Vallecaucanos, Gerencia Cultural de la Gobernación del Valle del Cauca, Imprenta Departamental, 1995(b).

Grueso, Libia; Rosero, Carlos; Escobar, Arturo. “El proceso de organización de comunidades negras en la región sureña de la costa Pacífica de Colombia”, en: Arturo Escobar, Sonia E. Álvarez, Evelina Dagnino (eds.), *Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Taurus, 2001, págs. 235-260.

Gruzinski, Serge. *El pensamiento mestizo*. Barcelona, Paidós, 2000.

Guerra, Gonzalo. *Tierra del oro. Reseña histórica de Barbacoas*. Pasto, Imprenta Departamental, 1980.

Guerrero, Javier (comp.). *Regiones, ciudades, empresarios y trabajadores en la historia de Colombia. Memorias del IX Congreso de Historia de Colombia*. Tunja, 1995.

Gutiérrez Sanín, Francisco. *Curso y discurso del movimiento plebeyo, 1849/1854*. Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales -IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, El Áncora Editores, 1995.

Haug, Eugen. *Los nietos del trueno. Construcción social del espacio, parentesco y poder entre los inkal-awa*. Quito, Ediciones Abya-Yala, 1994, vol. 10.

Hobsbawm, Eric. “The New Threat to History”, en: *New York Review of Books*, Nueva York, 16 de diciembre de 1993, págs. 62-64. [Reimpreso en: Eric Hobsbawm, *On History*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1997, capítulo 1].

Hobsbawm, Eric; Ranger, T. (eds.). *The Invention of Tradition*. Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

Hoffmann, Odile. “Desencuentros en la costa: la construcción de espacios y sociedades en el litoral Pacífico colombiano”, en: *Documentos de Trabajo*, nº 33, Cali, Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-, 1997.

———. “Sociedades y espacios en el litoral Pacífico sur colombiano (siglos XVIII-XX)”, en: Michel Agier, Odile Hoffmann, Manuela Álvarez Camargo y Eduardo Restrepo Uribe, *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, identidad y cultura*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, Universidad del Valle, 1999, págs.15-53.

Hyland Preston, Richard. “El crédito y la economía, 1851-1880”, en: *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, Bogotá, Banco Popular, Universidad del Valle, 1983, tomo 4.

Iggers, Georg G. *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Barcelona, Idea Universitaria, 1998.

Jaramillo Uribe, Jaime. “Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVII”, en: *Anuario de Historia Social y Cultural*, vol. 1, n° 1, Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, 1963.

———. “La controversia jurídica y filosófica librada en la Nueva Granada en torno a la liberación de los esclavos y la importancia económica y social de la esclavitud en el siglo XIX”, en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n° 4, Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, 1969.

———. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá, Temis, 1982.

———. “Los estudios afroamericanos y afrocolombianos. Balances y perspectivas”, en: Alexander Cifuentes (comp.), *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1986, págs. 43-60.

Jiménez Meneses, Orián. “La conquista del estómago: viandas, vituallas y ración negra siglos XVII-XVIII”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, vol. 6, págs. 219-240.

———. “El Chocó: vida negra, vida libre y vida parda, siglos XVII y XVIII”, tesis de maestría en historia, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2000 [en prensa].

———. “La Provincia del Chocó ante el “Estado nación””, en: *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras VI*, Bucaramanga, Escuela de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Industrial de Santander, 2001, págs. 87-114.

———. *El Chocó: un paraíso del demonio*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2002.

Jurado Novoa, Fernando. “Esclavitud en la costa Pacífica. Iscuandé, Barbacoas, Tumaco y Esmeraldas. Siglos XVI al XIX”, en: *Historia del negro en el Ecuador y sur de Colombia*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 1990, tomo 3.

Lane, Kris. “The Transition from *Encomienda* to Slavery in Seventeenth-Century Barbacoas (Colombia)”, en: *Slavery and Abolition*, vol. 21, n° 1, Londres, Frank Cass, abril del 2000, págs. 73-95.

Lara A., Luz M.; Morales, Mariela. *Migración y colonización caucano-nariñense en la región del Dagua, 1910-1930*. Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, 1995.

Leal, Claudia. "The Illusion of Urban Life in the Forest, A History of Barbacoas and Quibdó on the Colombian Pacific Coast", tesis de maestría en estudios latinoamericanos, Berkeley, Universidad de California, 1998.

Leyva, Pablo (ed.). *Colombia Pacífico*. Bogotá, Proyecto Biopacífico, Fondo FEN Colombia, 1993, 2 vols.

Lobato Paz, Luis Eduardo. "El conflicto Caloto-Quilichao (1840-1854)", en: *Historia y Espacio*, vol. 3, nº 11-12, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, enero-diciembre de 1987, págs. 167-214.

———. "Caudillos y nación: sociabilidades políticas en el Cauca, 1830-1860", tesis de maestría en historia andina, Cali, Universidad del Valle, 1994.

Lofstrom, William. *La vida íntima de Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1830)*. Bogotá, Banco de la República, El Áncora Editores, 1996.

Losonczy, Anne-Marie. "Hacia una antropología de lo interétnico: una perspectiva negro-americana e indígena", en: María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *Antropología en la modernidad: identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1997, págs. 253-277.

Lozano, Hernán. "Colmenares, un rastro de papel", en: *Historia y Espacio*, separata, nº 14, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, junio de 1991.

Mamián Guzmán, Dumer. "Los pastos", en: *Geografía humana de Colombia: región andina central*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1996, tomo IV, vol. 1, págs. 9-118.

Martín-Barbero, Jesús. "Colombia: ausencia de relato y desubicaciones de lo nacional", en: Jesús Martín-Barbero (coord.), *Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta*. Bogotá, Ministerio de Cultura, 2001, págs. 17-29.

Martínez Delgado, Luis; Ortiz, Sergio Elías (comps.), *Epistolario y documentos oficiales del general José María Obando*. Bogotá, Editorial Kelly, 1973, vol. 1.

Marulanda, Octavio. *El folclor de Colombia. Práctica de la identidad cultural*. Bogotá, Arte Estudio Editores, 1984.

Marzahl, Peter. "Creoles and Government: The Cabildo of Popayán", en: *Hispanic American Historical Review*, nº 54, 1974, págs. 636-656.

———. *Town in the Empire: Government, Politics and Society in Seventeenth-Century Popayán*. Austin, 1978.

Maya Restrepo, Luz Adriana (coord.). *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998(a), vol. 6.

_____. "Brujería y reconstrucción étnica de los esclavos del Nuevo Reino de Granada, siglo XVII", en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998(b), vol. 6, págs. 191-218.

Mejía Prado, Eduardo. *Origen del campesino vallecaucano*. Cali, Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1993.

Mejía Prado, Eduardo; Moncayo Urrutia, Armando. *La transición de hacienda a ingenio azucarero industrializado en el valle geográfico del río Cauca. 1850-1923*. Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, 1986.

_____. "Las relaciones laborales en la transformación de la hacienda vallecaucana en ingenio azucarero industrializado", en: *Revista de Extensión Cultural*, n° 24-25, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, septiembre de 1988.

Merizalde Del Carmen, Bernardo. *Estudio de la costa colombiana del Pacífico*. Bogotá, Imprenta del Estado Mayor General, 1921.

Mina, Mateo. *Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca*. Bogotá, La Rosca, 1975.

Mina Aragón, William (ed.). *Historia, política y sociedad. "Nuestra historia vista por un negro". Diálogo con Sabás Casamán*. Cali, Universidad del Valle, 1997.

Minaudier, Jean Pierre. "Pequeñas patrias en la tormenta: Pasto y Barbacoas a finales de la Colonia y en la Independencia", en: *Historia y Espacio*, vol. 3, n° 11-12, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, enero-diciembre de 1987.

_____. "Une région minière de la Colonie á l'Indépendance: Barbacoas, 1750-1830. (Économie, société, vie politique locale)", en: *Bull. Inst. Fr. Et. And.*, vol. XVII, n° 2, 1988, págs. 81-104.

_____. *¿Revolución o resistencia? Fisco y revueltas en la región de Pasto a finales del periodo colonial*. París, 1990.

Moreno, Javier. "Ancianos, cerdos y selva: autoridad y entorno en una comunidad afrochocoana", tesis de antropología, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994.

Moreno Navarro, Isidoro. "Ecología y sociedad de los Cayapas de Esmeraldas: los patrones de asentamiento", en: *Actas del XLII Congreso Internacional de Americanistas. Congreso del Centenario*, vol. IX-A, París, Fondation Singer-Polignac, 2 al 9 de septiembre de 1976, págs. 319-333.

Mosquera, Sergio. *Memorias de los últimos esclavizadores en Citará. Historia documental*. Quibdó, Promotora Editorial de Autores Chocoanos, 1996.

_____. *De esclavizadores y esclavizados en Citará. Ensayo etnohistórico. Siglo XIX*. Quibdó, Promotora Editorial de Autores Chocoanos, 1997.

_____. *Don Melchor de Barona y Betancourt y la esclavización en el Chocó. Retrato etnográfico*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, noviembre del 2000.

———. *Visiones de la espiritualidad afrocolombiana*. Quibdó, Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico, 2001.

———. *El clan de los Córdoba y otras genealogías regionales*. Medellín, en prensa.

Motta González, Nancy. *Historia y tradición de la cultura en el litoral Pacífico colombiano*. Cali, 1984.

Muñoz Cordero, Lydia Inés. *Evolución histórica del Carnaval Andino de Negros y Blancos de San Juan de Pasto (1926-1988)*. Pasto, Instituto Andino de Artes Populares, 1991.

Murra, John V. *La organización económica del Estado Inca*. México, Siglo XXI Editores, 1978. [Primera edición 1955].

Oliveros Vela, Dahissy; Cárdenas, Graciela. *Del auge a la marginalidad: la región de Iscuandé en el proceso de conformación nacional, 1780-1840*. Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, 1984.

Orbes, Camilo. *Los Sindaguas: ¿Caribes o Mayas del Mar Pacífico?* Bogotá, Ediciones de Cafam, 1987.

Ordóñez Burbano, Luis Aurelio. *Industrias y empresarios pioneros. Cali, 1910-1945*. Cali, Facultad de Ciencias de la Administración de la Universidad del Valle, 1995.

Otero, Natalia. "Los hermanos espirituales. Compadrazgo entre pobladores afrocolombianos e indígenas emberá en el río Amporá (alto Baudó, Chocó)", tesis de antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 1994.

Pacheco González, Margarita Rosa. *La fiesta liberal en Cali, 1848-1854*. Cali, Universidad del Valle, 1992.

———. "Escribiendo para el pueblo: la prensa en Cali, 1848-1854", en: *Historia y Espacio*, n° 15, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, abril de 1994.

Palacios Preciado, Jorge. *La trata de negros por Cartagena de Indias*. Tunja, Ediciones La Rana y El Águila, 1973.

Pardo Rojas, Mauricio. «Transformaciones históricas de los indígenas chocó», en: *Boletín de Antropología*, vol. 5, Medellín, Universidad de Antioquia, 1983, págs. 611-628.

———. *El convite de los espíritus. Notas sobre chamanismo chocó*. Quibdó, Centro de Pastoral Indigenista, 1987(a), 104 págs.

———. «Regionalización de indígenas chocó. Datos etnohistóricos, lingüísticos y asentamientos actuales», en: *Boletín Museo del Oro*, n° 18, Bogotá, 1987(b), págs. 46-63.

———. «Indígenas chocó», en: *Introducción a Colombia aborígen*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1987(c), págs. 251-261.

———. «Etnoastronomía chocó», en Jorge Arias de Greiff y Elizabeth Reichel (eds.), *Etnoastronomías americanas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987(d), págs. 69-90.

———. “Movimientos sociales y actores no gubernamentales”, en: María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *Antropología en la modernidad: identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1997, págs. 207-252.

——— (ed.). *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Colciencias, 2001.

Patiño, Víctor Manuel. *Recursos naturales y plantas útiles en Colombia (aspectos históricos)*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

———. *Historia de la cultura material en la América equinoccial*. Bogotá, Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo, 1990-1993, 8 vols.

Patiño Castaño, Diógenes. “Arqueología de la costa Pacífica caucana, Colombia”, en: *Boletín de Arqueología*, vol. 2, nº 1, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, enero de 1987, págs. 65-81.

———. “Asentamientos prehispánicos en la costa Pacífica caucana”, en: *Boletín de Arqueología*, vol. 2, nº 2, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, septiembre. s.f.

Pedrosa, Álvaro. “Oralidad y escritura en la cultura afrolatina del Pacífico colombiano”, en: *Revista Hispanoamericana*, nº 15, 1994, págs. 25-37.

Pedrosa, Álvaro; Vanín, Alfredo; Motta, Nancy. *La vertiente afropacífica de la tradición oral*. Cali, Universidad del Valle, 1994.

Pérez, Santiago. “Apuntamientos de viaje”, en: *Popayán*, nº 84-87, 1917 [1853].

Pérez de Samper, Rocío. *Estudios afrocolombianos. Sistematización bibliográfica*. Bogotá, Colorgraf Editores, 2001.

Pérez Herrero, Pedro (comp.). *Región e historia en México (1700-1850). Métodos de análisis regional*. México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana, 1991.

Price, Thomas. “Estado y necesidad de las actuales investigaciones afrocolombianas”, en: *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 2, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1954.

———. “Saints and Spirits: A Study of Differential Acculturation in Colombian Negro Communities”, tesis doctoral, Northwestern University, Ann Arbor University Microfilms, 1955.

Rausch, Jane M. “Diego Luis Córdoba and the Emergence of Afro-Colombian Identity in the Mid-Twentieth Century”, en: *Secolas Annals. Journal of the Southeastern Council on Latin American Studies*, vol. XXXII, noviembre del 2000, págs. 51-65.

Restrepo Uribe, Eduardo. “Afrocolombianos o grupos negros en el Pacífico colombiano: construcción y perspectivas de la investigación antropológica”, informe de investigación, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1996.

———. “Inventiones antropológicas del negro”, en: *Revista Colombiana de Antropología*, n° 33, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1996-1997, págs. 238-269.

———. “Afrogénesis y huellas de africanía en Colombia”, en: *Boletín de Antropología*, vol. 11, n° 28, Medellín, Universidad de Antioquia, 1997.

———. “Hacia la periodización de la historia de Tumaco”, en: Michel Agier, Odile Hoffmann, Manuela Álvarez Camargo y Eduardo Restrepo Uribe, *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, identidad y cultura*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, Universidad del Valle, 1999, págs. 54-86.

Rivera Mosquera, Mirella. *Evolución de la familia en el valle del Patía. 1860-1913*. Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, 1991.

Rodríguez J., Pablo. “La manumisión en Popayán 1800-1851”, en: *Revista Extensión Cultural*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 1980-1981, págs. 77-85.

Rojas de Leunda, Patricia. *Estado de conservación en que se encuentran los documentos de los siglos XVI, XVII y XVIII en los archivos históricos, eclesiásticos y notariales del suroccidente de Colombia*. Cali, Gobernación del Valle del Cauca, 1993.

Rojas, José María. “Empresarios y tecnología en la formación del sector azucarero en Colombia, 1860-1980”, en: *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, Bogotá, Banco Popular, Universidad del Valle, 1983, tomo 5.

Rojas, José María; Sevilla Casas, Elías. “El campesinado en la formación territorial del suroccidente colombiano”, en: Renán Silva (ed.), *Territorios, regiones y sociedades*, Bogotá, Universidad del Valle, Cerec, 1994, págs. 153-174.

Romero Vergara, Mario Diego. “Esclavitud, resistencia y libertad en las minas del Pacífico colombiano. Ríos Napi y Pique. Siglo XVIII”, tesis de licenciatura en historia, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, 1986.

———. “El poblamiento negro en la costa centro-sur del Pacífico colombiano. Siglo XVIII”, tesis de maestría en historia andina, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, 1990.

———. “Procesos de poblamiento y organización social en la costa Pacífica colombiana”, en: *ACHSC*, n° 18-19, Bogotá, 1990-1991, págs. 5-31.

———. *Poblamiento y sociedad en el Pacífico colombiano. Siglos XVI-XVIII*. Cali, Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1995.

———. *Historia y etnohistoria de las comunidades afrocolombianas del río Naya*. Cali, Gerencia Cultural de la Gobernación del Valle del Cauca, 1997.

———. *Sociedades negras en la costa Pacífica del Valle del Cauca. Siglos XIX y XX*. Cali, Colciencias, Universidad del Valle, 1998.

———. “Familia afrocolombiana y construcción territorial en el Pacífico sur, siglo XVIII”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, vol. 6, págs. 103-140.

———. “Resistencias y construcción de libertad entre los afrocolombianos”, en: *Influencias africanas en las culturas tradicionales andinas. II Encuentro para la Promoción y Difusión del Patrimonio Folclórico de los Países Andinos*, Santa Ana de Coro (Venezuela), 4 al 10 de noviembre del 2001(a).

———. “Familias, economías y reconstrucción social en el Pacífico”, en: *Desde la marginalidad a la construcción de la nación. 150 años de abolición de la esclavización en Colombia. VI Cátedra Anual de Historia “Ernesto Restrepo Tirado”*, Bogotá, Museo Nacional de Colombia, 28, 29 y 30 de noviembre del 2001(b).

Romoli, Kathleen. “El alto Chocó en siglo XVI”, en: *Revista Colombiana de Antropología*, vols. XIX-XX, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1975-1976.

Rueda, José Olinto. “Población y poblamiento”, en: Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*, Bogotá, Proyecto Biopacífico, Fondo FEN Colombia, 1993, vol. 2, págs. 464-486.

Ruiz, Liliana Fabiola. “La decadencia de la esclavitud en la Nueva Granada, 1821-1850”, trabajo de grado, Bucaramanga, Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Industrial de Santander, 1998.

Salas Viteri, Julio Ernesto. *Tras la literatura oral del Pacífico, Barbacoas (Nariño)*. Quito, IADAP, 1987.

Salgado, Héctor. *Cambios en alfarería y agricultura en el centro del litoral Pacífico colombiano durante los dos últimos milenios*. Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas, 1995.

Serrano, José Fernando. “Cuando canta el guaco: la muerte y el morir en poblaciones afrocolombianas del río Baudó, Chocó”, tesis de antropología, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994.

———. “*Hemo de morí cantando, porque llorando nací*, ritos fúnebres como forma de cimarronaje”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, vol. 6, págs. 241-262.

Sevilla Casas, Elías. “Sobre región en antropología e historia”, mimeo, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, 1986.

Sharp, William F. “El negro en Colombia. Manumisión y posición social”, en: *Razón y Fábula*, nº 8, Bogotá, 1968.

———. “Forsaken but for Gold: An Economic Study of Slavery and Mining in the Colombian Chocó, 1680-1810”, tesis de doctorado, Ann Arbor, University Microfilms International, 1970.

[Traducción de José Manuel González: “Desamparados pero por oro: un estudio económico de esclavitud y minería en el Chocó colombiano, 1680-1810”, Chapel Hill, 1970].

———. “The Profitability of Slavery in the Colombian Chocó, 1680-1810”, en: *Hispanic American Historical Review*, nº 55, 1975, págs. 468-481.

———. *Slavery on the Spanish Frontier; the Colombian Chocó, 1680-1810*. Oklahoma, Norman, 1976.

Sokal, Alan; Bricmont, Jean. *Imposturas intelectuales*. Barcelona, Paidós, 1999.

Taussig, Michael. “Rural Proletarianization: A Social and Historical Enquiry into the Commercialization of the Southern Cauca, Valle, Colombia”, tesis inédita de doctorado en antropología, Universidad de Londres, 1974.

———. *Destrucción y resistencia campesina: el caso del litoral Pacífico*. Bogotá, Punta de Lanza, 1978.

———. *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. Chapel Hill, University of North Carolina, 1980.

———. “El antropólogo como Colón”, en: Carlos Alberto Uribe (ed.), *La construcción de las Américas. Memorias del VI Congreso de Antropología en Colombia*, Bogotá, Departamento de Antropología de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, 1993, págs. 175-202.

Thompson, E. P. “La política de la teoría”, en: Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984, págs. 301-317.

Torres Lanzas, Pedro. *Catálogo de mapas y planos. Audiencias de Santa Fe y Quito*. Madrid, Archivo General de Indias, Ministerio de Cultura, 1985 [1904].

Tovar Pinzón, Hermes y otros. *Convocatoria al poder del número. Censos y estadísticas de la Nueva Granada (1750-1830)*. Bogotá, Archivo General de la Nación, 1994.

Ulloa Cubillos, Elsa Astrid. “Grupo indígena los emberás”, en: *Geografía humana de Colombia: región del Pacífico*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1992, tomo IX, págs. 93-131.

Uribe, María Victoria; Restrepo Uribe, Eduardo (eds.). *Antropología en la modernidad: identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1997.

Valdivia Rojas, Luis. “Mapas de densidad de población para el suroccidente, 1843 y 1870”, en: *Historia y Espacio*, nº 5, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, abril-junio de 1980, págs. 103-110.

———. “Origen y situación de la pequeña posesión campesina en el Valle del Cauca, siglo XIX”, en: *Historia y Espacio*, nº 10, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, enero-junio de 1984.

———. *Economía y espacio en el Valle del Cauca. 1850-1950*. Cali, Departamento de Geografía de la Universidad del Valle, 1992.

———. *Buenaventura, un desarrollo frustrado. Evolución económica y social del puerto*. Cali, Imprenta Central de la Universidad del Valle, 1994.

Valencia Llano, Alonso. *Estado Soberano del Cauca: federalismo y Regeneración*. Bogotá, Banco de la República, 1988.

———. *Resistencia indígena a la colonización española*. Cali, Ediciones Univalle, 1991.

———. *Empresarios y políticos en el Estado Soberano del Cauca, 1860-1895*. Cali, Fundación para la Investigación y la Tecnología, 1991. [Reimpreso en: Cali, Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1993(a)].

———. “La ampliación de fronteras en el Estado Soberano del Cauca”, en: *Región*, año 1, nº 0, Cali, Centro de Estudios Históricos Regionales del Suroccidente Colombiano, agosto de 1993(b), págs. 1-32.

———. “La historia política en el Valle del Cauca”, en: *Región*, nº 2, Cali, Centro de Estudios Históricos Regionales del Suroccidente Colombiano, julio de 1994(a), págs. 125-131.

———. *Luchas sociales y políticas del periodismo en el Estado Soberano del Cauca*. Cali, Imprenta Departamental del Valle, 1994(b).

——— (dir.). *Historia del Gran Cauca. Historia regional del suroccidente colombiano*. Cali, Área de Desarrollo Histórico Cultural del Instituto de Estudios del Pacífico, Universidad del Valle, 1996.

Valencia Llano, Alonso; Zuluaga Ramírez, Francisco U. *Historia regional del Valle del Cauca*. Cali, Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1992.

Vallecilla López de Illera, Nelly. *Inventario de fuentes documentales del Valle del Cauca*. Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, 1984.

———. “Periodismo panfletario y excomuniación en el suroccidente colombiano (1912-1930)”, en: *Cuadernos de Historia*, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, abril de 1990.

Vargas Sarmiento, Patricia. *Los emberás y los cunas. Impacto y reacción ante la ocupación española. XVI-XVII*. Bogotá, Cerec, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Instituto Colombiano de Cultura, 1993.

Velásquez, Rogerio. *Fragmentos de historia, etnografía y narraciones del Pacífico colombiano*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 2000.

Vélez R., Humberto. “La Regeneración y el Gran Cauca: de la autonomía relativa a la desintegración territorial”, en: Óscar Rodríguez Salazar (comp.), *Estado y economía en la Constitución de 1886*, Bogotá, Contraloría General de la República, 1986.

———. “La disolución del Gran Cauca”, en: Alonso Valencia Llano (dir.), *Historia del Gran Cauca. Historia regional del suroccidente colombiano*, Cali, Instituto de Estudios del Pacífico, Universidad del Valle, 1996, págs. 151-156.

Viáfara de Escobar, Aura Libia; Valoyes B., Elizabeth. *Don Juan Gregorio Sarria. Las funciones de un bandido social en una comunidad caucana del siglo XIX*. Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, 1990.

Villa, William. “Territorio y territorialidad en el Pacífico colombiano”, en: *Comunidades negras: territorio, identidad y desarrollo*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, 1994.

———. “Ecosistema, territorio y desarrollo”, en: *Comunidades negras: territorio y desarrollo*, Medellín, Esteros, 1996.

———. “Movimiento social de comunidades negras en el Pacífico colombiano. La construcción de una noción de territorio y región”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, vol. 6, págs. 431-448.

———. “La sociedad negra del Chocó. Identidad y movimientos sociales”, en: Mauricio Pardo Rojas (ed.), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Colciencias, 2001, págs. 207-228.

Villarreal, Carlos. *Estado de la investigación. Diagnóstico general sobre las fuentes documentales y la investigación en Nariño: Colonia, República*. Pasto, Banco de la República, 1991.

Wade, Peter. “El movimiento negro en Colombia”, en: *América Negra*, n° 5, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1992, págs. 173-192.

———. “La construcción de ‘el negro’ en América Latina”, en: Carlos Alberto Uribe (ed.), *La construcción de las Américas. Memorias del VI Congreso de Antropología en Colombia*, Bogotá, Departamento de Antropología de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, 1993(a), págs. 141-158.

———. “La relación Chocó-Antioquia”, en: Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*, Bogotá, Proyecto Biopacífico, Fondo FEN Colombia, 1993(b), vol. 2, págs. 436-453.

———. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, Ediciones Uniandes, Editorial Universidad de Antioquia, Siglo del Hombre Editores, 1997.

———. *Raza y etnicidad en Latinoamérica*. Quito, Ediciones Abya-Yala, 2000.

West, Robert C. *The Pacific Lowlands of Colombia: A Negroid Area of the American Tropic*. Baton Rouge, Louisiana University Press, 1957. [Edición en español: *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 2000].

———. *La minería de aluvión en Colombia durante el periodo colonial*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1972. [Edición original en inglés: «Colonial Placer Mining in Colombia», Louisiana State University Studies, Social Science Ser., 1952, 159 págs.].

Whitten, Norman. *Pioneros negros: la cultura afrolatinoamericana del Ecuador y Colombia*. Quito, Centro Cultural Afroecuatoriano, 1992.

Whitten, Norman; Friedemann, Nina S. de. “La cultura negra del litoral Pacífico ecuatoriano y colombiano: un modelo de adaptación étnica”, en: *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 17, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1974.

Williams, Derek. *Acomodación, negociación y el actuar político: resistencia y revuelta indígena en el altiplano de los Pastos, 1775-1808*. Cali, Universidad del Valle, 1994.

Williams, Raymond L. *Novela y poder en Colombia. 1844-1987*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1991.

Yacup, Sofonías. *Litoral recóndito*. Medellín, Editorial Drake, 1993. [Primera edición 1934].

Zapata Olivella, Manuel. “Identidad cultural del colombiano (III). Grupo caucano”, en: *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, Bogotá, julio de 1981, pág. 11.

Zuluaga Ramírez, Francisco U. “Inventario de fuentes documentales del suroccidente”, en: *Historia y Espacio*, n° 3, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, julio-septiembre de 1979, págs. 193-228.

———. *José María Obando: de soldado realista a caudillo republicano*. Bogotá, Banco Popular, 1985, vol. 123.

———. “Sobre región y regionalidad en el caso del Patía”, mimeo, Cali, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, 1986.

———. “El Patía: un caso de producción de una cultura”, en: Alexander Cifuentes (ed.), *Seminario Internacional sobre la Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas*, Bogotá, Canal Ramírez-Antares Ltda., 1987.

———. “Cimarronismo en el suroccidente”, en: Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*, Bogotá, Proyecto Biopacífico, Fondo FEN Colombia, 1993(a), vol. 2, págs. 420-427.

———. *Cartago, la ciudad de los confines del Valle*. Cali, Gobernación del Valle del Cauca, 1993(b).

———. *Guerrilla y sociedad en el Patía*. Cali, Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1993(c).

———. “Por la montaña del Quindío”, en: Pilar Moreno de Ángel, Jorge Orlando Melo González (dirs.), Mariano Useche Losada (ed.), *Caminos reales de Colombia*, Bogotá, Fondo FEN Colombia, diciembre de 1995, parte II, capítulo 9, págs.157-180.

———. “Conformación de las sociedades negras del Pacífico”, en: Alonso Valencia Llano (dir.), *Historia del Gran Cauca. Historia regional del suroccidente colombiano*, Cali, Instituto de Estudios del Pacífico, Universidad del Valle, 1996(a), págs. 231-237.

———. “La independencia en la Gobernación de Popayán”, en: Alonso Valencia Llano (dir.), *Historia del Gran Cauca. Historia regional del suroccidente colombiano*, Cali, Instituto de Estudios del Pacífico, Universidad del Valle, 1996(b), págs. 91-98.

——— (ed.). *Puerto Tejada. 100 años*. Municipio de Puerto Tejada, Alcaldía Municipal, 1997.

———. “Los *hombres históricos* del Patía o los héroes del tiempo encantado”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, vol. 6, págs. 167-190.

Zuluaga Ramírez, Francisco U.; Bermúdez, Amparo. *La protesta social en el suroccidente colombiano: siglo XVIII*. Cali, Instituto de Altos Estudios Jurídicos y de Relaciones Internacionales, Universidad del Valle, 1997.

Zuluaga Ramírez, Francisco U.; Romero Vergara, Mario Diego. “Comunidades negras del Pacífico: territorialidad y economía”, en: *Revista Universidad del Valle*, n° 5, Cali, 1993, págs. 18-27.

———. “Sociedad, cultura y resistencia negra en Colombia y Ecuador”, informe final, Cali, Colciencias, Universidad del Valle, 1999.

Hacia los estudios de las Colombias negras¹

Eduardo Restrepo Uribe

Antropólogo

Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-

Introducción

Después de sancionada la Ley 70 de 1993, Carlos Rosero, uno de los representantes por parte de las organizaciones en el proceso de negociación del texto de la ley con el gobierno, presentó una ponencia sobre esta temática en un taller en la Universidad del Valle. En un auditorio compuesto por activistas de organizaciones urbanas y estudiantiles, y académicos provenientes de diferentes disciplinas, Rosero inició su charla afirmando: “Toda lectura del presente es también una lectura del pasado y, al mismo tiempo, una enunciación del futuro”. Con este enunciado, a mi manera de ver, Carlos Rosero pretendió que quienes entonces lo escuchábamos, pensáramos no sólo en las sutiles y complejas articulaciones entre pasado-presente-futuro, sino también en la imposibilidad de separar tajantemente interpretación (lectura) de posición (política).

Esta cita me permite dibujar los contornos de mi intervención, los criterios desde los cuales enuncié una lectura del pasado y presente de los estudios de las Colombias negras que, a su vez, están condicionados por mi concepción de uno de sus posibles futuros (utopía). En aras de clarificar estos contornos y criterios permítanseme, entonces, unas

1. Texto preparado para el Coloquio sobre Estudios Afrocolombianos, Popayán, Universidad del Cauca, 24 al 26 de octubre del 2001. Agradezco a Alejandro Rojas, quien fue el alma del coloquio, por su invitación, sin la cual este artículo no habría sido escrito. Igualmente a Claudia Mosquera y Arturo Escobar por sus observaciones y sugerencias.

cuantas líneas sobre las relaciones entre pasado-presente-utopía de un lado y del otro las de interpretación y política.

Por una parte, la relación pasado-presente es una donde las específicas características del presente son, en gran parte, entendibles como consecuencias de procesos históricos que las condicionan². De otra parte, sin embargo, el “pasado” no es sólo algo que sucedió y que ahora nosotros nos dedicamos simplemente a “descubrir” con mayor o menor éxito, dependiendo de los materiales y documentos que hayan quedado a nuestro alcance. Por el contrario, el “pasado” es –como Foucault ha reiterativamente argumentado– una construcción del “presente”. No sólo en un sentido negativo, esto es, que la “reconstrucción” del pasado se encuentra limitada por la “naturaleza” de los materiales, de los “documentos” y, en consecuencia, de la necesaria incompletud de la empresa; sino, y esencialmente, en un sentido positivo, es decir, que es en la urdimbre de las relaciones de poder y saber en donde se sitúa la (re)presentación del pasado³. A su vez, esta representación del pasado es una con profundos efectos performativos sobre la experiencia misma del “presente”⁴. Con relación al polo presente-futuro cabría anotar que las posibles lecturas del último están condicionadas –de una manera mucho más evidente a primera vista que el polo pasado-presente– por el imaginario social del presente: son las proyecciones colectivas de este imaginario social en un tiempo otro-por-venir. La utopía, como ese proyecto ideal social hacia un futuro deseable, reconoce no sólo su necesaria atadura con el presente al enunciar una crítica radical del mismo, sino también su naturaleza política al pretender puntuar e inscribir el deseo colectivo.

El segundo punto esbozado en la cita de Carlos Rosero, que pretendo indicar como marco de mi intervención, se refiere a la necesaria articulación entre interpretación (lectura) y política (poder). Toda interpretación –más general aún todo conocimiento– se encuentra atravesada por las micro y macrourdimbres del poder. Así, tanto el sujeto del conocimiento como las modalidades y “contenidos” del conocimiento son posibles, en su misma constitucionalidad, en la filigrana de dichas relaciones de poder, reproduciéndolas, articulándolas y/o confrontándolas. Es en una problemática de las relaciones de este tipo que han sido formulados planteamientos como el de Althusser, según el cual la teoría es una modalidad de práctica e intervención política; conceptos como los de hegemonía, intelectual

2. Esta relación es clara para la teoría social, al menos desde Marx, quien, es su famosa línea del *Dieciocho Brumario*, afirmaba: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado” [Marx, 1978:408].

3. Sobre este punto en particular pueden consultarse las distinciones entre documento-monumento y las tradiciones historicistas discutidas por Foucault en *Arqueología del saber*. En ello Foucault no está solo. Para los estudios sobre tradición, memoria y nacionalismo véanse, por ejemplo, los clásicos libros de Hobsbawm y Ranger [1983], y Anderson [1993].

4. Efectos análogos a los que han sido teorizados por Judith Butler [1990] para el caso de las identidades sexuales.

orgánico y sentido común de Gramsci; o enfoques como el de la genealogía de Foucault, para sólo mencionar algunos de los que han sido recurrentemente referidos en la teoría social contemporánea. Recientemente, por ejemplo, un grupo de intelectuales latinoamericanos ha profundizado en esta discusión desde trabajos sobre geopolítica del conocimiento y colonialidad del saber [Mignolo, 2000]. Pero en esta exploración-problematización de las relaciones conocimiento-poder estos no se encuentran aislados ni constituyen una preocupación circunscrita a las últimas décadas. Por el contrario, los interesantes trabajos conocidos como estudios subalternos o postcoloniales, principalmente desarrollados por intelectuales provenientes de la India, apuntan en una dirección semejante. En la misma vertiente, para quienes hemos sido formados en Latinoamérica durante los años 80, muchas de estas elaboraciones que encontramos actualmente nos remiten a las discusiones que una generación atrás, en los 70, se dieron desde un enfoque más puntuado por el marxismo y la intervención en procesos organizativos locales que llevaron a valiosos desarrollos, como la propuesta de la IAP (Investigación Acción Participativa), de la cual Orlando Fals Borda es uno de los gestores mundialmente reconocidos.

Teniendo estas consideraciones presentes, es apenas evidente que mi noción de retrospectiva de los estudios de las Colombias negras no se propone el registro de “todo lo que se ha producido” –si acaso una empresa de esta naturaleza es posible. Por el contrario, es una retrospectiva que se imagina a sí misma en el ejercicio de invención de tradición pautaada por una visión de un hacia dónde. Mi selección de textos y autores, los énfasis hechos y los silencios esbozados implican una forma de leer-hacer y rehacer los estudios de las Colombias negras en su “pasado”, de legitimar los presentes y posicionar unos futuros: en una palabra, implican un ejercicio de configuración-selección de tradición⁵.

En este sentido, debo reconocer dos de los más escandalosos silencios que, muy a mi pesar, constituyen mi ejercicio. El primero de ellos es el de la estrechez del ámbito tomado en consideración para elaborar mi retrospectiva. Mi retrospectiva se circunscribe, podría argüirse que de una forma desafortunada, al ámbito académico y a los autores que han escrito desde la antropología y la historia, convencionalmente entendidas. Me explico. Los inmensos aportes desde la literatura a los estudios de las Colombias negras no han sido tomados en consideración en el presente texto, dado que ello honestamente desborda los alcances de mi actual conocimiento. He de anotar a mi favor, sin embargo, que, en cuanto al horizonte vislumbrado de dichos estudios, he hecho el énfasis correspondiente sobre la necesidad de integrar tales aportes y autores ya que mi ignorancia, por lo demás no justificable en ningún caso, es el resultado de una deformación disciplinar abiertamente provincial.

5. Para una ampliación teórica de estos planteamientos, véanse las elaboraciones de Williams [1961:50-53] al respecto del proceso de selección de una tradición cultural.

El segundo de estos silencios, claramente interrelacionado con el primero, es que mi retrospectiva no trae a colación los trabajos producidos por intelectuales negros desde las regiones mismas o por fuera de las convencionales definiciones disciplinares. Han sido pocos los autores negros que, como Aquiles Escalante, Rogerio Velásquez o Manuel Zapata Olivella, han logrado reconocimiento dentro de unas concepciones disciplinarias dominantes, debido a que dichas concepciones –a pesar de los esfuerzos de las generaciones de las décadas de 1970 y 1980– siguen siendo diletantes copias de las tradiciones académicas metropolitanas entrampadas en una colonialidad del saber que se reproduce en el plano nacional, manteniendo pequeños privilegios, microfeudos de expertos que en raras ocasiones miran más allá de sus torres de cristal, “ninguniando”, en su proverbial ensimismamiento, otras voces, otros estilos de análisis cultural e histórico que no sean los suyos o que no pasen a través de sí. En consecuencia, mi invención de “pasado” y “tradición” en los estudios de las Colombias negras reconoce estas dos limitantes, pero invita, en la formulación de su utopía, a una radical reescritura de dicho pasado y tradición, en la cual se tomen en justa consideración esas otras contribuciones y estilos que han sido desoídos a pesar de la vitalidad de sus voces.

En aras de clarificar el lugar desde el cual intervengo, quisiera brevemente agregar a estos silencios dos limitaciones de este texto. La primera de ellas es que la retrospectiva y propuesta es un análisis internalista y estrictamente descriptivo. En efecto, antes que conectar los diferentes desarrollos de los estudios de las Colombias negras con transformaciones por fuera de las disciplinas académicas, he descrito estos desarrollos *como si* fueran internos a las dinámicas de las mismas disciplinas. Cualquier historiador social de la ciencia (por no hablar de quienes están familiarizados con modelos más elaborados, como la antropología de la ciencia, los estudios de ciencia y tecnología o la genealogía foucaultiana), comprenderá que este “como si” es un paréntesis metodológico, pues de otra manera el ejercicio sería muy diferente. Por tanto, con el artículo se pretende ofrecer una descripción que ubique problemas y preguntas en lo que han sido y en lo que serán los estudios de las Colombias negras.

El segundo limitante se refiere a que mi lectura es hecha desde mis intereses académicos y políticos, que han estado muy anclados al Pacífico colombiano. Esto ha marcado de tal forma esta elaboración que sobre San Andrés y Providencia no hay alusión alguna. Se pudiera argüir que es un respeto frente a su legítimo derecho de no ser considerados unilateralmente parte de Colombia y a la imposición cultural asociada con el proceso de colombianización, pero la verdad es que se me escapa un análisis serio de la literatura producida sobre la isla. Unas cuantas tesis y artículos leídos no son nunca indicador de dicha competencia, pero sí una manifestación de la desigual visibilidad de regiones y preguntas en la literatura académica sobre las Colombias negras.

Este artículo está compuesto de dos partes. La primera es una retrospectiva de los estudios de las Colombias negras. Empieza con una descripción de la constitución de lo negro como especialidad disciplinaria, para luego hacer un análisis de esta especialidad en términos de la distribución geográfica de los estudios, así como de las orientaciones conceptuales que los han alimentado y de sus líneas de investigación. En la segunda parte se analizan varios aspectos interrelacionados del posible futuro de dichos estudios. Se inicia haciendo un recuento de los factores que transformarán los estudios de las Colombias negras en los próximos diez años, luego se definen las características de dichos estudios, prestando particular atención a la constitución de su “objeto” más allá de los esencialismos. Por último, se ofrecen algunas líneas de investigación que pueden ser exploradas en el marco de estos estudios. En síntesis, este artículo puede leerse como una invitación a decantar unos estudios de las Colombias negras, ofreciendo algunos conceptos y posiciones pertinentes para materializar dicho proyecto.

1. Retrospectiva

1.1. Antropología e historia del negro: la constitución de una especialidad disciplinaria

Para comenzar, entre los estudios de las Colombias negras hay que distinguir aquellos trabajos académicos cuyas preguntas están constituidas explícita y principalmente en torno a la especificidad del negro en Colombia como una unidad de análisis. En otras palabras, en el universo de la literatura académica algunos autores han planteado sus trabajos manifiesta y fundamentalmente dirigidos hacia el análisis cultural e histórico del negro en Colombia. Estos autores son los que uno podría mencionar como inmediatos pioneros de la antropología e historia del negro en Colombia. Los nombres de Aquiles Escalante, Nina S. de Friedemann y Rogerio Velásquez son los más conocidos del lado de los antropólogos por su temprana y sostenida trayectoria académica. Sin embargo, muchos otros ameritan ser sumados a esta lista inicial. Para empezar con tres de los más visibles aportes de la década de los años 50 habría que mencionar los nombres del presbítero Arboleda, Thomas Price, Robert C. West y Manuel Zapata Olivella. Inmediatamente después, o más recientemente, se han sumado otros autores sin los cuales sería difícil imaginar los estudios de las Colombias negras. Entre ellos mencionaríamos, sin la intención de ser exhaustivo y excluyendo el grueso de los académicos que empezaron sus contribuciones en la década de 1990, a Jaime Arocha, Alexander Cifuentes, Germán Colmenares, Nicolás del Castillo, Anne-Marie Losonczy, Peter Wade, Norman Whitten y William Villa.

Ahora bien, existen otra serie de autores y de trabajos que, aunque no se plantearon explícita o principalmente como una antropología e historia del negro, contienen sin duda aportes sustantivos –aunque a veces problemáticos– a los estudios de las Colombias ne-

gras. De un lado, múltiples investigaciones adelantadas en las áreas rurales o urbanas donde habitan predominantemente poblaciones negras enfocaron preguntas que no estaban encuadradas dentro de un análisis específicamente cultural y/o histórico de “lo negro”. Esto debido a muchas razones, entre las cuales cabe destacar el imaginario del mestizaje, que ha predominado en disciplinas como la sociología o la economía y que diluye la especificidad histórico-cultural de dichas poblaciones en nociones como la de campesino, proletario, migrante, agricultor, etc. Del otro, en este grupo de trabajos uno puede encontrar nombres de autores que hicieron contribuciones importantes, aunque puntuales y a veces de forma indirecta, a los estudios de las Colombias negras. Orlando Fals Borda, por ejemplo, podría fácilmente incluirse en este grupo.

Ahora bien, aquellos autores que han trabajado explícitamente en una antropología e historia del negro en Colombia no se encuentran hablando de un único y mismo “objeto”. En otras palabras, lo negro como objeto disciplinario se ha constituido en plural. Incluso en la superficie del discurso, esto se evidencia en la variedad de terminología elaborada: poblaciones, grupos, sociedades, comunidades, cultura(s), raza o etnia(s) puntuadas de negras, afrocolombianas, afrodescendientes o negroides. Más profundamente, estos términos se encuentran articulados con disímiles (y a veces contradictorios) andamiajes conceptuales, los cuales, a su vez, perfilan diferentes “objetos”.

1.2. “Pacificalización, ruralización y riocentrismo”: geografía de las Colombias negras

Desde una perspectiva espacial resulta pertinente preguntarse por la localización de los estudios adelantados sobre las Colombias negras y las implicaciones de dicha localización en estos estudios. En este punto hay que anotar que en la región del Pacífico es donde se han concentrado los estudios de las Colombias negras. Ello no ha sido gratuito y, de una forma significativa, ha marcado dichos estudios⁶. Un simple balance cuantitativo podría concluir que cerca de las tres cuartas partes de la literatura académica sobre el negro en Colombia se refieren a la región del Pacífico. Si sólo se retoman los trabajos producidos desde la década de 1990, esta proporción es todavía mayor. Pero el énfasis en el Pacífico no es única ni esencialmente cuantitativo. Por el contrario, las representaciones académicas de lo negro en Colombia han sido estructuradas teniendo al Pacífico como paradigma⁷. De ahí que uno pueda denominar este fenómeno como la “pacificalización” del negro en Colombia.

Ahora bien, un análisis de la literatura referida en términos espaciales nos permite llegar a otra conclusión. Aunque demográficamente los afrodescendientes (para emplear un vocablo acuñado recientemente en nuestro contexto por Jaime Arocha) se encuentran loca-

6. Para una exposición de las condiciones que explican esta situación, véase Restrepo [1999].

7. Véase el artículo anteriormente citado para una ampliación de este planteamiento.

lizados en una abrumadora mayoría en contextos urbanos –en ciudades del Pacífico como Quibdó, Buenaventura y Tumaco; del interior del país como Cali, Bogotá y Medellín; o de la costa Caribe como Cartagena o Barranquilla–, son relativamente escasos los estudios que exploran las dinámicas culturales e históricas de estas poblaciones desde la perspectiva de las Colombias negras. Esto es, mientras el grueso de los trabajos se refieren a las áreas rurales, mucho más escasos son los que han centrado su interés en comprender las dinámicas histórico-culturales de las poblaciones negras urbanas en el país. Como consecuencia, desde una perspectiva de análisis espacial, además de la “pacificalización” ya anotada, se puede plantear una “ruralización” en la producción académica del negro en Colombia⁸.

Manteniendo este nivel de análisis espacial, por último, cabe indicar que a esta doble atadura que he denominado con los términos “pacificalización” y “ruralización” de la producción académica del negro en Colombia, habría que sumar una suerte de “riocentrismo”. En efecto, tanto en términos cuantitativos como cualitativos, la literatura ha hecho un énfasis mayor en la zonas rurales de los ríos del Pacífico que en las áreas costeras. La imagen del minero, del agricultor polivalente, del monte o del río han tenido mucho más peso a la hora de teorizar conceptos como los de territorio, identidad y prácticas tradicionales de producción, que aquellas del pescador, la bocana o el mar. Con la noción de “riocentrismo” no quiero indicar que no existan trabajos sobre el mar, los pescadores o las dinámicas históricas en el litoral, en el contexto de los estudios de las Colombias negras⁹. Mucho menos que estos no hayan ocupado ningún lugar en la teorización de aquellos conceptos. Con esta noción quiero señalar más bien un particular énfasis en la literatura académica sobre el negro en los cursos medios y altos de los ríos del Pacífico rural colombiano.

1.3. Orientaciones conceptuales

En cuanto a las orientaciones conceptuales elaboradas en los estudios de las Colombias negras existe una amplia gama que va desde aquellas orientadas por el modelo culturalista de la afroamericanística en la vertiente de Herskovits, pasando por disímiles tendencias de las antropologías modernistas inspiradas en vertientes teóricas anglosajonas

8. No es mi intención elaborar una lista detallada de los trabajos que han sido adelantados en contextos urbanos, haciendo una contribución y énfasis diferente a la que acabo de anotar. A manera de ilustración, sin embargo, se pueden indicar los seminales estudios de Paula Galeano [1996, 1999] y Peter Wade [1997, 1998] para Medellín; los de Jaime Arocha [2002] y Claudia Mosquera [1998] en Bogotá; los de Elisabeth Cunin [2000], Claudia Mosquera y Marion Provansal [2000] en Cartagena; y, además del trabajo de Santiago Arboleda [1998], se encuentran, como se referenciarán más adelante, los producidos en el contexto del proyecto de investigación Univalle-Orstom para Cali y su área metropolitana, teniendo en cuenta Tumaco y Buenaventura.

9. Es precisamente en esta línea de trabajo donde se hallan los aportes de Juana Camacho y Carlos Tapia [1997], Erika Fernández [2001] y Antonia Helena Rivera [1997], para el caso del norte del Pacífico; así como los de Jaime Arocha [1986, 1990] y Óscar Olarte [1978], para la ensenada de Tumaco en el sur.

o francesas, hasta los más recientes desarrollos de un enfoque afroamericanista sustentado principalmente desde Bateson y los intentos de introducir otras vertientes teóricas, como el postestructuralismo, los estudios culturales o la teoría feminista¹⁰. Con frecuencia estas orientaciones conceptuales se entrecruzan, articulan, coexisten, contraponen y superponen de múltiples y sutiles maneras. No son, para nada, una simple sucesión de relevo en el tiempo de una por otra; mucho menos que varias de ellas no puedan ser observadas operando al mismo tiempo en un autor o investigación concreta; tampoco deben ser entendidas como una simple línea de acumulación de verdades sobre un mismo y único objeto. Por tanto, mi identificación y descripción de las diversas orientaciones conceptuales debe comprenderse como un ejercicio analítico de establecer grandes diferencias y contrastes, dejando para otro momento un análisis de sus conexiones y amalgamas.

De los años 50 datan ya los estudios del negro en Colombia dentro de una perspectiva afroamericanista. Rafael Arboleda [1950, 1952], Aquiles Escalante [1954, 1964] y Thomas Price [1954, 1955] son tres de los autores que desarrollaron su trabajo en esta línea. Dos aspectos nodales de este enfoque fueron la categoría de afrocolombiano y la del programa de investigación propuesto por el modelo de Herskovits. De un lado, la categoría de afrocolombiano era la adaptación al contexto colombiano del concepto de afroamericano, elaborado inicialmente en Estados Unidos (donde americano se superpone, no en pocas ocasiones, con estadounidense). Con esta noción se buscaba hacer un énfasis en la herencia africana como criterio de especificidad que marcaba las “culturas negras” en el continente americano. De ahí que el programa de investigación contemplaba como uno de sus aspectos nodales, no sólo la identificación de las retenciones africanas en el Nuevo Mundo, sino también una comparación de las mismas en su mayor o menor grado de africanía. En consecuencia, este programa implicaba una estrecha relación entre antropología e historia para dar cuenta de las particularidades del negro en América. Nacido en el seno del particularismo culturalista boasiano, este programa era entendido como una pesquisa de las continuidades históricas, circunscrita a unas áreas geográficas o poblaciones específicas, para explicar los fenómenos de permanencia y cambio cultural de las sociedades negras americanas.

Hacia mediados de los 60 y principios de los 70 se empezaron a posicionar otros conceptos y enfoques explicativos para dar cuenta de las Colombias negras. En los años 70 se difundieron los modelos del análisis funcional en las vertientes de la antropología social británica y de la escuela funcional de la sociología norteamericana. Desde estas perspectivas las sociedades se entienden como totalidades integrales compuestas por una serie de instituciones que se suponen desempeñando un papel en la reproducción de dicha

10. En aras de la precisión de mi análisis me centraré en la antropología. El caso de la historia amerita un examen específico ya que los modelos conceptuales y teóricos no son idénticos, aunque sí convergentes, con los propuestos acá para el caso de la antropología.

totalidad social. El análisis sincrónico se privilegia sobre el diacrónico, perdiendo relevancia las pesquisas por las continuidades históricas. Hacia finales de los 60 y en los 70, desde diferentes vertientes del análisis funcional, fueron producidos los estudios de Virginia Gutiérrez de Pineda [1968], algunas tesis de grado como la de Nancy Motta [1976] e incluso el primer informe de investigación sobre el Güelmambí, presentado conjuntamente por Nina S de Friedemann y Jorge Morales [1969]. De la misma manera, el trabajo antropológico de Rogerio Velásquez¹¹ se encuentra alimentado, en gran parte, por los análisis funcionales. Conceptos como estructura o grupo social, estatus, rol, función e institución se corresponden con este tipo de análisis.

Durante los mismos años se fue posicionando igualmente la ecología cultural norteamericana como alternativa explicativa al modelo afroamericanista en Colombia. De una manera más general, la ecología cultural norteamericana, asociada principalmente al nombre de Julian H. Steward, es entendible como una alternativa teórico-metodológica al por aquel entonces imperante culturalismo boasiano, ampliamente extendido en la academia estadounidense de mediados de los 50 [Murphy, 1977]. Los seminales trabajos de Norman Whitten [1974, 1992] para el norte del Ecuador y el sur de Colombia se enmarcan explícitamente dentro de esta vertiente conceptual. Igualmente, en esta línea pueden ser ubicadas las contribuciones de Nina S. de Friedemann durante la primera mitad de los años 70 en el Güelmambí, en particular su artículo publicado en 1974.

Los 70 también fueron los años de la influencia del marxismo en el análisis histórico y cultural del negro en Colombia, percibida en los trabajos monográficos de grado, algunos de los cuales fueron publicados en forma de artículos o libros, como en el caso de Olga Moncada [1979]. Inspirados en la crítica social, en un momento de significativa influencia del pensamiento marxista, se encuentran trabajos de denuncia, como el realizado por Aquiles Escalante [1971] sobre las condiciones de explotación e injusticia asociadas a la minería en el Chocó.

Durante los años 80 se produjeron dos desarrollos cruciales en los estudios de las Colombias negras. En el primero de ellos, asociado al grupo de trabajo del Proyecto de Cooperación Técnica Internacional Holanda-Diar en el medio Atrato, se consolidó una estrategia de análisis que combinó los aportes de ciencias como la agronomía y la ecología, con preocupaciones históricas y sociales para explicar los modelos productivos de los campesinos negros de esta zona del Pacífico. Llevando mucho más allá los aportes de Whitten, en este nuevo tipo de análisis no sólo se identificaron y describieron las estrategias multiopcionales de producción, sino también sus articulaciones en una serie de modelos productivos específicos. Los trabajos de July Leesberg y Emperatriz Valencia [1987], Em-

11. Para una reciente edición de algunos de sus principales trabajos de aquellos años, véase Velásquez [2000].

peratriz Valencia [1990] y William Villa [1994] fueron los iniciales y más visibles exponentes de este enfoque.

El otro desarrollo, hacia final de los años 80 y principios de los 90, fue la combinación de aspectos conceptuales del materialismo y la ecología cultural, en una articulación posterior con una perspectiva afroamericanista, la que halló en las reformulaciones de Mintz y Price [1992], del modelo propuesto anteriormente por Herskovits, el lugar para sustentar la noción de huellas de africanía desde Gregory Bateson. En la antropología, Jaime Arocha [1999(a)] y Nina S. de Friedemann [1992, 1993] son los principales exponentes de este tipo de enfoque, mientras que en historia se encuentran los trabajos de Adriana Maya [1996, 1998(a)].

Estos dos desarrollos no agotaron, sin embargo, los enfoques conceptuales adelantados en los estudios de las Colombias negras en los 80, mucho menos en la década de 1990. Entre finales de los 80 y principios de los 90 se elaboraron, además, los trabajos inspirados en la etnología francesa (específicamente en las Américas negras de Bastide y los planteamientos de Lévi-Strauss), como es el caso de Anne-Marie Losonczy [1997], así como los estudios de las pautas raciales regionales en el contexto del imaginario nacional de Peter Wade [1997]. También se escribieron artículos desde la antropología interpretativa norteamericana, como en el caso de Gabriel Izquierdo [1984].

Permitaseme recapitular en breve mi retrospectiva de las orientaciones conceptuales hasta los años 80, para analizar la última década, la cual se encuentra marcada por el incremento asombroso del número de investigaciones, así como por la multiplicidad de orientaciones y preguntas que las han alimentado. En Colombia, fue durante los años 50 cuando se hicieron los aportes a los estudios de las Colombias negras, desde un modelo afroamericanista inspirado en Herskovits. Entre los 60 y 70 se emplearon tres principales enfoques: el análisis funcional, el marxismo y la ecología cultural. Para los 80, dos desarrollos importantes combinaron de forma creativa disímiles fuentes teóricas para dar lugar a la teorización de los modelos de producción en el Pacífico rural y a la sustentación de una más elaborada perspectiva afroamericanista. A estos dos desarrollos es necesario agregar las aplicaciones del estructuralismo francés, del interpretativismo norteamericano y del análisis de lo racial e identitario, desde la antropología social británica contemporánea.

En términos generales, éste era el panorama hacia principios de los 90, cuando se produjo una explosión de los estudios de las Colombias negras. El grueso de esta literatura ha explorado alguna de las líneas consolidadas en los años 80, cruzándola en ciertos casos con otro tipo de preguntas que no fueron inicialmente contempladas, por ejemplo el género, en el caso de los trabajos de Juana Camacho [1998(a,b)], Nancy Motta [1995] y Mónica Espinosa y Nina S. de Friedemann [1993]; las representaciones locales del paisaje en Patricia Vargas [1999(a,b)]; o problemas específicos para un área determinada, como el manejo

sostenible de los bosques naturales en Del Valle y Restrepo [1996]. Enfoques planteados anteriormente, como los análisis de tipo funcional o los marxistas, también han sido retomados de disímiles formas. Sobre los primeros hay trabajos como el de John Herbert Valencia [1998] sobre la familia chochoana. Por su parte, el valioso trabajo de Jacques Aprile-Gnisset [1993] y Gilma Mosquera [1999] encuentra inspiración teórica en el marxismo.

En otros casos, sin embargo, se han desplegado nuevos encuadres conceptuales, visibilizando otro tipo de preguntas y estrategias de lectura. Tal vez el postestructuralismo es la más novedosa propuesta en este sentido. Aunque principalmente asociado al nombre de Arturo Escobar, son muchos otros los estudios que de una forma u otra se inspiran en este horizonte conceptual de la teoría social contemporánea. Aquí, por ejemplo, pueden ser localizados aquellos que van desde la geografía, como la reciente tesis doctoral presentada por Ulrich Oslender [2001], hasta aquellos inscritos en la teoría feminista, como el trabajo de Kiran Asher [1998]. Pero el postestructuralismo en su vertiente anglosajona no es, sin duda, el único. Del lado de la contemporánea etnología francesa –que, atravesada por los planteamientos de autores como Pierre Bourdieu y Marc Auge, redefine conceptos como práctica, identidad y etnografía, tomando distancia de la “hiperreflexividad” que ha acompañado ciertas versiones de la antropología postmoderna gringa– se encuentran aquellos estudios articulados a las preguntas por las identidades políticas y culturales, como los trabajos de Marion Provansal [1998] y Elisabeth Cunin [2000] en la costa Caribe, y Michel Agier [1999] para el Pacífico sur.

1.4. Problemas y líneas de investigación

Cientos son los títulos y decenas los autores que no han sido mencionados debido a la generalidad de mis planteamientos, queriendo presentar una lectura grosso modo de las orientaciones conceptuales que han caracterizado los estudios de las Colombias negras. Espero poder remediar en algún grado esta falta haciendo una retrospectiva desde las líneas de investigación adelantadas en el más de medio siglo de los estudios de las Colombias negras. Ahora bien, al igual que las orientaciones conceptuales, no es extraordinario que estas líneas se entrecrucen y superpongan, dando unas orígenes a otras o unas tomando el lugar de otras en determinados momentos o autores. Por tanto, mi exposición debe comprenderse como ejercicio de simplificación en aras de identificar unas líneas que en la práctica rara vez se encuentran aisladas o puras en un autor u obra determinada.

Continuidad África-América. Desde una perspectiva que ha combinado historia y antropología, se puede indicar que una línea de trabajo ha sido la pesquisa por las continuidades entre África-América. Los trabajos de demografía histórica, de rastreo de los lugares de origen y de los etnónimos de los esclavizados pertenecen a esta línea de trabajo del lado de la historia; mientras que la identificación del legado africano, no sólo en los

afrodescendientes, sino también en la sociedad colombiana, es una pertinente tarea para los antropólogos desde esta línea de investigación. Paul Pavy [1967], Nicolás del Castillo [1982] y, más recientemente, Adriana Amaya [1998(a,b)] son algunos de los historiadores trabajando en esta dirección; mientras que del lado de la antropología se encuentran autores como Aquiles Escalante [1971], Jaime Arocha [1999(a)] y Nina S. de Friedemann [1992, 1993]. Esta línea de investigación se inscribe dentro de la afroamericanística, el énfasis teórico en el puente África-América y en la comprensión de la diáspora africana.

Movilidad poblacional. Las dinámicas de movilidad poblacional pasadas y actuales constituyen otra línea de investigación dentro de los estudios de las Colombias negras. Esta línea tiene un aspecto de análisis histórico orientado a la comprensión de los modelos y fases de poblamiento locales y regionales desde la Colonia hasta el presente. En esta dirección se encuentran, entre otros, los trabajos de Jacques Aprile-Gnisset [1993], Odile Hoffmann [1997], Gilma Mosquera [1999], Mónica Restrepo [1992], Mario Diego Romero [1995], Emperatriz Valencia [1990], William Villa [1994], Robert C. West [1957] y Francisco Zuluaga [1994]. El otro aspecto se centra más en los procesos de migración y movilidad poblacional hacia los centros urbanos. Los trabajos de Santiago Arboleda [1998], Teodora Hurtado [1996], Claudia Mosquera [1998], Pedro Quintín [1999], Fernando Urrea [1996], Urrea, Arboleda y Arias [1999], Alfredo Vanín [1998(a)], entre otros, son cruciales aportes en esta dirección. Quisiera resaltar, además de los dos aspectos señalados, los estudios de orden estadístico sobre demografía y movilidad poblacional adelantados en los últimos años por un grupo de investigadores, entre los que cabe destacar Olivier Barbary [1998]; Barbary, Bruyneel, Ramírez y Urrea [1999], y Urrea, Ramírez y Viáfara [2001].

Esclavización y resistencia. Las experiencias y condiciones de la esclavización, al igual que las disímiles formas de resistencia de los esclavizados, han constituido otra relevante línea de investigación. Desde estudios ya clásicos de la demografía de los esclavizados que existieron en la Nueva Granada en los diferentes momentos y regiones, hasta las investigaciones más detalladas de las estrategias de resistencia cultural de las mujeres esclavizadas o las particulares condiciones de vida de las cuadrillas de mineros. Estoy pensando acá en una amplia gama de contribuciones, desde los tempranos escritos de Jaime Jaramillo [1963, 1969], Jorge Palacios [1978, 1994] y James King [1939], hasta los más recientes de Rafael Díaz [1993, 1998], Sergio Mosquera [1997], Orián Jiménez [1998, 2000], Adriana Maya [1998(a)], Óscar Almario [2001] y Jessica Spicker [1996]. En una dirección semejante pueden considerarse, además, los análisis regionales de la Colonia y el lugar de la esclavitud como institución económica y social, como otra vertiente de los estudios sobre las Colombias negras. Guido Barona [1986, 1995], Germán Colmenares [1979, 1983], Zamira Díaz [1994], Claudia Leal [1998], William Sharp [1970, 1976] y Francisco Zuluaga [1988] son algunos de los autores que han hecho valiosas contribuciones en

esta línea de trabajo. Los mecanismos de emancipación, el impacto de la misma en las dinámicas regionales y el lugar de los libertos en la definición de la naciente república conforman otra serie de problemas asociados a esta línea de investigación. Gran parte de los autores ya mencionados han contribuido en esta dirección.

Estrategias económicas. Desde diferentes vertientes de la antropología económica o de la ecología cultural se pueden identificar –como línea de investigación– las actuales prácticas, relaciones y estrategias económicas de las poblaciones negras. En esta línea confluyen desde aportes exclusivamente etnográficos centrados en una actividad o localidad, hasta aquellos estudios más analíticos sobre modelos regionales o sistemas productivos en su articulación regional o más allá de la región. En los primeros se puede ubicar un sinnúmero de tesis de grado que dan cuenta de las técnicas y relaciones asociadas a actividades como la minería, pesca, extracción de madera, cacería, agricultura y recolección. Jaime Atencio y Tito Córdoba [1972], Hernando Bravo [1998], Erika Fernández [2001], David López [1986], Óscar Olarte [1978] y Jorge Yepes [1988], por mencionar sólo algunas de ellas. En los segundos, aunque con diferentes énfasis y alcances, los ya mencionados trabajos de Emperatriz Valencia y July Leesberg [1987], William Villa y Norman Whitten son cruciales referentes. Muchos de estos trabajos han desembocado en exploraciones de las formas de propiedad y territorialidad de las poblaciones negras, sobre todo para el caso de la región del Pacífico rural.

Familia, parentesco y organización social. El trabajo de Nina S. de Friedemann [1974], en la primera mitad de los 70, ha marcado profundamente, sin duda, una serie de estudios en torno al parentesco y la organización social de las poblaciones negras. Antes de este trabajo, en los 60, las interpretaciones de Virginia Gutiérrez de Pineda [1968] sobre la familia del complejo cultural negroide o fluvio-minero constituyen otro mojón a tener en cuenta, aunque ha sido criticado en muchos aspectos. Aportes como los de Amanda Barreto [1971] y Berta Perea [1986] en la segunda mitad de los 80 ó los de Félix Riascos [1994] en la primera de los 90 apuntan hacia la elaboración del concepto de matrifocalidad, entendiéndolo en su conexión más o menos vital con el legado africano. Jaime Arocha [1986], Odile Hoffmann [1998(b)], Javier Moreno [1994], Nancy Motta [1976], Nelly Rivas [1998] y Norman Whitten [1992] son otras puntadas dadas en la descripción e interpretación de los sistemas de parentesco y organización social en los estudios de las Colombias negras. Sobre el compadrazgo como nodal bisagra de las relaciones entre indígenas y negros se encuentran los detallados trabajos de Anne-Marie Losonczy [1997] y Natalia Otero [1994]. El reciente trabajo de Pedro Quintín [2000] es una valiosa contribución teórica fuertemente orientada para pensar los estudios de parentesco entre poblaciones negras más allá de los esencialismos e ingenuidades epistémicas.

Blanqueamiento y marginalidad. Asimilación, marginalidad, discriminación y diferencia son conceptos en los que confluyen diferentes tipos de estudios de las Colombias

negras. Las dinámicas de asimilación cultural o de mimesis han sido trabajadas desde la perspectiva del “blanqueamiento”. Este énfasis, desplegado sobre todo en los 60, ha explorado una temática abordada genialmente por Fanon en su libro *Piel negra, máscaras blancas*, básicamente explorando las conexiones entre ascenso socioeconómico y transformación de las prácticas y relaciones culturales en un contexto hegemónico que se ha representado a sí mismo como “mestizo”. Por su parte, en torno a la noción de marginalidad se pueden congregar aquellas investigaciones que han evidenciado cómo el aislamiento económico y político ha marcado las condiciones de vida y culturales de las poblaciones negras. Rogerio Velásquez [2000] es una de las figuras más sobresalientes de este último, mientras Norman Whitten [1992] lo es en el primero.

Discriminación y diferencia. Los conceptos de discriminación y diferencia, de otro lado, son los pilares de una serie de estudios que se preguntan por las relaciones raciales o étnicas que han constituido las Colombias negras. El análisis de las primeras ha estado asociado más claramente al propósito de evidenciar las dinámicas de la discriminación desde las cuales han operado el imaginario y las prácticas sociales concretas con respecto a la gente negra. En esta línea es crucial el sostenido aporte de los trabajos de Juan de Dios Mosquera [1985] y Juan Tulio Córdoba [1983], así como los de Peter Wade [1997].

Relaciones interétnicas. Articulados más a la noción de diferencia cultural, el estudio de las relaciones interétnicas ha sido una importante línea de investigación. Las relaciones entre indígenas y negros han sido las más exploradas desde esta perspectiva. Relaciones que van desde formas dialogales de resolución de conflictos, pasando por mecanismos sociales y simbólicos compartidos, hasta los más recientes roces entre ellos, muchas veces resultantes de desafortunadas intervenciones de agentes externos. Habría que mencionar nuevamente los trabajos de Jaime Arocha, Anne-Marie Losonczy y Natalia Otero, como aportes en esta línea de investigación. Pero no sólo las relaciones interétnicas se han circunscrito al análisis de aquellas tejidas entre negros e indígenas. Por el contrario, no son escasos los estudios que exploran el significado de estas relaciones con otros grupos. Para mencionar algunos trabajos, el realizado por Óscar Almario [2001] sobre la historia de las relaciones interétnicas para el Pacífico sur incluye las elites blancas y mestizas, no sólo las locales, sino aquellas asentadas en las ciudades del interior, como Pasto, Popayán y Cali. Michael Taussig [1978], y Fernando Urrea y Teodora Hurtado [1999] han evidenciado las relaciones entre las poblaciones negras del interior del Valle del Cauca, entre la gente que ha nacido allí y aquellos que migran del Pacífico para trabajar en los ingenios azucareros. Otro sugerente estudio es el recientemente adelantado por Stella Rodríguez [2000] sobre las relaciones entre negros y culimochos (blancos raizales) en el Pacífico sur. Entre las contribuciones de su trabajo está el dar cuenta de las dinámicas de mimesis y distinción en las cuales se han constituido dichas relaciones.

Identidades, políticas de la etnicidad y movimiento organizativo. Identidad étnica, políticas de la etnicidad y movimiento organizativo se ha configurado como la más febril línea en los estudios de las Colombias negras durante los últimos años. En ella encontramos trabajos en diferentes direcciones y con diferentes énfasis. Por ejemplo, están las contribuciones hechas en política y etnicidad realizadas por Carlos Agudelo [1998], Odile Hoffmann [2000] y Stefan Khittel [1999], entre otros. Sobre identidad étnica se pueden señalar, además de muchos de los autores anteriormente mencionados, los estudios de Kiran Asher [1998], Elizabet Cunin [2000], Ulrich Oslender [2001], Marion Provansal [1998] y William Villa [2001], así como un reciente artículo escrito conjuntamente por Teodora Hurtado y Fernando Urrea [2002]. Igualmente, en esta línea se ubican los estudios sobre el movimiento social de Alfonso Cassiani [1999]; Libia Grueso, Carlos Rosero y Arturo Escobar [1998], Mauricio Pardo [1996, 1997, en prensa], William Villa [1998] y Peter Wade [1992, 1995], entre otros. Cabe mencionar, además, aquellos aportes que piensan las articulaciones de las políticas de la etnicidad con el Estado u otro tipo de agentes. En este sentido se encuentra el relevante libro editado por Mauricio Pardo [2001] para el caso del Pacífico. En términos de identidades culturales se han desarrollado trabajos que relacionan la música y la identidad. Entre otros, aquí se encuentran las investigaciones de Claudia Mosquera y Marion Provansal [2000] y las de Peter Wade [2000]. Igualmente, nuevos estudios han explorado otro tipo de inscripciones de las identidades, como la alimentación [Paula Galeano, 1999], la religiosidad [María de la Luz Vásquez, 1999] o el cuerpo, la belleza y la sexualidad [Stefan Khittel, 2000].

Antropología de la modernidad. En el contexto colombiano, antropología de la modernidad es un enfoque introducido por Arturo Escobar [1997, 1999]. Sobre todo para el caso del Pacífico, esta perspectiva ha abierto una línea de análisis en la cual confluyen un sinnúmero de estudios. El libro compilado por Arturo Escobar y Álvaro Pedrosa [1996] contiene algunos de estos trabajos enfocados hacia un análisis antropológico de la modernidad como hecho cultural y, en particular, de cómo sus diferentes dispositivos desplegados –por ejemplo el desarrollo o la biodiversidad– han intervenido en las dinámicas de vida de las comunidades negras y han sido articulados en su confrontación, resignificación y transformación por el movimiento organizativo. Recientes tesis de grado han recogido dicha propuesta de análisis para aplicarla de creativas maneras al análisis de proyectos específicos –como en el caso de Manuela Álvarez [1998, 1999] para pensar los regímenes de construcción de ciudad en Tumaco– o las narrativas y prácticas de invención-intervención de instituciones como la iglesia –en el caso de Aura María Niño [2001] y su análisis de la pastoral social de la Prefectura Apostólica en Guapi. Un sugerente artículo de Peter Wade [1999] sobre las representaciones de las comunidades negras como guardianes de la naturaleza puede ser considerado bajo este tipo de análisis.

Violencia, derechos humanos y desplazamiento forzado. Constituyen una crucial línea de investigación, no sólo en el estudio de las Colombias negras, también en la comprensión de nuestro proyecto de nación. En el caso de las Colombias negras unos estudios han evidenciado cómo la geografía del conflicto armado ha ido extendiéndose a regiones que hasta hace pocos años no habían sido escenario de guerra. En estos estudios se han mostrado, además, las implicaciones para las poblaciones locales y sus formas no violentas de resolución de conflictos, de verse inmersas en la disputa territorial de los diferentes actores armados. Carlos Agudelo [2001], Jaime Arocha [1998, 1999(b), 2001], Anne-Marie Losonczy [1993] y Mieke Wounters [2001(a)] han explorado esta dirección. Los derechos humanos, en el caso de las Colombias negras, han estado enfocados en evidenciar los abiertos y sutiles mecanismos de discriminación del negro en Colombia, así como la violación de los más elementales derechos en tanto individuos o pueblo negro. Los aportes más interesantes han sido elaborados desde el mismo movimiento organizativo, donde son de particular relevancia los nombres de Juan de Dios Mosquera y Carlos Rosero. En cuanto al desplazamiento forzado, un reciente documento escrito por Mieke Wouters [2001(b)] indicaba la paradoja que, si bien gran parte de los desplazados pertenecen a las comunidades negras, los estudios adelantados en Colombia sobre el desplazamiento raras veces llaman la atención sobre el hecho, y menos aún lo analizan desde una perspectiva étnica.

Historias locales y etnografía del conocimiento local. El análisis de las historias y conocimientos locales conforma otra línea de investigación que ha sido adelantada para los estudios de las Colombias negras. El ámbito de las historias locales ha sido explorado en la década del 90, en el contexto de proyectos de investigación que han involucrado a las comunidades en el proceso de obtención y elaboración de la información. En este sentido han sido un aporte, no sólo en cuanto al material producido para la comprensión de las Colombias negras, sino también en cuanto a la metodología de investigación con participación de las mismas comunidades. Los dos volúmenes recientemente publicados por Patricia Vargas [1999(b)] para el caso del Chocó, así como el de María Clara Llanos [1999] para el sur del Pacífico, constituyen los resultados de un trabajo realmente colectivo en esta dirección. En relación con la etnografía de los conocimientos locales pueden ser ubicados los estudios que han explorado los modelos de representación de la naturaleza, del cuerpo, del género, de la personalidad, de la vida y de la muerte, así como las diferentes tecnologías de intervención en estas esferas desde las prácticas curativas hasta las rituales. Planteada de esta manera, acá se incluirían las investigaciones sobre “medicina y religiosidad popular”, así como los modelos cognitivos y lógicas simbólicas desde los cuales hace sentido para las poblaciones locales el mundo en el cual habitan. Entre los autores que han contribuido con su trabajo en la comprensión del conocimiento local están Michel Agier [1999], Juana Camacho [1998(a), 2001], Sofía Franco [1994], Paula Galeano [1996], Catalina González

[1999], Anne-Marie Losonczy [1993, 1997], Gabriel Izquierdo [1984], Sergio Mosquera [2001], John Anton Sánchez [1998], Héctor Segura [1995], Eduardo Restrepo [1996], José Fernando Serrano [1994, 1998], Rafael Perea Chala [1998], Thomas Price [1955], María de la Luz Vásquez [1999] y Rogerio Velásquez [2000].

Oraliteratura. Muy cercanas a esta línea de historias y conocimientos locales se pueden identificar aquellas investigaciones que han tenido por objeto la exploración de la rica tradición oral de las Colombias negras. En esta dirección encontramos una amplia gama de trabajos que van desde estudios de registro, compilación y análisis de cuentos, décimas, alabaos, canciones, etc.; hasta aquellas propuestas literarias basadas en dicha tradición. Autores como Miguel Caicedo [1977], Nina S. de Friedemann [1997], Alfredo Vanín [1993], Friedemann y Vanín [1994], Nancy Motta [1994], Óscar Olarte [1995], Álvaro Pedrosa [1994] y Rogerio Velásquez [2000] son algunos de los más referenciados.

2. Hacia la constitución de los estudios de las Colombias negras (Ecns)

2.1. Factores de transformación

En la primera década de este milenio los estudios de las Colombias negras se transformarán de forma significativa. Quizás en forma tal que en diez años los términos de la discusión estén distantes de nuestra actual imaginación. Estas vicisitudes serán catalizadas por al menos tres factores interrelacionados: 1) El creciente número de personas interesadas o involucradas, dentro y fuera del mundo académico, desde disímiles instituciones o sitios de enunciación; 2) Los reacomodamientos en las experiencias histórico-culturales de las Colombias negras, dadas las nuevas articulaciones en los mecanismos de dominación, explotación, violencia y hegemonía, así como los de su resistencia; y 3) Las rupturas teóricas y los realineamientos disciplinarios, que llevan al cuestionamiento de una amplia gama de supuestos, conceptos y estrategias metodológicas.

En efecto, cada vez los estudios de las Colombias negras son menos el “objeto” de un reducido número de expertos localizados en unas disciplinas institucionalizadas, como claramente lo fue hacia mediados del siglo pasado. Esto por dos razones. De un lado, en disciplinas como la historia, la antropología y la sociología se ha ido acrecentando en términos relativos y absolutos el número de estudiosos dedicados a las Colombias negras. Además, entre esos nuevos estudiosos de las Colombias negras hay un naciente grupo que se representa a sí mismo como los académicos negros. De otro lado, a este creciente número de personas que hablan desde la academia, interesadas en las Colombias negras, habría que sumarle una cantidad aun mayor de intelectuales, militantes y funcionarios que, desde diferentes locaciones (la comunidad, la organización, el Estado, la ONG, la iglesia, etc.), vienen teniendo un peso cada vez más importante, no sólo como activos interlocutores de

cuanto escriben los académicos, también como autores de un buen volumen de descripciones, interpretaciones y escritos.

Este fenómeno les plantea al menos dos preguntas centrales a quienes se representan hablando desde sus lugares de académicos avalados por los mecanismos institucionales de regulación de sus discursos. De un lado, ¿para y a nombre de quiénes hablan desde la academia, cuáles son las implicaciones de la creciente circulación en el espacio social de los saberes sobre las Colombias negras producidos en otros lugares (como los movimientos sociales, por ejemplo) y que no responden necesariamente a su normatividad ni a sus modalidades de producción, distribución y consumo de conocimientos? Del otro lado, ¿existe un privilegio epistemológico (y/o político, y/o ético) de los académicos-intelectuales negros en los estudios de las Colombias negras? Esta última pregunta será cada vez más relevante con el posicionamiento de académicos que se definen y asumen a sí mismos desde una identidad negra.

El segundo factor que pautará el desarrollo de los estudios de las Colombias negras lo constituyen las transformaciones de lo que se ha denominado, por cierto imprecisamente, globalización. Postmodernidad o el “fin de la historia” son otros conceptos que han sido sugeridos para asir, no con mucha fortuna por lo demás, los radicales cambios a escala mundial en las últimas décadas. El fin de la Guerra Fría; la naturalización y expansión del credo neoliberal; los instantáneos e impunes flujos del capital a la caza de los brazos más baratos, de los gobiernos más laxos en materias de impuestos y políticas de protección ambiental y laboral; los delirantes ritmos de acumulación del capital financiero en unos cuantos nodos con base en la especulación de acciones y monedas al margen de cualquier mecanismo de regulación; el posicionamiento de las corporaciones transnacionales y de sus influencias en las políticas exteriores y domésticas de los gobiernos; la consolidación de instituciones y acuerdos transnacionales que –como el Fondo Monetario Internacional– se constituyen en mecanismos de intervención y diseño de políticas internas de los Estados de los denominados tercer y segundo mundos; el consecuente desdibujarse de la soberanía de los Estados como unidades de control territorial, monetaria o política; el incremento de los flujos de cierto tipo de información, de los medios de comunicación y de determinadas formas de movilidad poblacional a través de las fronteras de los Estados; y la consolidación de comunidades transnacionales son algunos de los procesos que están cambiando aceleradamente no sólo las condiciones básicas de vida de los seres humanos en cualquier rincón del planeta, sino también sus mismas experiencias y percepciones constituyentes de sus identidades.

Ahora bien, para el caso de los estudios de las Colombias negras estas radicales transformaciones plantean una serie de preguntas sustantivas: ¿Qué relevancia y alcance tienen estas transformaciones para las Colombias negras? ¿Qué nuevo tipo de preguntas,

escenarios y metodologías se hacen necesarios para analizar estas transformaciones para el caso específico de las Colombias negras? ¿Cómo se conectan estas transformaciones globales con el incremento de las guerras locales y el posicionamiento de los actores armados, afectando de maneras muy concretas a las Colombias negras? De los conceptos y enfoques que han sido elaborados hasta ahora en los estudios de las Colombias negras, ¿cuáles permiten entender dichos procesos? ¿Será que algunos no solamente son inútiles, sino que se consolidan como reales obstáculos epistemológicos y metodológicos a la hora de pensar estos fenómenos?

El tercer factor en la esperable redefinición de los estudios de las Colombias negras se encuentra en los cambios que en su conjunto han experimentado los análisis académicos de la cultura, individuo y sociedad. Esas fronteras en las cuales se instauraron disciplinas como la antropología, la sociología, la psicología y la historia han sido modificadas en las últimas décadas no sólo por las discusiones internas, sino por la irrupción de estudios transdisciplinarios que cuestionan los criterios epistemológicos y metodológicos de construcción de los objetos en las disciplinas convencionales. Estudios culturales, ecología política, estudios de ciencia y tecnología, estudios postcoloniales, estudios de mujeres y *queer theory*, por sólo mencionar unos cuantos, han modificado sustancialmente las formas de pensar las relaciones entre cultura, individuo y sociedad. Todos estos campos son definidos en un ejercicio transdisciplinario que retoma, problematiza y alimenta los trabajos que continúan realizándose dentro de las definiciones disciplinarias convencionales. En su conjunto, existen problemas ampliamente discutidos durante las últimas dos décadas que impactaran directamente en los próximos años (y han empezado ya a hacerlo) los estudios de las Colombias negras. Problemas como identidad, diáspora, etnicidad, cultura, memoria y políticas de la alteridad, por mencionar los más evidentes, que han sido objeto de fecundas reelaboraciones desde diferentes perspectivas para pensar otras experiencias (no pocas de ellas dentro del mismo contexto de la diáspora africana), serán cada vez más un punto de referencia teórico-metodológica para los estudios de las Colombias negras y estos estudios, a su vez, un ejercicio para contrastar-transformar dichos conceptos y metodologías.

2.2. Características de los Eens

Además de estos tres factores que influirán en las transformaciones posibles de los estudios de las Colombias negras en los próximos diez años, quisiera plantear otros dos puntos: las características y las líneas de investigación que, a mi manera de ver, se abrirán para dichos estudios. Con respecto a las características. Primero que todo, aunque –como es claro en la retrospectiva– ha existido un creciente número de investigaciones sobre las Colombias negras y de alguna manera se cuenta con una comunidad académica, no se han consolidado como un campo específico que trascienda especialidades o énfasis disciplina-

rios. Éste es un paso que debe darse. Más que profundizar en la antropología, historia, geografía, literatura, sociología o psicología del negro en Colombia y sus aportes a la constitución de la nación colombiana, mi visión es que habría que constituir los estudios de las Colombias negras como un campo por sí mismo, que sería necesariamente transdisciplinario. Por campo transdisciplinario no entiendo la sumatoria de análisis que el antropólogo, el historiador y el sociólogo puedan hacer desde sus especialidades a la comprensión de las Colombias negras, como si estas Colombias fueran entendibles desde un simple agregado de partes definidas de antemano. Más bien tengo en mente que estos estudios constituyan un campo específico en el cual hay que definir modelos teóricos y metodológicos para comprender de una nueva manera las Colombias negras.

La segunda característica se refiere precisamente al término “Colombias negras”, usado a lo largo de este texto. “Colombias negras” sería el “objeto” que le daría identidad y definición académica a dichos estudios. Por “Colombias negras” no entiendo simplemente un estudio histórico-cultural del negro o del afrodescendiente en Colombia. Por “Colombias negras” entiendo, más bien, (1) las especificidades en las prácticas, relaciones, representaciones y discursos de las sociedades negras, del negro y de lo negro que, (2) en una relación de articulación, diferenciación, jerarquía y conflicto con otras sociedades, con otros sujetos sociales y con otros imaginarios, (3) se han configurado como tales y han construido históricamente lo que significa Colombia como país, territorio, sociedad y nación. De esta manera, los estudios de las Colombias negras no se superponen con una afroamericanista, aunque esta última es indispensable (mas no suficiente) para la primera.

De este punto se desprende la tercera característica: los estudios de las Colombias negras no constituyen una disyuntiva absoluta entre el enfoque afroamericanista y los no afroamericanistas, ya que serán el tipo de preguntas formuladas y la discusión interna de las diferentes vertientes conceptuales las que irán definiendo la relevancia o no de aplicar determinadas herramientas teórico-metodológicas¹². Para cierto tipo de pesquisas es muy probable que sea pertinente trazar las continuidades África-América, hacer énfasis en la identificación del legado africano en las Colombias negras. Para otras preguntas, sin embargo, este nivel de análisis debe ser articulado por otros modelos que sean más adecuados. Pero, cualquiera sea el caso, la adecuación o no de un específico enfoque para un problema determinado no estaría impunemente definida de antemano, sino que ameritaría demostrarse en cuanto a sus resultados concretos en el contexto de otros posibles enfoques. En una palabra, antes que esgrimir en abstracto y por razones de orden político, ético

12. De manera general, las perspectivas afroamericanistas son aquellas que, de acuerdo con diferentes presupuestos teóricos y metodológicos, hacen énfasis en las continuidades y rupturas del legado africano en su explicación de las expresiones culturales de los descendientes africanos en el mundo o de su contribución en la constitución de las diversas sociedades nacionales [Herskovits, 1945; Mintz y Price, 1992].

o epistemológico “la tiranía sobre lo real” de un enfoque sobre otros posibles, los estudios de las Colombias negras serían un campo en búsqueda de una conversación crítica de múltiples modelos de interpretación-explicación, que serán decantados en la práctica misma y a la luz de los propios resultados y límites.

Más difícil de asir, pero no por ello menos relevante, es una tercera característica de los estudios de las Colombias negras. Antes que unos estudios ensimismados en las fronteras de Colombia, antes que unos estudios de (re)producción de la colonialidad del saber, los estudios de las Colombias negras merecen definirse en una línea crítica de “provincialización de Europa”¹³ y en una visibilización-articulación-empoderamiento de modelos y categorías de conocimientos alternos generados en múltiples partes del mundo, pero en especial en lo que se ha denominado “el sur”. Provincialización de Europa en el sentido de historizar y desnaturalizar los innumerables supuestos articulados a un eurocentrismo (que no aparece como tal, sino como el “natural orden de las cosas”), que habitan no sólo los análisis académicos –desde los más formalizados, como la economía, hasta los más hermenéuticos, como la antropología o la crítica literaria–, sino también el “sentido común”. Este movimiento de provincialización de Europa es un paso en el proceso de descolonización del saber en el cual los estudios de las Colombias negras ameritan definirse. Del otro lado, esta visualización-articulación-empoderamiento de modelos y categorías alternos significa, en el caso de los estudios de las Colombias negras, atreverse a construir una voz propia en una conversación principalmente con intelectuales y académicos del “sur” a partir de problemáticas análogas.

Por último, pero no menos importante, los estudios de las Colombias negras constituyen un proyecto que no busca esencializar o reificar “lo negro”, pero que tampoco se quedaría en el simple lugar común de un ejercicio intelectual antiesencialista o de un relativismo cultural cínico. Más que esencialistas o antiesencialistas, los estudios de las Colombias negras serían no esencialistas¹⁴. En efecto, si por un lado se busca examinar cómo los procesos de naturalización de las representaciones o las prácticas que definen “lo negro” en las Colombias negras desconocen la historicidad y no necesidad de las mismas; por el otro, se pretende mostrar que estas específicas articulaciones son un hecho social e histórico desde el cual han operado mecanismos de explotación y discriminación hacia sectores concretos de población. Por lo cual es un hecho social en sí mismo –por analizar– el

13. Tomo este concepto del sugerente trabajo de Dipesh Chakrabarty (2000).

14. Mientras que un análisis esencialista subraya la *necesidad* de una articulación determinada (por ejemplo, las representaciones sociales de un sujeto son necesariamente la expresión de su posición social), un análisis antiesencialista subraya su *necesaria no* articulación (en nuestro ejemplo, las representaciones de un sujeto no son necesariamente la expresión de su posición social). Por su parte, un análisis no esencialista (o, si se prefiere, anti-antiesencialista) es uno que evidencia la *no necesidad* de las articulaciones (en el ejemplo, las representaciones de un sujeto, bajo específicas condiciones que hay que averiguar, son o no la expresión de su posición social). (Groosberg, 1993).

“esencialismo estratégico” que dichas poblaciones y los movimientos organizativos de diferente índole han establecido en el marco de las políticas de la alteridad.

2.3. Líneas de investigación de los Ecns

Para terminar, mencionaré rápidamente una serie de líneas de investigación que se hacen pertinentes dentro de estos estudios de las Colombias negras. Estas líneas deben tomarse a título de ilustraciones, marcadas por mis particulares intereses, de los tipos de problemáticas que se abren desde estos estudios de las Colombias negras. No se suceden en un orden de relevancia ni de implicación teórica. Muchas de ellas se cruzan entre sí y pueden haber sido trabajadas en varios aspectos, mientras que otras constituyen problemáticas menos relacionadas o totalmente novedosas para el caso de las Colombias negras.

Políticas de la alteridad, gubernamentalidad y modernidad. Esta línea apunta a hacer una genealogía (en el sentido foucaultiano) de las Colombias negras en aras de evidenciar las prácticas discursivas y no discursivas que han constituido las disímiles experiencias históricas de lo negro y de lo no negro en Colombia en el contexto de definición de poblaciones y problemas objeto de intervención del Estado, sus burocracias y expertos.

Del salvaje-salvaje al buen-salvaje. Esta línea exploraría las intrincadas y múltiples conexiones entre discursos y prácticas que han investido las percepciones, experiencias y representaciones de “lo negro” desde el periodo colonial hasta la actualidad como una hermenéutica de la otredad. Una otredad ambivalente que interpela de diversas maneras un sujeto-lugar no marcado: lo blanco-mestizo.

Sentido común, discriminación y democracia radical. ¿Cuáles son los precipitados del sentido común (en el sentido gramsciano) que constituyen los sutiles y burdos mecanismos de la discriminación en el contexto de las Colombias negras? ¿Cómo puede ser imaginado un proyecto de nación que reconozca en la práctica, en lo simbólico y en la ley la igualdad en la diferencia más allá de los esencialismos y sociologismos ilusorios (para tomar un término planteado por William Villa)?

Neoliberalismo, globalización y políticas multiculturales y ambientales. Hay una cierta tendencia a celebrar las políticas estatales multiculturales y/o ambientales. Se ha hecho énfasis en los progresos que la nueva Constitución Política y sus herramientas legales significan para el movimiento organizativo étnico y para los grupos ambientales. Sin que ello sea necesariamente erróneo, cabría preguntarse qué tipos de conexiones existen entre dichas políticas y los procesos de transformación de la acumulación del capital y de la dominación política producidos en las últimas tres décadas. O para plantearlo en otros términos, ¿hasta dónde lo étnico y lo ambiental son una modalidad de colonialidad que permite reproducir nuevas modalidades de reproducción del capital y de la dominación?

Mediaciones y tecnologías de la diferencia. Esta línea exploraría los sitios institucionales (academia, medios de comunicación; programas, proyectos e instituciones estatales; estrategias organizativas, acciones y planes de religiosos, ONGs, grupos armados, etc.) desde las cuales se (re)producen e inscriben las diversas y contradictorias diferencias de las Colombias negras, ya sea en los cuerpos, en los espacios, en las poblaciones, en los futuros o en las almas.

Comunidades transnacionales. Este tipo de estudio exploraría cómo las Colombias negras constituyen diferentes tipos de comunidades transnacionales. Quizá la más obvia, pero poco explorada, son los migrantes a otros países que mantienen las redes de flujos de objetos, dinero y personas entre varios Estados naciones. Cómo de transforman las Colombias negras en estos flujos y experiencias es una interesante veta de análisis. Las comunidades transnacionales también pueden ser halladas en las redes de activistas de las organizaciones, de funcionarios de instituciones, de miembros de ONGs o de académicos. Estos planos se entrecruzan de múltiples formas para producir unas Colombias negras más allá de las fronteras y dispositivos de regulación del Estado nación. Un estudio de estas redes requiere de una etnografía multisituada, que pueda seguir las fluctuaciones de objetos, personas y relaciones constituyentes de las redes.

Capitalogocentrismo, postdesarrollo, alternativas a la modernidad y modernidades alternativas. Ésta es una línea de trabajo actualmente explorada por Arturo Escobar para el caso del Pacífico colombiano, en la cual se busca evidenciar los mecanismos mediante los cuales se han consolidado los proyectos de dominación al naturalizar ciertas narrativas y prácticas (capital, desarrollo, modernidad) como los únicos mundos posibles, así como los espacios de vida, organizativos y simbólicos desde los cuales se ha contestado, resistido y contraelaborado estas narrativas y prácticas, haciendo de hecho viables otros proyectos y nociones de futuro. Una antropología del sentido y la experiencia de futuros posibles es una de las tantas vetas que se abren en la crítica cultural y política de la tiranía simbólica y material de universos conceptuales totalizantes, como los del capital, los del desarrollo y los de la modernidad.

Etnización. Ésta es una línea que remite a una etnografía “multisituada” de la constitución de las comunidades negras como grupo étnico. Aquí amerita hacerse un rastreo cuidadoso de la emergencia y transformaciones del discurso de la etnicidad de comunidad negra en los planos del proyecto de nación, así como en las regiones y en lo local. Al igual que cartografiar (en sus especificidades, contradicciones y articulaciones) el lugar del movimiento organizativo, de los líderes, los expertos, del Estado, de las ONGs, de la Iglesia, de los proyectos de cooperación técnica internacional y de los empresarios, entre otros, en el proceso de decantamiento del discurso y las políticas de la etnicidad de comunidad negra.

Sexualidad, cuerpo e identidades sexuales. Esta línea de investigación la ha empezado a trabajar Mara Viveros [1998] en sus artículos sobre masculinidad¹⁵. Sin embargo, es mucho aún lo que amerita estudiarse en cuanto a los específicos mecanismos de constitución de las sexualidades y las identidades sexuales en las Colombias negras en su densa dimensión histórica y en su variabilidad geográfica y generacional. Los aportes de la teoría feminista contemporánea (en particular los de Judith Butler y Donna Haraway), así como los estudios de la sexualidad y *queer theory* se hacen relevantes.

Modelos de conocimiento local. Aunque en esta línea de trabajo se han hecho considerables avances, es relevante un análisis que identifique cómo se han gestado históricamente estos modelos y cuáles son las especificidades en términos regionales de los mismos. Esto es, ¿existe un modelo de conocimiento local generalizable para las comunidades negras rurales en el Pacífico? ¿Éste incluiría al Pacífico ecuatoriano? ¿Es semejante al de otras regiones, por ejemplo el Palenque de San Basilio? ¿Se mantienen o transforman estos modelos (en su totalidad o en aspectos concretos) en los contextos urbanos? ¿Cómo han sido impactados estos modelos ante el posicionamiento de los movimientos organizativos, la colonización del mundo-vida por parte del Estado u otras instancias como ONGs?

15. En esta dirección se encuentra, para el caso de Cali, el reciente trabajo de Urrea y Quintín (2000).

Bibliografía

Agier, Michel. “El carnaval, el diablo y la marimba: identidad ritual en Tumaco”, en: Michel Agier, Odile Hoffmann, Manuela Álvarez Camargo y Eduardo Restrepo Uribe, *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, identidad y cultura*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, Universidad del Valle, 1999.

Agier, Michel; Hoffmann, Odile. “Las tierras de las comunidades negras. Estrategias de los actores, interpretaciones de la ley”, en: *Territorios*, n° 2, 1999.

Agudelo, Carlos Efrén. “Cambio constitucional y organización política de las poblaciones negras en Colombia”, en: *Documentos de Trabajo*, n° 26, Cali, Proyecto Cidse-Orstom, 1998.

———. “El Pacífico colombiano: de ‘remanso de paz’ a escenario estratégico del conflicto armado”, documento inédito, París, 2001.

Almarío García, Óscar. “Tras las huellas de los *Renacientes*. Por el laberinto de la etnicidad e identidad de los grupos negros o ‘afrocolombianos’ del Pacífico sur”, en: Mauricio Pardo Rojas (ed.), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Colciencias, 2001.

Álvarez Camargo, Manuela. “En nombre de la gente: modernidad y desarrollo en Tumaco”, tesis de antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 1998.

———. “La ciudad deseada: seducciones y artilugios del desarrollo”, en: Michel Agier, Odile Hoffmann, Manuela Álvarez Camargo y Eduardo Restrepo Uribe, *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, identidad y cultura*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, Universidad del Valle, 1999.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Aprile-Gnisset, Jacques. *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*. Cali, Universidad del Valle, 1993.

Arboleda, Rafael. Arboleda, Rafael. “The Ethnohistory of Colombian Negroes”, tesis de maestría, Chicago, Northwestern University, 1950.

———. “Nuevas investigaciones afrocolombianas”, en: *Revista Javeriana*, tomo XXXVII, n° 183, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1952.

Arboleda, Santiago. *Le dije que me esperara. Carmela no me esperó. El Pacífico en Cali*. Cali, Universidad del Valle, 1998.

Arévalo, Amparo. “Matrifocalidad en Andagoya, Chocó”, tesis de grado, Popayán, Universidad del Cauca, 1977.

Arocha Rodríguez, Jaime. “Concheras, manglares y organización familiar en Tumaco”, en: *Cuadernos de Antropología*, n° 7, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1986.

———. “La pesca en el litoral Pacífico: entre la incertidumbre y la utopía”, trabajo presentado para la promoción a profesor asociado, Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, 1990.

———. “Chocó: paraíso de paz”, en: Astrid Ulloa (ed.), *Contribución africana a la cultura de las Américas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Proyecto Biopacífico, 1993.

———. “Etnia y guerra: relación ausente en los estudios sobre las violencias colombianas”, en: Jaime Arocha, Fernando Cubides, Myriam Jimeno (comps.), *Las violencias: inclusión creciente*, Bogotá, CES, Universidad Nacional de Colombia, 1998.

———. *Ombligados de Ananse. Hilos ancestrales y modernos en el Pacífico colombiano*. Bogotá, CES, Universidad Nacional de Colombia, 1999(a).

———. “Redes polifónicas deshechas y desplazamiento humano en el afropacífico colombiano”, en: Fernando Cubides y Camilo Domínguez Ossa (comps.), *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá, CES, Universidad Nacional de Colombia, Ministerio del Interior, 1999(b).

———. “Diversidad étnica, gestos de paz”, 2001.

———. “Africanía y globalización disidente en Bogotá”, en: Carmen Lucía Díaz, Claudia Mosquera y Fabio Fajardo (comps.), *La universidad piensa la paz: obstáculos y posibilidades*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002, págs. 51-76.

Asher, Kiran. “Constructing Afro-Colombia: Ethnicity and Territory in the Pacific Lowlands”, tesis doctoral, Miami, Departamento de Ciencia Política de la Universidad de la Florida, 1998.

Atencio Babilonia, Jaime; Córdoda, Tito. “Economía y cultura en la costa caucana del Pacífico”, tesis de antropología, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1972.

Barbary, Olivier. “Afrocolombianos en Cali: ¿cuántos son, dónde viven, de dónde vienen?”, ponencia presentada en el Seminario Internacional Identidades y Movilidades en el Pacífico Colombiano, Cali, Universidad del Valle, Orstom, 9 al 11 de diciembre de 1998.

Barbary, Olivier; Bruyneel, Stefanie; Ramírez, Héctor Fabio; Urrea Giraldo, Fernando. “Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos”, en: *Documentos de Trabajo*, n° 38, Cali, Proyecto Cidse-IRD-Universidad del Valle, 1999.

Barona Becerra, Guido. “Problemas de la historia económica y social colonial en referencia a los grupos negros. Siglo XVIII”, en: Alexander Cifuentes (comp.), *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología, 1986.

———. *La maldición de Midas en una región del mundo colonial. Popayán 1730-1830*. Cali, Universidad del Valle, Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes del Cauca, 1995.

Barreto, Amanda. "La familia y la estructura económica: la relación de dos comunidades de la zona minera del Chocó", tesis de trabajo social, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1971.

Bravo, Hernando. *Diversidad cultural y manglares del Pacífico colombiano*. Bogotá, Ministerio del Medio Ambiente, Oimt, 1998.

Butler, Judith. *Gender Trouble*. Londres, Routledge, 1990.

Caicedo, Miguel. *Chocó: verdad, leyenda y locura*. Quibdo, Universidad del Chocó, 1977.

Camacho, Juana. "Mujeres negras y biodiversidad. Importancia de las prácticas femeninas de cultivo en espacios domésticos en el Pacífico chocoano", en: *Informes antropológicos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, 1998(a).

———. "Huertos de la costa Pacífica chocoana: prácticas de manejo de plantas cultivadas por parte de las mujeres negras", tesis de maestría en desarrollo sostenible de sistemas agrarios, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1998(b).

———. "Mujeres, zoteas y hormigas arrieras: prácticas de manejo de flora en la costa Pacífica chocoana", en: Jesús Eduardo Arroyo, Juana Camacho y otros, *Zoteas: biodiversidad y relaciones culturales en el Chocó biogeográfico colombiano*, Bogotá, IIAP, Fundación Swissaid, Fundación Natura, 2001, págs. 35-58.

Camacho, Juana; Tapia, Carlos. *Conocimiento y manejo del territorio y los recursos naturales entre las poblaciones negras de Nuquí y Tribugá, costa Pacífica chocoana*. Bogotá, Fundación Natura, 1997.

———. "Conocimiento y manejo del territorio y los recursos naturales entre las poblaciones negras de Nuquí y Tribugá", informe final presentado a la Embajada Real de los Países Bajos, Bogotá, 1997.

Cassiani, Alfonso. "Las comunidades negras afrocolombianas de la costa Caribe. Africanos, esclavos, palenqueros y comunidades negras en el Caribe colombiano", informe de investigación, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

Chakrabarty, Dipesh. *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton, Princeton University Press, 2000.

Cifuentes, Alexander (comp.). *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, 1986.

Colmenares, Germán. "Popayán: una sociedad esclavista. 1680-1800", en: *Historia económica y social de Colombia*, Medellín, La Carreta, 1979, tomo 2.

———. "Cali: terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVIII", en: *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, Bogotá, Banco de la República, 1983. Córdoba, Juan Tulio. *Etnicidad y estructura social en el Chocó*. Medellín, Lealón, 1983.

Corsetti, Giancarlo; Motta, Nancy; Tassara, Carlo. *Cambios tecnológicos, organización social y actividades reproductivas en la costa Pacífica colombiana*. Bogotá, Comitato Internazionale per lo Sviluppo dei Popoli -CISP-, 1990.

Cunin, Elisabeth. “Le métissage dans la ville. Apparences raciales, ancrage territorial et construction de catégories à Cartagena (Colombie)”, tesis doctoral en sociología, Le Mirail, Université de Toulouse 2, 2000.

De Roux, Gustavo. “Los negros, víctimas del desarrollo”, en: *Temas de raza negra*, Cali, Universidad del Valle, 1989.

Del Castillo, Nicolás. “Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos”, en: *Thesaurus*. n° LXII, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1982.

Del Valle, Jorge Ignacio; Restrepo Uribe, Eduardo (eds.). *Renacientes del Guandal. «Grupos negros» de los ríos Satinga y Sanquianga*. Bogotá, Proyecto Biopacífico, Universidad Nacional de Colombia, 1996.

Díaz, Rafael. “Hacia una investigación histórica de la población negra en el Nuevo Reino de Granada durante el periodo colonial”, en: Astrid Ulloa (ed.), *Contribución africana a la cultura de las Américas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Proyecto Biopacífico, 1993.

———. “Entre la cohesión y la disolución: la familia esclava en el área urbano-regional de Santafé de Bogotá (1700-1750)”, en: Germán Ferro Medina (ed.), *Religión y etnicidad en América Latina*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1998, tomo 3, págs. 319-332.

Díaz López, Zamira. *Oro, sociedad y economía. El sistema colonial en la Gobernación de Popayán. 1533-1733*. Bogotá, Banco de la República, 1994.

Escalante Polo, Aquiles. “Notas sobre Palenque de San Basilio”, en: *Divulgaciones Etnológicas*, IV, Barranquilla, Universidad del Atlántico, 1954.

———. “El negro en Colombia”, tesis de sociología, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1964.

———. *Minería del hambre. Condoto y la Chocó Pacífico*. Barranquilla, Tipografía Dovel, 1971.

Escobar, Arturo. “Política cultural y biodiversidad: Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano”, en: María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *Antropología en la modernidad: identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, 1997, págs. 173-206.

———. *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, Cerec, 1999.

Escobar, Arturo; Pedrosa, Álvaro (eds.). *Pacífico: ¿desarrollo o biodiversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Bogotá, Cerec, 1996.

Espinosa, Mónica; Friedemann, Nina S. de. "Colombia: la mujer negra en la familia y en su conceptualización", en: Astrid Ulloa (ed.), *Contribución africana a la cultura de las Américas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Proyecto Biopacífico, 1993.

Fernández, Erika. "La gente de junto a la mar: usos del espacio marino en el área costera del Pacífico colombiano", tesis de antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 2001.

Franco, Sofía. "El hombre y sus plantas: su relación cultural y biológica en el municipio de Quibdó", trabajo de campo de antropología, Medellín, Universidad de Antioquia, 1994.

Friedemann, Nina S. de. "Güelmambí: formas económicas y organización social", en: *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XIV, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1969.

———. "Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño", en: *Revista Colombiana de Antropología*, nº 16, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1974.

———. "Estudios de negros en la antropología colombiana: presencia e invisibilidad", en: Nina S. de Friedemann y Jaime Arocha Rodríguez (eds.), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*, Bogotá, Etno, 1984.

———. "Huellas de africanía en Colombia: nuevos escenarios de investigación", en: *Thesaurus*, tomo XLVII, nº 3, Bogotá, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, 1992, págs. 543-560.

———. *La saga del negro: presencia africana en Colombia*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1993.

———. "Poesía del agua en el Pacífico colombiano y ecuatoriano", en: Hugo Niño y Nina S. de Friedemann (eds.), *Etnopoesía del agua: Amazonía y litoral Pacífico*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1997.

Friedemann, Nina S. de; Arocha Rodríguez, Jaime (eds.). *De sol a sol: génesis, transformación y presencia del negro en Colombia*. Bogotá, Planeta, 1986.

———. "Colombia", en: *No Longer an Invisible Afro-Latin American Today*, Londres, Minority Rights Publications, 1995, págs. 47-76.

Friedemann, Nina S. de; Morales, Jorge. "Estudios de negros en el litoral Pacífico colombiano", en: *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XIV, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1969.

Friedemann Nina S. de; Vanín, Alfredo. *Entre la tierra y el cielo. Magia y leyendas del Chocó*. Bogotá, Planeta, 1994.

Galeano, Paula. "Sabores negros para paladares blancos", tesis de antropología. Medellín, Universidad de Antioquia, 1996.

———. “Sabores ‘negros’ para paladares ‘blancos’”, en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

González, Catalina. “Relaciones entre identidades y prácticas musicales entre los grupos negros de la costa Pacífica sur colombiana, municipio de Tumaco”, tesis en antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999.

Groosberg, Lawrence. “The Formation of Cultural Studies. An American in Birmingham”, en: Valda Blundell, John Shepherd y Ian Taylor (eds.), *Relocating Cultural Studies*, Londres, Nueva York, Routledge, 1993.

Grueso, Libia; Rosero, Carlos; Escobar, Arturo. “The Process of Black Community Organizing in the Southern Pacific Coast Region of Colombia”, en: S. Álvarez, E. Dagnino y Arturo Escobar (eds.), *Cultures of Politics, Politics of Cultures: Re-Visioning Latin American Social Movements*, Oxford, Westview Press, 1998, págs. 196-219.

Gutiérrez, Idelfonso. *Historia del negro en Colombia*. Bogotá, Ediciones Nueva América, 1980.

Gutiérrez de Pineda, Virginia. *Familia y cultura en Colombia. Tipología, funciones y dinámica de la familia. Manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y sus estructuras sociales*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, Universidad Nacional de Colombia, 1968.

Herskovits, Melville. “Problem, Method and Theory in Afroamerican Studies”, en: *Afroamerica*, vol. 6, n° 142, 1945, págs. 5-24.

Hobsbawm, Eric; Ranger, T. (eds.). *The Invention of Tradition*. Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

Hoffmann, Odile. “Desencuentros en la costa: la construcción de espacios y sociedades en el litoral Pacífico colombiano”, en: *Documentos de Trabajo*, n° 33, Cali, Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, Universidad del Valle, 1997.

———. “Políticas agrarias, reformas del Estado y adscripciones identitarias: Colombia y México”, en: *Análisis Político*, n° 34, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales -IEPRI-, Universidad Nacional de Colombia, 1998(a), págs. 2-24.

———. “Familia y vereda en el río Mejicano (Tumaco), revisión de algunos conceptos”, en: *Documentos de Trabajo*, n° 36, Cali, Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-, 1998(b), 33 págs.

———. “Territorialidades y alianzas: construcción y activación de espacios locales en el Pacífico”, en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999(a).

———. “Identidades locales, identidades negras: la conformación del campo político en Tumaco (1950-1988)”, en: Michel Agier, Odile Hoffmann, Manuela Álvarez Camargo y Eduardo Restrepo Uribe, *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, identidad y cultura*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, Universidad del Valle, 1999(b).

———. “La movilización identitaria y el recurso de la memoria (Nariño, Pacífico colombiano)”, en: Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano (eds.), *Memorias hegemónicas, memorias disidentes*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Universidad del Cauca, 2000, págs. 97-120.

Hurtado, Teodora. “Las migraciones norteñas y el impacto sociocultural sobre la población urbana de Buenaventura”, tesis de sociología, Cali, Universidad del Valle, 1996.

Izquierdo, Gabriel. “El mundo religioso del afroamericano del litoral Pacífico. Ensayo e interpretación”, en: *Theológica Xaveriana*, nº 71, Bogotá, 1984.

Jaramillo Uribe, Jaime. “Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVII”, en: *Anuario de Historia Social y Cultural*, vol. 1, nº 1, Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, 1963.

———. “La controversia jurídica y filosófica librada en la Nueva Granada en torno a la liberación de los esclavos y la importancia económica y social de la esclavitud en el siglo XIX”, en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, nº 4, Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, 1969.

Jiménez Meneses, Orián. “La conquista del estómago: viandas, vituallas y ración negra siglos XVII-XVIII”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, vol. 6.

———. “El Chocó: vida negra, vida libre y vida parda, siglos XVII y XVIII”, tesis de maestría en historia, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2000 [en prensa].

Khittel, Stefan. “Territorio y clientelismo político: el ejemplo del municipio de Quibdó”, en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

———. “La comedia real. Mundos gay, estrellas divinas y el resto del universo bello: discursos y prácticas alrededor de los reinados de belleza en Colombia y en Quibdó (Chocó, Colombia)”, tesis de maestría, Viena, Universidad de Viena, 2000.

King, James. “Negro Slavery in the Viceroyalty of New Granada”, tesis doctoral, Berkeley, Universidad de California, Ann Arbor University Microfilms, 1939.

Leal, Claudia. “Manglares y economía extractiva”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, vol. 7, págs. 397-430.

Leesberg, July; Valencia, Emperatriz. “Los sistemas de producción en el medio Atrato”, Quibdó, Proyecto Diar, Codechocó, 1987.

Llanos, María Clara (ed.). *La gente de los ríos. Junta Patía*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, PNR, 1999.

López, David. “Las formas asociativas de la etnia negra minera en Barbacoas (Nariño)”, tesis de antropología, Medellín, Universidad de Antioquia, 1986.

Losonczy, Anne-Marie. “Almas, tierras y convivencia”, en: Astrid Ulloa (ed.), *Contribución africana a la cultura de las Américas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Proyecto Biopacífico, 1993.

———. *Les saints et la forêt. Rituel, société et figures de l'échange ente noirs et indiens Emberá (Chocó, Colombie)*. París, L'Harmattan, 1997.

Machado, Martha Luz. “Flores del manglar en el litoral Pacífico”, en: *América Negra*, n° 13, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1997, págs. 163-178.

Marx, Carlos. “El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en: *Obras escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*, Moscú, Editorial Progreso, 1978 [1851-1852], tomo 1.

Maya Restrepo, Luz Adriana. “Legados espirituales en la Nueva Granda, siglo XVII”, en: *Historia Crítica*, n° 12, Bogotá, Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, 1996, págs. 29-41.

———. “Brujería y reconstrucción étnica de los esclavos del Nuevo Reino de Granada, siglo XVII”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998(a), vol. 6, págs. 191-218.

———. “Demografía histórica de la trata por Cartagena, 1533-1810”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998(b), vol. 6.

Mignolo, Walter. *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton, Princeton University Press, 2000.

Mintz, Sidney W.; Price, Richard (eds.). *The Birth of African-American Culture. An Anthropological Perspective*. Boston, Beacon Press, 1992 [1976].

Moncada, Olga. *Chocó: explotación de minas y mineros*. Bogotá, Ediciones América, 1979.

Moreno, Javier. “Ancianos, cerdos y selva: autoridad y entorno en una comunidad afrochocoana”, tesis de antropología, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994.

Mosquera, Claudia Patricia. “Estrategias de inserción de la población negra en Santafé de Bogotá. Aquí antes no se veían negros”, en: *Cuadernos del Observatorio de Cultura Urbana*, Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 1998.

Mosquera, Claudia Patricia; Provansal, Marion. "Construcción de identidad caribeña popular en Cartagena de Indias a través de la música y el baile de la champeta", en: *Revista Aguaita*, n° 3, 2000, págs. 98-113.

Mosquera, Gilma. "Hábitats y espacio productivo y residencial en las aldeas parentales del Pacífico", en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

Mosquera, Juan de Dios. *Las comunidades negras en Colombia*. Medellín, Editorial Lealón, 1985.

Mosquera, Sergio. *De esclavizadores y esclavizados en Citará. Ensayo etnohistórico. Siglo XIX*. Quibdó, Promotora Editorial de Autores Chocoanos, 1997.

———. *Visiones de la espiritualidad afrocolombiana*. Quibdó, Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico, 2001.

Motta González, Nancy. "Estratificación social en Salahonda", tesis de antropología, Popayán, Universidad del Cauca, 1976.

———. "Historia y tradición de la cultura en el litoral Pacífico colombiano", en: *Historia del Gran Cauca*, fascículo 13, Cali, *Diario de Occidente*, 1994.

———. *Enfoque de género en el litoral Pacífico colombiano: nueva estrategia para el desarrollo*. Cali, Universidad del Valle, 1995.

Murphy, Robert F. "Introduction: The Anthropological Theories of Julian H. Steward", en: Jane Steward y Robert F. Murphy (eds.), *Evolution and Ecology. Essays on Social Transformation by Julian H. Steward*, Urbana, University of Illinois Press, 1977, págs. 1-38.

Navarrete, María Cristina. "Cotidianidad y cultura material de los negros de Cartagena en el siglo XVII", en: *América Negra*, n° 7, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1994.

Niño, Aura María. "De la caridad a lo social: el caso de la Prefectura Apostólica de Guapi", tesis de antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 2001.

Olarte, Óscar. "Pescadores negros de Tumaco, un puerto colombiano de la costa del Pacífico", tesis de antropología, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1978.

———. *Sociedad y ecosistemas de la llanura del Pacífico. El oro es frío, congela el agua, paraliza la lengua, quema los ojos y muerde los metales*. Pereira, Corpes de Occidente, 1995.

Oslender, Ulrich. "Black Communities on the Colombian Pacific Coast and the 'Aquatic Space': A Spatial Approach to Social Movement Theory", tesis doctoral en geografía, Universidad de Glasgow, 2001.

Otero, Natalia. "Los hermanos espirituales. Compadrazgo entre pobladores afrocolombianos e indígenas emberá en el río Amporá (alto Baudó, Chocó)", tesis de antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 1994.

Palacios, Jorge. “La esclavitud y la sociedad esclavista”, en: *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, tomo 1.

———. “La esclavitud en la Nueva Granada”, en: *Perspectivas metodológicas y de investigación en los estudios sobre comunidades negras*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1994.

Pardo Rojas, Mauricio. “Movimientos sociales y relaciones interétnicas”, en: Arturo Escobar y Álvaro Pedrosa (eds.), *Pacífico: ¿desarrollo o biodiversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Cerec, 1996.

———. “Movimientos sociales y actores no gubernamentales”, en: María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *Antropología en la modernidad: identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1997, págs. 207-252.

——— (ed.). *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Colciencias, 2001.

———. “Recientes dinámicas organizativas del movimiento negro en Colombia”, en: *Journal of Latin American Anthropology* [en prensa].

Pavy, Paul D. “The Provenience of Colombian Negroes”, en: *Journal of Negro History*, n° 47, 1967.

Pedrosa, Álvaro. “Oralidad y escritura en la cultura afrolatina del Pacífico colombiano”, en: *Revista Hispanoamericana*, n° 15, 1994, págs. 25-37.

Pedrosa, Álvaro; Vanín, Alfredo; Motta, Nancy. *La vertiente afropacífica de la tradición oral*. Cali, Universidad del Valle, 1994.

Perea, Berta. “La familia afrocolombiana en una comunidad minera del Chocó”, tesis de grado, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1986.

Perea Chala, Rafael. “Esclavizados: religiosidad, vida o muerte en Amerikua”, en: Germán Ferro Medina (ed.), *Religión y etnicidad en América Latina*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1998, tomo 3, págs. 389-404.

Price, Thomas. “Estado y necesidad de las actuales investigaciones afrocolombianas”, en: *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 2, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1954.

———. “Saints and Spirits: A Study of Differential Acculturation in Colombian Negro Communities”, tesis doctoral, Northwestern University, Ann Arbor University Microfilms, 1955.

Provansal, Marion. *Introduction à l'étude du mouvement ethnopolitique Afro-colombien*. París, Departamento de Antropología Social y Etnología, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1998.

Quintín, Pedro. “Memorias y relatos de lugares: a propósito de una migrante de la costa Pacífica en Cali”, en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y*

ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

———. “Los dramas de los lazos de sangre y de parentesco”, en: *Documentos de Trabajo*, n° 51, Cali, Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-, 2000.

Restrepo Uribe, Eduardo. “Cultura y biodiversidad”, en: Arturo Escobar y Álvaro Pedrosa (eds.), *Pacífico: ¿desarrollo o biodiversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Cerec, 1996.

———. “Territorios e identidades híbridas”, en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

Restrepo, Mónica. “Poblamiento y estructura social de las comunidades negras del medio Atrato”, tesis de sociología, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1992.

Riascos, Félix. “Les roles des femmes dans une communauté noire de la côte Pacifique Colombienne: étude ethno-sociologique”, tesis de maestría en sociología, Rennes, Université de Haute Bretagne, 1994.

Rivas, Nelly Yulissa. “Territorialidad y derechos de propiedad en el río Mejicano (Tumaco, Nariño)”, en: *Documentos de Trabajo*, n° 22, Cali, Proyecto Cidse-Orstom, 1998.

Rivera, Antonia Helena. “El manglar de Jubirá, un espacio para la creación y la perpetuación”, tesis de antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 1997.

Romero Vergara, Mario Diego. *Poblamiento y sociedad en el Pacífico colombiano. Siglos XVI-XVIII*. Cali, Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1995.

Sánchez, Enrique. “La conservación de la biodiversidad y gestión territorial de las comunidades negras”, en: *Comunidades negras: territorio y desarrollo*, Medellín, Esteros, 1996.

Sánchez, John Anton. “Curanderos afrocolombianos y el territorio como escenario religioso”, en: Germán Ferro Medina (ed.), *Religión y etnicidad en América Latina*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1998, tomo 3, págs. 301-318.

Segura, Héctor. “Coteje: religión, vida social y cultura en el río Timbiquí, Cauca”, Cali, 1995.

Serrano, José Fernando. “Cuando canta el guaco: la muerte y el morir en poblaciones afrocolombianas del río Baudó, Chocó”, tesis de antropología, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994.

———. “*Hemo de morí cantando, porque llorando nació*, ritos fúnebres como forma de cimarronaje”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, vol. 6, págs. 241-262.

Sharp, William F. "El negro en Colombia. Manumisión y posición social", en: *Razón y Fábula*, nº 8, Bogotá, 1968.

———. "Forsaken but for Gold: An Economic Study of Slavery and Mining in the Colombian Chocó, 1680-1810", tesis de doctorado, Ann Arbor, University Microfilms International, 1970. [Traducción de José Manuel González: "Desamparados pero por oro: un estudio económico de esclavitud y minería en el Chocó colombiano, 1680-1810", Chapel Hill, 1970].

———. "La rentabilidad de la esclavitud en el Chocó, 1680-1810", en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, nº 8, Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, 1976.

Smith Córdoba, Amir. *Cultura negra y avasallamiento cultural*. Bogotá, MAP Publicaciones, 1980.

Spicker, Jessica. "Mujer esclava: demografía y familia criolla en la Nueva Granada, 1750-1810", tesis de grado en antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 1996.

Taussig, Michel. *Destrucción y resistencia campesina: el caso del litoral Pacífico*. Bogotá, Punta de Lanza, 1978.

Urrea Giraldo, Fernando. "Tipología de familias migrantes de la costa Pacífica en la ciudad de Cali", en: *Documentos de Trabajo*, nº 2, Cali, Proyecto Cidse-Orstom, 1996.

Urrea Giraldo, Fernando; Arboleda, Santiago; Arias, Javier. "Redes familiares entre migrantes de la costa Pacífica a Cali", en: *Revista Colombiana de Antropología*, nº 35, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999, págs.180-241.

Urrea Giraldo, Fernando; Hurtado, Teodora. "Puerto Tejada: de núcleo urbano de proletariado agroindustrial a ciudad dormitorio", en: *Documentos de Trabajo*, nº 11, Cali, Proyecto Cidse-Orstom, 1997.

———. "Imágenes sobre las transformaciones sociales en un 'pueblo de negros': el caso de Puerto Tejada", en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

———. "La construcción de las etnicidades en la sociedad colombiana contemporánea: un caso ejemplar para la discusión sobre etnicidad y grupos raciales", en: *Interculturalidad y política. Desafíos y posibilidades*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico, Instituto de Estudios Peruanos -IEP-, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, Fuller, Norma, 2002, págs. 165-199.

Urrea Giraldo, Fernando; Quintín, Pedro. "Modelos de la masculinidad entre jóvenes negros de sectores populares en la ciudad de Cali", en: "Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana en Cali", *Documentos de Trabajo*, nº 49, Cali, Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-, 2000.

Urrea Giraldo, Fernando; Ramírez, Héctor Fabio; Viáfara López, Carlos. *Perfiles sociodemográficos de la población afrocolombiana en contextos urbano-regionales del país a comienzos del siglo XXI*. Cali, Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-, 2001.

Ussa, Constanza. “De los empauta’os a 1930. El abigeato en el Patía: un proceso de bandolerismo”, tesis de antropología, Popayán, Universidad del Cauca, 1989.

Ussa, Manuel. “El descarne: tierra, ganado y cultura del negro patiano”, tesis de antropología, Popayán, Universidad del Cauca, 1987.

Valencia, Emperatriz. *Poblamiento y producción en la cuenca del río Baudó*. Bogotá, Fondo José Celestino Mutis, FEN, 1990.

Valencia, John Herbert. *Antropología de la familia chocoana*. Medellín, Editorial Lealón, 1998.

Vanín, Alfredo. “Vivir del clima”, en: *Ecológica*, año IV, n° 15-16, Bogotá, 1993.

———. “Metáforas en las rutas de los ausentes y los retornantes”, en: *Documentos de Trabajo*, n° 16, Cali, Proyecto Cidse-Orstom, 1998(a).

———. “Mitopoeía de la orilla florida”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998(b), vol. 6, págs. 263-278.

Vargas, Patricia. “Propuesta metodológica para la investigación participativa de la percepción territorial en el Pacífico”, en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999(a).

———. *Construcción territorial en el Chocó*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, PNR, 1999(b).

Vásquez, María de la Luz. “Un pueblo para un santo: la construcción de una identidad local. Plan de raspadura (Chocó)”, tesis de antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999.

Velásquez, Rogerio. *Fragmentos de historia, etnografía y narraciones del Pacífico colombiano*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 2000.

Villa, William. “Territorio y territorialidad en el Pacífico colombiano”, en: *Comunidades negras: territorio, identidad y desarrollo*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, 1994.

———. “Movimiento social de comunidades negras en el Pacífico colombiano. La construcción de una noción de territorio y región”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, vol. 6, págs. 431-448.

———. “La sociedad negra del Chocó. Identidad y movimientos sociales”, en: Mauricio Pardo Rojas (ed.), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombia-*

no, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Colciencias, 2001, págs. 207-228.

Viveros Vigoya, Mara. “Quebradores y cumplidores: biografías diversas de la masculinidad”, en: Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, 1998(a), págs. 36-55.

Wade, Peter. “El movimiento negro en Colombia”, en: *América Negra*, n° 5, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1992, págs. 173-192.

———. “The Cultural Politics of Blackness in Colombia”, en: *American Ethnologist*, vol. 22, n° 2, 1995, págs. 341-357.

———. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, Ediciones Uniandes, Editorial Universidad de Antioquia, Siglo del Hombre Editores, 1997.

———. “Migrants in Medellín”, en: Norman E. Whitten y Arlene Torres (eds.), *Blackness in Latin America and the Caribbean: Social Dynamics and Cultural Transformations*, Indiana University Press, 1998, págs. 377-425.

———. “The Guardians of Power: Biodiversity and Multiculturalism in Colombia”, en: Angela Cheater (ed.), *The Anthropology of Power: Empowerment and Disempowerment in Changing Structures*, Londres, Routledge, 1999.

———. *Music, Race, & Nation: Tropical Music in Colombia*. Chicago, University of Chicago Press, 2000.

West, Robert C. *The Pacific Lowlands of Colombia: A Negroid Area of the American Tropic*. Baton Rouge, Louisiana University Press, 1957. [Edición en español: *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 2000].

Whitten, Norman. *Pioneros negros: la cultura afrolatinoamericana del Ecuador y Colombia*. Quito, Centro Cultural Afroecuatoriano, 1992.

Whitten, Norman; Friedemann, Nina S. de. “La cultura negra del litoral Pacífico ecuatoriano y colombiano: un modelo de adaptación étnica”, en: *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 17, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, 1974.

Williams, Raymon L. *The Long Revolution*. Nueva York, Harper Torchbooks, 1961.

Wouters, Mieke. “Derechos étnicos bajo fuego: el movimiento campesino negro frente a la presión de grupos armados en el Chocó”, en: Mauricio Pardo Rojas (ed.), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Colciencias, 2001(a), págs. 259-285.

———. “Comunidades negras, derechos colectivos y desplazamiento forzado: respuestas organizativas en medio del conflicto”, documento inédito, Bogotá, 2001(b).

Yepes, Jorge. "Dinámica de población y ciclo anual de producción en el bajo-alto Atrato", tesis de antropología, Medellín, Universidad de Antioquia, 1988.

Zuluaga Ramírez, Francisco U. *Guerrilla y sociedad en el valle del Patía: una relación entre clientelismo político e inseguridad social*. Cali, Colciencias, Universidad del Valle, 1988.

———. "Conformación de las sociedades negras del Pacífico", en: *Historia del Gran Cauca*, fascículo 13, Cali, *Diario de Occidente*, 1994.

Silencios elocuentes, voces emergentes: reseña bibliográfica de los estudios sobre la mujer afrocolombiana

Juana Camacho Segura

Antropóloga

Departamento de Antropología de la Universidad de Georgia

Una historia completa está por escribirse sobre los espacios –lo que al mismo tiempo será la historia de los poderes– desde las grandes estrategias de la geopolítica hasta las pequeñas tácticas del hábitat.

Michel Foucault, 1980

Introducción

En su extensa obra sobre la historia de las mujeres, Duby y Perrot [1993] se preguntan si es necesario escribir una historia de las mujeres y si acaso tienen las mujeres una historia. La historia de las mujeres negras en Colombia está inscrita en un contexto simultáneo de poder patriarcal, dominación colonial, violencia y fragmentación, en el que se mantiene hasta hoy. Está atravesada por la lucha continua por la supervivencia y la liberación, pues en los espacios móviles y tensos de lo público y lo privado ellas han trabajado por distintos medios para ser sujetos activos. A su vez, está marcada por los prejuicios existentes en las instituciones, las organizaciones negras y en la academia alrededor de los temas concernientes a la raza, la etnicidad, la mujer y el género, de ahí que su voz, sus palabras y en general su presencia estén tan ausentes de los textos escritos, de la vida pública y de las esferas del poder. Siguiendo la idea de que la historia de las mujeres es de alguna manera

la historia del acceso a la palabra [Duby y Perrot, 1993:10], como expresión de su existencia y como memoria escrita que consigna sus experiencias individuales y colectivas, se plantea aquí que las voces y las palabras de las mujeres negras están aún a la espera de ser escuchadas. En tanto la mujer negra es sobre todo una mujer imaginada, deseada y representada por distintos y contradictorios estereotipos, según variados objetivos y contextos, investigar y rescatar su historia es una labor urgente y necesaria que compromete a los académicos y estudiosos de la historia afrocolombiana, a las comunidades negras y, en particular, a las mujeres negras, especialmente en un momento en que la identidad étnico-cultural y los derechos de las comunidades negras están en discusión.

Este artículo es una reseña bibliográfica de los estudios realizados sobre la mujer afrocolombiana, con énfasis en la más reciente producción de las ciencias sociales sobre comunidades negras, que no pretende agotar el tópico, sino hacer una revisión de los principales temas que se han abordado en relación con las mujeres negras, analizar la forma como éstas han sido descritas y caracterizadas, y los imaginarios que circulan sobre su identidad, su naturaleza y su experiencia. La realización de una reseña bibliográfica sobre la mujer negra en Colombia no es una tarea sencilla y de entrada se puede afirmar que no hay trabajos comprensivos y específicos que hagan de ella su foco de indagación. Para este artículo se desplegó una doble estrategia: de una parte se hizo una revisión de fuentes secundarias y una búsqueda bibliográfica extensa en centros de documentación, bibliotecas, universidades y archivos personales, que incluyen materiales publicados e inéditos. Se examinaron, entre otras, las más recientes compilaciones bibliográficas [Esquivel, 1993; Restrepo, 1999; Pérez, 2001]. Simultáneamente, se hizo una consulta selectiva de fuentes primarias con académicos e investigadores de reconocida trayectoria, con representantes de organizaciones negras y con algunas mujeres negras de distinta condición. Este contacto personal y los intercambios directos fueron una fuente muy rica en sugerencias y aportes en una labor que, las más de las veces, resulta frustrante, pues en la literatura analizada generalmente surge en referencias marginales y/o en aspectos parciales dentro de otros temas o problemas de investigación. Esto explica por qué no aparecen aquí todos los documentos y autores consultados.

Los límites del artículo, relativos a las fuentes consultadas, son básicamente de tres tipos: los trabajos provienen de las disciplinas sociales, en particular la antropología y la historia, de manera que aportes realizados desde otras áreas del conocimiento o a través de textos no publicados –como las tesis de grado, los informes de entidades estatales, gubernamentales o de las ONGs–, que permitirían dar cuenta de particularidades y diferencias de enorme relevancia, quedan por fuera del espectro de materiales consultados. Por otra parte, las producciones regionales también presentan notables dificultades para su acceso. En tal sentido, sin duda hay trabajos y autores que se han quedado por fuera de

esta reseña, lo cual no ha sido intencional. En cuanto al abordaje histórico de la mujer negra, existen limitaciones impuestas por la dispersión y ausencia de las fuentes, hecho que reiteradamente señalan los historiadores y estudiosos del tema y que explica el uso de las mismas fuentes referenciales por diferentes autores y con distintas interpretaciones¹.

La presente es sólo una de las posibles lecturas e interpretaciones de los estudios de la mujer afrocolombiana. No obstante, y pese a las limitaciones, al poner junto el trabajo acumulado, se trata de presentar una visión panorámica de los trabajos sobre este tema, formular algunas preguntas que parecen pertinentes y mencionar los vacíos existentes más sobresalientes, que podrían constituirse en líneas de indagación fructíferas no sólo para el campo de los estudios de género, sino para la creciente producción sobre la gente negra en Colombia y en la diáspora.

Los estudios afrocolombianos: presencia y ausencia de las mujeres negras

Los estudios históricos y antropológicos afrocolombianos se han enfocado principalmente en las tensiones entre la resistencia y el acomodamiento resultantes del proceso de inserción y adaptación de los esclavizados. Aquellos que específicamente tratan sobre la mujer negra se pueden resumir en tres grandes áreas temáticas y metodológicas, que corresponden a tres esferas de la vida social. La primera aborda los aspectos socioeconómicos relacionados con su participación en el ámbito de la producción y la reproducción e incluye la mujer negra en la trata, los diversos oficios que desempeñó, los controles y abusos a que fueron sometidas, las relaciones amorosas y sexuales con los amos, las prácticas de aborto e infanticidio. La segunda línea de trabajo versa sobre su papel como recreadora de la cultura en el mundo mágico, religioso y lúdico, y su participación en la brujería, la hechicería y la curandería. La tercera línea gira en torno a su protagonismo dentro de la familia negra, la organización social y su papel como articuladora del parentesco y del ámbito de la reproducción social. Entre las preguntas más frecuentes que guían las investigaciones se cuentan: ¿Cómo se insertaron las mujeres negras en la sociedad colonial y qué papeles económicos y sociales jugaron? ¿Qué recursos emplearon las mujeres negras para hacer frente a su nueva condición y a la subordinación? ¿Cómo enfrentaron los mecanismos de control legales, ideológicos, políticos y económicos, directos e indirectos de la Iglesia, el Estado y los propietarios o administradores? ¿Cuáles fueron los imaginarios coloniales acerca de la mujer negra y cómo fueron asumidos por ésta? ¿Cuál

1. El trabajo entusiasta y juicioso de Luisa Sánchez en la revisión de fuentes y la elaboración de algunas reseñas fue invaluable. Agradezco también los comentarios y sugerencias de Nora Segura.

ha sido su papel en la reconstrucción social? ¿Cómo ha contribuido la mujer en la configuración de la identidad, la sociedad y la memoria de los grupos negros?

Estas preguntas y los temas relativos a la participación de la mujer negra en la vida productiva y en la familia siguen teniendo vigencia, pero se corresponden fundamentalmente con la literatura más clásica. Los trabajos recientes han ampliado las miradas a raíz del creciente protagonismo de las comunidades negras y del Pacífico en la vida política e institucional formal, de la consolidación del proceso de comunidades negras en los niveles regional y nacional, del interés de las ciencias sociales, en particular de la antropología, en los temas de género y en los estudios afrocolombianos y del Pacífico desde una perspectiva crítica del desarrollo, de la intervención del Estado y el capital, y de los movimientos sociales. La diversificación en los temas de investigación incluye una mayor preocupación por la identidad femenina en relación con otras variables identitarias, los conocimientos y prácticas ambientales de las mujeres negras rurales, su inserción y experiencia urbana, y su participación en política y en los movimientos de comunidades negras. De manera novedosa y desde ópticas de género se destacan los trabajos sobre la masculinidad, así como algunos textos escritos por mujeres negras sobre su propia experiencia.

Aunque con distintos matices –reconocibles en los enfoques conceptuales, metodológicos y políticos–, se pueden observar dos tendencias generales en los estudios históricos y antropológicos afrocolombianos. De una parte, y de manera resumida, se encuentra la escuela de la afrogenética, que insiste en el análisis de los orígenes africanos y en la importancia de la permanencia de los complejos culturales de origen africano en los procesos de reconstrucción y creación cultural, territorial y política [Arocha, 1996; Maya, 1998(a,b)]. A esta perspectiva se oponen los enfoques que hacen mayor énfasis en la identidad y las prácticas negras como construcciones resultantes de procesos históricos y fluidos de adaptación; relaciones de mestizaje, sincretismo y resignificación cultural en relación con la sociedad mayor, que se han dado entre los distintos grupos étnicos forzados a convivir en el territorio. Pero, como rasgo general, la mayoría de los autores, independientemente de su posición, coincide en el papel activo que jugaron los sujetos negros frente a las condiciones de exclusión y dominación durante su introducción e inserción en el Nuevo Reino de Granada; en la heterogeneidad y la flexibilidad como rasgos característicos de las poblaciones negras; en la importancia de su contribución a la sociedad y cultura nacional; y en que hoy prevalecen el racismo y la discriminación sobre los afrocolombianos.

La ausencia notoria de reflexiones escritas acerca de la mujer negra, de su identidad y de su experiencia, así como el carácter disperso, puntual, sucinto y fragmentario de las fuentes históricas, constituyen una enorme limitación para documentar la pluralidad de sujetos y las múltiples historias de las mujeres negras, ya que no es posible hablar de *una* sola historia, ni de *la* mujer negra como identidad esencial. La ausencia de voces femeninas es

producto de la exclusión histórica de las mujeres como sujetos de interés social, así como del analfabetismo generalizado de la población femenina sin distinciones de raza ni clase y, en el caso de las mujeres negras específicamente, del escaso valor del testimonio femenino en los procesos en la sociedad neogranadina [Morales, 1992]. Las fuentes testimoniales escritas presentan interferencias y sesgos que, como huellas superpuestas, generalmente masculinas, desde las posiciones de poder que escriben la historia y la memoria, imprimen una óptica patriarcal y católica a través de los cronistas, los sacerdotes, los notarios, los esclavistas, los comerciantes, los literatos [Duby y Perrot, 1993]².

Desde otro ángulo cabe recordar que, conceptual y metodológicamente, en la historia se han privilegiado el análisis de los procesos de larga duración y el protagonismo masculino y de las colectividades, con lo cual se tienden a generalizar cierto tipo de sujetos y procesos [Duby y Perrot, 1993; Castaño, 1993]. Por el contrario, apoyada parcialmente en la escuela histórica de las mentalidades, los estudios de la mujer y el género, y los estudios subalternos, la tendencia actual busca “articular lo mejor posible todos los conocimientos sobre la realidad femenina y los discursos que hablan de ella sabiendo que unos y otros son completamente interactivos” [Zemos Davis y Farge, 1993:12]. El ámbito primordial de las mujeres es el espacio doméstico y de lo privado, donde predomina la tradición oral y se forja la memoria a través de la repetición de las tareas cotidianas. De ahí que la escritura esté plasmada en el cuerpo, en el movimiento, en la familia, en la memoria, en la gestualidad³, en los cantos, en los ritos, en los juegos. Este señalamiento se puede hacer extensivo no sólo a la mujer esclava, sino en general a la mujer negra en Colombia, cuyo protagonismo en las esferas públicas y privadas no ha sido lo suficientemente reconocido.

Retomando, además, lo planteado al comienzo sobre la afirmación de que la mujer negra es sobre todo una mujer imaginada y representada por distintos y contradictorios estereotipos, según variados objetivos y contextos, cabe elaborar un elemento adicional: las representaciones imaginarias de la mujer negra son difíciles de conciliar porque, en muchos sentidos, operan por negación o ausencia de los ideales femeninos tradicionales. Frente a estos, que tienen como referente empírico a las mujeres blancas europeas y sobre quienes los códigos morales y religiosos han sido intermitente y contradictoriamente aplicados, la mujer negra sigue encarnando no sólo la alteridad, sino una alteridad múltiple como mujer, negra y esclava. Así, en contraste relativo con las mujeres blancas o mestizas, la mujer negra personifica o es representada como de una naturaleza ambivalente, indescifra-

2. Muchas de las fuentes consultadas por los historiadores corresponden a juicios inquisitoriales o documentos en los cuales los sujetos negros están en evidente condición de desventaja.

3. Al respecto, Losonczy [1997] plantea que la memoria de los negros en Colombia está inscrita en el cuerpo, en el lenguaje no verbal, en la gestualidad, en el movimiento y en el baile.

ble, misteriosa, simultáneamente seductora e inquietante tanto para la imaginación masculina como para la femenina.

Abordar el estudio de la mujer negra, como el de las comunidades negras, desde una lectura apasionada de la historia contribuye bien poco a los propósitos académicos y políticos contemporáneos de reconocimiento del protagonismo y contribución de las poblaciones afrocolombianas, por lo tanto se necesita emprender análisis concienzudos y con una buena base documental, que tengan en cuenta la influencia de los sistemas sociales, económicos, legales y religiosos, así como las decisiones y prácticas de quienes tenían poder, influencia y control sobre los esclavos y sus descendientes en la configuración de la organización social, la familia, las relaciones de género y la identidad de las mujeres negras. Es preciso estar alerta a las esencializaciones y a las generalizaciones en torno a la situación de la mujer negra dadas las diferencias ecológicas, socioeconómicas y culturales en las que se insertó desde el principio en la vida colonial y en las que ha vivido de ahí en adelante. También es necesario indagar más profundamente acerca de las secuelas de la experiencia de exclusión y violencia en la identidad y en las dimensiones subjetivas, simbólicas y afectivas mediante trabajos más sutiles, detallados y específicos, que incorporen otro tipo de fuentes documentales habitualmente menos consultadas. Los trabajos regionales y estudios de caso siguen siendo pertinentes para completar una visión más compleja de las mujeres negras en la historia de Colombia y para la historia misma de las mujeres negras⁴.

La mujer negra esclava desde la óptica socioeconómica

Cualquier intento de comprensión del papel de las mujeres en la sociedad colombiana estará incompleto si no se entiende su papel histórico en la formación de las estructuras sociales negras. De acuerdo con la tendencia de invisibilidad negra en la academia y en la sociedad colombianas, el papel de las mujeres en la historia de Colombia ha sido opacado, especialmente en las esferas privadas o domésticas [Asher, 1998]. De acuerdo con Castaño [1993], la mujer negra esclava no ha sido reconocida por la historiografía nacional y su estudio en la Nueva Granada ha sido abordado principalmente desde los ámbitos públicos y económicos, como producto de esta orientación analítica en la investigación social clásica. Se menciona a la mujer como parte del contingente de mano de obra esclava, juzgada por su rentabilidad productiva y reproductiva y reducida a la calidad de mercancía con valor de uso, cambio y placer⁵. Friedemann y Espinosa [1995] reiteran la escasez de

4. Como plantea Wade [1997], Colombia es un país de regiones y la región es un poderoso lenguaje de diferenciación cultural y racial, ligado a una geografía de la cultura y a una "topografía moral".

5. Para más detalles véase la reseña de Jaramillo Uribe [1986] sobre los estudios afrocolombianos hasta la década de 1970.

análisis de la presencia de la mujer esclava y señalan que sólo a partir de los años 60 los estudios históricos mencionan a las mujeres negras como esclavas, libres, cimarronas, palenqueras, horras y ladinas [Jaramillo Uribe, 1963], pero fueron los antropólogos negros quienes empezaron a indagar por explicaciones socioculturales de las sociedades negras.

Las mujeres participaron activamente en la economía de la Nueva Granada desde el momento mismo de su inserción y se desempeñaron en zonas rurales y urbanas como cocineras, criadas, amas de crianza, vendedoras de alimentos, trabajadoras por jornal, prostitutas, mineras, agricultoras y en oficios varios [Castaño, 1985; Díaz, 1995; Romero, 1995; Gutiérrez y Pineda, 1999]. En el mundo productivo de las cuadrillas, las haciendas y los trapiches ellas ejercieron principalmente como cocineras y tuvieron bajo su responsabilidad preparar y servir los alimentos, administrar los abastecimientos, recibir y distribuir preparados los productos de la cacería, la pesca y la recolección de frutos [Romero, 1995; Díaz, 1995]. Asimismo, participaron en las redes de comercio e intercambio de productos como el aguardiente y el tabaco [Romero, 1995; Zuluaga y Bermúdez, 1997]. Adicionalmente, los criterios de rentabilidad y el imaginario sexual de las mujeres negras contribuyeron a flexibilizar los códigos morales, de tal manera que la venta del cuerpo de las esclavas y la prostitución fueron consideradas como cualquier actividad minera o agrícola, pues representaban una fuente de ingreso adicional para los amos.

La introducción de la mujer negra esclava en calidad de doméstica y concubina constituyó la primera división sexual del trabajo. Además del cometido económico para los esclavistas, jugó un importante papel social para los esclavos ya que, en el manejo de las actividades domésticas, la mujer era puente y mediadora de las relaciones y la comunicación con los esclavos, se identificaba con ellos por su condición de esclava y por aspectos culturales comunes [Romero, 1995]. Al respecto, Werner [2000], en su descripción de la vida social y económica de los negros bajo el régimen colonial, menciona el papel de las mujeres en la transmisión de la cultura propia, así como del cristianismo y el castellano por estar encargadas de la crianza, en particular cuando se establecían relaciones entre mulatas y negros africanos. De otra parte, las mujeres negras dejaron su huella en la cultura mestiza a través de la crianza de los hijos de blancos, a quienes transmitían elementos de su propia cultura en los cantos y arrullos, juegos y narraciones, alimentos y remedios [Mena, 1993; Navarrete, 1995(a)].

En relación con su participación económica, aparecen inevitablemente la dominación y la resistencia. Coinciden varios autores en afirmar que, si bien los modos de vida de las esclavas variaron de acuerdo con la actividad desempeñada, en los centros urbanos y en los ámbitos domésticos las mujeres tuvieron generalmente mejores condiciones de vida, pero estuvieron mucho más condicionadas ideológicamente por la cultura de los amos y

sus relaciones mediadas por el paternalismo, la caridad y la gratitud [Rodríguez, 1995]. En las zonas urbanas, generalmente, hubo una mayor demanda de mano de obra femenina para los servicios domésticos, la crianza, el amamantamiento y otros oficios económicamente rentables, al punto que para finales del siglo XVIII había un mayor número de mujeres esclavas negras en los centros urbanos [Rodríguez, 1997]; específicamente entre 1700 y 1750 Santafé de Bogotá tuvo un carácter femenino numérico y demográfico que condicionó su dinámica social [Díaz, 1995]. La experiencia urbana ofreció a las mujeres negras mayor movilidad geográfica [Castaño, 1985; Díaz, 1995; Navarrete, 1995(a,b)] porque pudieron salir del encierro doméstico y los amos permitieron su vinculación a otras actividades, como las ventas callejeras, el artesanado, distintas formas de peonaje, los trabajos, los pagos y la prostitución, las cuales les dieron la posibilidad de percibir algunos recursos y beneficios económicos que, aunque compartidos con los amos, eventualmente sirvieron para comprar su libertad o la de sus hijos. Con ello también ampliaron sus relaciones sociales, tuvieron un mayor margen de control de sus vidas y fueron consolidando oficios, conocimientos y destrezas que emplearon al ser ciudadanas libres.

Navarrete [1995(b)] sostiene que aún no está escrita la historia de las mujeres negras en las provincias del Nuevo Reino de Granada en los siglos coloniales y poco se sabe de las relaciones entre mujeres de la elite y las castas inferiores. Con base en su estudio sobre la Cartagena cosmopolita del siglo XVII, esta historiadora se refiere a un tema prácticamente inexplorado que trata de las relaciones cotidianas entre propietarias blancas y mujeres negras. Las interacciones no estaban exentas de ambivalencia, violencia y temor mutuo, pero las trabajadoras domésticas en ocasiones fueron confidentes, compañeras, encubridoras e incluso amigas de las señoras porque las mujeres de las castas inferiores podían moverse más libremente por fuera del control doméstico y servir de correos y mediadoras de comunicación. Las relaciones entre amas, sus hijos y las amas de cría se dieron en el plano de lo afectivo y lo cultural, lo cual privilegió en algunos casos la posición de las esclavas y propició relaciones entre los hijos de unas y otras. El intercambio favoreció la circulación de valores, comportamientos, lenguajes y conocimientos entre amos y esclavos, que más tarde configurarían el sentido de identidad regional común a todos.

A pesar del tutelaje de la legislación y los esquemas de la sociedad dominante, las mujeres fueron sujetos protagónicos y activos que se resistieron permanente y decisivamente en los niveles individual y colectivo, a través de mecanismos legales e ilegales y de maneras heroicas y mundanas. Las mujeres negras buscaron por todos los medios liberarse o liberar a los suyos, para lo cual emplearon estrategias tan diversas como realizar trabajos adicionales, dar y vender el cuerpo por la promesa de libertad –no siempre cumplida–, ganarse el cariño y respeto de los amos, amamantar infantes blancos para apelar a la libertad por buen servicio o procrear hijos con hombres libres, negros y blancos, para que

heredasen el estatus de libres. De otra parte, las mujeres negras huyeron y buscaron refugio en otros lugares a causa de los malos tratos, tomaron parte activa en los movimientos cimarrones –a veces por su propia voluntad y otras por raptos– y fueron decisivas en la conformación de palenques [Castaño, 1985; Friedemann y Arocha, 1986; Zuluaga y Bermúdez, 1997]. Pero los medios legales fueron más utilizados para obtener la libertad propia o de las familias, lo cual es explicable por las restricciones que la condición de madre impone para la movilización y porque el respaldo legal es una medida más permanente. Según Colmenares [1979], la mayor parte de las automanumisiones del Chocó, registradas en Popayán entre 1721 y 1800, provino de mujeres. Con base en su trabajo histórico sobre el Chocó en el siglo XVIII, el historiador Bernardo Leal manifiesta que las mujeres participaron en menor grado en los procesos violentos de liberación, como el cimarronismo y la fuga a los palenques, y privilegiaron el uso de las vías legales, como la compra de libertad.

El cuerpo de la mujer negra: demografía, dominación, resistencia y memoria

El cuerpo de la mujer negra ha sido visto desde múltiples ópticas e intereses: mercancía, fuente de rentabilidad y vehículo de reproducción de mano de obra desde la perspectiva productiva y reproductiva; objeto de dominación y fuente de placer para otros. En el contexto de las contradicciones entre el sistema legislativo, la moralidad cristiana y la avaricia económica de los esclavistas, las agresiones físicas, sexuales, domésticas e ideológicas se materializaron en el abuso del cuerpo de las esclavas negras [Spicker, 1996]. La salud femenina fue precaria por el exceso de trabajo y las malas condiciones de vida y nutrición; los problemas relacionados con la salud reproductiva eran recurrentes, como lo atestiguan las descripciones que presenta Castaño [1985] de las heridas y enfermedades que padecían las mujeres en sus cuerpos como consecuencia de los castigos y abusos. No importó tampoco cuidar el cuerpo de las mujeres negras para la castidad, por lo cual la prostitución fue tolerada hasta el siglo XVIII. La experiencia de resistencia de las mujeres negras frente a la trata esclavista, tanto en África como en el Nuevo Mundo, forjó el carácter de gran liderazgo que aún persiste entre las comunidades afrocolombianas [Lozano, 1992; Spicker, 1996].

Varios autores muestran cómo, bajo la racionalidad económica, los esclavizadores y las instituciones del sistema colonial regularon y controlaron la sexualidad y la reproducción femeninas de acuerdo con sus intereses y necesidades. Por ejemplo, la maternidad se incentivó en periodos en los cuales hubo una gran desproporción numérica entre mujeres y hombres y una gran demanda de mano de obra esclava, como sucedió entre los siglos XVI y XVII. En la segunda mitad del siglo XVIII cambió la tendencia y se estabilizaron las tasas de natalidad criolla en las cuadrillas. Según Sharp [1941] y Colmenares [1979], de 1778 a 1808 las mujeres nunca fueron menos del 40% de la población esclava y para 1782 un

tercio de la población negra estaba casada y muchos de los solteros correspondían a la población infantil. La decadencia de la trata y las dificultades para el aprovisionamiento de esclavos hicieron que los hijos de las esclavas adquirieron mayor valor y por ello las mujeres obtuvieron mejores tratos y se aumentaron sus raciones de comida [Sharp, 1941], situación que continuó hasta finales del siglo XVIII [Spicker, 1996]. Además de los incentivos a la sexualidad esclava, se toleró la familia extendida, los “tratos ilícitos” y el madresolterismo, y los amos concertaron muchas relaciones conyugales según su conveniencia.

Si bien el cuerpo de las mujeres negras esclavas fue apropiado, regulado y controlado para el uso y disfrute del amo o para uso de otros, las mujeres convirtieron el cuerpo en elemento de resistencia, de manipulación y de ejercicio de poder y autonomía. Recurrieron al aborto para no darle nuevos hijos al esclavizador cuando éste trató de maximizar la rentabilidad de los cuerpos esclavos aumentando el número de hijos [Spicker, 1996] y emplearon la seducción y maternidad para acceder a recursos o privilegios, ascender en la escala social a través del blanqueamiento o lograr la libertad propia o de los hijos [Bermúdez, 1992; Rodríguez, 1991, 1997; Morales, 1992]. Otras formas de resistencia que involucraron el control del cuerpo y la vida, y que no fueron exclusivamente femeninas, fueron el suicidio y el infanticidio, tanto de bebés como de niños más grandes, propios y ajenos [Mina, 1975; Spicker, 1996]. Estas formas de resistencia, individual y colectiva, activa y pasiva, demuestran cómo vivieron creativamente las mujeres en medio de circunstancias extremas y en una sociedad edificada sobre las diferencias y la subordinación de clase, raza y sexo.

La condición de género influyó en la obtención de la libertad, como lo demuestra Díaz [1995] para Santafé de Bogotá en el siglo XVIII. Este autor señala que la dinámica de manumisión estuvo directamente ligada a la mayor cercanía de los vínculos entre amos y esclavos, especialmente esclavas. De manera novedosa y muy sugestiva para futuros estudios sobre las relaciones entre mujeres, plantea que alguna solidaridad femenina se expresó en la manumisión ya que las amas con frecuencia dieron la libertad a sus esclavas negras. Como se mencionó antes [Navarrete, 1995(b)], se conoce poco acerca de la influencia de las mujeres negras en la vida cotidiana de los amos y las relaciones entre mujeres de distintos grupos étnicos y sociales, lo que sin duda es una línea de investigación que amerita ser explorada.

Desde la perspectiva de las emociones y los símbolos, en el cuerpo de la mujer negra confluyen los imaginarios, las fantasías, los miedos y los deseos de hombres y mujeres para quienes rigen otros códigos, otras leyes y otros referentes corporales. Borja [1998:166] explica la violencia contra las mujeres, en particular las mujeres negras, porque “el contacto con los negros y su conciencia de lo erótico causaba tan fuerte impacto que reforzó la relación mujer-erotismo-tentación, imagen familiar desde la Europa medieval”. La literatura de finales del siglo XIX (representada, entre otros, por Eustaquio Palacios, Jorge Isaacs,

Tomás Carrasquilla y Bernardo Arias Trujillo) que versó sobre las descripciones de los temas coloniales también estuvo permeada por la asociación mujer negra=erotismo, pero desde una óptica romántica y costumbrista. El arquetipo de la mujer negra como criatura sexual primitiva y exótica trascendió las fronteras nacionales, como se aprecia en la poesía afroantillana y negrista [Friedemann y Espinosa, 1995], y sigue alimentando los imaginarios, las identidades y las relaciones de género contemporáneas.

El análisis de los imaginarios sobre la sexualidad, el cuerpo negro femenino y el papel que juegan para efectos de dominación, constituye una parte del trabajo de Wade [1997]. Así, aspectos contradictorios como la fascinación erótica y la atracción que suscitan las mujeres negras y la inferioridad con que se las caracteriza permiten entender que puedan ser definidas como objeto de deseo y placer por sus poderes sexuales, pero reducidas a la vez a una condición servil.

Muchos otros interrogantes en este terreno están a la espera de ser investigados. ¿Cómo están introyectadas esas imágenes ambiguas y contradictorias entre los negros? ¿Cómo se relacionan las mujeres negras con estos estereotipos? ¿Cómo viven, resignifican o reproducen los negros los imaginarios sexuales de los blancos? ¿Cómo viven las mujeres negras su corporalidad y su sexualidad? Son preguntas para la reflexión y la investigación.

Finalmente, el cuerpo de la mujer negra ha sido visto como el recipiente de la memoria cultural y de resistencia que se comunica a través de los gestos y del movimiento, por lo cual el baile ocupa un lugar tan importante en la cultura negra [Wade, 1997]. Como indica Losonczy [1997], la memoria motriz de los cuerpos parece constituir el sustrato más resistente de la memoria colectiva afroamericana y el lenguaje gestual y corporal sigue siendo un elemento diferenciador de la gente negra frente a los indígenas, mestizos y blancos. Así, el cuerpo de la mujer negra es como un texto en el que se ha ido escribiendo e inscribiendo su historia y que está aún por ser descifrado.

Desde otra perspectiva, nuevos estudios y reflexiones sistemáticas podrían iluminar, en un contexto más moderno, en qué medida y de qué maneras el cuerpo de la deportista o de la modelo, por ejemplo, ha permitido alternativas de revalorización, de autoafirmación y/o de nuevas formas de explotación, ha transformado los imaginarios de hombres y mujeres blancos y negros, y ha auspiciado nuevas formas de relación entre ellos y ellas.

Bruja, hechicera y maga del amor

Otra de las líneas de trabajo histórico en que la mujer negra juega un papel central es la referida a la brujería, la hechicería y la curandería; se destacan las investigaciones de Maya [1992, 1996, 1998(b)], Ceballos [1994], Navarrete [1995] y Borja [1998], que documentan las prácticas religiosas, mágicas, de curandería y partería, los rituales agrícolas,

propiciatorios, de hombres y mujeres africanos y de negros criollos, que fueron tildados de brujería, hechicería⁶ y adivinación bajo los rótulos inquisitoriales, pero constituyeron mecanismos de reafirmación identitaria, cohesión social y resistencia a través del pacto con el demonio. Estas prácticas hicieron parte de la reconstrucción social, cultural y simbólica de los esclavizados a partir de la recreación de sus sistemas de pensamiento y formas de manejo del mundo; al mismo tiempo no sólo hicieron posible la resignificación de los sistemas religiosos e ideológicos europeos e indígenas, sino que favorecieron el establecimiento de nuevas relaciones sociales entre negros y otras etnias. Borja, Navarrete y Ceballos consideran que el permanente intercambio y apropiación de conocimientos y prácticas que tuvieron lugar entre blancos, criollos y africanos dieron lugar a distintas formas de sincretismo cultural y religioso, tanto en áreas rurales como en centros urbanos. Maya define su argumento dentro de la perspectiva afrogenética y explica la brujería y las juntas de brujas como formas y ámbitos de cimarronaje o resistencia cultural que permitieron a los negros, en especial a las mujeres, retejer la malla de la memoria histórico-cultural al margen del sistema esclavista, reintegrarse étnicamente, expresarse sexualmente y resistir la colonización cultural y religiosa por medio del encuentro con sus sistemas tradicionales africanos.

Para Borja la mutua incompreensión del mundo del otro –en el contexto de dos grupos enfrentados a la desterritorialización– implicó la ruptura y el reacomodamiento de símbolos culturales en medio de relaciones de poder y miedo; la dualidad entre el bien y el mal fue la que codificó las relaciones sociales, interétnicas e intragenéricas. En el sistema de estigmatizaciones, la misoginia europea y la demonización católica permearon todos los campos culturales y los discursos y prácticas masculinas, y se proyectaron de manera particular sobre las mujeres negras y afrogranadinas, quienes sufrieron la condena de ser mujeres y ser negras. A esto se sumaron las mutuas limitaciones de comunicación y las recurrentes distorsiones del sentido de los mensajes de acusados y acusadores originadas en la incompreensión del castellano por parte de unos y de las lenguas africanas por parte de otros.

En los primeros autos de fe de Cartagena las acusadas por brujería eran en su mayoría blancas y criollas, pero a partir de 1635 aumentó el número de mujeres negras y mulatas juzgadas por brujería, hechicería e iniciación de otros en las juntas de brujas. Borja calcula que la Inquisición persiguió las juntas de brujas aproximadamente 30 años, entre principios y mediados del siglo XVII. Se consideraba que Tolú era el centro de las brujas negras, lideradas por una blanca sevillana, y que Cartagena lo era de las brujas blancas, comandadas por una negra [Borja, 1998:293]. Maya [1998(b)] afirma que las brujas afronegranadinas diferían de las brujas ibéricas y que, en el siglo XVII, Cartagena vivió un proceso de africanización en términos demográficos y culturales porque los blancos se apropiaron de

6. La brujería incluía pactos con el diablo para obtener poder; la hechicería implicaba poder, pero sin la mediación del pacto con el diablo.

los saberes mágicos negros. Navarrete [1995(b)] rescata el mestizaje cultural y caracteriza a Cartagena como espiritualmente mulata debido a la presencia y a la labor mediadora de las mujeres negras y mulatas en la crianza y socialización de los infantes de la elite, y en la vida privada de las mujeres blancas, quienes inclusive fueron iniciadas en la brujería y la hechicería.

Los autores mencionados coinciden en que la demanda masculina y femenina de conocimientos y servicios de las mujeres negras, sobre todo en la curandería y en las artes amatorias, propició la continuidad de las prácticas a pesar de la represión y este papel permitió a las “brujas” un poco más de autonomía e incluso el acceso a otros recursos simbólicos y materiales. Los conjuros, rituales, pócimas y magias para fines amatorios acercaron a hechiceras blancas, negras y mulatas, a quienes las mujeres blancas y mestizas de las elites acudían para resolver sus males de amor e invertir el orden social de subordinación, castidad y monogamia. Esta trasgresión de las normas éticas y morales establecidas reafirmó la necesidad de controlar y sancionar a las brujas negras.

Ante el sistema físico e ideológico de control y vigilancia colonial, reafirmado con la introducción en 1610 del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, las mujeres inculpadas reaccionaron de manera diversa: algunas aprovecharon las acusaciones para seguir desplegando formas de terror contra los blancos y mantener la idea de la mujer negra como bruja y asesina de niños en rituales [Borja, 1998]. Otras, por el contrario, se sometieron voluntariamente ante el tribunal y apelaron el perdón por arrepentimiento.

Para Maya [1992], el estudio de los casos de brujería permite inferir lo que denomina “conflicto heteroétnico” entre africanos de distintos orígenes, entre las mujeres domésticas y las trabajadoras de mina, entre las esclavas aliadas del sistema esclavista y las cimarronas. El señalamiento de estas bipolaridades conflictivas remite a las zonas de tensión y a los conflictos de poder que atravesaron las relaciones sociales y de género en los distintos ámbitos de la vida social colonial y que es un tema poco explorado.

Mujer negra y familia

Las relaciones entre familia y organización social constituyen una de las preocupaciones más generalizadas en los estudios sociales [Gutiérrez, 1968; Arocha, 1986; Perea, 1987; Whitten, 1992; Friedemann y Espinosa, 1993, 1995; Zuluaga, 1988, 1993; Zuluaga y Bermúdez, 1997; Romero, 1990-1991, 1995; Rodríguez, 1991, 1997; Motta, 1993; Urrea, Arboleda y Arias, 1999; Mosquera, 1994; González, 1995; Díaz, 1995; Lozano, 1996; Spicker, 1996; Losonczy, 1997]. Y es que, ineludiblemente, en un marco de desarraigo absoluto y de deshumanización como el que produjo la esclavización, la familia, como centro social y evolutivo, adquiere extremada importancia para la recons-

trucción social de grupos, etnias e individuos a través de la recomposición familiar y del parentesco.

Por otra parte, siendo la historia de la mujer un complejo inherente a la historia de la familia, interrogantes como los siguientes han orientado las diferentes formas de tratamiento del tema: ¿Cuáles fueron las condiciones en que se desarrolló la familia esclava en las distintas regiones y qué papel jugaron las mujeres? ¿Cómo influyeron los sistemas legales, religiosos, económicos y políticos que dieron lugar a las particulares formas de familia? Muchos otros reclaman nuevas y renovadoras indagaciones.

A su turno, la identidad femenina negra ha estado atada, sin duda, a la maternidad, a la crianza y a la socialización de los hijos, pero es claro que allí no se ha agotado. No obstante, los trabajos que versan sobre la dimensión doméstica en la historia social negra enfrentan muchas dificultades para convertir a la mujer en el centro de indagación por fuera de su condición de madre. Es fácil imaginar el protagonismo femenino en la preservación de la memoria colectiva, en la construcción de la comunidad a través de la reproducción de la vida religiosa, lúdica y espiritual, en su papel como facilitadora de los ritos de iniciación y de tránsito hacia la muerte, pero documentarlo es bastante más complicado.

La falta de trabajos más sistemáticos y la invisibilidad de las mujeres negras en su desempeño de roles públicos en distintos campos ha redundado en caracterizaciones esencialistas y en representaciones hegemónicas sobre la feminidad negra. Así, por ejemplo, la configuración y consolidación de un mito sobre el supuesto matriarcado negro confiere imaginariamente a la mujer negra un estatus privilegiado e hipertrofia la frecuencia de situaciones de reconocimiento social y de respeto, de autonomía y de manejo del poder, al tiempo que desdibuja las situaciones reales de subordinación femenina, oculta la violencia doméstica y simplifica la variabilidad de las experiencias de este sector de población –al contrario, profundamente heterogéneo. Por eso algunos autores han insistido en la necesidad de abordar el estudio de la familia y de la mujer negra esclava desde nuevos ángulos, con una lectura crítica de las fuentes, mediante la articulación interactiva de categorías como género, raza, clase y condición, y adentrándose en diferentes aspectos de la vida cotidiana [Castaño, 1985; Bermúdez, 1992; Friedemann y Espinosa, 1993, 1995; Asher, 1998; Camacho, 1999(a)].

Dada la abundante producción relativa a la familia negra es importante señalar aquellos que parecen ser los tres elementos que más inquietan a los estudiosos del tema: la matrifocalidad, la familia extensa y la poliginia, y resumir las discusiones más relevantes al respecto. Para algunos la matrilinealidad y la poliginia responden al papel de la mujer como organizadora y estabilizadora del parentesco, a su condición de principal proveedora de ingresos y/o a la constante movilidad masculina [Gutiérrez, 1968; Motta, 1993]. Motta [1995] plantea que la sobrevaloración de las capacidades sexuales masculinas y el machismo encuentran su más fehaciente expresión en la práctica de la poliginia.

Por sus diferencias y contrastes con los patrones católicos, patriarcales, monogámicos y nucleares dominantes, la familia negra ha sido definida y estigmatizada como desordenada, inestable, disfuncional, ilegítima [Gutiérrez, 1968; Motta, 1993]⁷. En contravía de estas ideologizaciones, varios autores analizan a la familia como el producto de las condiciones particulares de desarrollos regionales y de la influencia de las instituciones sociales, legales, religiosas y económicas coloniales. Romero [1995], por ejemplo, sostiene que, si bien las formas familiares específicas variaron de acuerdo con la historia y las condiciones del grupo, indiscutiblemente desbordaron las rígidas prescripciones esclavistas sobre uniones conyugales vía matrimonial, sobre la patrilinealidad y la patrilocalidad y, en términos generales, sobre la moralidad cristiana.

Es el caso de los grupos de esclavos mineros en las cuadrillas del Pacífico centro-sur. Estos se convirtieron no sólo en unidades productivas, sino también en unidades y principios fundamentales de organización social, familiar y cultural que dieron lugar a comunidades domésticas en las cuales la mujer ejerció papeles protagónicos y centrales para la cohesión interna de los grupos. Las pocas mujeres que fueron introducidas a las cuadrillas consolidaron vínculos de parentesco a través de sus uniones y sus descendencias hasta generar familias centradas en torno de ellas. En la práctica se aceptaron relaciones sexuales flexibles en las cuales podían participar los hombres de la cuadrilla alternadamente, dando origen a vínculos familiares con reconocimiento matrilineal y asentamiento matrilocal.

La interpretación de Zuluaga [1988; Zuluaga y Bermúdez, 1997] para el valle del Patía es similar: la familia extensa engendrada por la sucesión de matrimonios de un mismo ego genitor hizo que la descendencia se identificara socialmente con la cabeza de familia; a la madre, la abuela o la tatarabuela se le denominaba generalmente “gran madre”. Así se tendía a la matrilinealidad social en una sociedad con patrilinealidad legal. El ego de poder y autoridad era ejercido por la gran madre inserta en una red con el mayor número de relaciones de parentesco y con el mayor número de unidades familiares. En relación con la consiguiente debilidad de la autoridad masculina directa se introdujo la institución del avunculado, sistema en el cual el hermano o hijo mayor de la madre es el responsable de la crianza y educación de los varones [Zuluaga y Bermúdez, 1997].

Según Mina [1975], en las poblaciones negras de las haciendas del Valle del Cauca la matrilinealidad es el resultado de la acción de la sociedad y el Estado que, a través de la libertad de vientres, afirmó la relación madre-hijo. En 1800, por ejemplo, la quinta parte de las familias esclavas de esa región tenían como cabeza de hogar una mujer y en 1820 un

7. En su libro *Miscegenación y cultura en la Colombia colonial, 1750-1810*, Gutiérrez de Pineda reevalúa muchos de sus planteamientos iniciales al respecto de la familia y la mujer negra, y ofrece información detallada sobre las relaciones de poder en el sistema esclavista, la vida cotidiana de los géneros, los estereotipos sexuales de las mujeres negras, la dinámica de los amos y esclavos, el papel de la mujer en la conformación de la familia, entre otros.

tercio de las familias mineras ya estaban encabezadas por mujeres [Mina, 1975:40]. Esta situación aún prevalecía en la época en que Mina hizo sus estudios en la zona.

Las antropólogas Friedemann y Espinosa [1995] retoman los planteamientos de la antropología feminista norteamericana en los cuales la mujer, en este caso la mujer negra, no es una categoría universal, por lo que es necesario presentar imágenes de ella en distintos escenarios. Se resalta así el papel de la mujer negra como improvisadora de artificios e inventora de soluciones (que parecerían impensables en medio de sus grandes y pequeños retos domésticos y familiares), como gestora de autonomía económica y de múltiples maneras de enfrentar la sociedad mayor. Pero, a pesar de su planteamiento inicial, estas autoras posteriormente restringen su mirada de la mujer negra a su condición de madre y al contexto de la familia. Al respecto apoyan sus trabajos en estudios de tres complejos sociohistóricos: la cuadrilla minera, la hacienda y el palenque de San Basilio⁸, para mostrar que los actuales sistemas culturales afrocolombianos están sustentados en la familia extensa, la poliginia y la conformación matrilineal como patrones propios de un sustrato común a los grupos étnicos africanos⁹.

Con base en su etnografía de las comunidades negras del río Capá en el Chocó, Losonczy explora la organización social y propone nuevas interpretaciones para la comprensión de la reconstrucción cultural de un grupo humano brutal y definitivamente desarraigado de sus sociedades de origen y reducido a la condición de instrumentos, en una sociedad bipolar (colonizadores y nativos), desigual y asimétrica. Uno de sus planteamientos principales es que la esclavitud, el desequilibrio artificial de la proporción sexual y la promiscuidad redujeron el parentesco casi a un grado cero, de ahí que se privilegien las relaciones codificables de parentesco consanguíneo y ritual y exista una valoración positiva de la maternidad prolífica, sea ésta biológica o social. La matrilinealidad en la familia negra se debe no sólo a que la mujer fue el único elemento estable de referencia, sino que sobre los negros no se aplicó la regla de alianzas endogámicas y ascendencia bilateral de los blancos. Desde la óptica de la racionalidad económica de los amos, la paternidad codificada y socializada fue negada porque lo más valorado era la maternidad negra y el tipo de filiación de sus descendientes importaba menos que su condición legal. Como transmisora legal del estatus de esclavo a su hijo, independientemente de la condición del progenitor, la mujer fue objeto de menor control, mientras que los hombres fueron forzados a una rigurosa endogamia racial para

8. Con respecto al palenque, Friedemann analiza la institución de los cuagros, en los cuales hay una diferenciación por género, como unidades constitutivas de la organización social para la defensa del territorio.

9. Barona [1987] reconoce que, si bien hubo una ruptura de las estructuras parentales africanas, también hubo una reelaboración de nuevas formas familiares y sociales con elementos residuales de las culturas originales, pero con distinta significación. Autores como Perea [1987] consideran inclusive que durante la esclavitud no existió familia negra, dadas las adversas condiciones demográficas, alimenticias, sanitarias, laborales, etc., y que ésta sólo fue posible a partir del cimarronismo.

garantizar la reproducción de nuevos esclavos. Inclusive, afirma Losonczy, por la desproporción numérica hombre-mujer en las minas, las uniones sucesivas de compañeros sexuales eran relativamente libres y se ordenaban según las preferencias individuales de las mujeres.

Estos datos contrastan con los de otros autores [Díaz, 1995; Dueñas, 1997] para el contexto urbano de Santafé de Bogotá, donde la escogencia de pareja entre los esclavos estuvo mediada por los intereses económicos de los amos y en ocasiones las mujeres negras esclavas fueron obligadas a casarse con otros esclavos para encubrir las relaciones ilícitas con los amos, quienes las sometían al abuso sexual y al amancebamiento continuo. La posibilidad de escoger compañero, a pesar de las restricciones y controles sobre el cuerpo y la sexualidad femenina, es una idea interesante para repensar qué espacios de autodeterminación sexual y afectiva, si bien limitados y circunstanciales, tuvieron las mujeres en medio de un sistema basado en el control total de los sujetos.

Con respecto a la poliginia, Losonczy comparte la idea de Velásquez [2000] de que puede ser un rastro africano de herencia bantú de la región del Congo, pero precisa que esta forma matrimonial se debe analizar dentro del sistema negro colombiano. En esta sociedad, la llegada de un nuevo ser abre la posibilidad de establecer relaciones codificadas, lo que hace que la maternidad y la paternidad sean marcadores de adultez y plenitud individual y social. Las múltiples uniones masculinas están asociadas con la representación cultural de la expansión individual y del prestigio masculino, que resulta de la ampliación de la descendencia, de las relaciones sociales y de los intercambios que se estructuran con el parentesco. Por el contrario, las uniones sucesivas seguidas de separaciones hacen parte de otra estrategia matrimonial de ampliación de las alianzas, pero centrada en la mujer en tanto el parentesco se extiende por vía materna. Concluye Losonczy que ver la matrilinealidad como la eventual supervivencia de un sistema africano no es viable si no se cuenta con análisis muy rigurosos del sistema de parentesco y de su traducción en el campo sociológico, dada la gran disparidad étnica de los orígenes de los esclavos.

A pesar de las disquisiciones sobre el tema, no se encuentran trabajos que indaguen por la poliginia desde la óptica de las mujeres, de sus experiencias, de sus expectativas frente a la relación de pareja y de su nexos con las “contrarias” a la luz de las tensiones y contradicciones producidas por la influencia histórica de los aparatos religiosos, legales e ideológicos patriarcales y católicos que han privilegiado un cierto tipo de familia, de relación de pareja y de ideal femenino y masculino.

Para los historiadores, la familia es tema de interés por ser ésta una de las unidades básicas del mundo colonial, en el cual la familia nuclear representaba la unidad residencial común, mientras que los lazos de parentesco consanguíneo y legal eran el soporte social y económico. Las investigaciones históricas regionales de Rodríguez [1991, 1995, 1997]

para Cartagena, Cali, Medellín y Tunja; y Díaz [1995] y Dueñas [1997] para Santafé de Bogotá, se adentran en la lectura crítica de la historia colonial y regional a través del estudio de la formación de la familia neogranadina, las disposiciones legales y eclesiásticas que la regían y los efectos en los sentimientos de sus protagonistas y en su definición identitaria. Mencionan también los conflictos en las relaciones de pareja, la violencia intrafamiliar y la agresión sexual hacia la mujer negra. Muestran el gran número de familias con estructura distinta del modelo oficial porque los códigos de honor y las formas de control de la vida cotidiana y doméstica eran menos importantes en las castas inferiores. El amancebamiento, el concubinato, la sexualidad prematrimonial o extramatrimonial fueron prácticas comunes no sólo en las áreas rurales, sino en los centros urbanos, lo que propició una alta ilegitimidad en los nacimientos, dio lugar a varios tipos de familia negra, entre los que se destaca la matrilocal con jefatura femenina (en Cartagena y Cali la mayor parte de madres solteras fueron mulatas), y redundó en una progresiva disolución de las fronteras entre blancos y mulatos dando origen a la sociedad mestiza colonial¹⁰.

Rodríguez [1991] concluye que los matices de todos estos temas en los ámbitos urbanos y rurales, entre negros y mulatos y con respecto a las mujeres, ameritan mayor indagación, así como nuevos trabajos de demografía histórica que incluyan la consulta de otras fuentes, como los registros de bautismo, matrimonio, defunción y los censos eclesiásticos, a los que habría que añadir las fuentes notariales, locales y regionales. En efecto, uno de los temas que presenta mayores vacíos es el de la demografía histórica y contemporánea con perspectiva étnica y de género, cuya disponibilidad abriría nuevos debates sobre la organización social y la constitución de la familia y la sociedad negra. Otros trabajos que compensan parcialmente este vacío son los de Díaz [1995], Spicker [1996] y González [1995].

En una perspectiva más contemporánea, el trabajo clásico de Mina [1975] analiza los efectos de las transformaciones agrícolas, socioeconómicas, en particular sobre las comunidades campesinas negras en el Valle del Cauca, que acompañaron la desintegración del sistema de hacienda colonial y la entrada del capitalismo agrario con el monocultivo de la caña de azúcar. Mientras existió la economía campesina de subsistencia, posterior a la abolición de la esclavitud, y antes de la gran expansión industrial de la caña y la agricultura mecanizada, en que los negros eran propietarios de la tierra y podían tener cierta independencia productiva, la familia era matriarcal y extensa, con una mujer mayor como jefe que controlaba el trabajo agrícola y era responsable por el bienestar de los niños y donde la mujer gozaba de independencia y libertad. Mina ofrece tres argumentos para explicar las

10. A pesar de la laxitud de las leyes de endogamia racial en los sectores subalternos, los mestizos adoptaron estas disposiciones con el fin de diferenciarse de los mulatos, negros e indígenas, con lo cual se agudizaron los conflictos interétnicos y familiares con respecto a las alianzas matrimoniales entre castas. Los grupos negros y mulatos esclavos y libres también compitieron por su inserción social e hicieron uso de la alianza para contrarrestar el impedimento de ascenso social por factores raciales.

particulares relaciones entre hombres y mujeres negros, que caracteriza como más flexibles, honestas y directas, y en las cuales la mujer tiene un papel menos servil frente al hombre en comparación con otras culturas y otros sectores sociales en Colombia. De una parte, es un sistema práctico que funciona bien y satisface la dignidad humana; de otra, es el resultado del tipo de vida de los campesinos libres, que para escapar del asedio de los terratenientes, el Estado y la sociedad en general se refugiaron en el monte y desarrollaron una sociedad muy flexible; y en tercer lugar, es la consecuencia de las transformaciones económicas en las que el trabajo asalariado separa a los hombres de las mujeres y los hijos.

A raíz de los cambios económicos en la región y sus efectos en la fragmentación familiar y el debilitamiento del parentesco, la mujer se convirtió en trabajadora doméstica, prostituta, vendedora o proletaria agrícola en los cañaduzales; en condiciones más precarias e inestables, dado que es asalariada de los contratistas y no de empresas más formales. Las limitaciones en las opciones laborales distintas a los empleos esporádicos o el trabajo agrícola migratorio hacen que se le denomine “iguaza”, al igual que los patos migratorios. Las mujeres negras del norte del Cauca han resistido tales condiciones laborales con sabotajes, protestas, huelgas y con su participación activa en las luchas campesinas organizadas. Aunque las representaciones descritas por Mina han sido objeto de críticas [Friedemann y Espinosa, 1995; Urrea y Hurtado, 1999], siguen siendo referencia obligada en los estudios afrocolombianos y probablemente lo serán para posteriores elaboraciones sobre esa zona geográfica.

Urrea y Hurtado [1999] analizaron recientemente las transformaciones sociales y las negociaciones de los actores locales con los grupos de poder de la sociedad regional y nacional en Puerto Tejada. Estos autores dedicaron apartes a la familia y a la mujer negra en la sociedad tradicional campesina y en la actualidad. A través de los testimonios de pobladores locales y de académicos confirmaron el reconocimiento social acordado a la mujer negra por su papel económico, por su preponderancia en la jefatura femenina del hogar y por su importancia en la tenencia de la tierra, heredada por la vía matrilineal que menciona Mina [1975].

Con respecto a la mujer y la familia negra contemporáneas Urrea y Quintín [2000], en su informe sobre masculinidades de jóvenes en barriadas marginales de Cali, proveen datos estadísticos de hogares afrocolombianos, así como una caracterización de situaciones que viven las madres y los hijos en hogares con jefatura femenina de hogar. Pero éste es un tema que debe ser mirado comparativamente con otros lugares del país, a la luz de la mayor movilidad espacial y social femenina, del descenso en la tasa de fecundidad, de la migración femenina urbana, de la fragmentación y la dispersión familiar por razones socioeconómicas y del desplazamiento forzado causado por el conflicto armado que se desarrolla en los territorios donde residen los afrocolombianos.

Mujeres del Pacífico rural

Una parte sustantiva de los textos antropológicos afrocolombianos ha versado sobre el trabajo femenino, la organización social, la territorialidad y el manejo ambiental por parte de las mujeres. Además de los trabajos anteriormente mencionados, se cuentan los ya clásicos de Friedemann sobre Güelmambí –que describe en detalle el papel de las mujeres en la minería del oro y el mazamorreo, en la organización social y el parentesco–; Arocha [1986], Machado [1997] y González [1998] sobre las mujeres recolectoras de conchas en el Pacífico sur. Nuevas producciones, como las de Motta [1995], Escobar y Pedrosa [1996], Escobar [1999], Lozano [1996], Restrepo [1996], Losonczy [1997], Camacho y Tapia [1996], Camacho [1999(b)], Arroyo y Camacho [2001], Galeano y Marín [2001], oscilan teórica y metodológicamente entre los estudios etnográficos clásicos y los que se han catalogado como propios de la “antropología de la modernidad”, que representan las tendencias más críticas de los efectos de la intervención del Estado y el capitalismo sobre las comunidades étnicas rurales y la naturaleza.

El trabajo de corte estructuralista de Losonczy, por ejemplo, introduce una interesante línea relativa a la topografía simbólica del territorio. Además de otros elementos clasificatorios, como la temperatura, propone la separación entre lo salvaje y lo domesticado como eje que atraviesa la vida de la gente negra y define las esferas espaciales, laborales, identitarias y de conocimiento entre los géneros.

Plantea que el espacio está dividido entre lo manso y lo arisco, de manera que lo arisco corresponde a lo peligroso y se asocia con el monte, mientras lo manso es el espacio humanizado. Este último, a su vez, está dividido por género, siendo la casa el dominio de las mujeres, más específicamente la parte trasera de la cocina y el patio de las ropas y las hierbas. Es igualmente femenina la ribera del río, correspondiente al desembarcadero, donde las mujeres buscan agua y lavan la ropa en grupos. Para ese autor estos espacios son percibidos como abiertos.

La calle y el monte son los espacios masculinos por excelencia, pero existen otras áreas en donde coinciden actividades femeninas y masculinas. Losonczy señala que en esta cultura una de las pocas reglas existentes, y que es celosamente respetada, prohíbe a las mujeres ir al monte porque justamente en la frontera donde se acaba la intervención humana están los seres sobrenaturales, en su mayoría de naturaleza femenina, vegetal, salvaje y fría, como la madre monte. Estos seres simbolizan la putrefacción, la destrucción de los alimentos y la incomunicación. Para los negros colombianos el monte simboliza una concentración extrema de plantas y, en tanto el universo vegetal es femenino en su naturaleza, la presencia de mujeres en el monte, sin la mediación de los hombres, representa un inminente peligro. Así se explica que el lugar “natural” de la mujer sea el espacio de la

vivienda, donde la feminidad está controlada y la mujer puede desarrollar su papel como generadora de vida a través de la producción de alimentos cocinados. Para Losonczy este aspecto de la cultura es una inversión de todas las demás normas que rigen la estrecha colaboración y complementariedad de los dos sexos.

Los datos de Galeano [1996] para los grupos negros del municipio de Olaya Herrera, en Nariño, reafirman la complementariedad y reciprocidad de los conceptos de hombre y mujer y de sus esferas de actividad doméstica y monetariamente productivas. Las mujeres aportan ingresos monetarios a través de actividades de comercialización de los cangrejos y de la piangua o de ventas de comida. Por otra parte, Galeano plantea que el histórico oficio de nutrir se convierte en una doble fuente de poder para las mujeres, pues, además de incidir en la salud y en el bienestar de sus familias, ellas también emplean la comida como fuente de control para hacer daño y dominar voluntades. El papel de la mujer en relación con la seguridad alimentaria es clave en los procesos de reconstrucción territorial y sociocultural de las comunidades negras desplazadas que retornan a sus comunidades de origen en el Pacífico, como lo ilustran Galeano y Marín [2001].

El análisis de Restrepo [1996] para el Pacífico sur ratifica algunos de los datos de Losonczy, pero se interesa menos en la mujer negra; mientras que Camacho y Tapia [1996], Camacho [1999(a)], Arroyo y Camacho [2001], por el contrario, se concentra en los conocimientos y prácticas de manejo de la biodiversidad por parte de las mujeres negras en distintos espacios del territorio y con mayor énfasis en los patios y zoteas o huertas elevadas en la costa chocoana. Describen la división sexual del trabajo, la topografía de género en el territorio y encuentran una complementariedad entre los géneros en los ámbitos sociales y productivos. Con base en el trabajo conjunto con grupos de mujeres y otras investigadoras locales, Camacho confirma que las mujeres tienen no sólo un conocimiento amplio de su entorno, sino que juegan un papel muy importante en el mantenimiento y mejoramiento de la diversidad biológica silvestre y domesticada. Del mismo modo, corrobora el protagonismo femenino en la salud familiar y comunitaria y en la transmisión de saberes ancestrales y de la cultura a través de su participación en los ritos de paso, como la ombligada y la muerte. Plantea también que la identidad femenina está estrechamente ligada al manejo de las plantas alimenticias, medicinales, de suerte y de poder. De otra parte, resalta el intercambio y la reciprocidad como elementos centrales de las relaciones sociales, especialmente entre las mujeres, tanto en el trabajo como en las labores domésticas y la crianza.

Entre los estudios afrocolombianos no existen trabajos que expliquen cómo opera la desigual distribución de la propiedad de la tierra entre hombres y mujeres negros, que permitan comparar resultados con otros estudios en América Latina [Deere y León, 2000] o que aborden la situación de tenencia de la tierra por parte de las mujeres negras. Éste es el tema que analiza Camacho [1999(b)], examinando los derechos de herencia, el acceso y

control de los bienes en comunidades negras de la costa Pacífica desde una perspectiva de género y con base en testimonios femeninos y masculinos.

Ésta es una línea de indagación fundamental desde una óptica histórica, pero con mayores razones en la perspectiva contemporánea, tanto para el conjunto de la población afrocolombiana como para la femenina en particular. En contextos como el del Pacífico, donde nunca antes se propició la compra de tierras por parte de los negros, es clara su relevancia actual para el proceso de solicitud de titulación colectiva de la propiedad y de su administración por parte de las autoridades de las propias comunidades. En otros contextos, como el norte del Valle del Cauca, donde ha primado la propiedad individual y familiar y predomina la jefatura de hogar femenina, los procesos mencionados anteriormente de descomposición de la economía campesina generan otros interrogantes, incertidumbres y dilemas.

Desde otro ángulo, con referencia a los testimonios de mujeres negras rurales sobre su identidad y experiencia, vale destacar la descripción que hace una negra del río Patía, en Nariño, sobre la familia, el matrimonio y los deberes de mujer [Llano, 1998]. En ésta se deja entrever la influencia de la Iglesia en el modelo de feminidad impuesto, basado en valores como la honorabilidad, la obediencia, la limpieza, el juicio y la laboriosidad. También se perciben las prácticas autoritarias y disciplinarias de las mujeres en el uso del castigo físico, el control, la vigilancia y la humillación materializadas en las pruebas para determinar la virginidad femenina, y en la sistemática inculcación de las destrezas femeninas en los oficios domésticos.

En este texto se enfatizan los efectos condicionantes de la esclavitud para la actual violencia doméstica e intrafamiliar, en la cual las mujeres son a la vez víctimas y generadoras de violencia. No obstante, sólo mediante indagaciones sistemáticas podrán determinarse si perviven los efectos interactivos de la violencia esclavista y del autoritarismo de las instituciones tradicionales y dentro de cuáles condiciones pueden activarse. O por el contrario, si las manifestaciones de violencia actuales corresponden a las instituciones, las prácticas y las relaciones vigentes en la comunidades negras rurales y urbanas de hoy y en sus formas de inserción en la sociedad mayor.

La intervención del Estado y la modernización del Pacífico, con los consecuentes impactos en dinámica de la participación social por una parte, de la agroindustria sobre la población negra y las mujeres en particular, así como sobre el medio ambiente, por la otra, son tendencias recientes en los estudios del Pacífico rural.

En cuanto a la intervención institucional y a la dinámica organizativa, el aporte de Rojas [1996], quien ha trabajado con comunidades negras en el Pacífico durante los últimos 15 años en diversos proyectos productivos y organizativos, es muy interesante para entender, desde una perspectiva de género, la manera como el desconocimiento de la cultura del Pacífico vulnera las redes y relaciones sociales a través de la imposición de nuevas estruc-

turas jerárquicas y burocráticas. Rojas [1996], Lozano [1996], Asher [1998] y González [1998] demuestran que, aunque los programas estatales han incorporado con éxito a las mujeres negras en el proceso formal de desarrollo, no se han producido los beneficios prometidos. Rojas plantea que en estos programas de intervención se hace necesario enfrentar el tema de las relaciones entre las mujeres, las cuales involucran de modo complejo tanto solidaridades y afectos como competencias, subordinaciones y conflictos que inevitablemente inciden en los objetivos y en el desarrollo de los proyectos.

Lozano [1996] también analiza el efecto de los proyectos de modernización y desarrollo sobre las relaciones de género y sobre las formas de vida, pues afirma que las mujeres negras han sido incorporadas como mano de obra barata por el gran capital con base en la división sexual del trabajo, en los estereotipos de género, en la subordinación femenina y en las desigualdades raciales y de clase. Sectores industriales como los de palma africana, el cultivo de camarones y la pesca se han aprovechado de estas desigualdades para apropiarse de las tierras y el trabajo barato de las familias locales. Arguye que la incorporación de la mujer a la producción industrial, con notoria desigualdad salarial, conlleva la duplicación de la jornada laboral femenina, la desvalorización de las actividades domésticas y productivas tradicionales, la proletarianización femenina y la desvinculación de la tierra porque la convierten en trabajadora asalariada migratoria, como ya lo había planteado Mina [1975] en el caso de la mujer negra del norte del Valle de Cauca con referencia a la expansión de la industria azucarera en los años 70.

De otra parte, las instituciones y los programas del Estado también orientan sus intervenciones siguiendo los enfoques convencionales de desarrollo que incorporan a la mujer a partir de su responsabilidad en el ámbito de la reproducción con el argumento de que mejorará sus condiciones de vida y participará en el mercado. El Plan de Desarrollo Integral para la Costa Pacífica -Pladeicop-, desarrollado en los años 80, fue explícito en la necesidad de trabajar con mujeres a través del Programa de Servicios Sociales Básicos, con proyectos productivos ligados a la organización comunitaria y, en últimas, a la participación femenina en otros ámbitos. Como resultado existen hoy grupos y cooperativas de mujeres que han influido en la dinámica local, como se verá más adelante. En el análisis del caso de las madres comunitarias del Pacífico vinculadas al ICBF, Lozano muestra cómo las mujeres no sólo subsidian con su trabajo este programa de atención a la niñez, sino que se convierten en el colchón de la crisis estructural del país y de la región. Contrario a lo que piensan los funcionarios y al imaginario generalizado de que los maridos se aprovechan del trabajo de sus mujeres, el trabajo masculino les permite a ellas mantener los hogares comunitarios operando a pesar de las deficiencias en el funcionamiento y los recortes alimentarios del programa. Plantea Lozano que este tipo de programas asistenciales, en la situación de crisis socioeconómica, refuerzan la división sexual

del trabajo y empeoran las condiciones de vida de las mujeres rurales sin mejorar las de los niños¹¹.

En el momento de la puesta en marcha de los anteriores proyectos institucionales, el trabajo con perspectiva de género era aún incipiente; sin embargo, con el argumento de buscar una estrategia para el desarrollo, para la puesta en marcha del Plan Pacífico (DNP-BID) se desarrolló una investigación sobre género en el área a fin de lograr que “hombres y mujeres intervengan y participen de una manera integral en el desarrollo socioeconómico de sus comunidades” [Motta, 1995], objetivo que no parece alejarse mucho de la línea de las anteriores intervenciones, aunque agrega el género como componente novedoso¹².

Al respecto se puede señalar que, a pesar de los avances académicos y políticos internacionales y nacionales que han obtenido las mujeres hacia una más compleja y difundida teoría de género como crítica social y del poder, y de su incorporación como política estatal e institucional, persiste un generalizado desconocimiento del tema. A éste se añaden la resistencia y el rechazo sustentados en la consideración de que es una cuestión exclusiva de las mujeres y/o que amenaza la estabilidad de las relaciones de pareja y del orden social establecido. La búsqueda de respuestas a las siguientes preguntas sin duda contribuiría a dirigir una mirada más profunda a las identidades, relaciones y necesidades específicas de género que los programas estatales intentan abordar: ¿Cuáles son las fuentes de poder de las mujeres, en particular de las mujeres negras, en el trabajo, en los movimientos y organizaciones sociales, en la familia, en la pareja? ¿Cómo son sus resistencias, sus contrapoderes, sus compensaciones, sus consentimientos y complicidades? ¿Cómo se plantean las mujeres negras en la esfera pública, del gobierno, de la democracia? ¿Cómo gobiernan los hombres a las mujeres y viceversa? ¿Cómo afecta la legislación nacional y étnica a las mujeres negras?

Mujer negra, organización y participación

De acuerdo con el diagnóstico de García [2001] sobre la situación de la mujer afrocolombiana, hay varias y notorias diferencias desventajosas por comparación con los

11. En esta misma línea, Álvarez [2000] critica la burocratización del pensamiento y prácticas feministas por parte del aparato del desarrollo a través de la exploración de la producción de discursos e intervenciones que involucran a las mujeres negras del Pacífico y que van desde el tradicional enfoque MED (Mujeres en el Desarrollo) hasta las tendencias “alternativas” del desarrollo.

12. No es el objetivo de este artículo hacer un análisis o crítica de este trabajo y plan; sin embargo, aunque el diagnóstico y las recomendaciones se esfuerzan por dar una mirada un poco más compleja de las relaciones de género, presentan severas limitaciones conceptuales, metodológicas y operativas. Asher [1998] considera que la interpretación de Motta sobre los roles de género afrocolombianos es biológicamente determinista y puede ser criticada como racista porque refuerza los estereotipos sobre la sexualidad negra al caracterizar las inequidades en las relaciones de género afrocolombianas como la aceptación de una realidad socialmente construida y al esencializar a los hombres negros como seres primariamente viriles y sexuales.

hombres, en términos de salud, empleo, educación y nivel de ingresos. Los informes sobre la violencia en el país coinciden en que en algunas regiones las mujeres afrocolombianas son las más vulnerables frente a la intensificación del conflicto armado y el desplazamiento forzado. La población desplazada, además, es mayoritariamente femenina y cabeza de familia en una proporción muy alta. Como bien se sabe, estas familias llegan a aumentar los cordones de miseria y la marginalidad urbana al dejar sus territorios rurales, lo que reafirma la percepción de que la pobreza discrimina por género.

En este contexto surgen preguntas fundamentales sobre las formas de reproducción de la marginalidad y la exclusión y sobre las múltiples estrategias de tipo individual y colectivo para lidiar con la pobreza. Por eso identificar y responder interrogantes claves en el terreno de la organización, por la vía de la investigación social, podría repercutir enormemente en el fortalecimiento de la capacidad de agencia de las mujeres afrocolombianas. ¿Cómo y alrededor de qué se organizan las mujeres negras? ¿Cómo son sus organizaciones y cómo su capacidad de alianza con otros sectores? ¿Cómo priorizan sus intereses? ¿Cómo asignan y asumen las responsabilidades? ¿Cómo manejan el poder y con qué formas de liderazgo operan? ¿Cómo acceden a la información relevante a sus necesidades?

Se debe señalar una vez más que es muy poco lo que se conoce de las experiencias organizativas urbanas y rurales de las mujeres negras y de su participación en la esfera pública, cívica y política. La participación femenina en niveles formales de decisión es casi nula y, aunque hay mujeres negras en cargos públicos¹³, en posiciones de representación y en los movimientos negros, se trata de casos excepcionales que en muchas ocasiones implican costos personales y familiares muy altos, sin excluir acusaciones de traición a la causa negra. La presencia de las mujeres en tales espacios de mayor visibilidad política, además de los propios méritos, implica un indudable apoyo educativo y organizativo de instituciones públicas, privadas y religiosas.

En el terreno económico y de la gestión microempresarial hay experiencias más consolidadas, cuyos efectos resultan muy interesantes. Rojas [1996], por ejemplo, reconstruye el proceso organizativo formal de las mujeres del Pacífico iniciado en las cabeceras municipales a mediados de los años 80 con el apoyo del Proyecto Mujer de Plaidcop¹⁴. Organizaciones como las cooperativas y las asociaciones surgieron de iniciativas de las mujeres ante la

13. Mujeres como Margarita Moya, figura clave en el proceso de movilización negra previo a la inclusión del AT 55 en la nueva Constitución; Zulia Mena, primera mujer negra elegida para la Cámara de Representantes; Piedad Córdoba, senadora negra del Partido Liberal; María Angulo y Leyla Andrea Arroyo, prominentes en el PCN, además de otras, juegan un papel visible en los actuales movimientos negros, incluyendo la política tradicional partidista. Esto no quiere decir que estas líderes sean sensibles a la especificidad de las preocupaciones de género dentro de los movimientos negros, como es frecuentemente el caso [Asher, 1998].

14. Temas como la situación y condición de la mujer, los derechos de las mujeres negras, el maltrato infantil, la violencia intrafamiliar y la discriminación étnico-cultural no eran parte de los objetivos del proyecto, pero fueron introducidos por las asesoras a título personal.

necesidad de aglutinar y apoyar más directamente a los pequeños grupos a través de fondos rotatorios¹⁵. Con el tiempo han logrado consolidar su trabajo socio-empresarial y han ampliado su experiencia de negociación y concertación con las instituciones del Estado y con las agencias donantes de cooperación internacional. El hecho de que sean las mujeres mismas quienes están en control de sus organizaciones ha elevado su autoestima personal y grupal y ha propiciado la canalización de recursos hacia sus intereses específicos. De manera paralela a la capacitación en asuntos organizativos y productivos, se han integrado otros temas como género, etnia, salud, etc., y se ha buscado hacer puentes entre los movimientos de mujeres y el movimiento social de comunidades negras¹⁶.

De otra parte, la Red de Mujeres Negras del Pacífico se creó en 1992 en el marco del proceso de reivindicación de las comunidades negras por sus derechos étnico-territoriales. Este nicho fecundo sirvió a las mujeres para identificar y discutir sus propias inquietudes y para determinar los objetivos de intercambio solidario entre las organizaciones de mujeres y los principios (de autonomía, afirmación de la identidad étnico-territorial, respeto, responsabilidad y conciencia) que rigen la Red. Ésta no sólo se ha mantenido, sino que ha logrado ampliarse geográfica y políticamente, ha propiciado procesos de empoderamiento femenino y ha fortalecido la participación y, en alguna medida, la presencia de mujeres en los niveles de dirección del movimiento social de comunidades negras¹⁷. Para Escobar y Pedrosa [1996] y Escobar [1999] la construcción de la identidad colectiva en el movimiento social de comunidades negras en el Pacífico, a partir de la afirmación de la diferencia cultural, está ligada a la construcción de la identidad de género en tanto muchos de los líderes máximos son mujeres. A esto se suman las contribuciones de los procesos organizativos de las mujeres negras mencionados.

Asher [1998], quien dedica su tesis doctoral al estudio de la lucha por los derechos étnicos y territoriales en el Pacífico colombiano, ofrece una mirada mucho más crítica de las desigualdades de género en el movimiento de comunidades negras, gracias a su extenso e intenso trabajo con las mujeres negras de la región. González [1998] también describe las tensiones entre los distintos grupos organizados de Tumaco, principalmente productivos y mayoritariamente compuestos por mujeres, y el Palenque Regional de Nariño. Los grupos acusan a los líderes del Palenque de excluirlos de los procesos e instancias de discusión y decisión, con el argumento

15. Motta [1995] ofrece una lista de los grupos y organizaciones de mujeres como parte del diagnóstico de género para el Plan Pacífico.

16. Después del proceso de movilización para la aprobación de la Ley 70 los temas étnicos y culturales se han vuelto un foco explícito en las cooperativas de mujeres de Tumaco, Guapi y Buenaventura. Pero la manera como se definen y abordan estos asuntos es independiente de los movimientos negros ligados a la Ley 70 [Asher, 1998].

17. Es interesante que para algunos de los líderes del PCN, la Red de Mujeres del Pacífico constituye un esfuerzo organizativo, pero consideran que no ha aportado nada al proceso político [Escobar y Pedrosa, 1996].

de que están desorganizados, que no entienden el sentido étnico-político del movimiento negro y que anteponen sus intereses productivos a los de la colectividad.

Para Asher, la construcción y articulación de la etnicidad afrocolombiana están permeadas por el género de otras dos formas. Primero, por el despliegue de metáforas de género en la definición de la identidad cultural negra; segundo, por el papel crucial, aún sin reconocimiento frecuente, que juegan las mujeres negras en la lucha por los derechos negros. Las mujeres negras son centrales en el mantenimiento de la identidad étnica así como en la formación y consolidación de las relaciones sociales y culturales. Pero los roles de género y la identidad afrocolombiana, que han sido moldeados por las estructuras del pasado, se están reconfigurando y reformulando en el contexto político presente del movimiento negro. La identidad étnica se está volviendo una variable importante en el movimiento de las mujeres negras porque éstas se están definiendo en su doble identidad: como mujeres y como negras. Así, las mujeres afrocolombianas están ampliando activamente los mandatos de sus cooperativas económicas, frecuentemente iniciadas con el objetivo limitado de incorporar a las mujeres a los proyectos de desarrollo del Estado.

Las desigualdades de poder dentro del movimiento social de comunidades negras tienen raíces ancestrales y generan situaciones en las cuales las mujeres reconocen su complicidad con el sistema y sus ambivalencias para cambiarlo. Por ejemplo, muchas activistas de organizaciones afrocolombianas se sienten orgullosas de que hayan otras mujeres negras líderes visibles, pero opinan que éstas tienen poco o ningún poder “para hacer cosas diferentes como mujeres negras”. Expresan desilusión o rabia cuando se dan cuenta de que la inmediatez de las maniobras políticas no deja tiempo para que las líderes cambien las estructuras más amplias de la subordinación de género. Pero las mujeres negras que están en posiciones de no liderazgo en el PCN son reacias a asumir posturas públicas de mayor autoridad, especialmente en asuntos en los cuales están en desacuerdo con los hombres porque se consideraría una invasión de los que tradicionalmente se han visto como espacios masculinos y una afrenta a las normas culturales afrocolombianas. Paradójicamente, entonces, la visibilidad de las líderes negras se logra a costa de mantener el *status quo* del poder desigual entre hombres y mujeres. Otra manifestación de la desigualdad de poder se observa en la falta de reconocimiento de los papeles de las mujeres en el manejo diario de las organizaciones regionales negras. Las mujeres asumen los roles tradicionales y las tareas de género como la contabilidad, los múltiples oficios asociados con la organización de eventos, la cocina y la limpieza después de las comidas y las reuniones [Asher, 1998].

En el estudio de Urrea y Hurtado [1999], que dedica un aparte al papel de las mujeres negras en la vida política de Puerto Tejada, se observa una situación semejante en el ámbito de la política tradicional. Los entrevistados locales reconocen y reiteran que, desde los años 30, las mujeres negras han sido muy activas, han logrado liderazgo al punto de ocupar

cargos importantes, como ser “capitanas” de los políticos locales –del Partido Liberal principalmente. Pero también reconocen que, a la hora de acceder al poder público, se mantienen a la sombra como cargaladrillos de los hombres. Arguyen que esta situación se ha ido modificando paulatinamente en virtud de varios cambios tendenciales: el acceso de la mujer a la educación, el voto femenino y su inserción selectiva en la vida pública y, a partir de los años 80, una visibilidad nueva en los cargos y en las corporaciones públicas con una gran aceptación local.

Las mujeres afrocolombianas que han participado activamente en todos los procesos que buscan reivindicaciones colectivas para sus comunidades [García, 2001] admiten que, a pesar de que en la última década las demandas de las comunidades afrocolombianas han hecho eco en la legislación, las específicas de las mujeres no han quedado plasmadas en la normatividad resultante ni han sido tenidas en cuenta en el desarrollo y/o aplicación de la misma. Entre los principales obstáculos para la mujer afro se señalan los modelos económicos y las políticas internacionales vigentes, y en el plano interno la falta de reconocimiento por parte de los Estados y de la sociedad. En lo que respecta a las comunidades afrocolombianas se menciona la insensibilidad de los hombres afro hacia las diferencias de género entre los afrodescendientes, así como las diferencias entre mujeres afro y otras mujeres. Otros factores serían la homogenización en la aplicación de programas y proyectos, la débil interlocución de las mujeres afro organizadas con los órganos de poder y decisión nacionales e internacionales, la débil interlocución con el movimiento social de mujeres –reforzada por la creencia de la inferioridad de unos grupos étnicos–, la falta de reconocimiento por parte de los líderes (hombres y mujeres) de las demandas de las mujeres y sus organizaciones.

García presenta de manera clara, concreta y muy articulada los logros obtenidos hasta ahora por las mujeres a través de la participación activa en los procesos organizativos que buscan reivindicaciones de las comunidades afrocolombianas: la incidencia en la creación de la Dirección de Equidad para las Mujeres y el reconocimiento, en esta instancia gubernamental y en el movimiento social de mujeres, de la diversidad de las mujeres colombianas; la capacitación integral a comunidades rurales; la participación en espacios consultivos estatales; el diseño y presentación de propuestas de investigación; y la asistencia a diferentes eventos de discusión convocados por el movimiento social de mujeres. No obstante, como vocera de las mujeres negras y haciendo eco de sus demandas, García considera también los desafíos y conquistas por realizar: definir los roles e inequidades de género desde la cultura, las experiencias, las visiones y las expectativas propias; lograr que la problemática de la mujer afro atraviese la agenda de las organizaciones del movimiento social de mujeres, de las organizaciones de afrodescendientes, de las instituciones del Estado y de la cooperación internacional; exigir, desde los grupos organizados, la inclusión

en los informes oficiales de datos desagregados por sexo y etnia; incidir en toda la implementación de la Ley 70 para que se desarrollen programas acordes con las demandas de las mujeres y construir un movimiento nacional de mujeres afrocolombianas fuerte y articulado.

Otros intentos organizativos por parte de las mujeres urbanas son descritos por Galeano [1999] para las migrantes a Medellín. A diferencia de los casos anteriores, se trata de esfuerzos muy incipientes por parte de mujeres con niveles educativos y socioeconómicos más altos y sus esfuerzos se dirigen más a la búsqueda de oportunidades laborales hacia la asimilación social, la integración socioeconómica e institucional, que a la reivindicación de la diferencia étnica.

Mujeres negras en las ciudades: viejos oficios, nuevas posibilidades

La experiencia urbana de las mujeres negras, como se ha podido observar, no es un fenómeno reciente, pues desde la Nueva Granada hasta hoy han hecho presencia en los centros urbanos. La migración femenina desde las áreas rurales se ha dado de manera ininterrumpida, si bien es un fenómeno que se ha incrementado dramáticamente en los últimos años. La migración estacional hace parte de una práctica común entre la gente negra, se denomina “salir a caminar” y es parte de sus estrategias de movilidad y de búsqueda de distintas opciones de vida¹⁸. Hoy en día es común que las mujeres rurales migren en búsqueda de mejores condiciones económicas, laborales o educativas, o para ganar autonomía y movilidad social.

La tradicional división sexual y social del trabajo ha privilegiado la entrada femenina al mundo laboral en el sector informal y en el servicio doméstico primordialmente porque, como mujeres y negras, “encajan bien en las ideologías que definen el servicio doméstico como una labor tanto negra como femenina” [Wade, 1997:232]. Wade dedica atención al asunto del trabajo doméstico y muestra que el Chocó y sus mujeres operan como una reserva de mano de obra barata para Medellín. Plantea que la sobre-representación femenina en el servicio doméstico obedece no sólo a que las redes familiares les permiten a las mujeres dejar a sus hijos en el lugar de origen y tener ventajas competitivas al estar solas para emplearse más fácilmente, sino debido también al estereotipo de la sirvienta como mujer negra.

El empleo doméstico bajo la modalidad de “internas”, aunque mal remunerado, permite alguna capacidad de ahorro para enviar dinero al lugar de origen o también para adquirir bienes o electrodomésticos para el momento del retorno. No ocurre lo mismo con las

18. Para Losonczy [1997:134] la dispersión y la movilidad son formas de evitar la acumulación de bienes y la avidez, que son valores reprobados por la cultura negra colombiana. Por esta vía también se garantiza una coexistencia poco conflictiva.

madres trabajadoras, que generalmente tienen muy bajos niveles de escolaridad, son cabeza de familia y/o viven en unión libre, pues deben recurrir a distintas estrategias para el cuidado de los hijos: enviarlos al lugar de origen con la red de apoyo femenina (abuela, tías, hermanas); pagar a alguien para que los cuide y verlos los fines de semana; o trabajar en el servicio doméstico bajo la modalidad de “externa, por días”. Dedicarse a otras labores, como el pequeño comercio u otros servicios personales o una combinación de actividades múltiples, también le permite a las madres trabajadoras generar ingresos monetarios.

Como en muchos otros casos, la red de parientes y coterráneos facilita la integración de las mujeres negras al medio urbano por medio de la información de ofertas de trabajo, de vivienda, de otros recursos. Es también fuente de apoyo económico y emocional, y permite la reproducción de prácticas culturales como la culinaria, el baile, el cuidado de los hijos. Dentro de la red hombres y mujeres se conocen y establecen relaciones de pareja. Paralelamente a estas redes étnicas, funcionan las redes blancas constituidas por las mujeres de clase media y alta, quienes pueden movilizar sus propias redes de familiares, amigas, colegas y vecinas para ubicar laboralmente a las trabajadoras domésticas.

Las relaciones e interacciones de género-clase que se establecen entre mujeres blancas y negras están aún por investigarse en toda su complejidad en Colombia. Si bien es posible que en ocasiones puedan ser relativamente respetuosas y cercanas, el servicio doméstico, por definición, activa las desigualdades y tensiones de clase y los prejuicios raciales, conjuntamente con los conflictos propiamente laborales.

El paso del servicio doméstico a otros campos del sector informal, como el pequeño comercio, es un movimiento común observado entre migrantes en otros países [Wade, 1997:234] y en algunos casos ha permitido el ascenso social. Las ventas callejeras también son actividades típicamente femeninas, desempeñadas por madres solteras chocoanas y pobres [Wade, 1997:243; Urrea y Quintín, 2000]. La falta de entrenamiento y experiencia limita las posibilidades laborales de las migrantes rurales en sectores como la industria manufacturera o el comercio formal.

El trabajo de Galeano [1999] describe la vida cotidiana de las mujeres negras migrantes del Chocó y sus estrategias de inserción económica en Medellín a través del procesamiento y venta de comida en las calles. La identidad femenina está evidentemente ligada a la alimentación y a esto se suma, en el caso de las mujeres negras, el prestigio de su sazón. Ellas capitalizan esta ventaja comparativa para ubicarse en el mercado informal a través de redes sociales, unidas por el parentesco y la amistad, que van configurando un enclave étnico. La venta de comida y el servicio doméstico, dos actividades comunes desarrolladas por las mujeres negras migrantes, son una extensión del tradicional rol doméstico femenino y del estereotipo de la mujer negra como sirvienta. Son, sin embargo, ventajas estratégicas para la consecución de empleo en el mundo urbano, las cuales terminan “etnizando” la economía y el mercado laboral.

En uno de los pocos escritos sobre la mujer negra del Caribe¹⁹, Vos [1995] confirma esta tendencia entre las mujeres negras del Palenque de San Basilio que migran a las capitales departamentales de la región. No obstante, es preciso destacar que no se trata de una mera y simple estrategia económica o de un recurso para la generación de ingresos. La búsqueda de autonomía y libertad parece ser la base más fuerte de estas decisiones. En efecto, como lo señala Vos, estas mujeres prefieren dedicarse a la venta ambulante de frutas y comidas antes que vincularse de tiempo completo al servicio doméstico y ser reducidas a los controles que evocan la condición de esclavas.

Pero también este trabajo está atravesado por la inseguridad urbana y por riesgos de múltiples orígenes que terminan afectando la salud y la calidad de vida de estas trabajadoras: los atracos y la violencia callejera, la agresión masculina, las inclemencias del tiempo, etc. A su turno, los hallazgos de Urrea, Arboleda y Arias [1999] sobre redes familiares de migrantes negros en Cali confirman muchos de estos elementos.

El estudio de Mosquera [1998] sobre la inserción de los pobladores negros en Bogotá respalda los hallazgos anteriormente presentados para Medellín e ilustra importantes diferencias de género. Generalmente, cuando las mujeres rurales migran primero tienden a convertirse en el eslabón de una cadena de sucesivas migraciones de parientes y conocidos. La migración masculina, por el contrario, se asocia con traslados laborales o con nombramientos políticos, pero es posible que el origen social y/o urbano pueda tener mayor valor explicativo. En todo caso, la migración femenina reviste un carácter más individual e informal, mientras la de los hombres parece apoyarse más en estructuras formales.

A diferencia de los datos de Wade, un porcentaje alto de hogares tiene jefatura masculina, pero numerosa presencia de mujeres, muchas de ellas jóvenes solteras. Las mujeres se desempeñan en un 100% en el servicio doméstico y los servicios, siguen el patrón de iniciación laboral en restaurantes y luego se independizan para manejar sus propios negocios de comida. Como los restaurantes negros son altamente valorados por los no negros, el trabajo y los saberes acumulados de las mujeres en este campo se convierten en elemento de prestigio y en fuente de seguridad para ellas. Melendro [1996] ofrece algunas descripciones y testimonios de un grupo de mujeres chocoanas migrantes en Bogotá que corroboran estos hallazgos. Las mujeres migrantes de las zonas rurales de Quibdó a la capital del Chocó también se dedican a las ventas de productos varios, entre los que sobresalen las plantas aromáticas y medicinales, como se aprecia en el trabajo desarrollado por José A. Gómez [2001].

En otro nivel de la escala ocupacional, y desde luego educativa, se encuentran la mujeres docentes de origen chocoano como una excepción laboral significativa entre la pobla-

19. Las tesis en antropología de Adelaida Trujillo [1984], a partir del trabajo de las mujeres de Southwest Bay y Lazy Hill (Providencia), es pionera para San Andrés y Providencia.

ción migrante que encontró Wade en Medellín²⁰. Según la muestra, también en esta modalidad laboral había mayor número de hombres que de mujeres. Al respecto, y hacia la investigación futura, es importante calibrar la educación como zona estratégica del cambio cultural. Examinar el papel y el lugar de las mujeres en la educación formal e informal, en la familia y en la escuela como instituciones socializadoras y como eventuales agencias de cambio social. Revisar la participación de las mujeres educadoras en el diseño y consolidación de programas educativos y currículos más inclusivos de la cultura e historia negras. Recoger, por ejemplo, las demandas de las mujeres negras en Bogotá por una educación no discriminatoria para sus hijos [Mosquera, 1998].

Mujer negra e identidad: perfiles y discursos cambiantes

La identidad ha sido un tema de reflexión y análisis tanto en círculos nacionales como académicos y desde luego entre las comunidades étnicas. Su conceptualización, desde hace ya unas décadas, presenta cambios profundos. En efecto, la concepción simplista de la identidad como un atributo esencial e inamovible (referido a cualquiera de sus parámetros convencionales) pasó a ser problematizada y redefinida a la luz de los procesos de construcción social de los sujetos individuales y colectivos, es decir, dinámica e interactivamente configurada por varias categorías identitarias, como la raza, la clase, la etnicidad, el género, la edad, la orientación sexual y el lugar.

En las dos últimas décadas varios cambios convergentes han abierto en Colombia nuevas posibilidades para la construcción de las identidades: el reconocimiento formal de la sociedad colombiana de su carácter pluriétnico y multicultural en la Constitución de 1991; el reconocimiento de los derechos legales y territoriales de los grupos étnicos; la expedición de la Ley de Comunidades Negras; la conmemoración de los 500 años de las Américas; la crisis de representación de la autoridad etnográfica de los sujetos subalternos; entre otros. Toda esta dinámica sociopolítica ha dado un nuevo y renovado aliciente al tema de la identidad, a la investigación social y a los debates de diversa índole. En el caso de la identidad negra, álgidas discusiones y polémicas ocupan a la heterogénea comunidad negra, hacen aflorar sus distintas posturas ideológicas y expresan la multiplicidad de intereses no necesariamente coincidentes. Esta riqueza de agitación y tensiones permea el espacio de la academia y con frecuencia también al Estado en sus distintos niveles y agencias [Restrepo, 1996-1997; Arocha, 1996; 1999;

20. Por muchos años, este departamento fue lugar de formación y exportación de maestros al resto del país. La educación como canal de ascenso social y ocupacional juega también como estímulo para la migración selectiva hacia otras regiones.

Escobar y Pedrosa, 1996; Escobar, 1999; Wade, 1996, 1997; Asher, 1998; García, 2001; Pardo, 2001].

La identidad de la mujer negra desde luego ha sido objeto de interés, pero –como se ha visto– sus representaciones provienen de fuentes distintas a las mujeres mismas, aunque éstas tímidamente han empezado a participar en la discusión y a incluir en ella su propia experiencia [Lozano, 1992; Mena, 1993; Asher, 1998; García, 2001].

Al respecto, y con motivo del V Centenario de las Américas, Lozano [1992], quien se autodefine como mujer negra, pobre, socióloga, adulta, colombiana y urbana, se pregunta no sólo por su identidad personal, sino por lo que significa ser mujer negra y pobre en América Latina y propone una crítica a la sociedad occidental patriarcal y racista. Afirma que no sólo el capitalismo y el patriarcado han silenciado a las mujeres negras, también las feministas y los movimientos de izquierda latinoamericanos han invisibilizado las distintas situaciones de subordinación ligadas al género, la etnia y la raza. Lozano toma la vocería de las mujeres para hacer visible lo que históricamente ha sido invisible: la opresión y resistencia de las mujeres negras en América Latina, pues en su opinión tampoco las organizaciones de negritudes se han interesado por escuchar e incorporar la experiencia de las mujeres²¹. Plantea que, si bien en África las sociedades eran patriarcales, las mujeres tenían reconocimiento y participación social y económica; con la esclavitud éstas debieron hacerse cargo de los hijos solas y mantener viva la cultura. Paradójicamente, el histórico sufrimiento es una de las fuentes de la gran fortaleza y liderazgo de las mujeres negras.

Lozano critica la homogeneización de los pueblos y las culturas impulsada bajo el ideario del mestizaje, sustentada en la ideología racista que justificó la esclavitud y recreada por la dominación introyectada por opresores y oprimidos. Esta ideología –denominada del “blanqueamiento” en la formulación de esta autora– tiene efectos particulares sobre las mujeres negras urbanas y rurales, quienes se encuentran en una posición de doble exclusión. A las primeras, la “racialización” del trabajo les bloquea oportunidades laborales y de ascenso social. Las segundas –para quienes no se expresa esa doble exclusión en el terreno laboral, puesto que tienen una participación importante en distintas actividades cotidianas– están expuestas a la violencia doméstica y al abandono paterno como expresiones de su subordinación. La aceptación de esta subordinación las convierte en víctimas y cómpli-

21. Véase la entrevista de Escobar y Pedrosa [1996] con miembros del PCN de Buenaventura sobre movimiento negro, identidad y territorio, en la que se aborda el tema del género y la mujer negra en relación con su participación en el proceso étnico-territorial. Los líderes reconocen la importancia de la mujer negra como referente familiar, social y en el territorio, pero plantean explícitamente las dificultades para abordar el tema y se justifican en el machismo existente, en la falta de visión étnica de las mujeres de las organizaciones, que priorizan los aspectos económicos, y en que el trabajo de género puede ser una estrategia de los sectores dominantes para manipular políticamente a las mujeres en un proceso donde lo étnico-político es prioritario. Se desconfia del género como elemento separatista, ignorando su utilidad como herramienta de análisis del poder y de las políticas de la identidad.

ces del sistema. En consecuencia, llama a las mujeres a luchar contra el racismo y contra el sexismo y a reflexionar acerca de su identidad y sus deseos.

La introyección de la ideología del blanqueamiento y de los estereotipos sexuales y festivos en la construcción y deconstrucción de la identidad étnico-cultural masculina y femenina es un tema que abordan Wade [1997], Viveros y Cañón [1997] y Viveros [1998(a,b)]. Wade articula las categorías de género, clase y raza para examinar el efecto de la carga moral del blanqueamiento en las uniones y las familias interétnicas que se producen con la creciente presencia negra en ciudades del interior del país. Hombres y mujeres manifiestan su deseo de formar pareja con personas de color más claro, pero esto tiene distintos significados según el caso: para los hombres negros la unión con una mujer más clara es motivo de prestigio, de afirmación de su virilidad y una demostración de que los hombres negros pueden casarse con mujeres blancas. Wade piensa que esto se puede explicar en parte por la ideología del dominio masculino que confiere libertad sexual a los hombres. En el caso de las mujeres la unión con blanco se percibe como una afrenta y como una traición que se sanciona con la crítica familiar y social. Dadas las jerarquías y divisiones raciales se supone que las mujeres deben someterse a los hombres negros e involucrarse con un blanco es visto como un desafío. Lozano [1992] corrobora estas afirmaciones y va más allá planteando que para las mujeres negras también se percibe como una forma de ascenso social y un rechazo la unión de un negro profesional con una blanca.

Asher [1998] discurre sobre las dificultades para la construcción de una identidad afrocolombiana positiva, atravesada por el género. Considera que es un proceso complejo, cargado de conflicto y de lucha para lograr una autodefinición desde su particularidad y su diferencia. Pero, en cuanto a la concepción de la identidad étnica negra, encuentra que las mujeres de las cooperativas y de los grupos organizados tienen una posición más amplia que los miembros del PCN. Estos han asumido una postura radical y toman el color de la piel como el criterio que determina la inclusión en el movimiento. Así, quienes tengan un color de piel que no sea negro son automáticamente considerados “por fuera” de la lucha étnico-política del PCN. Por el contrario, en las cooperativas de mujeres negras la membresía de la organización se determina por el grado de intereses comunes. Por eso, la condición femenina tiene mayor importancia para la identidad e identificación de las mujeres que la raza y la etnicidad, de manera que las mujeres blancas y mestizas que comparten situaciones, problemas y aspiraciones pueden ser consideradas “negras” y participar en las organizaciones de mujeres negras.

En el marco de una investigación más amplia sobre masculinidad en Colombia y América Latina, Viveros y Cañón [1997] analizan el caso de hombres quibdoseños. Los autores sostienen que la masculinidad no es un atributo innato ni tiene un único significado e inda-

gan por las representaciones y prácticas sociales al respecto²². Para los entrevistados su masculinidad está en medio de la tensión entre el desempeño público y el privado: ser mujeriegos y mantener una familia con responsabilidad; atender al desempeño social (referido principalmente a lo económico, como proveedores en una familia); al sexual (como *quebradores*); al físico, en la exhibición de fuerza y habilidad corporal; y al expresivo, como capacidad y destreza comunicativa, en el baile y en el juego, son algunos determinantes de la masculinidad de este sector social.

En cuanto a las mujeres, los entrevistados las describen como seres que dan placer o a quienes hay que proteger, pero no como personas equivalentes a sí mismos. Son clasificadas y valoradas según su comportamiento social y moral dentro de una dicotomía de *niñas diablas* y *niñas de casa*. Con las primeras se puede expresar el deseo erótico, mientras que las segundas, que generalmente son de la misma clase social que ellos, son las candidatas a esposas. Con algunos matices, los jóvenes negros de barriadas marginales de Cali clasifican a las mujeres como “serias o sanas” y “perras” [Urrea y Quintín, 2000].

Los hombres quibdoseños resaltan el papel de las madres en la inculcación del comportamiento adecuado de los varones y en la vigilancia de su estricta diferenciación de lo femenino. Ellas son vistas como personas fuertes, independientes, capaces de enfrentar las dificultades de la vida cotidiana y como el centro que da estabilidad, identidad y continuidad a la familia²³.

Este trabajo abre algunos de los interrogantes centrales para la construcción de una identidad étnica y de género que la investigación futura deberá afrontar en toda su diversidad regional. Desafortunadamente no provee una mirada equivalente para las quibdoseñas o para las mujeres negras de otras regiones, que permita contrastarlas con sus pares.

¿En qué medidas estas expresiones son representativas o compartidas por los negros de otras regiones? ¿Qué piensan las mujeres negras de estas concepciones masculinas y cómo articularían las propias? ¿Cómo conciben una masculinidad y feminidad alternativa, adecuada por ejemplo para sus hijos e hijas? ¿Cómo ven su papel como socializadoras y formadoras de roles de género? ¿Cuáles son las diferencias de las identidades sexuales de las mujeres negras urbanas y rurales? ¿Entre las jóvenes y las mayores? ¿De acuerdo con qué varían las aspiraciones en torno a las relaciones de género y de pareja? ¿Cuáles son los poderes de las mujeres jóvenes y de las mayores en el plano sexual?

Estas preguntas y sus respuestas para distintos segmentos de la población afrocolombiana contribuirían sin duda a profundizar en el tema de la identidad y a replantear las relaciones de género en una perspectiva quizá más atractiva.

22. La muestra incluye 15 hombres adultos, profesionales, de sectores medios de Quibdó.

23. En efecto, como parte de los valores enfatizados en la socialización femenina están la fortaleza, la agilidad, la independencia y el trabajo [Mena, 1993; Losonczy, 1997].

Viveros [1998(b)] posteriormente avanza en el análisis del estereotipo socio-racial y de las presuntas tendencias dionisíacas de los negros, mediante el examen de las relaciones de clase, raza, género, edad y sexualidad, con base en entrevistas con hombres y mujeres chochoanos. Confirma no sólo que la identidad de género y la raza son simultáneas, sino que el cuerpo es un importante diferenciador entre los negros y los no negros. Los negros y negras se apropian del estereotipo sexual y festivo para construir una identidad negra positiva a través de la validación del baile, la música, el sexo y la festividad.

Sus entrevistas ratifican que la sexualidad negra es más desenvuelta en tanto hombres y mujeres participan activamente en el juego de la seducción, la conquista y el intercambio sexual, aunque las mujeres aclaran que, a pesar de ser ardientes sexualmente, no son “fáciles”. Esto se debe a que ellas están más influidas por los discursos de la sexualidad femenina y aspiran a una relación afectiva, amorosa, y no exclusivamente sexual. Es decir, valoran la “potencia sexual del negro y el galanteo del blanco” y pretenden integrarlos en una misma relación. Por eso se quejan de que los negros no son detallistas, no dicen cosas bonitas antes del sexo y no manifiestan interés por ellas. No obstante, en el terreno estrictamente sexual, Viveros encuentra una asimetría fundamental porque el hombre debe dejar sexualmente satisfecha a su mujer para poder involucrarse con otras, pero son ellas quienes validan su desempeño y determinan si un hombre “sirve o no” según su propia experiencia.

En esta misma línea, Urrea y Quintín [2000] realizan un detallado estudio sobre masculinidades afrocolombianas juveniles y sobre procesos de socialización y construcción de identidad en barriadas populares con población mayoritariamente negra y con una alta incidencia de jefatura de hogar femenina. Aparte de una bien caracterizada discriminación socio-racial, en este contexto urbano encuentran que las figuras masculinas hegemónicas son dicotómicas y asumen connotaciones morales como los “sanos” vs. los “dañados” o connotaciones teatrales como los “aletosos” vs. los “gomelos”.

La masculinidad está teñida por la violencia urbana que sirve de telón de fondo a las actividades cotidianas. Ser un duro, tener muchas mujeres y ostentar dinero son tres elementos determinantes de la identidad masculina de los jóvenes. Las mujeres no son consideradas como equivalentes, bien por el contrario, son pensadas desde la dominación, como objetos de placer y manipulación que es necesario controlar y mantener en su lugar subordinado a través de la violencia física y verbal cuando tratan de “igualarse”.

Correlativamente, entrevistan también a las mujeres para explorar las fisuras y resistencias a la dominación masculina. Encuentran formas reiteradas de desigualdad y asimetría respecto de sus pares masculinos, en la violencia física y psicológica, en la carga de los oficios domésticos, en los riesgos de embarazo y de contagio de enfermedades de transmisión sexual. Entre los desafíos más evidentes a la autoridad están los reclamos de libertad sexual para tener sus “vacilonos”, de placer en el sexo y en el amor por parte de sus novios o

esposos. Al igual que los hallazgos de Viveros, a pesar de que las mujeres no deben tomar la iniciativa en las relaciones eróticas, también en estos grupos poblacionales la satisfacción sexual femenina es determinante para la afirmación de la masculinidad. A pesar de las críticas a los tratos violentos o degradantes por parte de sus parejas y pares masculinos, sus testimonios revelan complicidad con y reafirmación de los estereotipos masculinos y femeninos.

Igual sucede con las madres de estos jóvenes. Ellas son quienes frecuentemente asumen el eje de las responsabilidades económicas frente a sus familias, por tanto son las proveedoras de vivienda y alimentación, del cuidado de la ropa y las ejecutoras de los oficios domésticos. Habitualmente también se hacen cargo de los nietos –hijos de sus hijas adolescentes. La sobreprotección materna a los hijos hombres en estos aspectos refuerza el tipo de roles y relaciones de género que reproducen sus hijos y nietos. Los autores recalcan que entre las identidades hegemónicas de género hay matices y tonalidades que muestran su carácter dinámico y deben ser entendidas como flujos cambiantes y no como esencias fijas.

Conclusiones inconclusas o in-conclusiones

Llegados al final de este recorrido por un panorama bibliográfico relativamente completo y por un conjunto de ideas recogidas oralmente (algunas con el respaldo de la autoridad académica, otras con el de la práctica técnica o militante y, finalmente, otras sin el respaldo de ninguna autoridad), aparece un archipiélago con enormes zonas oscuras y vacíos, pero también con unos cuantos mojones sólidos de información y análisis que constituyen ya un acervo respetable de trabajo sobre las mujeres afrocolombianas.

Aunque es preciso partir de que los estudios sobre la mujer afrocolombiana ni por su volumen ni por su centralidad en la producción académica colombiana constituyen un espacio protuberante, es claro que hoy tienen el reconocimiento y la legitimidad de otras áreas temáticas en el conjunto de las ciencias sociales y en interacción fecunda con muchas de ellas. A lo largo del texto se han incluido comentarios, sugerencias e interrogantes a manera de señalamientos puntuales para investigaciones futuras, más con el ánimo de estimular los debates que con el de identificar juiciosos y sistemáticamente los vacíos que pretenciosamente pudieran proponerse como los más importantes.

Una muy rápida reflexión final sobre el contexto de referencia más amplio y sobre los sentidos más de largo plazo para los estudios de la mujer afrocolombiana permite concluir que, en los inicios del siglo XXI y en la perspectiva de un largo y profundo proceso de construcción nacional con la globalización como telón de fondo, las preocupaciones sobre las identidades y la diversidad cultural, los recursos naturales, las nuevas zonas de frontera, los saberes y relaciones ancestrales con el territorio, entre otros grandes temas, convocarán a las muje-

res afrocolombianas a levantar sus voces y a afirmar su presencia en el ámbito de la vida académica, política y social.

Pero también en la lógica incipiente de una ciudadanía a escala global, las organizaciones y los nichos locales de participación deben construirse democráticamente, revisar sus esquemas de relación e inclusión y generar espacios adecuados para la diversidad. Desde estos requisitos, eminentemente políticos, los esquemas excluyentes del género pueden resultar inconducentes, mientras que nuevos conocimientos y nuevas investigaciones pueden contribuir a encontrar caminos de empoderamiento y formas de relación social más gratificantes y justas.

Bibliografía

Álvarez Camargo, Manuela. “Capitalizando a las ‘mujeres negras’: la feminización del desarrollo en el Pacífico colombiano”, en: Eduardo Restrepo Uribe y María Victoria Uribe (eds.), *Antropologías transeúntes*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 2000, págs. 265-288.

Arrocha Rodríguez, Jaime. “Concheras, manglares y organización familiar en Tumaco”, en: *Cuadernos de Antropología*, n° 7, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1986.

Arroyo, Jesús Eduardo; Camacho, Juana y otros. *Zoteas: biodiversidad y relaciones culturales en el Chocó biogeográfico colombiano*. Bogotá, IIAP, Fundación Swissaid, Fundación Natura, 2001.

Asher, Kiran. “Constructing Afro-Colombia: Ethnicity and Territory in the Pacific Lowlands”, tesis doctoral, Miami, Departamento de Ciencia Política de la Universidad de la Florida, 1998.

Bermúdez, Suzy. *Hijas, esposas y amantes*. Bogotá, Ediciones Uniandes, 1992.

Borja, Jaime Humberto. *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada. Indios, negros, judíos, mujeres y otras huestes de Satanás*. Bogotá, Ariel, 1998.

Camacho, Juana. “Patios y zoteas: prácticas de manejo de flora por mujeres negras de la costa Pacífica chocoana”, tesis de maestría en desarrollo sostenible de sistemas agrarios, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, IMCA, CIPAV, 1999(a).

———. “*Todos tenemos derecho a su parte: derechos de herencia, acceso y control de bienes en comunidades negras de la costa Pacífica chocoana*”, en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999(b), págs. 107-131.

———. “Mujeres, zoteas y hormigas arrieras: prácticas de manejo de flora en la costa Pacífica chocoana”, en: Jesús Eduardo Arroyo, Juana Camacho y otros, *Zoteas: biodiversidad y relaciones culturales en el Chocó biogeográfico colombiano*, Bogotá, IIAP, Fundación Swissaid, Fundación Natura, 2001, págs. 35-59.

Camacho, Juana; Tapia, Carlos. “Women and Biodiversity in the Tribuga Gulf, Chocó, Colombia”, informe final presentado a la Fundación MacArthur, 1996.

Castañón, Beatriz Elena. “La esclavitud en la Nueva Granada y la situación de la mujer negra esclava durante el siglo XVIII”, tesis de grado en historia, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1985.

———. “A la búsqueda de las mujeres negras esclavas en la historia de Colombia”, en: Astrid Ulloa (ed.), *Contribución africana a la cultura de las Américas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, Proyecto Biopacífico, 1993, págs. 75-81.

Ceballos, Diana Luz. *Hechicería, brujería e inquisición en el Nuevo Reino de Granada. Un duelo de imaginarios*. Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 1994.

Colmenares, Germán. "Popayán: una sociedad esclavista. 1680-1800", en: *Historia económica y social de Colombia*, Medellín, La Carreta, 1979, tomo 2.

Deere, Carmen Diana; León, Magdalena. *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Tercer Mundo Editores, 2000.

Díaz, Rafael. "El sistema esclavista urbano regional en Santafé de Bogotá, 1700-1750", tesis doctoral, México D. F., Centro de Estudios Históricos del Colegio de México, 1995.

Duby, Georges; Perrot, Michelle. *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid, Taurus, 1993, tomo 1.

Dueñas, Guiomar. *Los hijos del pecado*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia, 1997.

Escobar, Arturo. *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá, Cerec, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

Escobar, Arturo; Pedrosa, Álvaro (eds.). *Pacífico: ¿desarrollo o biodiversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Bogotá, Cerec, 1996.

Esquivel, Ricardo (comp.). *Costa Pacífica y comunidades negras. Catálogo bibliográfico colectivo*. Bogotá, Comisión Especial para las Comunidades Negras, Secretaría Técnica, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1993.

Friedemann, Nina S. de; Arocha Rodríguez, Jaime. *De sol a sol: génesis, transformación y presencia del negro en Colombia*. Bogotá, Planeta, 1986.

Friedemann, Nina S. de; Espinosa, Mónica. "Colombia: la mujer negra en la familia y en su conceptualización", en: Astrid Ulloa (ed.), *Contribución africana a la cultura de las Américas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Proyecto Biopacífico, 1993, págs. 95-111.

———. "Las mujeres negras en la historia de Colombia", en: *Las mujeres en la historia de Colombia*, Bogotá, Consejería Presidencial para la Política Social, Presidencia de la República, Editorial Norma, 1995, tomo 2, págs. 32-77.

Galeano, Paula. "Alimentación y cultura entre los 'grupos negros' del Pacífico sur", en: Jorge Ignacio Del Valle y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *Renacientes del Guandal. «Grupos negros» de los ríos Satinga y Sanquianga*, Bogotá, Proyecto Biopacífico, Universidad Nacional de Colombia, 1996, págs. 387-439.

———. "Sabores 'negros' para paladares 'blancos'", en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente*

negra en Colombia, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999, págs. 287-296.

Galeano, Paula; Marín, Julia. "Mujer, desplazamiento y seguridad alimentaria: reconstrucción productiva en el bajo Atrato", en: Jesús Eduardo Arroyo, Juana Camacho y otros, *Zoteas: biodiversidad y relaciones culturales en el Chocó biogeográfico colombiano*, Bogotá, IIAP, Fundación Swissaid, Fundación Natura, 2001, págs.73-91.

García, Doris. "Apuntes de la situación socioeconómica de la población afrodescendiente en Colombia", ponencia presentada en el Simposio Racismo y Sexismo del Programa Universitario de Estudio de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Red de Mujeres Afrocaribeñas y Afrolatinoamericanas, México, 2001.

Gómez, José A. "Condimentos, aromas y otras hierbas: una experiencia de manejo, producción y comercialización por un grupo de mujeres afrocolombianas de Tanandó, Chocó", en: Jesús Eduardo Arroyo, Juana Camacho y otros, *Zoteas: biodiversidad y relaciones culturales en el Chocó biogeográfico colombiano*, Bogotá, IIAP, Fundación Swissaid, Fundación Natura, 2001, págs.129-147.

González, Edith. "Concheras negras de la ensenada de Tumaco: entre la modernidad y la innovación cultural", tesis de grado en antropología, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1998.

González, Tatiana. "Mujer y esclavitud en la Provincia de Antioquia, siglo XX", ponencia inédita, Medellín, 1995.

Gutiérrez de Pineda, Virginia. *Familia y cultura en Colombia. Tipología, funciones y dinámica de la familia. Manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y sus estructuras sociales*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, Universidad Nacional de Colombia, 1968.

Gutiérrez de Pineda, Virginia; Pineda, Roberto. *Miscegenación y cultura en la Colombia colonial, 1750 1810*. Bogotá, Ediciones Uniandes, 1999, tomo 2.

Jaramillo Uribe, Jaime. "Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVII", en: *Anuario de Historia Social y Cultural*, vol. 1, n° 1, Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, 1963.

———. "Los estudios afroamericanos y afrocolombianos. Balances y perspectivas", en: Alexander Cifuentes (comp.), *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, 1986, págs. 43-60.

Losonczy, Anne-Marie. *Les saints et la forêt. Rituel, société et figures de l'échange ente noirs et indiens Emberá (Chocó, Colombie)*. Paris, L'Harmattan, 1997.

Lozano, Betty Ruth. "Una crítica a la sociedad occidental patriarcal y racista desde la perspectiva de la mujer negra", en: *Revista Pasos*, n° 42, julio-agosto de 1992, págs. 11-21.

———. “Mujer y desarrollo”, en: Arturo Escobar y Álvaro Pedrosa (eds.), *Pacífico: ¿desarrollo o biodiversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Cerec, 1996, págs. 176-204.

Machado, Marta Luz. “Flores del manglar en el litoral Pacífico”, en: *América Negra*, n° 13, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1997, págs.163-178.

Maya Restrepo, Luz Adriana. “Las brujas de Zaragoza: resistencia y cimarronaje en las minas de Antioquia, Colombia. 1619-1622”, en: *América Negra*, n° 4, Bogotá, 1992, págs. 85-98.

———. “Legados espirituales en la Nueva Granda, siglo XVII”, en: *Historia Crítica*, n° 12, Bogotá, Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, 1996, págs. 29-41.

———. “Demografía histórica de la trata por Cartagena, 1533-1810”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.). *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998(a), vol. 6, págs. 11-52.

———. “Brujería y reconstrucción étnica de los esclavos del Nuevo Reino de Granada, siglo XVII”, en: Luz Adriana Maya Restrepo (coord.), *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998(b), vol. 6, págs. 191-218.

Melendro, Adriana. “Expresión de identidad étnica y racial en migrantes del corregimiento de Guayabetal (Chocó)”, tesis de grado en antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 1996.

Mena, Zulia. “La mujer negra del Pacífico: de reproductora de esclavos a matrona”, en: Astrid Ulloa (ed.), *Contribución africana a la cultura de las Américas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, Proyecto Biopacífico, 1993, págs. 83-95.

Mina, Mateo. *Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca*. Bogotá, La Rosca, 1975.

Morales, Inirida. “La mujer negra en la sociedad neogranadina (1700-1800)”, en: *Tiempos Breves*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1992.

Mosquera, Claudia Patricia. “Estrategias de inserción de la población negra en Santafé de Bogotá. Aquí antes no se veían negros”, en: *Cuadernos del Observatorio de Cultura Urbana*, Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 1998.

Motta, Nancy. “Mujer y familia en la estructura social del Pacífico”, en: *Revista Colombiana de Trabajo Social*, n° 6, Cali, Universidad del Valle, octubre de 1993.

———. *Enfoque de género en el litoral Pacífico colombiano: nueva estrategia para el desarrollo*. Cali, Universidad del Valle, 1995.

Navarrete, María Cristina. “La mujer negra: mediadora de vida y cultura”, en: *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, n° 22, julio-diciembre de 1995(a), págs. 183-192.

———. *Prácticas religiosas de los negros en la Colonia. Cartagena, siglo XVIII*. Cali, Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1995(b).

Pardo Rojas, Mauricio (ed.). *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Colciencias, 2001.

Pérez de Samper, Rocío. *Estudios afrocolombianos. Sistematización bibliográfica*. Bogotá, Colorgraf Editores, 2001.

Restrepo Uribe, Eduardo. "Economía y simbolismo en el 'Pacífico negro'", tesis de grado en antropología, Medellín, Universidad de Antioquia, 1996.

———. "Invenciones antropológicas del negro", en: *Revista Colombiana de Antropología*, nº 33, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, 1996-1997, págs. 238-269.

———. *Poblaciones negras en Colombia (compilación bibliográfica)*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

Rodríguez, Pablo. *Sedución, amancebamiento y abandono en la Colonia*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1991.

———. "El mundo colonial y las mujeres", en: *Las mujeres en la historia de Colombia*, Bogotá, Consejería Presidencial para la Política Social, Presidencia de la República, Editorial Norma, 1995, tomo 3, pág. 72.

———. *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Editorial Planeta, 1997.

Rojas, Jeannette. "Las mujeres en movimiento: crónica de otras miradas", en: Arturo Escobar y Álvaro Pedrosa (eds.), *Pacífico: ¿desarrollo o biodiversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Cerec, 1996, págs. 205-219.

Romero Vergara, Mario Diego. "Procesos de poblamiento y organización social en la costa Pacífica colombiana", en: *ACHSC*, nº 18-19, Bogotá, 1990-1991, págs. 5-31.

———. *Poblamiento y sociedad en el Pacífico colombiano. Siglos XVI-XVIII*. Cali, Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1995.

Spicker, Jessica. "Mujer esclava: demografía y familia criolla en la Nueva Granada, 1750-1810", tesis de grado en antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 1996.

Urrea Giraldo, Fernando; Arboleda, Santiago; Arias, Javier. "Redes familiares entre migrantes de la costa Pacífica a Cali", en: *Revista Colombiana de Antropología*, nº 35, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999, págs.180-241.

Urrea Giraldo, Fernando; Hurtado, Teodora. "Imágenes sobre las transformaciones sociales en un 'pueblo de negros': el caso de Puerto Tejada", en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999, págs. 297-334.

Urrea Giraldo, Fernando; Quintín, Pedro. "Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y marginales", informe final, Cali, Proyecto Cidse, Universidad del Valle y Fundación Carlos Chagas, 2000.

Trujillo, Adelaida. "Woman's work hand-work. Trabajo de las mujeres de Southwest Bay Lazy Hill, Providencia", tesis de grado en antropología, Bogotá, Universidad de los Andes, 1984.

Velásquez, Rogerio. *Fragmentos de historia, etnografía y narraciones del Pacífico colombiano negro*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 2000.

Viveros Vigoya, Mara. “Quebradores y cumplidores: biografías diversas de la masculinidad”, en: Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, 1998(a), págs. 36-55.

———. “Dionisios negros. Sexualidad, corporalidad y orden racial en Colombia”, en: Mario Bernardo Figueroa (ed.), *¿Mestizo yo?*, Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Colección, CES, 1998(b), págs. 95-130.

Viveros Vigoya, Mara; Cañón, William. «Pa’bravo yo... Soy candela, palo y piedra. Los quibdoseños», en: Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidad/es, poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional/FLACSO, 1997, págs. 125-139.

Vos, Rafaela. “La mujer negra y su papel en la historia”, en: *Revista Especial Fempress*, 1995, págs. 7-8.

Wade, Peter. “Identidad y etnicidad”, en: Arturo Escobar y Álvaro Pedrosa (eds.), *Pacífico: ¿desarrollo o biodiversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Cerec, 1996, págs. 283-299.

———. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, Ediciones Uniandes, Editorial Universidad de Antioquia, Siglo del Hombre Editores, 1997.

Werner, Erik. *Ni aniquilados ni vencidos. Los Emberá y la gente negra del Atrato bajo el dominio español. Siglo XVIII*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 2000.

Whitten, Norman. *Pioneros negros: la cultura afrolatinoamericana del Ecuador y Colombia*. Quito, Centro Cultural Afroecuatoriano, 1992.

Zuluaga Ramírez, Francisco U. *Guerrilla y sociedad en el valle del Patía: una relación entre clientelismo político e inseguridad social*. Cali, Colciencias, Universidad del Valle, 1988.

———. *Guerrilla y sociedad en el Patía*. Cali, Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1993.

Zuluaga Ramírez, Francisco U.; Bermúdez, Amparo. *La protesta social en el suroccidente colombiano: siglo XVIII*. Cali, Instituto de Altos Estudios Jurídicos y de Relaciones Internacionales, Universidad del Valle, 1997.

II. Análisis sociodemográfico

Perfiles sociodemográficos de la población afrocolombiana en contextos urbano-regionales del país a comienzos del siglo XXI¹

Fernando Urrea Giraldo

Sociólogo, profesor titular del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle

Héctor Fabio Ramírez

Estadístico, investigador asociado del Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-

Carlos Viáfara López

Economista, investigador asociado del Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-

A nosotros los negros nos dejan en paz cuando somos bien fregados o ya somos futbolistas profesionales, pero cuando se busca salir adelante es que lo ponen a uno a sudar.²

Mujer negra de 35 años, barrio El Retiro, Cali, 17 de abril de 1999

El tipo de acercamiento analítico a la población afrocolombiana y el asunto de su invisibilidad en términos estadísticos

La presencia de la población caracterizada como negra-mulata o afrocolombiana en el contexto nacional se remonta al siglo XVI, periodo en el que se empezaron a establecer los primeros enclaves coloniales regionales y de actividades económicas rentables para el imperio español [Díaz, 1993]. La participación de hombres y mujeres negros, desde este primer momento hasta comienzos del XIX, estuvo marcada por su transplante en condición

1. Para este artículo contamos con la colaboración de la socióloga Teodora Hurtado Saa, quien hizo diversas sugerencias al contenido y a la edición definitiva. Queremos agradecer de manera especial su apoyo.

2. Anotación de campo realizada por Olivier Barbary, investigador del proyecto, durante la presentación de los resultados de la encuesta Cidse-IRD.

de mano de obra esclava, procedente de diversas regiones del continente africano y distribuida de acuerdo a la importancia económica que representaba como fuerza de trabajo para la economía colonial, en especial en la minería, la hacienda y la servidumbre. A través de la esclavitud se extendieron uniones entre individuos cuyos ascendientes habían sido capturados en diversas sociedades del continente africano, al tiempo que en la sociedad colonial se fue construyendo una estructura social interracial jerarquizada según colores de piel bajo diferentes modalidades de relaciones sociales. En este contexto se produjo el mestizaje interracial entre hombres y mujeres negros, blancos e indios, el cual se prolongó con importantes variaciones regionales hasta el siglo XX. Este largo proceso sociohistórico se ha dado en contextos diferenciados regionales en la sociedad colombiana. Mientras en la región Pacífica colombiana y ecuatoriana, y en algunas áreas focalizadas en la costa Caribe (Cartagena y zonas aledañas), el mestizaje fue reducido, en otras regiones de Colombia este proceso se ha venido produciendo desde los mismos siglos XVII y XVIII. De todos modos en el Pacífico colombo-ecuatoriano y en las áreas más "negras" de la costa Caribe se han dado procesos de mestizaje con menor intensidad. El mestizaje, en el caso de la población negra colombiana, ha tenido émicamente la designación de "mulato"³, con toda la ambigüedad y arbitrariedad que esto adquiere en las múltiples variaciones locales en la diferenciación fenotípica.

El fenómeno del mestizaje interracial, que ha conllevado posiciones ambivalentes entre el rechazo y la aceptación durante diferentes periodos históricos del país, ha estado además acompañado de complejas relaciones interétnicas entre los diferentes grupos amerindios, la población negra y los grupos mestizos y blancos desde la Colonia hasta nuestros días, las cuales han pasado por cambios políticos e institucionales de la sociedad colombiana a lo largo de su historia.

En este artículo se utiliza la denominación poblaciones afrocolombianas, retomando la versión del proyecto de investigación Cidse-IRD-Colciencias⁴, a través de los resultados del mismo, en forma equivalente al de poblaciones negras-mulatas, como términos descriptivos, independientemente del determinado nivel de identidad colectiva o individual que ellas hayan adquirido. En ambos casos estamos aludiendo a las poblaciones contemporáneas en

3. En Colombia el término "mestizo" hace referencia a la mezcla interracial del "blanco" con el "indígena", por ello en este documento diferenciamos el "mulato" del "mestizo". El primero es el resultado de la mezcla interracial negro-blanco, negro-mestizo, negro-indígena. No sobra advertir que éstas son clasificaciones arbitrarias sin ninguna sustentación científica y que operan como términos émicos. Por otro lado, no hay una frontera clara entre "mulato" y "mestizo" en múltiples situaciones empíricas bajo consideraciones exclusivamente émicas con variaciones regionales.

4. El proyecto Cidse-IRD-Colciencias, "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas en la región del Pacífico", se inició en 1995 bajo el título "Organización social, dinámicas culturales e identidades de las poblaciones afrocolombianas del Pacífico y suroccidente en un contexto de movilidad y urbanización".

la sociedad colombiana que de algún modo han sido descendientes, a través de múltiples generaciones y dinámicas de mestizaje, de los antiguos esclavos -mujeres y hombres- procedentes del continente africano, muchos de ellos inicialmente libertos por sí mismos (compra de su libertad o manumisión), mediante cimarronaje o concesión de la libertad por participar en los ejércitos libertadores, y luego en 1851 por la abolición de la esclavitud, deviniendo la gran mayoría en un campesinado y artesanado urbano negro-mulato hacia finales del siglo XIX [Aprile, 1994]. Posteriormente, con las profundas transformaciones sociodemográficas y socioeconómicas de la sociedad colombiana durante el siglo XX, la gente negra ha conformado un importante grupo poblacional de nuestra sociedad, que hoy en día comprende desde asentamientos urbanos en las capitales y ciudades intermedias del país, hasta zonas rurales en donde históricamente habían alcanzado la mayor concentración. En tal sentido se trata de una población, como más adelante podremos demostrar, que presenta patrones similares de urbanización-modernidad e integración a la estructura de clases colombiana, al igual que el conjunto de la población bajo sus diversas modalidades de mestizaje interracial; aunque su inserción social está afectada por mecanismos colectivos de discriminación, vía el color de piel, que forman parte del orden social.

Los límites entre un tipo racial y el otro son completamente arbitrarios, lo que nos interesa en este documento es que, en mayor o menor grado, han tenido una condición sociohistórica de profunda exclusión social, la cual es más intensa cuando la clasificación étnica designa el término de "negro(a)" a un grupo poblacional. Este tipo de exclusión opera bajo un dispositivo de racismo particular en la conformación de la sociedad colombiana que incluye el mestizaje como ideal para favorecer el "blanqueamiento" de la población y la supuesta igualdad de derechos y deberes entre todos los colombianos sin distingos de raza [Wade, 1993, 1997].

Esto significa que los términos étnicos "negro" y "mulato" han estado asociados a la representación que en la sociedad colombiana se tiene de unas características raciales particulares; representación que conlleva así una alteridad social que la mayoría de las veces constituye el soporte de comportamientos racistas [Proyecto Cidse-IRD-Colciencias, 2000:2]. En este sentido, como allí se advertía, nos interesa más una aproximación descriptiva y sociohistórica bajo el término afrocolombiano. Si bien en una perspectiva de larga duración la gente negra es afrodescendiente, no parece adecuado convertir este fenómeno histórico en un modelo étnico o culturalista y por lo mismo esencialista, entre otros factores porque complica su visibilidad estadística. Para efectos estadísticos, la forma metodológica de enfrentar el fenómeno de la alteridad, que discrimina en los procesos de la vida cotidiana a una población según el color de piel, pasa por utilizar las clasificaciones étnicas más frecuentes. De este modo es factible evaluar los impactos de ese mecanismo colectivo discriminatorio (racismo) en su interacción con diferentes dimensiones de la vida de los

individuos y hogares. Por esta razón sociológica nuestra perspectiva analítica aborda la problemática desde el campo de lo socio-racial. En esta orientación el fenómeno histórico de la población socialmente percibida y autopercebida por sus características fenotípicas como "negra-mulata" es equivalente, en términos estadísticos, a la que denominamos "afrocolombiana" bajo un acercamiento de corte descriptivo.

De lo étnico a lo socio-racial para una aproximación estadística a la población afrocolombiana

La Constitución de 1991, sobre todo en su desarrollo de la Ley 70 de 1993, fabricó un modelo multicultural de orden social en el cual las poblaciones negras del país fueron clasificadas, al igual que las poblaciones indígenas amerindias, como un grupo étnico para el Estado en sus diferentes instancias, particularmente las que se han asentado en determinados territorios geográficos de acuerdo con la ley. El término "comunidades negras", acuñado en la Ley 70, es un ejemplo revelador. Ese mismo año, el censo de 1993 lo introdujo como pregunta universal de autopertenencia étnica para toda la población, al lado de los grupos indígenas⁵. Con ello se buscaba, precisamente, resolver el problema de la invisibilidad estadística de un importante sector de la población colombiana, pero partiendo de la asimilación con unas características culturales que supuestamente configurarían una etnia⁶, de la misma manera que las poblaciones indígenas, como lo reconoce el propio DANE [2000:19]:

*Hubo un sesgo hacia los indígenas, influido por los cambios constitucionales y sociopolíticos recientes, los cuales enfatizaban en la necesidad de su reconocimiento. Para aquellos que contestaron afirmativamente, pero no especificaron si pertenecían a un grupo indígena o negro, no se pudo establecer su diferencia. El modo como se formuló y codificó la pregunta no permitió diferenciar entre negros e indígenas. **Muchos negros no se consideran como grupo étnico** [el resaltado es nuestro].*

El resultado ya conocido es que la población censada como "negra" por el DANE fue de sólo 502.343 personas, apenas un 1,52% del total -33'109.840, sin ajuste de cobertura- [DANE, 2000:14-15]. Asumiendo un ejemplo del fracaso de la pregunta étnica en el caso de las poblaciones afrocolombianas, el mismo documento advierte:

5. La pregunta que se utilizó fue la siguiente: "¿Pertenece a alguna etnia, grupo indígena o comunidad negra?

1) Sí. ¿A cuál?

2) No". Esta pregunta formaba parte del Formulario Censal 1 [DANE, 1998:58-61; 2000:19].

6. Según documentos del DANE mencionados.

... a pesar de que en municipios como Puerto Tejada (Departamento del Cauca), donde podría considerarse que una gran proporción es negra, ningún habitante se autorreconoció como negro.

El anterior fenómeno ha sido ampliamente analizado por Barbary [1999(a):8-10] para Cali; y por Barbary, Ramírez y Urrea para el conjunto de la población negra colombiana [Proyecto Cidse-IRD-Colciencias, 2000:28-29]. Como advierten estos autores,

estos dígitos demuestran el fracaso del enfoque étnico para medir la importancia demográfica de la población negra o mulata en Cali (y más generalmente en Colombia: sólo el 4,1% respondió la pregunta, apenas el 3,3% declaró pertenecer a alguna "etnia, grupo indígena o comunidad negra", y únicamente el 1,5% a una "comunidad negra"): no existe a escala nacional en la sociedad colombiana de hoy, un sentimiento de pertenencia étnica compartido y libremente declarado por grupos significativos de población.

El próximo censo de población el DANE, Dirección de Censos y Demografía, mantiene los mismos criterios de identidad cultural, aunque ha incluido nuevas categorías "étnicas" y dado un orden nuevo a la pregunta de pertenencia étnica⁷.

7. La pregunta en el nuevo formulario versa así: "¿Se considera:

- 1) Indígena
- 2) Raizal del archipiélago
- 3) Afrocolombiano(a), afrodescendiente
- 4) Negro(a)
- 5) Gitano(a)
- 6) Mestizo(a) o blanco(a)
- 7) Otro...

En caso de responder la opción 1 (indígena), se le pregunta: "¿A cuál grupo o etnia indígena pertenece?". (DANE, 2001(c)).

La forma como está construida la nueva pregunta para el próximo censo combina criterios "étnicos" con fenotípicos. Las clasificaciones de indígena, raizal del archipiélago, afrocolombiano o afrodescendiente y gitano son de corte "étnico", mientras negro(a), mestizo(a) y blanco(a) son de corte fenotípico o de color de piel, así se quiera presentar bajo la modalidad "étnica". Esta combinación para el nuevo censo, aunque es un avance porque supuestamente corregiría la subestimación de la gente negra que no se autoidentifica como afrocolombiana, puede llegar a tener el mismo efecto no deseado del censo de 1993 porque se asimilan estadísticamente identidades étnicas con colores de piel -negro, mestizo y blanco-, a pesar de considerarse que es sólo un registro étnico. Curiosamente se busca de nuevo visibilizar a las poblaciones negras de la misma forma que a las poblaciones indígenas, cuando es poco probable que los habitantes urbanos negros (alrededor del 70% ya viven en las principales áreas metropolitanas y centros urbanos de diferentes tamaños del país, como veremos más adelante) se autoidentifiquen bajo una construcción étnica. Por otra parte, esta ambigüedad va a ser difícil de controlar para los empadronadores no profesionales en un complejo dispositivo censal. Por otro lado, tampoco se puede desconocer que en las organizaciones afrocolombianas los términos "afrocolombiano(a)" o "afrodescendiente" y "negro(a)", este último como afirmación identitaria de "negritud", son comunes a la dirigencia negra, la mayor parte conformada por profesionales o personas con estudios de educación superior. Eso es legítimo y necesario en un proceso de autoestima y autorreconocimiento, pero la mayor parte de la gente negra que vive en ciudades no necesariamente asume este tipo de autoidentificación, con todo que el país lleve más de siete años de Ley 70, la cual, por lo demás, tiene una circunscripción territorial nacional muy específica.

Por lo anterior, con la nueva formulación el resultado será similar al que se obtuvo con la pregunta del censo pasado, con una alta subestimación poblacional de los afrocolombianos. Aunque es probable que mejoren porcentajes para todas las ciudades y áreas rurales respecto a 1993, ello no va a evitar de modo importante el efecto anterior, debido a que el componente "racial" es el que opera, particularmente en los contextos urbanos, mientras la dimensión "étnica" es una construcción contemporánea, todavía artificial o confusa para amplios segmentos de la población negra⁸. Por esta poderosa razón sociológica es difícil que los afrocolombianos puedan llegar a ser visibilizados en términos demográficos bajo una perspectiva de grupos étnicos, lo que ha sido analizado en extenso en un artículo por Barbary, Quintín, Ramírez y Urrea [2001].

En una perspectiva novedosa en el país se han llevado a cabo tres significativas experiencias de recolección estadística que han captado la población afrocolombiana mediante una aproximación de la autopercepción y percepción del color de piel. Dos de ellas fueron, primero, la llevada a cabo por el Proyecto Cidse-IRD, "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas en la región Pacífica", a través de una encuesta especializada de hogares de mayo a junio de 1998; y la segunda, la encuesta de hogares Cidse-Banco Mundial sobre pobreza en Cali y percepción de servicios sociales, realizada en septiembre de 1999. En la primera se hizo un interesante ejercicio de clasificación fenotípica para todos los miembros del hogar en forma visible de parte del encuestador y autclasificación de color de piel (pregunta abierta para uno de los miembros del hogar de 18 y más años de edad); mientras en la segunda se hizo sólo el primer ejercicio de clasificación en forma visible del miembro del hogar presente en el momento de la encuesta⁹. La tercera experiencia, realizada por la Dirección de Encuesta Nacional de Hogares del DANE conjuntamente con el Centro de Estudios de Desarrollo Económico de la Universidad de los Andes -CEDE-, a través de la ENH (etapa 110, diciembre del 2000), se llevó a cabo en 13 áreas metropolitanas del país, mediante la aplicación de un módulo universal a todos los miembros del hogar para seleccionar entre cuatro fotografías por parte del miembro que respondía la encuesta, de modo que indicara cuál de las

8. Los brasileños ya han llevado a cabo múltiples evaluaciones al respecto, algunas de ellas sugeridas por organizaciones del movimiento negro, introduciendo criterios más de identidad "étnica" (por ejemplo, con la acepción de "negro" en lugar de "preto", y reuniendo negro y pardo en un solo grupo clasificatorio, bajo la consideración que el término étnico de "pardo" es despectivo), con el resultado que en las pruebas piloto la gente negra termina siendo subregistrada porque no se reconoce como un grupo "étnico negro" y tampoco todos se asimilan como "negros" o "pretos", sino que prefieren la acepción de pardos (en Colombia el equivalente más cercano es el de mulato(a), o sea, simplemente la gente autopercebe las diferencias de "colores de piel", sin asociar una identidad cultural determinada.

9. Sobre estas dos experiencias consúltese la bibliografía sobre la metodología y los resultados de los dos estudios en Barbary y Ramírez [1997]; Barbary [1998; 1999(a,b)]; Barbary, Bruyneel, Ramírez y Urrea [1999]; Barbary [2000]; Quintín, Ramírez y Urrea [2000]; Barbary, Quintín, Ramírez y Urrea [2001].

cuatro se acercaba más a su fenotipo o al de los otros miembros del hogar sobre los que él aportaba información¹⁰.

Las tres últimas experiencias, mediante encuestas de hogares por muestreo y con personal de recolección debidamente entrenado, a diferencia del modelo "étnico" en las preguntas del censo de 1993 y la del futuro censo, se han dirigido a recoger en las poblaciones urbanas (las dos encuestas en Cali y la de 13 áreas metropolitanas) un dato estadístico en cada uno de los hogares de individuos (mujeres y hombres de todas las edades) que se autoperceben (cuando el que responde la encuesta contesta a una pregunta abierta sobre el color de su piel, o selecciona una fotografía con la cual él se percibe más parecido en su fenotipo) o son percibidos como "negros" o "mulatos" por el color de su piel (cuando el encuestador los clasifica en un color de piel o el miembro del hogar que responde la encuesta coloca a los demás miembros en una fotografía determinada). En este artículo algunos de los principales resultados de las tres encuestas van a ser colocados¹¹, ya que en términos estadísticos los tres ejercicios han permitido una cuantificación de la población afrocolombiana en las principales áreas urbanas del país, aunque no necesariamente el objetivo de las encuestas aplicadas en Cali tuviesen ese objetivo como primordial, sino más bien analizar los diferenciales sociodemográficos y socioeconómicos de la población negra respecto a la población no negra y en su interior.

10. Las cuatro fotografías en color eran la de un hombre negro vestido con camisa y corbata, de aspecto adulto joven, que podría identificarse con un perfil profesional; la de una mujer negra-mulata entre 20 y 30 años; la de una mujer que podría caer en un fenotipo "mestizo"; y la de una mujer de fenotipo "blanco". Las dos últimas mujeres en el mismo rango de edad de la primera, cualquiera de las tres podría ser una mujer profesional. Los cuatro personajes (el hombre y las tres mujeres) bien vestidos, además de atractivos en términos de belleza física. Cada fotografía estaba numerada de 1 a 4, con la opción 5 para quien decidía que ninguna de las cuatro fotos se acercaba a su apariencia fenotípica.

La tasa de respuesta en este módulo en las 13 áreas metropolitanas en su conjunto fue superior al 95%; es decir, que los miembros de los hogares se autclasificaron y clasificaron a los demás miembros en esa magnitud, lo cual indica la eficacia del procedimiento utilizado. Por supuesto, esto se debe también a la capacitación del personal de la ENH que realiza el DANE, advirtiendo que se trata en su mayor parte de un personal profesionalizado en la aplicación de encuestas, muy diferente a una experiencia censal con un personal de otro perfil. La propuesta de este módulo le fue hecha al DANE por solicitud del CEDE, bajo la orientación del economista Carlos Alberto Medina. El equipo de la ENH, en discusión con el equipo del CEDE, diseñó el módulo mediante fotografías luego de algunas pruebas en terreno.

11. En el caso del módulo de la ENH del DANE, etapa 110, solamente se presentarán los resultados más globales de las magnitudes de la población que en los hogares seleccionó las opciones fotográficas 1 y 2; o sea, la foto del hombre negro y la mujer mulata, que para este caso se han tomado como población afrocolombiana por identificación socio-racial en las 13 áreas metropolitanas. Un análisis más detallado de esta encuesta será presentado por el DANE y el CEDE, en forma conjunta. Hay que señalar que el ejercicio del DANE es equivalente, pero bajo otra modalidad, al de las dos encuestas hechas en Cali: en éstas los individuos son clasificados por el encuestador en forma arbitraria como "negro" y "mulato", pero solamente aquellos miembros del hogar que en el momento de hacerse la encuesta estaban presentes y, por lo mismo, el encuestador los observaba. Veremos más adelante cómo los resultados para el caso de Cali entre las tres encuestas son bastante similares en cuanto a las magnitudes de población afrocolombiana, sobre todo entre la encuesta del Cidse-IRD y la del DANE en el caso de Cali, no obstante la primera ser de mayo-junio de 1998 y la segunda de diciembre del 2000. Estos resultados cercanos revelan la consistencia de la metodología empleada, que a su vez permite una relativa alta certidumbre de los datos entregados.

El reconocimiento de los grupos étnicos en una sociedad como la colombiana no debe subsumir la presencia de otras desigualdades sociales por factores socio-raciales, las cuales deben ser detectadas a través de las estadísticas demográficas, además de las étnicas. La forma de combatir la discriminación racial -que también han sufrido las poblaciones de ascendencia amerindia- y avanzar en una sociedad en donde todos seamos ciudadanos con igualdad de oportunidades consiste también en conocer cómo operan los mecanismos de la desigualdad a través de las clasificaciones raciales arbitrarias. No porque existan "razas", sino porque en las sociedades operan mecanismos o dispositivos colectivos inconscientes o conscientes que discriminan a los individuos según su apariencia física (fenotipo). En el caso de la población negra la dimensión socio-racial es un factor histórico que hoy en día sigue gravitando negativamente para alcanzar una ciudadanía plena en el país. Esta problemática es predominante en los contextos urbanos, sin que se niegue también su incidencia negativa en las zonas rurales tradicionales de mayor concentración histórica de poblamiento negro. Por lo mismo, la visibilidad de la gente negra urbana y rural con vínculos cada vez más urbanos pasa por darle al factor "color de la piel" una utilidad estadística, como se observa en la tradición brasilera.

Según la Dirección de Censos del DANE, la autoclasificación por color de piel o características fenotípicas presupone una naturalización de la "raza" [DANE, 2000:17]. Respecto a este argumento podría decirse que es muy difícil acusar al IBGE (Instituto Brasileiro de Geografía y Estadística, el DANE brasilero) como una entidad "racista" porque desde 1980 incluye en los censos de población y en todas las encuestas de hogares [Hasenbalg, 1996] las categorías de autoclasificación de color de piel (en portugués: *preto*, *pardo*, *branco*, *amarelo*, *indio*, *outro*). Además, las diferentes organizaciones negras en ese país, así como centros de investigación académica en los campos de la demografía, sociología, antropología, economía, historia y geografía, amén de los organismos gubernamentales y las mismas entidades privadas de encuestas de opinión pública, han estandarizado y exigido la permanencia de esta pregunta. Una de las principales razones que aducen los investigadores brasileros es que ha sido la única forma estadística de captar en esa sociedad la desigualdad social a través del factor socio-racial.

La población afrocolombiana y las diferencias regionales

Los afrocolombianos, al igual que el conjunto de la población colombiana, presentan diferenciales sociodemográficos según patrones regionales, los cuales tienen que ver con las estructuras sociales históricas en las diferentes regiones del país y las transformaciones que éstas han experimentado a lo largo del siglo XX vía la urbanización.

Los asentamientos afrocolombianos históricos más importantes se encontraban ubicados en cuatro grandes regiones geográficas específicas [ver mapa nº 1], por lo menos hasta mediados del siglo XX. Estas regiones son: a) las tierras del litoral Pacífico, además de las cuencas completas de los ríos San Juan y Atrato y el Urabá chocono-antioqueño¹², incluyendo la región de Esmeraldas en el Ecuador, que conforma históricamente una zona de poblamiento negro con redes familiares extendidas en el Pacífico sur colombiano; b) la región del valle geográfico del río Cauca y que hoy en día corresponde al norte del Cauca y la zona plana del Valle del Cauca; c) el litoral Atlántico y las llanuras y sabanas adyacentes al mismo, al igual que las regiones cenagosas de los principales ríos que desembocan en el mar Caribe; d) las áreas ribereñas del bajo y medio Magdalena, del bajo Cauca. Como centros urbanos de poblamiento negro desde el siglo XVI se encuentran Cartagena, por lo demás, el principal puerto de ingreso de esclavos negros hasta comienzos del siglo XIX, Mompox y Santa Marta. Ya en el siglo XIX los centros urbanos con un poblamiento negro¹³ son Quibó, Barranquilla, Cali y Buenaventura¹⁴, manteniendo Cartagena en la costa Caribe su importancia a lo largo del siglo XX como la ciudad con mayor concentración de población negra y reducido mestizaje interracial, al igual que otros centros urbanos localizados en el Chocó biogeográfico, Quibdó, Buenaventura y más adelante Tumaco.

La mayor parte de las regiones de poblamiento negro históricamente hasta comienzos del siglo XIX se conformaron alrededor de una economía fluvio-minero y de haciendas ganaderas, y a lo largo de este siglo, cuando se descompuso la hacienda ganadera-minera, sobre todo en el valle geográfico del río Cauca, apareció un campesinado negro. No obstante, en todo el Pacífico y en la misma región Caribe se produjo con la población negra un fenómeno de campesinización, especialmente después de la abolición de la esclavitud. Estos dos fenómenos sociohistóricos marcaron en la larga duración las estructuras sociales regionales de asentamiento negro hasta que se introdujeron cultivos agroindustriales en diferentes periodos desde finales del siglo XIX y a lo largo del XX (caña de azúcar, banano, palma africana) y se produjeron procesos de urbanización e industrialización acelerados. Sin embargo, en algunas de ellas, como ha sido el caso de la región del Pacífico, incluyendo

12. Región también denominada Chocó biogeográfico. Sobre los asentamientos en la región Pacífico véase el excelente estudio de Aprile-Gniset [1993]; respecto a un primer balance sociodemográfico de esta región, el estudio de Rueda [1993].

13. Debe advertirse que estos centros urbanos hacia comienzos del siglo XX no pasaban de 100.000 habitantes, los de mayor pujanza (Barranquilla, Cartagena, Quibdó y Cali), véase el censo de población de 1918 en Zambrano [1994:58].

14. Hasta mediados del siglo XIX Popayán también tuvo una importante población negra vinculada a las actividades de servidumbre de las familias de hacendados esclavistas, al igual que en actividades artesanales, particularmente los manumisos. Sin embargo, a raíz de la descomposición de la hacienda esclavista y la abolición de la esclavitud, la ciudad perdió población negra, debido a su desplazamiento hacia otras regiones, posiblemente norte del Cauca, hacia zonas mineras en el Pacífico y seguramente hacia la ciudad de Cali, que ya comenzaba a tener una mayor pujanza que Popayán.

Mapa nº 1

Asentamientos más importantes de la población afrocolombiana hasta mediados del siglo XX



en ella la cuenca del río Atrato, esta dinámica no tuvo lugar, a pesar de procesos de modernización-modernidad que tuvieron lugar, pero en forma de enclave (Buenaventura y Quibó).

En el caso de la región Pacífica estas tendencias se tradujeron en un poblamiento históricamente con reducido o muy poco mestizaje interracial, debido a las particulares condiciones de aislamiento que ha vivido dicha región respecto al resto de la sociedad colombiana, sobre todo a partir de mediados del siglo XIX -una vez se dio la abolición de la esclavitud-hasta entrada la década del cincuenta en el siglo XX [Wade, 1993, 1997; Hoffmann, 1997].

En la perspectiva anterior el análisis sociodemográfico de las poblaciones afrocolombianas debe tomar en cuenta los contextos sociohistóricos tanto a nivel nacional como regional y las dinámicas contemporáneas de modernización-modernidad, especialmente generadas a través de la urbanización. Mientras en la costa Caribe alrededor de las tres ciudades principales (Barranquilla, Cartagena y Santa Marta) y al lado de otros centros urbanos que se consolidan (Montería y Valledupar), desde los años cincuenta del siglo XX hay una dinámica de integración con el interior del país, en el caso de la región del Pacífico, al darse una década más tarde, se mantiene además un rezago prolongado de ruralidad centrada en el poblamiento clásico fluvial y por lo mismo el aislamiento geográfico respecto al resto del territorio nacional en su proceso de integración¹⁵. En este desfase respecto al Pacífico van a pesar enormemente las actividades económicas mineras de enclave y las de tipo artesanal, las modalidades de explotación forestal artesanal, al lado de la pesca tradicional. Es indiscutible que la forma extractiva de explotación de los recursos del bosque húmedo y las actividades mineras de aluvión, hasta que entran en agotamiento, y las modalidades de agricultura móvil a lo largo de los ríos permitieron la reproducción de sociedades campesinas entre los pobladores negros [Hoffmann, 1997].

Sin embargo, ya en los años cincuenta en el siglo XX y de ahí en adelante, migrantes del Pacífico hacia diferentes ciudades (Cali, Medellín) y áreas de desarrollo capitalista (valle geográfico del río Cauca) van a formar parte de los flujos migratorios rural-urbanos y urbanos-urbanos que caracterizan la sociedad colombiana a partir de ese periodo. Por supuesto, este fenómeno no debe verse de manera aislada de las inversiones capitalistas que a lo largo del siglo XX, pero sobre todo después de los años 50, se darán en la región Pacífica, vía capitales extranjeros, antioqueños, vallunos, pero también bogotanos, en diversas acti-

15. De todos modos no puede desconocerse que tanto en la región Caribe como en el Pacífico, especialmente en el Chocó, se dieron fenómenos de procesos urbanos modernos en las primeras décadas del siglo XX, aunque estos procesos no alcanzaron a incluir de una forma estable sectores de población negra, restringiéndose en una buena medida a las elites blancas de grandes propietarios. Por otro lado, centros urbanos que crecieron desde 1950, el caso de Buenaventura, aunque eran espacios de modernidad, funcionaron como enclaves con poca capacidad de irrigar "progreso" al entorno del Pacífico. En los siglos XIX y XX en el Pacífico (Cauca, Chocó) operaron actividades mineras extranjeras de modelo de enclave que no alcanzaron a impulsar una dinámica endógena de desarrollo en la región.

vidades: minería y explotación forestal en una primera etapa; luego camaricultura, palma africana, turismo, pesca industrial, ganadería y hoy en día coca [Hoffmann, 2000].

En los últimos cuarenta años el mapa histórico de asentamientos negros en Colombia [mapa n° 1], como podremos ver más adelante en el cuadro n° 1, se ha modificado substancialmente. De un poblamiento más rural hasta la década de 1950, a pesar de contar en ese periodo con centros urbanos mayoritariamente negros (tipo Cartagena, Quibdó, Buenaventura) y con asentamientos en otros centros urbanos más mestizos (tipo Barranquilla, Cali, Montería), en forma similar que el conjunto de la población colombiana, se habría producido un vuelco sustantivo en la segunda mitad del siglo XX.

Para efectos metodológicos del análisis sociodemográfico a seguir en términos regionales hemos organizado la información estadística disponible y comparable en cuatro regiones, con el soporte empírico de tres bases de datos de encuestas de hogares equivalentes: la encuesta nacional de hogares urbano-rural del DANE (varias etapas) para el periodo 1999-2000, las encuestas de hogares especializadas del Cidse-IRD para Cali sobre población afrocolombiana en junio de 1998 y la del Cidse-Banco Mundial sobre pobreza y uso de servicios públicos también para Cali en septiembre de 1999. También se contó con un tabulado de salida de resultados preliminares de la Encuesta Nacional Urbana Hogares del DANE, etapa 110, de diciembre del 2000. La tres encuestas de hogares últimas (las dos de Cali y la etapa 110 de la ENH-DANE), como antes se informó, tienen la ventaja de que introdujeron un módulo de caracterización socio-racial por percepción o autopercepción del color de piel.

Ahora bien, tres de las regiones conforman espacios territoriales urbano-rurales bien delimitados sociohistóricamente, con una amplia mayoría de población afrocolombiana, y la cuarta región corresponde a Cali como una ciudad mestiza de gran tamaño. Las tres primeras regiones son la Pacífico (con un estimado de 80% en la zona urbana y 85% en la rural de población negra, véase cuadro n° 1), que incluye todos los municipios del litoral Pacífico de los departamentos de Nariño, Cauca, Valle y Chocó, más todos los de las cuencas de los ríos Atrato y San Juan, o sea, todo el Departamento del Chocó, y algunos municipios del Chocó antioqueño; la de Urabá (municipios del Urabá antioqueño), con un estimado de 50% en la zona urbana y 80% en la rural de población negra; y el Departamento de Bolívar en su conjunto, con estimados de 55% en el área urbana y 85% en la rural para Cartagena y 12 municipios contiguos, mientras en el sur del departamento del 55% en las cabeceras y 55% en la zona rural [cuadro n° 1]. Las tres regiones se dividen a la vez en zona urbana y rural, de modo que allí se incluyen en la parte urbana ciudades tipo Cartagena en el Departamento de Bolívar, o Apartadó y Turbo en Urabá, o Quibdó, Buenaventura, Tumaco y Guapi en la región Pacífico; mientras que en la zona rural diferentes municipios en lo correspondiente a áreas típicamente "rurales" o pequeños núcleos

urbanos menores a 10.000 habitantes¹⁶. La cuarta región sociológica es la ciudad de Cali, la aglomeración urbana de más de dos millones con mayor concentración de población afrocolombiana en todo el país [cuadros 1 y 1A].

De esta manera se tienen tres regiones de concentración de población negra que comprenden tanto el litoral Pacífico como el caribeño, así como llanuras y valles interioranos contiguos a los dos litorales, al igual que una gran ciudad, pero además diferenciando en las tres primeras la zona urbana y la rural. En el caso de Cali, ciudad mestiza por excelencia, tenemos la ventaja de distinguir entre población de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos¹⁷, permitiendo así un adecuado ejercicio comparativo en periodos equivalentes. Por otro lado, se presentan para el análisis cuatro tipos regionales de concentración diferenciada de población afrocolombiana que muestran patrones de ruralidad y urbanidad muy marcados y diferentes para poder observar las tendencias de continuidad-discontinuidad y sus variaciones sociodemográficas respecto al conjunto de la población urbana y rural del país, pero a la vez entre poblaciones afrocolombianas y no afrocolombianas en una ciudad y entre los dos tipos de poblaciones y los de las otras tres regiones en sus zonas urbanas y el total nacional urbano.

Nuevos estimativos de población afrocolombiana según regiones y su distribución urbano-rural a comienzos del milenio

Previo a un análisis en detalle de las cuatro regiones antes mencionadas, se procede a la presentación de unos estimativos de población afrocolombiana y su distribución urbano-rural en 18 grandes regiones, de acuerdo a niveles de concentración de población negra. Este acercamiento se ha apoyado metodológicamente en lo fundamental en las encuestas de hogares especializadas que buscan captarla, vía percepción y autopercepción del color de

16. Se utilizó la ENH-DANE urbano-rural en una agregación de cuatro etapas correspondientes a los meses de marzo y septiembre de 1999 y 2000 (etapas números 103, 105, 107 y 109), filtrando las encuestas que se repitieran en las respectivas muestras y así evitar sobreconteos. De esta forma se pudo obtener una muestra robusta por municipios que representaran las tres regiones aludidas por zona urbana y rural, reduciendo al máximo ciertos errores de muestreo para determinadas desagregaciones o cruces. De igual modo se produjo el resultado para el total nacional urbano y rural. Los datos resultantes para cada variable corresponden estadísticamente al promedio de los dos años y como tal deben interpretarse; es decir, son una tendencia de patrón transversal que comprende los dos años entre las cuatro etapas de marzo y septiembre 1999-2000. Los datos fueron contrastados con los resultados de Informes de Desarrollo Humano del DNP para 1999 y 2000, generados por departamentos.

17. Para las encuestas Cidse-IRD y Cidse-Banco Mundial se utilizó esta clasificación de la siguiente manera. Hogares afrocolombianos: los hogares donde por lo menos una persona del núcleo familiar primario, es decir, el jefe del hogar, su cónyuge, o alguno(s) de los hijos del jefe del hogar y/o del cónyuge presente rasgos fenotípicos negro o mulato. Hogares no afrocolombianos: con simetría respecto a la definición anterior, son los hogares en los cuales ninguna de las personas del núcleo familiar del jefe del hogar tiene rasgos fenotípicos negro o mulato. Por lo consecuente, la presencia de individuos afrocolombianos con lazos de parentesco más lejano o sin parentesco con el jefe del hogar no confiere el carácter afrocolombiano al hogar [Barbary, 1999(a); Quintín, Ramírez y Urrea, 2000].

piel. A través del cuadro n° 1, "Población afrocolombiana: estimativos y distribución urbano-rural por regiones, según población total para junio 30 del 2001"¹⁸ y del cuadro n° 1A, "Población afrocolombiana según autopercepción del color de la piel en 13 áreas metropolitanas por ENH-DANE, y resultados para Cali de otros estudios (población en miles)", tenemos una primera aproximación de la población afrocolombiana, a nivel agregado del país y por regiones urbano y rural, con base en dos tipos de fuentes: a) la información estadística más adecuada disponible mediante percepción y autopercepción fenotípica en 13 ciudades, con dos estudios preliminares en la ciudad de Cali ya mencionados; y b) estimativos de poblaciones en otras áreas del país según patrones históricos reconocidos, pero tomando como criterio en las áreas urbanas disponibles los resultados de a), proyectados al conjunto de una región urbano-rural en el que se encuentra el área metropolitana con el módulo racial de la ENH. Los resultados observados permiten establecer las siguientes tendencias:

1) Sobre el total de la población colombiana (43'035.394 habitantes a 30 de junio del 2001, según proyecciones DANE) los afrocolombianos representan el 18,1% (7'800.869 personas). De la población urbana colombiana el 17,6% (5'417.612 personas) son afrocolombianos y de la rural el 19,4% (2'383.257 personas). Estas cifras totales podemos asumirlas como estimativos conservadores de la población afrocolombiana, que tienen de todos modos un soporte estadístico relativamente confiable a través de tres encuestas especializadas de hogares, dos en Cali y una nacional en 13 ciudades. No se apoyan en supuestos intuitivos que tienen el riesgo de sobreestimar o subestimar en forma considerable un grupo poblacional¹⁹.

18. Estimativos producidos por el Proyecto Cidse-IRD-Colciencias de la Universidad del Valle, antes mencionado. Una primera versión de este cuadro n° 1 apareció en Urrea y Viáfara (2000), cuando aún no se había llevado a cabo la ENH-DANE, etapa 110, de diciembre del 2000, con el módulo de autopercepción racial mediante cuatro fotografías, para 13 áreas metropolitanas. Una vez conocidos los resultados preliminares (en el cuadro n° 1A) se procedió al ajuste de los datos de Urrea y Viáfara (2000), especialmente para las áreas metropolitanas de Medellín-Valle de Aburrá, Cartagena, Barranquilla y Bogotá D.C. En estos casos sí se dieron algunas variaciones respecto a los primeros estimativos, aunque ellos no afectaron de modo muy significativo el balance total para el país y por grandes regiones.

19. Recientemente fue publicado en el diario *El Tiempo* (DNP, 2001) un resumen periodístico del documento "Plan Nacional de Desarrollo de la Población Afrocolombiana", el cual fue elaborado en el Departamento Nacional de Planeación por un grupo de consultores de organizaciones afrocolombianas, con una primera versión hacia 1999 y luego en forma definitiva en agosto del 2001; si bien debe advertirse que esta publicación no salió en forma oficial por el DNP y que los funcionarios de esta entidad manifiestan informalmente que no son datos oficiales porque no se respaldan en una fuente estadística confiable. En este documento se hacen estimaciones del orden del 26% del total de la población en el país como afrocolombiana (cercanos a los 11.2 millones), frente al 18.1% de nuestras estimaciones (7.8 millones, ver cuadro n° 1), y claro, con valores para diferentes ciudades del país bien por encima de los valores que aparecen en el cuadro n° 1A, lo cual significaría que si esos estimativos son ciertos, en algunos casos como la ciudad de Cali por lo menos un 50% de ella sería afrocolombiana (en ese documento se estima 1.1 millón de personas). Esto difiere de los hallazgos empíricos con muestras estadísticamente representativas de las tres encuestas de hogares allí realizadas con una metodología equivalente como ya se explicó antes (un 25% en la primera encuesta de junio de 1998, el 32% en septiembre de 1999 y un 26.5% en la de diciembre del 2000, ver cuadro n° 1A). Aunque es posible que nuestros estimativos sean conservadores, por lo menos cuentan con algún nivel de confiabilidad a través de un instrumento científico; en cambio, otros como los que acabamos de mencionar presentan el efecto contrario, ya que sobreestiman la población afrocolombiana. En esta publicación se trata de una primera versión con estimaciones hacia junio del 2001 de población afrocolombiana en términos conservadores, pero posiblemente ella asciende al 20 ó 22% del total de la población colombiana.

Esta cifra hace que Colombia sea el segundo país de América Latina con mayor número de gente negra después de Brasil, con aproximadamente 75 millones de afroamericanos (alrededor del 50% del total de la población)²⁰. En esta publicación se trata de una primera versión con estimaciones hacia junio del 2001 de población afrocolombiana, como antes se dijo, en términos más bien conservadores, pero posiblemente ella asciende al 20 ó 22% del total de la población colombiana al incluir ciudades y regiones sin la cobertura de la ENH etapa 110 del DANE.

2) Al comparar los cuadros nº 1A y 1 se tiene que el 17,9% de la población en las 13 áreas metropolitanas del país es afrocolombiana (población que en los hogares fue seleccionada por el miembro del hogar que respondió la encuesta con las fotografías de personaje negro y mulato, cuadro nº 1A), y el 18,1% para el total del país (cuadro nº 1), lo cual significa que por fuera de las 13 áreas encuestadas hay una población negra en una serie de regiones (por ejemplo el Pacífico, norte del Cauca, buena parte de los departamentos de la costa Caribe, excluyendo las áreas de Cartagena, Barranquilla y Montería) con un peso poblacional que en el agregado empuja ligeramente hacia arriba la proporción.

3) Se observa una alta concentración geográfica de los afrocolombianos en el país, ya que el 94,1% de ellos (7'340.049 personas) residen en 18 regiones urbanas y rurales del país, en las cuales a la vez reside el 58,2% (25'048.966 personas) del total de la población colombiana (cuadro nº 1).

4) Los afrocolombianos, al igual que el conjunto de los colombianos, son más urbanos que rurales. El 69,4% de la población afrocolombiana y el 71,4% de toda la población colombiana para el 2001 residían en cabeceras. Aunque son porcentajes muy cercanos, de todos modos los dos puntos de diferencia significan una relativa menor "urbanidad" de la población negra-mulata. El 57,8% de los afrocolombianos residen en concentraciones urbanas con sus áreas metropolitanas o entornos próximos superiores a 700 mil habitantes. Respectivamente según tamaño de la población afrocolombiana y en orden descendente ellas son: Cali, Cartagena, Bogotá, Medellín, Barranquilla y Pereira. Segundo elemento, la región de Cali tiene la primera concentración urbana afrocolombiana en el país, ya sea como región (Cali-área metropolitana-sur del Valle, cuadro nº 1) o como ciudad entre las 13 áreas metropolitanas (cuadro nº 1A). Tercero, el 25,6% de los afrocolombianos residen en concentraciones urbanas de otros departamentos, en cambio, el Pacífico tiene apenas el 8,3% del total de la población afrocolombiana urbana en Colombia, aún agregando ciudades como Tumaco, Buenaventura y Quibdó, más los demás cascos urbanos de los municipios del Pacífico.

5) La primera concentración poblacional afrocolombiana del país la tiene la región Pacífico con 991.661 personas, el 12,7% de toda la población negra-mulata. Esta región es muy extensa ya que comprende todo el Departamento del Chocó, el municipio de Buenaventura en el Valle del Cauca, y los municipios del Pacífico caucano y nariñense. Se anexan dos municipios del Departamento de Antioquia por ser limítrofes con el Chocó y dos de Risaralda. En esta región el 54,7% de los afrocolombianos residen en la zona rural, incluso presentando una ligera mayor ruralidad que el conjunto de la población de la región (el 53,1%). La segunda gran concentración de población negra-mulata en Colombia la tiene Cali y su área metropolitana, que incluye el sur del Valle y el norte del Cauca, con 967.917 personas; la tercera, Cartagena y 12 municipios de la zona norte del Departamento de Bolívar, con 785.050 personas; la cuarta, Departamento de Sucre y otros municipios de Bolívar con 607.592; la quinta, Departamento de Córdoba con 536.190 personas. Estas cinco regiones suman el 49,8% de la población afrocolombiana del país. En las cuatro últimas regiones la mayor parte de los afrocolombianos (70%) residen en la cabecera, a diferencia de la región Pacífico.

6) Las regiones con mayor peso demográfico de población afrocolombiana en orden de importancia por peso porcentual (más del 50% sobre el total de la población) son las siguientes: región Pacífico, 82,7%; norte del Cauca, 62,2%; Cartagena y su entorno, 59,86%; Urabá antioqueño y San Andrés y Providencia, 55% cada una. Las que tienen entre un 30% y 50%: Departamento de Córdoba, 40,1%; Departamento de Sucre y otros municipios de Bolívar, 39,5%; Departamento del Magdalena y los municipios de los Departamentos de Antioquia y Santander (cuenca del río Cauca y los del Magdalena Medio), 38,6% y 38,3%, respectivamente; Barranquilla y área metropolitana, 35,2%; Cali y su entorno metropolitano, 34,5%; y la región del norte y centro del Valle del Cauca (zona plana I), 32,5%.

7) La región Pacífico concentra la mayor población rural afrocolombiana, en términos absolutos y porcentuales, 541.962 personas, el 22,7% de los habitantes rurales afrocolombianos en el país. Siguen en orden de importancia el Departamento de Sucre y otros municipios del Departamento de Bolívar con 309.118 personas, el 13%; el Departamento de Córdoba con 306.119 personas, el 12,8%; y el Departamento del Magdalena con 209.647 personas, el 8,8%. Las cuatro regiones suman el 57,4% de los habitantes negros-mulatos de zonas rurales en Colombia.

8) Siete de las trece áreas metropolitanas (cuadro n° 1A) -Cali, Medellín, Cartagena, Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga y Cúcuta- concentran 2.8 millones de afrocolombianos (el 87% de la población afrocolombiana de las 13 áreas). Las magnitudes poblacionales de gente negra en estas siete ciudades, en cada una y sumadas las siete, supera otras concentraciones regionales de gente negra en el país, lo que de nuevo ratifica que se

trata de una población urbanizada residiendo en las mayores aglomeraciones de Colombia. La única diferencia respecto al conjunto de la población colombiana es que esa concentración tiene por cabeza las ciudades de Cali y Medellín, mientras Barranquilla y Bogotá disputan el tercero y cuarto lugares. Este fenómeno debe verse como parte de los patrones sociohistóricos del epicentrismo dominante que han ejercido Cali y Medellín respectivamente sobre las regiones del Pacífico, norte del Cauca, Córdoba y otros departamentos de la costa Caribe, pero también sobre otras regiones de concentración negra en los departamentos del Valle (sur y centro del Valle) y Antioquia (por ejemplo, región del bajo Cauca). Por estos factores no es arbitrario que hoy en día Cali²¹, en el imaginario colectivo de todo el Pacífico y de otras regiones como el norte del Cauca, sur del Valle, pero incluso de la región de Esmeraldas en el Ecuador, etc., sea vista como la "capital del Pacífico".

En síntesis, los afrocolombianos hoy en día, a diferencia de 40 años atrás, son predominantemente urbanos y una mayoría de ellos reside en aglomeraciones superiores al millón de habitantes (en las ciudades y sus coronas de municipios metropolitanos de Cali, Medellín, Cartagena, Barranquilla y Bogotá), sumando en estas 5 áreas metropolitanas 3.04 millones, que representan el 39% del total de la población negra colombiana. Esto quiere decir que —como era de esperar— su patrón urbano es muy semejante al del conjunto de la población colombiana y por lo mismo diferente al de los grupos indígenas. En estos últimos, a pesar de la presencia creciente de efectivos de poblaciones identificadas como amerindias en las ciudades, todavía su mayor concentración y tamaño de poblaciones es predominantemente rural en determinadas regiones del país.

21. Como ya se advirtió antes, Cali fue un municipio con mayoría de gente negra, al igual que la mayor parte de municipios del valle geográfico del río Cauca, por lo menos hasta 1920. Medellín, a pesar del imaginario del "paisa blanco", contó a su vez con una población negra y mulata entre sus sectores populares a lo largo de los siglos XVIII y XIX, dedicada a labores de servidumbre doméstica y actividades artesanales. No debemos olvidar que en Antioquia la esclavitud había perdido importancia en el siglo XVIII y que la población negra antioqueña dedicada a la minería fue siempre importante.

Población afrocolombiana: estimativos y distribución urbano-rural por regiones, según población total para el 30 de junio de 2001

Regiones colombianas según concentración y distribución de la población afro*	Población total por regiones												Población afro por regiones												Porcentaje de población negra sobre el total						Jerarquía ordinal de concentración población afro							
	Resto			Total			Cabeecera			Resto			Total			Cabeecera			Resto			Total			Cabeecera			Resto			Total							
	Valor absoluto	%	fila	Valor absoluto	%	col	Valor absoluto	%	col	Valor absoluto	%	col	Valor absoluto	%	col	Valor absoluto	%	col	Valor absoluto	%	col	Valor absoluto	%	col	Valor absoluto	%	col	Valor absoluto	%	col	Valor absoluto	%	col	Urbanidad	Rural	Total		
Pacífica (Pacífico, Mariño, Cauca, Valle y Chocó**)	562.123	637.603	45,1	1.99.726	46,9	5,1	1.00	1,8	5,2	2,8	449.698	541.962	991.661	45,3	54,7	100	8,3	22,7	12,7	80	65	82,2	16	9	14	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1		
Norte del Cauca (zona plana)	133.408	162.486	295.894	45,9	54,9	100	0,4	1,3	0,7	82.693	101.285	183.978	44,9	55,1	100	1,5	4,2	2,4	62	62	38,7	34,5	1	11	2													
Cali área metropolitana y sur del Valle	2'634.289	172.678	2'806.967	93,8	6,2	100	8,6	1,4	6,5	90.1027	66.890	967.917	93,1	6,9	100	16,6	2,8	12,4	34,2	33,1	32,5	17	14	17														
Norte-centro Valle (zona plana)	127.994	85.084	213.078	60,1	39,9	100	0,4	0,7	0,5	41.003	28.195	69.198	59,3	40,7	100	0,8	1,2	0,9	32	33,1	32,5	17	14	17														
Norte-centro Valle I (zona plana)	282.106	53.202	335.308	84,1	15,9	100	0,9	0,4	0,8	22.568	2.660	25.229	89,5	10,5	100	0,4	0,1	0,3	8	5	7,5	19	18	19														
Pereira área metropolitana (incluye Cartago)	728.532	95.065	823.597	88,5	11,5	100	2,4	0,8	1,9	87.424	4.753	92.177	94,8	5,2	100	1,6	0,2	1,2	12	5	11,2	15	17	16														
Medellín y demás municipios del Valle de Aburrá	2794.447	156.366	2'950.813	94,7	5,3	100	9,1	1,3	6,9	505.795	28.302	534.097	94,7	5,3	100	9,3	1,2	6,8	18,1	18,1	18,1	4	13	7														
Urabá antioqueño	233.527	247.020	480.547	48,6	51,4	100	0,8	2	1,1	116.764	148.212	264.976	44,1	55,9	100	2,2	6,2	3,4	50	60	55,1	13	7	12														
Municipios Antioquia cuenca Cauca y Magdalena Medio (incluye Santander)	441.697	220.652	662.349	66,7	33,3	100	1,4	1,8	1,5	154.594	99.293	253.887	60,9	39,1	100	2,9	4,2	3,3	35	45	38,3	12	10	13														
Córdoba	657.345	680.265	1'337.610	49,1	50,9	100	2,1	5,5	3,1	230.071	306.119	536.190	42,9	57,1	100	4,2	12,8	6,9	35	45	40,1	10	3	5														
Sucre y otros municipios de Bolívar	852.784	886.929	1'539.713	55,4	44,6	100	2,8	5,6	3,6	298.474	309.118	607.592	49,1	50,9	100	5,5	13	7,8	35	45	39,5	8	2	4														
Cartagena y 12 municipios de Bolívar (zona norte)	1104.584	208.858	1'313.442	84,1	15,9	100	3,6	1,7	3,1	607.521	177.529	785.050	77,4	22,6	100	11,2	7,4	10,1	55	85	59,8	2	5	3														
San Andrés y Providencia	54.232	21.213	75.445	71,9	28,1	100	0,2	0,2	0,2	29.828	11.667	41.495	71,9	28,1	100	0,6	0,5	0,5	55	55	55	18	16	18														
Barraquilla área metropolitana	1'412.162	26.684	1'438.846	98,1	1,9	100	4,6	0,2	3,3	494.257	12.008	506.265	97,6	2,4	100	9,1	0,5	6,5	35	45	35,2	5	15	8														
Otros municipios del Atlántico	311.390	112.639	423.829	73,5	26,5	100	1	0,9	1	108.987	50.598	159.584	68,3	31,7	100	2	2,1	2	35	45	37,7	14	12	15														
Magdalena	842.610	465.882	1'308.494	64,4	35,6	100	2,7	3,8	3	294.914	209.647	504.561	58,4	41,6	100	5,4	8,8	6,5	35	45	38,6	9	4	9														
Cesar	619.933	359.510	979.443	63,3	36,7	100	2	2,9	2,3	154.983	125.829	280.812	55,2	44,8	100	2,9	5,3	3,6	25	35	28,7	11	8	11														
Bogotá-Soacha	6842.811	21.054	6'863.865	99,7	0,3	100	22,3	0,2	15,9	533.729	1.642	535.381	99,7	0,3	100	9,9	0,1	6,9	7,8	7,8	3	19	6															
Total área de influencia negra	20'635.974	4'412.990	25.048.966	82,4	17,6	100	67,1	35,9	58,2	5'114.338	2'225.710	7'340.049	69,7	30,3	100	94,4	93,4	94,1	24,8	50,4	29,3																	
Resto de municipios del país	10'109.099	7'877.329	17'986.428	56,2	43,8	100	32,9	64,1	41,8	303.273	157.547	460.820	65,8	34,2	100	5,6	6,6	5,9	3	2	2,6	7	6	10														
Total nacional	30'745.073	12'290.319	43'035.394	71,4	28,6	100	100	100	100	5'417.612	2'383.257	7'800.869	69,4	30,6	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	

*El orden de las regiones está dado por criterios de distribución geográfica: primero, toda la región Pacífica, luego, de sur a norte-empezando por el norte del Cauca- se sigue con Cali-sur de Valle, centro y norte del Valle, etc., hasta llegar a las regiones en la costa Caribe y, finalmente, en esta forma de occidente a oriente se incluyen a Bogotá-Soacha y el resto de municipios del país. Hasta Bogotá-Soacha se tiene un subtotal de área de influencia negra.

**Se incluyeron dos municipios del Chocó antioqueño y dos del Departamento de Risaralda.

Fuente: Proyecciones de población DANE 1995-2005; ENH, DANE, etapa 110, diciembre 2000; y estimativos del Proyecto Círculo-IRD-Coicencias, con base en estudios de población afrocolombiana para Cali e información histórica que permitió establecer cálculos preliminares en otras regiones del país.

Cuadro nº 1A

Población afrocolombiana según autopercepción del color de la piel en 13 áreas metropolitanas por ENH-DANE* y resultados para Cali de otros estudios (población en miles)

Área metropolitana	Total población	Población afro	Peso porcentual población afro por ciudad % fila	Distribución de la población afro en las 13 áreas metropolitanas % col	Jerarquía ordinal de concentración de población afro por área metropolitana
Medellín-Valle de Aburrá	2.837	512	18	16	2
Barranquilla	1.564	505	32,3	15,8	3
Bogotá D.C.	6.473	503	7,8	15,7	4
Cartagena	838	415	49,5	12,9	5
Manizales	374	56	14,9	1,7	11
Montería	254	88	34,7	2,8	8
Villavicencio	284	42	14,9	1,3	12
Pasto	344	57	16,5	1,8	10
Cúcuta	771	135	17,5	4,2	6
Pereira	591	99	16,7	3,1	7
Bucaramanga	928	135	14,6	4,2	6
Ibagué	400	70	17,6	2,2	9
Cali	2.209	588	26,6	18,3	1
Total 13 áreas metropolitanas	17.868	3.204	17,9	100	
Cali (Cidse-Banco Mundial), septiembre de 1999	2.069	662	32	-	-
Cali (Cidse-IRD), junio de 1998	2.020	505	25	-	-

Fuentes: tabulado preliminar de la ENH-DANE, etapa 110, diciembre del 2000; Encuesta Banco Mundial-Cidse-Universidad del Valle, Cali, septiembre de 1999; Encuesta Cidse-IRD (antiguo Orstom), Cali, mayo-junio de 1998.

*La autopercepción racial en la ENH-DANE, etapa 110, se hizo utilizando 4 fotografías; una de ellas era seleccionada por el miembro del hogar que respondía la encuesta, según él consideraba que se parecía a su fenotipo y al de los otros miembros del hogar.

Características sociodemográficas y de condiciones de vida de la población afrocolombiana

Analizamos a continuación los patrones sociodemográficos según tipología de los hogares, tasas de dependencia, masculinidades, tasas de jefatura femenina y tamaños de los hogares de estos en las cuatro regiones y zonas, comparándolas con el total nacional urbano y rural; luego se introducen algunos indicadores de condiciones de vida y distribución del ingreso (índice de hacinamiento, clima educativo promedio del hogar, porcentajes de inasistencia escolar por grupos de edad, líneas de indigencia y pobreza, y distribución de las poblaciones por quintiles de ingreso).

Los hogares en las cuatro regiones y zonas estudiadas presentan la siguiente tipología de composición de los hogares (cuadro nº 2):

1) En las cuatro regiones y a nivel nacional, urbano y rural, el hogar nuclear completo es el que tiene un mayor peso porcentual, aunque con variaciones importantes por zona y por región (cuadro nº 2). En las tres regiones, Pacífico, Urabá y Bolívar, como a nivel total nacional, en la zona rural pesan más porcentualmente los hogares nucleares completos. En esto no hay diferenciales en las tres regiones respecto al total nacional rural; es decir, no puede asociarse una mayor o menor concentración de población negra a este fenómeno.

2) En los casos de Pacífico, Bolívar y Urabá urbanos los pesos porcentuales de los hogares nucleares completos están por debajo del total nacional urbano, al igual que Cali. Este menor peso es compensado por uno mayor en relación con el total nacional urbano de los hogares extensos completo para Pacífico y Bolívar urbanos y Cali (en los dos tipos de hogares) y extensos incompletos para Urabá urbano. Esto significa que en el fenómeno de un relativo menor peso del hogar nuclear completo, a pesar de otras variaciones, las zonas urbanas del Pacífico, Bolívar y Urabá, y la ciudad de Cali se parecen. De todos modos no debe olvidarse el efecto de la crisis económica en el periodo 1999-2000, que podría explicar ese relativo menor peso de los hogares nucleares completos y un fortalecimiento de los extensos, sin que dejen de representar los primeros una mayor distribución porcentual, pero como veremos más adelante existen otros factores de estructura social que inciden, para las regiones de Bolívar, Pacífico y Urabá, independientes del ciclo económico.

3) En la ciudad de Cali no se presentan diferencias importantes según tipología de los hogares, ya se trate de población en hogares afrocolombianos y no afrocolombianos, para el conjunto de la ciudad, sólo que los primeros conforman ligeramente más hogares nucleares completos (42,6% respecto a 39,4%) y menos extensos incompletos (15% frente a 19,2%), de resto los diferenciales son poco relevantes. Esto dice mucho en contra de estereotipos, ya que los hogares afrocolombianos son tan "modernos" o un poco más que los hogares no afrocolombianos. También en ellos porcentualmente es ligeramente mayor

el peso de los hogares extensos completos (20,9% frente a 19,1%) y lo contrario respecto a los extensos incompletos (15 vs. 19,2%). Este fenómeno posiblemente tiene que ver con factores ya señalados por Urrea [1999]: a) la población afrocolombiana urbana en una ciudad como Cali -y quizás sea éste el patrón urbano dominante en las grandes ciudades para esta población- tiende a conformar relativamente en términos porcentuales más hogares nucleares completos debido a un mayor peso de uniones más jóvenes, menores de 25 años los dos cónyuges, respecto a los no afrocolombianos; b) en el periodo de crisis económica la reestructuración de hogares (las parejas con o sin hijos que se van a vivir con uno de los padres de la pareja) posiblemente ha operado más en el ciclo de vida del padre y la madre de la generación mayor aún vivos y presentes, a diferencia de la población no afrocolombiana con cohortes de madres o padres de más edad y por lo mismo con una mayor viudez.

Cuadro nº 2

Colombia, distribución porcentual de la tipología de los hogares por región y zona (% fila)

Región	Tipología del hogar								Total
	Zona	Unipersonal	Nuclear completo	Nuclear incompleto	Extenso completo	Extenso incompleto	Compuesto completo	Compuesto incompleto	
Pacífico	Urbano	7,4	38,6	12,8	20,8	16,4	0,5	3,6	100
	Rural	8,2	50,2	7,7	20,3	12,4	0,5	0,7	100
Urabá	Urbano	7,9	36,1	7,6	18,2	25,6	3	1,6	100
	Rural	5,4	47	7,4	23,8	12,6	2,9	1	100
Bolívar	Urbano	3,5	45,6	7,9	23,7	17	1,2	1,2	100
	Rural	9,4	47,7	5,5	24,3	9	2,9	1,3	100
Total nacional	Urbano	7	47,2	11,2	16,5	15	1,4	1,7	100
	Rural	7,3	51,2	7,2	20,7	11,7	1,1	0,8	100
Cali*	Hogar afro	6,5	42,6	11,6	20,9	15	1,6	1,8	100
	Hogar no afro	7,3	39,4	12,5	19,1	19,2	1,5	1	100

Fuente: ENH-DANE, etapas marzo y septiembre de 1999 y 2000.

*Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse-Universidad del Valle, Cali, septiembre de 1999

4) Cali presenta un patrón similar de hogares unipersonales al del total nacional urbano, sobre todo para los hogares no afrocolombianos. Los hogares afrocolombianos unipersonales tienen un ligero menor peso porcentual (6,5% vs. 7,3% de los no afrocolombianos y 7% para el total nacional urbano), lo cual es posiblemente explicado por el efecto de la crisis económica antes comentado, que en este caso tiene como resultado una relativa mayor recurrencia en individuos mujeres y hombres negros-mulatos que vivían solos a irse a establecer con sus padres. También llama la atención los pesos porcentuales mayores de hogares compuestos completos e incompletos entre los afrocolombianos respecto a los no

afrocolombianos (1,6 vs. 1,5 y 1,8 vs. 1), probablemente explicado por dos factores concomitantes: incidencia de grupos de migrantes parientes y no parientes de una misma región, especialmente del Pacífico, y el mayor efecto de la crisis económica que hace que, por ejemplo, individuos que viven solos (o sea, hogares unipersonales) se organicen con otros para compartir residencia y gastos domésticos. No hay mayores diferencias entre los afrocolombianos y no afrocolombianos en hogares nucleares incompletos, los cuales, como es bien sabido, en su mayor parte son jefeados por mujeres, si bien ligeramente en términos porcentuales es mayor para los hogares no afrocolombianos (12,5% en estos vs. 11,6% en los primeros). Este dato, al igual que el que va a analizarse sobre la tasa de jefatura femenina de los hogares para el conjunto de las dos poblaciones, puede mostrar un patrón muy cercano o casi igual, lo cual indicaría que incluso en esta dimensión se trata de poblaciones muy parecidas. Sin embargo, al controlar por las edades de las mujeres jefes de hogar veremos que aparecen importantes diferencias, pero eso se verá más adelante.

En síntesis, las regiones urbanas Pacífico, Urabá, Bolívar -con altas concentraciones de población afrocolombiana entre un 50% y 80% del total de la población- y la ciudad de Cali, aquí sí para la población afrocolombiana y no afrocolombiana, registran una mayor importancia de los hogares extensos completos respecto al total nacional urbano (todas las cuatro regiones) y lo mismo de los hogares extensos incompletos, pero en los casos de Urabá y Bolívar urbanos, y Cali en los hogares no afrocolombianos. Este resultado debe ser leído en una doble perspectiva, como se dijo antes, por una parte el impacto de la crisis que habría obligado a la reestructuración de los hogares (muy palpable en el caso de Cali), en segundo lugar en el caso del Departamento de Bolívar, el Urabá antioqueño y el Pacífico el fenómeno es común al conjunto de toda la región Caribe²² y puede obedecer más a factores históricos de la estructura social y su relación con el orden doméstico que al efecto del ciclo económico.

Ahora bien, al observar las tasas de dependencia, índices de masculinidad, tasas de jefatura y tamaños de los hogares (cuadro nº 3), podemos señalar una serie de tendencias importantes:

1) Las tasas de dependencia total y juvenil (menores de 20 años), urbanas y rurales, para las tres regiones territoriales (Pacífico, Urabá y Bolívar), como es de esperar, son superiores a las totales nacionales urbano y rural, lo cual está mostrando claramente que se trata de regiones con estructuras poblacionales más jóvenes que el conjunto del país y por

22. En los diferentes estudios con base en los censos de población y encuestas de hogares los departamentos del Caribe colombiano y el Departamento del Chocó presentan mayores pesos porcentuales de los hogares extensos, ya sean completos o incompletos, lo cual obviamente incide en tamaños promedio de los hogares superiores al resto urbano y rural del país. Sin embargo, es preciso matizar esta afirmación, en el sentido de que el fenómeno es un poco menos fuerte en la región Pacífico, ya desde los censos de 1985 y 1993.

lo mismo esto incide en tamaños promedio de los hogares por encima del promedio nacional urbano y rural, en todos los quintiles de ingreso (cuadro nº 3). Se trata entonces de regiones urbanas y rurales en las que la población afrocolombiana es ampliamente mayoritaria, con dinámicas de modernización-modernidad en condiciones de atraso considerable respecto al conjunto del país. En el caso de Cali ya encontramos una población afrocolombiana insertada en una ciudad de importante tamaño, que presenta para el conjunto de la misma patrones muy cercanos y, por supuesto, similares al total nacional urbano. Sin embargo, es notorio que en dependencia juvenil se observa todavía un relativo diferencial importante entre la población afrocolombiana y no afrocolombiana en Cali (0,8 vs. 0,6), al igual que en los tamaños de los hogares según quintiles de ingreso (cuadro nº 3). Este fenómeno indica una desigualdad en los patrones sociodemográficos importante entre los hogares urbanos afrocolombianos y no afrocolombianos en Cali y en términos hipotéticos, igualmente válido para todas las áreas metropolitanas del país, por supuesto manteniendo también diferencias entre una ciudad y otra: es posible que en Cartagena esos diferenciales sean los mayores, mientras en Bogotá o Medellín se acerquen más al caso de Cali.

2) Los índices de masculinidad -total y juvenil- en las tres regiones territoriales son similares en lo urbano y rural al total nacional: por debajo de la unidad para la zona urbana y por encima para la rural, con valores casi idénticos, con excepción de Bolívar rural (cuadro nº 3), en donde es superior mostrando así un mayor despoblamiento femenino que en Urabá y Pacífico rurales. Cali registra, como era de esperar, masculinidades menores por tratarse de una ciudad de tamaño importante, en los dos tipos de hogares, sin variaciones entre ambos, lo cual reafirma que en una serie de comportamientos sociodemográficos estamos en presencia de poblaciones muy similares, y significa que a mayor nivel de urbanización (y por lo mismo de modernidad) para el conjunto de una población, independientemente de su origen y color de piel, los diferentes grupos poblacionales tienden a parecerse, eso sí controlando el factor de clase social, el cual puede observarse parcialmente en los comportamientos por quintiles de ingreso de los tamaños de hogares (cuadro nº 3).

3) Detrás de las diferencias de tasas de dependencia juvenil entre Cali y las regiones Pacífico, Urabá y Bolívar urbanos, muy seguramente existen diferenciales de fecundidad y de otras condiciones sociodemográficas entre Cali y ciudades como Cartagena, Quibdó, Buenaventura, Tumaco, Apartadó, en particular entre las poblaciones afrocolombianas de la primera ciudad y las de las otras cinco. En relación con este diferencial hay que tener en cuenta que la población afrocolombiana en una ciudad como Cali, según lo manifestamos en el punto anterior, a su vez presenta importantes variaciones por grupos sociales. Pero esto es válido tanto para Cali como para las áreas urbanas de las tres regiones territoriales, lo cual es observable al controlar las variaciones de los tamaños de los hogares por quintiles de ingresos (cuadro nº 3). De esto se desprende que si bien para todos los quintiles entre

Cali y las áreas urbanas de las tres regiones hay variaciones, de modo que en Cali se registra el patrón más "moderno" (por ejemplo, menor tamaño promedio de los hogares), a la vez tales variaciones son afectadas por el quintil de ingresos -ver en el cuadro n° 3 los tamaños para el primero y quinto quintil y para el total- como indicador del grupo social, independientemente al área urbana.

4) Son superiores las tasas de jefatura femenina en la zona urbana respecto a las rurales en todas las regiones y en el total nacional. Eso era de esperar porque las masculinidades son inferiores a la unidad en las áreas urbanas; es decir, hay más mujeres que hombres, lo contrario en las áreas rurales y en pequeñas cabeceras. Por otra parte Urabá y Pacífico urbanos y Cali tienen las mayores tasas de jefatura femenina (cuadro n° 3). Sin embargo, a simple vista no puede decirse que sea por el peso de la población afrocolombiana, ya que en Cali la no afrocolombiana tiene un valor ligeramente más alto, estadísticamente no significativo (32,6% vs. 32,2%); pero de todos modos los porcentajes para Pacífico y Urabá urbanos sí pasan ligeramente los de Cali para afrocolombianos y no afrocolombianos (34,7 y 36,6% vs. 32,2 y 32,6%). Esto puede tener que ver con factores relacionados con la estructura social y la organización familiar o doméstica y los roles de género en estas dos regiones. Veremos que esto se refleja más adelante en las altas tasas de participación laboral de las mujeres en el Pacífico y Urabá urbano. No obstante, es engañoso el análisis para Cali de las tasas similares de jefatura femenina para hogares afrocolombianos y no afrocolombianos, como lo observaremos en los datos del cuadro n° 3A, ya que hay fuertes diferencias por edades de las mujeres jefes de hogar.

5) En la ciudad de Cali hay diferencias importantes del tamaño promedio de los hogares afrocolombianos y no afrocolombianos en los quintiles observados y para el total (cuadro n° 3), siendo mayores los de los primeros. Este resultado se relaciona con el cuadro n° 2. Allí vimos que en los hogares afrocolombianos, los hogares nucleares y extensos completos tienen ligeramente un mayor peso porcentual que en los no afrocolombianos, y a la vez en estos ligeramente pesan un poco más los unipersonales y los nucleares y extensos incompletos, que siempre tienden a ser menores que los nucleares y extensos completos por la ausencia de uno de los cónyuges. ¿Por qué este fenómeno? Ramírez, Quintín y Urrea [2000] ya lo advirtieron al comparar los resultados de las dos encuestas de hogares (Cidse-IRD y Cidse-Banco Mundial): se produjo una fuerte recomposición en todos los hogares caleños, pero mucho más en los de la población afrocolombiana, debido a la crisis económica del periodo 1998-1999, con un consiguiente aumento de los tamaños de los hogares, sobre todo de los afrocolombianos ya que en estos hubo un aumento significativo de hogares extensos completos y disminución de unipersonales y nucleares completos.

Cuadro nº 3

Índices sociodemográficos y de condiciones de vida por regiones y zona y la ciudad de Cali

Tres regiones y total nacional por zona urbano-rural, y la ciudad de Cali por población en hogares afro y no afro	Tasa de dependencia		Índice de masculinidad		Tasas de jefatura femenina	tamaño de hogar			Índice de hacinamiento				Clima educativo promedio				Porcentaje de inasistencia escolar			Línea de indigencia	Línea de pobreza	
	Total	Juvenil	Total	Menores de 20 años		Hogares en el primer quintil de ingresos	Hogares en el quinto quintil de ingresos	Total hogares	Hogares en el primer quintil de ingresos	Hogares en el segundo quintil de ingresos	Hogares en el quinto quintil de ingresos	Total hogares	Hogares en el primer quintil de ingresos	Hogares en el segundo quintil de ingresos	Hogares en el quinto quintil de ingresos	Total hogares	5-11	12-17	18-25			
Pacífico urbano	1,4	1,2	0,9	1,1	34,7	5,6	3,5	4,7	2,5	1,9	0,9	1,7	5	6	9,3	7	10,1	20,5	80,3	19,6	49,7	
Pacífico rural	1,5	1,3	1	1,1	19,7	5,1	2,7	4,6	2,3	1,7	0,6	2	3,1	3,6	8,7	3,6	19,5	45,7	91,7	49,4	85,7	
Urabá urbano	1,2	0,9	0,9	1	36,6	5,2	3,8	4,6	2,6	2,1	1,5	1,9	4,4	7,5	8,7	7,5	8,3	19,5	79,5	15	47,8	
Urabá rural	1,5	1,3	1	1	20	5,6	2	5,1	2,8	2,8	1,2	2,7	3,5	3,7	11	4,1	24,9	42,4	90,6	45,8	86,8	
Bolívar urbano	1,1	0,9	0,9	1,1	25,9	5,7	3,8	4,8	2,2	1,8	1	1,6	5,2	6,3	10,7	7,4	9,5	19,1	75,7	15,4	49,8	
Bolívar rural Total	1,2	1	1,3	1,3	12,1	5,6	2,1	4,7	2,2	1,8	0,7	1,8	3,1	3,8	8,5	4,1	18,5	43,7	89,4	44,5	83,7	
nacional urbano	1	0,8	0,9	1	28,1	4,9	3,3	4,2	2,2	1,9	1,2	1,7	5,8	6,5	10,6	7,9	7,6	17,8	71,1	11,5	42,8	
Total nacional rural	1,2	1	1,1	1,1	17,3	4,9	2,7	4,5	2,1	1,9	0,9	1,8	3,7	4,2	7,6	4,2	17,7	40,2	88,4	39,7	76,2	
Cali urbano*																						
Población afro	0,9	0,8	0,9	0,9	32,8	5	3,7	4,4	2,5	2,5	1,2	2,1	8	8,4	12	9,3	3,2	18,5	76,1	14,2	47,6	
Población no afro	0,8	0,6	0,9	0,9	33	4,5	3,5	4,2	2,2	1,9	1,2	1,7	8,4	8,5	12,4	9,9	2,2	15	71,9	12,8	43	

Fuente: ENH-DANE, etapas de marzo y septiembre de 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogenizar los datos en las 4 etapas.

*Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse-Universidad del Valle, Cali, septiembre de 1999.

Los indicadores de condiciones de vida registrados en el cuadro nº 3 permiten determinar una serie de manifestaciones diferentes entre las regiones y las poblaciones afrocolombianas y no afrocolombianas en Cali de algún interés analítico:

1) Como es de esperar, a mayor quintil de ingresos menor hacinamiento en todas las regiones por zona urbano-rural y la ciudad de Cali; de otro lado, Urabá presenta los mayores índices de hacinamiento urbanos y rurales (con excepción de la población afrocolombiana de Cali para el segundo quintil y el total de hogares), Urabá es la región con mayores índices de hacinamiento urbanos y rurales, seguida por Cali, pero en particular para los hogares afrocolombianos.

2) En promedio los índices de hacinamiento son más altos en la zona rural para las tres regiones territoriales con amplia mayoría de población afrocolombiana (Pacífico, Bolívar y Urabá), al igual que para el total nacional rural. Sin embargo, es más pronunciado el hacinamiento rural en el primer quintil de ingresos en las tres regiones que para el total nacional rural, lo que revelaría mayor pobreza en las áreas rurales de esas regiones.

3) En Cali el hacinamiento a la vez es más alto para los hogares afrocolombianos (cuadro nº 3), particularmente en el primero y segundo quintiles y para el conjunto de todos los hogares; y si se compara con las tres regiones en la zona urbana también el hacinamiento en Cali de estos hogares es más alto respecto a la región Pacífico y Bolívar y el promedio total nacional urbano; pero lo contrario se da en Cali con los hogares no afrocolombianos, con índices de hacinamiento menores, para el conjunto de todos los hogares. La excepción es Urabá, que tiene los mayores índices en el primer quintil en las tres regiones geográficas, superando incluso a los hogares afrocolombianos de Cali.

4) El clima promedio educativo del hogar (cuadro nº 3) es menor para las tres regiones (Pacífico, Bolívar y Urabá) que para el total nacional urbano y rural, pero sobre todo para el conjunto de los hogares y los quintiles primero y segundo, porque en el quinto se da lo contrario, ya que recoge sectores de las clases altas, hacendados, profesionales, técnicos, etc., del sector rural, posiblemente mejor representados en estas regiones (por ejemplo, en Urabá las fincas bananeras) que en el total nacional rural.

5) Hay importantes diferenciales entre el clima promedio educativo del hogar entre Cali, para hogares afrocolombianos y no afrocolombianos, y los de la zona urbana de las tres regiones y el total nacional urbano, debido al tamaño de la ciudad y su mayor jerarquía funcional urbana (cuadro nº 3); y aunque en todos los quintiles es más alto el clima promedio de los hogares no afrocolombianos, los diferenciales con los afrocolombianos no son muy fuertes. Esto último estaría revelando que en términos educativos en una ciudad como Cali relativamente las dos poblaciones tienden a acercarse, por supuesto teniendo en cuenta los diferenciales por quintiles de ingreso: para el mismo quintil de ingresos las dos poblaciones han acumulado un capital escolar cercano, a pesar de todavía ser un poco más alto para los no afrocolombianos.

6) La inasistencia escolar por grupos de edad muestra que las tres regiones (Pacífico, Bolívar y Urabá), en la zona urbana y rural, mantienen porcentajes de inasistencia por encima del total nacional. En cuanto a Cali, con excepción del rango entre 5-11 años, la inasistencia escolar es superior al total nacional para la población afrocolombiana, lo contrario sucede para la población no afrocolombiana, con porcentajes inferiores de inasistencia o por lo menos igual (rango de 12-17 años, cuadro n° 3).

7) Finalmente los datos sobre líneas de indigencia y pobreza²³ muestran que las tres regiones, zona urbana y rural, están por encima de los porcentajes de hogares bajo la línea de indigencia y de pobreza respecto al total nacional, y que en Cali los hogares afrocolombianos también presentan porcentajes superiores en indigencia y pobreza comparándolos con el total nacional urbano, mientras en los no afrocolombianos los porcentajes bajo línea de indigencia son ligeramente más altos o casi similares. Por ello, si tomamos conjuntamente los dos tipos de hogares caleños (afro y no afro), en un promedio se hallaría entonces un mayor deterioro que el total nacional urbano, lo cual se corresponde a la particular intensidad de la crisis económica en Cali y el Valle entre 1998 y el 2000, pero ese deterioro es bien más marcado en los afrocolombianos.

En el análisis del cuadro n° 3 se comentaba de la necesidad de observar la jefatura femenina por grupos de edad del jefe del hogar, ya que puede resultar no esclarecedor el promedio porcentual conjunto, casi igual para los hogares afrocolombianos y no afrocolombianos (32,2% y 32,6%). El cuadro n° 3A permite entender mejor de lo que se trata. La población afrocolombiana registra altísimas tasas de jefatura femenina en el grupo 12-19 años de edad (66,2% vs. 9,8%) y superiores a las de la población no afrocolombiana en los grupos 20-29 y 30-39 años, aunque no demasiado (18,4% vs. 16,9% y 23,8% vs. 19,6%). Por el contrario, entre los rangos 40-49 años y 70 años y más la población no afrocolombiana tiene una tasa de jefatura femenina superior. En el rango 50-59 años la población afrocolombiana tiene una tasa mayor, pero no muy superior, mientras vuelve a incrementarse considerablemente entre los 60 y 69 años.

La distribución anterior de las tasas de jefatura femenina están mostrando una alta conformación prematura de hogares en la población afrocolombiana, asociada a la vez con uniones más tempranas con separaciones posiblemente al poco tiempo o sencillamente embarazos sin responsabilidad paterna debido a que se trata de uniones precarias entre adolescentes que incide en los sectores más pobres de la ciudad. Este fenómeno se relaciona también con un mayor número relativo entre la población afrocolombiana que en la no

23. Definidas según un monto de canasta familiar e ingresos del hogar para cubrirla, los cuales pueden a su vez expresarse en un monto de salarios mínimos. Indigencia, si los ingresos monetarios no llegan siquiera a medio salario mínimo; pobreza, cuando son inferiores a un salario mínimo y medio.

afrocolombiana de hogares nucleares completos, lo que antes se había detectado, así sea en periodos cortos con una duración menor a un año y luego separarse. Pero esto es válido para otros rangos de edad de las mujeres (entre 20 y 39 años).

Lo interesante es que, a pesar de uniones más tempranas y seguramente separaciones más frecuentes en los hogares afrocolombianos, el efecto acumulado en los distintos rangos de edad de las jefas de hogar hace que en el promedio ponderado para los dos tipos de hogar los porcentajes de tasas de jefatura sean casi iguales.

Cuadro nº 3A

Tasas de jefatura femenina del hogar por grupos de edad de los jefes de hogar y tipo de hogar para Cali

Tipo de hogar	Grupo de edad							
	(12-19)	(20-29)	(30-39)	(40-49)	(50-59)	(60-69)	70 y más	Total
	Jhmujer % mujeres	Jhmujer % mujeres	Jhmujer % mujeres	Jhmujer % mujeres	Jhmujer % mujeres	Jhmujer % mujeres	Jhmujer % mujeres	Jhmujer % mujeres
Hogar afro	66,2	18,4	23,8	33,5	38,1	51,8	33,2	32,8
Hogar no afro	9,8	16,9	19,6	38	34,4	41,3	44,3	33
Total	23,4	17,6	21,5	36,5	35,2	44,5	41,1	32,8

Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse-Universidad del Valle, Cali, septiembre de 1999.

En esto incide el grupo de mujeres de 70 y más años, compuesto de una cohorte de mujeres viudas que pesa más entre los hogares no afrocolombianos, pero sobre todo el de 40-49 años, en donde se encuentra el mayor número de mujeres jefas de hogar, y en este rango también son los hogares no afrocolombianos los que tienen una tasa más alta de jefatura femenina. En síntesis, uniones más tempranas (adolescentes) con separaciones frecuentes, hogares nucleares con los dos cónyuges presentes, sobre todo en los rangos 20-29 y 30-39, pero con separaciones al cabo de un tiempo, predominan en la población afrocolombiana, lo cual explica las mayores tasas de jefatura femenina en esos grupos de edad de los jefes de hogares. En la población no afrocolombiana las uniones tempranas serían menos frecuentes aunque seguramente las separaciones no se diferencian de las que se presentan entre la población afrocolombiana, por lo que el principal impacto puede ser debido a una mayor o menor precocidad de las uniones. En el caso de la población femenina y masculina adolescente de sectores populares hay una asociación con bajos niveles de escolaridad y/o alta deserción escolar. Esta situación es más dramática en la población más pobre, pero no quiere decir que por lo tanto entre los más pobres predomine la jefatura femenina, ya que como lo muestran otros estudios el peso porcentual mayor es entre las clases medias y altas, independientemente de si son poblaciones afrocolombianas o no afrocolombianas [Urrea, 1997; Urrea y Ortiz, 1999].

Finalmente, en este capítulo sobre condiciones de vida se aborda el tema de la distribución de la población en las cuatro regiones según quintiles de ingreso, lo cual permite evaluar una dimensión estratégica como es el patrón de desigualdad entre las regiones por zona urbana y rural y entre la población afrocolombiana y no afrocolombiana. Como veremos este indicador vuelve visible a la vez los diferenciales entre las poblaciones afrocolombianas en las cuatro regiones y ayuda a captar en el caso de Cali, posiblemente similar a otras grandes ciudades en el país, la presencia de clases medias negras. Además podremos apreciar el fenómeno de segregación socioespacial de los sectores populares negros en una ciudad mestiza como Cali. Los cuadros n° 4 y 4A sobre la distribución de la población total por quintiles de ingreso, según región y zona, y por área geográfica urbana en Cali, además del complemento ofrecido por el mapa n° 2, apuntan a este objetivo.

Cuadro n° 4

Distribución de la población total por quintiles de ingreso, según región y zona (% col)

Quintiles	Pacífico		Urabá		Bolívar		Total nacional		Cali*	
	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Hogar afro	Hogar no afro
Quintil 1	24,4	64,7	14,3	55,4	21,9	54,4	15,7	52,2	23,1	18,1
Quintil 2	26,7	22,5	20,2	32,7	27,1	28,6	22,1	25,4	22,9	18,2
% acumulado quintiles 1 y 2	51,1	87,2	34,5	88,1	49	83	37,8	77,6	46	36,3
Quintil 3	22,1	8	36,3	7,8	20,9	9	22,2	13,6	22,2	19,1
Quintil 4	15,2	3,9	14,9	3,1	18,0	6,2	21,2	6,4	17,9	21,2
Quintil 5	11,7	0,9	14,3	0,9	12,1	1,8	18,8	2,4	14	23,9
% acumulado quintiles 4 y 5	26,9	4,8	29,2	4	30,1	8	40	8,8	31,9	45,1
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: ENH-DANE, etapas de marzo y septiembre de 1999 y 2000.

*Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse-Universidad del Valle, Cali, septiembre de 1999.

La población de las tres regiones (Pacífico, Urabá y Bolívar) en la zona rural se concentra en más del 80% en los dos primeros quintiles de ingreso, muy por encima del promedio total nacional rural (77,6%, cuadro n° 4). Ya en el primer quintil de ingresos, los más pobres rurales, se encuentra el 65% de la gente en la zona rural del Pacífico, el 55% de Urabá y el 54% del Departamento de Bolívar, mientras el total nacional rural es de 52,2% en el primer quintil. Se trata de regiones cuya población rural vive dentro de los niveles de ingreso más bajos, en particular la gente del Pacífico, lo cual ya se podía observar en los datos del cuadro n° 3 de línea de indigencia y pobreza.

En la zona urbana la situación es más heterogénea. La región Pacífico, seguida de la de Bolívar, tiene un 50% de su población concentrada en los dos primeros quintiles (cuadro nº 4). En el primer quintil casi la cuarta parte de la gente en el Pacífico urbano se encuentra allí y un poco más del 20% de la población en Bolívar urbano. Por el contrario, en Urabá urbano hay una mayor diferenciación en la distribución de la población por quintiles de ingreso: un poco menos del 35% se concentra en los dos primeros quintiles (sólo un 14,3% en el primer quintil) y en cambio casi un 30% en los quintiles cuarto y quinto, lo cual refleja el peso de sectores medios asalariados y administradores de fincas bananeras, además de propietarios y sus respectivas familias con ingresos por hogar per cápita más altos que en las otras dos regiones. Por ejemplo, llama la atención que en Urabá urbano haya una franja intermedia (en el tercer quintil de ingresos) en el que se ubica el 36% de la población (cuadro nº 4), lo cual está indicando una heterogeneidad social particular más intensa en esta región respecto a las otras dos.

La distribución de la población afrocolombiana en Cali por quintiles de ingreso se aproxima más al caso del Pacífico y Bolívar urbanos que a Urabá, ya que un 46% de ella se encuentra en los dos primeros quintiles y un 23% en el primer quintil. Es decir, en una buena parte -un poco menos del 50%- es una población pobre (ya se había observado ello en el cuadro nº 3, en el que el 47,6% está en línea de pobreza y un 14,2% en línea de indigencia)²⁴. Pero, por otro lado, se tiene un 32% en los dos quintiles superiores, por encima de las regiones Pacífico, Urabá y Bolívar urbanos, aunque todavía muy por debajo del promedio total nacional urbano (40%, cuadro nº 4). Lo contrario resulta con la población no afrocolombiana caleña, con una concentración menor en los dos primeros quintiles, ligeramente por debajo del promedio total urbano y por encima de éste en los dos quintiles superiores del ingreso (36,3% vs. 37,8% y 45,1% vs. 40%, cuadro nº 4). Esto conlleva a un patrón de desigualdad en la distribución del ingreso según características socio-raciales en una ciudad como Cali, bastante fuerte en desventaja de la gente negra, aunque es posible que esta desigualdad sea más intensa en Cartagena y otras ciudades de la costa Caribe²⁵ y del Pacífico, mientras hipotéticamente equivalente en ciudades como Medellín y Bogotá por un peso mayor de clases medias bajas negras en estas ciudades al igual que en Cali. De todos modos esta hipótesis puede ser afec-

24. O sea, un poco más del 60% de la población afrocolombiana caleña ubicada en el primer quintil de ingresos en este caso caería bajo la línea de indigencia.

25. Los datos para Bolívar urbano muestran una ligera mayor concentración en el segundo quintil (27,1%), aunque estadísticamente los diferenciales no son muy significativos si se comparan con los datos de los dos primeros quintiles para Cali, lo cual mostraría por lo menos entre los grupos de menores ingresos tendencias muy similares entre la población afrocolombiana en Cali y Bolívar urbano, en donde Cartagena tiene un peso muy alto.

tada recientemente por el incremento de poblaciones negras desplazadas por violencia muy pobres desde zonas rurales que pueden estar llegando también a Bogotá, aunque es cierto que la mayor recepción de estos migrantes son las ciudades más cercanas a las áreas del conflicto (Quibdó, Buenaventura, Cartagena, Montería, Barranquilla; aunque también Medellín y Cali).

Por lo dicho anteriormente merece llamar la atención para el caso de la población afrocolombiana de Cali y para las tres regiones en sus zonas urbanas con una mayoría de población afrocolombiana, la presencia de clases medias bajas y medias medias e incluso medias altas urbanas, si aceptamos que es un indicador indirecto de este fenómeno la distribución en los quintiles de ingreso tercero, cuarto y quinto, así sea muy aproximado y con sesgos reduccionistas. El indicador de clima promedio educativo del hogar (cuadro nº 3) ya muestra una acumulación en Cali de capital escolar no sólo cercana al de los hogares no afrocolombianos en los quintiles de ingreso observados, al igual que para el total, sino que hay logros sustantivos entre el primero y el segundo quintil, como es de esperar, y sobre todo un promedio de 12 años para los hogares afrocolombianos al lado de 12,4 en los no afrocolombianos en el quinto quintil de ingresos muestra la presencia indirecta de capas de profesionales negros(as) con ingresos equivalentes a sectores sociales no negros.

Tenemos así un cuadro de poblaciones negras con un predominio urbano y una presencia heterogénea en diferentes clases sociales. Por una parte, un sector mayoritario, como puede observarse en Cali y en ciudades del Pacífico y la costa Caribe (Quibdó, Buenaventura, Cartagena) -cercano al 50% o ligeramente superior- de sectores populares, en donde se encuentran capas bajo la línea de indigencia muy por encima del promedio nacional y en el caso de Cali, también por encima del que presentan las poblaciones no afrocolombianas de esa ciudad. En segundo lugar, sectores de clases medias bajas y clases medias medias y medias altas con menor participación porcentual comparativamente respecto al total nacional urbano, y en el caso de Cali además con una menor participación relativa en el mismo grupo socio-racial al compararla con la población mestiza y blanca de clases medias.

Cuadro n° 4A

Distribución de la población de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos por quintiles y conglomerados urbanos de Cali²⁶ (% col)

Quintiles	Zona oriente		Zona centro oriente		Zona Ladera		Zona Corredor		Total Cali	
	Hogar afro	Hogar no afro	Hogar afro	Hogar no afro	Hogar afro	Hogar no afro	Hogar afro	Hogar no afro	Hogar afro	Hogar no afro
Quintil 1	30.4	26	16.4	13.4	36.4	18.5	7.9	12.4	23.1	18.1
Quintil 2	30.5	23	17.9	14.4	24	32.8	10.3	9.7	22.9	18.2
% acumulado quintiles 1 y 2	(60.9)	(49)	(34.3)	(27.8)	(60.4)	(51.3)	(18.2)	(22.1)	(46)	(36.3)
Quintil 3	22.8	22.6	21.2	19.9	21	20.8	22.3	14.2	22.2	19.1
Quintil 4	11.9	18.2	23.8	29.5	14.9	15.9	26.4	20.3	17.9	21.2
Quintil 5	4.4	10.2	20.7	22.9	3.7	11.6	33.1	43.4	13.9	23.4
% acumulado quintiles 4 y 5	(16.3)	(28.4)	(44.5)	(52.4)	(18.6)	(27.5)	(59.5)	(63.7)	(31.8)	(44.6)
Total Cali	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse-Universidad del Valle, Cali, septiembre de 1999.

Es decir, un doble fenómeno, primero, de sobreconcentración de gente negra en los sectores sociales más pobres urbanos de las grandes ciudades mestizas tipo Cali o con mayoría de población negra, el cual puede detallarse a través del cuadro n° 4A y del mapa n° 2²⁷ y en las regiones geográficas en donde demográficamente es predominante dicha población; y segundo, de un desarrollo paulatino de clases medias profesionales negras con una participación porcentual aún débil, comparativamente con poblaciones mestizas-blancas, y que además enfrentan serias dificultades de movilidad social ascendente [Bruyneel y Ramírez, 1999; Ramírez, Quintín y Urrea, 2000].

Los datos detallados para Cali (cuadro n° 4A y mapa n° 2) permiten proponer la hipótesis de segregación socioespacial para los sectores populares negros, sobre todo los más pobres entre los pobres, en una ciudad mestiza. En términos de la distribución de la población de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos por quintiles de ingreso y conglome-

26. En el estudio realizado por Urrea y Ortiz [1999] se hace una agregación de la ciudad en grandes conglomerados geográficos con similares características sociodemográficas y socioeconómicas. La ciudad se dividió en cuatro grandes zonas: 1) Zona oriental (comunas 6,7,13,14,15,16); 2) Zona de ladera (comunas 1,18,20); 3) Zona centro-oriente (comunas 4,5,8,9,11,12); 4) Zona corredor (comunas 2,17,19). La zona oriental al igual que la zona de ladera está conformada en su mayoría por barrios de estratos bajo-bajo y bajo; en la zona centro oriente se observa gran heterogeneidad entre los estratos de los barrios, aunque se presentan barrios de estrato bajos, predominan los estratos medios y medio-bajo; y por último la zona corredor, la cual se caracteriza por tener en su mayoría barrios de estratos medio, medio-alto y alto.

27. Y como lo han mostrado estudios específicos de corte cuantitativo y cualitativo, con patrones muy altos de segregación racial residencial. Para Cali, ver Barbary [1999], Urrea y Murillo [1999], Ramírez, Quintín y Urrea [2000]. Agier, Álvarez, Hoffmann y Restrepo [1999], sobre Tumaco. Para Cartagena Cunin [2000]. También Barbary, Cunin y Hoffmann [2001] sobre Cali, Cartagena y Tumaco.

merados o regiones urbanas (cuadro nº 4A), es claro que la población de los hogares afrocolombianos tiene una mayor presencia en los dos primeros quintiles que la de los hogares no afrocolombianos en los conglomerados oriente y centro-oriente, aunque también en ladera (sólo en el primer quintil). En este último la sobreconcentración en el primer quintil es muy fuerte (cuadro nº 4A). En el tercer quintil a nivel total continúa mayor concentración de la población afrocolombiana, pero es el conglomerado de corredor de clases medias el que explica ese diferencial. Por el contrario, en los últimos dos quintiles la relación es completamente contraria para el total y cada uno de los conglomerados. Sobresale en este caso el conglomerado de corredor con una sobreconcentración del 43,4% para el quinto quintil en hogares no afrocolombianos. En resumen, la población afrocolombiana en su conjunto no sólo es de menor ingreso, al ubicarse especialmente en los dos primeros quintiles de la distribución del ingreso, sino que hay una sobre concentración espacial de ella en el oriente de la ciudad (cuadro nº 4A y mapa nº 2).

Participación en el mercado de trabajo e inserción sociolaboral de la población afrocolombiana

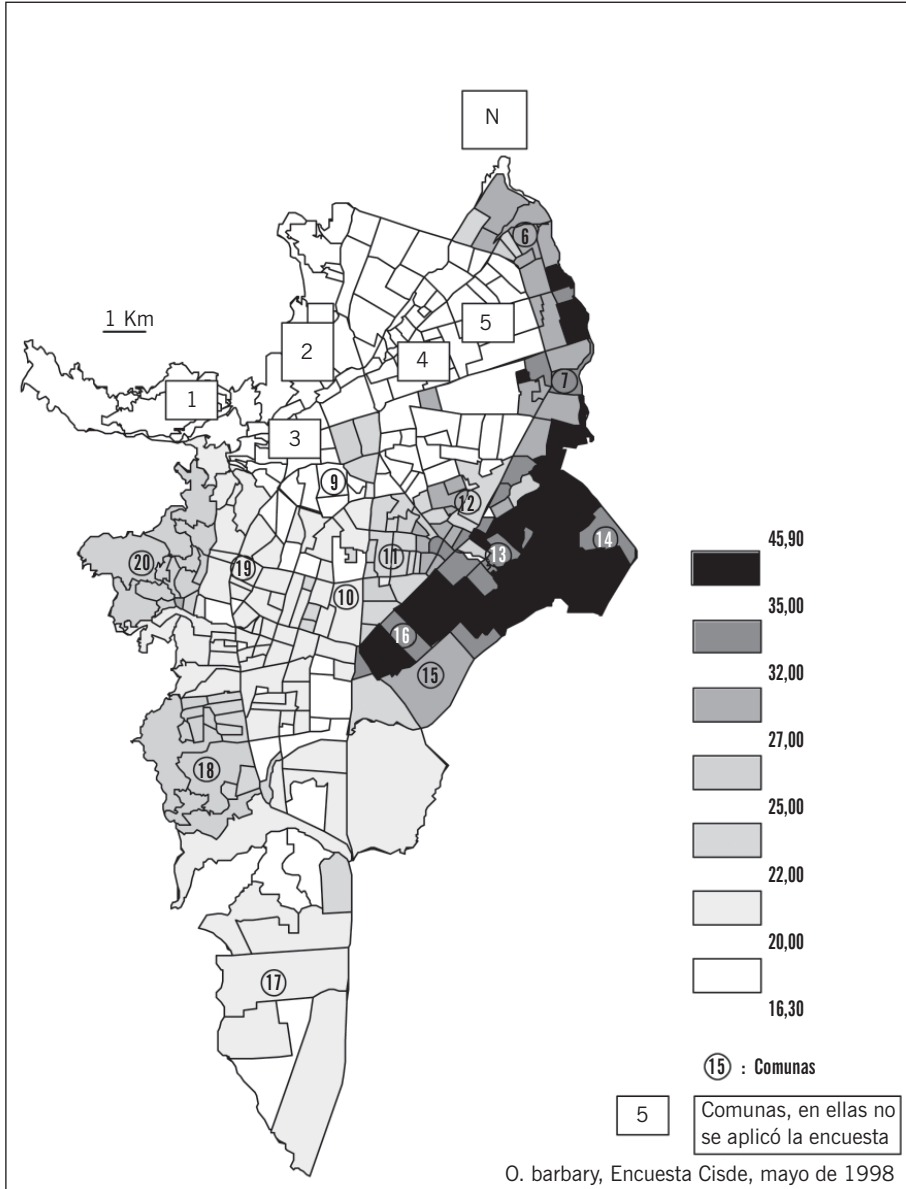
Procedemos ahora a analizar la información disponible de los indicadores del mercado de trabajo y las formas de inserción sociolaboral (según ramas de actividad económica y posición socio-ocupacional), controlando por género y zona urbana y rural, y en el caso de Cali, diferenciando la población de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos. El perfil sociolaboral de los afrocolombianos, como veremos, reproduce las características de las diferencias regionales, tanto en los territorios en donde ella es mayoritaria como en las grandes ciudades mestizas tipo Cali.

El cuadro nº 5 presenta los indicadores estándar del mercado laboral, tasas de ocupación, participación y desempleo para las cuatro regiones estudiadas por zona y tipos de hogares en Cali, advirtiendo que son datos transversales promedio de tendencia para el periodo 1999-2000 a nivel nacional y de tres regiones, mientras para Cali son de septiembre de 1999.

Los datos de tasas de ocupación (cuadro nº 5) revelan dos mercados de trabajo con comportamientos diferenciados, el urbano y el rural. Mientras en el ámbito rural la tasa de ocupación llega para el total nacional al 56,4%, en el urbano a duras penas alcanza un 50%. De las tres regiones geográficas, Urabá y Bolívar tienen tasas de ocupación rurales menores al promedio nacional, lo contrario para la región Pacífico, que cuenta con tasas superiores (51,2%, 51,7% y 64,5%, ver cuadro nº 5). En el sector urbano Pacífico y Urabá tienen tasas similares al promedio nacional mientras Bolívar urbano (con un alto peso de Cartagena) presenta un patrón más parecido como veremos al de Cali, con tasas de ocupación por

Mapa nº 2

Población estimada de hogares afrocolombianos por sector censal



debajo del promedio nacional urbano. En términos de género llama la atención la región Pacífico urbano y rural, con las tasas más altas de ocupación de las mujeres, muy por encima del promedio nacional, lo cual precisamente explica las mayores tasas de ocupación en esa región para ambos sexos.

Cali tiene las tasas más bajas de ocupación entre las cuatro regiones urbanas y respecto al promedio nacional urbano. Debe advertirse que desde 1998 Cali y el Valle del Cauca presentaban bajas tasas de ocupación, comparativamente con otras ciudades y departamentos, relacionado este fenómeno con el fuerte impacto de la crisis económica en esta ciudad²⁸. Por género también ambas tasas son inferiores al promedio nacional urbano para hombres y mujeres. Ahora bien, según tipo de hogar, hay cuatro puntos de diferencia a favor de la población no afrocolombiana, y controlando por género se explica esa diferencia. Mientras los hombres negros tienen ligeramente una tasa más alta, es menor la de las mujeres afrocolombianas. En tal sentido parece ser que los cuatro puntos se explican por la ligera mayor tasa de las mujeres no afrocolombianas, ya que en volumen también tienen un peso más alto.

Cuadro nº 5

Tasa de ocupación, tasa de participación y tasa de desempleo

Tres regiones y total nacional por zona urbano-rural, y Cali por población en hogares afro y no afro	Tasa de ocupación			Tasa de participación			Tasa de desempleo		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
Pacífica urbana	58,4	44,7	51,0	70,7	57,2	63,4	17,4	21,8	19,6
Pacífica rural	80,8	46,6	64,5	82,8	53,8	68,9	2,4	13,3	6,5
Urabá urbana	64	39,3	50,2	77	48	60,8	16,8	18	17,4
Urabá rural	75,1	26,2	51,2	78,6	34,9	57,2	4,4	25,0	10,6
Bolívar urbana	60,5	30,8	45,2	67,3	39,2	52,9	17,5	23,4	19,5
Bolívar rural	75,5	19,6	51,7	77,4	22,7	54,1	10,1	21,5	14,5
Total nacional urbana	61,8	39,4	49,8	72,7	47,4	55,2	15	23,1	18,7
Total nacional rural	78	32,3	56,4	82,5	39,2	62,1	5,5	17,5	9,1
Cali urbana*									
Población afro	59,7	31,3	43,9	77,9	49,7	59,3	25,8	25,5	23,1
Población no afro	57,8	33	44,2	73,9	50,5	57,3	24	23,2	21,3

Fuente: ENH-DANE, etapas de marzo y septiembre de 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogenizar los datos en las 4 etapas.

*Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse-Universidad del Valle, Cali, septiembre de 1999. Se establecieron equivalencias en el módulo de empleo con la ENH-DANE para ser comparables los datos.

28. Buenaventura, como ciudad en el Valle del Cauca, ha tenido una crisis muy fuerte al lado de Cali. No obstante, a pesar de caer en la muestra urbana en las cuatro etapas de la ENH-DANE de marzo y septiembre de 1999-2000, en el conjunto de la población urbana de esa región se registra una ocupación por encima de Cali. Esto hace pensar en el alto peso del empleo informal (rebusque) en ciudades como Quibdó, Buenaventura y Túmaco, que inflan los datos de ocupados; pero este fenómeno es común a todas las áreas urbanas diferentes a las grandes ciudades.

La tasa de participación laboral sigue el comportamiento de la tasa de ocupación (cuadro nº 5). La región Pacífico tiene en la zona urbana y rural las tasas de participación más altas para las mujeres (57,2% en la zona urbana y 53,8% en la rural), fenómeno interesante que la caracteriza sobremedida, mientras para los hombres urbanos esta tendencia se revierte, incluso presentando tasas menores a las de Bolívar urbano y del total nacional urbano. Por el contrario, en la zona rural la región Pacífico presenta las tasas más altas para hombres, muy por encima de las obtenidas en las demás regiones y respecto al total nacional rural. La alta tasa de participación laboral de la mujer en esta región explica a la vez las mayores tasas conjuntas para ambos sexos, superior a las demás regiones. Urabá urbano es la segunda región con altas tasas de participación femenina ligeramente superiores al total nacional urbano, mientras que Bolívar urbano tiene tasas muy bajas, por debajo del promedio nacional urbano. En el sector rural, por fuera de la región Pacífico con las mayores tasas de participación ya observadas, Urabá y Bolívar registran tasas bien bajas, inferiores al promedio nacional rural, especialmente en el caso de las mujeres.

Veremos que el fenómeno descrito de participación, concomitante al de ocupación, en las tres regiones descritas según género tiene que ver con el tipo de actividades económicas dominantes y la inserción en ellas de hombres y mujeres, en el contexto urbano y rural, y por lo mismo marca interesantes diferencias socioeconómicas entre esas regiones y de ellas con el conjunto del país urbano y rural. Lo dicho es especialmente válido en el caso de la región Pacífico por la importante presencia de la mujer en una serie de actividades productivas.

Cali no presenta diferenciales importantes de participación laboral entre hogares afrocolombianos y no afrocolombianos, a no ser una diferencia de cuatro puntos de participación de los hombres negros en el mercado laboral (77,9% vs. 73,9%), probablemente entre desempleados y el rebusque. Por lo demás las mujeres en Cali, de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos, tienen tasas de participación superiores al promedio nacional urbano (cuadro nº 5), seguramente debido a dos factores combinados: un mayor nivel de escolaridad en las mujeres de clases medias y medias altas (tanto afrocolombianas como no afrocolombianas) respecto a otras ciudades (con excepción de Bogotá y Medellín), y una presión para responder ante la crisis económica, con mayor intensidad en Cali para ese año que en otras ciudades del país, por parte de personal femenino en todos los niveles de escolaridad. Por otro lado, el diferencial en las tasas de participación entre mujeres de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos no es estadísticamente significativo. Los hombres registran una tasa de participación un poco más alta a la del promedio nacional masculino urbano, ligeramente más en los hombres negros, lo cual puede estar asociado a deserción escolar más pronunciada en determinados grupos etáreos jóvenes (recordar en el cuadro nº 3 las tasas de inasistencia escolar en

Cali para afrocolombianos, superiores a las del promedio nacional urbano) y al igual que las mujeres, incrementan su oferta laboral para paliar la crisis.

Las tasas de desempleo (cuadro nº 5) son bien mayores en las áreas urbanas, pudiéndose observar en estos datos que a mayor urbanización esas tasas aumentan. Pacífico y Bolívar urbanos presentan tasas por encima del promedio nacional urbano y Urabá urbano ligeramente por debajo. En todas las regiones y zonas las mujeres registran tasas bien más altas a las de los hombres, consistente con el patrón nacional. Por supuesto, Cali tiene las tasas de desempleo más altas, para afrocolombianos y no afrocolombianos, mujeres y hombres. Sin embargo, hay un diferencial de tasas un poco más altas en los afrocolombianos, mujeres y hombres, en Cali (en el promedio para ambos sexos, 23,1% vs. 21,3%, cuadro nº 5), lo cual indica que de algún modo el factor socio-racial incide en condiciones desiguales en el mercado laboral²⁹.

La inserción sociolaboral en las cuatro regiones urbanas (Pacífico, Urabá, Bolívar y Cali) se registra primeramente a través de la distribución de la población ocupada urbana por rama de actividad (cuadro nº 6) y luego para la población ocupada rural (cuadro nº 7), a la vez controlando por género. De la lectura de estas tablas observamos tendencias que revelan diferencias regionales.

La región Pacífico urbano presenta una relativa mayor diversificación de actividades, comparativamente con Urabá y Bolívar urbanos, para ambos géneros. Por una parte, los hombres ocupados en agricultura, ganadería, caza, pesca, silvicultura, etc., que residen en centros urbanos de esta región llegan al 16%, por encima del promedio nacional urbano, 10,4%. A pesar del menor porcentaje relativo, es significativa la rama de extracción de minerales metálicos y otros minerales con un 3,3% de los hombres ocupados y un 2,7% de las mujeres que residen en centros urbanos en la región Pacífico. Esto es una característica que diferencia a la región con otras, con una población urbana -especialmente en el Chocó y Buenaventura- que trabaja en minería (extracción en aluviones de oro y platino). Las actividades de industria manufacturera tienen un 10% para ambos géneros; sin embargo, las de mayor peso porcentual para hombres y mujeres son comercio, ventas y hoteles (24% y 36,3%), y servicios de saneamiento, sociales, diversión (16,6% y 27,3%); además para las mujeres los servicios personales a los hogares (20%). La construcción para los hombres todavía es importante (11,5%), con una participación por encima del promedio nacional urbano.

La región del Urabá urbano tiene la mayor participación de personal masculino en agricultura, ganadería, caza, pesca, silvicultura, etc., (25,4%, cuadro nº 6), explicable por el

29. En un estudio detallado, Urrea y Ramírez [2000] tratan este asunto sobre las condiciones desiguales de empleabilidad en el mercado laboral caleño controlando el factor racial.

volumen de población laboral masculina vinculada a las fincas bananeras que reside en barrios de Apartadó, Turbo y Chigorodó, pero también en las áreas peri-urbanas en campamentos de fincas cercanas a los cascos urbanos. Pero las actividades de mayor empleo masculino y femenino urbano en Urabá son comercio, ventas y hoteles (36% y 39% respectivamente) por encima del promedio nacional, servicios de saneamiento, sociales, diversión (16,5% y 33,4%) y servicios personales a los hogares (10,1% y 23,6%). En este caso el empleo masculino en los hogares tiene que ver con labores de jardinería, mantenimiento de las fincas bananeras y ganaderas, pero también en hogares urbanos. En todas las situaciones estos hombres al igual que las mujeres que hacen oficios domésticos pagados habitan en los centros urbanos. Las mujeres que trabajan en industria y que viven en los centros urbanos (4,1%, cuadro nº 6) están vinculadas a actividades de procesamiento del banano en las fincas bananeras.

El Departamento de Bolívar en su zona urbana también tiene una alta participación de hombres que trabajan en agricultura, ganadería, caza, pesca, silvicultura, etc., (19,5%). Aquí hay una serie de empleos en labores de pesca y ganadería que explican este alto porcentaje, para hombres que residen en el área urbana. Al igual que la región Pacífico urbano tiene actividades de industria manufacturera (especialmente en Cartagena) 9,7% hombres y 8,9% mujeres. También la construcción para los hombres mantiene importancia (11,1%). Las ramas de mayor participación para hombres y mujeres son comercio, ventas y hoteles (23,2% y 29,8%), cercano al promedio nacional; servicios personales a los hogares (11,9% para hombres y 34,3% para mujeres); y servicios de saneamiento, sociales, diversión (9,9% y 21,8%).

Cali, como era de esperar, tiene una distribución urbana de actividades diferente a las regiones anteriores en sus zonas urbanas. Sobresale el peso de las actividades manufactureras, por encima del promedio nacional urbano, incluso con una mayor participación porcentual de hombres y mujeres afrocolombianos (24,8% y 18,5% vs. 16,7% y 17%); el segundo grupo en importancia es comercio, ventas y hoteles, pero con una participación mayor de hombres y mujeres no afrocolombianos, aunque para ambos tipos de hogares es importante (28% y 31,2% en no afrocolombianos vs. 18,9% y 29,4% en afrocolombianos). Siguen dos actividades de servicios con montos porcentuales muy similares dependiendo del tipo de hogar y del género: los servicios personales a los hogares con una presencia de hombres y mujeres afrocolombianos superior al total nacional (15,7% y 27,1% de afrocolombianos vs. 12,1% y 18,7% de no afrocolombianos), mientras servicios de saneamiento, sociales, diversión con participaciones similares en los dos tipos de hogares, aunque mayor para mujeres no afrocolombianas (13% y 15,7% en afrocolombianos y 12,4% y 19,5% en no afrocolombianos).

Cuadro nº 6

Distribución de la población ocupada urbana por rama de actividad económica según región y género (% col)

Rama de actividad	Región											
	Pacífico		Urabá		Bolívar		Total nacional		Cali*			
	Género		Género		Género		Género		Población afro		Población no afro	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col
Agricultura, ganadería, silvicultura, pesca, caza, min carbón	15,5	1	25,4	0	19,5	0,2	10,4	1,5	1	1,9	2,1	0,9
Extracción de metales y otros minerales	3,3	2,7	0	0	0	0	0,4	0,2	0	0	0	0
Industria y manufacturas	9,6	10,1	0	4,1	9,7	8,9	14,8	14,2	24,8	18,5	16,7	17
Electricidad, gas, vapor, agua	0,1	0	0	0	1,2	0,3	0,7	0,2	0,9	0	1,4	0,1
Construcción	11,5	0,1	4,2	0	11,1	0,5	8,8	0,6	8,9	0,8	6,5	0,5
Comercio, ventas, hoteles	24	36,3	35,5	38,8	23,2	29,8	24,4	31,5	18,9	29,4	28,0	31,2
Transporte y comunicaciones	7,5	0,9	8,3	0	10,2	0,9	10,4	1,8	9,2	1,9	11,1	2,2
Sector financiero, seguros, inmuebles	6,5	1,5	0	0	3,2	3,5	6,7	5,5	4,9	1,9	6,3	5
Servicios de saneamiento, sociales, diversión; actividades de defensa	16,6	27,3	16,5	33,4	9,9	21,8	12,7	21	13	15,7	12,4	19,5
Servicios personales hogares	5,4	20	10,1	23,6	11,9	34,3	10,3	23,2	15,7	27,1	12,1	18,7
Organizaciones internacionales, otro	0	0	0	0	0	0	0	0	2,7	2,8	3,3	4,8
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: ENH-DANE, etapas de marzo y septiembre de 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogenizar los datos en las 4 etapas.

*Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse-Universidad del Valle, Cali, septiembre de 1999.

También en Cali ya aparecen otras actividades (organizaciones internacionales y otros servicios especializados), con presencia de población afrocolombiana y no afrocolombiana, pero con más peso de esta última.

Las tres regiones geográficas en su zona rural presentan una participación diferenciada por género del empleo, sobre todo en agricultura, ganadería, caza, pesca, silvicultura, etc. (cuadro nº 7). En términos de la población masculina el patrón es similar al nacional rural, aunque es más marcado en Urabá y Bolívar, por encima del 80%, mientras en la región Pacífico es del 75,4%, debido a una mayor diversificación en el Departamento del Chocó y el municipio de Buenaventura por la rama de extracción de minerales metálicos y otros minerales (2,3% de los hombres en esta actividad, cuadro nº 7) y también en industria manufacturera (8,3%), aunque es todavía más importante el empleo femenino en la manufactura (17%)³⁰, lo cual contrasta con las otras dos regiones.

30. Se trata de actividades en cestería y fabricación de redes para pesca; al igual que en la transformación y producción de alimentos (selección y preparación de mariscos y pescado para empresas frigoríficas y de conservas de pescado y mariscos; fabricación de dulces artesanales y bebidas alcohólicas tradicionales), con mano de obra femenina y masculina.

Cuadro nº 7

Distribución de la población ocupada rural por rama de actividad económica según región y género (% col)

Rama de actividad	Región							
	Pacífico		Urabá		Bolívar		Total nacional	
	Género		Género		Género		Género	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	
Agricultura, ganadería, silvicultura, pesca, caza, min carbón	75,4	34,9	84,2	16,1	82,9	6,9	78	33,8
Extracción de metales y otros minerales	2,3	6,4	0	0	0	0	1,1	1,3
Industria y manufacturas	8,3	17	1,4	5	1,7	5	4,2	12,2
Electricidad, gas, vapor, agua	0,0	0,4	0,4	0	0	0	0,2	0,1
Construcción	1,9	0,3	1,9	0	1,4	0	2,7	0,1
Comercio, ventas, hoteles	4,9	13,9	5,8	41,7	5,7	40,3	5,1	22,3
Transporte y comunicaciones	2,5	1	0,8	1,1	1,9	0	2,4	0,7
Sector financiero, seguros, inmuebles	0,2	0	0	0	0,4	0	0,3	0,1
Servicios de saneamiento, sociales, diversión; actividades de defensa	3	11,2	4	13,8	4	23,2	3,7	12
Servicios personales hogares	1,5	14,9	1,5	22,1	1,9	24,6	2,4	17
Organizaciones internacionales, otro	0	0	0	0	0	0,1	0	0
Total	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: ENH-DANE, etapas de marzo y septiembre de 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogenizar los datos en las 4 etapas.

Pero lo que más sobresale en la región Pacífico rural es la alta participación de la mujer en agricultura, ganadería, caza, pesca, silvicultura, etc., muy diferente a las otras dos regiones, con el 35% del empleo femenino y ligeramente por encima del promedio nacional rural, al igual que en las ramas de extracción de minerales metálicos y otros minerales con un peso porcentual relativo mayor al de los hombres (6,4%).

Por el contrario, Urabá y Bolívar rurales tienen una menor participación de la mujer en actividades de agricultura, ganadería, caza, pesca, silvicultura, etc., especialmente en Bolívar en donde es muy baja esa participación (apenas del 7%), lo cual se explica por el peso de la actividad ganadera. En cambio es considerable la importancia en el empleo femenino rural en estas dos regiones las ramas de comercio, ventas y hoteles, por encima del 40% del empleo femenino, mientras que a nivel nacional rural alcanza un poco más del 20%. También tienen más peso en el empleo femenino rural en estas dos regiones los servicios personales a los hogares y servicios de saneamiento, sociales, diversión (cuadro nº 7).

Una segunda dimensión de la inserción sociolaboral es la posición ocupacional de la población empleada, a nivel urbano y rural en cada región (exceptuando Cali, en donde sólo se considera el empleo urbano), la que nos permite también una aproximación indirecta a los grupos sociales pero a partir de las estructuras del empleo, controlando por género. A continuación se procede a la lectura del cuadro nº 8 para la población urbana y del cuadro nº 9 para la rural, destacando las principales tendencias:

1) Cali tiene para hombres y mujeres la mayor participación porcentual de obreros y empleados particulares (o sea, asalariados del sector privado) entre las cuatro regiones estudiadas, con porcentajes superiores al promedio nacional urbano. Debe señalarse aquí que los hombres afrocolombianos y no afrocolombianos registran casi el mismo valor porcentual (46,3% vs. 46,7%), mientras las mujeres no afrocolombianas tienen un mayor asalariamiento en el sector privado, el 48% de ellas versus un poco más del 40% en las afrocolombianas (cuadro nº 8).

2) Sin embargo, la región urbana de Urabá tiene el mayor peso porcentual del empleo asalariado privado masculino (el 52%), explicable por la enorme influencia del sector bananero en esa región; mientras las regiones Pacífico y Bolívar presentan pesos porcentuales de asalariamiento privado por debajo del 30% para los hombres y entre un 12% y 21% para las mujeres. En Urabá además el empleo asalariado privado femenino es del 19%, valor porcentual intermedio de los registrados para Pacífico y Bolívar.

3) Respecto al empleo asalariado público se dan tendencias inversas a las del privado. En Cali, por el contrario, el empleo público pesa mucho menos para los dos tipos de hogares y por género comparado con el promedio nacional urbano. El contraste es bien fuerte al comparar Cali con las otras tres regiones. En la región Pacífico el empleo público asalariado para los hombres es el 15% del empleo masculino y para las mujeres casi el 30%. Igual situación se presenta para las mujeres urbanas en Urabá. También es importante en Bolívar el empleo público femenino, pues llega al 15% (cuadro nº 8). En general puede decirse que el empleo público asalariado es más importante para las mujeres por su peso porcentual relativo, si tenemos que en el promedio nacional urbano éste es casi un 13% para las mujeres mientras sólo el 9% para los hombres.

4) La categoría empleo o servicio doméstico es importante para las mujeres en la región de Bolívar (17,4%), seguido de Urabá (10,6%), mientras que en Cali para las mujeres afrocolombianas es el 10% de sus empleos y para las no afrocolombianas el 8% (cuadro nº 8). Estos dos puntos de diferencia ya revelan un patrón de segregación sociolaboral en ciudades como Cali con desventaja para la población afrocolombiana femenina. Por otro lado, en el Pacífico es donde pesa menos el empleo doméstico femenino (8,4%).

5) La categoría trabajo cuenta propia o independiente es preponderante en la región Bolívar para hombres y mujeres (60,3% y 42,1%), seguida de la región Pacífico (53,5% y 41,4%); en tercer lugar Urabá (38,5% para los hombres y 40,7% para las mujeres). En el caso de Cali es un poco más importante para los afrocolombianos hombres (39% vs. 37%) y mucho más para las afrocolombianas (35% vs. 29,3%), lo cual puede indicar, sobre todo para las mujeres negras, una alternativa ante menores opciones de asalariamiento en el sector privado, como vimos antes. De todas maneras en Cali pesa más el empleo asalariado en el empleo masculino, con excepción de Urabá, y las otras dos regiones (Pacífico y Bolívar) ofrecen una tendencia contraria: mayor importancia del trabajo cuenta propia para hombres y mujeres.

6) En la categoría patrón o empleador en las regiones Pacífico y Bolívar para los hombres su peso porcentual es menor al total nacional urbano (cuadro n° 8). En cambio para las mujeres es más bien similar. Llama la atención la ausencia de esta categoría en Urabá para ambos géneros, lo cual puede significar que los pequeños propietarios allí estén subsumidos en la categoría trabajo cuenta propia, ya que los grandes y medianos propietarios no residen en la región sino en Medellín y otras ciudades. En Cali, por el contrario, la participación porcentual para ambos géneros y por tipos de hogar está por encima del total nacional. Vale la pena aquí resaltar que las mujeres afrocolombianas tienen un mayor peso porcentual que las no afrocolombianas, lo cual indicaría la existencia de una capa empresarial de mujeres negras en pequeños negocios. Sin embargo, en sentido inverso, el porcentaje de hombres no afrocolombianos en esta categoría es superior a la registrada por los afrocolombianos.

Finalmente, el cuadro n° 9, sobre la posición ocupacional en las zonas rurales de las tres regiones y su comparación con el total nacional, complementa la ilustración de las diferencias regionales antes observadas para la zona urbana:

1) El asalariamiento privado es predominante en Urabá para los hombres (55%) y mujeres (30%), superior al total nacional (cuadro n° 9). De nuevo aparece aquí el peso de la actividad bananera en Urabá, incluso con proletarización de la mujer rural. La región Pacífico le sigue a la anterior, pero para la población masculina (19%) y luego Bolívar (12%). Sin embargo, en estas dos regiones es poco importante esta categoría ocupacional para las mujeres.

2) Curiosamente en el sector rural pesa más porcentualmente el empleo público asalariado que en el sector urbano para ambos géneros en el total nacional (10,3% y 14,1% vs. 8,9% y 12,6%, cuadros n° 8 y 9). De las tres regiones en sus zonas rurales la más dependiente del empleo público es Bolívar, con el 20,4% para los hombres y 19,5% para las mujeres, seguida de lejos por el Pacífico con el 4,9% para los hombres y 11,6% para las mujeres. Urabá es la menos dependiente del empleo público, con 3,6% y 3,9% respectivamente.

Cuadro nº 8

Distribución de la población ocupada urbana por posición ocupacional según región (% col)

Posición ocupacional actividad primera	Región											
	Pacífico		Urabá		Bolívar		Total nacional		Cali*			
	Género		Género		Género		Género		Hogar afro		Hogar no afro	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
Trabajo familiar sin remuneración	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col
	1,6	5,8	3	0	0,6	2,2	1,5	3,8	1	2	1,7	2,6
Obrero empleado particular	25,7	12,4	52	18,8	27,6	21	44,2	35,7	46,3	41,7	46,7	48
Obrero empleado gobierno	14,5	29,4	6,5	29,9	7	14,8	8,9	12,6	6,6	7,9	6,3	9,3
Empleado doméstico	0,2	8,4	0	10,6	0,3	17,4	0,4	11,4	1,6	9,9	1,2	8
Trabajador cuenta propia	53,5	41,4	38,5	40,7	60,3	42,1	40,1	34,1	38,8	35,1	37,4	29,3
Patrón o empleador	4,4	2,7	0	0	4,3	2,6	5	2,5	5,6	3,6	6,4	2,9
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: ENH-DANE, etapas de marzo y septiembre de 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogenizar los datos en las 4 etapas.

*Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse-Universidad del Valle, Cali, septiembre de 1999.

Cuadro nº 9

Distribución de la población ocupada rural por posición ocupacional según región (% col)

Posición ocupacional actividad primera	Región									
	Pacífico		Urabá		Bolívar		Total nacional			
	Género		Género		Género		Género		Género	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
Trabajo familiar sin remuneración	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col	% col
	9,5	21,1	5,7	5	5,2	4,4	7,6	16,6		
Obrero empleado particular	18,7	2,6	54,6	29,8	12	1,1	33,6	9,1		
Obrero empleado gobierno	4,9	11,6	3,6	3,9	20,4	19,5	10,3	14,1		
Empleado doméstico	0	4,9	0	10,7	0	15	0,5	9,1		
Trabajador cuenta propia	63,0	58,2	31,4	48,1	59,7	58,8	42,4	48		
Patrón o empleador	3,9	1,6	4,6	2,5	2,8	1,2	5,7	2,8		
Total	100	100	100	100	100	100	100	100		

Fuente: ENH-DANE, etapas de marzo y septiembre de 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogenizar los datos en las 4 etapas

3) El empleo doméstico femenino es importante en Bolívar con un 15% y Urabá con un 11%, mientras en el Pacífico apenas llega al 5%.

4) Con excepción de Urabá para los hombres en las otras dos regiones geográficas el trabajo cuenta propia rural (léase campesinos) es preponderante tanto en hombres como en mujeres, aunque lo es también para las mujeres en Urabá (48,0%). En el Pacífico el

campesinado masculino y femenino es ampliamente mayoritario en el empleo rural: 63% los hombres y 58,2% las mujeres. En Bolívar algo similar, con 59,7% los hombres y 58,8% las mujeres. Estos valores porcentuales son superiores a los del total nacional (42,4% para hombres y 48% para mujeres). En síntesis, Pacífico y Bolívar rurales son regiones campesinas, mientras Urabá rural más proletaria, si bien con un alto peso de mujeres campesinas.

5) En todas las tres regiones rurales el peso de la categoría patrón o empleador pesa menos que en el total nacional rural, lo cual está indicando dos fenómenos que se corresponden: a) una mayor desigualdad en la propiedad de la tierra y otros recursos rurales; b) no necesariamente los propietarios viven en la zona rural, lo cual es factible si se trata de hacendados y dueños de fincas bananeras o palmicultores, o también empresarios mineros y forestales, y por lo mismo esto refuerza la tendencia de concentración de la propiedad rural.

Algunos elementos preliminares a modo conclusivo sobre la aproximación estadística y las tendencias registradas en las cuatro regiones de la población afrocolombiana

Sobre la visibilidad estadística de la gente negra y su importancia

El artículo ha mostrado la necesidad de incorporar nuevas metodologías que permitan visibilizar estadísticamente a las poblaciones afrocolombianas, sobre todo las que se apoyan en el fenómeno sociológico de la caracterización por color de piel o fenotípica, en la medida en que apuntan a deconstruir los mecanismos de encubrimiento de la exclusión vía discriminación racial. Los ejercicios estadísticos rigurosos aplicados por el Proyecto Cidse-IRD-Colciencias en la encuesta de hogares especializada sobre población afrocolombiana en Cali en mayo-junio de 1998, los de la encuesta especializada de hogares sobre pobreza y uso y percepción de servicios del Cidse-Banco Mundial para Cali, con un módulo de caracterización fenotípica, en septiembre de 1999, y los realizados por el DANE-CEDE de la Universidad de los Andes en la encuesta de hogares estándar (etapa 110) para 13 áreas metropolitanas en diciembre del 2000, con la inclusión de un módulo de autopercepción de color de piel a través de cuatro fotografías para que fuese seleccionada una de ellas por el miembro del hogar que respondía la encuesta sobre su apariencia y la de los otros miembros del hogar, han generado unas estadísticas consistentes y confiables. Algunos de los resultados de ellas se han incluido en este artículo y han servido para proponer una primera estimación tentativa de la población afrocolombiana. Todo esto facilita el desarrollo de nuevas propuestas utilizando la metodología de encuestas de hogares con personal de entrevistadores bien entrenados, mientras en un censo no es factible lograr el nivel de capacitación adecuada y por lo mismo las preguntas deben evitar dificultades de interpretación.

Por lo anterior, en esta propuesta no necesariamente sugerimos que la metodología hasta ahora utilizada en estas tres encuestas de hogares deba generalizarse a la metodología censal, debido al problema de la capacitación de los empadronadores. Por otro lado, introducir una pregunta sobre color de piel por autopercepción en el formulario censal que requiera un entrenamiento mayor puede afectar la calidad de otros componentes en el diligenciamiento censal. Por supuesto, esto es igualmente válido para la famosa pregunta de autopertenencia "étnica", incluso con mayores problemas de ser captada en una movilización tan compleja como implica un censo. En vista de este condicionamiento sugerimos seguir utilizando módulos de caracterización racial en encuestas de hogares especializadas, pero no sólo en el ámbito urbano sino también en el rural. En la medida en que sean muestras representativas y de tamaños que permitan, a ciertas escalas de agregación, hacer cruces entre variables claves, se tendrá una mejor visualización estadística de la población afrocolombiana en las ciudades y zonas rurales, evitando intuiciones que se sustentan en lugares comunes y recursos facilistas con base en algunos informantes sesgados que tienden a sobre-estimar o lo contrario, subestimar, una determinada población.

Lo antes dicho se apoya en la necesidad de diferenciar una recolección estadística de información sobre grupos étnicos indígenas y la de población afrocolombiana. Esto no quiere decir que se excluya en un momento dado recoger información sobre autoidentificación "étnica" de los individuos como afrocolombianos o afrodescendientes. También podría ser adecuado en términos técnicos, para tal efecto, hacerse vía encuestas de hogares con módulos especializados en áreas urbanas y rurales, con muestras ampliadas que permitan captar identidades "amerindias" o "afrocolombianas". El hecho de que las encuestas de hogares operen con personal entrenado mejora enormemente la calidad de la información, ya sea sobre autopercepción racial o étnica.

No somos ingenuos como para pensar que los datos recogidos sobre población afrocolombiana vía caracterización racial están exentos de problemas por la misma ambivalencia o subjetividad de las categorías que son utilizadas, ya sean construidas arbitrariamente en el diseño de la encuesta o en forma abierta mediante la respuesta del encuestado. Ciertamente el fenómeno interracial del mestizaje en una sociedad como la colombiana o cualquiera de América Latina conlleva la presencia de una diversidad de matices fenotípicos ("¡Gracias a Dios o al diablo!"), que introducen ambigüedades cuando se construyen las categorías de una encuesta y se recoge la información respectiva. El mestizaje y sus formas de ser vivido, o sea, las sociabilidades urbanas y rurales incorporadas a él en medio de dispositivos racistas siempre producirán variaciones en las cifras y porcentajes de cuántos son los hombres y mujeres afrocolombianos. La mejor prueba son las variaciones entre las tres encuestas de hogares que se aplicaron en Cali (la encuesta Cidse-IRD-Colciencias arrojó un 25%, la encuesta Cidse-Banco Mundial un 32% y la etapa 110 del

DANE, 26,5%); pero a pesar de ello y debido a la rigurosidad de las tres encuestas las variaciones se mueven en un rango creíble. Por esta razón podemos decir que los estimativos que presentamos en este artículo sobre población afrocolombiana son "conservadores", pero al fin y al cabo creíbles estadísticamente según las variaciones que introduce la diversidad interracial en nuestra sociedad, con múltiples matices étnicos en la forma como cada región describe sus colores de piel.

¿Por qué es importante una visibilidad estadística de la población afrocolombiana? Porque hoy en día las políticas públicas se diseñan e implementan con base en datos estadísticos, sociodemográficos y socioeconómicos, de una población determinada, y por lo mismo, si esta población vive una situación de desigualdad social con exclusión, ya sean sectores populares muy pobres o clases medias que perciben obstáculos a su movilidad social por el color de su piel, entonces es una necesidad social y una tarea política con responsabilidad ética poner en marcha mecanismos de recolección estadística que capten esta situación.

Sobre las continuidades y heterogeneidades sociales de la población afrocolombiana respecto a la no afrocolombiana

La población afrocolombiana, como se ha podido analizar en este artículo, es predominantemente urbana, viviendo la mayor parte de ella en aglomeraciones superiores a los 500.000 habitantes. Al comparar una serie de indicadores sociodemográficos entre hogares afrocolombianos y no afrocolombianos para la ciudad de Cali y entre regiones geográficas con participación mayoritaria de población negra con el conjunto de la población colombiana urbana y rural, se observan más diferencias que continuidades entre las poblaciones. Los afrocolombianos(as) están integrados a los procesos de modernización-modernidad, que conllevan de por sí producción de heterogeneidades sociales y de fragmentación en los espacios urbanos con dinámicas de individuación creciente, al igual que el conjunto de la población colombiana³¹, como revelan los datos sociodemográficos y socioeconómicos. Curiosamente algunos de ellos mostrarían incluso patrones más "modernos" de organización de los hogares entre los afrocolombianos. En este sentido, los datos y la interpretación de ellos en el artículo permiten un tipo de lectura sobre las características sociodemográficas de las poblaciones afrocolombianas en las cuatro regiones distinta a enfoques culturalistas. Estos últimos presuponen un predominio de un modelo de familia extensa entre la gente negra con residencia compartida y olla en común (hogar), cuando los datos ilustran lo contrario. Por lo demás no hay que olvidar que se da una dinámica de reestructuración de

31. Y como el conjunto de otros colombianos mestizos, blancos y grupos indígenas duramente afectados por el conflicto armado.

hogares (entre nucleares y extensos) en relación con el ciclo económico y cómo éste afecta las economías domésticas, tanto en zonas urbanas como rurales.

Las diferencias sí aparecen al controlar por indicadores que se relacionan con clase social (por ejemplo, medida indirectamente a través de quintiles de ingreso) y zona urbano-rural. Los datos indican que en las cuatro regiones seleccionadas la población afrocolombiana tiene una sobre participación en los dos primeros quintiles del ingreso y de forma particular en el primer quintil, lo cual ya era de esperar con las tasas de línea de indigencia y pobreza superiores al promedio nacional urbano y rural; además se observa una diferencia notoria en la ciudad de Cali en el que la población no afrocolombiana registra el patrón inverso de sobre participación en los quintiles cuarto y quinto.

En la medida en que las dos poblaciones son afectadas de modo desigual, las diferencias no parecen explicarse únicamente por factores de clase sino que también actúa el componente de discriminación socio-racial, generando una dinámica de desigualdad social en el que el color de la piel tiene un peso particular no separable del componente de clase. En esta dirección, la población afrocolombiana respecto a la blanca-mestiza, se encuentra en dos situaciones que afectan negativamente su integración en los procesos de modernidad con acceso pleno a la ciudadanía. La primera es el fenómeno de sobre concentración poblacional en condiciones de una mayor pobreza en las regiones geográficas de asentamiento histórico de gente negra, en las ciudades de dominio demográfico negro y en las de carácter más mestizo como Cali, enfrentando una dinámica de segregación socioespacial intraurbana y geográfica territorial. La segunda, con el surgimiento y consolidación de clases medias negras urbanas en las últimas cuatro décadas, se presenta para ellas una dificultad de movilidad social ascendente, en el contexto de una participación porcentual relativa aún reducida en los sectores medios y altos de las ciudades colombianas.

Por otra parte, estas situaciones deben verse a la luz de las características sociohistóricas de las regiones geográficas y ciudades mestizas o con mayoría demográfica afrocolombiana y las transformaciones socioeconómicas regionales allí ocurridas, de manera que hoy en día estamos en presencia de grupos sociales heterogéneos urbanos y rurales de gente negra con una distribución residencial desde las grandes aglomeraciones hasta las zonas rurales de economías campesinas en los ríos de la región Pacífico. De ahí que la migración rural-urbana y urbana-urbana y las modalidades de la urbanización con patrones segregativos en el interior de las ciudades han modificado el panorama en las últimas cinco décadas para la gente negra; pero como lo hemos manifestado en el artículo, en ello no se diferencian del conjunto de la población mestiza-blanca del país. Los patrones de modernización-modernidad son similares para el conjunto de los grupos raciales y étnicos en una sociedad, incluyendo también a los indígenas. Las diferencias aparecen en las modalidades de las desigualdades sociales y por lo mismo, en las formas

de exclusión urbana y rural que se ha construido a través de una jerarquía social racializada en desventaja para la gente negra e indígena.

Entre algunas de las particularidades resultantes del tipo de estructura social y la actividad económica predominante en la región Pacífico y en menor medida en Urabá urbano, los datos sociodemográficos y socioeconómicos han revelado una vez más la importancia del componente de género. Las altas tasas de participación laboral y de ocupación femeninas, urbanas y rurales, así como la presencia significativa de mujeres en calidad de campesinas (categoría trabajo cuenta propia en zona rural) o asalariadas en varias actividades económicas rural-urbanas en el Pacífico, son bien diferentes al conjunto de otras regiones y áreas urbanas del país, incluyendo la ciudad de Cali, a pesar que se trata de una población femenina en dicha región con niveles de escolaridad menores a los registrados en el conjunto del país, especialmente las grandes ciudades.

En el tipo de estructura socioeconómica urbano-rural predominante en la región Pacífico debe tenerse en cuenta la organización de los hogares que forman una red familiar, la cual se apoya en la disposición de una autonomía en el manejo de los recursos económicos por parte de la mujer (puede heredar, decidir sobre los bienes que acumula sin ingerencia del hombre, etc.)³². Es posible que los procesos de modernización, durante la última década, con impactos diversos en las sociedades de la región Pacífico hayan acentuado aún más la participación económica de las mujeres como muestran los datos en las ciudades y zonas rurales para esa región. En esta dirección la crisis económica, sobre todo en las ciudades del Pacífico (Buenaventura, Quibdó, Tumaco, Guapi), también habría sido un factor que ha conllevado un aumento en las tasas de participación femeninas en actividades de rebusque. Sin embargo, en contextos urbanos por fuera de la región Pacífico, como la ciudad de Cali, para la población afrocolombiana femenina sus tasas de participación no son muy diferentes a las de la población no afrocolombiana, correspondiendo ello al patrón de las grandes ciudades colombianas. Aquí ya entran en juego la escolarización femenina, que en clases medias negras alcanza niveles similares a las mujeres blancas-mestizas, pero también en los sectores populares, lo cual incide en una menor participación laboral en grupos etáreos entre los 15 y 25 años.

Para comprender las transformaciones sociales en la sociedad colombiana se requiere acercarse a las diferencias regionales urbanas y rurales de las poblaciones con una diversidad socio-racial o étnica, pero teniendo en cuenta a la vez las continuidades de los perfiles

32. Este fenómeno es generalizable a otras regiones geográficas de poblamiento negro como el norte del Cauca y sur del Valle, en donde se desarrollaron economías campesinas alrededor del cacao, tabaco, café y cultivos de pan coger, prósperas después de la abolición de la esclavitud. Aún hoy en día sobreviven capas de campesinado negro en los municipios de la zona plana nortecaucana, a pesar del avance de la agroindustria cañera, la hacienda ganadera y cultivos comerciales.

sociodemográficos y socioeconómicos entre las diversas poblaciones que marcan los procesos de modernización-modernidad para el conjunto de la sociedad. Los diferenciales entre grupos de población tienen como contexto las estructuras sociales y productivas urbano regionales y las desigualdades sociales resultado de factores de clase, color de piel, relaciones de género y otras dimensiones colectivas (entre ellas la construcción étnica). La jerarquía social en la sociedad colombiana integra las percepciones y autopercepciones fenotípicas con estereotipos que estigmatizan, no obstante la dinámica histórica del mestizaje interracial. Esto produce exclusión por los efectos de segregación socioespacial intraurbana y geográfica territorial de los afrocolombianos(as) más pobres y por las dificultades de movilidad social para las clases medias negras urbanas.

Bibliografía

Agiar, Michel; Hoffmann, Odile; Álvarez, Manuela; Restrepo Uribe, Eduardo. *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, identidad y cultura*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, Universidad del Valle, 1999.

Aprile-Gnisset, Jacques. *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*. Cali, Universidad del Valle, 1993.

———. *Los pueblos negros caucanos y la fundación de Puerto Tejada. Ensayo*. Cali, Gobernación del Valle del Cauca, 1994.

Barbary, Olivier. *Cuestionario de la encuesta "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas"*. Cali, Universidad del Valle, 1998, 32 págs.

———. "Observar los hogares afrocolombianos en Cali. Problemas teóricos y metodológicos ilustrados", en: Olivier Barbary, Stefanie Bruyneel, Héctor Fabio Ramírez, Fernando Urrea Giraldo, "Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos", en: *Documentos de Trabajo*, n° 38, Cali, Cidse-IRD-Universidad del Valle, 1999(a), págs. 5-30.

———. "Afrocolombianos en Cali: ¿cuántos son, dónde viven, de dónde vienen?", en: Olivier Barbary, Stefanie Bruyneel, Héctor Fabio Ramírez, Fernando Urrea Giraldo, "Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos", en: *Documentos de Trabajo*, n° 38, Cali, Cidse-IRD-Universidad del Valle, 1999(b), págs. 33-51.

———. "Población afrocolombiana estimada por sector censal", mapa realizado con base en resultados de la encuesta Cidse-IRD-Colciencias, 1999(c).

———. *Mesure et réalité de la segmentation socio-raciale: une enquête sur les ménages Afrocolombiens à Cali*, Marsella, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, 2000, 27 págs.

Barbary, Olivier; Bruyneel, Stefanie; Ramírez, Héctor Fabio; Urrea Giraldo, Fernando. "Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos", en: *Documentos de Trabajo*, n° 38, Cali, Proyecto Cidse-IRD-Universidad del Valle, 1999, 98 págs.

Barbary, Olivier; Cunin, Elisabeth; Hoffmann, Odile. "Ville, cité, ethnicité", en: F. Dureau (coord.), Programa "Recompositions urbaines en Amérique Latine. Une lecture structurée à partir du cas Colombien", Bondy, GIS, Amérique Latine IRD, 6 al 7 de junio del 2001, 66 págs.

Barbary, Olivier; Quintín, Pedro; Ramírez, Héctor Fabio; Urrea Giraldo, Fernando. *Ser negro-a: entre una identidad étnica-territorial y una urbano-racial. Análisis estadístico, resultados etnográficos de percepciones colectivas e interpretaciones sociológicas*. Marsella, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, 2001, 29 págs.

———. *Identidad y ciudadanía afrocolombiana en la región Pacífica y Cali: pautas estadísticas y sociológicas para el debate de la "cuestión negra" en Colombia*. Cali-Marsella, 2001, 38 págs.

Barbary, Olivier; Ramírez, Héctor Fabio. "Tabulación del censo de población y vivienda de 1993 en Cali. Informe de etapa de la parte cuantitativa n° 1", en: *Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas*, vol. 1, Cali, Universidad del Valle, 1997, 752 págs.

Bruynnel, Stephanie; Ramírez, Héctor Fabio. "Comparación de indicadores de condición de vida de los hogares afrocolombianos y no afrocolombianos en Cali", en: "Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos", en: *Documentos de Trabajo*, n° 38, Cali, Proyecto Cidse-IRD-Universidad del Valle, 1999, págs. 53-61.

Cidse-IRD-Colciencias. Encuesta "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas", Cali, mayo-junio de 1998.

Cidse-Universidad del Valle-Banco Mundial. Encuesta "Pobreza, uso y percepción de los servicios por parte de la población de Cali", Cali, septiembre de 1999.

Cunin, Elisabeth. "Le métissage dans la ville. Apparences raciales, ancrage territorial et construction de catégories à Cartagena (Colombie)", tesis doctoral en sociología, Le Mirail, Université de Toulouse 2, 2000, 437 págs.

DANE. *Grupos étnicos de Colombia en el censo de 1993*. Bogotá, Dirección de Censos y Demografía del Departamento Administrativo Nacional de Estadística -DANE-, 1998.

———. "Proyecciones municipales de población 1995-2005", archivo excel, medio magnético, Bogotá, Dirección de Censos y Demografía del Departamento Administrativo Nacional de Estadística -DANE-, 2000(a).

———. *Los grupos étnicos en los censos: el caso colombiano*. Cartagena de Indias, Dirección de Censos y Demografía del Departamento Administrativo Nacional de Estadística -DANE-, Banco Mundial, BID, 2000(b).

———. "Encuesta Nacional de Hogares", bases de datos etapas 103, 105, 107, 109; marzo y septiembre de 1999 y 2000, Departamento Administrativo Nacional de Estadística -DANE-, 2001(a).

———. "Encuesta Nacional de Hogares", tabulado preliminar para las 13 áreas metropolitanas del módulo de percepción socio-racial, etapa 110, diciembre del 2000, Departamento Administrativo Nacional de Estadística -DANE-, 2001(b).

———. *Formulario para hogares particulares. Censo experimental. Rionegro (Antioquia), octubre del 2001*. Dirección de Censos y Demografía del Departamento Administrativo Nacional de Estadística -DANE-, 2001(c).

DNP. *Informe de desarrollo humano para Colombia 1999*. Bogotá, Departamento Nacional de Planeación -DNP-, Tercer Mundo Editores, 2000(a).

———. *Informe de desarrollo humano para Colombia 2000*. Bogotá, Departamento Nacional de Planeación -DNP-, Tercer Mundo Editores, 2001.

———. "Plan Nacional de Desarrollo de la Población Afrocolombiana", en: *El Tiempo*, Bogotá, domingo 26 de agosto del 2001, págs. 1, 4-5.

Díaz, Rafael, "Hacia una investigación histórica global de la población negra en el Nuevo Reino de Granada durante el periodo colonial", en: Astrid Ulloa (ed.), *Contribución africana a la cultura de las Américas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Proyecto Biopacífico, 1993.

Florez, Carmen Elisa; Medina, Carlos Alberto; Urrea Giraldo, Fernando. "Understanding the Cost of Social Exclusion Due to Race and Ethnic Background in Latin American and Caribbean Countries", documento para el BID, 2001, 53 págs.

Hasenbalg, Carlos. "Desigualdades raciales en Brasil y en América Latina: respuestas tímidas al racismo encubierto", en: Elizabeth Jelin y Eric Hershberg, *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1996.

Hoffmann, Odile. "Desencuentros en la costa: la construcción de espacios y sociedades en el litoral Pacífico colombiano", en: *Documentos de Trabajo*, n° 33, Cali, Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, Universidad del Valle, 1997, 34 págs.

———. "Espacios, movilidad y región en el Pacífico sur", en: Proyecto Cidse-IRD-Colciencias, Informe de Síntesis (Michel Agier, Olivier Barbary, Odile Hoffmann, Pedro Quintín, Héctor Fabio Ramírez, Fernando Urrea Giraldo), "Espacios regionales, movilidad y urbanización, dinámicas culturales e identidades en las poblaciones afrocolombianas del Pacífico sur y Cali: una perspectiva integrada", Cali, Cidse, Universidad del Valle, 2000, págs. 7-28.

Hoffmann, Odile; Pissoat, Olivier; Agudelo, Carlos Efrén. "La población negra en Colombia", mapa, Cali-París, Universidad del Valle, Institut de Recherche pour le Développement -IRD-, 2000.

Proyecto Cidse-IRD-Colciencias. "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas en la región del Pacífico". Cali, Universidad del Valle, 1995-1996, 85 págs. (Existe otra versión cuyo título era "Organización social, dinámicas culturales e identidades de las poblaciones afrocolombianas del Pacífico y suroccidente en un contexto de movilidad y urbanización").

Proyecto Cidse-IRD-Colciencias. Informe de Síntesis (Michel Agier, Olivier Barbary, Odile Hoffmann, Pedro Quintín, Héctor Fabio Ramírez, Fernando Urrea Giraldo). "Espacios regionales, movilidad y urbanización, dinámicas culturales e identidades en las poblaciones afrocolombianas del Pacífico sur y Cali: una perspectiva integrada". Cali, Cidse, Universidad del Valle, 2000, 60 págs.

Quintín, Pedro; Ramírez, Héctor Fabio; Urrea Giraldo, Fernando. "Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana

en Cali", en: *Documentos de Trabajo*, n° 49, Cali, Proyecto Cidse-IRD-Universidad del Valle, 2000, 83 págs.

Rueda, José Olinto. "Población y poblamiento", en: Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*, Bogotá, Proyecto Biopacífico, Fondo FEN Colombia, 1993, tomo 2.

Urrea Giraldo, Fernando. "Dinámica sociodemográfica, mercado laboral y pobreza urbana en Cali durante las décadas de los años 80 y 90", en: *Coyuntura social*, n° 17, Bogotá, Fedesarrollo, Instituto Ser de Investigación, noviembre de 1997, págs. 105-164.

———. "Algunas características sociodemográficas de los individuos y hogares afrocolombianos en Cali", en: "Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos", en: *Documentos de Trabajo*, n° 38, Cali, Proyecto Cidse-IRD-Universidad del Valle, 1999, págs. 63-98.

———. "Relaciones y clases en la construcción de ciudadanía: el caso de Cali (Colombia)", en: Pedro Quintín, Héctor Fabio Ramírez y Fernando Urrea Giraldo, "Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana en Cali", en: *Documentos de Trabajo*, n° 49, Cali, Proyecto Cidse-IRD-Universidad del Valle, 2000, págs. 2-35.

Urrea Giraldo, Fernando; Murillo, Fernando. "Dinámica del poblamiento y algunas características de los asentamientos populares con población afrocolombiana en el oriente de Cali", en: Fernando Cubides y Camilo Domínguez Ossa (eds.), *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá, Centro de Estudios Sociales -CES- de la Universidad Nacional de Colombia, 1999, págs. 337-405.

Urrea Giraldo, Fernando; Ramírez, Héctor Fabio. "Cambios en el mercado de trabajo de Cali (Colombia), reestructuración económica y social del empleo de la población negra en la década del 90: un análisis de segregación socio-racial a partir de las transformaciones más recientes del mercado de trabajo", en: Pedro Quintín, Héctor Fabio Ramírez y Fernando Urrea Giraldo, "Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana en Cali", en: *Documentos de Trabajo*, n° 49, Cali, Proyecto Cidse-IRD-Universidad del Valle, 2000, págs. 54-83.

Urrea Giraldo, Fernando; Ortiz, Carlos Humberto. "Patrones sociodemográficos, pobreza y mercado laboral en Cali", documento de trabajo para el Banco Mundial, Cali, noviembre de 1999, 95 págs.

Urrea Giraldo, Fernando; Viáfara, Carlos. "Informe sobre la población afrocolombiana en contextos regionales y urbanos y los organismos multilaterales y afines en la región Pacífico", documento preparado para el gobierno británico, Cali, septiembre del 2000, 35 págs.

Wade, Peter. *Blackness and Race Mixture: The Dynamics of Racial Identity in Colombia*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1993.

———. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Ediciones Uniandes, Editorial Universidad de Antioquia, Siglo del Hombre Editores, 1997.

Zambrano, Fabio. "La ciudad colombiana. Una mirada de larga duración", en: *Pobladores urbanos. Ciudades y espacios*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Colcultura, Tercer Mundo Editores, 1994, págs. 35-71.

III. Estudios territoriales

Apuntes sobre el proceso de poblamiento del Pacífico

Jacques Aprile-Gniset

Urbanista, profesor titular de la Universidad del Valle

En el pasado de la región del Pacífico radica gran parte de la explicación de su configuración socioespacial contemporánea. Las fuentes documentales –tanto literales como cartográficas– y las evidencias arqueológicas nos enseñan que la organización socioterritorial moderna es producto de varias fases enlazadas de poblamiento, cada una de las cuales presenta un modo peculiar de organización social y productiva del espacio vital.

En el transcurso de prolongadas labores de investigación se lograron identificar distintos fenómenos que permiten afirmar la originalidad de las diversas formaciones socioespaciales, destacando sus peculiaridades y rasgos más notables. El cúmulo de conocimientos adquiridos evidencia múltiples situaciones geográficas, históricas y humanas que conllevan a la idea de un continuo histórico de gran diversidad.

En los límites de un artículo de síntesis, estas anotaciones sólo apuntan hacia la caracterización de algunos periodos esenciales para la comprensión del proceso de poblamiento. Resumidos en forma muy apretada, se señalan a continuación unos rasgos que singularizan las sociedades y ámbitos de las diferentes formaciones socioespaciales identificadas. Sólo falta agregar que los lectores interesados en superar el carácter obligatoriamente esquemático de este breve compendio podrán consultar los informes originales, completos y detallados en Colciencias. Algunas proposiciones y tesis aquí formuladas en pocas palabras tienen su apoyo factual en dichos informes.

Las formaciones socioespaciales aborígenes

En el proceso de poblamiento vernáculo aborígen es procedente separar épocas, así:

1. Aquellas muy antiguas que configuran un dilatado periodo, de las cuales sólo suministran alguna información –por lo demás fragmentaria y territorialmente dispersa– unos escasos hallazgos de la arqueología moderna. No obstante, con referencia a su extensión territorial se comprueba:

1.1. Un poblamiento prehispánico generalizado y de larga duración, desde Panamá hasta Ecuador.

1.2. Las sociedades indoamericanas se asentaron en numerosas playas del litoral, ocuparon incluso unas islas costeras y se establecieron a lo largo del curso bajo y medio de todos los ríos de la región.

1.3. Las huellas indican un reducido volumen demográfico, una baja densidad territorial y un predominio del poblamiento disperso.

1.4. En ciertos lugares se hallan vestigios de pequeñas agrupaciones residenciales en asentamientos multihogareños.

1.5. Por el contrario, hasta hoy no se han hallado huellas que indiquen la presencia de grandes concentraciones humanas o de núcleos compactos de alta densidad.

1.6. No se conocen restos que informen de la existencia de localidades de configuración urbana.

1.7. No se hallaron obras de ingeniería de transporte –camino, puentes, drenajes– que hayan hecho uso de materiales líticos.

1.8. La comarca de Las Tolas, en el sur y hasta la frontera con Ecuador, evidencia la existencia precolombina de una sociedad de cierto volumen poblacional, de mayor desarrollo tecnológico y artístico; de este último es testimonio su abundante producción escultórica de barro y arcilla. Según los arqueólogos, esta *cultura Tumaco* [E. Barney Cabrera] se remonta a unos 3.000 años (1.200 a.C.). Pero de ella nada subsistía en el siglo XVI entre las comunidades campesinas Awa-Kwaiker [B. Cerón Solarte].

Es de observar que en las demás comarcas de la región, por carencia de trabajos arqueológicos tecnificados, no se han fechado los asentamientos detectados.

2. En cuanto a la situación de los hábitats en los siglos XVI y XVII, las pocas notas referidas por los cronistas sobre “la conquista del Chocó” y lo que llamaron “las Barbacoas” sólo atestiguan:

2.1. La comprobación de los hallazgos arqueológicos.

2.2. La persistencia de numerosas etnias distribuidas en toda la franja del Pacífico entre el mar y las faldas cordilleranas.

2.3. El predominio del hábitat familiar disperso.

2.4. Una nuclearización multihogareña con agrupaciones que, al parecer, nunca pasaban de cinco viviendas; tamaño y modelo de agrupación residencial que señalaron los cronistas del siglo XVI y sus compiladores:

No había pueblos grandes en estas provincias, sino que cada principal tenía tres o cuatro casas juntas con su gente; cada uno, adonde sembraba, tenía la suya [Herrera].

2.5. Nada permite medir el volumen demográfico de la región en aquellos tiempos [K. Romoli].

3. Los ámbitos de migraciones y traslados del periodo colonial:

3.1. Ante los reiterados operativos militares de los siglos XVI-XVII, se produjo un repliegue desde la costa hacia los ríos costeros; en los valles anchos operó con retroceso desde los ríos principales (Atrato y San Juan, por ejemplo) hacia las quebradas y riachuelos selváticos. Las *entradas* militares dieron como resultado la captura de aborígenes, su deportación y venta como esclavos a los encomenderos de Cali y Popayán, y originaron un despoblamiento en las áreas agredidas. Sin embargo, es de anotar que no se conocen para la región las acostumbradas crónicas elogiosas de prestigiosas *hazañas* militares; por lo tanto, nada permite suponer un exterminio masivo de la población nativa. Por el contrario, los informes oficiales evidencian el prolongado éxito de la resistencia armada y la derrota de todas las expediciones militares hasta principios del siglo XVII en la costa sureña, y hasta 1680-1690 en los ríos San Juan y Atrato.

3.2. Hábitats de deportación y cautiverio de fines del siglo XVII en el marco de la Encomienda. Fueron algunos raquíticos rancheríos *de doctrina* que surgieron tardíamente, hacia el final de la institución. En el transcurso del siglo XVIII se fortalecieron los enclaves mineros con población aborigen capturada *manu militari* en sus hábitats fluviales y deportada hacia los *placeres* en explotación.

3.3. Hábitats de trabajo forzado en las primeras minas, etapa y mecanismo de la *acumulación originaria del capital*. Luego, con la generalización de la minería esclavista con mano de obra africana, a la población autóctona se le asignaron labores de apoyo a la producción: suministro de víveres, transporte fluvial y terrestre, labrado de canoas, construcción de chozas para cuadrillas, etc.

3.4. Hacia finales del siglo XVIII, inscritas en los ámbitos de la economía minera, se configuraron unas cortas aldeas de deportación y servidumbre, conocidas como *reducción* y *pueblos de indios*. En algunos centros mineros principales, por ejemplo Barbacoas, Citará, Tadó o Nóvita, conformaron un barrio de la localidad, adyacente aunque separado.

3.5. En ámbitos selváticos, las *rochelas* (o *ladroneras*) de fugitivos aborígenes antecedieron en 100 años al *palenque* de esclavos africanos.

3.6. Los censos realizados en 1778 por la administración colonial, que registraron la *población conocida y administrada*, indicaban para las “Provincias del Chocó”:

3.6.1. Provincia de Nóvita, abarcando el río San Juan (Nóvita, Tadó, Noanamá, Brazos, Sipí, Juntas, Baudó, Cajón), con 32 minas principales (40 según otro censo) y con cinco *pueblos de indios*, sumaron 1.659 individuos de ambos sexos.

3.6.2. Provincia de Citará, abarcando el río Atrato (Quibdó, Lloró, Chami, Beté, Bebará, Murri, Pavarandó), con 23 minas principales (21 según otro censo) y con siete *pueblos de indios*, sumaron 3.755 habitantes de ambos sexos.

O sea, en la región norte se contabilizaron 5.414 individuos en total.

3.6.3. En la comarca central, llamada Provincia del Raposo, abarcando los curatos de Dagua, Calima, Raposo y Yurumanguí (incluyendo el Cajambre y el Naya), con 16 minas, se registraron 492 *indios* radicados en dos pueblos (La Cruz y Raposo) y otros lugares.

3.6.4. Para las Provincias del Sur, el padrón de 1797 indicó un total de 1.798 *indios* localizados así:

- a) Ciudad de Barbacoas, 30 minas fluviales y cinco *pueblos de indios* con 512 moradores.
- b) Ciudad de Iscuandé, sin minas denunciadas, pero con lavaderos de oro corrido de *vecinos libres*: 398 *indios*. La población nativa se hallaba dispersa en ríos y playas, sin pueblos.
- c) Isla de Tumaco, cinco minas fluviales, la población aborigen (506 personas) vivía esparcida a las orillas de los ríos.
- d) Provincia de Micay, 382 *indios*. Abarca las cuencas de los ríos Micay, Saija, Timbiquí, Guajuí, Napi, Guapi. Con 14 minas, dos pueblos de *reducción* y población dispersa.

4. Tanto las cifras como las localizaciones evidencian:

4.1. A la resistencia del campesinado americano ante la invasión se debió la derrota militar española durante más de un siglo.

4.2. Contrasta la inmensidad de la región con la reducida extensión *insular* de las áreas ocupadas y dominadas, que sólo configuraron pequeños enclaves en medio de extensos territorios libres de presencia española.

4.3. Cumplido este objetivo, más económico que evangélico, la Corona detuvo las expediciones y *entradas* armadas. De allí en adelante no se extendería más “la conquista del Chocó”.

4.4. No obstante, la Corona realizó un viejo sueño y controló todas las partes medianas y auríferas de los ríos, lográndolo poco a poco el establecimiento de unos cien Reales mineros. Estos operaron en sus inicios con mano de obra capturada y deportada de *esclavos aborígenes*. Esta etapa de la *acumulación originaria del capital* posibilitó la compra posterior de esclavos africanos y el consiguiente ensanche de los distritos mineros.

4.5. Sumando menos de 10.000 individuos, la escasa población aborigen cautiva, sometida y administrada por la Corona, sacerdotes o mineros, a todas luces no era sino *una*

mínima parte de la población vernácula, siendo muy superior la población libre que vivía en las rochelas selváticas.

4.6. Desde el siglo XVII hasta la República, mediante el cimarronismo de aborígenes, la huida de la deportación y la fuga del cautiverio produjeron en las partes más altas e inaccesibles de los cursos de agua una recomposición territorial y productiva de sus hábitats y comunidades.

4.7. Muy a menudo, autóctonos y descendientes de africanos convivieron en forma solidaria y biétnica en estos hábitats-refugio [Nieto, D. A.; Nieto Polo, J.].

5. En consecuencia, durante los siglos XIX y XX, en las áreas poscoloniales de traslado, activadas por el avance y la colonización selvática del campesinado de ascendencia africana, operó una *retracción territorial* de los hábitats indoamericanos.

6. Las tendencias modernas y actuales de expansión de las comunidades, de ampliación de los resguardos y de nuclearización de la población en pequeñas aldeas fluviales de taludes y mesetas oscilan generalmente entre 10 y 100 hogares.

Es de destacar que en las microsociedades campesinas de *los libres*, las pautas de asentamiento y de manejo de los medios naturales de producción, lo mismo que algunos aspectos de su organización comunitaria, basada en vínculos de parentela, son rasgos que poco se diferencian de aquellos que se pueden observar hoy en las áreas de las comunidades agrícolas aldeanas Embera o Waunana de los ríos San Juan, Baudó, Dubasa, Chorí, Nuquí, Panguí, Boro Boro, etc.

Ejemplo de simbiosis, la tendencia moderna de nuclearización en aldeas del campesinado neoafricano opera de manera parecida en las comunidades agrícolas Waunana y Embera:

6.1. Crece y se desarrolla la aldea de resguardo a partir de la capacidad reproductora de las parejas gestoras, al igual que en el caserío del campesinado neoafricano.

6.2. La toponimia del lugar también puede originarse en el apellido del pionero y fundador.

6.3. Si bien persisten pequeñas agrupaciones aisladas en mesetas de quebradas y de trazado sobre planta circular, las más recientes aldeas neoaborígenes fluviales adoptaron el modelo de localización y el diseño basadas en el trazado lineal ribereño.

6.4. Estas aldeas se integran a un poblamiento disperso en *sistemas de cuencas*.

En definitiva, en un mismo ámbito territorial regional y en el mismo periodo, dos trayectorias sociales distintas, que involucran dos grupos étnicos diferentes, sorpresivamente presentan en sus hábitats algunas expresiones similares.

6.5. No obstante, en las últimas décadas, la antigua unidad social del campesinado se encuentra atravesada y alterada por su pertenencia étnica. Con el crecimiento demográfico moderno, vital para todo su dominio, en ciertas áreas el espacio productivo, antiguamente extenso y superior a las demandas de supervivencia, ya es inferior a éstas. Por eso hoy existen cuencas fracturadas y en disputa, el antiguo espacio compartido se tornó espacio

partido, pasó de solidario y unificador de un mismo campesinado, a espacio disputado y desintegrador de grupos étnicos. Un hábitat, antes común y compartido entre dos etnias, ahora dividido en dos territorios, las separa. Esta conciencia de los territorios con determinada hegemonía étnica adquirió rostro político con las recientes intervenciones estatales –algo contradictorias y conflictivas– sobre ampliación de resguardos y con la Ley 70 de las negritudes.

6.6. Esta sencilla reseña evidencia un movimiento continuo durante unos 500 años, con traslados sucesivos. La inestabilidad y la mudanza, con atomización de los hábitats y su retracción territorial, caracterizan el proceso de poblamiento aborígen desde el siglo XVI hasta hoy. Con este tránsito obligado y continuo, bien sea por huida, destierro o deportación, hoy no existe en toda la región comunidad aborígen alguna radicada en los sitios que fueron hábitat de sus ancestros.

La formación socioespacial esclavista y minera

Son de señalar aquí:

1. El carácter históricamente tardío y territorialmente muy reducido de aquello que la Corona denominó “la conquista del Chocó”. Son de recalcar sus pobres resultados económicos iniciales en oro de rescate, es decir, oro labrado, conseguido por robo y despojo de sus mismos usuarios.

2. El fracaso inmediato y prolongado, en toda la región, de la política de conquista basada en la Encomienda de los aborígenes y su *reducción* en *pueblos de indios*. Ambas instituciones fracasaron por el bajo volumen demográfico, por la dispersión geográfica del campesinado y, desde luego, por su temprano y persistente cimarronismo selvático. El palenque de fugitivos africanos de las minas, hábitat selvático y regado, no es más que la adopción del modelo espacial de poblamiento clandestino promovido con anterioridad por los cimarrones aborígenes huidos primero de las expediciones militares, luego de las encomiendas y, posteriormente, de los lugares de deportación colectiva llamados *pueblos de indios*.

3. Episodios muy elocuentes del fracaso militar son los sucesivos intentos de fundaciones urbanas de españoles, desde Santa María del Darién (hacia 1515) hasta La Buena Ventura (1540); Agreda (1541), Madrigal (1544), Ecija (1584), todas en la cuenca del Patía; Toro (1573), San Agustín de Ávila en 1596 [según R. C. West], Santa María de Barbacoas hacia 1616 [desplazada en 1627 y nuevamente hacia 1750, según F. Jurado], e incluso San Juan de Castro (cercana de Toro) en 1635. En este último caso se revela la desmesurada pretensión conquistadora. Una tardía expedición militar de cartagüesinos fundó, en las vecindades de la futura Nóvita, una efímera ciudad con sus 20 pobladores y solicitó de la Corona

una jurisdicción que abarcaba la mitad sur del actual Chocó. Pretendía un dominio que incluía la casi totalidad de las cuencas del San Juan y del Baudó, de las cuales los fundadores ignoraban su extensión e incluso su existencia.

4. Este persistente fracaso se debe igualmente al equivocado patrón de poblamiento establecido por la Corona. Ésta pretendía voltear el proceso *natural* de nacimiento de la ciudad al no considerarla el parto final, resultado de una lenta gestación socioeconómica territorial previa, sino su generadora. Se fundaba con tropa lo que sólo podía nacer de un campesinado. Las ciudades fugaces de los conquistadores del Pacífico desaparecieron por ser artificiales e inútiles.

5. Con una progresión lenta, la presencia colonialista española en la región sólo adquirió cierta consistencia y homogeneidad, y *una personalidad territorial* a lo largo del siglo XVIII, lo cual quedó de manifiesto en varios informes y *relaciones* de la Gobernación de Popayán hacia 1770-1797. Las casi cien minas –anteriormente mencionadas– configuraron las unidades de poblamiento territorial, caracterizadas por su reducida extensión de tipo *insular* o de enclaves, si se prefiere. El patrón de poblamiento minero colonial y esclavista fue espacialmente discontinuo, intensivo, concentrado y de alta densidad demográfica.

6. La mina era un conglomerado de sitios cercanos, articulados y de tránsito diario, conformados por la casa del dueño o del capataz, el rancherío de los esclavos, los frentes de trabajo (*cortes*), los *entables* de trabajo y procesamiento (represa de aguas, canalones, etc.), y en las inmediaciones *los rastros* y *platanares* de taludes secos que proveían la alimentación básica de la mano de obra. A veces se completaba este conjunto con algunos tambos de aborígenes.

7. Los archivos notariales (particularmente las testamentarias) revelan la configuración espacial de un hábitat esclavista (o complejo minero) del siglo XVIII. Visto desde los postulados del materialismo histórico como formación socioespacial, el modelo minero esclavista de amoblamiento territorial se distribuía en tres categorías de poblamiento residencial y laboral: los ámbitos de *cortes*, *entables* y *rancherío de esclavos*, las *rozas* y *platanares*, y los *pueblos de indios*. De la distancia entre ellos y del modo de articulación de estos componentes resultó el complejo socioespacial minero y su manejo. Configuraban un triángulo articulado con elementos indisolubles que el poder pretendió artificialmente segregar y aislar, cuando la misma vida los relacionaba en las prácticas sociales cotidianas.

8. En su primera etapa, la minería colonial, bien fuera en el Raposo o en la *Provincia de las Barbacoas*, operó con esclavos aborígenes capturados mediante incursiones militares y deportados. En toda la región, durante el siglo XVI y principios del siguiente, inicialmente y en los primeros Reales, la mano de obra esclavizada fue nativa, no africana. En este sentido la *acumulación originaria del capital* operó de manera *clásica* por agresión, captura, despojo y deportación de la población original. Su trabajo forzado fue el origen de la plus valía y el

inicio de las primeras fortunas que se transformaron luego en capital de inversión, con el cual se posibilitó la compra de esclavos. Por lo tanto:

8.1. Los estudios de la esclavitud minera no pueden limitarse al componente africano e ignorar, en los enclaves mineros, la fuerte presencia de los *naturales* sometidos a la servidumbre.

8.2. Para lograr una mayor veracidad y precisión en los análisis de tipo sociológico es necesario reconocer e incorporar el temprano y muy documentado *mestizaje afroaborigen*.

8.3. En la etapa de consolidación de la minería operó una división del trabajo entre esclavos africanos comprados y *siervos* nativos presos. Estos últimos vivían en la mina o en sus inmediaciones en condición de *encomendados*, formando un *pueblo de indios* o un *curato* administrado por la Iglesia en beneficio del minero. Era fuerza laboral asignada a tareas de tipo logístico, agricultura y suministro de víveres, construcción de canoas o del *rancherío*, transporte fluvial o por trochas terrestres, etc.

Mientras tanto, el alto valor comercial del esclavo y su costo de mantenimiento implicaron para el amo las consideraciones de rentabilidad, productividad, plus valía, las cuales originaron su dedicación exclusiva a las labores extractivas. Recordemos aquí de paso que, tanto en los inventarios de bienes como en las testamentarias (bien fueran de haciendas latifundistas o de minas), los esclavos representaban siempre *el capital principal*, alcanzando hasta un 90% del total [Colmenares, G.; Mosquera, S.]. En síntesis, existe una planificación espacial con asignación de lugares a la *división técnica, laboral, social y étnica del trabajo*.

9. Desde sus inicios, en el siglo XVII, la mina esclavista fue hábitat de esclavos y de siervos, por lo tanto un núcleo biétnico donde convivían americanos y africanos. En estas condiciones surgió un temprano mestizaje biológico y el *neoafricano*. Esta simbiosis activó el desarrollo demográfico de las fuerzas productivas y posibilitó el desenvolvimiento paulatino del segmento étnico-laboral mestizo no sujeto a servidumbre, o sean *los libres*. Es decir, con el mestizaje operó la previa *acumulación originaria de fuerzas productivas*, que impulsaría luego la constante dilatación del espacio regional vital.

10. Los principales y más adinerados dueños de minas tenían residencia fija en lejanas *ciudades de españoles*. Unas trochas selváticas de suministro de *bastimentos* y de sentido este-oeste trasmontaban la cordillera para conectar estas localidades (Pasto, Popayán, Cali, Buga, Cartago, Anserma, Santa Fe de Antioquia) y a sus haciendas agrícolas con las zonas mineras. Este patrón mina-hacienda corresponde al modelo analizado y expuesto por Germán Colmenares. La zona de Barbacoas disponía de un puerto en la ensenada y la isla de Tumaco, conectado por un sendero y arrastrero terrestre entre las minas y el mar: una trocha unía las áreas mineras con Pasto. En la región minera del Raposo, el camino de Cali se prolongaba hasta el puerto –entonces fluvial– de La Buena Ventura. Más al norte la vía

fluvial del río San Juan era la ruta de los mineros (cartagueños, payaneses y caleños) desde Nóvita hasta el puerto (ilegal) de Charambirá. En la cuenca del Atrato un camino conectaba los ríos Arquía y Bebará con el valle de Urrao y Santa Fe de Antioquia.

11. Hacia finales de la ocupación española y hasta la abolición de la esclavitud se observa el surgimiento de otro patrón de explotación. Activado por la penetración del sector mestizo, se caracterizaba por su origen social popular y *plebeyo*, y un salpellido de pequeñas minas operando con reducidas cuadrillas. A menudo, éstas no pasaban de una familia de esclavos dedicados a la vez a la explotación minera y a labores agrícolas de pancoger para su propio sustento.

12. A la visión territorial estrecha del Real estrictamente minero que caracteriza el enfoque historiográfico tradicional, pudimos agregar *los rastrojos y platanares*. Permiten entender otras configuraciones espaciales complementarias de la mina, la incipiente libertad de circulación de los labradores en sus inmediaciones y, por consiguiente, aclaran unas circunstancias históricas del temprano nacimiento de un campesinado libre, de selva tropical.

Hay que señalar que la contradicción de la explotación esclavista radicó en que el alto precio del esclavo obligaba a buscar su máximo rendimiento laboral en la extracción del metal, pero que su sustento obligaba a sustraer tiempos dedicados al cultivo y suministro de víveres. El dueño de la mina tenía que resolver esta contradicción: para cosechar oro había que sembrar plátano. La productividad del corte entró a depender de la producción agrícola.

Pero el oro tiene sus lugares y las labranzas otros lugares. El dueño tuvo que dividir la cuadrilla, asignada a labores distintas, en lugares diferentes. Así se llegó a la división laboral entre esclavos *de minas* y esclavos *de platanares*. Con eso el hábitat minero se dilató, se dividió y también se dispersó, pero en las inmediaciones del Real.

Asimismo, con la libre circulación del trabajador entre los *cortes*, los *rastrojos* y el rancherío, el amo fue perdiendo el control absoluto del esclavo. Fenómeno con el cual aflojó el dominio espacial de la mano de obra agrícola y surgieron las perspectivas nuevas de las cuales fue brotando el *liberto*. El esclavo minero de *cuadrilla* se convirtió en labrador estanciero relativamente libre, aunque en tierras ajenas. Los esclavos de *rozas* y *platanares* adquirieron una obligada libertad de circulación en los múltiples colinos de taludes distantes de la mina. Accedieron, mediante la agricultura, a una libertad parcial y configuraron luego *el embrión del campesinado neoafricano*, que tendría en adelante una notable expansión en toda la región. Éste es el origen colonial y minero del campesinado afroaborigen del Pacífico.

13. En las últimas décadas de la ocupación española, unas 100 minas, los centros administrativos comarcales (Barbacoas, Quibdó, Nóvita, Lloró, Tadó) y una docena de *reducciones* con algunos hogares y tambos constituían lo esencial del poblamiento territorial colonial. Hay que agregar los puertos fluviales –vistos como *fondeaderos* ocasionales–,

como La Buena Ventura, Guapi e Iscuandé, o marítimos (Tumaco, Charambirá). Se circulaba entre el interior y las áreas mineras o el litoral mediante caminos trasmontanos para transporte al hombro por cargueros, con escalas de descanso en cortos *rancheríos de libres*, también llamados *ventas* y *tambos*; completaban este sistema algunas trochas selváticas interfluviales. Estos componentes constituyeron lo esencial del *amoblamiento espacial* de la formación socioeconómica minera en una región del Pacífico que, hacia 1778-1797, de norte a sur, entre mar y cordillera, no pasaba de 33.457 habitantes, registrados y bajo administración [Jiménez Donoso, J.; Nieto, D. A.].

14. El ocaso de la formación socioespacial esclavista, a principios del siglo XIX, significa que no pudo superar sus contradicciones internas y escapar a su condena histórica; factores que generaron las condiciones para su extinción y el paso a la etapa siguiente, la cual perdura hasta nuestros días.

La formación socioespacial de colonización agraria

Dos postulados enmarcan este capítulo.

El primero es que, en trabajos anteriores, hemos llegado a la conclusión que en Colombia todo fenómeno de poblamiento y desarrollo de un *hábitat* nuevo, y desde luego los conflictos que experimenta éste en su ascenso hacia la categoría de *territorio*, deben elucidarse indagando de entrada la manera como se generó en otro lugar un excedente demográfico y luego una descompresión en dicho lugar, mediante la salida de unas corrientes de migraciones y una intensa circulación humana. Con este enfoque se facilita la comprensión de la *relación estrecha entre el desarrollo demográfico y el poblamiento de nuevos hábitats*.

El segundo es que la colonización de tierras es categoría de la historia territorial, social y agraria del país. En este trabajo se acepta la definición convencional de *colonización agraria* y de *colono*, usada por la historiografía colombiana y por geógrafos como R. West. Por lo tanto, la colonización agraria del Pacífico se inscribe en un fenómeno general de dimensión socioterritorial nacional, pero presenta peculiaridades regionales que le otorgan *una identidad propia* y cierta singularidad. De hecho, el análisis histórico evidencia que el poblamiento del Pacífico, si bien se integra al movimiento nacional de colonización de baldíos que se expandió durante el siglo XIX, presenta rasgos genuinos que lo distinguen y lo hacen singular. En un bosquejo rápido se destacan algunas ideas y formulaciones:

1. La documentación evidencia la existencia, durante el siglo XVIII, de un asomo de ocupación, poblamiento y colonización selvática cimarrona mediante las *rochelas*. De tal modo que la colonización agraria del Pacífico, durante el siglo XIX, por manumisos, no esperó la Ley de Abolición de la Esclavitud, sino que se inició con la gesta de cimarrones, muy visible en la información documental oficial desde 1770-1780. Pero con el acontecer

histórico de la Ley de Abolición de 1851, la corriente migratoria, originada en los cortes y Reales, adquirió con la libre circulación unas posibilidades nuevas, un impulso y un ritmo más rápido. Poco después se verifican en la documentación los efectos, entre ellos un notable aumento de la tasa de crecimiento demográfico y una expansión territorial de gran magnitud. En este contexto, el patrón de poblamiento sería exactamente contrario al del periodo anterior: *poblamiento continuo extensivo, de ríos y costas, y de baja densidad humana*.

2. Tanto el cimarronismo colonial y sus obligados hábitats clandestinos de *palenques* y *rochelas*, como la manumisión republicana, se dan en condiciones de control y represión que conllevan a un *retroceso*, con devolución al *hábitat disperso* precolonialista; modelo de asiento retomado por los grupos aborígenes y por los colonos de ascendencia africana. Éste sería el patrón general de asentamiento *atomizado* que se mantuvo intacto durante el siglo XIX y que persiste hasta hoy. Lo señala así en 1844 un documento del AHNB:

Antes estaban congregados formando pueblos regularizados, y hoy se hallan diseminados habitando en los márgenes de los ríos.

Lo mismo constatan –en distintas formulaciones– Codazzi (1853), Brisson (1890), los misioneros Merizalde (1921) y Onetti (1924), Crist (1940), West (1950) e Isacson (1972), entre muchos.

3. Es de recordar que la ley de emancipación, si bien liberó brazos, no liberó tierras para estos brazos. La contradicción de la Ley de 1851 es que se quedó a medio camino: expropió *amos*, pero no latifundistas. Estos perdieron mano de obra, pero conservaron la propiedad del suelo y del subsuelo, es decir, de los medios naturales de producción. En seguida trataron de conservar a sus trabajadores mediante la introducción de nuevos sistemas de explotación del trabajo: el *concierto*, el *arriendo* o el *terraje*.

Con estas limitaciones, a mediados del siglo XIX se pasó de la esclavitud a la servidumbre, cuando en los mismos Reales los manumisos se convirtieron en terrazgueros y en arrendatarios de sus antiguos amos aferrados a sus minas. De las tensiones, de numerosas controversias y continuos conflictos brotaron corrientes de emigración que serían la materia prima del poblamiento expansivo y agrario en toda la región.

4. Es de observar esta paradoja: desde el siglo XIX, tanto de las costas del sur y las comarcas de Timbiquí o Barbacoas, como del alto San Juan, del alto Atrato y del Raposo, *las veredas mineras más prosperas*, entonces más prometedoras y de mayor codicia, partieron más habitantes emigrando hacia otras áreas. La emigración no se dio en zonas económicamente deprimidas, por el contrario, en aquellas supuestamente más favorecidas por sus recursos. El análisis de la relación espacio-demografía y del régimen imperante de propiedad latifundista explica la aparente contradicción.

5. Rechazando las nuevas formas de servidumbre, la antigua mano de obra abandonó los placeres de las terrazas arcillosas y auríferas y se deslizó hacia las cercanas tierras fértiles de las planicies aluviales; se inició entonces la colonización campesina de cuencas selváticas. Por lo tanto, *no fue colonización exógena, sino endógena*. No se trató de ir a gran distancia en busca de tierras disponibles; operó una dilatación espacial en *mancha de aceite*, de manera continua desde los antiguos hábitats mineros. Más que *migración*, se trató de una progresión y *expansión*. Y más que un sencillo traslado de un lugar a otro, lo que ocurrió fue *la reconversión de mineros en agricultores*.

El análisis de las corrientes migratorias y sus rutas evidencia un tránsito de sentido general este-oeste, es decir, desde tramos medios o altos de los ríos hacia tierras bajas, incluso costeras; desde los pliegues cordilleranos hacia los sinclinales y las llanuras del litoral. Las encuestas demuestran que, desde la abolición hasta bien entrado el siglo XX, esta circulación no se originaba en la búsqueda de nuevas minas de oro, sino de tierras desocupadas y de libre acceso, por lo tanto disponibles para la colonización agrícola con *rozas* y *colinos*.

Poco a poco los colonos fueron ocupando los valles del Atrato, del San Juan, del Baudó, del Patía. Se establecieron en la parte baja de todas las cuencas fluviales, donde desarrollaron una agricultura con un patrón de finca familiar de vegas y taludes, en una sucesión de unidades, configurando una *calle larga*: topónimo muy frecuente para designar una colonia en su etapa finquera. Y finalizando el siglo XIX, activado por la demanda externa de maderas, caucho, níspero y tagua, el poblamiento llegó a las playas marítimas, donde los colonos recolectores se sedentarizaron y desmontaron las llanuras del *hinterland* costero. De este episodio histórico de colonización popular selvática surgió un campesinado del Pacífico con personalidad propia.

A principios del siglo XX se verifica en la documentación y los censos demográficos oficiales una expansión territorial de gran magnitud. Es decir, en este caso, un hecho político-social dialéctico –a la vez efecto y causa– impulsó el desarrollo de las fuerzas productivas, la ampliación de los medios naturales de producción, la renovación social y culminó en un nuevo modelo, visible y tangible, de poblamiento territorial. Atestigua el éxito de esta gesta popular el hecho que a principios del siglo XX muchas colonias se integraron al mercado mundial con la extracción de maderas finas de exportación, de ceras y resinas, con la comercialización de la tagua y del caucho, con la producción del cacao o de los *cocales* costeros que solicita el mercado panameño.

6. En estas circunstancias, la colonización no se puede considerar como un periodo histórico, del pasado, arcaico y superado. Es un continuo que prosigue, vigente y actuante, persistencia de una tradición de más de dos siglos. Se verifica esta continuidad en la eclosión permanente de nuevos asentamientos. Tanto en Cabecinegro o en Amaya (Atrato), como en Taparal, Charambirá, Cucurrupí o Copomá (San Juan), en los ríos Raposo, Cajambre

y Mallorquín (Valle), en Guayabal, en Punta Bonita (litoral vallecaucano), en los ríos sureños Chagui, Mejicano, Mira o Mataje, siguen brotando asentamientos campesinos de tipo *calle larga* y aldeas de cocales o platanares.

En todos estos lugares el *reciclaje de las tierras* opera por expropiación de facto de los propietarios ausentes. Así actúa la colonización permanente y una nueva puesta en producción de las tierras abandonadas y sin títulos. Es como la aplicación natural, admitida y pacífica de la divisa: *la tierra para quien la necesita*. En todas las comarcas y aldeas rurales observadas, el dominio legal del ámbito natural vital se origina en el trabajo de desmonte selvático, en zonas que –según el Estado– son propiedades nacionales o con antiguos títulos obsoletos o vencidos. Igual sucedió a lo largo del siglo XIX en la Provincia de Nóvita, en la Provincia de Citará, en el Bebará, en el Atrato y el San Juan, en el Cajón, en Sipí o Istmina, en Barbacoas y en Timbiquí; asimismo en las llanuras costeras.

7. La posesión de la tierra de labranza –y más tarde del suelo residencial aldeano– se origina en la presencia concreta del labrador y en su trabajo, y se extiende a la totalidad de un grupo familiar; es *patrimonio parental*. Es una forma de propiedad de usufructo colectivo, no individual. Se verifica lo anterior en los muy difundidos apellidos-topónimos (la isla Mena, el estero de Candelo). Otros usan un plural que legaliza por tradición oral, más que una propiedad individual, la apropiación grupal de parientes. La vuelta de *los Potes*, *los Perea*, la playa de *los Murillo*, el puerto de *los Palacios* afirman claramente el reconocimiento del dominio territorial adquirido mediante la presencia activa y el trabajo de un numeroso grupo familiar gestado en el transcurso de varias generaciones.

8. En cuanto se refiere a la tradición histórica y a la continuidad, los archivos notariales (testamentarias e inventarios de cuadrillas, por ejemplo) revelan el origen esclavista de categorías residenciales y parentales que perduran hasta hoy. La información documental evidencia la persistencia moderna de distintos modelos y prácticas de organización social arraigados en la formación socioespacial minera colonial. En igual forma, en la familia esclava de cuadrilla mina radica gran parte de la explicación de la organización espacial moderna basada en nexos de parentesco. La estructura familiar moderna de la región no procede de lejanas y misteriosas sociedades africanas (las llamadas *huellas de africanía*), es producto genuino y resultante de un proceso *in situ* con múltiples huellas que persisten desde las cuadrillas mineras de la Colonia.

La información de archivos indica la temprana formación de *sociedades parentales* en las cuadrillas de los enclaves mineros; tendrían luego, en el curso alto del San Juan y del Atrato, un notable desarrollo. Persisten hasta hoy en áreas extractivas bajo el patrón de hábitats *de linaje* y las aldeas de mazamorreros.

Algo parecido se puede decir del moderno platanar campesino, del talud de orillas y del *minifundio disperso* [Pineda, R.; Gutiérrez, V.], descendientes directos de los *derechos de*

tierras y de rozas y *platanares* del siglo XVIII. Hay continuidad desde la formación espacial minera del siglo XVIII hasta la formación espacial de colonización agraria que persiste hoy, en el modo de ocupación y explotación del suelo mediante la multiplicación de predios dispersos, alineados en franja estrecha sobre el dique aluvial formado por el talud del río. Es hoy tradicional el modelo de desmonte y siembra mediante *el minifundio esparcido*, conservando vigencia desde la época de los *rastrajos* y *platanares* de los mineros esclavistas. Completado por la aparición de sistemas aldeanos articulados, este modelo sigue vigente en los hábitats del campesinado afroaborigen.

9. Con referencia al *amoblamiento espacial* cabe destacar aquí lo siguiente. El colono recién llegado se dedicaba al desmonte y siembra de maíz o plátano en varias rozas abiertas en la estrecha franja seca del talud del río o de la playa. Asegurada su subsistencia, consolidada su producción, elegía para su residencia definitiva uno de los *colinos*. En pocos años, con el crecimiento demográfico del primer hogar, este sitio de producción agrícola se transformaba en núcleo residencial multihogares; *el platanal se convertía en caserío*. En este proceso –pero con múltiples variantes– radicó generalmente la génesis de un modelo típico y predilecto de asentamiento que se esparciría en todos los ríos, quebradas y playas: *la aldea parental* de talud alto y de forma lineal con casas dispuestas en hilera.

10. Mientras abortaban los proyectos urbanos exógenos, desde finales del siglo XIX, y como respuesta ajustada a los imperativos de la misma vida, en toda la región brotaban de las prácticas sociales miles de caseríos endógenos. En medio del bosque, entre los troncos derribados, iban creciendo *troncos* humanos; y de estos nacían *tallos* y *ramas*. Al mismo tiempo surgía del proceso social y de los mismos moradores un patrón preurbano (o protourbano) de poblamiento: la peculiar *aldea lineal-parental*, que iba a imprimir de manera durable su propia personalidad espacial en las sociedades fluviales y costeras del Pacífico.

11. Sustituyendo el cocal o el colino, la aldea es el ámbito residencial de una sociedad de comunidad doméstica, y ésta se configuró con base en la dilatación de una familia. En la vida cotidiana y en el lenguaje *el pueblo* es sitio y familia. Con la multiplicación de los lugares observados y analizados se puede afirmar la hegemonía del modelo físico de implantación lineal, lo mismo que su origen y estructuración parentales.

En estos asentamientos la familia es a la vez la institución social y el eje ordenador de la articulación de los espacios residenciales, del reparto del suelo, de los solares y, en general, del ordenamiento físico-espacial. Por su origen como labranza de patrimonio familiar, el espacio público aldeano y los lugares sociales prevalecen sobre los lugares individuales, lo abierto sobre lo cerrado, lo de todos sobre lo de uno, los sitios de disfrute colectivo sobre aquellos de apropiación personal.

En otros términos, en esta fase precapitalista la *sociedad de comunidad doméstica agrícola* adopta una forma igualmente precapitalista de agrupación espacial; la comunidad

aldeana. La aldea es la respuesta preurbana en materia de hábitat, que corresponde a un contenido precapitalista de producción, relaciones, intercambios y gestión *política*. Es asentamiento de *forma preurbana*, ajustada a un *contenido precapitalista*.

12. Como se dijo, la aldea lineal fluvial o costera de origen popular espontáneo es el patrón tradicional y dominante de trazado, forma y organización espacial. Pero en pequeñas cuencas fluviales de quebradas transversales con relieve accidentado de colinas bajas, o en islas deltaicas de manglares, esta fisiografía puede generar modelos distintos de adaptación al espacio y la topografía. Asimismo, intervenciones externas (generalmente estatales o misioneras) pueden cambiar o alterar el modelo original. En ocasiones, la presencia –siempre tardía– del Estado tiende a introducir un reparto predial de tipo catastral basado en la ideología dominante de la propiedad individual, es decir, con retícula urbana, manzana ortogonal y titulación de lotes, tal como ocurrió –en distintas épocas– en Quibdó, Ciudad Mutis, Nuquí, Puerto Merizalde o Tumaco. En igual forma, la presencia de los misioneros y su acción evangélica favorecen un trazado transversal con eje único y su remate de perspectiva en los símbolos del mito, colocados en posición alta; patrón espacial que evoca inevitablemente aquel de los *pueblos de doctrina* y *pueblos de indios* del interior del país.

13. Finalmente, mientras la sociedad agraria se mantiene dentro de distintos parámetros de producción y de relaciones sociales, tanto la escasez de protagonistas, como el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y el mismo grado de desarrollo técnico para producir, no necesitan un centro de intercambios ni un aparato de gestión y control, o sea una forma incipiente del Estado. Puede prescindir de la ciudad como centro de economía secundaria o como centro terciario, asumiendo ella misma estas necesidades en su propio seno. En la etapa moderna éste es el papel de la aldea como aglutinante de la comunidad. Tanto es así que, de los miles de localidades aldeanas originadas en la colonización agraria, no pasan de diez aquellas en tránsito –lento– hacia la dimensión y complejidad que caracterizan a los centros urbanos.

De la ciudad inútil a la ciudad imposible

Se parte del postulado –por cierto ampliamente comprobado– de que a lo largo del siglo XX la urbanización de la población es el fenómeno demográfico y territorial de mayor trascendencia en la sociedad y la nación colombianas. No obstante, en el Pacífico el proceso y el hecho urbanos sólo se manifiestan tardíamente. Asimismo, aunque inscritos en un fenómeno histórico y social de dimensión nacional, los centros urbanos son distintos en su origen y trayectoria al proceso urbano *central*.

Las pequeñas sociedades aborígenes de comunidad doméstica existían exentas de ciudades. Su poca población estaba dispersa, sus sistemas y redes de intercambio operaban sin

centros de mercadeo, su autogobierno funcionaba sin centros –tangibles– de poder; la carencia de estos atributos tradicionales de centralización hacía innecesaria la ciudad.

La ciudad de conquista, fundada por decreto Real, fue una quimera nacida de la codicia y se quedó en una hoja de papel: no pudo ser más que frustrada, efímera y derrotada. No se conoce caso alguno de una fundación consolidada y persistente hasta nuestros días.

El sistema minero esclavista de producción culminaba con la exportación del producto. El oro contribuyó al fortalecimiento y ornato de una que otra lejana *ciudad de españoles*, pero en nada sirvió para desarrollar ciudades en las comarcas mineras, donde sus beneficiarios estaban de paso; en los centros mineros el oro y sus dueños sólo estaban *en tránsito*. La excepción de Barbacoas confirma lo anterior: la breve presencia de unos dueños de minas le dio cierto brillo urbano poco antes de la Independencia; sin embargo, a mediados del siglo XIX, con la deserción de las principales familias esclavistas, cayó en una prolongada agonía. En 1938, bien entrado el siglo XX, con 300 años de existencia, *la ciudad* contaba menos de 4.000 moradores. Nóvita, antigua capital de Provincia, quedó tan despoblada en 1854 (tiempos de la República), que pudo sin traumas trasladarse por segunda vez a otro lugar. En 1938 sumaba 100 casas y 600 habitantes. Quibdó, otra capital de minas de la Provincia de Citará, nacida hacia 1700, no pasaba en 1775 de 54 casas y 80 tambos en los extremos. Para 1938 apenas si alcanzaba 663 edificaciones y 5.000 pobladores.

Durante los siglos XIX y XX, la gesta campesina de la colonización agraria selvática modificó completamente la geografía del poblamiento. Pero su economía principal de autoabasto doméstico no producía abundantes excedentes y necesitaba centros urbanos de captación y despacho.

La población de baja densidad regada en extensas áreas agrarias no exigía un fuerte aparato estatal urbano de administración y control; unas fugaces economías exportadoras, meramente extractivas y de saqueo, no posibilitaban la centralización de la producción hacia conjuntos industriales urbanos para su transformación manufacturera; la pobreza generalizada del mundo agrario no suscitaba un abundante consumo para auspiciar un próspero desarrollo comercial en las localidades urbanas. Estado, servicios, industria, comercio... No existían estos pilares de la división técnica, social y espacial del trabajo o de la centralización urbana (la separación campo-ciudad) para generar ciudades. La ciudad era inútil y en cada comarca bastaba con el sistema aldeano imperante, del cual, a veces, surgía una localidad *de confluencia* y centralización de excedentes y servicios colectivos institucionales. Éste es, de una manera u otra, el origen de Cupica, Riosucio, Vigía del Fuerte, Ciudad Mutis, Nuquí, Pizarro, El Charco, López de Micay.

Sin embargo, el centro comarcal no puede superar sus limitaciones, se dirige a una masa demográfica reducida, ocupando un ámbito espacial cercano y de poca extensión.

Riosucio, Nuquí o Puerto Merizalde tienen sus dimensiones (físicas y demográficas) predefinidas por el ámbito sociogeográfico que representan y del cual son producto.

En estas circunstancias, a lo largo de dos siglos de colonización agraria no brotó ninguna ciudad nueva. No obstante, los flujos de productos de la región, buscando salida, contribuyeron a reanimar y robustecer algunas plazas decaídas desde la Colonia: Guapi, Quibdó o Tumaco, con 9.671 habitantes en 1938. Se configuró un sistema regional de poblaciones, esencialmente apoyado en asentamientos surgidos en las formaciones socioespaciales anteriores. Localidades como Quibdó o Barbacoas, Guapi, Tumaco, Tadó, Lloró y Nóvita son herencias coloniales y mineras con difíciles adaptaciones modernas y su complicada reconversión; hoy son localidades en etapa de problemático *reciclaje*.

Entre 1910 y 1930 se vislumbró la necesidad de un nuevo puerto como resultado del *proceso agrario nacional*: Buenaventura, concebido como lugar de tránsito y despacho, considerado por sus promotores y usuarios como mero lugar de bombeo de *crudos* entre el centro del país y el exterior. En estas circunstancias, las actividades mercantiles sólo necesitaron canales de circulación de productos y mercancías, muelle y bodegas; pero el comercio portuario no exigió para su operación una populosa ciudad y, en su primer apogeo exportador-importador, en 1938, sólo alcanzó los 14.515 residentes.

La urbanización demográfica vendría por otros *canales*. En la segunda mitad del siglo XX los censos registraron una *retracción* territorial por despoblamiento o por disminución del poblamiento disperso, al igual que una marcada tendencia de concentración en localidades urbanas de la población anteriormente dispersa en los montes, ríos y playas. El poblamiento disperso (llamado *rural*) tendió al estancamiento relativo, con bajas tasas de crecimiento vegetativo (1 ó 2%), mientras unas pequeñas localidades urbanas crecieron con una tasa oscilante entre el 2 y 3%. Pero, con un notable aporte inmigratorio, Tumaco, Quibdó y Buenaventura presentan, desde mediados del siglo XX, tasas intercensales que a veces superan el 4 y 5% anuales. Es decir, existe una relación directa entre el despoblamiento rural, el crecimiento demográfico urbano y el paso a las concentraciones urbanas.

Como bien se sabe, en general, la ciudad colombiana condenada al sector terciario y carente de producción secundaria no tiene capacidad alguna de absorción de flujos de llegada. Asimismo, en la región del Pacífico la atracción hacia los centros urbanos no se origina en una oferta radicada en la base económica de estas localidades, de la cual carecen. Mas bien se gesta en la *repulsión-expulsión* de los campos y las téticas condiciones de vida selvática del campesinado. Sólo falta añadir factores ubicados en la *superestructura*, como la *ideología de espejismos*, construida –desde el poder– en torno a la oposición entre lo rústico y lo urbano.

Asimismo, en áreas agrarias, con frecuencia se presentó una contradicción entre el desenvolvimiento demográfico –cambiante– y el espacio vital productivo –fijo–, desde luego

en detrimento del segundo. En una pequeña planicie alta la pareja pudo abrir con sus desmontes los suelos secos de 4 ó 5 plazas, suficientes para un hogar con igual número de bocas. Pero con 10 hijos, y cuando 2 ó 3 de ellos forman su propio hogar *in situ*, el desenlace no puede ser más que un *excedente demográfico* condenado a la emigración. En un caso –extremo, pero no excepcional– se pudo observar como 11 de los 15 hijos e hijas de unos colonos fueron poco a poco abandonando la pequeña finca de plátano y chonta de sus padres. Situados los predios en una zona de marisma cercada por esteros y bordeada por suelos salitrosos, el fundo no tenía posibilidad alguna de expansión. Este éxodo familiar frustró, de paso, la perspectiva de una nueva aldea.

Fue cuando, en la región como en el resto del país, se inició la *colonización popular urbana*. Empero estas localidades mayores del Pacífico no necesitaban para su existencia o su funcionamiento estos flujos de pobladores, que al fin y al cabo más dificultan que ayudan. La población inmigrante, que era excedente en los ámbitos agrarios, se tornó sobrante en las ciudades. Además, la concentración urbana de la población, si bien es materia prima para construir ciudad, no la produce de por sí. Si no logra articularse con otros *ingredientes*, la pretendida ciudad no pasa de ser un extenso conglomerado de caminos y casas. Así se pueden considerar hoy las aglomeraciones urbanas de Quibdó, Tumaco y Buenaventura.

Además, miradas desde el planeamiento urbano, las principales urbes de la región no dejan de suscitar dudas en cuanto a su futuro desenvolvimiento espacial. Intereses económicos del pasado y externos a la región fueron los que, en su tiempo, definieron apresuradamente el emplazamiento de Quibdó o de los puertos de Tumaco y Buenaventura, pero sin considerar los obstáculos y limitaciones de la geografía ni la capacidad del sitio ni el futuro de estas localidades, menos aun sus exiguas posibilidades de expansión.

Tumaco, Quibdó o Buenaventura estaban sitiados por las aguas –río y quebradas, esteros, caños y cañadas, marea de pleamar, pantanos, según el sitio–, eran lugares donde el suelo óptimo apenas suministraba el espacio para albergar una reducida población. A pesar de esta situación quedaron sin efecto los sucesivos proyectos de trasladar a Tumaco, formulados desde 1906 [Triana, M.], y al Cascajal, desde 1918 [Escobar, P. E.]. Pésimos sitios en el pasado para algunas casas y tiendas, labores de cargue y descargue en una rudimentaria zona portuaria, hoy se revelan aun peores para construir ciudad.

Luego los mecanismos de dilatación del conjunto urbano por densificación *in situ* desintegraron un núcleo central inicial antes de que lograra su propia articulación y consolidación. Saturados por una mezcolanza de casas y negocios de toda clase, los ámbitos originales alcanzaron unas máximas densidades residenciales y comerciales, donde prosperaron múltiples incendios destructores. Mientras tanto iban creciendo en su vecindad, en forma de corona, unos conglomerados semiurbanos disputados a las aguas, vagos e indeterminados, esparcidos e inconexos, atomizados en una topografía adversa, antagónica

con cualquier intento para lograr la unidad de sitio. Hoy estas tres aglomeraciones fraccionadas y despedazadas siguen creciendo en un relieve *arrugado*, surcado por depresiones que anegan quebradas o esteros, o en estrechos fillos secos donde apenas caben *calles largas*. En esta geografía difícil surgen en forma discontinua las amalgamas barriales de concentraciones espontáneas e incontroladas, muy distantes del orden y trazado racional que supuestamente son atributos del diseño que organiza una ciudad.

Así se cierran las notas de este artículo, aunque muchos interrogantes quedan pendientes. Pero dejemos a los especialistas la autoridad para evaluar el acierto y el interés de estas reflexiones.

Bibliografía

- Barney Cabrera, Eugenio. *Historia del arte colombiano*. Barcelona, Salvat Editores, 1983.
- Cerón Solarte, Benhur. *Los awa-kwaiker*. Quito, Ediciones Abya-Yala, 1986.
- Colmenares, Germán. *Historia económica y social de Colombia, 1537-1719*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1973.
- . *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVIII*. Cali, Universidad del Valle, 1975.
- . *Popayán: una sociedad esclavista. 1680-1800. Historia económica y social de Colombia*. Bogotá, La Carreta, 1979, tomo II.
- . *La Independencia. Ensayos de historia social*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986.
- . *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1989.
- Escobar, Paulo Emilio. “Bahía Málaga y Buenaventura”, informe mecanografiado, 1920, donado a la Biblioteca Nacional por Marco Fidel Suárez.
- . *La costa colombiana del Pacífico, 1918-1920*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1921.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia. *Familia y cultura en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975, 4ª ed.
- . “Consideraciones generales sobre la estructura de la familia en Colombia”, ponencia presentada al XXII Congreso Nacional de Psiquiatría, en: *Revista Colombiana*, vol. XI, nº 4, Cartagena, 1982.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia; Pineda, Roberto. “Ciclo vital y chamanismo entre los indios chocó”, en: *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XXV, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, 1986.
- Herrera, Antonio. *Historia general de los hechos de los castellanos*. Madrid, s.d.
- Jiménez Donoso, Juan. “Relación del Chocó o de las provincias de Citará y Nóvita, 1780”, en: *Historia documental del Chocó*, vol. XXIV, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1954.
- Jurado Novoa, Fernando. “Esclavitud en la Costa Pacífica: Iscuandé, Barbacoas, Tumaco y Esmeraldas. Siglos XVI al XIX”, en: *Historia del negro en el Ecuador y sur de Colombia*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 1990, tomo 3.
- Mosquera, Sergio. *Memorias de los últimos esclavizadores en Citará. Historia documental*. Quibdó, Promotora Editorial de Autores Chocoanos, 1996.
- . *De esclavizadores y esclavizados en Citará. Ensayo etnohistórico. Siglo XIX*. Quibdó, Promotora Editorial de Autores Chocoanos, 1997.

Nieto, Diego Antonio. "Visita de la Gobernación de Popayán, 1797", en: *Revista Cespedesía*, nº 45-46, Cali, 1983.

Romoli, Kathleen. "El alto Chocó en el siglo XVI", en: *Revista Colombiana de Antropología*, vols. XIX-XX, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, 1975-1976.

Triana, Miguel. *Por el sur de Colombia, 1906*. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1950.

West, Robert C. *The Pacific Lowlands of Colombia: A Negroid Area of the American Tropic*. Baton Rouge, Louisiana University Press, 1957. [Edición en español: *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2000].

Sobre los poblados y la vivienda del Pacífico

Gilma Mosquera Torres

Arquitecta, directora del programa de arquitectura de la Universidad del Pacífico

Introducción

En escritos anteriores nos hemos referido a los aspectos teóricos y metodológicos que orientaron las distintas investigaciones y observaciones sistemáticas dedicadas a los hábitats y la vivienda en el Pacífico. El presente texto tiene el doble objetivo de señalar a manera de síntesis los principales rasgos que caracterizan el espacio residencial y la arquitectura de la vivienda en la región, y destacar sus peculiaridades más sobresalientes.

Los primeros estudios, realizados en la bahía de Solano y en la comarca del río Atrato central y sus tributarios, permitieron identificar y caracterizar los diversos componentes de la vivienda rural dispersa o concentrada en caseríos. Extendidas las búsquedas al río San Juan, las costas y ríos de los municipios de Buenaventura y Tumaco, y la zona costera del municipio de Nuquí, se constató la amplia difusión territorial de los fenómenos y procesos analizados, asimismo fue posible completar el abanico de los lugares estudiados hasta el nivel de las ciudades de Nuquí y Tumaco e incluir unos asentamientos indígenas¹.

1. Investigaciones en unos 40 pueblos del Atrato central y sus tributarios, desde San Isidro hasta el brazo de Murindó; 7 caseríos playeros que configuran la red aldeana de la bahía de Solano; unos 10 caseríos en la costa de Nuquí, desde Jurubidá hasta Arusi, incluyendo la cabecera municipal; el tramo central y bajo del río San Juan, totalizando más de 20 pueblos desde Noanamá hasta Charambirá y Docordó; cerca de 100 asentamientos costeros o fluviales de la faja litoral del municipio de Buenaventura, desde los ríos San Juan y Calima hasta el río Naya; en la costa nariñense una docena de aldeas fluviales o marítimas localizadas entre los ríos Chagúí y Mataje; la Bahía de Tumaco con su área urbana y la pequeña ciudad de Nuquí.

En miles de lugares se observan en la arquitectura y en el diseño de caseríos y centros menores unas analogías en las formas de ocupación y organización del espacio destinado a los usos residenciales y en los modelos arquitectónicos básicos. Pero se registra, asimismo, una diversidad formal y constructiva que está ligada estrechamente a la multiplicidad de situaciones geográficas y humanas que se presentan al interior de la región, y a trayectorias sociales y espaciales diferentes.

Trabajos de variada índole realizados por investigadores de las áreas sociales, excepcionalmente desde la arquitectura, demuestran que en el bajo Atrato, el Baudó y los ríos y costas del sur se manifiestan similitudes en el proceso social de poblamiento, en la configuración y organización espacial de las veredas y centros poblados, en las modalidades de acceso a la vivienda y en las tipologías de construcción².

Aunque se logran caracterizar los rasgos más generales de unos fenómenos urbanos y arquitectónicos de amplia difusión territorial y persistente continuidad durante los siglos XIX y XX, con marcada identidad temporal, espacial y social, es necesario considerar las manifestaciones y trayectorias distintas o atípicas. Las variaciones y diferencias en los modelos urbanísticos y en la arquitectura se articulan a factores como:

- a) La variedad de situaciones geográficas, culturales y de producción, la categoría de los asentamientos, su localización relativa en una cuenca o río, camino o zona comarcal y su jerarquía en el sistema urbano-regional.
- b) El grado de desarrollo físico y económico alcanzado por los poblados, los niveles de diversificación del aparato productivo-laboral y, en consecuencia, la mayor o menor complejidad de la sociedad aldeana.
- c) La sujeción económica y político-administrativa a los centros hegemónicos de dominación interna y externa de la región, y el tipo de relaciones e intercambios que con ellos establecen las comunidades locales.

Proceso de poblamiento y sistema urbano aldeano

Recordemos que el sistema de aldeas que caracteriza las zonas bajas del Pacífico colombiano se configuró a través de un proceso histórico de poblamiento, que fue realizado por cimarrones, libertos y colonos, y desde finales del siglo XVIII fue ocupando el territorio habitado originalmente por los aborígenes. Terminando el siglo XIX se produjo un desarrollo demográfico notable basado en el establecimiento de numerosas colonias agrícolas por la pobla-

2. Estudios del Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Instituto Geográfico Agustín Codazzi -IGAC-, OSSO, Biopacífico, Pladeicop, el grupo Orstom-Univalle, permitieron comprobar la existencia de analogías en los ríos Patía, Telembí, Güelmambí, Satinga y Sanquianga, la comarca de Guapi, la ensenada de Tumaco y los ríos que desembocan en ella.

ción con ascendencia africana, que se esparció a lo largo de los principales ríos y sus afluentes, con la modalidad de ocupación y desmonte de tierras libres y sin dueño reconocido³.

El cultivo de plátano y banano, caña de azúcar y maíz, la recolección de caucho y tagua silvestre, y el corte de maderas para el consumo nacional, actuaron como motor de la economía agraria de tipo doméstico y fomentaron la creación de centenas de núcleos preurbanos en las riberas de los ríos y en los esteros de la costa.

Las unidades productivas dispersas y con viviendas aisladas evolucionaron demográfica y físicamente al multiplicarse las familias pioneras, apoyándose económicamente en el crecimiento de la producción agrícola y en la generación de excedentes para la venta; presentando una dinámica interna muy marcada por los vínculos de parentesco consanguíneo y ritual⁴, y por los rasgos particulares de las comunidades domésticas, rurales o de vecinos⁵.

Primero se convirtieron en agrupaciones de parcelas con cultivos y viviendas elementales, que la misma gente identificó como una *calle larga* y luego pasaron a ser caseríos y aldeas bastante peculiares. Muchas veces las aglomeraciones preurbanas surgen por decisión expresa de los moradores que se encuentran dispersos en un tramo del río y deciden *hacer pueblo* para obtener algunos servicios mínimos de la administración municipal a la cual pertenecen, casi siempre una escuela con el nombramiento de una maestra o maestro.

De esta manera, durante los últimos 100 años surgieron y se desarrollaron en las riberas de los ríos y en las costas arenosas miles de villorrios que fueron estructurando un sistema consolidado y durable de poblamiento, genuino y muy original, que adquirió su propia personalidad socio-espacial mediante el modelo predominante de la aldea parental de forma lineal, o *pueblo-calle*, que se manifiesta igualmente sobre las vías de comunicación carretables y en unos tramos del Ferrocarril del Pacífico⁶.

3. El artículo de Jacques Aprile-Gnisset, *Apuntes sobre el proceso de poblamiento del Pacífico*, publicado en este mismo libro, se refiere con mayor precisión a estos temas.

4. La familia se revela como dimensión capital para explicar la configuración y el proceso físico-espacial que experimentan los hábitats rurales y los caseríos; como instrumento principal de desarrollo de las fuerzas productivas e institución reproductora y reguladora de la producción y circulación del producto, y del reparto del suelo productivo y residencial.

5. La población subsiste pescando, cultivando plátano, arroz, maíz, caña de azúcar, yuca, chontaduro o coco, y cortando maderas. Por medio de la venta de excedentes establece nexos definitivos con el sistema económico capitalista. A pesar de estos vínculos se mantienen unos rasgos propios de las comunidades domésticas agrícolas y de las comunidades rurales o de vecinos (Meillassoux, 1978), tales como: 1) El uso rotatorio de las tierras de labranza y el uso común de los bosques y las aguas. Las tierras que circundan los asentamientos son generalmente de dominio familiar y constituyen espacios de vida y producción; las tierras más alejadas son de explotación colectiva, se convierten en "cotos" de caza, de corte de árboles y de recolección de frutos y especies vegetales de producción espontánea. 2) El acceso a las tierras productivas y al espacio residencial por medio de la herencia a través de un ancestro focal. 3) El trabajo solidario y el "cambio de mano" en los desmontes, rozas y siembras, las cosechas y la pesca. 4) El reparto de productos agrícolas o de recolección forestal o pesquera, entre la familia extensa (cesión-distribución y cesión-cambio), el intercambio o "trueque" y la retribución de favores.

6. El censo y diagnóstico sanitario, realizado en 1976-77 por la Unidad Regional de Salud del Municipio de Buenaventura, constituye una fuente importante de información sobre los aspectos físico-espaciales, de localización y equipamiento comunal. Presenta levantamientos detallados de cerca de 90 asentamientos ubicados en el área rural no dispersa, sobre las vías carretables, los ríos y el mar.

No obstante, circunstancias sociales y factores productivos distintos a los más característicos alteran las formas de desarrollo demográfico y de organización espacial de los asentamientos rurales. Transformada la base económica, y por ende la sociedad, se generan variaciones significativas en los prototipos aldeanos y en sus curvas de desenvolvimiento físico, como sucede con la instalación de un aserrijo o de una plantación comercial, o con su desaparición. Frecuentemente las entidades estatales o eclesiásticas imponen modelos exógenos de diseño y ordenamiento espacial que responden a intereses divergentes de los que motivaron y orientaron a los fundadores para el trazado del caserío original.

También existen rupturas en la trayectoria, y a veces en el modelo espacial, de los caseríos que surgieron al lado de las carreteras, o de aquellos que fueron impactados por la minería moderna; y se observan diferencias sustantivas entre los poblados que giran en la órbita de los polos regionales y aquellos que están más alejados y aislados. Además, en los resguardos de las comunidades pertenecientes a las etnias embera y waunana se formaron agrupaciones residenciales definidas por la persistencia de la cultura aborígen y sus construcciones tradicionales.

El orden espacial así establecido integra distintas modalidades de localización y radicación de la población rural, bien sea en predios productivos dispersos o agrupados, o en villorrios y aldeas de variado tamaño. Jerárquicamente articuladas, estas formas de hábitat constituyen constelaciones comarcales o de cuenca que se entrelazan con un sistema urbano mayor que las domina y está constituido por los dos puertos marítimos de Buenaventura y Tumaco, y las ciudades fluviales de Quibdó y Guapi; centros urbanos tradicionales, procedentes de la economía del comercio exterior y de intereses externos provenientes de Pasto, Popayán, Medellín, Cali o Bogotá⁷.

Al contrario de lo que ocurre en el proceso socio-espacial que transforma una parcela productiva en pueblo, ninguno de estos epicentros regionales nació de exigencias del entorno inmediato ni se concibió para responder a necesidades de las comunidades locales.

Tampoco se han dado aún las condiciones que impulsarían el nacimiento de nuevas ciudades con una base terciaria de sustento. Por el contrario, hoy en día sigue vigente el modelo de agrupación de los moradores rurales en caseríos y estos continúan surgiendo en forma permanente en toda la región.

Resumiendo, la tipología de organización física y de diseño urbanístico del peculiar sistema urbano-regional que se constituyó en las tierras bajas del Pacífico expresa las fases del proceso social de transformación de una parcela productiva en un caserío incipiente, y de éste en una aldea creciente que en circunstancias favorables puede convertirse en un

7. Mosquera [1991, 1993(a,b), 2000]; Bonilla y Mosquera [1992].

centro rural importante a escala de un río, una cuenca o una comarca costera y alcanzar el rango de cabecera de un nuevo municipio.

Un modelo teórico que considera la jerarquía urbana (o aldeana) y varios factores de orden demográfico, productivo, funcional y geográfico, reúne los siguientes niveles y categorías de asentamientos⁸:

1. Hábitat disperso

Constituido por unidades productivas aisladas y vecindarios rurales. El primer nivel corresponde a la fase meramente productiva que sigue a la ocupación y desmonte del predio selvático, y en la cual se configuran minifundios dispersos y asientos temporales para la pesca y la minería artesanal del oro, provistos de *trabajaderos* o albergues nocturnos muy rudimentarios y de poca duración, cubiertos con hojas de palma o bijao, y levantados en palos del monte hincados en la tierra y unidos por medio de lianas. Una vez puesta en producción la finca, su dueño edifica una vivienda de carácter estable, mejor construida que el albergue original, puede estar techada en palma o en láminas metálicas onduladas; a su alrededor se ubican en unas áreas *limpias* la huerta casera, cultivos de frutales, el gallinero, la *barbacoa* o azotea para sembrar plantas de uso culinario y medicinal, un trapiche para la caña de azúcar y un cobertizo o *volado* para almacenar la cosecha. Las fuentes de agua se integran a las actividades domésticas por medio del embarcadero, el baño, el lavadero de ropa y loza, las trampas para peces.

Los vecindarios rurales agrupan pequeños núcleos de casas, continuos o discontinuos, platanales y cultivos de pancoger localizados en el predio original. Se generan por la formación de nuevos hogares de los hijos e hijas de la familia fundadora y por el traslado, desde tierras alledañas, de unas familias emparentadas o amigas. Las viviendas más recientes son ranchos pajizos provisionales, pero las más antiguas se levantaron en maderas aserradas y con cubiertas modernas en zinc, cartón embreado o asbesto cemento. Esporádicamente se ven construcciones en madera sobre pedestales o losas en concreto, en lugar de los tradicionales pilotes en guayacán, palma chapín o mangle. Una tienda que funciona en la sala de una casa y una escuela de un aula componen el equipamiento comunal.

Este prototipo de organización lineal de minifundios con viviendas definitivas, donde son hegemónicos los linajes fundadores del asiento gregario, puede fortalecerse y constituir un pueblo-calle tradicional. Con frecuencia se encuentran en un río largos tramos ocupados por varios vecindarios rurales, que a veces reúnen 40 ó más hogares consan-

8. No obstante, este modelo tentativo debe ser verificado por medio de estudios pormenorizados, a escala regional y local, que permitan analizar con mayor precisión: configuraciones espaciales, dinámicas demográficas, características de los asentamientos y sus moradores, roles administrativos y económicos.

guíneos. Ejemplos son en el río Bojayá las veredas de Piedra Candela, Santa Cruz y Cabecera de los Brazos; el sitio de Los Potes en el río Anchicayá; Playita de los Cuesta en Bahía Solano.

2. Núcleos de vereda

Los más característicos albergan unos 10 ó 20 hogares⁹ y expresan la capacidad que tiene un vecindario rural parental para convertirse en el centro residencial de los cultivadores que explotan los predios productivos del entorno inmediato y que deciden *hacer pueblo*. Los primeros pobladores del lugar, o sus descendientes, a quienes la comunidad rural reconoce la posesión del predio escogido, ceden solares para la construcción de más casas y de un equipamiento comunal mínimo¹⁰. La aldehuela se extiende sobre abiertos aldeaños y las labranzas que separaban las viviendas se convierten en predios residenciales que dejan en el fondo un solar-patio, donde se siguen cultivando plátano y frutales, se crían gallinas y marranos, se corta y deposita la leña y se seca la ropa al sol. En la zona trasera de estos patios circula un sendero de tránsito público.

Los pobladores establecen su propio reglamento de ordenamiento y manejo del espacio público; fijan normas, de transmisión oral, sobre el tamaño de los predios residenciales, la implantación de las viviendas, la ubicación de la escuela y la casa comunal, el trazado de la calle única y el respeto del terraplén sobre el río o de la línea de playa marcada por la marea alta. Para conseguir una maestra y una promotora de salud *nombradas* y construir una escuela, los líderes solicitan rápidamente el reconocimiento y el apoyo económico de la Alcaldía a la que pertenece la vereda rural. A veces logran del clero evangelizador una tosca capillita en madera.

Tan reducida infraestructura de servicios es a menudo muy deficiente, los integrantes de la colectividad deben desplazarse a aldeas y centros de mayor importancia para comprar alimentos procesados, realizar gestiones administrativas, buscar atención médica y educación de grado primario y secundario. En el sistema administrativo municipal el núcleo de vereda puede alcanzar el nivel de corregimiento, donde un vecino obra como inspector de Policía; en el sistema económico local actúa como lugar de acopio y distribución de la producción agrícola y pesquera entre vecinos. Ejemplos de esta categoría son los caseríos de Calle Larga en el río Mayorquín y El Tigre en el río Raposo, Baudó Grande en el Atrato medio y, en 1991, Copomá, localizado en la zona media del río San Juan.

9. Los datos sobre número de viviendas y número de habitantes son tomados de listas del Servicio de Erradicación de Malaria -SEM- y estadísticas del Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas -DANE-.

10. Este proceso se identificó inicialmente en el medio Atrato y se confirmó posteriormente en el río San Juan y en la faja litoral.

3. Aldeas menores

La categoría de aldea indica el divorcio definitivo entre el espacio de producción y el espacio de la vivienda en las áreas rurales, las más sencillas y pequeñas cuentan entre 30 y 50 casas, y están equipadas con algunas edificaciones institucionales donde funcionan la Inspección de Policía, el puesto de salud, una escuela primaria, una casa comunal o una capilla, una o dos tiendas bien surtidas y permanentes¹¹. Esos servicios básicos promueven el incremento de las relaciones de los moradores del entorno productivo y el núcleo aldeano adquiere el papel de centro administrativo y de abasto de varias veredas rurales.

En relación con los prototipos de hábitat precursores se manifiestan los primeros indicios de diferenciación laboral y social, aunque la colectividad es bastante homogénea y son muy contadas las familias que disfrutaban de situaciones productivas y sociales distintas. Se notan, asimismo, cambios importantes en la morfología general del asentamiento y en la arquitectura de las moradas.

- a) Estimuladas por la demanda de servicios y alimentos en las veredas cercanas, o por la presencia de intermediarios exógenos de la producción agrícola, las actividades económicas tienden a desarrollarse y modernizarse; unos moradores dejan de producir exclusivamente para el consumo doméstico y el intercambio entre parientes y con los excedentes se vinculan a los mercados locales o regionales; mientras que otros abren tiendas caseras o se convierten en asalariados del municipio al ocupar los cargos de inspector, maestro o promotor de salud.
- b) Desaparecen los ranchos pajizos y mejora la construcción de las casas tradicionales en madera, con el empleo de tablas y componentes estructurales cepillados artesanalmente o a mano, y la propagación de los techos metálicos y de asbesto cemento. Las familias con mayores medios de subsistencia importan desde los centros urbanos cemento, hierro, ladrillo, pinturas químicas para proteger y decorar las fachadas, a veces encargan enchapados cerámicos y vidrio para ventanas. Asimismo, en unas cuantas casas se instalan sistemas sanitarios rudimentarios que reemplazan el uso de la playa, el río o las quebradas.
- c) Muy a menudo la tienda o granero es la primera que se distancia de los modelos vernáculos sencillos y adopta los materiales y la tecnología modernos. En las aldeas fluviales sus propietarios necesitan la relación directa con el río para el descargue de mercancías y productos agrícolas o para la venta de gasolina a lanchas con motor; no dudan en desconocer las reglas comunitarias de respeto de las áreas de uso público y construyen sobre el talud bodegas y espacios adicionales destinados a ampliar los nego-

11. La tienda surge en una aldea incipiente como actividad esporádica de un morador. Muy vulnerable, suele desaparecer cuando se agotan los primeros abastos.

cios, ocupando privadamente el terraplén-calle que antes era de disfrute colectivo. Este se va edificando a ambos lados y tiende a convertirse en una calle de doble paramento, donde las casas nuevas tapan la vista sobre el paisaje acuático a las más antiguas.

d) Aunque la diversificación del abanico socio-laboral constituye el principal factor de cambio en la arquitectura, también operan en este sentido.

e) La aspiración de las familias a tener una casa buena y más durable, que resista mejor a la humedad y a los ataques de insectos y hongos.

f) El mejoramiento significativo de los medios de transporte y comunicación con las regiones vecinas y el interior del país, que facilita la importación de los materiales de construcción exógenos.

g) La constante movilidad de la población joven que emigra temporalmente con el fin de estudiar o trabajar en las ciudades.

Ejemplos típicos de aldeas menores son Huina, Nabugá y Huaca, ubicadas en la Bahía de Solano y que cuentan entre 25 y 50 viviendas; Taparal y Copomá sobre el río San Juan, del orden de 50-60 casas; El Tigre y La Boba en el Atrato medio, con unas 30 en promedio.

4. Aldeas mayores

Esta categoría agrupa asentamientos complejos, extensos y bastante estructurados físicamente, aunque de diverso tamaño; su umbral demográfico inferior gira alrededor de 70 viviendas y 200 a 300 habitantes, el superior llega hasta 200 casas y unos 1.000 a 1.500 moradores.

Cuando las aldeas lineales fluviales o marítimas cuentan unas 50 casas, caños o quebradas y depresiones o zonas empinadas impiden la construcción de más viviendas sobre la faja frontal, que ocupa cerca de 1 km. Entonces, la demanda de solares residenciales y de espacios para ampliar los equipamientos comunales se resuelve abriendo una segunda calle, paralela a la primera, donde se van configurando extensiones de los vecindarios parentales existentes. El ir y venir entre casas define algunos senderos perpendiculares, cortos y amplios, que son el prelude de un trazado reticular basado en manzanas.

Tales manifestaciones físicas acompañan un proceso social singularizado por el peso creciente de las actividades terciarias y de la correlativa diferenciación socioeconómica. La presencia de algunos comerciantes foráneos y de varios asalariados de las dependencias estatales, que raramente pertenecen a la comunidad parental, estimulan la diversificación sociolaboral. No obstante, la mayoría de los vecinos son agricultores, pescadores artesanales o aserradores de maderas, que producen sus alimentos básicos y por temporadas algunos excedentes para la venta.

Al crecer la aldea se consolida la tendencia a configurar manzanas y el incremento del sector terciario conlleva a la diferenciación de estratos socioeconómicos. El gobierno muni-

principal edifica una escuela “moderna” en bloques o placas de cemento fabricados in situ, pilotes o losa de piso en concreto armado y tejas industriales; sigue un puesto de salud, una casa comunal (centro comunitario) o un centro de acopio de pescado o productos agrícolas, con su muelle y escalera de acceso; al mismo tiempo se van construyendo casas en estos materiales.

La persistente difusión de las tecnologías importadas verifica que, a través de sus programas de inversión, las entidades del Estado ejercen una influencia definitiva en la transformación de los prototipos constructivos endógenos, convirtiéndose en un factor de cambio importante.

Casos ejemplares son en el municipio de Tumaco, sobre la carretera que conduce a Pasto, el caserío Juan Domingo, con 125 casas y unos 540 habitantes en 1992; en el Atrato medio, Tagachí, con unas 130 casas y menos de 700 moradores; en la costa de Nuquí se encuentra Jurubidá, con cerca de 450 habitantes y unas 100 casas en 1990; en el Cauca señalamos Coteje, que contaba en 1994 alrededor de 110 viviendas habitadas por menos de 500 personas.

5. Cabeceras rurales

Se trata de aldeas mayores y demográficamente dinámicas que adquirieron cierto peso en el intercambio de la producción y la prestación de servicios a los habitantes de un territorio amplio, que incluye diversos núcleos de vereda, vecindarios rurales y aldeas, articulados en un tramo de un río, una zona costera o una franja de poblamiento constituida a lo largo de una carretera.

Con frecuencia tienen la categoría de corregimientos regidos por un inspector de Policía, designado por el alcalde del municipio y con potestad para intervenir en asuntos administrativos sencillos, tales como hurtos de menor cuantía, disputas entre vecinos y parientes por asuntos relacionados con la delimitación y posesión de solares residenciales, y permisos para el funcionamiento de tiendas y cantinas y la celebración de bailes rentables. Sin embargo, alcanzando una fase de desarrollo superior, las cabeceras rurales más pujantes demográfica y económicamente adquieren la morfología y las funciones de un pequeño centro urbano y tienden a desempeñar el papel de polos de cuenca o comarca. Entonces pueden ser elevadas al nivel de cabeceras administrativas de un nuevo municipio, dando un salto cualitativo, como ocurrió recientemente con Bojayá (Bellavista), Vigía del Fuerte, Docordó o Managrú¹².

12. En los últimos 20 años se advierte un cierto auge en la fragmentación territorial por medio de la segregación de nuevas unidades municipales: Unguía (Acandí, 1979), Docordó o litoral San Juan (Istmina, 1993), Managrú, Cantón de San Pablo (Istmina, 1995), Salahonda, Francisco Pizarro (Tumaco, 1977), Olaya Herrera (Mosquera, 1979).

La mayoría de estos asentamientos presenta un trazado sencillo, definido por calles y manzanas, aunque en algunos casos la trama urbana es bastante elemental. Un centro de salud atendido por una enfermera permanente y un médico ocasional, dos o tres escuelas de primaria, una casa comunal y una Inspección de Policía rudimentaria configuran un equipamiento comunal y administrativo mínimo, que permite satisfacer la demanda de servicios básicos de los habitantes del territorio que influyen. Además, un conjunto de tiendas, graneros y uno que otro almacén especializado los abastecen con víveres, ropa y algunos insumos destinados a la producción primaria.

La transformación en centro administrativo de un municipio propicia la construcción de varias edificaciones modestas destinadas a la gestión estatal local; aunque en muchas ocasiones la Alcaldía y sus distintas dependencias, el hospital, la concentración escolar y Telecom funcionan en espacios precarios y poco adecuados. También fomenta una prosperidad relativa del comercio y de pequeñas empresas de transformación artesanal; en la calle más importante del poblado se instalan una sucursal de la Caja Agraria¹³ o de una cooperativa, surgen aserríos o carpinterías y se ofrecen servicios técnicos de mantenimiento o reparación de equipos sencillos (motores fuera de borda, motosierras, radios), se adecuan en las casas locales para tiendas y algún almacén para la venta de confecciones, miscelánea, utensilios domésticos, tejas, cemento y diversas herramientas de trabajo.

No obstante, la oferta de bienes y servicios es deficiente en cobertura y calidad y los moradores se ven obligados a desplazarse, en canoa de motor, barco, buses de escalera o taxis colectivos, hasta los centros de influencia regional más próximos para buscar atención médica y hospitalaria, comprar mercancías de poca demanda en la cabecera rural o hacer gestiones de orden administrativo en oficinas estatales de nivel departamental o en dependencias descentralizadas del gobierno nacional.

La diversificación de las actividades laborales que implica el crecimiento del sector terciario perfila la segregación espacial de las funciones urbanas, por medio de un sector central donde se distinguen una o varias calles destinadas a usos combinados residencia-comercio e institucionales, y de la configuración de agrupaciones de vivienda con características tecnológicas y formales distintas a las habituales. Aunque persiste el reconocimiento de familias e individuos por sus apellidos (linaje) y origen, y se mantienen los vecindarios de parientes, se asoma la noción de “barrio” ligado a clase o grupo social diferente; la comunidad pierde gran parte de su identidad y solidaridad colectiva. La vivienda adquiere el atributo de sitio de trabajo, se vuelve rentable y complementa los ingresos familiares, su construcción incorpora numerosos elementos modernos.

13. Reestructurada y transformada actualmente en Banco Agrario, fueron suprimidas muchas de sus sucursales.

Entre las cabeceras rurales con estructura física más sencilla están: Cajapí del Mira, con cerca de 110 viviendas y 500 residentes; en el litoral norte se destaca Cupica, agrupando 161 viviendas y 720 habitantes; Pie de Pató, cabecera del alto Baudó, que en 1993 reunía menos de 1.600 habitantes; en la comarca de Guapi, San Antonio de Guajui, con menos de 200 casas y unas 600 personas; en el río San Juan se registran Noanamá y Docordó, la primera de cerca de 100 viviendas y unos 340 moradores, la segunda llegando a 900 habitantes.

Ejemplos ilustrativos de aquellas más extensas y con características de pequeños centros urbanos son: en Nariño, el poblado de Chajal con 307 casas y 1.811 habitantes, en 1992; Yuto, aproximándose a 400 casas y 1.900 habitantes; en la zona costera limítrofe con Panamá se ubica Juradó, donde el censo de 1993 registró casi 2.300 individuos; El Valle (municipio de Bahía Solano) con cerca de 1.900 habitantes residiendo en 355 casas en 1994. En el litoral sur se encuentra El Natal, con 300 casas y 1.625 personas.

Algunas poblaciones, como Timbiquí y López de Micay, próximas a 2.500 y 4.000 habitantes respectivamente, tienden por su dinámica y funciones a situarse en la categoría superior. No obstante, sus equipamientos colectivos no están a la altura de sus funciones.

6. Polos de cuenca o comarca

Generalmente cabeceras municipales en tránsito hacia la categoría de ciudades pequeñas, con dominio sobre un río y su cuenca, una comarca costera o una zona conectada por un camino carreteable. Concatenan en su entorno varios corregimientos y aldeas con sus zonas productivas, conformando *confederaciones aldeanas* que interactúan con otros subsistemas similares y con los polos de influencia regional. En muchos casos estos subsistemas y sus áreas rurales configuran subregiones geo-económicas que pueden cobijar varios municipios o zonas importantes de ellos.

De acuerdo con los registros del Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas -DANE- y el Servicio de Erradicación de Malaria -SEM-, en 1993-1994 oscilaban en una escala amplia de tamaños, que incluían desde 1.000 hasta 11.000 moradores, lo cual confirma el peso del papel en la administración del territorio y en el intercambio de bienes y servicios frente a la cantidad de sus moradores.

Están dotados con un equipamiento sencillo, acorde con sus funciones como centro administrativo de escala municipal y polo de servicios terciarios diversificados: Alcaldía, Inspección de Policía, Notaría, Juzgado, Registraduría, a veces reunidos en un "Palacio Municipal"; varias escuelas, 2 ó 3 colegios de bachillerato clásico o técnico; distintas dependencias descentralizadas del nivel nacional o regional (Inderena, PNR, Idema, Codechocó o CVC); una sucursal de un banco o de la Caja Agraria, una cooperativa; oficina de Telecom,

el hospital, de nivel local u *hospitalito*; tiendas diversas y almacenes con cierta especialización; 1 ó 2 parques, canchas de deportes; 1 ó 2 iglesias, cementerio.

En el sector central y en el pericentro el trazado afirma la retícula ortogonal y la división en predios pequeños de tipo urbano, donde la construcción deja únicamente libre un patio posterior o central; pero hacia la periferia se extienden digitaciones o núcleos residenciales de origen reciente con características semi-rurales y marcada persistencia de los rasgos aldeanos: espacios entre casas sin ocupar destinados a actividades agrícolas, solares residenciales amplios que admiten cultivos y cría de marranos, calles o senderos apenas esbozados, vecindarios de linaje.

Las siguientes poblaciones actúan como polos de cuenca o comarca:

Polos de cuenca y comarca	Número de habitantes Según censo 1993
Barbacoas	8.668
Bocas de Satinga (Olaya Herrera)	4.968
El Charco	4.087
Guapi	9.927
La Tola	1.082
Istmina	11.344
Lloró	1.666
Nuquí	2.642
Pie de Pató (alto Baudó)	1.569
Pizarro (bajo Baudó)	5.229
Puerto Merizalde	Sin dato
Puerto Mutis (Bahía Solano)	2.665
Riosucio	4.554
Iscuandé	1.323
Tadó	6.932
Vigía del Fuerte	1.279

7. Epicentros regionales

Nos referimos anteriormente a Quibdó, Tumaco y Buenaventura por ser polos subregionales con influencia y atracción sobre una serie de asentamientos menores. Estas tres ciudades presentan los mayores grados de desarrollo y complejidad en la red urbano-regional; las dos últimas cumplen el papel de cabeceras de los municipios que llevan su nombre, mientras que la primera es capital del Departamento del Chocó. Económicamente son centros de intercambio y de transferencia de las materias primas hacia las metrópolis nacionales que influyen el territorio regional, y con distintos niveles de especialización socio-productiva, están afectados por movimientos migratorios y pendulares intra-regionales significativos y por una gran demanda de servicios diversos.

El Puerto de Buenaventura, con cerca de 190.000 habitantes censados en 1993, y alrededor de 300.000 hoy en día, es el centro urbano de mayor importancia en la región. Su radio de atracción e influencia se extiende desde la bahía de Solano hasta la bahía de Guapi. La ciudad de Quibdó, que contaba alrededor de 68.000 habitantes en 1993, influye la cuenca del río Atrato. El área urbana de Tumaco presenta características similares a las de Buenaventura, aunque es de menor tamaño (unos 71.400 habitantes en 1993) y su área de influencia territorial es proporcionalmente más amplia.

8. Epicentros externos

- a) La ciudad de Pasto, principal centro urbano del sur del país, avasalla un espacio bastante amplio que se extiende hasta la costa nariñense, capta gran cantidad de productos y servicios para distribuirlos en su área de influencia.
- b) Cali, metrópoli regional del sur-occidente, subyuga las zonas costeras de los departamentos de Nariño, el municipio de Buenaventura, y un corredor fluvial que involucra al río San Juan hasta la altura de la población de Istmina (Chocó).
- c) El área metropolitana de Medellín opera sobre la parte central del Chocó y hacia el Golfo de Urabá, influyendo decisivamente la cuenca del río Atrato y la parte alta de la cuenca del río San Juan.
- d) Desde el noroeste de Antioquia incide Turbo, puerto marítimo con 32.500 habitantes en 1993, que depende de Medellín y domina la zona norte del río Atrato.

Evolución e importancia de la red aldeana

La dimensión y vigencia de la red aldeana y sus categorías demográficas se registran con precisión en las listas que elaboraron los fumigadores itinerantes del SEM¹⁴, entidad que operó hasta mediados de la década de 1990. Durante el periodo 1990-1994, en las 30 jurisdicciones municipales de los 4 departamentos que tienen costas sobre el Océano Pacífico, excluyendo las cabeceras administrativas, anotaron cerca de 4.399 localidades rurales de todo tipo y magnitud, que albergaban alrededor de 426.735 habitantes distribuidos en 102.299 viviendas. Separando los hábitats dispersos y las cabeceras municipales, se

14. Recorrieron ríos, playas y caminos, levantaban mapas y croquis, indicando las viviendas. La información de campo se convertía en listas estadísticas anuales agrupadas por municipios y zonas de poblamiento. En los 10 municipios costeros de Nariño censaron 808 localidades, 32.194 viviendas y 158.609 moradores. En los 3 municipios del litoral caucano indicaron 624 lugares, reuniendo 9.930 casas con 42.223 pobladores. El inmenso municipio de Buenaventura (Valle del Cauca) englobaba 411 sitios poblados y 11.391 viviendas habitadas por 37.141 personas. En los 16 municipios del Chocó los lugares registrados ascendían a 2.556, agrupando 49.414 viviendas con 188.762 habitantes.

identificaron 2.398 localidades que agrupaban más de 3 viviendas y configuraban las constelaciones de aldeas y núcleos de vereda o corregimiento.

Es notable la proliferación de núcleos preurbanos y de aldeas pequeñas, pues la mitad de las aglomeraciones tenía menos de 20 casas, aproximadamente la cuarta parte contaba entre 20 y 40 viviendas, y sólo se observaron 5 asentamientos superiores a 300 viviendas.

La trayectoria demográfica y física de las distintas categorías de poblados, su morfología urbanística y la arquitectura de la vivienda tienen una correlación con las particularidades de su entorno natural y dependen en gran parte de los recursos que éste proporciona al habitante. También es evidente que la persistencia de las modalidades de apropiación del suelo residencial y productivo, fundamentadas en la herencia y el desmonte de tierras sin uso, y la estructura particular de la familia, inciden de manera definitiva en las características formales y espaciales de estos asentamientos humanos.

Se destaca la evolución progresiva de diversas aldeas hasta su conversión en pequeños centros terciarios, al servicio de ámbitos comarcales. En su transformación actuaron el crecimiento poblacional por multiplicación de los hogares parentales, la diversificación de la producción agrícola y forestal, y la vinculación creciente de los moradores a actividades comerciales y administrativas estatales de segundo o tercer orden.

Estos factores suscitan y dinamizan las demandas de la población radicada en los case-ríos y hábitats dispersos vecinos, articulan los territorios locales al mercado y a la economía nacionales, y provocan una diversificación social y laboral ascendente que favorece la segregación de los municipios existentes y la constitución de nuevas cabeceras en los mismos.

Al aumento demográfico de los últimos 50 años corresponden el poblamiento de nuevas áreas, el incremento del espectro productivo y la ampliación de las fuentes de supervivencia e ingresos familiares, aunque la economía continúa apoyándose principalmente en el sector primario. Se mantiene viva la producción agrícola de plátano o arroz; incentivadas por el consumo urbano, las prácticas de recolección se extendieron, según las vocaciones agrológicas, a la palma de naidí, el chontaduro, los moluscos del manglar. La minería del oro y del platino presenta dos formas, arcaica y popular una, mecanizada y con inversiones foráneas la segunda. En el litoral pequeños enclaves de agro-economía capitalista generaron unas pocas empresas pesqueras, camaronerías o de palma de aceite. Las décadas más recientes vieron un incremento de las actividades forestales y la multiplicación de los aserríos procesadores de maderas que conforman lo esencial del sector secundario.

Con los cambios económicos y espaciales los poblados parentales se despojan de los rasgos que caracterizan las comunidades domésticas que los originaron, establecen vínculos definitivos con el sistema capitalista dominante y evolucionan hacia comunidades campesinas modernas. En el conjunto de asentamientos vinculados a los centros locales más desarrollados prosperan modelos sociales y de organización espacial exógenos y diversos

elementos del modo de vida urbano. En consecuencia, se producen alteraciones significativas en las modalidades tradicionales de distribución de los solares residenciales y en el manejo de los espacios de carácter público, que culminan en rupturas de los tipos autóctonos de organización urbanística y arquitectónica. Asimismo, evolucionan las modalidades de construcción y los patrones estéticos y formales de la vivienda.

Villorrios y aldeas perduran y se desarrollan mientras se mantienen las circunstancias que los gestaron e impulsaron; cambiando éstas se modifican su trayectoria demográfica y su rumbo espacial y social. Los afectan particularmente diferentes eventualidades y factores adversos: unas amenazas provienen de su localización y forma de inserción en el medio natural o del movimiento de la sociedad y su economía; otras se originan en sus relaciones con el sistema urbano nacional y en el estado de violencia crónica que padecen algunas zonas rurales.

Si se debilita la fuente productiva y de ingresos familiares que fortalece y sustenta al poblado, éste decae y puede desaparecer. Por ejemplo, cuando se estanca el aserrió, fracasa la empresa agrícola vinculada al asentamiento parental o termina abruptamente un programa estatal de desarrollo social y agrícola que incentivó el cultivo del arroz, el coco y el borojó, o la pesca artesanal. Entonces una fase de relativa prosperidad económica es sustituida por un retroceso, que suscita la emigración de numerosos jóvenes, a veces de familias enteras, para buscar trabajo en los epicentros regionales, los pequeños centros urbanos locales o en las grandes metrópolis nacionales que influyen la región¹⁵.

En los últimos 10 años, particularmente en algunas comarcas, a los movimientos migratorios se sumaron continuos desplazamientos forzados, masivos o de nivel familiar, generados en la expulsión violenta de campesinos por grupos armados de distinta índole e intereses que se disputan el dominio del territorio. Olas periódicas de los mal llamados “desplazados” hinchaban las zonas periféricas urbanas, se acomodaban provisionalmente en un estadio, en campamentos precarios, en una escuela de la cabecera municipal o en casas de parientes residentes en otros poblados, esperando un posible retorno para el cual, con frecuencia, no se dan las condiciones necesarias. Los casos más notables y recientes son los de Nabugá, localizado en las costas del municipio de Bahía Solano; Juradó, sobre la frontera con Panamá; y el éxodo producido en el Atrato medio.

En numerosas ocasiones fenómenos naturales, como inundaciones, avalanchas, maremotos, deslizamientos de tierra y terremotos, que averían seriamente las casas y arrasan el espacio público y el entorno productivo o significan alto riesgo para los moradores, actúan como factores de expulsión de la población. De modo que unos caseríos periclitaban definiti-

15. En el río San Juan, por ejemplo, registramos la declinación del caserío de Cucurupí y el freno operado en la evolución económica de Copomá y Taparal, cuando entraron en crisis los aserriós de la familia Murillo.

vamente; mientras que otros se reubican y comienzan en otro sitio, quizás en condiciones diferentes, un nuevo ciclo de desenvolvimiento. También la ejecución de grandes proyectos estatales o privados puede operar importantes mutaciones en las modalidades tradicionales de ocupación y ordenamiento del territorio y en la configuración de las constelaciones aldeanas que son afectadas.

Todos los eventos señalados se traducen en una permanente redistribución de la población, que se expresa en recomposiciones de las redes aldeanas y del sistema urbano tradicional.

Los vecindarios parentales

Uno de los fenómenos socio-espaciales más característicos de los caseríos es la configuración de zonas claramente diferenciadas, donde se agrupan exclusivamente los descendientes directos de los primeros ocupantes de la localidad y personas foráneas que establecieron con ellos uniones conyugales; constituyendo *vecindarios parentales* o *barrios de linaje*, cuyo número y extensión dependen de la dinámica demográfica y de la disponibilidad de terrenos en los predios originalmente apropiados por las parejas fundadoras. Como se indicó, estas congregaciones de parientes se delinean en la fase de hábitat disperso por medio de la repartición de pedazos del predio original entre la progenie y se estructuran a medida que ella se multiplica y crece la demanda de solares para vivienda. De tal manera que, cuando el núcleo veredal alcanza el umbral de 20 casas, se pueden identificar, según el caso, dos o tres vecindarios, donde quedan algunos sitios libres disponibles para casas.

Dos factores principales, de orden socio-cultural, inciden decididamente en la configuración del vecindario consanguíneo:

- a) La tradición de otorgar anticipadamente, “en vida», la herencia a los hijos o nietos –incluso a los sobrinos– para proporcionarles tierras de labranza o solares para la casa cuando conforman nuevos hogares¹⁶. Juana Camacho [1999], en su investigación sobre el golfo de Tribugá, señala que en las familias negras de la costa chocona se hereda de padre y madre, y constata esta costumbre, que también examinamos en la bahía de Solano:

La asignación del patrimonio se debe hacer en vida, de manera personal y a través de la palabra con el fin de minimizar los conflictos entre los hijos por la herencia. La repartición en vida permite a los hijos empezar a trabajar sus parcelas y organizar su producción agrícola independientemente.

16. La reconstrucción de la trayectoria histórica y demográfica de varios asentamientos aldeanos permitió constatar este fenómeno y estudiarlo detalladamente.

b) La solidaridad ancestral que conlleva a parientes y compadres a “vivir cerquita para acompañarse” y apoyarse mutuamente en las labores productivas y domésticas, como en la crianza de los niños.

El fenómeno tiene su máxima expresión en aldeas menores demográficamente pujantes que cuentan 40 ó 50 viviendas, como es el caso de la playa de Huina (Bahía Solano), la cual en 1998 presentaba 6 núcleos diferenciados, reconocido cada uno de ellos como propiedad de un grupo familiar descendiente directo de la pareja que fundó la playa a principios del siglo XX.

No obstante, en el seno mismo del vecindario, en su dinámica humana y en el fortalecimiento de los lazos de parentesco está implícita su contradicción: el terreno patrimonial es limitado y llega un momento en que la demanda constante de solares por motivo de alianzas matrimoniales agota las posibilidades de reparto de la herencia. Entonces los miembros más jóvenes de la familia extensa ya no pueden construir cerca al padre, la madre, la abuela o el abuelo; se ven obligados a trasladarse a predios alejados del núcleo parental original, cedidos por un pariente consanguíneo o por un “pariente político”. Contribuye a tal desmembramiento espacial la presencia de agentes externos que suscitan la compra-venta de terrenos, introduciendo rupturas en el modo dominante de acceso a los solares residenciales y reduciendo las oportunidades de los nativos, quienes a veces tienen que pagar el solar de la casa a un pariente que abandona el sistema de herencia y de cesión gratuita¹⁷.

En las poblaciones de mayor tamaño y complejidad, como Nuquí o Puerto Mutis (Bahía Solano), se van desdibujando los *barrios de linaje*. En las ciudades el grupo parental intenta reproducir el vecindario familiar en unas condiciones distintas y muy adversas para la reunión de varios hogares consanguíneos en un mismo predio. En primer lugar han cambiado las modalidades de acceso al suelo residencial y ya no es posible adquirirlo a través de la herencia o cesión de un familiar. *Es preciso comprar el lote a un extraño, invadirlo, o hacerlo*, practicando un relleno en zonas de bajamar, al borde de un estero o al pie de un caño urbano. En segundo lugar, el intento de transposición urbana del vecindario parental aldeano en un loteo catastral urbano de reducidas dimensiones actúa en detrimento de las condiciones de habitabilidad por medio del incremento de la densidad y de manifestaciones marcadas de hacinamiento.

En Tumaco, Quibdó o Buenaventura la parentela se avecina en un barrio o sector urbano con fuerte presencia de migrantes del mismo río o zona; según las posibilidades se distribuye en una manzana o en varias manzanas cercanas, a veces se reúnen dos o tres familias

17. Odile Hoffmann y Nelly Rivas constataron estas observaciones en el río Mejicano y en Tumaco [1999].

en un predio pequeño, previsto para alojar únicamente un hogar. En estos casos operan redes parentales y de paisanaje de ayuda y solidaridad que se extienden a diversas zonas de la ciudad y cobijan grupos sociales distintos; sin embargo, estas prácticas no son exclusivas de las familias afrocolombianas¹⁸.

En las metrópolis externas que influyen la región, estudios como el de Fernando Urrea [1996, 1999] sobre Cali descubren el papel destacado de dichas redes en la concentración de población afrocolombiana en unos sectores urbanos originados en tomas de hecho de terrenos ociosos. Refiriéndose a la tipología de familias migrantes de la costa Pacífica en Cali, dice este investigador [1996]:

El parentesco no es otra cosa que el sentido de pertenencia a un grupo de origen, según las prácticas de filiación y adscripción que operan en el orden sociocultural. Pero más que un grupo doméstico ampliado o extenso, con una organización bien delimitada y en donde el parentesco funciona bajo pautas precisas, puede ser útil la idea de red en el sentido de grupos fluidos de parientes bajo la modalidad de distintas unidades domésticas en varias generaciones y ciclos de vida que, sin compartir un espacio socio-geográfico próximo, están unidas por alguna clase de nexos de parentesco.

Hábitats de comunidades aborígenes

Los hábitats modernos de estas comunidades se manifiestan en forma de pequeñas unidades productivas dispersas, de viviendas familiares aisladas y de caseríos ubicados sobre taludes altos y secos de los ríos.

Los tambos dispersos se localizan con frecuencia varios metros adentro de la ribera, en una pequeña eminencia que domina el río y permite gozar a sus moradores de una doble vista sobre el tramo alto y el bajo. El abierto que configura el solar tiene una forma semicircular de unos 20 ó 30 metros de diámetro y deja espacio para las labores domésticas; aledaños se hallan platanales y sembrados de yuca o maíz. Una quebrada limpia muy cercana a la casa proporciona el agua para el uso doméstico, el lavado de la ropa y el aseo cotidiano; en la orilla del río las canoas definen el *embarcadero*.

En una explanada o *claro* se pueden agrupar 2 ó 3 tambos pertenecientes a hogares emparentados o a una familia extensa separada por hogares consanguíneos en casas vecinas, distanciadas 5 ó 10 metros unas de otras. Igualmente se pueden detectar estos nexos familiares en tambos aislados ubicados en un amplio y poblado tramo de río.

18. Es también significativo al respecto el trabajo que presenta Quintín [1999]. Mosquera Rosero lo examinó en Cartagena [1994].

Por su volumen demográfico y sus dimensiones los caseríos se sitúan en las primeras categorías de la tipología urbano-aldeana: unos reúnen menos de 10 hogares, muchos alcanzan 20 a 30 tambos y excepcionalmente agrupan alrededor de 100 familias. Por su origen y trayectoria merecen un estudio particular, que amplíe los escasos trabajos dedicados exclusivamente a la arquitectura y la organización espacial aborígenes, como aquellos de Carlos Morales y Dicken Castro [1983], y Jacques Aprile-Gnisset [1987].

En los ríos San Juan, Atrato, Baudó, Chorrí, Juribidá y Nuquí se observan dos tipos de hábitat nucleado. El primer grupo corresponde a caseríos pequeños localizados sobre mesetas altas delimitadas por un río y una quebrada, donde las moradas se ubican alrededor de un espacio abierto central que tiende a ser de forma circular; el perímetro externo está delimitado por rastrojos *tallos* y *derribados*, con cultivos familiares de plátano, maíz, yuca o caña. El segundo grupo está integrado por poblados extensos y de forma lineal, con una o dos calles, que pueden ser asimilados a la categoría de aldeas menores o cabeceras rurales.

La vivienda, su tecnología y arquitectura

En los hábitats dispersos y en los centros poblados más característicos, los modelos formales y tecnológicos de la vivienda transitaron desde un dominio de las modalidades de construcción autóctonas hacia su modernización por medio del empleo de materiales de procedencia industrial y de técnicas exógenas. En el transcurso de más de 150 años, en distintos momentos y en ciertas condiciones que lo propiciaron, las comunidades fueron adoptando nuevos materiales y técnicas de construcción.

Se configuraron así tres prototipos arquitectónicos básicos: autóctono, tradicional y moderno. Sin embargo, el paso de un modelo tecnológico al siguiente generó unos tipos de transición que combinan elementos del modelo que tiende a sustituirse con elementos de aquel que se está introduciendo. Ahora bien, cada uno de esos prototipos formales y constructivos ha sido objeto de una evolución que se articula a cambios culturales y económicos.

Pero antes de entrar a examinar la manera como se fue modificando la morada autóctona para llegar a los patrones y modelos vigentes actualmente en los campos o en los centros urbanos del Pacífico, es necesario insistir en factores que consideramos imprescindibles para entender los cambios que se produjeron en los siglos XIX y XX.

Por doquier en la región, *el único objeto arquitectónico vernáculo es la vivienda*, pues la arquitectura tiene por objetivo prioritario y exclusivo el albergue del habitante. En la fase primaria de un asiento gregario *todas las edificaciones son casas* y sólo surgen construcciones con otro destino cuando del crecimiento del asiento nacen necesidades colectivas y se producen irrupciones arquitectónicas y tecnológicas externas con *objetos importados*, como pueden ser la capilla, la escuela o el puesto de salud.

Se señaló atrás que los rasgos arquitectónicos de la vivienda rural negra, dispersa o nucleada en caseríos, están muy marcados por su localización geográfica, los condicionantes del medio natural cálido y húmedo, la estructura particular de la familia y el desarrollo de la producción agraria.

Durante siglos la morada no fue más que *un techo*, un albergue de duración efímera y un bien de uso *desechable* y sin ningún valor comercial. Más tarde, la división social del trabajo y la incipiente estratificación social resultante ocasionaron una ideología de la vivienda. Se pasó de la necesidad a la aspiración, de lo semejante a lo diferente, y finalmente *del bien de uso al bien de cambio*. Lo anterior significa que *el abanico tipológico de la vivienda es proporcional al grado de división del trabajo y la consiguiente complejidad social de un asentamiento*.

Los modelos autóctonos

1. La vivienda aborígen

Las moradas de los aborígenes, ya sean nucleadas o aisladas, conservan hoy en día las características del tambo ancestral, siendo un excelente ejemplo de la adaptación de una edificación a las condiciones del medio natural. Los elementos esenciales de la construcción son los pilotes altos que la protegen de posibles inundaciones, la plataforma del piso, que generalmente es de planta cuadrada u octogonal, y el gran techo cónico construido con hojas de palma, que desborda ampliamente la plataforma del piso y desciende hasta cerca de uno o dos metros de ella.

No existen paredes exteriores y excepcionalmente se encuentran algunas divisiones internas. En el texto *Habitats aborígenes* [1987], señalaba Jacques Aprile-Gnisset:

La casa es «transparente», el ojo la atraviesa y llega hasta las casas vecinas, las áreas públicas, el entorno agreste, el río y el mar lejano. Además de las comunicaciones visuales, la casa «transparente», con su amplio alero, elimina olores, humos y humedad, garantiza frescura y ventilación, y mantiene una iluminación suficiente sin luz directa.

En los caseríos de origen reciente se observa la transferencia del modelo rural sin búsqueda de mayor privacidad en el interior, la casa mantiene las relaciones directas con el entorno agreste y el vecindario.

La estructura portante es doble, pues disocia los componentes que soportan la cubierta de aquellos sobre los que se apoya la plataforma de piso. El proceso constructivo se inicia con la estructura de la cubierta, hincando en el suelo cuatro postes u horcones altos en maderas duras, generalmente en guayacán negro, que forman un cuadrado de 4 a 5

metros de lado; encima se colocan las vigas o soleras de techo y se continúa con un cono de varas en palos redondos de poco peso, pero muy resistentes. Sobre estos, empezando a la altura del alero y subiendo en círculos concéntricos hasta llegar a la cúspide, se fijan las cintas de bambú o las varas delgadas, que reciben el tejido de hojas de amargo.

El techo cónico es casi siempre circular, pero puede presentar cuatro aguas con aristas redondeadas. La cúspide termina en punta, en forma redondeada o tubular y, según el caso, el vértice se cierra con un elemento circular en hojalata o zinc, con una cerámica o con un caballete, sin dejar ningún hueco superior de iluminación o ventilación. En unos casos el alero se prolonga sobre un lado para cubrir una cocina o barbacoa adosada.

Culminado *el paraguas* de la cubierta, se levanta la plataforma de piso sobre pilotes cortos que sobresalen del suelo unos 2 metros y que, según el tamaño de la vivienda, varían entre 16 y 35. La plataforma es de forma cuadrada o rectangular y sus lados oscilan entre 5, 6, 7 y 8 metros, se arma sobre vigas soleras que se apoyan directamente en los pilotes y reciben los estrambutes; un tendido de esterillas de palma *de chonta* abierta configura el piso. Generalmente la superficie útil bajo cubierta fluctúa entre 36 y 50 metros cuadrados y es aprovechada como un espacio único de múltiples usos diurnos y nocturnos, por una familia nuclear que raramente pasa de 5 ó 7 miembros.

Los diversos componentes de la estructura y la cubierta se ensamblan por medio de cajas abiertas a machete, y se sujetan entre sí con bejucos de distintos diámetros y resistencia o pitas hechas con fibras vegetales. En ningún caso se registró el empleo de clavos [Aprile-Gnisset, 1987; Morales y Castro, 1983].

El tambo presenta tres niveles superpuestos. El primero, a ras del suelo y debajo de la casa, siendo que el piso por lo general está sobreelevado un 1,50 ó 2 metros; allí duermen los perros, se instala el gallinero o la marranera, se guardan herramientas, canoas y leña para cocinar. El segundo, o intermedio, entre el piso y las vigas de la techumbre, es el principal y concentra todas las actividades cotidianas y de relación, familiar y de vecinos, en un espacio abierto y sin separaciones interiores, al cual se accede por medio de la escalera tradicional en un tronco con muescas. En la zona posterior el fogón, colocado sobre el piso o en una plataforma-mesa y aislado con hojas y tierra arcillosa, identifica el espacio de la cocina, de unos 4 ó 5 metros cuadrados de superficie; el resto del espacio cubierto corresponde al estar y en la noche el dormitorio se concentra en la parte central. El entechado recibe un altillo, el zarzo, a veces con piso en esterillas, formando la planta superior: allí se guardan enseres, canastos ropa, víveres y productos agrícolas, utensilios, herramientas, etc.¹⁹

19. Vasco Uribe [1993] señala que los embera distinguen un cuarto nivel, "el fin de la vivienda, su cabeza, constituido por el ápice y el remate que lo cierra, sea éste de cerámica o madera", que los seres extraordinarios como los "mohanas" pueden llegar hasta el espacio debajo de la vivienda, y que guardan los "jais" en el zarzo.

A veces por medio de plataformas en esterillas, levantadas ligeramente del piso y adosadas al borde exterior de éste, se delimitan espacios para dormir; también se pueden anexas barbaconas para cultivo de plantas medicinales y aromáticas.

En algunos lugares, con marcadas influencias externas provenientes del clero evangelizador, de agentes institucionales o de maestros y maestras afro-colombianos o mestizos, el modelo tradicional está sufriendo unas transformaciones que pretenden modernizarlo. En los poblados de origen reciente la arquitectura del tambo embera o waunana toma algunos elementos de la casa campesina afrocolombiana, como son la estructura portante única, la techumbre a cuatro aguas, la planta ortogonal, el cierre progresivo de los espacios y la generalización de las paredes internas. No obstante, algunas transformaciones se produjeron desde tiempos atrás; Robert C. West [1957] registra dos tipos de casas entre los aborígenes y al respecto relata:

Las casas indígenas de hoy se parecen en muchos aspectos a las casas paradas en pilotes descritas por los cronistas. Denominadas tambos por negros y blancos, las casas indígenas son al parecer las casas de techo cónico y piso más o menos rectangular o cuadrado, que se encuentran entre los waunanas del bajo San Juan y el alto Doccampadó, entre los chocós de la alta cuenca del Andágueda, y entre los indios de habla chocó de los altos Sinú y San Jorge en Antioquia. El segundo tipo tiene piso rectangular y techo de cuatro aguas de poca pendiente, cuyo caballete es paralelo al largo de las casas. Este segundo tipo es más común ahora: lo utilizan casi todos los chocós, los cunas de Chucunaque en el Darién y los cayapas en Esmeraldas. Según Nordenskiöld, la verdadera casa chocó es redonda y de techo cónico; los propios indios creen que el piso rectangular fue introducido por los españoles o por los negros. Tanto el tambo "redondo" como el rectangular se distinguen de la casa negra por la ausencia de paredes: la plataforma elevada sólo está protegida del viento y la lluvia por el techo de hoja de palma.

Volviendo a nuestros días, citamos el ejemplo de la aldea de Chorí, en el municipio de Nuquí, donde se construyeron una escuela y una casa para la maestra, de planta rectangular, con cuarterones y tablas aserradas unidas con clavos, techo en eternit fijado con ganchos metálicos y paredes y puertas en madera. Este núcleo de servicios elementales actuó como factor de cambio formal y tecnológico, pues se convirtió en modelo de referencia para algunos jefes de hogar. Surgieron después: una casa de planta rectangular muy alargada con paredes en cañabrava y esterillas de chonta; otra destinada a cantina con cerramientos interiores y exteriores en tablas aserradas, y la fachada pintada con colores agresivos. Por último, combinando el modelo importado con el modelo ancestral, el jefe de la tribu edificó su casa conservando los pilotes altos que dejan libre la planta

baja, la escalera de tronco con muescas y la doble estructura de piso y techo, y el espacio único abierto en sus cuatro costados, pero bajo un techo a dos aguas en “tejalita” (eternit); ensambló los componentes estructurales y los cerramientos con clavos y construyó el piso en tablas aserradas. También nos llamó la atención en esta misma localidad una adecuación estética contemporánea: los techos en palma “motilados” en su parte baja para conformar una línea recta.

En su bello texto *Deará: la casa de los hombres*, Luis Guillermo Vasco Uribe recuerda tambos de los chamíes, emberas de montaña de Risaralda y Valle del Cauca, emberas del Saija o noanamás del Micay:

todos ellos con amplias modificaciones como resultado de los procesos de contacto y negación por parte del blanco o de adaptación a territorios de mayor altura sobre el nivel del mar que los de las tierras bajas del Pacífico. [...] El ejemplo de los blancos, la presión de los misioneros y otros agentes de la sociedad nacional en contra del “hacinamiento” y la “promiscuidad” de las viviendas emberas han obligado a estos a introducir tabiques internos que dividen la casa en sala y cuartos y aíslan la cocina, estas divisiones también son de esterilla de guadua y tienden a ser muy bajas, a veces sólo hasta la mitad de la altura.

La tendencia a estos cambios en la vivienda también se registró en distintos caseríos de los ríos Atrato, Nuquí, San Juan, El Valle y Naya, donde la introducción de materiales y tecnologías foráneas está rompiendo las concepciones ancestrales sobre la arquitectura, y reduciendo en alto grado las calidades estéticas y el confort ambiental que proporciona el tambo tradicional.

2. La casa pajiza afrocolombiana

En toda la región es notable la persistencia histórica del sistema tecnológico heredado de los aborígenes. En los *rancheríos de minas* de la Colonia, los esclavos ocupaban chozas que edificaba para ellos la población nativa reducida a la condición de servidumbre. De esta manera, siguiendo las instrucciones de encomenderos o dueños de las minas, los materiales y la tecnología constructiva del tambo original, su volumen, forma y dimensiones se adaptaron a las nuevas circunstancias; el techo cónico en palmiche se convirtió en cubierta a dos o cuatro aguas, la planta circular se volvió ortogonal y cuadrada, y se colocaron algunas paredes, pero se conservaron los pilotes altos para proteger la morada de las inundaciones, la humedad y los animales salvajes, dejando así un espacio útil debajo de la plataforma del piso.

Durante la colonización agraria que comenzó a mediados del siglo XIX con frecuencia los descendientes de africanos construyeron su morada sobre este modelo híbrido y de

síntesis étnica y cultural, cuyas principales características son: pilotes en troncos de palmas duras y estructura del piso o la techumbre en palos redondos con un procesamiento mínimo, ensamblados con cajas abiertas a machete y bejucos previamente remojados y trenzados; cubierta en hojas de palmas traslapadas y alternadas, colocadas sobre una malla de cintas en guadua; piso y algunas paredes en esterillas de palma o guadua; fogón de barro seco sobre una plataforma elevada y con los tres *tucos* de leña al estilo indígena, escalera tallada en un tronco grueso. Se circula y vive en un espacio único con una cocina arrinconada.

Durante el siglo XX este patrón arquitectónico constructivo de raigambre indígena se fue regando en los poblados y en los campos. Su persistencia a lo largo de más de 150 años ha sido registrada y descrita por investigadores de distintas disciplinas. Recordemos los dibujos que hizo Manuel María Paz cuando, alrededor de 1850, la Comisión Corográfica recorrió las provincias del Chocó, Barbacoas y Buenaventura, que muestran por doquier casas levantadas sobre pilotes, con techos pajizos y paredes en palmas abiertas o guadua.

Casi 100 años más tarde, el tomo 6 de la *Geografía económica de Colombia*, dedicado al Chocó y publicado en 1943, detalla una “vivienda campesina todavía más precaria, inconsistente e incómoda” que la urbana, de techo pajizo y sustentada sobre “zancos” hasta de un metro de altura, con una puerta central y escalera “de un solo palo”. Una pared interior de palma de chonta o de barrigona, “madera resistente pero muy deteriorable por la humedad, que sirve al campesino chocoano para construir pisos y paredes”, conformaba dos compartimientos: la sala, en uno de cuyos extremos se encontraba una tarima en palma, y la alcoba, común para toda la familia, que cuando era muy numerosa se repartía en ambos espacios para dormir. Casi siempre separada del cuerpo principal de la construcción, y en forma de caidizo, se levantaba la cocina, con un fogón central, hecho de barro con piedras, muy grande, de baja altura y muy incómodo. Debajo de la casa se criaban cerdos, pero las autoridades de higiene chocoana estaban empeñadas en obligar a los dueños a que construyeran porquerizas independientes distantes de la habitación.

Hacia 1957, Robert C. West, en su libro *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*, relata:

Aunque las casas de los negros difieren de las de los indios en muchos aspectos, mantienen los rasgos aborígenes fundamentales: los pilotes, los materiales, las técnicas de techar y las características interiores.

Describe un prototipo muy similar al anterior, estructurado sobre 4 ó 6 horcones labrados en guayacán, con pisos en esterillas de palma barrigona o chontaduro abierta, paredes

en el mismo material y techo a cuatro aguas con hojas de palmas de amargo, corozo o naidí; e indica que 25 años atrás, antes de que se consiguieran puntillas baratas, “todas las vigas y postes se amarraban con lianas, al estilo indígena –una costumbre que aún se practica en algunas áreas aisladas”.

Más adelante, el autor señala que este modelo también se encuentra en las afueras y en los barrios más pobres de los pueblos mineros y los centros urbanos; identifica, asimismo, el tipo de casa urbana *española*, que se levantaba en dos plantas con los materiales vegetales y había tomado algunos elementos de la arquitectura española, como los balcones sobre la calle, adornados con calados de madera, y la escalera de acceso al segundo piso. La casa estaba parada sobre pilotes altos que permitían acondicionar un piso útil debajo de la plataforma de piso para dedicarlo a almacén, espacio social u oficina, en la segunda planta estaban las habitaciones. No obstante, el techo pajizo estaba siendo reemplazado por tejas de zinc y las esterillas en palma por tablas aserradas mecánicamente.

Virginia Gutiérrez de Pineda [1975] afirmó:

La vivienda se adapta a las condiciones ecológicas: se construye en la zona superhúmeda de la vertiente del Pacífico, sobre pilotes, típica casa india, que pasó al grupo blanco y al negro a través de la mita minera. Un gran cuarto constituye el cuadrilátero de la vivienda, que sirve de almacén, sitio de reunión, comedor, dormitorio y cocina. Carece de instalaciones sanitarias, servicio de agua y defensa contra los insectos, alumbrado eléctrico, y el menaje es reducido al mínimo. Ésta es la vivienda estable porque la temporal, construida en las rozas o en sitios de minería eventual, caza y pesca, es más rudimentaria. Tampoco está técnicamente equipada para defender a su morador de inclemencias de su hábitat, clima, vegetación, vectores de enfermedad, etc., ni para proporcionar las condiciones mínimas de confort y estímulos a la vida gregaria.

Y cita a Ernesto Guhl [1949], quien opinaba:

La casa es un piso sobre cuatro palos y un techo dentro del cual hay ramas secas para asustar a las aves nocturnas. Una aglomeración de estas habitaciones es la cosa más antihigiénica y el foco de infección más grande. En su estilo primitivo no se distingue en nada esta casa de la de nuestros antepasados prehistóricos, con la única diferencia de que dentro de ella viven ciudadanos libres de un Estado moderno del siglo XX.

Orlando Fals Borda [1958] anotaba con acierto, a propósito del uso de los materiales locales: “Es en gran parte un legado de los indios... La habitación misma del negro chocono es una adopción casi integral de la del indígena”.

Veinte años más tarde, después de una larga estadía en África, con igual acierto escribía el misionero y antropólogo José Miguel Garrido sobre la vivienda en Tumaco:

La arquitectura y distribución parece [sic] aborigen de Colombia y no africana. Hasta hace pocos años carecía de clavos u otros hierros. Sujetaban las maderas con bejucos o guaduas partidas en garabato para crear ganchos que se unían entre sí dándole consistencia suficiente.

En los últimos 15 años del siglo XX, los trabajos de antropólogos y geógrafos, como Nina S. de Friedemann, Nancy Motta, Odile Hoffmann, Nelly Rivas o Juana Camacho, estudios excepcionales de arquitectos, como el dedicado a la región de Urabá, y escasos trabajos de grado para optar el título en nuestras facultades²⁰, *demuestran la larga persistencia del prototipo formal y tecnológico resultante de la hibridación de las culturas negra e indígena en la vivienda, que hemos denominado autóctona*. Es preciso añadir aquí que su soporte ideológico radica en el *principio de identidad mediante la unidad*.

Hoy en día, en muchos sitios costeros y fluviales de la región, la población rural levanta aún casas muy parecidas a las que fueron descritas por los funcionarios de la Contraloría General de la República en 1943 y por Robert C. West en 1957.

Las más típicas y sencillas consisten en un módulo básico que reúne bajo el techo pajizo una alcoba cerrada y un espacio de uso múltiple, al cual se adosan la cocina y una azotea rudimentaria. El tamaño, forma y volumen de este módulo evolucionan por medio de la anexión lateral o posterior de nuevos espacios de trabajo y descanso; el área de oficinas domésticos se traslada a un volumen independiente, separado o adosado a la primera construcción, pero conserva los materiales originales.

La casa opera como residencia y lugar de trabajo, se prolonga en el entorno inmediato con los sitios destinados a la cría de gallinas y cerdos, la azotea o barbacoa de cultivos caseros, el procesamiento elemental de los productos destinados al consumo doméstico, y se vincula directamente con el río o las quebradas donde toda la familia se baña y las mujeres lavan la ropa y los enseres de cocina.

La pobreza reinante, los altos costos de los materiales industriales modernos y las dificultades para su transporte hasta las aldeas y veredas favorecen la resistencia del modelo autóctono. No obstante, la choza pajiza ha tomado el carácter de vivienda provisional o de *emergencia*, que construye una pareja mientras logra conseguir las maderas aserradas o los bloques de concreto.

Por otra parte, esta persistencia moderna del prototipo autóctono está acorde con el modo de desarrollo regional desigual del país y comprueba en el hábitat la coexistencia

20. AAVV. [1983]; Arismendi y Rubio [1993]; Centro de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional de Colombia [1996]; Semich y Dussán [1991].

nacional de varias etapas históricas y de varias formaciones socioeconómicas. Este tipo persistente de morada, afianzado en viejas prácticas sociales, es por lo tanto un *producto cultural* de síntesis; pero su persistencia tenaz hasta hoy, *más que un hecho de cultura, expresa un hecho adscrito a la economía.*

Resumiendo lo anterior, el modelo de morada aborígen, muy antiguo al parecer, persiste durante siglos; con el desarrollo económico y social de las aldeas entra en crisis, se modifica, presentando variaciones tipológicas que repercuten en una pluralidad tecnológica y arquitectónica de la vivienda actual.

3. Del rancho a la casa tradicional en maderas aserradas

Precisamente es una apertura hacia el exterior, generada por procesos económicos nuevos, la que estimula la adopción de nuevos materiales, técnicas y herramientas de construcción. Mediante la vinculación de los hábitats proveedores de productos para la exportación a la economía de mercado, sus moradores entran en contacto con localidades comerciales donde opera una renovación arquitectónica.

Asimismo, y correlativamente con el incremento de la circulación y movilidad de la población durante el siglo XX, en busca de oportunidades de trabajo y de estudio, los inmigrantes mestizos y los emigrantes nativos que retornan a sus lugares de origen transfieren referencias estilísticas y constructivas foráneas que afectan las concepciones sobre la arquitectura de la vivienda y sus materiales. La irrupción de ideologías externas se traduce en transformaciones de orden cultural que afectan primero a la familia típica y luego se expresan en cambios importantes en los modelos de organización territorial y en los valores arquitectónicos de las comunidades locales.

Es así como la introducción de la sierra vertical permitió labrar tablas, vigas y columnas de sección cuadrada, la importación de clavos indujo a reemplazar los amarres con lianas y la llegada de las tejas metálicas corrugadas a principios del siglo fomentó la sustitución de los techos pajizos. Más recientemente actuaron como factores de cambio arquitectónico la difusión de las láminas en asbesto-cemento (eternit y tejalit) y la posibilidad de comprar cemento y emplear el hormigón armado. El desarrollo y mejoramiento de los medios de transporte y comunicación con las regiones vecinas y el interior del país facilitó la importación de tan novedosos materiales.

Gracias a su localización en la red territorial de intercambios, algunos lugares salen favorecidos con estas innovaciones. Las transformaciones tecnológicas y formales se observan primero en los puertos marítimos o fluviales: Panamá, Buenaventura, Turbo, Tumaco y pocos años después en Quibdó o Guapi; luego se transmiten a los caseríos. Es decir, cambia la vivienda en los poblados que resultan favorecidos por un cambio económico. Son localidades donde se produjo una mutación en la sociedad, con presencia de moradores

que se beneficiaron de estos adelantos por medio de su integración a la economía y que ejercen oficios nuevos, antes desconocidos. Y este logro lo proyectan hacia el exterior mostrando una casa diferente, más amplia y más alta, ornamentada en la fachada, de mejor factura y con mayor *esperanza de vida*. Además, cada familia aspira a tener una casa *buena*, más durable y más resistente a la gran humedad del medio natural y a los ataques de insectos y hongos.

El paso de la casa pajiza a la casa de buena factura en maderas aserradas, que reconocemos como *modelo tradicional*, o de ésta a la vivienda en *material o de tipo moderno*, se produce de manera discriminada o escalonada, según la ubicación geográfica de los asentamientos y el momento de convergencia de los factores sociales y económicos que son necesarios para que se produzca la ruptura del modelo hegemónico. Por ejemplo, en las zonas centrales de la ciudad de Quibdó y en los principales centros poblados del Chocó la hegemonía del prototipo vernáculo fue sustituida hacia 1940-45 por la vivienda tradicional en maderas aserradas y techo en zinc; mientras que en numerosas aldeas este cambio sólo se produjo 30 ó 40 años después, y hoy en día siguen surgiendo caseríos donde es exclusivo el rancho autóctono.

Según la *Geografía económica de Colombia*, en 1943 la vivienda urbana chochoana era “de aspecto lacustre”, pues estaba construida en madera y zinc, sobre pilotes en guayacanes, que a veces alcanzaban hasta 5 metros sobre el nivel del río, los pisos se soportaban sobre travesaños gruesos y sólidos tendidos paralelamente, se empleaba la tabla en sus distintas formas y las paredes se sujetaban con portaletes. Se distinguían dos subgéneros: la casa *de número*, de un solo volumen, que conservaba unidad en la construcción de la sala a la cocina; y la *dividida*, donde la cocina era independiente y conformaba una unidad adscrita al cuerpo principal. Debía “obedecer a líneas previas de demarcación urbanística y conservar cierta unidad de simetría y uniformidad, por lo cual aparentemente se diferenciaba de la campesina”, también levantada sobre pilotes y aún de techo pajizo, como se indicó anteriormente.

Durante los años 70 y 80 en las zonas rurales, fluviales o costeras, con mejores facilidades de comunicación, se popularizaron las láminas de zinc; y en aquellas de más difícil acceso, las tejas onduladas en cartón asfáltico se convirtieron en una alternativa para sustituir los techos en palmiche, pues se transportaban fácilmente, su costo era relativamente bajo y eran sencillas de instalar. Al mismo tiempo se intensificaron el corte de maderas con motosierra y la producción artesanal de piezas estructurales y tablas burdas para el piso y las paredes, ajustadas a las dimensiones y especificaciones comerciales. También se diversificaron las herramientas con que trabajaba el usuario-constructor, y al machete y el hacha se agregaron el serrucho y el cepillo manual.

Con estos materiales y herramientas se transformó tecnológicamente el modelo vernáculo. El resultado final fue un nuevo modelo, de *transición entre el rancho autóctono y la*

casa de buena factura en maderas finas, cuidadosamente construida. Aunque existen distintas variaciones en el tamaño y la forma de la construcción, este prototipo se distingue por presentar un volumen principal que aloja las alcobas y la sala, cubierto con tejas en cartón o láminas metálicas, y con paredes en tablas aserradas, al cual se añade una cocina, que conserva el techo pajizo y generalmente está cerrada con esterillas o cañabrava. No obstante, en la mayoría de los casos la vivienda continúa siendo un rancho rudimentario y poco confortable.

Vale la pena recordar que la creación de numerosos aserrios en los ríos Atrato y San Juan fomentó el empleo de maderas aserradas artesanalmente y estimuló en muchos sitios la sustitución de la casa de tipo autóctono. Por una parte, el trabajo asalariado en la planta incrementó el poder adquisitivo de los moradores de su entorno; y por otra, los dueños establecieron un sistema de trueque de trabajo o de *trozas* por tablas y piezas estructurales, y vendieron, *al fiado* en los *comisariatos* tejas industriales, clavos, tanques para agua y otros insumos para la construcción de vivienda, que cargaban en los barcos madereros que regresaban *vacíos* después de dejar la producción en los centros de distribución y consumo.

El *modelo tradicional*, predominante hoy en día en las aldeas, es muy semejante a la *casa dividida* de Quibdó en los años 40. Edificada sobre pilotes, de distintas dimensiones, según las condiciones del sitio, y techada a 2 ó 4 aguas con tejas de origen industrial (zinc, tejalit, eternit), está conformada por dos cuerpos: el de la casa propiamente dicha, implantado sobre el frente del solar, y el que alberga la cocina, localizado en la parte trasera de la construcción, generalmente separado y unido por un puente en tablas.

La casa puede desarrollarse en una o dos plantas y se construye por etapas sucesivas, que dependen de las posibilidades económicas del propietario, quien la mayoría de las veces también es el constructor, como de los aportes en trabajo que éste logre conseguir, ya sea solidario (cambio de mano, minga, ayuda de familiares) o por medio del pago de jornales y de pequeños contratos por labores muy especializadas.

Cuando es de un piso, el proceso constructivo comienza por un núcleo básico, generalmente configurado por 1 ó 2 alcobas y un área de actividades múltiples que está abierta. Según la disponibilidad de recursos, se van agregando aposentos en la parte posterior del primer volumen o a los lados y se hacen las divisiones internas. Es frecuente que este proceso dure varios años, pero al final la familia cuenta con 3 ó 4 alcobas, sala y comedor, una cocina separada; y quizá con un pequeño cuarto anexo a la *paliadera*, donde se dispone una taza sanitaria conectada a un tanque séptico. Un eje-corredor, central o lateral, une la fachada con la cocina y el patio posterior, comunicando todos los espacios entre sí.

Sí la casa es de dos plantas, el dueño adecua primero un cuarto en el segundo piso y luego por medio de cerramientos sucesivos le va sumando nuevas habitaciones; por último ocupa la primera planta, donde casi siempre instala la cocina.

En ambos casos, lo primero que hace el constructor es alzar una estructura que le permita colocar la cubierta para protegerse de las fuertes lluvias o el inclemente sol²¹.

En resumen, en el *modelo tradicional* se separaron y especializaron por funciones los espacios de residencia y de trabajo, y se fueron integrando algunos elementos de tipo urbano, tales como el mobiliario importado, las estufas de petróleo, gasolina y gas, los cuartos de baño y los sistemas de saneamiento básico sencillos que están reemplazando el uso de las playas y quebradas. La casa se convirtió en lugar exclusivo para el desarrollo de la vida familiar y en bien que expresa el ascenso o éxito económico del jefe del hogar y de su esposa.

No sobra aquí subrayar que la morada en vegetales tiene una duración que *varía entre 5 y 20 años*, según la calidad de las maderas, su resistencia y su comportamiento ante la humedad ambiente o la presencia de depredadores. El dueño sabe, por experiencia secular, que distintos sucesos y fuerzas naturales pueden destruirla: los rayos o la caída de un árbol durante una tempestad, marejadas o un maremoto en la playa, inundaciones o derrumbes del talud en el río, un vendaval o un prolongado aguacero diluviano, temblores o incendios originados en las cocinas o en los altares caseros alumbrados con velas o veladoras.

Por eso, considerada por los moradores como algo perecedero, la vivienda en madera es equivalente a la construcción sucesiva de varias casas durante la vida de una familia, con frecuencia hasta seis, aunque en distintos sitios de la finca o del solar aldeano.

El rancho en palmas se sustituye fácilmente, por lo cual su propietario espera a que esté a punto de caer para construir otro. Pero la durabilidad que las tejas eternit o tejalit, y su costo relativamente alto, transforman la costumbre de esperar a que la casa esté a punto de caer para sustituirla; adquiriendo la casa la categoría de bien que debe cuidarse y es susceptible de ampliaciones y adaptaciones, el dueño hace un mantenimiento mínimo que prolonga su vida útil. No obstante, se observan situaciones de negligencia que conducen rápidamente a la obsolescencia de la construcción y obligan al propietario a repetir la construcción encadenada de casas.

4. La vivienda moderna

En las aldeas y los centros urbanos menores la modernización de la vivienda se manifiesta en:

21. Desde el punto de vista tecnológico se identifican dos sistemas constructivos basados en columnas, vigas y entramados: a) Sistema de plataforma.

La estructura de la casa se levanta sobre una plataforma armada con vigas soleras y tablas, sostenida en pilotes de guayacán u otras madera duras.

Sobre ella se monta el entramado que soporta la cubierta (columnas, vigas, piernas y parales); luego se colocan las láminas del techo, las paredes exteriores y las divisiones internas. b) Sistema con estructura continua suelo-techo, similar al sistema constructivo del tambo embera, se usa principalmente en las viviendas de dos plantas. Las columnas se hincan directamente en el suelo, luego se instalan las vigas de amarre superiores y el entramado de la cubierta; sobre éste se colocan las tejas de la cubierta. Por último se construye la plataforma del piso asegurándola a las columnas.

En ambos casos los componentes de la estructura se articulan con cajas y clavos, y excepcionalmente con pernos metálicos.

- a) El empleo de cemento, tejas de origen industrial, ladrillos, baldosas y pisos cerámicos, enlucidos y pinturas de aceite. Transportados desde los centros comerciales externos en barcos de cabotaje, lanchas, camiones y hasta en avión, esos materiales resultan demasiado costosos para la mayoría de las familias nativas. En muchos sitios construir con cemento también exige llevar desde muy lejos gravillas y arena, pues estos insumos son de difícil consecución y baja calidad. En los poblados marinos los constructores utilizan el *material de playa* que dejan algunas pujas, pero ello es poco aconsejable.
- b) La instalación de tazas sanitarias conectadas a pozos sépticos individuales y técnicamente deficientes o a alcantarillados colectivos elementales que vierten las aguas negras directamente al mar o al río y sin un tratamiento previo.
- c) En las poblaciones más pequeñas la construcción de acueductos rurales bastante rudimentarios, pero distribuyendo agua a cada casa por medio de una llave única localizada en la paliadera. Mientras que las cabeceras municipales se equipan con redes convencionales.
- d) La instalación de una planta colectiva de energía eléctrica para alumbrado nocturno durante unas pocas horas; en su defecto, en algunas casas se compra un generador de baja potencia, suficiente para el alumbrado eléctrico. No obstante, el funcionamiento de estos sistemas es intermitente y esporádico debido a los altos precios de los combustibles.

Vale la pena insistir aquí en un hecho reconocido: a medida que en las aldeas menores y mayores se hace más complejo el sistema productivo y económico y se diversifica el abanico social, la casa tradicional va perdiendo prestigio entre sus moradores y tiende a ser desplazada por construcciones de transición que incorporan cemento, hierro y gravillas, pero mantienen componentes portantes y de cerramiento en maderas aserradas artesanalmente.

Por lo tanto, aparece otro prototipo de mutación, que combina componentes de los modelos tradicional y moderno. Este sistema mixto de materiales locales y de origen industrial, identificado como de transición, *tradicional a moderno*, se ha convertido en referencia ideal para el mejoramiento de la vivienda aldeana, constituyendo un paradigma formal y tecnológico de rápida y amplia difusión. Presenta distintas modalidades, entre ellas las más generalizadas son:

- a) La casa de una planta en maderas se edifica sobre un basamento en concreto o se eleva sobre pilotes del mismo material.
- b) En la última fase de desarrollo de la vivienda de madera en dos plantas, se coloca en la planta baja un piso en concreto y cemento afinado y se cierra la periferia con paredes en bloques o ladrillos apoyados entre las columnas de madera que sostienen la construcción.
- c) Se superpone una construcción en madera sobre una primera planta construida en mampostería de bloque de concreto.

No obstante, este salto hacia la tecnología moderna se articula a las posibilidades económicas de cada familia. Cabe anotar además que los dos sistemas tecnológicos que componen el prototipo híbrido suelen ser mal ensamblados y la construcción resultante es muy vulnerable a los sismos.

En los centros urbanos menores, como Nuquí o Puerto Mutis, domina *la casa moderna*, de 1 ó 2 plantas, construida en mampostería de bloques de cemento, placas de concreto o ladrillos cocidos y cubierta industrial, levantada sobre losas o pilotes en concreto; aunque persiste la vivienda de transición tradicional a moderno y no se descartan los ranchos rudimentarios en palmiche, que adquieren un carácter tugurial y de provisionalidad.

En cuanto a las modalidades de construcción, se observa que la actividad deja de ser una de las múltiples labores de los moradores y se convierte en una tarea especializada que opera en el contexto de la división técnica y social del trabajo y se ajusta al régimen de contratos. Va perdiendo el carácter familiar o solidario, tendiendo por tanto a desaparecer la ayuda mutua o *cambio de mano*. Generalmente la dirección y participación del propietario en la obra son sustituidas por la de un *maestro* u oficial de la construcción, que en muchos casos aprendió el oficio durante un periodo migratorio en ciudades del interior.

La vivienda sigue un proceso de desarrollo progresivo, adelantado por etapas definidas por los recursos monetarios y humanos disponibles, asimilable al de la vivienda popular urbana en otras regiones.

En las ciudades más importantes de la región la tipología arquitectónica dista mucho de los rasgos observados en aldeas y caseríos; sólo se registran persistencias testarudas y muy esporádicas de los modelos de origen rural²², usados por las familias de reciente migración o de escasos recursos económicos, que ocupan las zonas de bajamar o terrenos periféricos. En los ámbitos urbanos, el rancho primitivo en palma o zinc es una forma del tugurio.

5. Estética y dimensiones de la casa

En todos los tipos de vivienda descritos, las formas y volúmenes, al igual que los ritmos en las fachadas, no son resultado de una búsqueda estética o de una composición espacial que hace conscientemente el constructor de la vivienda. Por el contrario, resultan de respuestas a necesidades concretas de espacio y de soluciones dadas a unos problemas de orden técnico, ya sea en la colocación de los materiales o en el conocimiento de sus

22. La historia de Buenaventura o Tumaco muestra cómo, a principios del siglo XX, las casas de dos plantas en madera y balcones eran las más prestigiosas, pero fueron sustituidas por edificaciones en concreto. Hoy persisten algunas muy deterioradas, como lunares en la tipología de la arquitectura residencial moderna.

especificaciones. No obstante, en algunas ocasiones, y sobre todo en las casas de tipo tradicional, en 1 ó 2 plantas, por medio del trabajo con rejillas, calados y barandas decoradas con pinturas de color, se producen efectos estéticos muy llamativos por su diseño y composición cromática.

Otras veces el ojo del arquitecto descubre en el rancho pajizo lo bello que el constructor ha logrado sin proponérselo.

Se identifican tres elementos generadores del tamaño y dimensiones de la construcción:

a) El fenómeno de mutación rural-urbano y el reparto de solares residenciales entre los descendientes de los fundadores generan en los vecindarios parentales un loteo de tipo urbano, con solares muy estrechos que obligan a una forma alargada de la vivienda. No obstante, en muchas ocasiones el lote permite privilegiar la extensión frontal mirando el río o a la playa, pues subsisten algunos solares de transición, con huertas o cultivos de plátano, papachina, maíz o árboles frutales.

b) Los cambios en la concepción de la vivienda. El desarrollo productivo suscita que el rancho de labores cambie de significado y se convierta en residencia; luego inciden modelos y concepciones externas y la casa pasa a ser un bien apreciado, que tiene un costo económico, y su ampliación contribuye al prestigio familiar.

c) Las especificaciones técnicas de los materiales empleados. En la vivienda autóctona las dimensiones son determinadas por el conocimiento empírico que tiene su dueño con respecto al comportamiento estructural de las maderas. En la casa tradicional en madera el número de tejas que está en capacidad de conseguir el propietario se convierte en el principal determinante de la superficie inicial de la vivienda. Además, el largo de 3 metros de las tablas y piezas estructurales aserradas que se distribuyen comercialmente (correspondiente a la longitud de las trozas que saca el cortero), opera normalmente como módulo constructivo, que define el tamaño de la plataforma de piso, la distribución de los pilotes y columnas, y las divisiones internas.

d) La composición de la fachada, especialmente en las primeras etapas de construcción de la vivienda, sigue el orden o ritmo, que establece dicho módulo. Cuando se pierde la racionalidad constructiva por la ampliación del volumen inicial de la casa, se enreda la racionalidad estructural y se pierde la composición formal.

6. Familia y vivienda

En cuanto a los factores de orden social o familiar, queremos esbozar aquí algunas observaciones referidas a las relaciones entre la evolución de la familia y la evolución de la vivienda.

La costumbre del *conganeo* resuelve temporalmente la necesidad de vivienda que tiene una pareja cuando decide hacer vida marital. Según las circunstancias familiares, y depen-

diendo de la disponibilidad de espacio, se aloja en la casa del hombre, de la mujer o en la de algún familiar cercano. No es raro que en la vivienda receptora ya residan otro hijo o hija con su esposo y niños, lo cual no es obstáculo para que se divida un cuarto minúsculo en la sala o en una de las alcobas existentes.

En esta primera residencia conyugal nacen 1 ó 2 niños. Sin embargo, en los primeros años la unión matrimonial es muy frágil y puede romperse; en este caso la mujer o su abuela se quedan con los niños. Posteriormente cada cónyuge establecerá una nueva alianza matrimonial.

Cuando el matrimonio de hecho se fortalece nacen más hijos. Entonces, la estrechez del espacio interior, la coexistencia de 2 ó 3 hogares con numerosa prole y distintos asuntos de la vida doméstica generan tensiones y conflictos entre las mujeres y, en consecuencia, el deseo de “vivir solos”. La pareja aburrída construye su primera vivienda, un rancho sencillo, en un solar cercano; separándose así del grupo familiar extenso un hogar nuclear de formación reciente y con niños en edad de crianza.

En general, la construcción de la primera casa expresa materialmente la consolidación de la pareja, el acuerdo mutuo para procrear y “levantar una familia” y, además, la capacidad económica del hombre para sostener un hogar. Mejorando las posibilidades de obtención de ingresos monetarios por medio del trabajo asalariado, o asegurada la venta de excedentes agrícolas o de pescado, se acorta residencia en la casa de los familiares.

Durante varios años siguen naciendo hijos en la morada independiente y se estabiliza la unión matrimonial. Esta fase perdura hasta que los hijos mayores llegan a la edad de “coger mujer o marido” y conforman nuevos hogares. Unos dejan la casa paterna para instalarse donde los suegros, pero otros se quedan y tienen en ella los primeros hijos. Entonces se amplía el hogar por medio del *conganeo* de los hijos, hombres o mujeres, configurándose otra vez una familia compleja, con padres, hijos, yernos o nueras y nietos.

Para responder a las necesidades de espacio que surgen del incremento de personas, se adicionan a la casa existente aposentos destinados a alcobas y espacios de reunión y trabajo doméstico. Es probable que en poco tiempo la edificación sea sustituida por una nueva en mejores materiales.

En una última fase de evolución de la familia, los hijos residentes en la casa paterna, materna o de la abuela y cuya unión está en proceso de consolidación, reanudan el ciclo vivido años atrás por sus padres y construyen su propia casa. No obstante, los abuelos siguen criando los nietos, que se alojan alternadamente en ambas casas o pasan el día donde ellos.

Es corriente que en esta etapa se reemplace la vivienda por otra más grande y con mejores materiales y factura. Después, y de acuerdo con la evolución económica de la familia, se construirán 2 ó 3 casas más. En conclusión, una pareja estabilizada y con 20, 30 ó 40 años de unión, construye 3, 4 ó 5 viviendas durante su vida en común, casi siempre en

el mismo lote, aunque no son raros los cambios de lugar debido a inestabilidad del terreno por acción de las mareas o las fuertes lluvias.

La composición del grupo familiar cambia permanentemente: a veces están los hijos, solos o con sus parejas y niños, otras veces se van, y con frecuencia a la familia nuclear se suma un pariente cercano o lejano.

Asimismo, son notorios los altos grados de cohesión social que generan en el vecindario parental los estrechos vínculos de la familia extensa: los distintos hogares que lo conforman mantienen relaciones de cooperación o ayuda mutua, compartiendo el cuidado y la crianza de los niños, la limpieza de los solares, practicando la *cesión-cambio*, la retribución de favores y el intercambio de productos de la pesca y la agricultura. Sin embargo, cada hogar es autónomo para el desempeño de las labores domésticas.

Las peculiaridades del espacio público contribuyen a la cohesión familiar: pequeñas plazoletas o zonas de uso común dejadas frente a las viviendas o en los patios traseros facilitan la socialización de los niños y operan como lugares de encuentro y tertulia de las mujeres; los aislamientos y espacios entre casas son de uso colectivo, no existen cercos delimitando los solares, pero cada uno de los integrantes del vecindario de linaje conoce su posesión y respeta la del familiar vecino.

En conclusión

A través del proceso histórico de poblamiento y urbanización de la región del Pacífico se configuró un sistema urbano-regional bastante peculiar y en continuo movimiento, que integra veredas rurales, constelaciones de caseríos y aldeas de diversos tamaños y variada tipología, varios centros urbanos menores y algunos centros urbanos importantes a escala regional y nacional. Cada uno de los componentes del sistema cumple funciones muy definidas en el dominio y administración del territorio, en la economía regional y local, en la distribución de bienes y servicios.

El ordenamiento espacial y las formas construidas expresan las estrechas relaciones que se producen entre los sistemas culturales y el entorno natural. La estructura del ordenamiento territorial, el desarrollo de los hábitats y la organización y morfología del espacio residencial están marcados por las relaciones de parentesco.

En los niveles más sencillos de hábitat se destaca la fuerte autenticidad de la arquitectura de la vivienda. Distintos prototipos formales y constructivos manifiestan la persistencia del modelo tecnológico heredado de las comunidades aborígenes y su hibridación con formas y materiales importados desde otras culturas.

En las aldeas más típicas sobresale la hegemonía de la vivienda de tipo tradicional en maderas aserradas; mientras que en los centros urbanos menores y en las aldeas media-

nas o grandes, más afectadas por los factores de cambio de origen externo, se va borrando la construcción autóctona o tradicional para dar paso a la construcción de tipo moderno.

Tales variaciones tecnológicas y formales presentan estrechos nexos con las transformaciones de orden económico y cultural que operan tanto en las comunidades aldeanas y urbanas, como en la tipología y composición de la familia. Y se articulan a las mutaciones en la estructura, trazado y morfología general de los asentamientos que produce el tránsito de una categoría de hábitat a otra más compleja.

A pesar de los avances registrados en este artículo, existen múltiples vacíos en la investigación urbana y arquitectónica dedicada a la región del Pacífico. Los principales tienen que ver con: los aspectos propios de la arquitectura indígena, negra y mestiza; las formas de ordenamiento espacial y el funcionamiento de territorio regional; los rasgos de la familia tradicional, sus transformaciones y evolución en las áreas rurales y en el conjunto de aldeas y centros urbanos; las modalidades de migración y movilidad espacial de la población, sus impactos en la estructura social y en las redes urbano-aldeanas.

El desarrollo de líneas de investigación contemplando estos vacíos contribuiría a un mejor conocimiento de las comunidades del Pacífico y aportaría resultados útiles en procesos de planificación, ordenamiento territorial, diseño y ejecución de programas de vivienda y de espacio público.

Bibliografía

- AAV. "Arquitectura marítima", en: *Proa*, n° 319, Bogotá, junio de 1983.
- . *Geografía económica de Colombia. El Chocó*. Bogotá, Contraloría General de la República, 1943, tomo 6.
- Aprile-Gnisset, Jacques. "Hábitats aborígenes", Cali, Universidad del Valle, 1987 (texto inédito).
- . *La ciudad colombiana*. Bogotá, Banco Popular, 1991-1992.
- . "La colonización del Chocó", en: *Colonización del bosque húmedo tropical*, Bogotá, Corporación Araracuara, 1992.
- . *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*. Cali, Universidad del Valle, 1993.
- Arisмени, Sandra; Rubio, Andrés. "Diseño de un modelo estándar de desarrollo de los asentamientos humanos de la región Pacífica", tesis de grado, Cali, Facultad de Arquitectura de la Universidad del Valle, 1993.
- Barney, Eugenio. "Supervivencia de lo indígena", en: *Historia del Arte Colombiano*, Bogotá, Salvat Editores Colombiana, 1983, vol. 5.
- Bonilla, Ramiro; Mosquera, Gilma. *Evaluación de asentamientos rurales en el área de trabajo de Plan Internacional Tumaco*. Cali, Cidse-Universidad del Valle, 1992.
- Camacho, Juana. "Todos tenemos derecho a su parte: derechos de herencia, acceso y control de bienes en comunidades negras de la costa Pacífica chocoana", en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999, págs. 107-131.
- Camacho, Juana; Restrepo Uribe, Eduardo (eds.). *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Fundación Natura, Ecofondo, 1999.
- Centro de Investigaciones Estéticas. *La arquitectura de las diversidades territoriales de Urabá*. Medellín, Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia, 1996.
- Corsetti, Giancarlo; Motta, Nancy; Tassara, Carlo. *Cambios tecnológicos, organización social y actividades productivas en la costa Pacífica colombiana*. Bogotá, Ecoe, 1990.
- Fals Borda, Orlando; Vautier, Ernesto. *La vivienda tropical húmeda*. Bogotá, Cinva, 1958.
- Garrido, José Miguel. *Tras el alma de un pueblo (folklore religioso del vicariato de Tumaco)*. Bogotá, 1981.
- . *La misión de Tumaco. Creencias religiosas*. San Sebastián, Biblioteca Carmelitano-Teresiana de Misiones, 1984.
- Guhl, Ernesto. "La costa del Pacífico entre los ríos Naya y Dagua", en: Primera Conferencia Agrícola del Pacífico, Cali, 1949.

Gutiérrez de Pineda, Virginia. *Familia y cultura en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975, 4ª ed.

Hoffmann, Odile. *Familia y vereda en el río Mejicano (Tumaco)*. Cali, Cidse-Universidad del Valle, 1998.

———. “Territorialidades y alianzas: construcción y activación de espacios locales en el Pacífico”, en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

Morales, Carlos; Castro, Dicken. “El legado indígena en la arquitectura”, en: *Historia del Arte Colombiano*, Bogotá, Salvat Editores Colombiana, 1983, vol. 5.

Mosquera Rosero, Claudia Patricia. “Familias de sectores populares cartageneros: elementos para su comprensión”, en: *Documento de la Presidencia de la República*, Bogotá, CPPS, ICBF, Unicef, 1994.

Mosquera, Gilma. “Mejoramiento del hábitat, un ejemplo de concertación en las aldeas de la región del Pacífico”, en: *Vivienda latinoamericana, tecnología y participación social en la construcción del hábitat popular*, Santiago de Chile, Cytad-D (Ciencia y Tecnología para el Desarrollo V Centenario), 1991.

———. “Los hábitats aldeanos del Chocó”, en: *Revista Universidad del Valle*, nº 5, Cali, agosto de 1993(a).

———. “La vivienda rural en el Chocó”, en: Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*, Bogotá, Proyecto Biopacífico, Fondo FEN Colombia, 1993(b).

———. “Hábitats y espacio productivo y residencial en las aldeas parentales del Pacífico”, en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

———. “Sobre el sistema urbano-aldeano del Pacífico”, en: *Cuadernos Cidse*, nº 4, Cali, Universidad del Valle, 2000.

Mosquera, Gilma; Aprile-Gniset, Jacques. “Hábitats y habitantes del Pacífico”, en: *Cuadernos Cidse*, nº 2, Cali, Universidad del Valle, 1999.

———. *Hábitats y sociedades del Pacífico. La Bahía de Solano*. Cali, Cidse-Universidad del Valle, 2001.

Motta, Nancy. *Enfoque de género en el litoral Pacífico colombiano. Nueva estrategia para el desarrollo*. Cali, Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, 1995.

Quintín, Pedro. “Memorias y relatos de lugares: a propósito de una migrante de la costa Pacífica en Cali”, en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999.

Sernich, Jakica; Dussan, Álvaro. "Pautas de diseño para asentamientos fluviales del medio San Juan", tesis de grado, Cali, Facultad de Arquitectura de la Universidad San Buenaventura, 1991.

Urrea Giraldo, Fernando. "Características sociodemográficas y sociolaborales de la migración de la costa Pacífica a la ciudad de Cali", en: *Movilidad y urbanización de las poblaciones de costa Pacífica*, Cali, Universidad del Valle, Orstom, 1996.

Urrea Giraldo, Fernando; Murillo, Fernando. "Dinámica del poblamiento y algunas características de los asentamientos populares con población afrocolombiana en el oriente de Cali", en: Fernando Cubides y Camilo Domínguez Ossa (eds.), *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá, Centro de Estudios Sociales -CES- de la Universidad Nacional de Colombia, 1999, págs. 337-405.

Vasco Uribe, Luis Guillermo. "Deara: la casa de los hombres", en: Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*, Bogotá, Proyecto Biopacífico, Fondo FEN Colombia, 1993, vol. 1.

West, Robert C. *The Pacific Lowlands of Colombia: A Negroid Area of the American Tropic*. Baton Rouge, Louisiana University Press, 1957. [Edición en español: *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 2000].

El territorio de comunidades negras, la guerra en el Pacífico y los problemas del desarrollo

William Villa Rivera

Antropólogo, Instituto colombiano de Antropología e Historia -Icanh-

El río en su tejido es ahora memoria de las últimas destrucciones, los meandros son aposento donde se resguardan los despojos, las canoas partidas y los aparejos de pesca deshechos. Desde la orilla todo quiere ser camino del olvido, los rostros dolidos ante la gran avenida, y los gritos que acechan, y los cantos que lloran todos los muertos. Arriba, en el río Timbiquí y en el Saija, sus gentes en la estampida se olvidan del guazá y del tambor; los del Naya, sólo tienen recuerdos de muerte; los del Napi, escuchan historias de miedo y en las noches los fantasmas acompañan su sueño. Como ola gigante llega desde muy lejos el canto de guerra, el horizonte es apenas incendio en Sanquianga, entre los esteros se pregonan la muerte, en firmes y playas se clavan las banderas del odio y en Barbacoas, la de historias doradas, el universo es ahora hecho de cascajo, ruinas y escombros.

William Villa, *Timbiquí arriba*, 2001.

Territorio y territorialidad en el Pacífico colombiano

Una distinción necesaria, al interrogar sobre los problemas del desarrollo en los territorios de comunidades negras en el Pacífico colombiano, es la que se refiere a los conceptos de territorio y territorialidad; mientras el territorio encuentra su definición en el acto de delimitación real y simbólico, la territorialidad es dinámica social y económica que integra

diversos territorios y se proyecta fundamentalmente como ejercicio político. La historia de la región del Pacífico enseña, en distintos momentos, construcciones de territorialidad en las que el sujeto cambia según el proceso económico que provee el modelo de integración y las representaciones que sobre el entorno se erigen en dominantes; así, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, es desde el aserrió –en tanto unidad productiva universal a la región– donde nace una construcción de territorialidad que, inscrita en la lógica económica de tipo extractivo, permite la formación de circuitos mercantiles que articulan el espacio rural y el urbano, a la vez que genera condiciones para la irrupción de elites regionales que expresan el ascenso del negro en función de dirigir el Estado [Villa, 1997, 2001(b)]. Tal definición de territorialidad, de mediados de siglo, supone en el plano jurídico la noción de tierras baldías que encuentra legitimidad en la Ley 2ª de 1959, expresión del modo como el Estado se representa a la región, en la que ésta se reduce a inmensas masas boscosas de infinita riqueza en maderables. De este modo, la historia del Pacífico permite conocer sobre diferentes maneras de asumir la territorialidad sin que ello signifique la negación de la apropiación del territorio realizada por los grupos étnicos, ya sean los pueblos indígenas o los negros.

Históricamente la representación sobre la territorialidad en el Pacífico no se inscribe en una lógica lineal, ella se sucede, incluso superponiendo procesos antagónicos o también complementarios. Situación que es clara en la forma que ocurre el proceso de colonización y ocupación territorial de las tierras bajas por parte de los descendientes de las antiguas cuadrillas esclavizadas, que lleva a la consolidación de la cultura ribereña específica al Pacífico, a la vez que dinámicas económicas de corte extractivo integran el espacio regional con escenarios externos en el dominio del mercado o de la política. Clara expresión de tal situación es lo sucedido en las últimas décadas del siglo XIX, con el auge comercial de productos que se extraen de los bosques, como la tagua, la raicilla y el caucho, que a la vez que impone la movilidad de la población negra hacia nuevos territorios, igualmente permite la irrupción de lo urbano en la región, proceso que tiene ocurrencia por la presencia de pobladores externos y que se identifica por la consolidación de una elite blanca que controla el comercio y la vida política [Aprile-Gnisset, 1999]. La lógica implícita en la construcción de territorialidad en el Pacífico, a lo largo de la historia, se puede entender como el escenario de tensión entre la lógica externa, definida como espacio de mercado o como política de Estado, y la acción de las culturas tradicionales, que tienden a asegurar su reproducción resistiendo en sus territorios o, en ciertos momentos, forjando proyectos de carácter regional que expresan una visión de territorialidad. En este contexto, el análisis sobre el desarrollo de los territorios colectivos de comunidades negras, reconocidos a partir de la Constitución Política de 1991, debe asumir como impronta y como limitante la economía extractiva que ha determinado la vida regional, que tiene expresión en el modelo estatal

regional que ha fragmentado las culturas y ha desarrollado una institucionalidad que niega el escenario de multiculturalidad que de modo esencial define la región.

El ordenamiento territorial del Pacífico y los territorios colectivos de comunidades negras

Los ordenamientos derivados de la Constitución Política de 1991 tienen especial impacto en la región del Pacífico por las características relacionadas con el origen étnico de sus pobladores y sus dinámicas de poblamiento, elementos que llevan a que allí se constituya un escenario privilegiado para experimentar la pluriétnicidad y multiculturalidad propia al nuevo modelo de Estado que la Constitución inaugura. Luego de una década de expedida la Constitución, las comunidades negras acceden a 2'600.000 hectáreas reconocidas como territorios colectivos¹, cifra que adquiere relevancia al momento de pensar la dinámica regional, si a ella se le suman los territorios de resguardos y las áreas protegidas como parques naturales. Los territorios de resguardos engloban un área de 1'575.000 hectáreas [Villa, 2000(b)], mientras las áreas de parques del Pacífico biogeográfico, si se excluyen las zonas de la vertiente oriental de la Cordillera Occidental en los casos de los parques de Tatamá, Munchique, Farallones y Paramillo, se estaría llegando a una cifra aproximada de 600.000 hectáreas. Así, cerca de 5'000.000 de hectáreas de la región se excluyen de la lógica del mercado de tierras y se inscriben en formas de apropiación colectiva o de manejo especial, cuestión que adquiere importancia cuando se interroga sobre el ordenamiento político administrativo y la institucionalidad que le sustenta.

La reflexión sobre los territorios colectivos de comunidades negras, teniendo en cuenta el contexto de ordenamiento señalado, lleva a preguntarse sobre la viabilidad del actual modelo institucional y sobre la necesaria complementariedad con las otras formas de apropiación territorial que allí ocurren. Si se asume que idealmente, hacia los próximos años, se puede llegar a que un 70% de la región se inscriba en el tipo de ordenamiento ya descrito, se deduce que el municipio, como célula básica que soporta la política y la administración del Estado, no se ajusta a tal realidad, como tampoco las instituciones regionales, los modelos de planeación y la institucionalidad orientada a la gestión ambiental. Esta afirmación puede contrastarse con situaciones como las que se observan en algunas zonas, como es el caso de la región media del Atrato, donde los territorios colectivos de comunidades negras y los resguardos constriñen el área municipal a tal punto que su verdadero ámbito queda reducido a las cabeceras.

1. Fuente: Incora, mayo del 2001.

Municipios como Vigía del Fuerte, Murindó, Bojayá y gran parte de Quibdó se superponen al gran globo territorial formado por el territorio colectivo de la Asociación Campesina Integral del Atrato -ACIA- y por varios resguardos indígenas. Esta área, como espacio de confluencia interétnica, la integra la zona tradicional de ACIA, que cubre el valle formado por el río Atrato en su región media, que a su vez es circundada por el conjunto de resguardos indígenas que al occidente se extienden a lo largo de la parte media y alta de la Serranía del Baudó y que al oriente se suceden formando un corredor a lo largo de las estribaciones de la Cordillera Occidental². El mapa real de estos municipios, lejos de parecerse al que formalmente es ordenado en el plano de lo jurídico, pudiera ser más bien un territorio étnico, espacio de confluencia de autoridades propias a comunidades negras e indígenas, que en perspectiva y ejercicio de su poder autónomo llegaran a estructurar una institucionalidad que les convocara entorno a su proyecto cultural y político. Esta fórmula ideal de representarse la administración en este territorio, en oposición a la estructura municipal vigente, permite interrogar sobre el verdadero estatuto de gobierno de las comunidades negras y los limitantes que la institucionalidad impone en la búsqueda de alternativas de desarrollo.

El territorio de ACIA, fragmentado en varios municipios, además de ese factor condicionante enfrenta el problema de la naturaleza de la autoridad propia o del Consejo Comunitario³ que, desprovisto de rango mayor al dominio de lo local, se subsume sin mayor identidad en el conjunto de instituciones municipales, regionales y nacionales. El ejercicio de la autonomía para la comunidad negra, a partir del modelo que la Constitución Política instituye, no llega a decantarse como alternativa respecto al control y dominio territorial, factor que limita las relaciones con los entes territoriales, como en el caso de la articulación con la municipalidad, donde son la subordinación y la dependencia los mecanismos que regulan la definición de sus competencias. Son muchos los casos en la región donde las áreas rurales de los municipios son en su totalidad territorios colectivos, pero a pesar de ello no se presentan las mediaciones institucionales para la planeación del desarrollo, no existen escenarios de participación donde los Consejos Comunitarios puedan concurrir para la toma de decisiones y los poderes municipales ejercen el reconocimiento de las competencias del Consejo Comunitario como autoridad según su propia interpretación.

Así, un primer nivel de análisis permite identificar en el dominio estructural del Estado el limitante mayor para el desarrollo de la territorialidad y de los territorios de la sociedad

2. Documentación cartográfica sobre tales dinámicas de apropiación territorial aparece en: *Zonificación ecológica del Pacífico*, IGAC-PMNR.

3. La Ley 70 de 1993 constituyó al Consejo Comunitario en la autoridad propia al territorio colectivo, el nivel de autonomía de tal órgano es limitado y no llega a inscribirse, como en el caso de los cabildos en los resguardos, en autoridades de carácter público que ejercen gobierno en un territorio definido como ente territorial orgánico del Estado.

negra del Pacífico. De la territorialidad, por la imposibilidad de crear modelos institucionales apropiados a las dinámicas del ordenamiento de acuerdo al modo como éste ha evolucionado, como es el caso de las áreas donde negros e indígenas concurren para integrar verdaderos espacios pluriétnicos, igual que en las zonas donde la estructura tradicional fundada en el municipio ha dejado de ser viable, pero también en la búsqueda de superar las fragmentaciones que el histórico modelo estatal ha generado al romper ciertas continuidades culturales y circunscribirlas a entes territoriales como el municipio o el departamento.

Es claro que sin oportunidad de generar una noción de territorialidad que permita el desarrollo de espacios de autonomía, necesariamente la proyección del territorio será precaria y periférica, su significado queda reducido al escenario local e inscrito en los nuevos esquemas de subordinación vigentes en el Estado contemporáneo⁴.

Territorialidad y conflicto: la negación de la multiculturalidad

Región paradójica sería una buena forma de nombrar el Pacífico: mientras la cartografía permite observar cómo a lo largo de una década se transforman rápidamente los ordenamientos y emergen los territorios colectivos, de igual manera el mapa de la guerra describe o superpone dominios y poderes que fundan otras visiones de autonomía. Así como el Pacífico se tornó en estratégico para las políticas estatales desde finales de la década de 1980 [Barco, 1990], igual fue asumido por los actores armados hacia finales de los 90, momento en el que la región se integró de modo definitivo al escenario de guerra nacional y adquirió importancia geoestratégica, ya sea en el mercado de armas o en el del narcotráfico.

Los primeros títulos colectivos entregados a las comunidades negras, localizados hacia la región del bajo Atrato, inauguraron un nuevo fenómeno social en el Pacífico: el del desplazamiento forzado de la población. Estos títulos se entregaron cuando todas las familias de la zona estaban desplazadas de forma forzada en el campo de refugiados de Pavandó, en los coliseos de Quibdó y Turbo, y huían hacia los centros urbanos [Villa, 2000(a,b)]. El desplazamiento forzado de la población, a partir de la segunda parte de la década de los 90, se constituyó en realidad que de modo acelerado cubrió el espacio regional y se tornó

4. El multiculturalismo y la pluriétnicidad, como rasgo de la Constitución Política de 1991, fundamento compartido por los Estados latinoamericanos que asumen sus reformas hacia final de siglo, si bien permite el reconocimiento de relativa autonomía a diversidad de pueblos, en él se advierte el nacimiento de nuevos esquemas de subordinación y la tendencia a renovar las periferias. Para el legislador el reconocimiento de la cultura diferente se sucede si cumple condiciones como reproducirse en el espacio rural, su economía es de baja escala o de supervivencia, en su territorio el sistema productivo se ordena bajo el principio de sostenibilidad y su cultura reproduce modelos fundados en los ancestros. Visión ahistórica sobre los pueblos que actualmente se integran en los Estados, con consecuencias en la imposibilidad de propiciar el desarrollo de una institucionalidad que permita la real inclusión de los diferentes pueblos y la creación de verdaderos escenarios interculturales [Villa, 2001(b)].

en drama de pequeños poblados y centros urbanos hacia donde la población huye⁵. La guerra del Pacífico adquirió significado en el contexto de expansión de los cultivos ilícitos y la confrontación por el dominio de ciertos corredores de comercio de armas y de drogas.

No se trata de describir el fenómeno de la guerra, más importante es valorar su impacto sobre los territorios colectivos y evidenciar la territorialidad de la que los actores armados son portadores. Los ejércitos que hoy surcan el Pacífico, insurgentes o contrainsurgentes, fundan su proyecto en el ejercicio de un poder hegemónico, que no reconoce espacios de autonomía a otros actores y donde lo cultural o lo étnico no se codifica como escenario a potenciar en un proyecto de construcción estatal o de nación. Los poderes locales no son el sujeto en los que se expresan los derechos de una colectividad, no hay ese nivel de reconocimiento por parte de los actores armados y, en consecuencia, es legítimo el dominio que los ejércitos llevan a cabo sobre sus territorios para el establecimiento de cultivos ilícitos, para el control sobre la extracción de ciertos recursos, como en el caso de la minería, para la presión de la población motivando su desplazamiento o la adhesión a su proyecto.

La guerra en el Pacífico tiene consecuencias en dos niveles: el primero se relaciona con lo local, al impedir el real fortalecimiento de los Consejos Comunitarios; el segundo, al contribuir a la fragmentación del movimiento social de comunidades negras.

El fortalecimiento de los Consejos Comunitarios no es susceptible de pensar con independencia de un movimiento social de comunidades negras. Es el movimiento social el que provee el marco de referencia para la interacción con el Estado, es allí en donde se decantan los ideales identitarios y en donde se produce el intercambio necesario entre realidades locales. El proceso de ascenso del movimiento social, que en la primera mitad de los 90 vislumbró un proyecto regional, pronto perdió preponderancia; la propuesta que en el plano conceptual integraba el territorio en el orden de lo cultural y la región en la estructura estatal no logró decantarse en lo local, de tal forma que el territorio-región⁶, como modelo ideal de articulación con el Estado, quedó como un enunciado sin organicidad que lo apropie. El fracaso o el aplazamiento de este proyecto ha significado una debilidad profunda para asumir los impactos de la guerra, pero también ha llevado a la atomización del movimiento,

5. Sobre el desplazamiento forzado de la población en el Pacífico la primera gran ola de dicho fenómeno fue documentada por Giraldo, Colorado y Pérez [1997]. Igualmente, el Boletín Informativo de Codhes, en los años 1999 y 2000, presentó información comparada por departamentos y municipios, informe especial fue presentado para el caso de Juradó.

6. El concepto de territorio-región, como aspiración política enunciada por un sector importante del movimiento social de comunidades negras a mediados de los 90, el PCN (Proceso de Comunidades Negras), que fundamentalmente señalaba la necesidad de integrar esos territorios colectivos en un proyecto regional que adquiriera su propia identidad institucional y se inscribiera en una visión de autonomía más amplia, fue una formulación que se quedó sin mayores desarrollos ante la nueva problemática que emergió con la guerra, la cual impide el fortalecimiento de redes organizativas en lo regional.

a la fragmentación que reduce a la resolución de las aspiraciones en lo local [Pardo y Álvarez, 2001] y a la cooptación del liderazgo.

Si la guerra, en el actual periodo, se erige en obstáculo para el despliegue de un proyecto cultural y territorial de la sociedad negra del Pacífico, al contrastar esta realidad con la historia de la formación del proyecto nacional surgen interrogantes grandes hacia el futuro, el más importante es sobre el tipo de ordenamiento territorial, la articulación regional y el reconocimiento de derechos étnicos que pueda surgir de un espacio de negociación del conflicto y de conformación de un nuevo ordenamiento constitucional. En la historia de la formación de la nación ha sido constante que la guerra y el desplazamiento forzado de la población sean artificio para legitimar la constitución de proyectos hegemónicos, excluyentes en cuanto al reconocimiento de la diversidad y orientados a integrar territorios y recursos en el dominio de grupos económicos depositarios de privilegios históricos. La tendencia en el Pacífico es al despoblamiento de las zonas rurales y la concentración de la población en núcleos urbanos, fenómeno que puede tener implicaciones hacia el futuro y que puede generar en los espacios de negociación de la guerra oportunidad para validar proyectos de Estado en oposición a los intereses de sus ancestrales culturas.

Economía, sistemas de producción e investigación

Sin mayor mediación crítica, la literatura institucional, la académica y la propia a las organizaciones sociales asumen que en los territorios colectivos, como rasgo esencial de la sociedad negra, se suceden unos sistemas tradicionales de producción que se codifican según principios de sostenibilidad y que permiten la reproducción del grupo sin afectar los ecosistemas. Esta afirmación, compartida en el imaginario sobre la sociedad negra y los pueblos indígenas del Pacífico, debe contrastarse con las realidades en las que estos grupos superviven, que se manifiestan en grandes limitaciones experimentadas respecto a la seguridad alimentaria, en índices extremos de mortalidad infantil y en la afectación de la población por enfermedades susceptibles de controlar. Así, los sistemas tradicionales de producción, lejos de satisfacer las necesidades de las comunidades, son el espacio donde se pueden describir la verdadera crisis y los desafíos que esta sociedad experimenta. De tal forma que no basta con generar el reconocimiento territorial de las poblaciones, tal ordenamiento puede ser simple quimera si no se llega a nuevas formas de apropiación y uso de los recursos allí disponibles.

Dos factores permiten señalar el límite de desarrollo de los sistemas tradicionales de producción de las comunidades negras: uno se relaciona con la baja disponibilidad de tierras fértiles para el ejercicio de la agricultura y el otro con el impacto generado por la práctica de la economía extractiva. Culminado, hacia mediados del siglo XX, el proceso de

colonización de las tierras del Pacífico por parte de la sociedad negra, el modelo productivo deja de ser eficiente ante la presión ejercida por la expansión demográfica, que lleva a que ciertos procesos tecnológicos ya no sean susceptibles de reproducir y a una decreciente capacidad del grupo para darse seguridad alimentaria. Las áreas de agricultura, en la tradición sometidas a ciclos de descanso y rotación de lotes para asegurar la fertilidad de los suelos, comienzan a ser reducidas en su fase de descanso o simplemente ya no es posible la rotación, a tal punto que en muchas zonas ya no es posible realizar el cultivo de maíz [Mejía, 1993], cultivo fundamental para la alimentación en cierta época del año. Con la plena ocupación de las tierras fértiles y la formación de asentamientos en las dos márgenes de los ríos el modelo productivo abandona sus componentes pecuario y los cerdos, que vagaban en una orilla mientras en la otra se establecían los cultivos, ya no tienen espacio y se convierten en fuente de conflicto entre vecinos. La agricultura, desde la lógica tradicional, supone una baja carga poblacional sobre unidad de paisaje, de tal forma que la familia como unidad productiva dispone de varios lotes distribuidos en un sector del río. El crecimiento de la población ha llevado a limitar este modelo de apropiación del espacio, la distribución de la propiedad evoluciona formando verdaderos microfundios y con ello colapsa el sistema productivo.

Si se analizan otras alternativas productivas que han sido históricas en ciertos paisajes, como es el caso de los bosques de Guandal, en el región norte de Nariño, espacio donde un campesinado silvicultor ha aprovechado de modo persistente los bosques, igualmente la valoración de recursos y la opción tecnológica lleva a mostrar que, al contrastar población con recursos maderables disponibles en una área, el sistema productivo no presenta viabilidad en las condiciones actuales de la opción tecnológica en uso [Del Valle, 1993, 1996]. En el espacio de la agricultura, como en el de la silvicultura, es evidente que las tecnologías a partir de las cuales estas poblaciones han apropiado su entorno ambiental no es susceptible en el largo plazo su reproducción y que, en consecuencia, están condicionadas a intensificar la extracción y la presión sobre diversos paisajes.

Una mirada de conjunto sobre el sistema productivo tradicional enseña que éste descansaba en el principio de complementariedad en el uso sobre distintas unidades de paisaje, de tal forma que se sacaba partido del conocimiento sobre el flujo energético que naturalmente se reproducía en los ecosistemas y que llevaba a que estacionalmente la unidad productiva se ocupara en labores y espacios diferentes. Inscrito este sistema en las dinámicas económicas de corte extractivo, en los que la unidad productiva se articula al mercado como proveedora de materias primas, como mano de obra al servicio de las redes de comercio de productos del bosque, de la explotación del subsuelo o de las riquezas ictiológicas, tras décadas de ejercicio continuado de tal práctica la oferta de tales productos comienza a decrecer, la degradación de los ecosistemas limita las oportunidades de

acceso a bienes susceptibles de monetizar y se intensifica la práctica extractiva como única opción para asegurar la supervivencia.

Las tendencias actuales sobre el uso de los ecosistemas y las lógicas económicas que imperan regionalmente enseñan que, a pesar del reconocimiento territorial a las comunidades negras y complementariamente los territorios asumidos como resguardos, la degradación ambiental acelerada pondría en riesgo la existencia física de estas culturas. Al ritmo de explotación de los recursos, al cabo de las dos primeras décadas del siglo XXI, más del 90% de los paisajes naturales estarían intervenidos [Casas, 1998], en tanto las áreas de bosques, calculadas en cifra aproximada a 4'500.000 hectáreas, habrían desaparecido hacia el 2025. Imagen catastrófica es la que emerge cuando se mira a un futuro en el que las tierras bajas no serían más que desierto pantanoso [Gómez, 2000].

Se deduce que el reconocimiento de los territorios colectivos, como ruptura ocurrida en el dominio de lo jurídico, no implica cambios en el orden de lo económico, de tal forma que la dependencia histórica de la economía extractiva sigue subordinando la vida en lo local y la región se asimila a espacio de frontera. A este condicionante histórico se agrega el desconocimiento sobre la dinámica de los ecosistemas y la ausencia de estrategias de investigación básica que permitan generar opciones tecnológicas e innovaciones en el uso del entorno ambiental. La investigación, como instrumento necesario para la generación de innovaciones tecnológicas, enfrenta los limitantes estructurales de las políticas estatales en este campo, pero igualmente la resistencia de las organizaciones sociales y comunidades que han llegado a inscribir esta práctica como otra de las tantas amenazas, generándose una representación de la investigación como una actividad extractiva más y negando su significado e importancia⁷.

En algunos territorios colectivos de comunidades negras, en la fase posterior a la titulación, se ha asumido la labor de formular planes de ordenamiento territorial, tarea importante en cuanto permite hacer explícita cierta normatividad o acuerdo colectivo en el uso del territorio, pero que no llena la expectativa y los grandes desafíos en la búsqueda por generar nuevas alternativas en el uso de los ecosistemas. Estos planes de ordenamiento se deben ver como el ejercicio empírico que, desde el conocimiento tradicional, permite describir los espacios de uso y configurar política para su manejo, sin que tal política responda a la necesidad de instaurar un escenario donde el bosque deje de ser figurado como simple proveedor de maderables o la agricultura se piense más allá de los tradicionales espacios

7. En el campo de la investigación, oportunidad importante es la que se abre con la conformación del Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico, el Von Newman que, en el marco de la Ley 99 de 1993, nace como un espacio donde los actores étnicos de la región del Pacífico se constituyen en sus principales asociados. Este instituto, en la lógica de las demandas del desarrollo regional, se crea para llenar los vacíos de investigación, pero un balance de su gestión presenta precarios resultados y el modelo de participación no logra trascender la lógica estatal regional inscrita en el bipartidismo con todos los vicios que históricamente le dan identidad.

de tierras firmes o de diques de relativa fertilidad. Significa entonces que el ordenamiento, con la intención de inaugurar nuevas representaciones sobre el paisaje, debe ser acción prospectiva donde la investigación se convierta en el soporte, mientras que la política es el espacio donde la racionalidad crítica permite apropiar el conocimiento tradicional con sus limitaciones, a la vez que integra los saberes especializados necesarios para identificar las potencialidades de esos ecosistemas.

La investigación no sólo debe proporcionar el conocimiento básico para generar innovaciones en el uso de los ecosistemas, también es necesaria para explorar nuevas formas de relación de los pobladores con los mercados, es decir, esquemas de asociatividad entre la comunidad, como propietaria del territorio, y el capital, como agente externo. Si bien estos territorios se identifican con la diversidad en el orden de lo biológico⁸, no menos preponderancia tiene el subsuelo, espacio que, reservado en su propiedad por el Estado, sin embargo se erige en campo de actividad económica en el que pueden participar las comunidades. Con independencia del dominio donde se aplica el capital, ya sea para la explotación de nuevos productos asociados a la diversidad biológica o en la extracción de minerales, de igual manera es necesaria la identificación de esquemas asociativos novedosos y de políticas que aseguren romper la lógica extractiva y agregar valor a los productos en el contexto regional.

El territorio y lo urbano

El ordenamiento territorial de las áreas rurales, con la importancia que supone, no significa que la tendencia regional de distribución de la población no deba tomarse en cuenta como factor importante. Actualmente, las áreas urbanas son los espacios hacia donde confluye la mayoría de la población, tendencia que no difiere de la dinámica experimentada nacionalmente y que plantea el interrogante sobre el lugar de estas poblaciones en el espacio de multiculturalidad que le confiere identidad al Estado. Si se asume que la población localizada en los centros urbanos no es depositaria de los atributos con los que el Estado reconoce a la sociedad negra en su identidad étnica, que en la Constitución Política de 1991 se concretan en estereotipos ruralizados, quedan entonces por resolver interrogantes grandes con relación al lugar de esta población como sujetos de derechos colectivos y la institucionalidad que les permita su ejercicio.

8. La literatura sobre el Chocó biogeográfico de la última década constituye a esta región en el espacio de la megadiversidad biológica, contrasta esta definición con la degradación acelerada de los paisajes y con otras miradas para las cuales el subsuelo sería el dominio de riqueza de mayor importancia.

Esta pregunta, al asumirse en su verdadera dimensión, toca con la estructura que a lo largo de varios siglos ha primado como modelo de comunicación entre la nación y la región, y su resolución pasa por romper los esquemas coloniales que instituyeron al Pacífico como frontera de los centros de poder andino, que redujeron a su población a ciudadanos de segundo orden, y que constituyeron a los bosques, los ríos y las playas en inmenso baldío cargado de riquezas al servicio de pobladores extraños a las tierras bajas. Es esa la verdadera pregunta, la que versa sobre la inclusión de la totalidad de la población del Pacífico en un proyecto nacional, donde el Estado pueda generar los espacios de autonomía adecuados al modo como unas culturas han apropiado un territorio y les restituya los que históricamente se les han fragmentado⁹.

Son múltiples los caminos por desandar en la búsqueda de un nuevo orden estatal que nazca como ejercicio final de la guerra. Hacia el pasado, al cabo de las distintas guerras que ha vivido la nación, el Pacífico siempre emergió marginal, siempre reprodujo el esquema de subordinación colonial, pero con los eventos de la pasada década de los 90 todo ha cambiado definitivamente. Inscrito el territorio de las comunidades negras e indígenas como botín en disputa por diferentes ejércitos, su única ruta para la reconstrucción después de la más reciente hecatombe y de todas las experimentadas en el pasado, será la del ejercicio de invención de una institucionalidad que afirme espacios de autonomía regional, senda difícil que sólo se podrá recorrer si en el orden de lo económico se rompe con la vieja atadura en la que el paisaje se representa como espacio de extracción. Cambio que no sólo significa adecuar las visiones desde lo nacional, también es imperativo generar rupturas en lo local.

9. En los inicios del siglo XX, con el proyecto de conformación de un mercado nacional, con la consecuente expansión vial, el Pacífico se integró por carreteras y ferrocarriles bajo el mismo esquema colonial que lo colocaba en dependencia respecto a los centros andinos, así, se rompieron las continuidades culturales que a lo largo de siglos había construido la sociedad negra, se fragmentaron sus modelos de comunicación y el territorio se ordenó en función de unidades político-administrativas funcionales al proyecto económico de la burguesía comercial andina. Éste es el modelo que prevalece y que niega la oportunidad de recrear una región donde las sociedades negra e indígena puedan expresar la verdadera multiculturalidad como práctica política.

Bibliografía

Aprile-Gnisset, Jacques; Mosquera, Gilma. *Hábitats y habitantes del Pacífico. Síntesis y reflexiones finales*. Cali, Cidse, Universidad del Valle, 1999.

Barco, Virgilio. *Informe*. Bogotá, Presidencia de la República, 1990.

Casas, Fernando. “Diversidad biológica: oportunidades, amenazas y propuestas de política nacional y su relación con la política exterior”, en: *Agro y Medio Ambiente*, Bogotá, Fondo FEN Colombia, CEREC, 1998.

Del Valle, Jorge Ignacio. “Silvicultura y uso sostenido de los bosques”, en: Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*, Bogotá, Proyecto Biopacífico, Fondo FEN Colombia, 1993.

———. “Ordenamiento territorial en comunidades negras del Pacífico colombiano: Olaya Herrera, Nariño”, en: William Villa (ed.), *Comunidades negras, territorio y desarrollo*, Medellín, Endimión, 1996.

Giraldo, Alberto; Colorado, Abad; Pérez, Diego. *Relatos e imágenes. El desplazamiento en Colombia*. Bogotá, CINEP, 1997.

Gómez, José. “Informe sobre recursos naturales”, en: *Agenda Pacífico XXI*, Quibdó, Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico -IIAP-, 2000.

Mejía, Mario. “La agricultura alternativa”, en: Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*, Bogotá, Proyecto Biopacífico, Fondo FEN Colombia, 1993.

Pardo Rojas, Mauricio; Álvarez Camargo, Manuela. “Estado y movimiento negro en el Pacífico colombiano”, en: Mauricio Pardo Rojas (ed.), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Colciencias, 2001.

Villa, William. “Territorio y territorialidad en el Pacífico colombiano”, en: Mónica Restrepo (ed.), *Las caras lindas de mi gente negra*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1995.

———. *Narcotráfico, guerra y conflicto en el Pacífico colombiano*. Quibdó, Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico -IIAP-, 2000(a).

———. “Dinámicas sociales de la región del Pacífico”, en: *Agenda Pacífico XXI*, Quibdó, Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico -IIAP-, 2000(b).

———. “La sociedad negra del Chocó. Identidad y movimientos sociales”, en: Mauricio Pardo Rojas (ed.), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Colciencias, 2001(a).

———. “El Estado multicultural: el nuevo modelo de subordinación”, en: *Seminario de evaluación. Diez años de la Constitución Política de 1991*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, ILSA, 2001(b).

La situación territorial de los afrocolombianos: problemas y conflictos

Carlos Rúa Angulo

Miembro de la Comisión Nacional del Enlace de Líderes Afrocolombianos

La situación territorial de la población afrocolombiana presenta numerosos tópicos problemáticos, los cuales están lejos de una perspectiva de resolución, a pesar de la gran movilización que los movimientos de comunidades negras han desplegado en las dos últimas décadas y de la obtención, por primera vez en la historia colombiana, del reconocimiento legal de algunos de los derechos específicos. Algunos de los problemas que se mencionarán en este documento son los correspondientes a aspectos particulares sobre la situación territorial urbana en comunidades negras, el programa de dotación y adquisición de tierras, la política de titulación de baldíos, la urgencia de continuar con la titulación colectiva, la inclusión de las áreas de parques naturales en los títulos colectivos, el ejercicio del derecho de prelación sobre los bienes de uso público, el reconocimiento de los Consejos Comunitarios como Entidades Territoriales de Régimen Especial y el papel de las Divisiones Territoriales Afrocolombianas, la autonomía regional y el reconocimiento del Pacífico como eco-región para la planificación ambiental.

La situación urbana

De acuerdo con el estudio presentado por la Comisión del Plan de Desarrollo de Comunidades Negras, “Hacia una nación multiétnica y pluricultural”, aproximadamente el 90% de

la población afrocolombiana se encuentra localizada en los grandes centros urbanos y en los municipios intermedios, constituyéndose en la población mas flotante y creciente de estas áreas. La falta de acceso a la propiedad y definición de áreas para la reconfiguración de su tejido étnico-cultural, así como la negativa a reconocer en la práctica el derecho a la diversidad y equidad, y por tanto incluir a estas comunidades en los planes de inversión y desarrollo de las entidades territoriales, profundiza y acelera su proceso de pauperización y de desarticulación de su identidad en las ciudades.

Vale destacar que la identidad de la comunidad afrocolombiana no se reduce a la identidad lingüística o a la propiedad colectiva sobre un territorio ancestral, mucho menos al peso melanínico en la coloración de la piel. Con todo el significado que estas variables tienen para el conjunto de la comunidad negra, la ciudad representa en su expresión más amplia los centros de confluencia de la diversidad intraétnica, la pérdida irreparable del bosque de respaldo, el alto riesgo que trae el desarraigo en relación con sus basamentos culturales, el crecimiento incontrolable y sin protección de su cobertura demográfica.

En resumen, la ciudad pone a prueba y en condiciones de extrema fragilidad la supervivencia del grupo étnico, a tal grado confunde a algunos analistas que ven en el devenir urbano el cementerio de la cultura ancestral y la desaparición de los usos, costumbres y prácticas de producción.

Esta manera de observar a la comunidad negra urbana es plana y significa mirar el presente con el lente del pasado, sobre todo mirar la cultura y a los grupos o pueblos que la representan como un fenómeno social estático, huérfanos de movilidad y crecimiento. La cultura es el acervo o acumulación de saberes, sentimientos, gustos, credos y costumbres que traen los pueblos, ancestrales o repoblados, y se enriquece y entreteje en un complejo proceso de apropiación y afirmación de valores, por tanto no es inmóvil ni se puede trastear de manera mecánica, ella fluye y se expande, adecuándose a las condiciones de lugar y tiempo y, particularmente, a los ritmos e intensidad con que se van desplazando los fenómenos sociales.

Mientras en las zonas rurales la población negra sostiene procesos de ocupación de 200 y 300 años, y el principio de propiedad se mantiene inalterable e incuestionable, en las urbes la vida flotante y la hostilidad que plantean los procesos de apropiación de ciudad y de ciudadanía y los retos cotidianos por sobrevivir hacen de la comunidad negra flanco de extrema vulnerabilidad ante una política de estandarización por arriba, de las que suelen diseñarse en el afán de ampliar las coberturas sociales de atención, sin la más mínima focalización de las particularidades culturales, que reclaman en todas las formas el reconocimiento de la diversidad y una planeación equitativa.

El territorio en las ciudades es para la población negra el punto de partida, la condición sin la cual no es posible reafirmar a la población negra nativa, a los grupos de mayor permanencia y asentamiento, y a los migrantes y desplazados recientes.

Abordar el derecho territorial para la población negra urbana representa una resignificación de la diversidad, no exclusivamente a partir de las necesidades de las colonias de afrocolombianos, sino de las nuevas formas de construcción de ciudad, en las que toman fuerza dinámicas determinadas por el influjo de la guerra y la disputa de los territorios ancestrales y sus recursos naturales, el control de la biodiversidad por unos pocos y la concentración de la población.

Lo que trae consigo la aparición de nuevas formas organizativas mucho más localizadas en su accionar, como asociaciones de afrocolombianos desplazados, inclusive las prácticas de producción en la ciudad se adecuan a las exigencias de los nuevos tiempos y el comercio afrocolombiano, los servicios de la estética, los restaurantes y, en general, un conjunto de prácticas y mecanismos de supervivencia van a servir de eslabones de construcción urbana y mecanismos en la formación de las cadenas de solidaridad afectiva, que crecen y se retonifican en las estructuras parentales, las cuales sirven de punto de enlace para conectarse con rapidez a estos procesos insoslayables. El que no tenga una familia, una organización o un amigo para involucrarse en un mecanismo de producción inmediato, ¿puede perecer?

Las ciudades viven un proceso de expansión acelerada y su tendencia principal es a la gran concentración de población, de desruralización del país y de trasteo del conflicto armado a estas ciudades. En este proceso las comunidades negras constituyen un sector social de amplio espectro, victimizado por los efectos de la guerra y, especialmente, por las políticas de exclusión secular. La implosión que se advierte en las grandes ciudades contará indudablemente con la participación de este sector de la sociedad que concurre a los estallidos sociales en curso, represado de desesperanzas, cargado de temores, pero ante todo abierto a la formación de una noción de ciudad multicultural, solidaria y participativa.

De lo dicho se desprende un dilema: ¿Deben las comunidades negras acceder a la propiedad territorial en las ciudades, como una forma de reconstruir su tejido y avanzar en la reparación cultural y étnica, o deben continuar en la trashumancia que plantean la exclusión y el desconocimiento de la diversidad y de la equidad?

Lo anterior supone la intensificación de relaciones desde lo local que dinamicen la solución de problemas, teniendo en cuenta los procedimientos legales que se han evidenciado en el proceso de reconocimiento de los derechos constitucionales afrocolombianos, como otros derechos que aluden a los ciudadanos, los cuales podrían aplicarse en favor de las comunidades negras en razón de sus condiciones de desigualdad, preestablecida con el conjunto de la sociedad.

Dotación y adquisición de tierras para comunidades negras que no poseen tierra y dependen completamente del trabajo del campo

Particularmente en los municipios intermedios, las comunidades negras han persistido en la demanda de un programa especial de tierras, aplicable en aquellas zonas donde no es posible la titulación colectiva de baldíos ocupados y se encuentran amplios asentamientos de estas comunidades sin tierra y con prácticas de producción que dependen completamente de la relación con el territorio.

Debido a la concentración de la propiedad, posesión individual y control sobre las áreas productivas, no es posible la titulación colectiva. En estas condiciones es urgente el reconocimiento de un programa especial de dotación y adquisición de tierras para comunidades negras que no tienen tierra y lo perdieron todo.

El programa especial hace justicia con estas comunidades, quienes en otros tiempos fueron ocupantes de zonas que hoy se encuentran cultivadas en banano, caña de azúcar, palma de aceite, hoja de coca para uso tóxico o ecoturismo, como San Andrés, Providencia y Santa Catalina, Cartagena y otras.

La titulación de baldíos

Existen áreas baldías, de tierra ocupadas y cultivadas por troncos familiares afrocolombianos, que no han salido del dominio del Estado; aunque su hectareaje resulta en muchos casos insuficiente, la titulación de estos predios se constituye en una necesidad fundamental para estas comunidades.

La titulación de baldíos a familias afrocolombianas en áreas intervenidas representa una opción de preservación de la diversidad biogeográfica y cultural, evita la concentración forzada de la propiedad, el desarrollo de monocultivos y el desplazamiento por razones de pauperización.

Estos procesos de titulación de baldíos ocupados y cultivados se pueden adelantar en zonas como Urabá, costa Caribe, pie de monte caucano, Putumayo, entre otras, donde la comunidad negra se ha concentrado y desarrolla prácticas de producción vinculadas al trabajo del campo.

El ejercicio del derecho de prelación sobre los bienes de uso público

Es irrefutable la comprensión alcanzada por la comunidad negra del principio de interdependencia entre la oferta ambiental y la forma de dar cuerpo y sentido a la ocupación territorial. De esta noción de proporcionalidad van surgiendo los tipos de asentamientos

sobre la estructura de bienes de uso público, como las playas, zonas de bajar, ecosistemas arbóreos de manglar, ciénagas, cuerpos de agua, áreas de pantano, entre otros.

Precisamente la Ley 70 de 1993, al interpretar correctamente este basamento cultural, establece el derecho de prelación sobre cualquier aprovechamiento comercial, industrial, o deportivo sobre los bienes de uso público y más concretamente sobre las aguas, las playas, la fauna y flora terrestre y acuática.

Sin embargo, el ejercicio de este derecho de prelación vital para las comunidades negras es vulnerado a menudo por propietarios privados, gestores de megaproyectos, hoteleros, portuarios, industriales y agroindustriales, que ponen en alto riesgo la supervivencia y permanencia de los afrocolombianos sobre los territorios que han venido ocupando ancestralmente, al punto que, dado el nivel de polarización de los intereses, estas comunidades se ven obligadas a desplazarse a los centros urbanos como única posibilidad de salvar la vida.

Resulta particularmente urgente definir y organizar el ejercicio del derecho de prelación para las comunidades negras sobre el aprovechamiento de los bienes de uso público y estructurar unos mecanismos de protección de estos derechos, de manera que su ubicación ancestral en estas áreas no las haga responsables, además de víctimas, de las operaciones ofensivas, por el simple hecho de coincidir su ubicación geográfica con los flancos de disputa de los actores armados.

La inclusión de las áreas de parques en los títulos colectivos

No sobra decir que las comunidades negras desarrollan prácticas de producción y relaciones de protección con el sistema de parques naturales; sin embargo, en éste, como en otros aspectos, la legislación colombiana incurre en actos de inequidad al sustraer las áreas de parques de los títulos colectivos de comunidades negras.

Los derechos de estas comunidades sobre los parques naturales no se pueden reducir a la condición de guardabosques o administradores subalternos, se trata de un derecho ancestral que ha recreado el sistema de parques naturales con el ejercicio permanente de sostener una relación armónica con el entorno, de allí que excluir a las comunidades negras de la inclusión de los parques en sus títulos colectivos significa fragmentar el concepto de integralidad territorial que sirve de sostén a la diversidad étnico-cultural.

Población afrocolombiana fuera del Pacífico

Hay que evitar el reduccionismo de quienes pretenden circunscribir la titulación colectiva de las comunidades afrodescendientes a la cuenca del Pacífico. Con toda la importancia

que esta región representa para el país y para las comunidades negras, se trata de asumir su construcción, pero en el marco de una perspectiva de nación que no reduzca, sino que amplíe los derechos territoriales de las comunidades negras, es decir, que trascienda la región.

Pero limitar al Pacífico los derechos territoriales de las comunidades negras significa excluir y paralizar al 90% de la población afrocolombiana, que se encuentra localizada en zonas donde no es posible la titulación colectiva y fue despojada de este derecho ancestral, y se encuentra localizada en áreas como San Andrés, Providencia, Santa Catalina, costa Caribe, valles interandinos –norte caucano–, pie de monte caucano, Urabá, Norte de Santander, Risaralda, Caldas, Putumayo, Amazonía y otras zonas de asentamiento.

Precisamente las comunidades donde no es posible aplicar la titulación colectiva requieren no sólo de un diagnóstico o de un mapa de tierras, ante todo requieren de la confluencia del conjunto de las dinámicas organizativas que permitan concentrar los esfuerzos y avanzar en la ampliación de una perspectiva territorial.

Evidentemente se han desarrollado múltiples esfuerzos en Consejos de Política Económica y Social -Conpes- y Planes de Desarrollo. Sólo a manera de ejemplo insertaré lo que alcanzó a salir en el Plan de Desarrollo para grupos étnicos [ver anexo]. Los comentarios sobre lo que pasó y la ubicación de quiénes actuaron a favor del plan y quiénes en su contra será materia de otro trabajo. En todos estos instrumentos de planificación se ha tenido el cuidado de insertar los derechos territoriales para las comunidades negras que se encuentran asentadas en zonas diferentes al Pacífico, pero todos estos esfuerzos y búsquedas han sido fallidos hasta hoy, aún no se han logrado concretar tales propósitos que permitan acceder a la materialización de un programa especial de tierras para comunidades negras sin tierra, pero la intensidad del ritmo por estos derechos continúa y crecen entre los activistas mujeres y hombres, que son quienes al final llevan a cuenta el peso de las reivindicaciones inconclusas.

La titulación colectiva debe continuar

La titulación colectiva de tierras de las comunidades negras representa el punto de mayor alcance en el proceso de implementación de los derechos afrocolombianos. No obstante sus avances, representados en la titulación de 4,6 millones de hectáreas y la conformación de 160 Consejos Comunitarios, existen obstáculos reales que pueden afectar la culminación de la meta prevista de 5,6 millones de hectáreas, la configuración de los Consejos Comunitarios como Entidades Territoriales de Régimen Especial y el diseño y aplicación de planes de manejo para la administración y uso sostenible del territorio.

Dentro de los obstáculos en referencia vale destacar la falta de presupuesto para garantizar la atención de los títulos colectivos en trámite, lo cual implica desarrollar trabajos de

concertación con empresarios privados ubicados en las dos costas, Pacífica y Caribe; entidades públicas como Armada Nacional, la Gobernación del Departamento del Valle del Cauca, la Universidad del Cauca, referido específicamente a las tierras de las comunidades negras desplazadas de la cuenca hidrográfica del Naya, finalizar los trabajos de mapificación de los territorios en proceso de titulación, implementar la realización de un diagnóstico de tierras baldías titulables, establecer la oferta de predios para la adquisición y dotación, cuantificar la demanda para atender a las comunidades que se encuentran por fuera del Pacífico, entre tantas actividades que debe desarrollar el Programa de Atención a Comunidades Negras del Incora.

La titulación colectiva de tierras para comunidades negras debe continuar porque es “una conquista social, económica, política y cultural en la que se debe perseverar, tanto por razones del derecho que le asiste a la población afrocolombiana a la construcción de su propiedad colectiva, como por la decisión del retorno a sus tierras de origen que les pertenecen legalmente. La titulación constituye una garantía para el reclamo de las comunidades desplazadas forzosamente, así como una prevención para dicho desplazamiento, esta perseverancia constituye, en efecto, una afirmación de identidad étnico-cultural y un aporte colectivo al proceso de paz, puesto que significa una posibilidad de reconstrucción del tejido social que hoy requiere el país”.

La región del Pacífico, un territorio en disputa. El Pacífico, una región predominantemente afrocolombiana

Por su densidad demográfica, el 90% del total de la población del Pacífico es afrocolombiana; esta comunidad se encuentra asentada en toda la cobertura geográfica que constituye el territorio región del Pacífico, definido por la Ley 70 de 1993 de la siguiente manera:

Es la región definida por los siguientes límites geográficos: desde la cima del volcán de Chiles, en límites con la República del Ecuador, se sigue por la divisoria de aguas de la Cordillera Occidental, pasando por el volcán Cumbal y el volcán Azufral; hasta la hoz de Minamá; se atraviesan éstas, un poco más debajo de la desembocadura del río Gaitará y se continúa por la divisoria de agua de la Cordillera Occidental, pasando por el Cerro Munchique, los Farallones de Cali, los cerros Tatama, Caramanta y Concordia; de este cerro se continúa por la divisoria de aguas hasta el Nudo de Paramillo, se sigue en dirección hacia el noreste hasta el Alto de Carrizal, para continuar por la divisoria de las aguas que van al Riosucio y al caño Tumarandó, con las que van al río León hasta un punto de Bahía Colombia por la margen izquierda de la desembocadura del río Surinque en el golfo. Se continúa por la línea

que define la costa del Golfo de Urabá hasta el hito internacional en Cabo Tiburón, desde este punto se sigue por la línea del límite internacional entre la República de Panamá y Colombia, hasta el hito equidistante de Puntas Ardita (Colombia) y Cocalito (Panamá), sobre el Océano Pacífico, se continúa por la costa hasta llegar a la desembocadura del río Mataje, continuando por el límite internacional con las República de Ecuador, hasta la cima del volcán de Chiles, punto de partida.

Así como se produjo una relación no excluyente entre la libertad gestada en el cimarronaje, con la libertad proveniente del acto administrativo de su abolición legal, igualmente hoy nos proponemos conciliar el vínculo existente entre la ocupación y apropiación ancestrales con la lucha por el reconocimiento legal, entendido éste como la opción de asumir la construcción de entidades territoriales de carácter legal, pero con contenido étnico afrocolombiano.

Este punto de partida impulsó todo el trabajo de quienes nos vinculamos en la Constitución a los derechos afrocolombianos, a la formulación y concertación de la Ley 70 de 1993, y al ejercicio y aplicación práctica de estos derechos. Podríamos afirmar que todavía nos encontramos en el periodo de reconocimiento formal de derechos. Pero vale decir que es a la Asamblea Nacional Constituyente a quien le asiste este mérito de reconocimiento que, aunque formal y limitado, representa un avance significativo para dar fuerza y mayor posicionamiento a los derechos conquistados por acumulación directa de los propios pueblos afrocolombianos. De esta premisa podemos sacar la primera aproximación, “nada ha sido donado, todo ha sido fruto del trabajo y de la lucha”.

En el contexto mismo de la Asamblea Nacional Constituyente y en sus desarrollos posteriores, los afrocolombianos hemos tenido que asumir la solución de un dilema central: o ampliamos la base de reconocimiento de los derechos formales al conjunto del grupo étnico, procedemos con mayor énfasis y centramos el peso principal de la atención en la definición de un territorio legal de carácter regional, centramos las energías principales en la lucha por la implementación de los derechos adquiridos, entendidos estos como definición de los procedimientos y acciones para acceder a las políticas de inversión social y ser reconocidos realmente en la práctica como grupo étnico, o avanzamos por el camino de la reglamentación de los derechos generales adquiridos para ganar en procedimientos. Todos estos caminos y propuestas han chocado con un obstáculo principal: la política de privatización portuaria, que llevó a la región a una situación de pauperización extrema, y los megaproyectos legales e ilegales, la indiferencia estatal y la política de reparto del territorio del Pacífico, acudiendo a diferentes procedimientos, unos de carácter legal y otros que corresponden al ejercicio de la brutalidad y la fuerza.

Una legislación que despoja a los afrocolombianos en el Pacífico

Aquí vale decir que la combinación de las formas del despojo varían de acuerdo con las condiciones históricas. A manera de ejemplo: cuando entró en vigencia la nueva Constitución Política, el mapa de reparto de la región del Pacífico experimentaba una incursión multiforme de carácter legal. De un lado, las pretensiones de mantener la región del Pacífico como Zona Forestal Protectora, tal como la concebía la Ley 2 de 1959, con la cual se conservaba la región, pero se impedía el acceso legal a la propiedad territorial de las comunidades negras, se había erosionado sensiblemente con la Ley Agraria 135 de 1961, con la que se podía sustraer de la reserva forestal y avanzar un proceso de titulación individual.

En este movimiento de gran destreza legislativa, típica de los países del tercer mundo, que resuelven sus tragedias con normatividades irreconciliables e inaplicables, se puede percibir la función de instrumentos de fachada que surgen a la vida pública para justificar movimientos con los que se inclina la balanza en favor de quienes se proponían intensificar la explotación de los recursos forestales.

Se puede entender la mentalidad de doble faz puesta en curso, así se explica que mientras se exportaba al mundo el mensaje de una región absolutamente ecológica y de reserva, por otro lado se adecuaban los instrumentos legales para que los empresarios del papel y la explotación de madera, entre otros, pudiesen estructurar y contar con un mecanismo legal como la Ley de Reforma Agraria 135 de 1961.

La norma en mención fue planteada con una fachada que hacía posible la solución de los problemas de colonización campesinos y de constitución de resguardos indígenas, mientras en su trasfondo se promovía una política de apertura industrial a la explotación de los recursos naturales.

De las 10'000.000 de hectáreas que constituyen el territorio de la región del Pacífico, y mediante esta incursión de tipo legal, el Estado colombiano sustrajo alrededor de 4,5 millones de hectáreas, con varios destinatarios.

Es evidente que esta política de sustracción de la reserva, a través del sistemas de titulación individual, estaba acompañada de otros procedimientos legales de despojo, como titulación a entidades públicas de predios ocupados por pobladores ancestrales afrocolombianos.

Tal es el caso de Bahía Málaga, en donde las comunidades negras deben enfrentar un tedioso proceso de superposición normativo, que va desde las facultades expresas a la Gobernación del Departamento del Valle, a quien se le concede mediante la Ley 55 de 1966 la competencia para construir un balneario y adelantar procesos de titulación igualmente individual, y de otro lado se firma un convenio de investigación científica con la Universidad del Valle sobre un área insertada en este territorio.

Y, sobre el mismo predio en referencia, se le concede titularidad a la Armada para que construya una base militar. He tomado este caso para ejemplarizar el maquiavelismo de la norma y de sus legisladores y poner en evidencia que la superposición normativa hace parte de las diversas formas que asumen los encargados de negar los derechos a los pobladores ancestrales.

El cuadro es patético, pone de manifiesto un despliegue de intereses, mientras en el medio, asentados históricamente y sin ser tenidos en cuenta, se hallan los pobladores afrocolombianos que reclaman el derecho legal de estos predios de acuerdo con lo mandado por la Ley 70 de 1993.

Poderosos intereses amenazan la población ancestral

El territorio del Pacífico está en disputa entre los impulsores de megaproyectos, legales e ilegales, y los pobladores ancestrales afrocolombianos que reclaman el derecho a construirse como región pacífica, de acuerdo con sus usos y costumbres y en consonancia con su cosmogonía.

Para la construcción de la región del Pacífico es importante partir de una mirada abierta a los factores de acumulación presentes en esta dinámica, sus formas de poblamiento, los intereses actuales en controversia, la capacidad de sus propios dolientes para sortear las algarabías, hostilidades y consensos.

Esta búsqueda explica por qué es necesario tener presentes entre nosotros los acontecimientos que han conmocionado la existencia de la población negra en Colombia, y pone de manifiesto las causas de sus motivaciones, sus formas de organización, las características de sus objetivos principales, los obstáculos enfrentados, el tipo de movilización, las conquistas adquiridas y las derrotas sufridas.

En este plano es importante crecer con los amigos que desde fuera y dentro de la etnia pueden contribuir a mejorar la calidad de respuesta de los pueblos afrocolombianos, entendiéndose que todas las formas de expresión a favor del reconocimiento del Pacífico como región adquieren un valor significativo.

Dado que esta movilización comprende desde las cosas simples y pequeñas hasta las más complejas interpretaciones, debates y negociaciones, ellas –las expresiones y movilizaciones– conforman la base sobre la que se levantan las posibilidades de sustraer este territorio del escenario del conflicto armado, evitar la fragmentación entronizada desde intereses diferentes y extraños a la región, y rediseñar una estrategia productiva, sostenible, autónoma y de manejo ambiental que sirva al conjunto del grupo étnico, a toda la nación y que particularmente transforme las condiciones de inequidad crónica.

Por tanto, la defensa del territorio ancestral del Pacífico está vinculada a la consolidación de una perspectiva étnica que proteja la titulación colectiva, que dé forma y contenido al concepto de autonomía regional desde las particularidades étnicas y geográficas –no desde la suma de departamentos–, y desde allí construya y plantee un nuevo tipo de sociedad que reconozca las especificidades que dan vida al concepto de nación pluriétnica y multicultural.

Puedo afirmar, entonces, que la aplicación y consolidación de los derechos territoriales de la población afrocolombiana adquieren diversos grados de materialización, diversas formas de ocupación y coberturas y, en consecuencia, diferentes procedimientos para acceder a los mismos.

Plantearse la construcción de región desde el acumulado territorial del Pacífico significa partir de lo concreto y de lo posible y, sobre todo, explica la necesidad de asumir con humildad y desafío el legado de una sostenida lucha por la libertad y el territorio. El Pacífico es punto de gravitación de los derechos territoriales de las comunidades negras, por tanto su defensa y protección no excluyen, sino que ponen al centro, la validez de todas las formas de acceso al territorio del conjunto de los afrocolombianos.

Vale decir que el reduccionismo territorial no está planteado en los derechos constitucionales reconocidos ni en la Ley 70 de 1993, mucho menos entre las propias comunidades negras, constructoras directas de las experiencias de definición territorial, por tal razón es una invención que raya en la ingenuidad y no tiene ningún tipo de aproximación con la realidad.

Los desarrollos desiguales en las formas de acceso al ejercicio del derecho territorial no pueden romper el imaginario de reparación material de la comunidad negra, mucho menos colocarse por encima de la necesidad objetiva de avanzar en conjunto, apoyándose mutuamente, hasta hacer posible el logro de tales derechos étnicos para toda la comunidad –tanto del campo como de la ciudad.

Igualmente, esta mirada tiene el propósito de compartir la opinión según la cual los territorios ancestrales que hoy defienden las comunidades negras hunden sus raíces en la lucha llevada a cabo por la libertad y por el territorio a propósito de la abolición legal de la esclavitud.

En consecuencia, acceder a estos territorios no constituye una donación o dádiva que se desprenda de la generosidad de los que siempre han gobernado, ésta ha sido el fruto de un proceso de lucha sostenido por un espacio propio, entendido éste como un derecho fundamental, sin el cual no es posible plantearse la reparación material y moral.

Por tal motivo, no deben prosperar las pretensiones de endosar la región al mejor postor, así ésta sea una ilusión peregrina, pero no por ello subestimable, en el peor de los casos, planteada por sectores que emergen desde la misma región y lógicamente por

actores que se erigen en favor de la fragmentación, repartiendo contentillos a quienes calladamente o en medio de opiniones ruidosas, siendo nativos o descendientes de estos, se declaran en lista de espera para salir a recibir las cuotas de esta distribución espacial y territorial.

De tal suerte que la disputa encarnizada que libran los promotores de megaproyectos insostenibles, de la explotación de todas las maderas y bosques, del arrasamiento de los recursos de la fauna marina, aérea y terrestre, de la explotación de los recursos del subsuelo y del saber tradicional, así como del sometimiento forzado de los suelos del Pacífico a la producción de hoja de coca para uso tóxico y la construcción de vías carretables y de navegación, no está inspirada en una estrategia de desarrollo propio y sostenible de esta región.

El reconocimiento legal de los territorios ancestrales afrocolombianos

Han transcurrido más de 7 años desde que se expidieron legalmente los primeros títulos colectivos y se ha avanzado de manera significativa en el reconocimiento de 4,2 millones de hectáreas, quedando pendientes por titular 1'000.000 para alcanzar una meta de 5,6 millones de hectáreas a favor de las comunidades negras en el Pacífico.

Se han organizado 160 Consejos Comunitarios y 300.000 afrocolombianos están involucrados en esta dinámica de manera directa, muchos factores han incidido negativamente, pero, por encima de todo, esta cobertura territorial legalmente reconocida constituye la base material para plantear el derecho a la definición del Pacífico como región.

Para alcanzar los resultados planteados fue necesario contar no sólo con instrumentos y derechos legales, presupuesto, lo más importante que confluyó en este compromiso histórico fue el *equipo de dolientes* y con ellos la capacidad de sortear las contradicciones intraétnicas, interétnicas, interculturales y, obviamente, el peso de las contradicciones asociadas al desarrollo del conflicto armado, que corrió parejo con el proceso de definición territorial.

Todos los factores comenzaron a confluír en un propósito común: dotar de un territorio legalmente reconocido a los afrodescendientes de los cimarrones del siglo XVI, bajo los criterios de: a) Unidad en la selva, la periferia y la cuenca, esto quiere decir de la selva a la periferia y de la periferia a la cuenca; b) Equidad regional; c) Titular lo posible sin renunciar al ejercicio y reconocimiento del derecho ancestral en disputa; d) Hacer concesiones parciales, si es necesario; e) Aceptar y reconocer como un ejercicio pleno de autonomía la libre voluntariedad y la adopción de las diferentes formas y coberturas de definición territorial, a manera de ejemplo: la titulación por cuenca, subcuencas, intercuencas, municipales, intermunicipales y veredales; f) Acelerar el ritmo de la titulación colectiva; g) Sustener y

garantizar los principios de solución dialogal y pacífica de las diferencias interétnicas, intraétnicas e interculturales asociadas al proceso de definición territorial y al uso y aprovechamiento de la oferta ambiental; h) mantener la unidad entre el equipo vinculado al Estado y las comunidades; i) Adecuación del conjunto de las condiciones del trabajo en materia de interlocución, equipo técnico, presupuestal y compromiso étnico en el marco de una noción multicultural; j) Unidad interna entre lo jurídico, la solución de las contradicciones y el trabajo cartográfico; k) Priorizar a los más avanzados sin descuidar los procesos más rezagados; l) Coordinación interinstitucional con asiento en los Comités Regionales.

Estas premisas fueron construidas a lo largo del trabajo, pero fue sobre estos criterios que avanzó y se desarrolló el trabajo de titulación colectiva. Evidentemente este cuerpo de referencias contó con un conjunto de obstáculos, citaré algunos sólo con la intención de ilustrar el planteamiento, particularmente los más sobresalientes:

- El conflicto armado y sus secuelas de desplazamientos, homicidios, masacres, bloqueo al tránsito libre, las distancias geográficas por la extensión de las coberturas a titular.

- La pretensión de algunos líderes interesados en desacelerar el ritmo para centrar el peso del trabajo en la capacitación y formación étnico-territorial, las restricciones presupuestales de la entidad estatal Incora, los títulos coloniales y privados con deficiente verificación de la propiedad.

- La avalancha en el cultivo de la hoja de coca para uso tóxico, las demandas de empresarios privados para promover el cultivo de la palma de aceite, la intención manifiesta de entidades del Estado interesadas en fragmentar el territorio ancestral con la sustracción de los bosques de manglar de los títulos colectivos.

Vale decir que la titulación colectiva fue posible en el Pacífico colombiano porque se avanzó en medio de las tensiones presentadas; algunas fueron superadas y permitieron el tránsito del propósito planteado. Al frente de esta responsabilidad han estado presentes en diferentes momentos una extensa gama de líderes y numerosas personas en las instituciones; sería interminable la lista de hombres y mujeres de la etnia y fuera de ella que, de manera silenciosa, han contribuido al logro de esta tarea histórica, pero algún día tenemos que dar cuenta y contarle al mundo quiénes acudieron a este llamado. Mencionaré sólo a manera de ejemplo a algunos de ellos, con la seguridad de que enumerarlos a todos coparía un cuaderno completo y ese no es el propósito de este trabajo: Yolanda García, Leila Arroyo, Soledad Caballero Pacheco, Carlos Rúa, Ofir Hurtado, Eva Grueso, Dolis Manuela Salazar, Carlos Rosero, Hamilson Aragón, Leopoldo Segura, Elconides Denis Londoño, Jhon Antón Sánchez, Juvenal Abadía Mosquera, Néstor Córdoba, Estela Hinestroza, Otilia Dueñas, Henry Salas, Jesús Alberto Grueso, Silvio Garcés, Rafael Perea, Diomedes Londoño, Leonardo Reina, Mónica Restrepo, Claudia Elena Mejía, Constanza Chacón y un movimiento social afrocolombiano que fue capaz de superar el desarreglo que produjo poner a los

pobladores ancestrales en el centro de sus propias decisiones y en la dinámica principal, por lo menos durante el periodo de la definición territorial, que aún se encuentra en desarrollo. Lo más importante de todo esto es que el movimiento social afrocolombiano estuvo a la altura de su misión y pudo expresarse frente al compromiso de definición territorial de manera unificada, y esto es lo más importante al valorar un cuerpo de decisiones.

El conflicto armado es la forma que asume el reparto de la región del Pacífico

La política de acumulación de riqueza para unos pocos y el saqueo de los recursos naturales hacen parte de una operación envolvente que tiene en el conflicto armado su máximo exponente, que, entre otras, resume el nivel de descomposición al que han llegado los portadores de la fuerza y cazadores de riqueza.

A pesar de la disputa desencadenada por el control del territorio del Pacífico colombiano –que combina todas las formas de despojo y terror para promover la expulsión de los pobladores ancestrales afrocolombianos de sus territorios ocupados antes, en y después de la abolición legal de la esclavización en Colombia–, la persistencia y la resistencia de las comunidades afrodescendientes nos permitirán capotear la suerte que hoy nos toca librar para sobrevivir como grupo étnico en medio de un feroz conflicto armado que se pone a tono con la voracidad del capital inversionista y la hegemonización excluyente.

El camino que sigue la construcción de región, en medio de un conflicto que busca descuadrar el territorio, pone en tensión todas las fuerzas en disputa: de un lado, a los promotores de la fragmentación, y de otro lado, a los pioneros de un proyecto de construcción regional, que hace hasta lo imposible por salvaguardar un legado insobornable de los descendientes de África en Colombia.

Es evidente que el Pacífico, como región, reúne todas las condiciones a favor de un conflicto armado de consecuencias irreparables:

a) De todos los logros para la propagación de este conflicto, el más importante es el secular abandono estatal, que pone en evidencia las condiciones de pobreza extrema como testimonio de una prolongada y extenuante política de indolencia y exclusión alimentada por la relación costo-beneficio.

b) El privilegio natural de selva húmeda tropical, constituido en el único pulmón real del país, dado que la Amazonía fue estrangulada en una estrategia de colonización no dirigida y deforestada silenciosamente; mientras se mantenía a voz en cuello la política contra los cultivos de hoja de coca y se adelantaban los diálogos de paz en San Vicente del Caguán, el Pacífico heredó la experiencia del “raspachineo” del pie de monte amazónico, que se deslizó por el río Caguán y fue a parar a los ríos Patía, Mirá y Chaguí, y de allí se propagó como una mala hierba por toda la región.

c) La sobrevivencia de bosque primario en la cuenca del Pacífico y la abundante cantidad de agua proveniente de los ríos que desembocan al mar, ligadas a una extensa oferta alimentaria de carácter natural que se localiza siguiendo el curso de navegación fluvial y marítima y los bosques de respaldo.

d) La existencia de un sistema de tránsito fronterizo para el comercio de armas y psicotrópicos, impulsado por la ilusión de garantizar la navegación interoceánica.

e) La espesura y el estado inhóspito de la selva, vinculados a las condiciones de un nivel freático, humedad relativa y PH del suelo que han terminado por demostrar la fertilidad de éste para extender los cultivos de hoja de coca y de palma de aceite; y de otro lado, la riqueza del subsuelo y los bosques facilitan la explotación de minas de oro con retroexcavadoras y el derrumbamiento de los bosques con motosierra.

Todas estas condiciones colocan a los actores y promotores de las guerra en el Pacífico en “capitanes” de la “Pinta”, la “Niña” y la “Santamaría”. Es decir, en conquistadores de una selva virgen.

Junto a los factores planteados, existe un sistema portuario que constituye el eje de la economía del país, el cual se ha consolidado como consecuencia de la política de apertura económica y de globalización, que ha traído como consecuencia la privatización portuaria y un desempleo de más del 60% de la población.

La prostitución galopante y una pauperización sin límites, que se acorralla en la desesperanza de acuerdos firmados en el fragor de paros cívicos y terminan en las gavetas de los funcionarios de turno y en las metralletas impunes de las máquinas de seguridad instaladas para silenciar el hambre creciente.

El tejido étnico afrocolombiano en la selva no se constituyó para la guerra, sino para convivir pacíficamente con la naturaleza y establecer un sistema de tradición oral de respeto a la palabra del mayor y solución dialogada de las contradicciones, protección parental de los derechos ancestrales, distribución solidaria de los beneficios de la oferta natural, cero acumulación individual de riqueza, tomar de la selva lo estrictamente necesario, recrear y proteger una cultural y descansar del fardo de la esclavización pasada.

Una líder afrocolombiana experta en titulación colectiva me decía: “Nuestros ranchos de paja y palo fueron construidos como refugio de libertad por nuestros ancestros, y ahora los actores armados los queman y los vuelan como si se tratara de las torres gemelas del tío Sam”.

Se puede afirmar, entonces, que en el centro del actual conflicto armado que se desarrolla en el Pacífico está presente una estrategia de control económico y reparto territorial, que se expresa en megaproyectos y constituye la razón para profundizar el desconocimiento de los derechos adquiridos por las comunidades negras, no así la titulación colectiva.

Esta –la titulación colectiva– es una estrategia de supervivencia étnica, por tanto no es un factor de impulso de la guerra, vale decir que los actores armados que se disputan el

territorio y los recursos no necesitan de la entelequia legal del establecimiento para imponer la fuerza y despojar a los nativos de los derechos adquiridos.

En este panorama los promotores de la guerra deciden convertir a esta región en “Teatro de Operación”, nada más expedito, nada más propicio. Así la guerra por el control territorial y sus recursos coincide con un mesurado e intenso trabajo por la titulación colectiva.

Las coincidencias no pueden confundir los verdaderos intereses en pugna. A manera de ejemplo: cuando iniciábamos los trabajos por la titulación colectiva en el bajo Atrato, la Iglesia impulsaba la titulación por vereda que, entre otras, se distanciaba de la visión de titulación por cuenca que había promovido el movimiento social afrocolombiano.

En estas condiciones, en el umbral del proceso de titulación estalló, para diciembre de 1996, el primer gran desplazamiento en el bajo Atrato: 17.000 personas fuera de su territorio ancestral, con bombardeos, bloqueos a la circulación de alimentos y medicamentos, destierro de líderes, muertes de mujeres y niños en medio de la marcha forzada que imponía el desplazamiento.

Este estremecedor desplazamiento, el más grande que conocía la historia del país, en menos de dos meses, coincidió con las pretensiones del gobierno de la época de estimular operaciones y propagar un debate nacional acerca de la construcción del canal interoceánico Atrato-Truandó.

El telón de fondo: se acercaba la terminación del acuerdo Torrijos-Carter, que al final traía consigo un aumento de presión de los EUA sobre las diferentes alternativas de comunicación interoceánica y, como es obvio, los EUA buscaban debilitar en la mesa de negociación al gobierno y pueblo panameños en la estrategia de perpetuar su dominio sobre el canal. De otro lado, el Lago Central, que es el que provee de agua a este medio de paso, objetivamente venía viviendo un proceso acelerado de envejecimiento, huérfano además de una política de reforestación.

Pero lo más importante de toda esta parafernalia de la guerra es la demanda creciente de las multinacionales encargadas de controlar la comunicación y la comercialización interoceánicas. El sistema naval que circunda las aguas del Pacífico no sólo necesita pasar de un océano a otro, sino de un volumen de tonelaje de carga, de 20.000 que es la capacidad de tránsito por el Canal de Panamá, a 200.000 toneladas, esto implica mayor calado y unas condiciones de pacificación en las zonas de paso.

En esta fatal voracidad del capital financiero se produjo el desplazamiento del bajo Atrato y estalló en la región un “tome y déme” entre los actores “legales”, “ilegales” y “semilegales”. En adelante vinieron las operaciones ofensivas en toda la región, continuando obviamente con Buenaventura, principal puerto de exportación e importación de Colombia.

Entraron en estas operaciones los desplazamientos de la cuenca de los ríos Anchicayá, Yurumanguí, Naya en el Departamento del Valle del Cauca; Santa Bárbara y Tapaje entre

Cauca y Nariño; Santa Cecilia y Pueblo Rico en la cuenca del alto San Juan, Baudó y costa Pacífica chocoana, hasta alcanzar a la fecha el máximo punto de barbarie, con la masacre realizada en Bojayá (Chocó), más de 50.000 –sólo para mencionar los desplazamiento por razones del reciente conflicto armado. Esta cifra no incluye otros desplazamiento de la presión sobre el territorio y los recursos naturales, abandono estatal, que llegan a una cifra de más de 600.000 afrocolombianos desplazados de la cuenca del Pacífico, un número indeterminado de muertos y líderes desterrados, y la guerra continúa envalentonada y a veces se torna imparable.

Al final de este primer periodo de intensificación del conflicto ya van quedando algunos megaproyectos claramente identificados: la construcción del Puerto de Tribuga, la extensión del monocultivo de la palma de aceite o “africana”, la propagación de la hoja de coca para uso tóxico y la vigencia de instrumentos legales, como la expedición de salvoconductos reforzados con títulos de propiedad individual y la entrega de zarpes sin control, que sirven de paraguas al megaproyecto de explotación de maderas y maderables.

Y, por supuesto, el control de áreas de tránsito estratégicas de tipo fronterizo, la privatización y expansión portuaria. Este cuadro hace parte de las ganancias de uno de los polos del conflicto, y de otro lado van quedando unos territorios ancestrales intervenidos, utilizados como teatro de operación de la guerra, sus líderes y el grueso importante de la población ancestral desplazados, los trabajadores portuarios desempleados y las mujeres sin más alternativas de las que les pueda dar el comercio de su propio cuerpo.

La población negra requiere una legislación apropiada de ordenamiento territorial

En relación con el debate sobre el ordenamiento territorial del país, el centralismo que ha gobernado esta nación logró prevalecer contra todas las reclamaciones y propuestas que se presentaron en la Asamblea Nacional Constituyente desde las regiones y, acudiendo al recurso de evadir el fondo del asunto, centrado en el ejercicio pleno de la democracia, la descentralización y la participación efectiva de los pueblos, mantuvo en la práctica la administración centralizada, la participación formal y la dependencia de las regiones respecto del centro.

La Asamblea Nacional Constituyente no alcanzó a reconocer los títulos colectivos de las comunidades negras como Entidades Territoriales de Régimen Especial. No obstante, los propósitos de afirmación de su autonomía sobre sus territorios permanecieron incuestionables y, tan pronto como las comunidades avanzaron en los desarrollos constitucionales recogidos en la Ley 70 de 1993, particularmente en relación con la política de titulación colectiva de las tierras de comunidades negras, se desplegó por todo el Pacífico colombiano, incluso en el Caribe, Urabá y Risaralda, una búsqueda de alternativas que pongan en consonan-

cia el reconocimiento legal de los derechos territoriales con el ejercicio de autonomía que han hecho las comunidades negras en sus territorios ancestrales.

Han transcurrido 13 años después de este extraordinario acontecimiento de la democracia colombiana y a la fecha sólo está abierto nuevamente el debate, recogido en un proyecto de Ley Orgánica de Ordenamiento Territorial, que refleja el remedo de un nuevo orden territorial y el augurio de un fracaso por falta de coincidencia con la realidad del país.

Como consecuencia de este divorcio no ha habido conciliación entre el centralismo y las regiones, los problemas de políticos, económicos, sociales y culturales se han agudizado, el escalonamiento de la guerra se ha extendido y se ha complejizado.

Las mujeres y los hombres de las comunidades negras que lideran los procesos de titulación iniciaron los trabajos para el reconocimiento de los Consejos Comunitarios como Entidades Territoriales Afrocolombianas de Régimen Especial -ETAs-. Esta iniciativa fue ampliamente debatida por los Consejos Comunitarios en talleres, encuentros y foros; fue presentada en el Quinto Congreso de Planeación Participativa; insertada en el Proyecto de Reforma Agraria concertado con las organizaciones agrarias y campesinas; y llevada como propuesta fundamental ante la Primera Asamblea Nacional de Consejos Comunitarios.

La comisión consultiva de alto nivel concertó con la comisión de gobierno encargada de la redacción del texto de la Ley Orgánica de Ordenamiento Territorial -LOOT- para presentar ante el Congreso de la República la inclusión de los Consejos Comunitarios como Divisiones Territoriales de Régimen Especial, no segregadas de los municipios, esto es lo que se conoce como las Detas o Divisiones de Ordenamiento Territorial, en desarrollo del artículo 285 de la Constitución Política de Colombia, que señala la facultad de la ley para crear estas divisiones, siempre que se requieran.

La política de fumigaciones a las regiones se convirtió en la respuesta a la pobreza, el narcotráfico creció y se extendió, y las fuerzas belicistas imponen el control territorial con una estrategia de desplazamiento y eliminación física a sectores de la sociedad civil. De manera particular a la población afrocolombiana, asentada en el Pacífico, que constituye una unidad geográfica-cultural, ha sido una vez más barrida del contexto del nuevo orden territorial y, como caso curioso, las diferentes propuestas de conformación de regiones en debate sólo le auguran la condición de ser anexionada, con el agravante para todas las propuestas de mantener intacto el esquema de sumar departamentos, rompiendo de esta manera las unidades geográficas-culturales. Veamos rápidamente algunos ejemplos:

- a) Occidente: conformada por los departamentos de Antioquia, Chocó, Valle del Cauca, Nariño, Caldas y Risaralda.
- b) Nor-oriental: Santander, Norte de Santander, Arauca y Casanare.
- c) Orinoquía: Meta, Vichada y Guainía.
- d) Amazonía: Guaviare, Vaupés, Caquetá, Putumayo y Amazonía.

- e) Caribe: Córdoba, Sucre, Bolívar, Magdalena, Cesar y Guajira.
- f) Y habría una región posible, no definida aún, formada por los departamentos de Tolima, Huila, Cundinamarca y Boyacá.
- g) Y la soñada Región Sur Colombiana, formada por los departamentos de Tolima, Nariño, Putumayo, Huila, Cauca y Caquetá.

Las propuestas crecen y continúan, lo anterior es sólo una pequeña muestra de un debate que comienza, por tanto no agota su enumeración, pueden haber más y más propuesta, pero lo que aquí importa es el hecho grave, relacionado con el desconocimiento de la región del Pacífico como expresión geográfica, cultural y biodiversa, destinada a construir, de acuerdo con sus recursos naturales y humanos, su propia identidad territorial.

Por esta concepción de autonomía que se ha venido formando en la población afrocolombiana, particularmente en los descendientes y nativos del Pacífico a lo largo de su proceso de asentamiento ancestral, que recoge sus particularidades geográficas, de producción, étnicas, ambientales, de usos y costumbres, de relacionamiento parental, social y comunitario, manera de resolver las contradicciones y aprovechar la oferta ambiental en beneficio de todos, es que sostengo que el Proyecto LOOT es pálido en sus alcances en relación con los derechos territoriales de las comunidades negras.

A manera de ilustración, cuando se inició el trabajo de titulación colectiva —en 1996—, la dinámica de constitución de Consejos Comunitarios hacía evidente el vacío jurídico de estas nuevas formas de administrar el territorio.

Sobra decir que la Constitución no reconoció el carácter de Entidad de Régimen Especial a estos Consejos Comunitarios, por tanto la Ley 70 de 1993 igualmente no lo logra, porque la ley en sí misma responde a un desarrollo constitucional, y en lo que corresponde a la definición de entidades territoriales la Asamblea definió que éstas eran: los municipios, los departamentos y las entidades territoriales indígenas, de modo que los territorios colectivos de comunidades negras no fueron considerados como tales.

Para corregir este vacío de naturaleza legal y jurídica, las comunidades negras, a través de las Comisiones Consultivas de Alto Nivel -CCAN- y de otras dinámicas, han emprendido diferentes intentos de corrección sin lograrlo. Esta contienda por reconocimiento legal plantea el debate entre las ETAs -Entidades Territoriales Afrocolombianas- y las Divisiones Territoriales Afrocolombianas -Detas-. Dicho de una manera coloquial, es importante identificar que, para el Estado colombiano, las ETAs deben ser incorporadas a la vida jurídica y legal en el contexto de una reforma constitucional o en la eventualidad de convocar y realizar una nueva Asamblea Nacional Constituyente; y las Detas, como paso previo, pueden ser creadas en el nuevo Proyecto LOOT, siguiendo lo previsto en el artículo 285 de la Constitución Política de 1991, del cual se infiere que las

Detas constituyen el escenario posible de reconocimiento de la autonomía en este momento.

Vale decir que este acto, limitado en su alcance, no puede ser entendido como una pérdida de perspectiva en relación con la constitución de las ETAs, mucho menos puede entenderse que las comunidades negras, por el hecho de no quedar plenamente reflejado en el Proyecto LOOT, en cuanto mantener la unidad geográfica y cultural de la región, hayan perdido el horizonte de continuar persistentemente avanzando de acuerdo con las condiciones y no solamente con los deseos en la construcción de un proyecto de región autonómico.

Sostener deliberadamente la fantasía de creer que sólo son necesarios los actos formales de reconocimiento legal, en este caso de los derechos territoriales, para pasar al ejercicio de tales derechos, es tanto como hacer de la norma un fetiche, perdiendo de vista que el reconocimiento material y efectivo de un derecho sojuzgado debe recoger no solamente la interpretación literal de la norma, sino que además debe alcanzar un nivel de presión y de coincidencias que corresponda a los intereses en juego.

El tipo de región que buscamos

Es evidente que en este desgarrador conflicto los afrocolombianos despuntan en medio de la guerra fratricida y la impunidad, y deben asumir, así no estén listos, los retos, desafíos y costos de una propuesta de construcción de región o asistir a un reparto del territorio que es la tierra de los mayores y el sueño de los nietos.

Nuestra *propuesta* de región se inscribe en el marco de una nación de ciudades y regiones, por tanto la regionalización del país hace parte de una estrategia de refundación de la nación y de la construcción de una República Regional Unitaria que no desvertebre los territorios ancestrales, sino que los preserve, que incluya la diversidad étnico-cultural, la descentralización plena y la autonomía real de carácter regional.

La base sobre la cual se levanta la construcción de región no puede ser otra que el ejercicio de la democracia, la paz, la justicia social y el reconocimiento de la diversidad.

Mientras los territorios ancestrales de las comunidades negras estén ocupados y convertidos en teatro de operación de la guerra, y estos actores armados “impongan su autoridad a contrapelo de la voluntad de los pueblos”, la construcción de región estará interceptada y, en el peor de los casos, el reparto regional responderá principalmente a los intereses y motivaciones que impulsan y defienden los actores armados, y estos, de suyo, no encarnan los sueños, anhelos y objetivos de la población afrodescendiente.

Se desprende de esta valoración que el nervio vinculante del debate acerca de la construcción de región no puede ser otro que los acuerdos de paz, fundamentados en la protec-

ción de la voluntad mayoritaria de las comunidades, no en la fuerza bruta de los fusiles. Una región encañonada es una región silenciada.

Los acuerdos en mención deben garantizar la participación de voceros y voceras afrocolombianos(as) en los procesos y agendas de paz.

Promover un acuerdo global humanitario, que releve a la región del Pacífico como teatro de operación de la guerra, no para trasladar el escenario a otros lugares del país, sino porque se haya reafirmado la inutilidad de la guerra como vía para transformar la iniquidad predominante.

Reconocer la autonomía de las organizaciones y Consejos Comunitarios para decidir su propio destino en correspondencia con sus prácticas culturales.

Respetar el derecho de determinar su construcción como región en un claro ejercicio de democracia intraétnica afrocolombiana, definir los daños causados por los efectos de la guerra y garantizar su reparación material y moral.

Acordar reglas de convivencia para un periodo posconflicto, que garantice el restablecimiento de las formas tradicionales y el retorno normal de las comunidades desplazadas a sus territorios de origen.

Suprimir la aplicación e intromisión de los megaproyectos “legales” e ilegales que rompen la fragilidad de los ecosistemas y la supervivencias como grupo étnico.

Eliminar todo tipo de operaciones ofensivas sobre el territorio ancestral, como el reclutamiento obligatorio, la utilización como guías e informantes, la aplicación de “vacunas”, “castigos”, secuestros, homicidios, órdenes de destierro, desplazamientos y todas las formas de hostigamiento y aniquilamiento de la población civil por parte de los actores armados.

Defender y proteger un modelo de desarrollo sostenible, a partir de la potencialización de la oferta ambiental, promoviendo el ordenamiento territorial, los planes de etno-desarrollo, el fomento de proyectos productivos de acuerdo con las prácticas de producción tradicionales del grupo étnico, la adopción de reglamentos internos para la administración y uso del territorio y resolución autónoma de sus contradicciones intraétnicas, garantizar la autonomía y la participación de todos los miembros de la comunidad afrocolombiana y respetar las decisiones y la integridad étnico-cultural.

Se desprende de las líneas trazadas que el Proyecto LOOT es un pálido adefesio del deseo y voluntad de la población afrocolombiana, sus demandas en materia territorial no son recogidas, en este proyecto sobrevive el anacrónico concepto de organización de región por la suma de dos departamentos, sin tener en cuenta sus condiciones biogeográficas, étnicas, culturales, sólo pesa la densidad demográfica.

El reparto del territorio corresponde a los intereses particulares de los grupos económicos y se mantiene el centralismo dominante con el manejo de las transferencias y recursos,

lo cual trae como consecuencia que la descentralización y la participación se sostienen como fachadas de un sistema egocéntrico, que no cede a las presiones de la inmensa mayoría, la guerra se polariza y ejerce una forma de distribución territorial sin que esta realidad se refleje en el contexto del Proyecto LOOT.

El proyecto en marcha será un documento huérfano de pueblo y realidad, en efecto, no resiste una consulta nacional, lo que predice su fracaso inminente.

Evitar la doble vuelta con la administración del conjunto de los recursos. A partir del acuerdo global y la puesta en marcha del proyecto de administración de la región, los recursos recaudados por los servicios prestados o vendidos serán reinvertidos en la región, se prohibirá los recaudos paralelos y verticales, la región será la única administradora y se enviará a la administración central la cuota correspondiente a lo acordado. No habrá más dependencia de la periferia con respecto al centro.

No se trata de reproducir el vetusto esquema de los departamentos y desdoblar el funcionamiento de esta vieja máquina en un aparato regional que le dé cabida y respiro a la fronda burocrática que se envejeció en la administración “de cuarto de hora y uñas largas” de la cuota bipartidista. Se trata de interpelar el sistema excluyente y responsable de este largo proceso de marginación y pobreza y abrir de manera amplia y clara, particularmente en las nuevas reglas de juego, las garantías de participación de los que no han gobernado.

Perspectivas del movimiento afrocolombiano en un momento de gran dificultad

*Los afrocolombianos en un callejón sin salida,
en un camino amplio y luminoso,
un periodo de autosostenimiento de los derechos adquiridos,
en medio de una tormenta que a veces se torna insostenible.*

Ni callejón sin salida, ni camino luminoso. Sólo un complejo entramado de obstáculos que se han planteado a lo largo de este documento y ponen en alto riesgo el sostenimiento de los derechos adquiridos y, por ende, su implementación práctica.

No se vislumbra en el inmediato futuro la capacidad del Estado para pasar del reconocimiento formal y literal al ejercicio y protección de los derechos reconocidos por la Constitución, la Ley 70 de 1993 y otros instrumentos legales que sería extenso enumerar. El Estado, limitado en sus alcances, asume la formalidad de la voluntad política, elude cual si fuera un evasor clásico de inversión social, y pone en la mesa la oferta de apoyos técnicos de un instrumento estatal que se adelgaza y se contrae como si padeciera de anorexia secular.

En efecto, las características del periodo demandan una enorme capacidad de sacrificio de los dirigentes y activistas de dentro y fuera de la etnia, de mestizos, zambos, mula-

tos, funcionarios, académicos, para deponer las pujas o flujos de sus dinámicas particulares y ascender al nivel de un esfuerzo conjunto que se traduzca en autogarantía de protección del tejido organizativo en plena gestación y la aparición de un cuerpo de propuestas que sirvan de nervio vinculante de todas las partes comprometidas en esta construcción.

Se trata de colocar en el centro de las condiciones actuales una *agenda de propósitos comunes* lo suficientemente amplia, que vincule todos los poros por donde se escapa y emerge la construcción de identidad, desde el trabajo persistente y paciente del activista que sostiene opiniones, puntos de vista, debates entre los que pierde y gana legitimidad, en medio de una gratitud que a veces le resulta esquiva y lejana, hasta el folclorista, deportista, pequeños empresarios de restaurantes, tabernero, frutero, músico, ama de casa, estudiante, poblador ribereño, mareño y transeúnte urbano, que hacen de su identidad una forma cotidiana de vida y aportan con su trabajo los elementos para el crecimiento de la agenda propuesta.

A dónde acudimos, qué tenemos y de qué agenda habalamos

Debemos concurrir a una convocatoria, previamente acordada, que no tome a nadie por sorpresa y “fuera de lugar”, que advierta el propósito común y despierte el interés de todas las expresiones que votan y se manifiestan a favor de un proyecto afrocolombiano incisivo en la vida nacional e internacional. Un proyecto de valoración intraétnica, muy atento en la búsqueda de los hilos y vasos comunicantes encargados de encontrar el eco de los tambores donde repican las palpitaciones de la unidad.

¿Qué tenemos? Una base social en construcción que crece y se amplía en la zona rural del Pacífico, que representa cerca de 160 Consejos Comunitarios, 4,2 millones de hectárea tituladas y 1,3 millones por titular, para una cobertura de 5,5 millones de cavidad geográfica, 300.000 personas involucradas directamente y alrededor de 50.000 desplazados en el marco del trabajo de titulación colectiva, espacios autónomos de las Comisiones Consultivas a nivel departamental, nacional y distrital.

Un debate destacado por la preservación y construcción de la región del Pacífico, como expresión de identidad, biogeográfica y cultural; el desarrollo de esfuerzos orientados a consolidar importantes lazos de unidad afrocolombiana y la preparación de condiciones para asumir por tercera vez la formulación del Plan de Desarrollo de las Comunidades Negras.

Este Plan se convierte en un punto de unión posible, ya que en su formulación van a ser tenidos en cuenta los aciertos y las fallas cometidos en los planes anteriores, como subestimar el papel de los parlamentarios, desarrollar la formulación sin alternar con un trabajo de negociación con el Estado, perder de vista el papel de los insumos y aportes anteriores

y los recursos de la cooperación internacional, abarcar demasiadas cuestiones y pretender el reconocimiento de presupuestos de 3,8 billones y 1,5 billones en los dos planes anteriores respectivamente, sin ser tenidos en cuenta.

Ahora la comunidad afrocolombiana centra la atención en 6 puntos estratégicos: derechos humanos y atención a la población en situación de desplazamiento, territorio, identidad cultural, participación, desarrollo productivo y social, y mujer y generación.

Podemos decir que los puntos planteados para el Plan de Desarrollo recoge los elementos centrales en el actual periodo de la Agenda Afrocolombiana, de modo que su construcción depende de la posibilidad de superar las tensiones internas y avanzar en el fortalecimiento de la unidad. Esta condición es fundamental para concretar y desarrollar procesos de concertación en los niveles local y nacional.

Allí donde no es posible la autovaloración del devenir afrocolombiano en su pasado y en su presente, no es posible proteger el legado acumulado que se construye y reconstruye de múltiples formas, mucho menos será posible despejar las bases sobre las cuales se puede levantar el porvenir afro en el país.

Con este punto de partida buscamos afirmar el derecho a la diferenciación positiva y a un reconocimiento justo de compensación que mitigue las consecuencias del despojo territorial y de todos los derechos fundamentales que fueron conculcados a raíz de la trata negrera –acciones con las cuales las comunidades negras fueron colocadas en condiciones de desigualdad respecto del resto de la sociedad.

En efecto, el derecho a la diferencia y a una compensación no puede entenderse como un acto de mendicidad o como la afirmación de un espíritu de ghetto. Se trata de hacer efectivo un derecho reconocido que le asiste a los pueblos que han sido avasallados y sofocados por otros que practicaron la barbarie y la esclavización; negarse a la reclamación de estos derechos significa, ni más ni menos, inclinarse ante los despojadores y pasar inadvertidos o de “agache” los daños causados a la humanidad.

Propender por avanzar en la consolidación de la afrocolombianidad, con territorio propio en la ciudad y en el campo como expresión sensible en la nación, impregnada de identidad-diversidad, equidad-autonomía, reparación material y moral, significa un esfuerzo unitario de grandes proporciones y un desprendimiento de todo tipo de protagonismo hasta ganar un sentido colegiado de interlocución y una capacidad debidamente coordinada, que trascienda la simple “resistencia étnica”, la dependencia ideológica de la herencia y prácticas bipartidista, el culto al establecimiento, el desdén por lo propio, el espíritu de perdigón, el amor infinito al fetiche de la norma.

Esta decantación en la concepción y en el terreno programático es la fuente sobre la cual florecen los eslabones del entramado intraétnico, con los cuales se van tejiendo los principios de identidad y autonomía, que constituyen la clave en la construcción de una

agenda de propósitos comunes lo suficientemente amplia, que abarque al mayor número posible de pioneros étnicos, al grueso de la población afrocolombiana y esté soportada en unas reglas de juego flexibles, que se van formando impulsadas en el propósito de incluir y sumar y sobrevivir en la diferencia, pero con tolerancia y respeto mutuo.

Anexo

Lo que quedó en el Plan de Desarrollo para los Grupos Étnicos

Fortalecimiento de los grupos étnicos

La Consejería Presidencial para Asuntos Étnicos coordinará con los ministerios el diseño y definición de las políticas conducentes a elevar el nivel de vida de los grupos étnicos y a garantizar su participación en las decisiones que les atañen.

- Se buscarán esquemas de concertación con las comunidades indígenas y afrocolombianas para el mejoramiento de sus condiciones de vida y se velará para que los servicios del sistema financiero y crediticio se hagan extensivos a estas comunidades.

- Se avanzará en los instrumentos legales que propicien el desarrollo de la población raizal del Departamento Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

- En relación con los rom (gitanos), se propondrán mecanismos que reconozcan sus derechos y sus prácticas consuetudinarias. Se promoverán programas y proyectos orientados a mejorar sus condiciones de vida.

- Se facilitará a los pueblos indígenas diseñar sus propios planes de vida acordes con su cosmovisión. El Estado apoyará su elaboración y ejecución y garantizará, además, el cumplimiento de los convenios y tratados internacionales para un cabal desarrollo de los derechos de los pueblos indígenas.

- En los departamentos con población indígena, la ejecución de los recursos de los proyectos regionales por sectorizar que les hayan correspondido, se considerará como uno de los criterios para la definición de los proyectos, el peso poblacional indígena en dichos departamentos, en correspondencia con sus planes de vida. Del cupo regional asignado al departamento en programas de salud, educación y saneamiento básico se tendrán en cuenta proyectos de etnosalud, etnoeducación y saneamiento básico de las comunidades indígenas.

- El gobierno concertará y diseñará una estrategia para orientar recursos nacionales, regionales e interinstitucionales para propender por la adquisición de tierras, constitución, ampliación y saneamiento de resguardos para los pueblos indígenas.

- El Ministerio del Interior diseñará y definirá las políticas conducentes a elevar el nivel de vida de los grupos étnicos y a garantizar su participación en las decisiones que les atañen.

- El gobierno nacional buscará implementar el Plan Nacional de Desarrollo de la población afrocolombiana, "Hacia una nación pluriétnica y multicultural", formulado por el Departamento Nacional de Planeación en 1998.

- El gobierno nacional adoptará medidas especiales de urgencia para garantizar los derechos humanos y reparar los efectos negativos originados por el conflicto armado.

- Se impulsará un programa especial de adquisición y dotación de tierras para comunidades negras que no tienen tierras o que las poseen de manera insuficiente. Igualmente se implementará, con el apoyo de las entidades territoriales, una política de legalización y titularización de predios urbanos en zonas subnormales, impulsar el acceso de la comunidad negra en los diferentes programas de vivienda, y contribuir al equipamiento de áreas deportivas, culturales y recreación, garantizar una política de empleo, salud, acceso a créditos de fomento y a recursos de cooperación que sirvan de base para fortalecer los procesos de desarrollo productivo.

- Destinar los recursos y concertar con las comunidades afrocolombianas la formulación de un plan de desarrollo integral a largo plazo en cumplimiento de la Ley 70/93, desde su visión y particularidades étnico-culturales.

- Fortalecer la institucionalidad para garantizar la participación y visualización de las comunidades negras y el fomento de su cultura y consolidación de su patrimonio.

- Como un reconocimiento a las propuestas que vienen construyendo las comunidades afrocolombianas, indígenas y mestizas, y en desarrollo de los compromisos internacionales, se impulsará una política de Estado para la eco-región estratégica del Pacífico colombiano, tomando como base la Agenda Pacífico 21 y el Plan Pacífico.

- En las áreas identificadas dentro del Plan Básico de Ordenamiento Territorial como de concertación indígena, donde se proyecten obras de infraestructura de interés del municipio y/o en desarrollo de las ZEEE, la decisión de uso del suelo se excluirá del proceso de concertación con las autoridades indígenas y quedará bajo la competencia del Consejo Municipal de Planeación Territorial correspondiente.

- Se diseñará un programa integral de registro e identificación que involucre a todos los grupos étnicos existentes de conformidad con lo establecido en las normas.

- Se impulsará, de acuerdo con las posibilidades fiscales, la aprobación de los instrumentos internacionales de protección a los pueblos indígenas.

- El gobierno nacional apoyará el fortalecimiento de la educación intercultural indígena acorde a los principios etnoeducativos contenidos en su PCI.

Significaciones de la etnicidad en contextos rurales del Pacífico nariñense

Algunas percepciones (apropiaciones) rurales de la Ley 70

Nelly Yulissa Rivas

Socióloga

En la Constitución Colombiana de 1991 se ha reconocido el carácter pluriétnico y multicultural de la nación. Una de las manifestaciones de este reconocimiento se observa en la promulgación del artículo transitorio 55, lo que luego sería Ley 70 de 1993 o Ley de Comunidades Negras, que cubre, ante todo, a las poblaciones rurales-riberañas habitantes en la región del Pacífico¹.

Algo importante de destacar sobre la promulgación de la Ley 70 es una forma particular de etnización de lo negro. En efecto, hasta hace 10 años la Constitución del Estado colombiano estaba basada en la idea de una identidad homogénea, según la cual las personas negras eran consideradas parte de la sociedad colombiana mestiza [Wade, 1997; Restrepo, 1997]. Después de la Constitución de 1991 se instituyó el carácter pluriétnico y multicultural de la nación, lo negro y lo indígena son el referente de lo diferente en relación con dicha sociedad.

Ahora bien, nosotros partimos de la hipótesis de que existen diversas etnicidades (este caso negras) y que aquella instituida en la Ley 70 es, o se circunscribe, en una de ellas. En ese sentido, la idea en este texto es desarrollar las diferentes significaciones de la etnicidad con la ejemplificación de la forma en que las poblaciones negras (rurales) del Pacífico nariñense se apropian (han seguido) el proceso de Ley 70.

1. Igualmente se observa en la legislación indígena contenida dentro de la Constitución.

Significaciones de la etnicidad

Para entender el significado de la etnicidad habría que tomar la definición de grupo étnico, sobre todo aquella de los años 40, la inicial acepción concebida por los ingleses y tal vez explícitamente en desuso: “La etnicidad designa un grupo distinto al angloamericano” [Poutignat y Streiff-Fenart, 1995:22]. Si bien esta definición en nuestro contexto no nos dice nada, retomándola y haciéndole algunos ajustes diríamos que el grupo étnico es aquel diferente o considerado diferente institucionalmente al establecido como constructor o imagen de la identidad nacional. Lo anterior está relacionado con la construcción de los Estados nación (especialmente en Latinoamérica en el siglo XIX) y sus identidades representativas. Por ejemplo, en la construcción de la identidad en Colombia desaparecen las referencias a lo indígena y, sobre todo, a lo negro (en el ámbito político y constitucional, aunque no en el social), y la nación colombiana se define como mestiza y poseedora de una cultura homogénea; es decir, en Colombia se reivindica la identidad mestiza, la cual queda sustentada en la Constitución de 1886.

Las distintas clases de etnicidad que hemos concebido son:

a) *Etnicidad social*: está directamente relacionada con la construcción de la identidad (racial, cultural, religiosa, etc.), donde “la identidad de cada uno se construye y se transforma a partir de la interacción de grupos sociales, por unos procesos de inclusión y de exclusión que establecen unos límites entre esos grupos, definiendo eso que ellos son y eso que ellos no son” [Poutignat y Streiff-Fenart, 1995:11]. En este caso, la etnicidad social de las personas negras o afrocolombianas se construye desde el elemento racial, más específicamente desde el fenotipo, pues esa variable marca un punto importante en sus relaciones sociales.

La alteridad de lo negro, o aquello que en un principio no lo hace ideal para la identidad nacional, se construye desde unos marcadores físicos y la historia que ellos llevan detrás (especialmente aquella relacionada con la esclavización). Ahora bien, la Constitución de 1991 da un giro de 180 grados al reconocer que existen en el país diversidades étnicas y culturales; pero, si bien replantea la identidad de la nación, considerándola como pluriétnica y multicultural, obsérvese que los llamados grupos étnicos son el indígena y el negro², lo que reafirmaría entonces la definición planteada anteriormente como grupo étnico.

Antes de la Constitución de 1991 los grupos que no eran considerados como constructores de la imagen nacional quedaban dentro de la acepción general del ciudadano. La ciudadanía se fundamenta en el proceso de individualización, basado en la edificación del concepto de ciudadanos formalmente iguales que, reunidos, forman el pueblo [Moncayo,

2. Legislativamente ya existe otro grupo étnico, el de los rom, compuesto por una “comunidad de gitanos” asentada en Colombia hace años.

1997]; con el fin de “no instaurar ningún principio de discriminación positiva o negativa de grupos específicos” [Restrepo, 1997:297]. Según Moncayo [1997:339], “la ciudadanía no es que niegue las diferencias sociales reales, sino que las hace irrelevantes políticamente y con estas diferencias niega lo que es más importante, las relaciones de subordinación”, pues en términos reales no se presenta una igualdad de condiciones y de oportunidades para todos los grupos; es más, todos no son considerados en el ámbito social como iguales y merced a esto se establecen las relaciones sociales. Un ejemplo de lo anterior lo constituyen los grupos negros e indígenas que, como hemos visto, son también los llamados grupos étnicos³. Lo anterior no significa que se pierda el concepto de ciudadanía o que se presente una dualidad de conceptos, ciudadanía vs. etnia; más bien ello podría significar una reconstrucción de las significaciones del concepto de ciudadanía, es decir, dentro de los ciudadanos existen grupos étnicos; por tanto, los derechos no sólo son individuales, sino también grupales.

b) *Etnicidad legislativa*: aquello que la legislación considera la etnicidad y sus límites. Es importante porque reevalúa la identidad de la nación colombiana y da cabida legislativa a los distintos grupos considerados como diferentes; lo más importante es que, de alguna manera, trata de resolver la relación entre ciudadanía y etnicidad. Este punto es importante porque se encuentra en los actuales debates sobre la consolidación de las democracias liberales y sobre la pertinencia o no de dar derechos diferenciales a ciertos grupos (en este caso étnicos), ya que, según la concepción democrática, esto sería antidemocrático; en este sentido son claves las reflexiones de Kymlicka [1996:21], que sustenta la pertinencia de los derechos diferenciales a las minorías (lo que para nosotros serían grupos étnicos) a partir de dos argumentaciones: 1) La igualdad, donde muestra que “las minorías tienen que hacer frente a ciertas desventajas injustas que pueden ratificarse mediante un derecho diferenciado en función del grupo”; y 2) La argumentación histórica, donde muestra que “las minorías tienen cierto derecho histórico a un derecho diferenciado en función del grupo, fundamentado en una soberanía previa, en tratados o en algún otro acuerdo o precedente histórico”.

La etnicidad legislativa para las personas negras se encuentra expuesta en la Ley 70, la cual concierne al reconocimiento específico de sus derechos. Los objetivos de esta ley son: reivindicar las culturas negras, propender por la participación, la organización y el desarrollo de los afrocolombianos que habitan el Pacífico y, uno de los más importantes, lograr el reconocimiento a la propiedad de las tierras bajas del Pacífico colombiano para las comunidades que las han venido ocupando –los afrocolombianos. Este reconocimiento no se da en

3. Aunque la desigualdad social trasciende las fronteras de lo étnico y acoge a otros grupos, como las mujeres, los discapacitados, los homosexuales, etc.

forma individual, sino colectivo (titulación colectiva), mediante la conformación en Consejos Comunitarios, partiendo de la premisa de que ésta es la forma en que “ancestralmente” se han manejado los recursos en esta zona del país. El problema de la tierra y de la titulación colectiva se encuentra contenido en el Capítulo III, artículo 4 de dicha ley⁴.

Para analizar la Ley 70 y su relación con una etnicidad específica hay que conocer las (¿otras?) razones que dieron pie, desde el ámbito estatal, a la Ley 70, pues ello no sólo da cuenta de la forma en que se instituye esta etnicidad, sino también de la forma en que luego es acogida por las poblaciones a las cuales llega. En términos generales, la Ley 70 no necesariamente surge en el contexto de lo pluriétnico y lo multicultural, aunque se sustenta y se legitima a partir de esta premisa. Como ha sido referenciado por varios autores [Restrepo, 1997; Arocha, 1992; Wade, 1996; Friedemann, 1992; Agudelo, 1999], los “negros” no eran considerados como actores étnicos, sino parte de la sociedad colombiana “mestiza”. La Ley se consolida en el marco de las relaciones internacionales que se encuentran vinculadas al manejo ambiental, sobre todo a la conservación de la biodiversidad. Así, varios autores ya han planteado que la Ley 70, más que una ley para los negros, es una ley para el Pacífico [Hoffmann, 1998(a); Wade, 1996].

En la Ley 70 la “etnia negra” está referida, especialmente, a las personas negras que habitan el Pacífico rural aislado, en donde lo que daría el elemento de la diferencia sería la variable espacial como aisladora y, por ende, propiciadora de la retención, conservación o formación de rasgos culturales diferentes, bien fuere a partir de la puesta en escena del elemento (o de un legado) africano o de una adaptación cultural⁵, donde lo espacial sería la matriz generadora de la diferencia o de la innovación particular y la territorialidad sería, en últimas, la que configuraría la etnicidad negra. En ese sentido, las anteriores variables: territorio, cultura, legado africano, etc., en su conjunto, habrían permitido una conservación ambiental y ellas mismas se convertirían en prerrequisito para la titulación colectiva, con lo que se aseguraría, entonces, la biodiversidad del Pacífico.

Nótese que la noción de territorio juega un papel importante en la representación de la etnicidad legislativa negra, pues es precisamente la territorialidad la que sustenta, en este caso, la idea de cultural y de identidad, pero también la idea de conservación ambiental.

Por otro lado, para entender la etnicidad legislativa negra habría que tomar también en cuenta la(s) etnicidad(es) de la “etnia indígena”, la cual está basada en *la recuperación de la*

4. «El Estado adjudicará a las comunidades negras de que trata esta Ley la propiedad colectiva sobre las áreas que de conformidad con el artículo segundo comprenden las tierras baldías de las zonas rurales ribereñas de los ríos de la cuenca del Pacífico, que vienen ocupando de acuerdo con sus prácticas tradicionales de producción. Los terrenos de los cuales se determine el derecho a la propiedad colectiva se denominarán para todos los efectos legales “Tierras de las Comunidades Negras”.

5. Para mayor información sobre la discusión de la etnicidad y la identidad negra (o afrocolombiana), véanse: Arocha, 1992; Restrepo, 1997; Losonczy, 1997.

tierra ancestral, la vigencia de la cultura y el derecho a la autonomía [Pardo, 1997]; todo ello basado en su etnicidad social, que se construye por el mantenimiento de una cultura considerada como atrasada o arcaica y se manifiesta a partir de la pervivencia de ciertos elementos: mitos, creencias, vestimentas, lenguaje, artesanías, prácticas ambientales, etc. (contrario de las personas negras que se construye desde el fenotipo); todo lo anterior está presente en la etnicidad legislativa, la cual recoge las anteriores premisas. Algo importante de observar es que, por un lado, existe una linealidad entre las diferentes etnicidades indígenas, basada en los conceptos de territorio y cultura; y por otro lado, que el movimiento indígena ha seguido un proceso largo de lucha con estos planteamientos, llegando a su consolidación en la década del 70 y teniendo uno de sus mayores éxitos con los amplios derechos obtenidos en la Constitución de 1991.

c) *Etnicidad política*: sería la potencialización de la etnicidad social; es decir, los elementos raciales, culturales, religiosos, etc., que dan identidad al grupo y que sirven o son utilizados y potencializados para la defensa de los intereses étnicos, [Restrepo, 1997]. Esta etnicidad se manifiesta en lo que se han llamado los movimientos sociales, los cuales se basan en una contracción de la visión hegemónica, donde los grupos se nombran y se activan como sujetos políticos [Pardo, 1997], por ejemplo el movimiento social indígena y el movimiento social negro.

En el caso del movimiento negro ha existido una diferencia de lo que fue el movimiento de la década de los 60, y antes y lo que se ha llamado el “nuevo movimiento negro”, que se inicia con el artículo transitorio 55. Los movimientos sociales negros de las décadas de los 60, 70 y 80, conformados por profesionales y alimentados con el discurso de los derechos civiles en Estados Unidos, tendían más a reclamos basados en la discriminación racial y, por ende, se reivindicaba la necesidad de una integración a la sociedad mayor con mejores oportunidades para las personas negras. Este discurso se fundamentaba en la lógica del marginamiento social, en donde se configura el ser negro a partir de la forma en que la esclavitud y el prejuicio que se ha desprendido de ello componen sus rasgos históricos fundamentales; es la resistencia la que adquiere el sentido político excepcional y se reivindica, entonces, la figura del cimarrón “como mito por excelencia de esa resistencia”. Aquí poco importaba la diferencia cultural o étnica, ya que este movimiento tenía como objetivo la lucha contra la discriminación y la desigualdad social. Sin embargo, ahora es la alteridad cultural la que se constituye como la principal vertiente de la construcción del discurso político de los miembros de comunidades negras [Restrepo, 1997; Wade, 1997; Agudelo, 1999]. Hoy,

la comunidad negra de Colombia es definida por su singularidad cultural, resultado, por un lado, de un origen y una ancestralidad común en el continente africano, y por el otro lado, de

unas prácticas culturales tradicionales compartidas, configuradas en la experiencia histórica de una estrategia de aislamiento y construcción territorial [Restrepo, 1997:300].

Más allá de las diferencias de prerrogativas del (¿los?) movimiento negro (antes y después), existen diferencias dentro de lo que consideramos el “nuevo movimiento negro”, ellas están relacionadas desde lo regional –Chocó, resto del Pacífico (Nariño, Cauca y Valle)–; dentro de los departamentos –según cada Consejo Comunitario–; en relación de los liderazgos –intelectuales (líderes “ciudadinos”) vs. campesinos (líderes rurales)–; y aún hay diferencias dentro de los Consejos Comunitarios –representantes (líderes) vs. representados (campesinos no líderes)–; según los objetivos que cada uno de ellos siga [Agier y Hoffmann, 1999; Hoffmann, 1999; Rivas, 2000].

Si retomamos la etnicidad política y observamos la forma en que se ha manifestado el nuevo movimiento negro, sobre todo desde la perspectiva de los liderazgos regionales de largo alcance, notamos diferencias entre la forma en que las comunidades rurales han asumido el proceso y la forma en que los líderes nacionales y regionales han guiado el proceso.

Por ejemplo, en una entrevista publicada en el libro de Escobar y Pedrosa [1996:245], los líderes de la Organización de Comunidades Negras -OCN- (que recogía, en su momento, a la mayoría de las organizaciones “étnico-territoriales” del Valle, Cauca y Nariño), planteaban los cinco principios que la orientaban: “Derecho a ser, al territorio, a la autonomía, a una visión propia de desarrollo, y como parte de la lucha mundial del hombre negro”. Esta organización (que revela la actual manifestación del movimiento negro) estaba circunscrita o seguía un lineamiento importante del “anterior movimiento negro”, la importancia sobre lo negro (no sólo local, sino internacionalmente), pero esta organización revela también una necesidad de diferenciación: quiere zafarse de la denuncia sobre la discriminación y más bien sustentarse en la idea de la diferencia y de la autonomía. Algo importante de saber es que su lucha se encuentra sustentada en la etnicidad legislativa (identidad, diferencia, territorio, cultura) y deja de lado la etnicidad social (la idea de lo negro que corresponde a las relaciones sociales de marginación y de discriminación). Lo cierto es que intenta en esta concepción saltar las barreras de lo negro + discriminado + marginado y ponerla en lo negro = cultura diferente valorizable + necesidad de diferenciación + necesidad de autonomía. Es una idea de lo negro que toma como modelo las luchas indígenas, olvidando, entonces, que lo que hace diferente a las personas negras, y lo que hace que se le profiera un trato determinado, no es su cultura, sino más bien su fenotipo. Se rompe en este sentido la relación directa entre etnicidad social y etnicidad política y se constituye más bien una relación entre etnicidad legislativa y etnicidad política.

Ahora bien, hablábamos de que existían diferencias entre líderes ciudadanos vs. líderes rurales, en otras palabras, existían diferencias entre la forma en que los líderes nacionales y regionales planteaban el proceso y la forma en que las comunidades de base (rurales) se adscribían a él; por ejemplo, en un ensayo realizado por Hernán Cortés [2000], uno de los primeros líderes regionales de Palenque, territorio negro de Nariño (proceso de comunidades negras), exponía las prerrogativas, objetivos y discursividades que habían guiado el proceso en esa zona del país. En él dice cómo, dado los atropello sufridos por la gente (despojo de la tierra por terratenientes y/o agroindustrias, concesiones del Estado a las agroindustrias y/o terratenientes, etc.), el artículo transitorio 55 se convierte en una opción de los campesinos para la solución de estos problemas; más allá de eso, este artículo empieza a jalonar un proceso de identidad como pueblo negro. Algo importante de destacar sobre su escrito es una reflexión sobre las prerrogativas de los mismos habitantes rurales hacia el artículo y luego hacia la Ley 70:

Una cosa que para nosotros es muy dramática y nos afecta mucho, que la gente en ciertos momentos se piensa como su municipio, como su organización, como su río, pero no como comunidad negra [Cortés, 2000:137].

Pero veamos cómo se manifiesta lo anterior en la ejemplificación de Consejos Comunitarios del Pacífico nariñense⁶: la idea es exponer algunas percepciones de la gente sobre la Ley 70, para luego relacionarla con la forma en que se presentan o no las diferentes etnicidades que hemos tomado en consideración.

Perspectivas rurales de la Ley 70 en el Pacífico nariñense

Los inicios del artículo transitorio 55 y de la Ley 70

El transitorio 55 es el catalizador del proceso de comunidades negras en el Pacífico nariñense [Restrepo, 1999], a diferencia de otros espacios, como el Chocó, donde responde (o antecede) a un proceso de “comunidades negras” relacionado con la reivindicación del territorio y de la etnicidad, de un tipo de etnicidad “similar” a la etnicidad social indígena [Restrepo, 1999; Pardo, 1998].

6. Algo importante de destacar sobre el resumen de estos dos Consejos es que responden a objetos de investigación distintos: en el río Mejicano se pretendía realizar una relación entre manejo de los espacios y Ley 70; y en el Consejo Comunitario Acapa la idea era desarrollar la relación entre liderazgo y Ley 70. En este caso, el objetivo es mirar las generalidades de la forma en que llega la Ley 70 en dos ríos de Nariño y cómo la gente la acoge.

El proceso de Ley 70 en Nariño, específicamente en sus inicios, cuando está en escena el transitorio 55, tiene como principal abanderado a la Iglesia (la cual asume papeles de divulgación y concientización), tarea que luego es acogida y dirigida por la organización étnico-territorial Palenque. Cada uno en su momento hace llegar este artículo (y/o la Ley 70) a todas las comunidades rurales ribereñas de Nariño y ayudan a la conformación de organizaciones campesinas [Restrepo, 2000; Hoffmann, 1999; Rivas, 2000, 2001].

Las distintas organizaciones rurales que se forman no lo hacen en el mismo periodo ni siguen las mismas prerrogativas, aunque hay ciertos miedos e incertidumbres que comparten. Veamos: al inicio del proceso muchas organizaciones responden a las preocupaciones de la Iglesia y de la organización Palenque sobre la posibilidad de una inminente pérdida del territorio. Esto crea una gran movilización a nivel comunitario y genera la inserción de los líderes de las distintas comunidades (veredas) en el proceso del transitorio 55. Los campesinos negros se integran al proceso guiados por el miedo a la pérdida del territorio. Su lucha está relacionada con los principios de sobrevivencia, en este caso la tierra, que se erige como la principal fuente de recursos alimenticios y/o monetarios. Ejemplo de estas organizaciones son el Consejo Comunitario Acapa y el Consejo Comunitario del río Mira y Frontera [Hoffmann, 1999, 2000; Rivas, 2000].

No obstante lo anterior, en todos los ríos del sur de Nariño (municipios de Tumaco y Francisco Pizarro) no se presentó la misma prioridad o necesidad de organizarse en pro de la defensa del transitorio 55 y del territorio; un ejemplo de lo anterior lo representa el río Mejicano, en el cual no existía en ese momento (1991) temor por la pérdida de la tierra; esto se debía a que representaba un caso especial, pues, a pesar de que, al igual que en el resto del Pacífico rural, la mayoría de las personas no tenían títulos de propiedad y estaban en terrenos considerados por el Estado como baldíos, en el espacio no había ninguna presión sobre la tierra: era un sitio aislado, considerado (hasta ese momento) poco atractivo para agentes extranjeros y, además, tenía parajes que aún estaban desocupados, lo que permitía que se presentará coherentemente (sin muchos conflictos) una redistribución de la tierra desde diferentes modos (compra, herencia y/o desmontes) [Rivas, 1998, 1999].

Ahora bien, hubo algo en común que luego compartieron las personas a las cuales iba dirigido el artículo transitorio 55 (aun las del río Mejicano): la desconfianza hacia la Ley 70, especialmente hacia su apartado sobre la titulación colectiva.

En efecto, para los habitantes rurales ribereños de Nariño el proceso de aceptación de la titulación colectiva no fue fácil. Si bien ellos empezaron a luchar por el temor generado por la posible pérdida de la tierra y del territorio (a excepción, como lo hemos dicho, del río Mejicano, que compartía las desconfianzas, pero no las urgencias), cuando llegó la titulación colectiva le encontraron varios problemas al asunto: la imposibilidad de crédito; el miedo a una redistribución igualitaria de la tierra; la no comprensión de una propiedad común, confundién-

dose propiedad con manejo; la imposibilidad de vender las tierras; la idea de una segregación hacia (desde) los negros, etc. En otras palabras, los temores estaban relacionados con la pérdida de poder sobre las parcelas. Sin embargo, todos estos miedos fueron superados por la intermediación de los líderes (campesinos) y los asesores (Iglesia o Palenque).

En términos territoriales, los principales puntos argüidos por los asesores y los líderes sobre la importancia de la titulación colectiva, entre otros, eran: la titulación de grandes extensiones de tierras para un determinado grupo social; imposibilidad de enajenación del territorio por instituciones crediticias; posibilidad de mejorar la calidad de vida a partir de la gestión de proyectos productivos; ejemplificación de expropiación de tierras en zonas cercanas que evidencian la amenaza de la pérdida de la tierra y el territorio, etc.

Luego de la superación de estos impases, y más allá de la reivindicación del territorio, con el tiempo fueron otros motivos los que empezaron a tomarse en cuenta para la aceptación de la titulación colectiva (o en su defecto, para las reservas hacia ella).

Ejemplifiquemos: en el río Mejicano la Ley empezó a ser acogida después de cinco años de su promulgación (1998). La gente se mostró muy interesada en ella pues le descubrió un valor: se miró más que como reivindicación del territorio (al fin y al cabo para ellos el territorio ya estaba asegurado), como solución a los problemas económicos del río. En efecto, los pobladores en esa época pasaban por una situación crítica en términos económicos, pues se les había muerto su mayor fuente de subsistencia que era el cultivo del coco. Llegaron los concientizadores representados por Palenque (Proceso de Comunidades Negras) y Coagropacífico (cooperativa agrícola que tiene su radio de acción en la ensenada de Tumaco y que se constituyó a partir de la colaboración del convenio CVC-Holanda), trataron de explicar las ventajas de la Ley bajo dos vertientes: para la protección del territorio y como mecanismo de elaboración de proyectos para solicitar recursos; ambas premisas previas a la conformación en Consejos Comunitarios. La gente en sus necesidades económicas lo único que alcanzó a escuchar y entender fue que, después de la titulación colectiva, iban a llegar recursos. Y fue precisamente por este hecho que empezaron a meterse de lleno en la conformación del Consejo Comunitario y en los prerrequisitos para solicitar el título colectivo.

Por otro lado, en esta época (1998), el Consejo Comunitario Acapa llevaba 7 años de consensos y disensos; ello hizo que algunas de sus preocupaciones fueran distintas, aunque tuvieran algunas en común con el río Mejicano. Veamos. Ya consolidada la organización Acapa y entregada la solicitud del título colectivo (1998), el Consejo (hablamos en este caso de los líderes y quien los asesora, la Iglesia)⁷ empezaron a ejercer dos tipos de actividades:

7. Algo importante de destacar es que Acapa es asesorada por la Iglesia, y el río Mejicano por Palenque; esto marca algunas diferencias en sus posturas y prerrogativas, que no alcanzamos a tratar en este artículo, tanto por las limitaciones de tamaño y temática, como por falta de datos actuales sobre el devenir del Consejo Comunitario del río Mejicano y de la misma organización Palenque, que estaba en franca reestructuración (¿desaparición?).

unas de carácter comunitaria y otras propias de su papel como autoridad étnico-territorial. Desde el punto de vista comunitario, el Consejo empezó a asistir (como intermediario o ejecutor) a las comunidades en problemas como reubicación de veredas amenazadas de desaparecer por la acción del mar; pérdida de cosechas debido a la fumigación para el control del cultivo de la coca; necesidad de construcción de acueductos, etc. Desde el punto de vista del proceso, tenía que resolver conflictos interétnicos que se generaban por la constitución de resguardos fantasmas o las trabas al trámite del título colectivo por “politiqueros” que pensaban que se vería entorpecido su dominio en el lugar si se llegaba a dar el título colectivo.

Algo importante de destacar es que desde la expedición de la Ley 70 se hizo evidente la cuestión ambiental, representada en el realce de unas prácticas productivas tradicionales; es más, la Ley se sustentó en la existencia de estas prácticas tradicionales o ancestrales y ellas mismas se convirtieron en fuente de legitimación de la titulación colectiva [Hoffmann, 1998(a)] y de la configuración de un actor étnico. Si bien en un principio la referencia a las prácticas culturales y la conservación del medio ambiente se insertaron en un discurso político legitimatorio por parte de los líderes y la asesoría, la Acapa convirtió este discurso en práctica social cuando empezó a ejercer una regulación ambiental en su zona. Lo anterior generó “relaciones conflictivas” con distintos actores: los empresarios de la zona, las instituciones encargadas del manejo ambiental y los campesinos cuyo sustento se basa en la explotación de los recursos naturales.

El hecho es que cada vez más la Acapa empezó a ejercer dos actividades claramente identificables: la relacionada con el medio ambiente –regulación ambiental, constitución de proyectos de desarrollo sostenible– y otra vinculada con problemáticas comunitarias en relación con las alcaldías de su área de influencia [Rivas, 2000].

Dentro del Consejo se perfilaron diferencias de prerrogativas entre los líderes vs. los no líderes por la pertinencia o no de la regulación ambiental, que se basa por un lado en limitar el acceso de los recursos a los empresarios foráneos (propietarios de empresas de palmichares), aunque también a microempresarios negros locales (propietarios de pequeños aserríos); y por otro lado, en limitar la extracción de los recursos por campesinos negros. En ambos casos se ven afectados los campesinos en su labor como jornaleros y/o como extractores “independientes”, ya que su sobrevivencia depende de estas prácticas. Lo anterior generó que empezaran a ver como enemiga a su organización. Esta problemática fue superada por los líderes (campesinos negros) y la entidad que los asesora (la Iglesia), pues fue precisamente por la premisa ambiental que se empezaron a gestionar y a llegar proyectos para las comunidades: arroz y cacao orgánico, mejoramiento del alcohol (llamado “charuco”), fincas integrales financiada por la Iglesia o por instituciones ambientales como Ecofondo, etc., siendo estos proyectos los que generan una mayor consolidación del proceso.

A manera de conclusión: relación Consejos Comunitarios vs. distintas etnicidades

El proceso de reivindicación del territorio, de conformación de organizaciones campesinas, de superación de miedos hacia la nueva legislación, etc., pasa por la reelaboración y/o construcción de la identidad negra (liderada por Palenque y la Iglesia) basada en la idea de la cultura = ancestralidad, todo ello recreado en el territorio. En este proceso se resaltan las prácticas solidarias (la minga), las expresiones tradicionales usadas (la porfía), las cuales pueden ser o no aplicables actualmente [Hoffmann, 1999]. Estas reelaboraciones identitarias están relacionadas con un pasado cercano (más de 100 años) de ocupación del territorio, aunque también se toma a veces la historia sobre la llegada del África y de la esclavitud.

Algo importante de destacar es que, si bien la idea de lo negro es significativa, lo que se resalta es la cultura negra, no el fenotipo racial ni las relaciones de subordinación y discriminación que él genera. Hagamos un recuento de lo anterior para guiar la discusión. En la conceptualización de las etnicidades planteábamos diferencias entre la etnicidad social indígena y la etnicidad social negra, las cuales se constituían desde la alteridad, sobre todo con la imagen nacional: la una por una cultura arcaica (la indígena) y la otra por unos rasgos fenotípicos, independientemente de la cultura que sustentara cada individuo (la negra). Los procesos políticos de los indígenas han tenido como fin volver positiva esa cultura que era considerada como negativa a partir de fuertes procesos de valorización de su identidad (cultural). En el caso de las personas negras, si bien antes las reivindicaciones se basaban en el color y lo que él generaba, un trato desigual y marginal, y el objetivo de la lucha era lograr un trato igual, con el fin de conseguir que el color fuese visto de una forma positiva o, por lo menos, que no constituyera un marcador negativo en las relaciones sociales, ahora la lucha está basada en la valorización de una cultura que se consideraría representativa de un color de piel.

Si observamos la posición de los líderes “nacionales”, ellos consideran que no toda persona fenotípicamente negra es culturalmente negra, y ello está relacionado con la identidad y los procesos de autoidentificación. Por ejemplo, he aquí la posición de los líderes de la Organización de Comunidades Negras (OCN), que cubría, en su momento, las organizaciones de los departamentos del Valle, Cauca y Nariño:

No por ser negro se es de comunidad negra. Se hace parte de la comunidad negra si las vivencias se expresan mediante prácticas de vida que recojan valores culturales de esa comunidad; eso implica aspectos culturales, rituales simbólicos, de la relación familiar, del manejo de las relaciones de parentesco, del manejo de las relaciones espirituales. Un negro en Bogotá puede ser de la comunidad negra o no... No resolvemos problemas; escucamos

y desentrañamos cosas, miramos qué nos hace distintos. Un punto de partida son los valores culturales [Organización de Comunidades Negras, 1996].

Queda implícita en la cita la existencia de una correspondencia entre cultura y color de piel, no obstante, lo que al parecer valorizaría el color, no es el color en sí mismo, sino la cultura que sustenta. Por otro lado, si bien el discurso plantea que toda persona negra no es culturalmente negra, no queda claro si una persona no negra podría ser de cultura negra; o al menos esta disyuntiva no es tratada. El hecho es que con la valorización de una cultura negra se pretende desviar la mirada sobre aquello que se ha constituido como el marginamiento de lo negro (su color) y se quiere valorizar lo negro desde la idea de la cultura; pero con esto se corre el riesgo de restarle importancia a las reales dinámicas de discriminación y marginación basadas en el color de la piel.

Ya en la reivindicación del territorio, aquello que es resaltado por las comunidades rurales no es la idea de lo negro (del fenotipo o de las prácticas culturales), sino más bien la importancia de la ocupación antigua y de las relaciones que se establecen a partir de allí, independientemente del grupo social que haga parte de la zona. Veamos una cita de Hoffmann [1999]:

Durante una asamblea dedicada a la cartografía de los límites de las localidades [...] los campesinos negros mencionaron la existencia de una pequeña localidad, incluida en el territorio y en el censo establecido por la comunidad negra, y compuesta por una media docena de casas habitadas por agricultores blancos. Para los asistentes era evidente que estos se integraban al territorio, sin necesidad de que esta cuestión se debatiera en asamblea. En efecto, instalados desde hace dos generaciones, estos pobladores blancos constituyen una familia extensa que trabaja y vive con y como sus vecinos negros, comienzan a establecer con ellos uniones matrimoniales, aspiran al territorio colectivo en las mismas condiciones y participan totalmente en la vida local. El fenotipo no surgió en ningún momento como un rasgo pertinente a los ojos de los habitantes negros presentes en la asamblea para justificar una eventual exclusión o para simplemente cuestionar sus derechos sobre el territorio [Hoffmann, 1999:16].

Asimismo, hay otros ejemplos encontrados en el escrito de la autora que expresan la no consideración del fenotipo por parte de los campesinos negros en la reivindicación del territorio. Por otro lado, tampoco es el fenotipo el argumento usado para negar el acceso a un territorio: tenemos el ejemplo de un conflicto interétnico analizado por nosotros en la ensenada de Tumaco, donde los pobladores negros negaron la constitución de un resguardo en su zona, no por ser el otro (indígena) que solicitaba un territorio, sino porque la

demanda no estaba basada en una pervivencia antigua en el territorio, en este caso tampoco surgió la problemática fenotípica (o racial o cultural), sino la inconsistencia de las demandas. Por el contrario, esta comunidad indígena que pretendía conformar un resguardo fue aceptada sin problemas dentro del título colectivo de comunidades negras, o dentro del título colectivo del Consejo Comunitario Acapa. La solución para los pobladores negros no se basó en las diferentes leyes indígenas vs. negras, sino en una relación entre territorio vs. tiempo de ocupación, pero también en las relaciones que habían establecido con los indígenas, que era lo que en últimas definía los derechos de cada uno de los participantes del conflicto [Rivas, 2001]⁸.

Aunque, surge una pregunta, ¿será por lo cultural que las personas negras terminan aceptando al otro en sus espacios de convivencia? Pero, ¿por qué? ¿Porque el otro se está comportando igual que ellos o porque en sus patrones culturales (en este caso rurales) cualquier persona que habita con ellos un determinado tiempo ya es considerada como parte del grupo, merced a las relaciones que establece, sean matrimoniales o filiales, independientemente del color o la cultura que sustente?

Finalmente, ¿qué es lo que sostiene en últimas a los pobladores rurales (no líderes) en el proceso de Ley 70, más allá de las prerrogativas discursivas del movimiento negro? La importancia para ellos no está en los procesos de construcción de la identidad (cultural o racial), sino en cuestiones prácticas: hacia dónde conduce el proceso en términos materiales, cómo van a mejorar sus vidas con la llegada de la Ley 70, cuál es el partido que finalmente le van a sacar a la Ley.

Lo que se observa es que, en la consolidación del título colectivo para unos (Acapa) o en los inicios del proceso para otros (río Mejicano), lo que se convierte en eje de seguimiento (o inicio) del proceso son las promesas de solución de los problemas, contenidas en el artículo transitorio 55 (legalización de la tierra) y en el decreto reglamentario 1745 (constitución de proyectos). La ley, al igual que sus obligaciones, se toma como medio para llegar a diversos fines, y esto lo vemos a partir de varias ejemplificaciones: 1) La reivindicación territorial como forma de conservar la tierra y el territorio; 2) La reivindicación ambiental, obligación de la Ley 70, como necesidad de los líderes campesinos negros de apropiarse y poder decir y hacer sobre su territorio, de clarificar que ellos son los llamados a manejarlo y a decidir sobre él; 3) Los proyectos productivos como potencialización e instrumentalización de la Ley 70, como medio para resolver problemas de tipo material.

8. Lo anterior no significa que no se presenten dinámicas de discriminación dentro de los pobladores basadas en el color de la piel. Lo importante de destacar aquí es que existe un sentido de la justicia que implica el reconocimiento de un derecho adquirido por el tiempo, por las relaciones maritales, etc.

En ese sentido, en la pequeña reseña que hemos presentado de estos Consejos Comunitarios existen diferencias entre los líderes y los no líderes. En los no líderes no se ve muy clara una etnicidad política ni una etnicidad social, es más, podríamos decir que no alcanza a haber ninguna clase de etnicidad o, en otras palabras, que para los pobladores rurales no hay necesidad de diferenciación. Lo que se observa es que llega una Ley que es acogida primero como solución a problemas territoriales, segundo como solución a problemas de sobrevivencia y en último lugar para sustentar un poder de tipo local, pero no hay unas relaciones muy claras de etnicidad y ni siquiera de la idea de lo negro. Esto nos lleva a una pregunta: ¿Por qué lanzar la hipótesis de la idea de lo étnico en casos que no parecen tener sentido?

Esto tiene diversas respuestas, entre ellas la más importante es que la Ley 70 es una ley considerada por el Estado colombiano como étnica, no una ley agraria, es decir, aquí se hace evidente una etnicidad legislativa, que tiene como bandera la consideración de un actor étnico bajo la idea de la pervivencia de unos patrones culturales dentro de un territorio, los cuales sustentan una idea de lo negro.

Ahora bien, ¿dónde entran la etnicidad social y la etnicidad política en los procesos rurales de apropiación de la Ley? Y, por otro lado, ¿ambas no deberían estar directamente relacionadas con la etnicidad legislativa? Aquí observamos que si bien ambas existen, no necesariamente están relacionadas; es decir, las demandas políticas no se hacen porque se es negro, social ni culturalmente, sino porque se tiene una ocupación ancestral del territorio (aquí, aunque se le hace el quite a la diferenciación cultural, se retoman las “ganancias” que la diferenciación genera en términos legislativos: la titulación, la ejecución de proyectos, etc.), es decir, los pobladores rurales hacen uso del establecimiento de una etnicidad legislativa sin el convencimiento (o asunción) de su existencia, pues es claro que para los campesinos negros, ellos, como ocupantes antiguos del territorio, tienen derecho a su titulación; y como personas colombianas, tienen derecho a las ayudas estatales, independientemente de su color o de su cultura.

En ese sentido, son el territorio y las mismas necesidades de sobrevivencia los que se convierten en legitimación de la lucha. Pero, ojo, la etnicidad legislativa sí es acogida ideológicamente por aquellos que lideran el proceso, aunque también toman en cuenta las posibles ganancias materiales.

Pero, no deja de resultar dicente, preocupante, que la etnicidad social (como forma explícita de unas relaciones de subordinación o discriminación basadas en el color de la piel) o la etnicidad política (como forma de resaltar una cultura negra) no aparezca mucho en el terreno de las luchas rurales, aun después de la Ley 70 y de la función de los concientizadores: tal vez aquí sea importante resaltar una aseveración realizada por Hoffmann y que resume las percepciones de Cortés [1999]: en el contexto rural las personas tienden

a identificarse con los espacios donde conviven y no en términos raciales [Hoffmann, 1999]. Y esto no implica que la gente no se asuma como negra o que no se presenten tensiones raciales en las localidades rurales (un ejemplo de ello son las relaciones que se han establecido entre los pobladores negros y los “culimochos” en Nariño); la falta del discurso de lo negro más bien se presenta en la toma de éste como medio para la realización de demandas sociales y políticas.

Más allá de retomar o no los discursos étnicos, algo importante de rescatar, de resaltar, es que las leyes étnicas, en este caso con sus reconocimientos territoriales, con sus valorizaciones culturales, etc., refuerzan la identidad étnica (sea social o cultural) y confieren condiciones a los grupos para expresarse mejor y luchar más eficazmente por sus objetivos [Ribeiro, 1981]. En este caso son importante las reflexiones de Christian Gros [1997]:

La etnicidad es también, en Colombia, el medio eficaz de luchar contra la anomia, la exclusión y la violencia que golpea a los individuos y a los grupos en sus espacios culturales de referencia, en el seno de una sociedad que vive un proceso de modernización desigual y destructor [...]. Además, ella ha tenido por objetivo la recomposición de un referente comunitario como base de apoyo que ha permitido a esos hombres y grupos afirmar su participación en la sociedad nacional, [...] la etnicidad es también un instrumento de legítima defensa cuando la aplicación de la denominada “utopía” liberal amenaza a las personas y a su grupo.

Bibliografía

Agier, Michel; Hoffmann, Odile. “Las terres des communautés Noires dans le Pacifique Colombien. Interprétations de la loi et stratégies d’acteurs”, en: *Problèmes d’Amérique Latine*, n° 32, París, La Documentation Française, 1999.

Agudelo, Carlos Efrén. “Política y organización de poblaciones negras en Colombia”, en: *Hacer política en el Pacífico sur: algunas aproximaciones*, Cali, Cidse-IRD-Universidad del Valle, 1999, págs. 3-36.

Cortés, Hernán. “Titulación colectiva en comunidades negras del Pacífico nariñense”, en: Juana Camacho y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Bogotá, Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 1999, págs. 131-142.

Escobar, Arturo; Pedrosa, Álvaro (eds.). *Pacífico: ¿desarrollo o biodiversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Bogotá, Cerec, 1996.

Gros, Christian. “Indigenismos y etnicidad: el desafío neoliberal”, en: María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *Antropología en la modernidad: identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Icanh-, 1997.

Hoffmann, Odile. “La titulación de territorios colectivos de las comunidades negras en Colombia, entre innovaciones y contradicciones”, conferencia presentada en *Indigenous Peoples and Reform of the State in Latin America*, 1998(a).

———. “Políticas agrarias, reformas del Estado y adscripciones identitarias: Colombia y México”, en: *Análisis Político*, n° 24, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, IEPRI, 1998(b).

———. “¿La política vs. lo político? La estructuración del campo político contemporáneo en el Pacífico sur colombiano”, en: *Hacer política en el Pacífico sur: algunas aproximaciones*, Cali, Cidse-IRD-Universidad del Valle, 1999, págs. 37-68.

———. “La movilización identitaria y el recurso de la memoria (Nariño, Pacífico colombiano)”, en: Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano (eds.), *Memorias hegemónicas, memorias disidentes*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, Universidad del Cauca, 2000, págs. 97-120.

Kymlicka, Will. “Ciudadanía multicultural”. Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 1996.

Moncayo, Héctor León. “La autonomía de los pueblos indígenas frente a la globalización”, en: *Del olvido surgimos para traer nuevas esperanzas. La jurisdicción especial indígena*, Bogotá, Ministerio de Justicia y del Derecho, Dirección General de Asuntos de Comunidades Indígenas, Ministerio del Interior, 1997, págs. 327-350.

Organización de Comunidades Negras -OCN-. “Movimiento negro, identidad y territorio”, en: Arturo Escobar y Álvaro Pedrosa (eds.), *Pacífico: ¿desarrollo o biodiversidad? Estado,*

capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano. Bogotá, Cerec, 1996, págs. 245-282.

Pardo Rojas, Mauricio. “Movimientos sociales y actores no gubernamentales”, en: María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *Antropología en la modernidad: identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1997, págs. 207-252.

———. “Elementos de liderazgo en el Pacífico colombiano reciente”, en: María Lucía Sotomayor (comp.), *Identidad, desarrollo y modernidad. Construcción de sociedades y recreación cultural en contextos de modernización*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1998, págs. 57-85.

Poutignat y Streiff-Fenart. *Théories de l'ethnicité*. Presses Universitaires de France, 1995.

Restrepo Uribe, Eduardo. “Afrocolombianos, antropología y proyecto de modernidad en Colombia”, en: María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo Uribe (eds.), *Antropología en la modernidad: identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, 1997, págs. 279-320.

———. “Retóricas y políticas de ‘comunidad negra’ en el Pacífico sur colombiano”, ponencia presentada en el simposio *Black Populations, Social Movements and Identity in Latin America*, Manchester, 27-31 de octubre de 1999, 18 págs.

Ribeiro, Darcy. “Etnicidad, indianidad y campesinado”, en: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, año XXVII, Nueva Época, enero-marzo de 1981, págs. 15-32.

Rivas, Nelly Yulissa. “Territorialidad, autoridad y Ley 70”, en: *Hacer política en el Pacífico sur: algunas aproximaciones*, Cali, Cidse-IRD-Universidad del Valle, 1999, págs. 69-83.

———. “Ley 70, medio ambiente y relaciones intramunicipales: el Consejo Comunitario Acapa, Pacífico nariñense”, en: *Documentos de Trabajo*, Cali, Cidse-IRD-Universidad del Valle, 2000.

———. “Ley 70 y medio ambiente”, en: *Poblaciones negras y modernidad*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-, 2001.

Wade, Peter. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, Ediciones Uniandes, Editorial Universidad de Antioquia, Siglo del Hombre Editores, 1997.

Los Autores

Óscar Almarío García

Historiador con maestría en historia andina y candidato al doctorado por el Departamento de Antropología Social de la Universidad de Sevilla (España). Miembro de la Red Iberoamericana de Estudios Interculturales y Relaciones Interétnicas y del comité asesor de Asocoetnar, que agrupa a los consejos comunitarios y organizaciones étnico-territoriales de comunidades negras de las zonas norte y centro de Nariño. Es profesor asociado de la Escuela de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Hace parte del Grupo de Investigaciones Históricas sobre el Estado Nacional Colombiano de la Universidad Industrial de Santander. Es autor de numerosos artículos sobre los negros del Pacífico sur colombiano y de libros como *La configuración moderna del Valle del Cauca, Colombia, 1850-1940* (1994).

Jacques Aprile-Gnisset

Urbanista. Ha sido profesor de la Universidad Nacional de Colombia, sedes Bogotá y Medellín. Es profesor titular y doctor Honoris Causa de la Universidad del Valle. Ha realizado varias investigaciones sobre la ciudad colombiana, entre ellas el programa de estudios “Sistemas urbano-aldeanos del Pacífico”, financiado por Colciencias.

Juana Gamacho

Antropóloga de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, obtuvo la maestría en desarrollo sostenible de sistemas agrarios en la Pontificia Universidad Javeriana y es candidata al doctorado en el programa de antropología ambiental del Departamento de Antropología de la Universidad de Georgia. Ha sido investigadora de la Fundación Natura y del Instituto Colombiano de Antropología -Ican-, y profesora de la Universidad de los Andes. Ha escrito numerosos textos y editado diversas publicaciones, entre ellas, *De montes, ríos y ciudades: territorios e identidades de la gente negra en Colombia* (con Eduardo Restrepo Uribe, 1999) y *Zoteas: diversidad y relaciones culturales en el Chocó biogeográfico colombiano* (con J. E. Arroyo, 2000).

Orián Jiménez Meneses

Historiador. Obtuvo la maestría en la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Es profesor de la Escuela de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Hace parte del Grupo de Investigaciones Históricas sobre el Estado Nacional Colombiano de la Universidad Industrial de Santander.

Héctor Fabio Ramírez

Estadístico, investigador asociado del Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-, proyecto Cidse-IRD-Colciencias, “Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas en la región del Pacífico”; coordinador del Laboratorio de Estadística Social del mismo centro de investigación.

Gilma Mosquera Torres

Arquitecta de la Universidad Nacional de Colombia. Ha sido profesora titular de la Universidad del Valle y directora del Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse-. Actualmente dirige el programa de arquitectura de la Universidad del Pacífico. Ha realizado investigaciones sobre procesos urbanos y vivienda popular urbana y rural, entre ellas el programa de estudios “Sistemas urbano-aldeanos del Pacífico” (en compañía de Jacques Aprile-Gnisset), financiado por Colciencias.

Eduardo Restrepo Uribe

Antropólogo de la Universidad de Antioquia y de Carolina del Norte (Chapel Hill). Investigador asociado del Instituto Colombiano de Antropología e Historia -icanh- y profesor del posgrado en estudios culturales de la Pontificia Universidad Javeriana. Sus líneas de trabajo comprenden la ecología política en el Pacífico sur colombiano, las políticas de la etnicidad y la genealogía de la alternidad de lo negro en Colombia.

Nelly Yulissa Rivas

Socióloga de la Universidad del Valle, especializada en medio ambiente, economía y sociedad en Flacso (Argentina). Actualmente realiza estudios de maestría en el Institut d’Hautes Études de l’Amérique Latine -IHEAL-, como becaria del Institut de Recherche pour le Développement -IRD-. También fue becaria del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales -CLCS-. Ha trabajado sobre etnicidad y modernidad entre poblaciones afro del Pacífico colombiano.

Carlos Rúa Angulo

Líder del movimiento social afrocolombiano, miembro activo de la Comisión Nacional del Enlace de Líderes Afrocolombianos.

Fernando Urrea Giraldo

Sociólogo, profesor titular del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle; investigador del Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse- y coordinador del proyecto Cidse-IRD-Colciencias, "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas en la región del Pacífico" (en 1995, este documento se inició bajo el título "Organización social, dinámicas culturales e identidades de las poblaciones afrocolombianas del Pacífico y suroccidente en un contexto de movilidad y urbanización").

Carlos Viáfara López

Economista, investigador asociado del Centro de Investigaciones de Documentación Socioeconómica -Cidse- de la Universidad del Valle.

William Villa Rivera

Antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Ha realizado investigaciones en regiones de bosque húmedo tropical, especialmente sobre poblaciones afrocolombianas. Desde 1999 está vinculado al Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh-.

